

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

II
NARRATIVA

CPEP
COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS
2009

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH

Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2009

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-02-9 (T. II)
ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

Introducción

Pedro Vergés VII

LA MUCHACHA DE LA GUAIRA

La Nochebuena de Encarnación Mendoza	3
El indio Manuel Sicuri	17
Rumbo al puerto de origen	45
Victoriano Segura	57
La muerte no se equivoca dos veces	75
Mal tiempo	93
La bella alma de don Damián	105
La muchacha de La Guaira	117

CUENTO DE NAVIDAD

I	141
II	153
III	165
IV	177
V	193
VI	205

CUENTOS DISPERSOS (1929-1979)

El prófugo	221
Sin quererlo	225
Lo insospechado	229

Lo inútil	233
La tragedia	239
Orgullo	243
El sacrificio	247
Chencho	251
Tierra de hombres	255
Un caso raro de fidelidad	259
Bobié	265
Por qué enloqueció el Profesor Lesbein	269
Noche Buena	277
Cosas de mar	281
Los vencidos	285
Los sacrificados	289
Jibijoa	293
Bumbo	299
Los vengadores	305
Los encadenados	311
Un campesino ingenioso (cuento infantil)	315
Al pie de la horca	321
Tierra alta	327
El negocio de doña Hormiga	337
El General don Gallo	339
Don Gato y don Ratón	343
La ignorancia de doña Gallina Pinta	345
Las envidiosas ciguas	349
Cómo nació la luna	353
El abuelo	359
El Astrólogo	381
Una jíbara en New York	387
El cabo de la Legión	395
El dios de la Selva	435
La Mula	473
Anarquistas	483

Kazán	491
El hombre que lloró	501
La mancha indeleble	515
El culpable	521

INTRODUCCIÓN

Pedro VERGÉS

El segundo conjunto. Los otros cuentos

Los 38 cuentos cibaños de Bosch, que presenté al lector en el volumen I de estas *Obras completas*, y su novela *La Mañosa* constituyen el primero de los dos conjuntos en que, como ya dije allí, se divide su narrativa. El segundo está compuesto por lo que queda, es decir, por los cuentos restantes —unos incluidos en libro, y otros en publicaciones diversas— y una segunda novela, *El oro y la paz*. También dije en aquel primer volumen que los cuentos y la novela de lo que denomino el Cibao de Bosch tienen en común, en primer lugar, la temática y, en segundo, la impronta de una intención ética e ideológica que fuerza a sus personajes a coincidir en un mismo propósito, lo que no ocurre con la restante producción narrativa de Bosch, que se caracteriza por todo lo contrario. Quiero también recordar al lector que esa división no implica, de ninguna manera, una secuencia. No se trata de que, finalizado el ciclo cibaño, Bosch pase abruptamente, sin solución de continuidad, por decirlo de alguna manera, a la elaboración del que ahora nos interesa. Después de *La Mañosa*, de 1936, Bosch publica cuatro libros de cuentos y una novela más. Los primeros son *Dos pesos de agua*, en 1941, *Ocho cuentos*, en 1947, *La muchacha de La Guaira*, en 1955, y *Cuento de Navidad*, en 1956. La novela, *El oro y la paz*, aparece tardíamente, en 1975, pero había sido redactada con mucha anterioridad.

Para 1941, Bosch ya vivía en el exilio, al que se acoge en enero de 1938. Pero eso no quiere decir que los cuentos publicados en esa fecha, o aun después, fueran escritos en el extranjero. Lo sabemos porque el mismo Bosch, a su regreso, en 1962, organiza la totalidad de ellos siguiendo un criterio temporal que tiene que ver precisamente con la fecha de su partida del país y que da como resultado, por un lado, la colección *Cuentos escritos antes del exilio* y, por otro, las de *Cuentos escritos en el exilio* y *Más cuentos escritos en el exilio*. La mayoría de los de *Dos pesos de agua*, de 1941, por ejemplo, ya habían sido publicados en revistas de Cuba y Puerto Rico y pertenecen a la etapa anterior. Por eso están incluidos en el primero de dichos volúmenes. Nueve de ellos, en cambio, están escritos fuera del país y aparecen en el segundo, *Cuentos escritos en el exilio*. La aclaración es tanto más pertinente cuanto que nos ayuda a comprender, primero, que el ciclo del Cibao de Bosch no termina, como anuncié en su momento, con la publicación de *La Mañosa*, sino que se prolonga hasta su cierre definitivo con cuentos todavía escritos en el país y con otros escritos en el extranjero, y, segundo, que *Dos pesos de agua* puede y debe ser catalogado como un libro de transición en el que, junto a la permanencia de la temática rural, cada vez más debilitada, aparecen ya los indicios de una búsqueda que no llega jamás a concretarse.

En los libros siguientes sucede lo mismo. En *Ocho cuentos* (1947) todavía aparecen cuentos del ciclo cibaeño, como “En un bohío” y “El río y su enemigo”, aunque ya se hace evidente el predominio de otros intereses. En *La muchacha de La Guaira* (1945) esta presencia disminuye, hasta el punto de que solo hay un cuento, “Mal tiempo”, que lo remite al primer conjunto. *Cuento de Navidad* (1956) y la novela *El oro y la paz*, (1975) por su parte, responden plenamente a las nuevas inclinaciones o a la nueva actitud del autor. No hay en ellos,

desde el punto de vista temático, nada que los relacione con lo anterior. Conviene, pues, no dejarse confundir por la fecha de 1938. A esa fecha, que nos ayuda a entender ciertos aspectos de su evolución que influyen tanto en la vida como en la obra de Bosch, se le ha dado mucha importancia. Y, sin duda, la tiene. Pero debemos cuidarnos de utilizarla para establecer una especie de antes y después que si, en el campo político, puede resultar válido, carece de relevancia cuando la contemplamos desde la perspectiva de su labor creativa. Lo que me propongo es continuar con el mismo ejercicio de abstracción practicado en el análisis del primer volumen y aceptar el hecho indiscutible de la existencia, más que de dos etapas, de dos tendencias, cada una representada por el conjunto correspondiente, que conviven casi hasta el final del ciclo productivo del escritor, la una terminando de cumplir el propósito a que estaba destinada y la otra creciendo de manera inconexa y sin un fin preciso.

En cuanto al contenido del segundo conjunto narrativo de Bosch, compuesto por 18 cuentos —algunos de los cuales, según dije en el prólogo correspondiente, aparecen en el volumen I de estas *Obras*— y una novela, diré que presenta, de entrada, un claro paralelismo estructural con el primero, en el que también se produce una distribución equivalente. No cometeré el error de atribuirle a esta semejanza una intención de autor que no estoy en condiciones de demostrar. Pero la misma existencia del paralelismo incita, sin duda, a la formulación de ciertas e inevitables preguntas. Una de ellas es la de si, como ocurría con *La Mañosa* con respecto a los cuentos cibaños de Bosch, también aquí existe una relación semejante entre *El oro y la paz* y los 18 cuentos mencionados. Otra se refiere, casi por obligación, a la posibilidad de establecer un denominador común, si no entre la novela y los cuentos, sí en el interior de estos, algo que los identifique como un todo

orgánico (en el sentido que tenía esta expresión para los cuentos del Cibao) y que nos permita analizarlos, al margen de la significación de cada uno de ellos, como una unidad de sentido. Pero, tanto en uno como en otro caso, la respuesta es negativa y está íntimamente relacionada con las características propias del conjunto.

Y es que, así como el primero de ellos se caracteriza, y hasta se identifica, por la unidad, el segundo lo hace por la dispersión o disgregación de sus componentes, que no guardan entre sí ninguna relación que nos lleve a considerarlos como parte de una estructura de interacción recíproca. El símil del caleidoscopio de que me valí para explicar ese mismo proceso en los cuentos del Cibao de Bosch carecería aquí de pertinencia. Los cuentos de este segundo conjunto se mantienen, por así decirlo, dentro de sus propios límites, son unidades de significación aisladas y únicas que imposibilitan cualquier intento de extrapolación que las vincule con las restantes. A lo máximo que llegan es a formar grupos mínimos con alguna característica común. Pero son, en términos generales, tan independientes los unos de los otros como lo son de la novela del conjunto, que adquiere, por lo tanto, el mismo estatus de estructura aislada de las restantes partes. Este principio de clasificación, que será el que utilice como guía para el análisis correspondiente, me lleva, a su vez, a una tercera pregunta, ahora relacionada con los cuentos y la novela del primer conjunto. ¿Existe, pese a las diferencias, algún nexo que vincule ambas partes y que por consiguiente nos permita contemplar la obra de Bosch como una totalidad y no como una suma?

Para darle la respuesta adecuada a esa inquietud, empezaré por decir que, por sus peculiaridades, los cuentos de este segundo conjunto nos permiten clasificarlos en los siguientes grupos: 1) Cuentos de carácter social, como "Luis Pie" y "La Nochebuena de Encarnación Mendoza". 2) Cuentos de tema

urbano nacional, como “Fragata”, “Victoriano Segura” y “Un hombre virtuoso”. 3) Cuentos de tema urbano no nacionales, como “El hombre que lloró”, “El astrólogo”, “Una jíbara en Nueva York” y “La muchacha de La Guaira”. 4) Cuentos de corte marcadamente psicológico, como “Rumbo al puerto de origen”, y “El indio Manuel Sicuri”. 5) Cuentos fantásticos como “Cuento de Navidad”, “Los últimos monstruos”, “La bella alma de don Damián”, “Dos amigos” y “La mancha indeleble”. 6) Cuentos de aventuras, como “El cabo de la Legión” y “El dios de la selva”.¹ Esta enumeración demuestra que, mientras el primer conjunto se caracteriza por una ya señalada unidad temática, el segundo lo hace por todo lo contrario. Es cierto que en algunos casos podemos encontrar rasgos que actúan como un eco de al menos algunos de los del primero. Pero de una manera tan tangencial que no acortan la distancia que los separa ni permiten la igualación de unos y otros. El hecho de que la crítica no haya reparado en esa realidad innegable puede deberse al hecho de que, como advertí antes, los dos conjuntos, en vez de sucederse, coexisten por un tiempo en el tiempo, lo que sin duda determina que se les atribuya una intención unitaria que no se corresponde con la verdad. Condicionados por esa coexistencia, el lector y el crítico se convierten en víctimas de un espejismo que les impide identificar, en el proceso de comprensión de la obra total, la existencia de dos corrientes claramente definidas, una que se

¹ La clasificación está hecha partiendo de la edición de Alfaguara, *Cuentos más que completos* (México, Alfaguara, 2001, 580p.). A los títulos citados han de sumarse los de los cuentos que han ido apareciendo posteriormente en diversas publicaciones sueltas y que se han incluido en los volúmenes correspondientes (I y II) de la presente edición. Esos nuevos títulos quedan fuera del análisis y de la clasificación llevada a cabo en este ensayo. En lo adelante, para mantener la coherencia editorial de las *Obras completas* de Juan Bosch, las citas incluidas en el texto, en las que solo figura el número de la página, corresponden al tomo II de esta edición, cuando se refieran al tomo I de la misma, serán precedidas de “I” seguida del número de la página. (N. del E.).

extingue paulatinamente y esta otra, de la que me ocupo ahora, que pugna por adquirir, sin conseguirlo, una personalidad propia. De manera que hemos de abordar el segundo de dichos conjuntos partiendo de las novedades temáticas introducidas por el autor.

Y aun digo más. La clasificación que he hecho de los cuentos de este segundo conjunto no pretende ser, bajo ningún concepto, definitiva, cerrada ni excluyente. Una lectura atenta de cada uno de ellos nos indica de inmediato que se prestan a más de una lectura. Los rasgos bajo los que he considerado conveniente clasificarlos no son los únicos que pueden detectarse en ellos. Los cuentos urbanos, por ejemplo, dan pie en más de un caso para interpretaciones totalmente ajenas a esa estricta categorización. Una pieza como, sin ir más lejos, “La muchacha de La Guaira” puede perfectamente analizarse tomando en cuenta los aspectos psicológicos de los personajes, especialmente los de la joven que le da título. Otros clasificados como fantásticos, como es el caso de “La mancha indeleble”, podrían ser considerados desde el punto de vista de lo urbano o de lo psicológico, o incluso, como hacen otros, de lo político, que es un aspecto que yo, en cambio, no he tenido en cuenta, y en el que habría que incluir, de tenerlo, “El hombre que lloró”, que he preferido colocar entre los de tema urbano. Visto, pues, que ninguno corresponde a una categoría única, he optado por valerme, para la confección del cuadro, de la que, a mi entender, resulta, en cada uno de ellos, predominante.

I Cuentos de carácter social o de denuncia. La persistencia de la denuncia social y la ausencia del ruralismo y, por consiguiente, del criollismo, en el segundo conjunto

La idea de que la obra de Bosch es esencialmente rural no deja de tener, pese a ser incorrecta, fundamento. La impresión que recibimos, cuando la consideramos en su totalidad, es

la de un predominio claro de lo rural sobre lo urbano, o sobre cualquier otra tendencia de las varias que en su interior se manifiestan. Sucede así, no porque la mayoría de sus cuentos centre su acción en el medio campesino, sino porque la compactación temática de que estos hacen gala y el propósito con que están escritos contribuyen a intensificar la impresión producida por esa superioridad numérica. Todos, sin excepción, se refieren, en efecto, a la región del Cibao. No hay cuento rural en Bosch que no sea, a la vez, un cuento cibaño. En realidad, hasta donde se me alcanza, y dejando abierta la posibilidad, remota, sin duda, de que aparezca alguno que contradiga, así sea mínimamente, la afirmación, no hay cuento dominicano en Bosch —excepción hecha de “Luis Pie” y “La Nochebuena de Encarnación Mendoza”— que no sea, a la vez, cibaño. Pero de eso me ocuparé más adelante.

El ruralismo es, pues, una prerrogativa del Cibao, de Bosch y no lo veremos en ningún otro cuento del segundo conjunto, que se caracteriza, por lo tanto, entre otras cosas, por un manifiesto alejamiento de dicha práctica. Y como hablar de ruralismo significa en este caso hablar de criollismo, añadiré que la inclusión de Bosch en las filas de esta corriente solo podrá hacerse cuando nos refiramos a aquellos cuentos obedientes a la estrategia perfilada en “Camino real”. O, lo que viene a ser lo mismo, cuando hablemos del Bosch autor del primero de los dos conjuntos ya citados. El criollismo, al ser privativo de los cuentos del Cibao de Bosch, lo es también del primer conjunto, compuesto única y exclusivamente por ellos. Las otras corrientes, en la medida en que se manifiesten, se expresarán a su vez en el segundo. La simultaneidad que señalaba antes como propia del desarrollo de las dos tendencias implícitas en su obra reflejan, en el fondo, la convivencia durante cierto tiempo de dos actitudes distintas del escritor,

una que lo mantenía fiel al criollismo de sus inicios y otra que lo alejaba cada vez más de él hasta el punto de ir paulatinamente sustituyéndolo.

Estas precisiones son tanto más necesarias cuanto que hay, en el segundo conjunto, cuando menos dos cuentos, “Luis Pie” y “La Nochebuena de Encarnación Mendoza”, que podrían inducirnos a pensar que el ruralismo trasciende los límites del Cibao de Bosch y se convierte en representativo de una geografía, ya no regional, sino nacional, o incluso antillana. Pero sería un error, porque, no obstante su carácter de no urbanos, ninguno de ambos cuentos puede ser considerado *stricto sensu* como rural. No debemos permitir que el escenario de la acción nos engañe. Ambos cuentos tienen lugar en un espacio y en un mundo no urbanos, pero eso no significa que lo hagan en un medio rural. Sabido es lo que representan los ingenios en la economía dominicana. Los ingenios son “enclaves capitalistas” en medio de una ruralidad generalizada y esto implica que ni sus habitantes son campesinos, aunque provengan del campo —lo que, por otra parte, tampoco es una ley: muchos provienen de las zonas urbanas—, ni las relaciones que se establecen entre ellos mismos, por un lado, y entre ellos y las autoridades del ingenio, por otro, obedecen a los esquemas de comportamiento de sus lugares de origen.

Estas particularidades, que el narrador tiene bien presentes, nos llevan a considerar de muy distinta manera los cuentos en cuestión, porque ni están vacías de significación ni son ajenas a los personajes, en los que ejercen un efecto que los distingue del prototipo campesino que hemos visto en el Cibao de Bosch. Los personajes del Cibao de Bosch, lo decía en su momento, son todos seres, sin ser gregarios, esencialmente colectivos, y, por consiguiente, representativos y representantes de la comunidad a la que pertenecen. Su relación con el medio es tan íntima que no hay posibilidad de verlos ni de

sentirlos o apreciarlos, por decirlo así, fuera de contexto, separados del lugar de la acción, de lo que los rodea, cuyas características reproducen invariablemente en su comportamiento. Son, en los cuentos, tanto los demás como ellos mismos. Pero en estos de ahora no sucede igual. Ni Luis Pie ni Encarnación Mendoza son presentados por el narrador ni, consiguientemente, percibidos por el lector de la misma manera. Tanto uno como otro se caracterizan por la extrañeza que manifiestan con respecto a un medio en el que habitan, pero al que no pertenecen. Y no por la condición de extranjero de uno y la de prófugo del otro, independientemente de que ambas contribuyan a fortalecer esa impresión, sino porque, de hecho, se conducen como seres en cierto modo ajenos a su propio mundo.

Nótese, para empezar, que el emplazamiento de ambos con respecto a lo que podríamos denominar el centro de atención de sus preocupaciones y sus afectos es, aunque sea accidentalmente, marginal. Ambos están afuera, desde donde quieren llegar al mismo sitio, el hogar, la familia, y todo el esfuerzo que hacen está concentrado en ese único propósito. Las causas que se lo impiden son distintas, es verdad, pero son, en ambos casos, igualmente poderosas, hasta el punto de que yo no sabría decir cuál lo es más, si la imaginaria del haitiano o la muy concreta del dominicano. Al haitiano Luis Pie (impedido de caminar por la herida de un pie y atrapado en medio del cañaveral por un incendio provocado por otro), le dificulta la llegada a dicho centro, del que se encuentra lejos por motivos habilidosamente silenciados por el narrador, la creencia de que la infección que comienza a paralizarlo y le impide avanzar, acercarse a su meta, es el resultado de la acción de fuerzas invisibles, enemigas e incontrolables. Al principio se trata de una simple presunción, producto de la idiosincrasia del personaje. Pero más adelante, cuando ya el incendio es

una realidad amenazante, el haitiano abandona toda racionalidad (o la escasa con la que trataba de enfrentarse al problema) y se inclina por la explicación animista del hecho. Ante el fuego que comienza a cercarlo y la dificultad extrema de moverse en que se halla, a Luis Pie ya no le cabe duda. No se trata ya de que la infección esté en el proceso de invadirle el organismo y le imposibilite caminar, explicación que ni siquiera se le ocurre, sino de que, en efecto, alguien que no lo quiere, un enemigo incierto, se le opone, pretende hacerle daño.

“—¡Bonyéeeee!

‘Gritó de tal manera y llegó a tanto su terror, que por un instante perdió la voz y el conocimiento. [...] Quienquiera que fuera, el enemigo que le había echado el mal se valió de fuerzas poderosas. Luis Pie lo reconoció así y se preparó a lo peor’ (I, p.314).

A Encarnación Mendoza, en cambio, lo paraliza otra cosa. No fuerzas invisibles, sino la conciencia de sus limitaciones, de su propia circunstancia vital. Encarnación, que lleva seis meses prófugos por haber matado al cabo Pomares, un representante de las fuerzas del orden, sabe que no debe dejarse ver porque eso representaría su perdición y esa convicción es tan determinante para su caracterización como para Luis Pie la creencia en las fuerzas invisibles. Solo que, por grandes que sean los obstáculos, la persistencia de los dos hombres es todavía mayor y, lo que es más importante, intransigentemente única. A Luis Pie no lo motiva otra consideración que la muy particular de volver con sus hijos. Luis Pie deseaba intensamente que alguien lo encontrara y lo llevara junto a ellos, que estarían esperándolo, como todas las noches, “para que el padre pudiera prepararles con rapidez harina de maíz o les salcochara plátanos” (I, p.312). Y lo mismo hay que decir de Encarnación Mendoza. Ambos coinciden en expresar en todos los momentos la misma obsesiva motivación para el

regreso. En el haitiano esta obsesión no obedece (como sí le sucede a Encarnación Mendoza), al tiempo del alejamiento, que no pasa, en su caso, de un día, o de dos, a lo sumo, sino a la dificultad física y casi insuperable de avanzar y al temor de que está siendo víctima de un maleficio que le impedirá conseguir su propósito de reunirse con los suyos, por los que siente un amor poderoso y único. Para Luis Pie no hay nada más importante en la vida que sus hijos. El poder de ese sentimiento (mezcla de preocupación, amor y miedo) es lo que explica que en la última parte, después de haber sido golpeado sin misericordia por sus captores, lo único que le preocupe sea saber si se encuentran bien. Cuando, en medio de la confusión, se entera de que nada les pasa, de que las fuerzas invisibles no han podido con ellos, porque Dios ha escuchado sus reclamos y los ha protegido, la forma en que, en adelante, lo traten lo tiene sin cuidado. Su paz y su conformidad son tales que, si hubieran continuado pegándole, ni se habría dado cuenta, porque, como dice el final del cuento, “iba caminando como un borracho, mirando hacia el cielo y hasta ligeramente sonreído” (I, p.317).

La obsesión de Encarnación Mendoza no es menor que la del haitiano. La diferencia reside en que, así como la de este estaba acompañada de un temor ancestral que, al desaparecer, transformaba el encuentro en un alivio, la de Encarnación Mendoza lo está por una intensa racionalidad, que emplea para lograr su cometido. Encarnación Mendoza es todo cálculo y frialdad. El mismo inicio del cuento lo delata:

“Con su sensible ojo de prófugo Encarnación Mendoza había distinguido el perfil de un árbol a veinte pasos, razón por la cual pensó que la noche iba a decaer. Anduvo acertado en su cálculo; donde empezó a equivocarse fue al sacar conclusiones de esa observación. Pues como el día se acercaba era de rigor buscar escondite, y él se preguntaba si debía internarse en

los cerros que tenía a su derecha o en el cañaveral que le quedaba a la izquierda. Para su desgracia, escogió el cañaveral. Hora y media más tarde el sol del día 24 alumbraba los campos y calentaba ligeramente a Encarnación Mendoza, que yacía bocarriba tendido sobre hojas de caña” (p.3).

Encarnación Mendoza no da un paso sin haberlo pensado previamente. A diferencia de Luis Pie, Encarnación Mendoza no espera nada del azar. No cuenta con ayuda externa alguna, no se la pide a Dios. Está solo y es consciente de que solo se tiene a sí mismo. Cuando siente la presencia de alguien, sin saber que se trata del niño que luego lo delata, su propio hijo, en lugar de asustarse analiza la situación y se guía por las conclusiones a que llega. Y lo mismo pasa cuando el sargento se presenta con el grupo. Su reacción en uno y otro caso sorprende por lo meticulosa. Y es que Encarnación Mendoza responde a un plan cuidadosamente elaborado cuya única finalidad es la misma de Luis Pie de llegar a su casa y reunirse con los suyos.

Expuesto lo anterior, me interesa señalar que ese comportamiento de los personajes no es gratuito, no está elegido al azar. Responde a una exigencia del medio en que tiene lugar su trágica aventura. Ni Luis Pie ni Encarnación Mendoza actúan, como los personajes del Cibao de Bosch, en función de una estructura superior a la que se remiten y de la que forman parte inalienable. Su conducta los revela como personajes, para decirlo rápido, desvinculados de su medio. A Luis y a Encarnación no los entusiasma nada que no se relacione con el objeto de su obsesión. Esa idea fija está acompañada en ambos por un notorio desinterés hacia todo lo demás. En Luis Pie es, hasta cierto punto, lógico que suceda así. Su condición de inmigrante extranjero que no conoce todavía el terreno en que vive, como lo demuestra su ignorancia de que “detrás estaba otra colonia, la Gloria, con su trocha medio kilómetro

más lejos" (I, p.313), lo exime en cierto modo de tener otros motivos que no sean los estrictamente personales (reunirse con sus hijos) para volver al sitio en donde vive. Pero en el caso de Encarnación Mendoza la situación varía. De él se podría esperar con todo derecho que, tras seis meses de andar de un lado para otro, "rehuyendo todo encuentro y esquivando bohíos, corrales y cortes de árboles o quemas de tierra" para que no lo atraparan, expresara al volver algún tipo de gesto o de pensamiento que le comunicara al lector el grado de su vinculación con el terruño, con el sitio de donde procedía.

Pero ni en Luis Pie ni en él se produce el fenómeno. En ninguno de los dos se manifiesta en ningún momento el más mínimo sentimiento, tan presente en los personajes del Cibao de Bosch, de vinculación esencial, o de pertenencia, al medio donde viven. Ninguno expresa, en fin, nada que nos haga pensar que el sitio al que ansían llegar significa para ellos algo más de lo que, personalmente, les atañe. Luis Pie no piensa en nada que no sea lo más estrictamente suyo. No echa de menos ningún otro aspecto de su cotidianidad. Ni los amigos, ni el entorno, ni el ambiente ocupan su interés. Y lo mismo acontece con Encarnación Mendoza. Para el haitiano el entorno es más que ajeno, desconocido. Es cierto que a eso puede contribuir la extensión y la uniformidad de las plantaciones, lo que las convierte en ciertas circunstancias, como, por ejemplo, la oscuridad de la noche, en verdaderos laberintos sin salida. Pero no hay que olvidar que el personaje vive en ellas y de ellas. Su desorientación, tan acentuada, no deja, por lo tanto, de llamar la atención. Tal vez por eso el divorcio entre el personaje y el medio resulta aquí patético. Como, a juzgar por lo que se nos dice, lo desconoce por completo, Luis Pie se guía por señales, por indicios, y el resultado es en todo momento la indecisión y el desconcierto. Buscando cómo salir al camino, con la esperanza de que alguien lo recoja y lo

ayude, Luis Pie no atina a salir del tablón de caña en que se halla. Al margen de la dificultad del momento, la verdad es que carece de los datos mínimos necesarios para orientarse. Porque lo que le imposibilita salir al claro no es, siendo real, la dificultad física de moverse. Es la falta de dominio de un espacio en el que es indudable que se desenvuelve con inseguridad. Todo en él es duda y desconcierto:

“Arrastrándose a duras penas, a veces pegando el pecho a la tierra, Luis Pie emprendió el camino. Pero de pronto alzó la cabeza: hacia su espalda sonaba algo como un auto. El haitiano meditó un minuto. Su rostro brillante y sus ojos inteligentes se mostraban angustiados. ¿Habría perdido el rumbo debido al dolor o la oscuridad lo confundía? Temía no llegar al camino en toda la noche [...] Si él se perdía, los niños le esperarían hasta que el sueño los aturdiere y se quedarían dormidos allí, junto a la hoguera consumida” (I, p.312).

Ese mismo desligamiento del entorno se reproduce, aunque de otra manera, en Encarnación Mendoza. En contraste con Luis Pie, este conoce al dedillo el terreno. No solo en lo físico, sino en lo humano. La distribución del espacio y las costumbres de los lugareños le son familiares. Sabe dónde están los cerros y dónde el cañaveral y lo que a tales y cuales horas estarían haciendo unos y otros. Pero si la mirada de Luis Pie es de desconcierto, la de Encarnación es distante, fría, inexpresiva. Luis Pie no conoce y a Encarnación Mendoza no le importa lo que observa. Son, en el fondo, dos formas diferentes de expresar lo mismo: no son de allí, no se sienten de allí.

Encarnación lo mira todo de una manera práctica, para sacar conclusiones que le permitan actuar de un modo conveniente. El perfil del árbol que distingue a veinte pasos “con su sensible ojo de prófugo” carece de significación para él. Cuando duda entre internarse en los cerros que le quedaban a la derecha o en el cañaveral que tenía a la izquierda, lo hace

con la desconfianza del que huye, pero también con el desapego de alguien para quien tales espacios no significan nada, como si no tuviera allí conocidos, amigos, recuerdos. El paisaje para él y, por lo tanto, para el narrador, que no le presta apenas atención, carece, como para Luis Pie, de interés. Entorno y personaje son en los dos cuentos realidades incompatibles. En los cuentos rurales uno y otro formaban una unidad indiscutible, una consubstanciación, que no se produce, de ningún modo, aquí. Pero ese fenómeno no se da solo con el entorno físico, sino también con el humano. Salvo los familiares que los obsesionan, los seres del lugar carecen de significación afectiva para ellos. Son amenazantes o indiferentes. En ningún caso vinculantes. Luis Pie piensa, en su desesperación, en recibir ayuda, pero no de nadie en concreto. También aquí se hace evidente su no pertenencia al entorno. El narrador no le proporciona a Luis Pie ni siquiera el recurso de acordarse de un amigo que cuando menos pudiera servirle de consuelo en tan aciagas circunstancias. Luis Pie piensa en alguien que pase, el que sea. Y cuando ese alguien aparece, en forma anónima, colectiva y atropelladora, lo que era una esperanza se le convierte en una pesadilla. La desvinculación es tal que nadie lo reconoce, ni siquiera cuando lo llevan al batey en donde vive, donde parece lógico que tuviera relacionados, gente que supiera de quién se trataba. La llegada de Luis Pie, amarrado, cansado, adolorido, maltratado, y la indiferencia de los vecinos, que se arremolinan alrededor para contemplar el espectáculo, sin que nadie lo llame por su nombre, sin que nadie lo identifique, es de una crueldad desgarradora, pero también indicativa de la tremenda soledad del personaje y de su total desarraigo.

En Encarnación Mendoza la situación es tanto más desoladora cuanto que hay, por parte de este un conocimiento del ámbito y, por parte de la población, una posición tomada con relación al prófugo:

“Él conocía bien el lugar; las familias que vivían en las hondonadas producían leña, yuca y algún maíz. Si cualquiera de los hombres que habitaban los bohíos de por allí bajaba aquel día para vender bastimentos en la bodega del batey y acertaba a verlo, estaba perdido. En leguas a la redonda no había quien se atreviera a silenciar el encuentro. Jamás sería perdonado el que encubriera a Encarnación Mendoza; y aunque no se hablaba del asunto todos los vecinos de la comarca sabían que aquel que le viera debía dar cuenta inmediata al puesto de guardia más cercano” (pp-3-4).

Lo que llama la atención de este pasaje no es tanto la actitud de la colectividad, que sirve para justificar la extremada cautela con que se mueve el prófugo, como la indiferencia con que este, de cuya percepción se hace eco el narrador, reflexiona al respecto. Encarnación no solo siente como posibles delatores de su presencia a todos los habitantes de las cercanías, incluyendo, por supuesto, a sus vecinos, sino que ni por asomo se le ocurre hacer una excepción. No hay un compadre o un amigo cuya imagen le acuda a la memoria en tan terribles condiciones. Encarnación está circunstancialmente solo y aislado, pero también al margen del espacio en que desarrolla su existencia. El mensaje que se recibe es el de que pretende llegar a un sitio al que solo lo une la familia.

Lo que se concluye después de la lectura de ambos cuentos es que ni Luis Pie ni Encarnación Mendoza son personajes rurales, aunque lo que les sucede tenga lugar en el campo. La soledad de ambos héroes, si se les puede llamar así, es distinta a la que vimos en algunos personajes del Cibao de Bosch. Lo que los impulsa a actuar de esa manera son razones exclusivamente personales porque tienen conciencia del desamparo y la desprotección en que se encuentran ellos y los suyos, que son el otro extremo de sí mismos. Ambos son, además, productos indiscutibles de una voluntad que los define como

autónomos frente al grupo y los desvincula, por lo tanto, de un código y de una normativa que no puede ser allí, en aquel medio abierto y plural, tan cerrado e impositivo como en el aislado Cibao de los cuentos rurales. Ellos mismos son de hecho, al tiempo que una consecuencia, una muestra evidente de esa incoherencia del medio en que se desenvuelven, a la que contribuyen con su presencia. Ambos son personajes sin raíces. Luis Pie por venir de tan lejos, “caminando sin cesar, primero a través de las lomas, en el cruce de la frontera dominicana, luego a lo largo de todo el Cibao, después recorriendo las soleadas carreteras del Este, hasta verse en la región de los centrales de azúcar” (I, p.312), y Encarnación Mendoza por estar “acostumbrado a hacer lo que deseaba” (p.7), aunque “nunca deseaba nada malo” (*Ibid.*), que son cosas propias de un hombre que, al margen de su sometimiento a cualquier otro código, ha conseguido darse uno al que supedita todo lo demás. Es cierto que tampoco son personajes estrictamente urbanos en el sentido que veremos después, por cuanto manifiestan, sobre todo en el caso de Luis Pie, una dependencia de esquemas conceptuales y una familiaridad con la naturaleza propios del medio rural. Pero no cabe duda de que su condición de héroes individuales solitarios enfrentados en ambos casos a los horrores de una maquinaria no personalizada en un medio del que no dan señales de sentir como íntimamente suyo los diferencian claramente de los que sí lo son con todas sus consecuencias. Por eso los catalogo como no rurales y los distingo claramente de los pertenecientes al primer conjunto de la obra de Bosch.

II Cuentos de tema urbano nacional que reflejan esta cualidad de muy precaria manera

De los siete cuentos urbanos de Bosch, solo tres, “Fragata”, “Victoriano Segura” y “Un hombre virtuoso” son de ambiente dominicano. Esta condición está, en el primero de ellos,

claramente indicada. De la protagonista, cuando nos la presenta, dice el autor que llega “tan pintarrajeada, que la gente pensó —vaya usted a saber por qué— que iba a seguir de largo, buscando el camino de Pontón” (I, p.341). Pontón es una población cercana a La Vega, en el Cibao central², lo que nos indica que la acción tiene lugar en esta última. En los otros dos, “Un hombre virtuoso” y “Victoriano Segura” no hay, en cambio, como en “Fragata”, marcadores específicos. Pero sabemos que lo son por la atmósfera, tan similar a la de “Fragata”, con el que guardan una sorprendente similitud estructural, así como por la conducta de los personajes y por la ambientación general, que no puede no ser dominicana. En estos casos el narrador adopta la misma actitud que en los cuentos rurales, en muchos de los cuales prescinde de toda toponimia, de toda notación geográfica, sin que eso les impida ser, antes, por el contrario, cuentos estrictamente cibaños.

Aparte del que acabo de señalar, hay en las tres narraciones citadas otros cuatro rasgos comunes, que son, a saber, la similitud (o parecido) de los diferentes lugares de la acción, el carácter urbano de los tres, el emplazamiento de sitio marginal que las caracteriza y, por último, la similar configuración de los personajes. No me es posible ocuparme aquí de todos, pero me detendré, así sea brevemente, en el último, porque es, de los cuatro, el que tiene que ver directamente con el talante de los personajes y con la estructuración del conflicto, que en los tres casos es también la misma. El centro de interés de los tres cuentos reside en la confrontación que se produce entre un cuerpo extraño, por llamarlo de la forma más gráfica posible, móvil, inestable, y un cuerpo fijo e inalterable que actúa a la defensiva y lo rechaza. Esto es tan así que, nada

² Y cercana, por cierto, al Pino de *La Mañosa*. Recuérdese que en Pontón estaban acantonadas las tropas del general Macario y que es en Pontón donde tiene lugar el encuentro de este con Pepe, el padre de los niños.

menos que dos de los tres protagonistas (los tres “cuerpos extraños” antedichos) Fragata y Victoriano Segura, irrumpen en el escenario de la misma manera. Los dos vienen de no se sabe dónde y pretenden ocupar un espacio en el que, por sus características éticas y su excentricidad, no son bien recibidos. E insisto en lo dicho, por su excentricidad. Porque si bien es cierto que Fragata es una prostituta de conducta escandalosa y Victoriano un hombre de malas pulgas que tiene problemas con la justicia, no lo es menos que la razón por la que el vecindario instintivamente los rechaza es anterior al conocimiento de esas características.

Dicho esto, me apresuro a señalar que estamos en presencia, en cada uno de los cuentos del trío, de un doble y engañoso juego de espejos. Quiero decir que las imágenes que recibe el lector de todos los personajes son, en esencia, y al menos en un sentido, falsas. Lo es la excentricidad de los que se oponen a las normas del grupo (los protagonistas de las tres narraciones) y lo es también el discurso hipócrita de los que representan a este. En ambos casos la apariencia se contradice con la realidad de fondo que se oculta tras ella. La excentricidad de los tres protagonistas obedece a una razón oculta que la explica y hasta la justifica a los ojos del lector. El comportamiento sexual de Fragata no es, como piensa al principio doña Ana, y como nos lo pinta el narrador, el de una simple ramera, sino el de una mujer que desea a toda costa ser madre y que procura conseguirlo por medio de la prostitución. Tan grande es su vocación maternal y tanto, por consiguiente, su amor hacia los niños, que basta con que le digan que su conducta les hace daño para que, voluntariamente, decida complacer a sus detractores y mudarse del barrio. El de Victoriano Segura no es producto de su aparente animadversión hacia el género humano, ni de sus problemas con la ley, sino de un terrible drama familiar, la lepra de la suegra y, después, de la

esposa, que lo obliga, por solidaridad y por amor, a mantenerse aislado de la gente, como nos lo descubre la escena final. El de Quin es el resultado de un alcoholismo que no consigue controlar, pero que mantiene en riguroso secreto, preocupado por no escandalizar. Y no hipócritamente, sino llevado por un deseo sincero de actuar bien, como lo demuestra el hecho de que, ante los embates moralistas de don Juan Ramón, termine cediendo y abandonando el vicio, decisión que lo lleva, al final, a la muerte. Es verdad que la historia de Quin, a diferencia de las otras dos, está contada en un tono entre humorista e irónico que nos permite pasar por encima del carácter estrafalario y, en cierto sentido, inverosímil que la caracteriza. Pero eso no impide que el cuento quede emparejado desde el punto de vista estructural, y desde el más importante de su sentido último, con los restantes componentes del trío.

En cuanto al grupo se refiere, conviene observar que este también ofrece, aunque sea en un sentido opuesto, una imagen fingida de sí mismo. La razón última, la verdadera, de su discurso no son las actitudes inaceptables de los intrusos, sino los prejuiciados reclamos de unas formas, o de una apariencia, con la que estos, de entrada, no cumplen. Es verdad que hay rasgos en el comportamiento de estos que aparentemente justifican con posterioridad esa conducta rígida y despectiva —la prostitución de Fragata, los problemas con la ley de Victoriano, el alcoholismo innegable de Quin—, pero eso no quita que la actitud haya sido adoptada de antemano, eso no quita que sea el prejuicio, la rigidez mental, la creencia en una visión del mundo exclusiva y excluyente, la única posible, lo que le sirva de sustento. El grupo activa sus mecanismos de defensa en cuanto comprueba, con un simple vistazo, que la facha de Fragata —no su condición de prostituta—, el carácter arisco y nada comunicativo de Victoriano —no sus problemas con la ley—, o el talante reservado de Quin —no

su propensión al alcoholismo—, no se avienen con lo que el grupo considera aceptable. Y esto último es, para el grupo, básico. La norma y, por lo tanto, la uniformidad que haga posible la identificación inmediata de sus miembros son su razón de ser. La excepcionalidad no cabe dentro de sus consideraciones. Por eso *Fragata*, *Victoriano* y *Quin*, cada uno a su manera, constituyen desde el primer momento, como ya dije antes, cuerpos extraños que el grupo tiende a rechazar de inmediato. Lo que sería, valiéndonos de un concepto de las ciencias naturales, la fagocitación social no está ni siquiera mínimamente contemplada en los presupuestos de este, regido siempre por una inflexibilidad absoluta. Lo que de oculto tiene el comportamiento de los protagonistas lo tiene de claro y manifiesto, dentro de su fingimiento, el del grupo que se les enfrenta, que se muestra, además, no solo consciente de sus valores, sino dispuesto en todo momento a defenderlos a como dé lugar. La uniformidad es, en este sentido, tan precisa que, de todos los rasgos atinentes a la conducta de los personajes, tal vez el más destacado y evidente sea la conciencia de sí mismo de que da muestra el grupo.

Los tres lugares de la acción se caracterizan, por otra parte, por ser periféricos con respecto a un centro urbano que no aparece, pero de cuya existencia no puede haber duda, y por ser, sobre todo, *decentes*, concepto clave por más de una razón en el contexto de la narración. En “*Fragata*”, el vecindario era, ya lo sabemos, “pobre”. Pero eso no importaba. Y el narrador se encarga de decirnos por qué: “La gente no se sentía a disgusto, porque, como decían a menudo los vecinos, aunque la calle no era vistosa, las personas eran decentes. Siempre había sido así hasta que llegó *Fragata*” (I, p.342). En “*Victoriano Segura*” es, en cambio, uno de los personajes quien hace la proclama. Primero se señalan sus condiciones económicas. Luego, las morales: “[...] Ahora bien, según afirmaba

con su graciosa tartamudez el anciano Tancredo Rojas, la gente que vivía allí era ‘de ...cente, de ...cente’” (p.58). En “Un hombre virtuoso” ya desde el mismo título se denuncia, no sin ironía, el trasfondo moral del personaje y de lo que se nos pretende contar. Si hay una conducta tipificada por la rigidez ética es la del don Juan Ramón que observa a Quin y lo lleva a la muerte con su cháchara edificante. La caricatura y la burla de que, como recursos, se vale el narrador en este caso no hacen sino extremar casi hasta lo inverosímil el rasgo ya apuntado. Pero esto no lo aleja de los otros dos cuentos. Antes, por el contrario, lo empareja todavía más en el aspecto que mejor los define, que es, como ya he señalado, el de la relación conflictiva entre la cerrazón mental del grupo y la posibilidad de una, así sea mínima, apertura o modificación del esquema moral que le sirve de guía.

¿Adónde nos conduce todo esto? La lectura de estos tres cuentos dan por sentado, como acabo de decir, que el sector se halla en la periferia de un núcleo urbano mencionado o supuesto, aunque nunca descrito. Interesa, por lo tanto, saber cuál es su relevancia, qué categoría debemos reconocerle, a fin de comprender debidamente el contexto espacial de dichas narraciones. En “Fragata” el vecindario es catalogado como “barrio” y hay ciertas precisiones que nos inducen a pensar en un tejido urbanístico de cierta complejidad. La exterioridad del sitio no implica marginación, y menos aislamiento, ya que existen incluso un intercambio y una relación típicamente ciudadanos con sectores de rango similar. El mismo narrador refrenda la veracidad de esto que digo. Los hombres que visitaban a Fragata “iban de otros barrios”, y en alguna ocasión a esta se la ve con un “policía al que hacía reír con lo que le iba diciendo” (I, p.342). Doña Ana, que se queja, la que más, de la presencia de Fragata, cree hallar, por su parte, en el rango del sitio la explicación de lo que ocurre. Su marido, receptor

de las quejas, la escuchaba en silencio: “Esto es insoportable —le decía—. Mira lo que hemos ganado por venir a vivir a semejante barrio. ¡Bonito ejemplo para los niños!” (I, p.343). Pero esos indicadores netamente urbanos y la imagen que nos transmiten se ven rápidamente puestos en su sitio por otros también presentes en el texto. La muchacha llega al vecindario “caminando junto a una carreta que llevaba muebles y litografías de imágenes religiosas”. La calle “nunca había sido arreglada” (I, p.341) y, si llovía, “se formaban lodazales”. Estas puntualizaciones, combinadas con las anteriores, contribuyen a dar una imagen exacta de la diluida estructura urbana del cuento. Por ellos comprendemos que no se trata de la de una ciudad. Estamos en La Vega, que puede que en aquel momento lo fuera, desde luego, pero solo si se la considera de acuerdo con la escala de una sociedad de escasa población y predominantemente rural, como la dominicana de las narraciones.

En “Fragata” la especificación del tipo de población en que se inserta el lugar de la acción, que viene ya al comienzo del cuento (cerca de la salida hacia Pontón, en las afueras de La Vega) no resulta necesaria. Pero en “Victoriano Segura”, en el que, siguiendo la tendencia impuesta por los cuentos del ciclo cibaëño, dicho lugar se mantiene en el anonimato, el narrador se ve compelido a proporcionarnos la referencia correspondiente. Lo hace en la escena del incendio, y de forma tan clara que, en unas cuantas líneas, le transmite al lector una idea precisa del espacio mayor de la narración. Por esas pocas líneas sabemos que se trata de las afueras de una ciudad pequeña, aunque mínimamente organizada. La presencia de las fuerzas del orden y de los bomberos da una imagen de eficacia y hasta de modernidad que en principio sorprende, pero que de inmediato queda debidamente corregida. La de los policías no es suficiente para ahuyentar el miedo de los ladrones que se apodera de las vecinas y la de los segundos es

inútil, porque “no había de dónde sacar el agua”. La sospecha de que pudiéramos encontrarlos en un enclave urbano con todas las de la ley, y no en uno pequeño y escasamente dotado, queda, aquí, del todo despejada.

En “Un hombre virtuoso”, las indicaciones espaciales son realmente escasas. Son, en realidad, las imprescindibles para situar al lector. Pero no cabe duda, pese a que aquí el lugar de la acción también permanece innominado, de que el contexto urbano en que está inserto se corresponde con el descrito en “Fragata” y en “Victoriano Segura”. Don Juan Ramón, sin oficio conocido; Quin, el baulero; el pulpero; las vecinas y el médico, por un lado, y el taller de Quin, que hace su trabajo de cara al público, a puertas abiertas; la casa con patio de don Juan Ramón; la precisión mínima, pero ilustrativa, de “la acera de la pulpería” a la que sube Quin, más la pulpería misma, por otro, son elementos más que suficientes para que establezcamos la equivalencia. Esto significa que el aspecto urbano de estos cuentos se pone de manifiesto más a través de la personalidad o, si se quiere, de la configuración psicológica de los personajes que de una atmósfera todavía muy emparentada con hábitos y costumbres estrictamente rurales. Y es que, efectivamente, si reparamos en su comportamiento caemos de inmediato en la cuenta de que carecen, como grupo, de la armonía y de la solidez y, como individuos, de la coherencia ética y de la firmeza de los que poblaban el universo de los cuentos rurales, que son nuestro obligado punto de referencia. Eso explica la actitud defensiva y el aferramiento a sus propias visiones y prejuicios y, por supuesto, el alto grado de insatisfacción y/o de agresividad que se manifiesta en todos ellos cuando se trata de la defensa de su pequeño mundo. Si los personajes de los cuentos cibaños se caracterizaban por su conformidad y por su solidaridad a toda prueba, los de estos tres cuentos urbanos de Bosch lo hacen por su egoísmo y su carencia de generosidad.

No se me escapa lo que estas caracterizaciones tienen de generales, y aun de tópicas, ni tampoco lo que tienen de absolutas, como propias de una visión idealizada, o incluso estereotipada, de lo rural frente a lo urbano. Pero mi punto de partida son, naturalmente, los textos. Y los tres cuentos a que me refiero encajan perfectamente bien dentro de la que, en la dicotomía así conformada, les corresponde. Tanto, por lo menos, como los del Cibao de Bosch en la suya. Es a Bosch a quien lo urbano, o mejor dicho, el aspecto nacional de lo urbano, le resulta incómodo. Es Bosch el que no encuentra un ápice de bondad en esa colectividad de pueblo grande que ocupa el mismo y casi idéntico escenario de tres cuentos distintos de la misma y casi repetida manera. Es Bosch el que, en vez de centrar su atención en las interioridades de los medianos pequeños burgueses que retrata en ellos (lo que tal vez le hubiera permitido encontrar la conflictividad propia y la humanidad oculta, la singularidad que debemos suponer que poseen), decide hacerlo en una contradicción que saca a relucir, por necesidad, sus peores facetas.

Es imposible no ver en el drama íntimo de *Fragata*, en la capacidad de sacrificio y entrega de Victoriano y en la casi infantil ingenuidad de Quin un trasunto y hasta una reproducción de muchos de los personajes de los cuentos rurales. Frente al desprecio con que se les recibe, el narrador se concentra en la exaltación de los rasgos positivos de cada uno de ellos y en el ocultamiento o reducción al mínimo de los que podría suponerse que tienen los demás. Tan inflexible es en este sentido su actitud, que cuando, en lugar de convertirlos en protagonistas de la historia, como hace con *Fragata* y Victoriano, decide cederle el puesto a uno de los otros, de los que le disgustan, de los que no desea tratar, el cambio le resulta imposible. “Un hombre virtuoso” anuncia, con acento, desde el principio, irónico, la figura central del relato, que no

será otra que ese desagradable don Juan Ramón que ya hemos visto. Pero luego resulta que el narrador no puede sustraerse a la simpatía que le despierta la víctima de las maquinaciones de este y Quin termina convirtiéndose, si no en el centro mismo, en un poderoso polo de atracción que, además de mostrar los efectos de la agresión que sobre él se ejerce, contribuye a resaltar la fealdad espiritual, ya de por sí notable, del otro. El discurso de Quin, como el de Fragata y el de Victoriano, es diáfano. Responde a una naturaleza "positiva", en el sentido que le daba a este término al referirme a los personajes de los cuentos rurales. El de don Juan Ramón, como el de los grupos de los otros dos cuentos, es, en cambio, mezquino y falso, esencialmente hipócrita y egoísta. Esto me permite afirmar que en los cuentos urbanos nacionales de Bosch hay, con respecto a sus cuentos cibaños, una inversión muy clara de valores. En ellos lo urbano se manifiesta con una fuerte carga negativa, en contraste con lo que sucedía con lo rural en estos últimos. Todo es pequeño y deleznable en la filosofía de vida de los personajes que lo expresan y lo representan. Pero no es eso lo único, pues también acontece que la consideración y el retrato de lo colectivo sufre en ellos una transformación considerable. Si en el Cibao de Bosch no había manera de no hallar siempre algún tipo de vínculo entre el individuo y su grupo, en los cuentos urbanos lo que se produce es, como en los cuentos de la caña, una verdadera colisión entre ambos. En el Cibao de Bosch las excentricidades no eran tales. Es más, no existían, *stricto sensu*. Aquí son tan inaceptables que terminan en el enfrentamiento inevitable y en la expulsión.

Pero hay algo más que conviene añadir, y es lo siguiente. Tanto el escenario de la acción como los personajes de cada uno de los cuentos del trío presentan una serie de rasgos que, mediante un juego de permanente interacción, al tiempo que

nos impiden catalogarlos de otro modo, nos induce a considerarlos como solo relativamente urbanos. La imagen de lo urbano como expresión de una complejidad social y formal ajena y divorciada del simplismo propio de lo rural no existe en la obra de ambiente dominicano de Bosch. Y no, como pudiera pensarse, porque el innegable ruralismo de nuestra sociedad se lo impidiera, pues ya *La sangre* había demostrado, de manera inequívoca, que era perfectamente posible hacer abstracción de ese rasgo y elaborar una trama en que estuviera ausente, sin traicionar por eso la esencial verosimilitud de lo narrado, sino por la intensa filiación ruralista de Bosch y por el poder, centrípeto, diría, que esta ejerce sobre todo lo relacionado con lo nacional en su obra. Así lo vimos en “Luis Pie” y “La Nochebuena de Encarnación Mendoza”, aunque tan sólo fuera en el tratamiento de las figuras de sus protagonistas, y así lo hemos visto en los tres recién analizados.

Ahora bien, íntimamente relacionado con esa relatividad de lo urbano hay otro aspecto que también me interesa destacar, por la importancia que tiene en la consideración general de la obra de Bosch. Me refiero al hecho de que esos tres cuentos urbanos de que he venido hablando son, no solo dominicanos, sino específicamente cibaños. “Fragata” nos da la pauta para afirmarlo, toda vez que “Victoriano Segura” y “Un hombre virtuoso” se rigen, como hemos visto, por las mismas coordenadas espaciales y reproducen, aun sin especificarlo, el mismo ambiente que veíamos en él. Esto quiere decir que, quitando a “Luis Pie” y “La Nochebuena de Encarnación Mendoza”, todos los cuentos dominicanos de Bosch son, además, como ya he dicho antes, cibaños, obligándonos a considerar a Bosch, dentro de la literatura dominicana, como un narrador regionalista, en el más estricto y real sentido de la palabra. Pero conviene no confundir las cosas. El hecho de que el ambiente de los tres cuentos de marras sea también

cibaeño no significa que formen parte del Cibao de Bosch de que hemos hablado en la parte central de este trabajo. Son cuentos cibaeños, pero no pertenecen al Cibao de Bosch, por la simple razón de que este se regía, como recordaremos, por una estrategia que no se aplica en el caso de los cuentos urbanos. Por eso y también porque en el Cibao de Bosch el narrador desplegaba un esfuerzo de entendimiento global de un *ethos* que se manifestaba en cada uno de los aspectos de las narraciones, mientras que en estos su esfuerzo se concentra en un conflicto de entendimiento y más, por lo tanto, en la anécdota, en el asunto, que en el contexto de su desarrollo o en las conclusiones de carácter general que de su exposición pudieran deducirse. Los veo, más bien, como una especie de coda amplificadora, como una continuación del esfuerzo totalizador realizado en los cuentos y, sobre todo, como el inicio de una exploración del otro lado de lo mismo que, sin embargo, no llega a concretarse. Son, en el fondo, expresiones de la dispersión que caracteriza al segundo conjunto, en el que he creído adecuado incluirlos, el inicio de una de las varias tendencias que asoman en el esfuerzo paralelo, puesto en práctica en él, de traspasar los límites de la temática rural. Lo que las diferencia en este sentido de las demás tendencias es el carácter estrictamente dominicano de sus temas, que es lo mismo que ocurre con “Luis Pie” y “La Nochebuena de Encarnación Mendoza”. Pero no podemos permitir que eso nos confunda y nos lleve al extremo de considerarlos parte de lo que no lo son.

III *Cuentos de tema urbano no nacionales*

“El hombre que lloró” (pp.501-513), “El astrólogo” (pp.381-386), “Una jíbara en Nueva York” (pp.387-394) y “La muchacha de La Guaira” completan los cuentos urbanos de Bosch y se diferencian claramente de sus compañeros de grupo por carecer, como bloque, de coherencia. Al revés

de lo que sucedía con aquellos, a estos nada los une. No hay detrás de ellos ningún propósito ulterior que los trascienda. Son unidades aisladas cuya significación se agota en su interior. Valen por lo que son y carecen, por lo tanto, de la capacidad de ser exponentes de un universo mayor al que se deban. Esta predominante individualidad, es el resultado de un cambio de actitud del narrador frente a lo urbano que no podemos pasar por alto. La exposición de la problemática urbana como algo todavía vinculado no solamente a un determinado propósito ideológico, sino también a la marcada preferencia del autor por lo rural como se da en los de ambiente dominicano, desaparece en estos cuatro cuentos de forma radical. La complejidad relativa de lo urbano de los tres anteriores se ve sustituida ahora por su afirmación plena, de tal manera que todo en ellos tiende a definirlos como tales sin paliativos de ninguna especie. El establecimiento entre los cuatro de un parecido estructural semejante al que indicábamos en los cuentos de la caña y en los cuentos urbanos nacionales, por no hablar de las similitudes de los rurales, se toma aquí imposible. Y es que la significación de sus personajes se agota con los hechos que protagonizan, a lo que se le suma que ninguno de ellos, como cuentos —excepción hecha de “La muchacha de La Guaira”—, demuestran la fuerza dramática ni la pericia técnica de los restantes.

A todos los caracteriza, eso sí, un marcado cosmopolitismo, que se apoya tanto en la configuración del escenario como en el perfil psicológico de los personajes y, por lo tanto, en el tipo de conflictos en el que participan, que van desde la historia sentimental, como en “El astrólogo” y “Una jíbara en Nueva York” hasta la política, como en “El hombre que lloró” y la de corte filosófico, como “La muchacha de La Guaira”. Es tan así que, mientras en los cuentos urbanos anteriores teníamos que presumir, por deducción, no solo la categoría

del contexto del lugar de la acción, sino además su referente real, en estos no hay ocultamiento de ninguna clase. En todos ellos, y en dos de ellos desde el título mismo, sabemos bien dónde se desarrolla la acción, y lo sabemos con lujo de detalles. En “El astrólogo” el escenario queda definido desde el inicio y de una forma meridianamente clara, como para que no quepa duda ni de su complejidad ni del desenfado conductual que propicia. Estamos en San Juan de Puerto Rico. En ese ambiente distendido, cargado de detalles “modernos” que enfatizan el perfil urbano de la narración, se mueven los personajes. La protagonista, María del Pilar, se desplaza en automóvil, “entra a un *beauty parlor* y entrega sus manos a la manicurista” (p.381). Cuando, en una fiesta, se habla de amores desgraciados, el narrador nos hace saber que “estuvo comprometida con un paisano, en New York. Él era de Ponce y estudiaba en Columbia” (pp.382-383). En la fiesta baila con Manuel, un compañero con el que hace una pareja deliciosa. Manuel era como un hermano de Eddy, el antiguo novio de María del Pilar, del que esta sigue todavía profundamente enamorada. Pero el encuentro no es casual. Manuel tiene un cometido que cumplir, que el lector desconoce, y, con el pretexto de ayudarla a salir de la angustia que le produce su separación de Eddy, le propone visitar un astrólogo, el profesor Heinlein, capaz de “decir” el pasado, el presente y el porvenir del cualquiera. La muchacha accede y, días más tarde, llegan a la casa del astrólogo, que la interroga y le augura una vida feliz precisamente con Eddy, que la quiere más, incluso, que ella a él. María del Pilar duda y pregunta: “¿Usted cree que él me quiere?” y por toda respuesta el astrólogo “se despoja de la manta, se quita la barba y el turbante” y descubre, ante la sorprendida y maravillada muchacha, su verdadera identidad. Era, disfrazado, Eddy, el hombre de su vida.

A juzgar por el resumen que acabo de hacer, parece claro que estamos en presencia, de ciudadanos con todas las de la ley, seres que viven ya, luego veremos el porqué de este adverbio, de cara a una realidad urbana incontestable, aquí fortalecida por la vinculación con la metrópolis por excelencia, Nueva York, y por encima, por lo tanto, de todo posible localismo. Pero esa característica no es exclusiva de “El astrólogo”. La misma propensión especificativa se mantiene en los tres restantes. En “Una jíbara en Nueva York” la historia está narrada en primera persona y desde un bar de la urbe de los rascacielos. Y si bien gira en torno a una mujer de origen campesino cuya vida se frustra a causa precisamente del desarraigo que le produce la emigración, lo cierto es que se la siente, por la forma en que se nos narra, como una típica historia neoyorquina. En “El hombre que lloró” los escenarios son múltiples y el narrador les concede tanta importancia como a los mismos personajes. En ello influye, por supuesto, que la historia gira en torno a un viaje. El teniente Ontiveros debe llevar a Régulo Llamazo, un revolucionario que huye de las fuerzas de la Seguridad Nacional, desde la casa en que se oculta, en Caracas, hasta la ciudad de Maracaibo. Mientras permanecía en la casa Régulo Llamazo veía a través de la persiana a un niño que iba y venía por la calle en una bicicleta después de haber salido de una quinta llamada Mercedes. Régulo había estado años en el exilio y había regresado clandestinamente a su país. En todo ese tiempo no había vuelto a ver a su mujer ni a su hijo, que ni siquiera sabían de su vuelta. Pero en el trayecto, cuando llegan a Turmero, se sube al vehículo un revolucionario amigo que lo ha de llevar a su destino y que le pregunta si ha estado con su mujer y con su hijo. La respuesta de Régulo es que no, porque no ha ido a Valencia, donde vivían, enterándose al punto, por boca del amigo, que ahora viven

en Caracas, “en la calle Madariaga [...] en una quinta que se llama Mercedes” (p.513). El niño que él veía, mientras estaba oculto, era, pues, su hijo. Y entonces, sin poder evitarlo, Régulo Llamosa, el revolucionario, el valiente, se echa a llorar, para asombro del teniente Ontiveros.

Desde el primer momento, el narrador se esmera en darnos a conocer los detalles de ese recorrido que termina con las lágrimas del revolucionario. La espera de Régulo “sucedió en Caracas, Urbanización Los Chaguaramos, a dos cuerdas del Sudeste de la Avenida Facultad” (pp.501-502). A partir de ahí todo son detalles que van dibujando con precisión el medio indiscutiblemente urbano del relato. Desde las armas que tiene guardadas y el aspecto de la quinta de donde sale el niño hasta la descripción de la casa en que se halla y los distintos puntos de su recorrido, todo está precisado con minuciosidad. Se puede, sobre un plano, trazar el trayecto que realizan en su huida, que se inicia en la calle Madariaga y termina en Turmero, que es el sitio donde a Régulo se le salen las lágrimas. Nada se le escapa al narrador, que se detiene incluso en el proceso de transformación a que está sometida la ciudad. El lector sabe así que el automóvil sale de la urbanización, coge por las Colinas de Bello Monte, desde donde se divisan “las luces vivas y ordenadas de la Autopista del Este y de la Avenida Miranda, que se perdían hacia Petare, y los huecos iluminados de docenas de altos edificios, que se levantaban en dirección de Sabana Grande y de Chacao” (p.508), para luego entrar por la calle Edison y tratar de pegarse al cerro. Pasan las alcabalas de Los Teques y la de La Victoria y, camino a Maracay, paran en Turmero, donde termina.

En “La muchacha de La Guaira” la acción tiene lugar en una taberna del puerto de La Guaira, en la costa caribeña de Venezuela. Allí se encuentran, de manera casual, Hans

Sandhurts, el oficial noruego de un barco, el *Trondheim*, anclado en puerto, y una muchacha de La Guaira. En un primer momento Hans no repara en la personalidad de esta. Pero, a partir del momento en que se sientan con ellos dos extraños que no pueden hacerlo en otro sitio, porque todo está lleno, y continúan con una conversación de corte filosófico acerca de la función del hombre en la Tierra, la joven se le revela como un alma interesante, pero atormentada, que va convulsionándose a medida que escucha las razones, cargadas de desesperanza y fatalismo, de los otros. En un momento, molesto, de repente, por la forma de ser de uno de sus casuales acompañantes, Hans decide irse. Pero la muchacha, llena a esas alturas de una angustia que ni Hans ni los otros alcanzan a entender, le impide que lo haga. Quería beber, necesitaba beber. Hans accede a seguir, aunque no en aquel sitio, y se marchan. Pero al cabo de un tiempo, cuando salen del lugar en que habían recalado, la muchacha da muestras de estar verdaderamente atormentada por la idea de la muerte. Ella tenía un lindo recuerdo, un solo recuerdo bonito en su vida y la idea de perderlo con la muerte la desespera.

En medio de la conversación provocada por su actitud, tiene lugar un acontecimiento fortuito y triste que desencadena una tormenta interior en la muchacha. Un pájaro ha querido posarse en un cable del tendido eléctrico con tan mala fortuna que se electrocuta. “¡Hans, Hans!, aquí está: mírala, Hans, muerta, muerta como me moriré yo, muerta como decía el hombre”. Así exclama la joven con el pájaro muerto en las manos y, cuando Hans trata de consolarla, en lugar de calmarse, reacciona como lo que era, una suicida. Mira al mar, “con ojos de loca, con ojos de un miedo cervical” y, sin mediar palabra, echa a correr hacia él y se arroja a sus aguas desde el muelle. Hans nunca supo cómo se llamaba. Para él siempre sería “la muchacha de La Guaira”.

La reducción hasta lo teatral del escenario no impide que el narrador procure dotar a la narración, aunque por otras vías, del mismo cosmopolitismo de las anteriores. El exótico e impronunciado nombre del barco, *Trondheim*, solo igualado en dificultad por el nombre y el apellido del protagonista, el noruego Hans Sandhurts, y los datos que se nos proporcionan de él y de los otros, funcionan en el cuento a favor de ese objetivo. También contribuyen a esa impresión la trayectoria vital de Hans, “que de sus cuarenta años había pasado casi diez, intermitentemente, viviendo entre Cartagena, Panamá y Jamaica” (p.118) y la posibilidad que contempla de dedicarse, en un futuro, “al corte de cedro en Costa Rica, o a la pesca del camarón en Honduras, en cuyas costas abundaba ese crustáceo según le asegurara en Hamburgo hacía poco el capitán de un barco italiano” (*Ibid.*), así como, por último, el tema de la conversación que sostienen, o que continúan, sus inesperados compañeros de mesa, que gira nada menos que en torno a la “función del hombre en la Tierra” y a la cual se suma, con vehemencia, Hans.

El cuento es, si lo miramos bien, el más acentuadamente cosmopolita y complejo, aparte del mejor, con mucho, de los cuatro. Y no solo por lo que llevo dicho, sino por la idea que le sirve de punto de partida, que no es otra que la del suicidio como posible respuesta a la angustia provocada por la inutilidad de la existencia, tan de moda en los círculos intelectuales de la época de su redacción. Con “La muchacha de La Guaira” Bosch se acerca al existencialismo, entonces tan de moda, y lo convierte en el fundamento de un relato al que le va muy bien, no cabe duda, el ambiente de un puerto del Caribe en donde se dan cita hombres de todas las culturas. Por eso aceptamos con naturalidad tanto la disparidad de los personajes como la complejidad intelectual de que hacen gala, así como, por otra parte, la reacción final de la muchacha, en

la que los argumentos de sus ocasionales compañeros de mesa ejercen un efecto tan poderoso y trágico. Pero la diferencia en el tratamiento de la misma temática no es lo único que separa estos cuatro cuentos urbanos no dominicanos de Bosch de los tres que sí lo son. Junto a la novedad de la distinta configuración psicológica de los personajes, de la ambientación no relativa, sino plenamente urbana, que encontramos en estos y del marcado cosmopolitismo que los caracteriza, está el hecho, igualmente significativo, de la inserción en ellos de un aspecto inexistente en los tres anteriores. Me refiero al factor de lo histórico, que les proporciona un sello preciso y determinante.

Esa categoría es, en la narrativa de ambiente dominicano de Bosch, del todo inexistente. No aparece ni en los cuentos rurales del primer conjunto ni, por supuesto, en los dos dedicados al mundo del ingenio o en los urbanos. No es que en ellos no exista o no pueda establecerse una vinculación entre lo que nos narran y lo que pasa en la realidad social a la que se refieren. Puede incluso afirmarse que, en el fondo, la mayoría de los cuentos y, por supuesto, la novela que se ocupan del Cibao de Bosch son, en el fondo, esencialmente históricos. Lo que quiero decir es que lo histórico es en ellos algo implícito, un factor que el lector da por supuesto y que “late” en el texto de una forma imprecisa que remite, más que a unos acontecimientos, a un determinado clima, a una determinada tensión epocal. Son, por decirlo así, narraciones impersonalmente históricas. Y lo son hasta el punto de que no hay en ninguna de ellas ni un solo dato que nos permita relacionarlas de manera clara con ninguno de los muchos hechos o problemas que les servían, no obstante, de punto de partida o de origen.

No es ese el caso de los cuentos urbanos no dominicanos, que están adscritos a determinados procesos o situaciones sin otro cometido que el de actuar como trasfondo ilustrativo, fijar la acción y situar a la vez al lector en el tiempo. Exceptuando

una pieza tan intrascendente, y tan ajena a toda conflictividad digna de atención, como “El astrólogo”, los demás cuentos del cuarteto se remiten a unas fechas históricas concretas que imposibilitan cualquier titubeo al respecto. “Una Jíbara en Nueva York”, que es, como el anterior, uno de los cuentos débiles de Bosch, posee, sin embargo, el interés de su indudable historicidad. La narración, hecha en primera persona por un personaje/narrador que se la cuenta a un interlocutor presente, pero silencioso, a un escucha u oyente totalmente pasivo, empieza por situar con datos muy precisos, aunque indirectos, el momento del suceso. Los que nos proporciona el personaje/narrador, que “era un niño cuando la guerra contra España” y permaneció, ya adulto, “siete años” en México antes de volver a Puerto Rico, nos permiten colegir la fecha del presente en que nos habla y, por lo tanto, la de la historia que nos cuenta. Sabemos así que es una historia que necesariamente sucede en la década del treinta, lo que quiere decir que concuerda con la de su publicación, que se hizo el 25 de junio de 1938, en la revista puertorriqueña *Alma Latina*. ¿Qué nos indica esto? Cualquiera que conozca mínimamente la historia de Puerto Rico, en especial la que tiene que ver con el complejo proceso de la readecuación a su segunda etapa colonial, sabe que uno de los aspectos más destacados de ese proceso fue el inicio de una emigración que produjo modificaciones de envergadura en su cuerpo social y en su cultura. “Una jíbara en Nueva York” se hace eco de esa problemática, que estaba entonces en sus inicios y que debió de impresionar a Bosch en su primera estancia en la isla, a la que había llegado poco antes³. Considerado desde esta perspectiva, y al margen

³ Bosch salió al exilio y rumbo, precisamente, a Puerto Rico, con el fin de no tener que colaborar con la dictadura de Trujillo, que había decidido nombrarlo diputado. “13 de enero de 1938: Ante la proposición de Trujillo, de hacerle diputado, Bosch decide salir de la República Dominicana para Puerto Rico

de su categoría literaria, dicho cuento puede ser considerado como precursor de una temática, la de la emigración, que terminaría adquiriendo carta de naturaleza en las generaciones o grupos de cuentistas puertorriqueños posteriores⁴. En él ya encontramos los elementos básicos que se constituirán después en leitmotiv de los demás. El trauma del cambio, la idealización del lugar de destino, el choque cultural, la tensión entre conservación y pérdida de lo propio (lo que luego se llamaría identidad) están ya en él presentes y vivos, aunque todavía no desarrollados con la complejidad psicológica y la intención defensiva y hasta política que adquirirán más tarde.

Pero lo que hay en el cuento puertorriqueño de vago se convierte en absolutamente inequívoco en los dos restantes, “El hombre que lloró” y “La muchacha de La Guaira”. En el primero se trata, de hecho, de una historia que no hace alusión sino que pertenece a un acontecimiento histórico preciso. Si la catalogación de un relato como histórico dependiera exclusivamente de la concreción de los nexos entre su contenido y un acontecimiento real y debidamente datado, no cabe duda de que este cuento de ambiente venezolano encajaría a la perfección dentro de esa categoría. Más aun, sería, realmente, el único relato “histórico” de toda la obra narrativa de Bosch, pues no existe ningún otro en el que las especificaciones de lugar, de acción y de tiempo estén ni siquiera de lejos tan explícitamente expuestas y en una relación de tan íntima dependencia con respecto a su referente real como en este. La

con la excusa de quebrantos de salud de su esposa. Sólo sabían que no volvería hasta la caída de la dictadura de Trujillo sus amigos Mario Sánchez Guzmán, Virgilio Díaz Ordóñez y Emilio Rodríguez Demorizi”. *Vid* PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, “Juan Bosch: Cronología” (I, p.XXIX).

⁴ La preocupación por el asunto, lejos de disminuir, no ha hecho más que crecer con el tiempo y escritores de la talla de un José Luis González siguieron abordándolo hasta el final de su trayectoria, como lo demuestra, en el caso de este, el espléndido relato “La noche en que fuimos gente”.

acción se desarrolla en el período de la dictadura de Pérez Jiménez, poco antes de su derrocamiento y, más concretamente, en la ciudad de Caracas, cuyos pujos desarrollistas quedan debidamente reflejados en la narración. Lo primero lo sabemos por medio de los personajes, que, en su huida, se refieren a la posibilidad de ir a Colombia, donde ya no está Rojas Pinilla, que había caído dos meses atrás. De lo segundo se encarga el narrador. El personaje principal, Régulo Llamozas, había estado varios años en el exilio y, al regresar, había tenido que pasar tres meses en la clandestinidad, “tres meses en las tinieblas metido en el corazón de una ciudad que ya no era su Caracas, una ciudad que estaba dejando de ser lo que había sido sin que nadie supiera decir qué sería en el porvenir” (p.507).

La misma dictadura de Pérez Jiménez le sirve de escenario a “La muchacha de La Guaira”, cuya acción está, no obstante, al margen de la situación política imperante. No es que esta no se haga notar, no. Lo hace. Pero de una manera tangencial cuya finalidad consiste más en acentuar el aspecto dramático de la acción que en proporcionarle una especificidad histórica que la narración no necesita ni reclama. Es tan así, que cuando, en medio de la apasionada conversación que sostienen el noruego y sus compañeros de mesa, interviene, de pronto, otro parroquiano, totalmente borracho, exigiendo centrar la discusión, no en el hombre en general, sino en el hombre latinoamericano, el lector no siente sus palabras como inoportunas ni como interruptoras del hilo del relato. Antes, por el contrario, esa exigencia encaja perfectamente bien en el clima intelectual del debate y es un indicador, a todas luces crítico, de la contradicción entre las interpretaciones etéreas, por profundas que sean, de la condición humana y la realidad histórica en que esta normalmente, y más en el contexto latinoamericano de esos años, se debate. Tampoco puede desligarse

la exigencia en cuestión del meollo de la historia, puesto que no es posible, después de conocer las circunstancias en que conversa el grupo, desligarla del todo del tormento interior de la joven y de su inmediato suicidio. Se trata, pues, de una puntualización que enriquece la acción, al proporcionarle una historicidad que le da un mayor sentido y hasta una pizca de misterio a la decisión de la muchacha.

En cualquier caso, lo que sí resulta evidente es que la decisión del narrador de ocuparse de temas que corresponden a una situación histórica específica, aparte de representar, en sí misma, una novedad dentro del conjunto de su obra, les da a sus cuatro cuentos urbanos de ambiente no dominicano, pues no excluyo de esta consideración a “El astrólogo”, un carácter de crónica que los distingue de todos los demás. En primer lugar, porque dejan de lado el carácter evocativo implícito en el punto de vista y en la disposición narrativa adoptada para el primer conjunto y, en segundo, porque se abren a una nueva, aunque sea fugaz, concepción de la labor creativa, caracterizada en ellos por la asunción de una actitud crítica y polémica que sustituye a la adoptada tanto en las narraciones de ambiente dominicano como en las que, sin serlo, no guardan relación con la temática urbana. Pero no solo por eso. También por la preocupación de precisar el lugar de la acción, paralela a la de precisar el tiempo histórico, lo que tiende a fortalecer el carácter testimonial, de crónica de un acontecimiento vivo que he mencionado antes y por algo que es para mí todavía más importante y que consiste en la distinta concepción de los personajes.

Si nos fijamos bien, nos daremos cuenta de que estos ofrecen un perfil completamente nuevo. No obedecen ya a un patrón, sino que están trazados en función de sí mismos y de sus muy particulares preocupaciones. Son todos estrictamente urbanos y estrictamente modernos, lo que imposibilita la

aplicación, en estos cuatro cuentos, del concepto de prototipo como, en el fondo, teníamos que hacer en los cuentos de ambiente dominicano y, muy especialmente, en los del primer conjunto. Esta individualidad exenta de atadura de los personajes de los cuentos urbanos no dominicanos de Bosch indican, desde luego, un desvío y apuntan hacia una dirección totalmente distinta, al tiempo que inician, como los de los restantes grupos del segundo conjunto, una trayectoria que el narrador decide no seguir.

IV Cuentos de corte predominantemente psicológico

Tanto “El indio Manuel Sicuri” (pp.17-43) como “Rumbo al puerto de origen” (pp.45-55), dos de las piezas mejor logradas de Bosch, merecen un análisis que ponga de relieve sus muchas cualidades. Pero aquí solo me interesan como exponentes de una de las categorías apuntadas, en este caso la psicológica. De manera que me limitaré a indicar por qué las he catalogado así. Antes, sin embargo, diré que el interés de Bosch por ocuparse de las interioridades de los personajes, más que de las acciones o de las reacciones que una situación dada les provoca, está muy presente, en general, en los cuentos del segundo conjunto. Y en *El oro y la paz*, la novela, aunque de ella no nos ocupemos en esta Introducción. Hay, también en este sentido, una variación que lo distingue de los cuentos del primero, en los que el interés del narrador parece más centrado en precisar los mecanismos que ponían a los personajes en relación con su medio que en la percepción que estos pudieran tener del medio y de sí mismos. En casi todos ellos predomina, por eso, la acción, la dramatización del hecho, sobre la consideración o la reflexión, al extremo de que cuando esta se produce, lo hace, o bien como consecuencia, o bien como parte integrante de una acción que lo domina todo. En algunos cuentos de ese primer conjunto esto es, por su-

puesto, más evidente que en otros, aunque lo cierto es que en casi todos la situación, la historia, en la que están envueltos es la que nos lleva a conocer la forma de ser de los personajes.

Creo que la nueva perspectiva adoptada en el segundo conjunto tiene que ver con la ausencia en él de una estrategia similar a la del primero. Recordemos que lo que Bosch pretendía en los cuentos y en la novela de ambiente rural era la exposición de un *ethos* colectivo, mientras que aquí, lo mismo si se trata de cuentos urbanos como si de tipo psicológico o de denuncia, lo mismo si de ambiente dominicano como si foráneo, se fija más en el individuo, en el héroe o protagonista solitario de su propia historia, cuya vinculación con un todo no ofrece de ninguna manera las características de los del Cibao de Bosch, siempre representantes y representativos de un mundo que los sobrepasa. En el segundo conjunto no son, en efecto, pocos los cuentos en los que la posición emocional o ideológica del personaje se constituye en el punto de interés básico o predominante de la narración. Lo vimos en los cuentos de tema urbano, como “Fragata” y “Victoriano Segura”, en los de carácter social, como “Luis Pie” y “La Nochebuena de Encarnación Mendoza”, o en otros no analizados todavía como “La mancha indeleble”.

Ahora bien, como en dicho conjunto también hay gradaciones, diré que en esos que señalo todavía el interés del narrador, con todo y que se centra en el protagonista de la historia, no se concentra en él. Es decir, en ninguno de ellos, el objetivo del cuento consiste en comunicarnos que la clave de una actuación, en este caso la del personaje central, reside no tanto en lo que es, sino en cómo es o ha sido. No tanto en su “historia”, o en las circunstancias que lo condicionan, como en una forma de ser, una naturaleza, que le imposibilita cualquier otro camino. No, en resumidas cuentas, en una condición circunstancial como en una condición esencial. Eso solo

sucede de forma principal y casi única en los dos mencionados al principio de este apartado, “El indio Manuel Sicuri” y “Rumbo al puerto de origen”. El mismo comienzo o arranque del primero de ellos nos da la pauta de lo que viene luego: “Manuel Sicuri, indio aimará, era de corazón ingenuo como un niño; y de no haber sido así no se habrían dado los hechos que le llevaron a la cárcel en La Paz” (p.17). El lector queda, pues, avisado, de tres cosas: de que el personaje es un indio aimará y de que, no solo además, sino precisamente por eso, tiene el corazón de un niño y también de que de ellas depende todo lo demás, ya que, “de no haber sido así no se habrían dado los hechos que le llevaron a la cárcel en La Paz”. El meollo y el desarrollo del cuento están claramente planteados en estas escuetas líneas iniciales, que son como el programa por el que habrá de guiarse el narrador, cuyo interés reside en diseñar un prototipo y poner de relieve los mecanismos psicológicos que, como tal, y solo como tal, condicionan y caracterizan su conducta. Lo que le interesa es destacar no cómo, sino por qué, a partir de una situación que pone en juego su concepción del mundo, Manuel Sicuri reacciona de la manera en que lo hace.

El indio Manuel Sicuri no es en el cuento un indio aimará cualquiera, sino todos los indios aimarás que viven en las mismas condiciones que él y acatan, como él, las mismas pautas culturales. Se parece en esto a los personajes de los cuentos rurales, con la diferencia, que ya he apuntado, de que en estos últimos el narrador no hacía tanto hincapié en una pertenencia (la del individuo al grupo) que, por estar dada de antemano, resultaba del todo innecesaria. Por eso la primera parte del cuento está centrada en establecer la condición modélica del personaje, cuyo apego a la tradición es tan firme que lo hace acatarla incluso cuando no es necesario. Sus ovejas, nos dice el narrador, “llevaban prendidas en la lana, a medio lomo,

cintas de color azul, lo que servía para identificarlas como de su propiedad”. Y añade lo siguiente: “Esa medida sobraba, porque no era fácil que en aquella zona sus ovejas se mezclaran con otras ya que no había más en millas a la redonda; pero era la costumbre de los aimarás del altiplano y Manuel Sicuri seguía la costumbre” (pp.17-18). A partir de ahí los rasgos propios del personajes se confunden con los propios de su etnia, de tal manera que el lector, sin perder de vista que le pertenecen, los acepta como expresivos de una forma de ser que lo trasciende. Su apego a la familia, el amor que sentía por sus hermanos, a los que quería “con toda la fuerza de su alma”, la alegría de su temperamento (“Manuel reía siempre y a toda hora estaba dispuesto a jugar como un niño”, p.20) no se perciben como rasgos excepcionales, sino como rasgos compartidos, rasgos de los que Manuel participa. Esa insistencia del narrador en la representatividad del personaje convierte al cuento más en el relato de la expresión de un determinado modo de ser que en el tradicional y tópico de la venganza como respuesta a una afrenta.

El cuento se fundamenta, naturalmente, en una historia y tiene, por lo tanto, una trama específica. El indio Manuel Sicuri vive con su familia en medio de la altiplanicie boliviana, aislado del mundo, llevando una vida pobre, y hasta mísera, pero sana, apegado a unos principios y a unas creencias de los que no se separa un instante. Esa armonía se verá de pronto interrumpida por la presencia de un malvado que había robado las joyas de una iglesia y que llega allí huyendo de la justicia. Manuel, que no sabe nada, lo acoge, en un principio, y hasta se cree la historia totalmente contraria que el otro le cuenta y según la cual había sido víctima de un atropello que lo obligó a defenderse de quienes ahora, después de haberle quitado la mujer y las tierras, lo perseguían para matarlo. Pero cuando pasa un chasqui advirtiéndolo a los aislados

habitantes de aquella parte del altiplano de la presencia de un delincuente con las características del que en ese momento Manuel mantiene oculto en su casa, este habla con él y, por si acaso, decide acompañarlo un trecho del trayecto con el fin de enterarse de si se ha percatado de la presencia del otro. Una vez comprobado que no, pero también convencido de que el visitante no es lo que le ha dicho, sino el delincuente de que le habla el chasqui, Manuel regresa a la casa. Cuando llega se encuentra con que, durante su ausencia, el canalla ha violado y golpeado a su mujer y eso lo enfurece a tal extremo que sale, armado del hacha familiar, a perseguirlo.

La parte final del cuento se centra en la huida del intruso y en la persecución a que es sometido por Manuel. El narrador despliega en ella todos los recursos de que es capaz con el fin de transmitimos el dramatismo de la situación y, en este sentido, no se le escapa detalle. Pero su interés no es solamente ese. Reside también, y quizás más, en poner de relieve la naturaleza del indio Manuel Sicuri, la cual se erige, por un lado, como una contraparte y, por otro, como una consecuencia lógica del perfil que nos ha dado de él al principio. El anuncio contenido en el arranque de la narración se confirma ahora con meridiana claridad. Pues no se trata de un hombre celoso y lleno de venganza persiguiendo a otro que lo ha ofendido, sin que se quiera decir con esto que tal cosa esté ausente de la narración. Se trata de un hombre guiado tanto por una fuerza superior como por una clara conciencia de sí mismo que le impiden actuar de otra manera. El indio Manuel Sicuri es, desde luego, el marido ofendido, pero es también algo más, y es, precisamente, eso, la conjunción de esos dos aspectos, lo que atrae, por encima de cualquier otro, toda la atención del narrador. Por eso, en el largo trayecto que recorren, el malhechor delante y el indio Manuel Sicuri detrás, lo que verdaderamente sobresale son las motivaciones íntimas de este y su

concepción del mundo por encima del hecho mismo del enfrentamiento y del peligro que comporta una acción semejante. El indio Manuel Sicuri no piensa en lo que puede suceder ni menos todavía en que los papeles se reviertan y el derrotado, en la confrontación que se avecina, sea él. Su confianza en sí mismo y la firmeza de las creencias que lo impulsan son de tal magnitud, que no hay en su interior lugar para la duda. El perseguido no puede escapar, porque las circunstancias del terreno se lo impiden. Pero, aun si lo hiciera, sería inútil, debido precisamente a que quien lo persigue no es otro que el indio Manuel Sicuri, por cuya mente no pasa otra posibilidad que la que ha de ser:

“Podía huir si le veía; pero acabaría cansándose, y él, Manuel Sicuri, no se cansaría. Un indio aimará no se cansa a la hora de hacerse justicia; puede esperar días y días, meses y meses, años y años, y no se apresura, no cambia su naturaleza, no da siquiera señales de su cólera. No descansa y no se cansa” (p.34).

Resulta sorprendente la insistencia del narrador en este punto. Pero no excesiva, ni desacertada, ni molesta, porque su objetivo es precisamente el de establecer una pugna entre lo tópico del enfrentamiento y los motivos interiores del indio, con el fin de dejar en el ánimo del lector, en lugar de la idea de haber presenciado una pelea, la de haber conocido un talante moral de mucho más importancia que el conflicto en el que participa. De ahí que cada paso de avance de la persecución vaya acompañado de la correspondiente reafirmación de lo mismo:

“[...] La solitaria cacería se aproximaba, pues, a su fin. Él lo sentía; él veía ya el final, y sin embargo su corazón no se apresuraba. Iba natural y resueltamente a convertir su resolución en hechos, y eso no le excitaba porque él sabía que así debía suceder y así tenía que suceder” (pp.35-36).

De ahí también el valor y la serenidad de que da muestra el indio, que solo habla, en todo el dramático recorrido, en una ocasión. Es cuando, ante la desesperada pregunta del malvado (“¿quién es, quién es?”) se identifica y anuncia, responsablemente, su propósito: “¡Soy yo, Manuel Sicuri, asesino: soy yo que vengo a matarte!” (p.36). Después de eso ya no hace falta más. Cumplido el trámite de no ocultarse, el trámite de la franqueza absoluta, el indio se dispone a realizar su cometido, que no es otro que el de hacer justicia, pues así lo siente, y se hunde en un “tremendo silencio”. La seguridad interior y la fortaleza de ánimo del indio se convierten entonces en protagonistas reales de la acción. Parecería, a juzgar por lo que se nos dice, que haya habido en el trayecto una especie de transformación mediante la que el hombre ha dejado de ser un ente material para convertirse en una fuerza cargada de simbolismo y determinación. Individuo y etnia terminan estrechamente confundidos en la narración y produciendo el efecto de una simbiosis sin otro fin que el de hacernos ver que estamos ante un ser nuevo, excepcional y, por lo tanto, imbatible. El narrador es tan consciente de ello que nos lo advierte. Es así, nos dice, “aunque no sea fácil de comprender”:

“La gran llanura esplendía, cargada de luz y de silencio. Manuel Sicuri no tenía por qué preocuparse; esto es, no se sentía preocupado. Era una actitud muy aimará la suya, aunque no sea fácil de comprender. El indio Manuel Sicuri iba a hacer justicia; estaba seguro de que no tardaría en hacerla. No había, pues, razón para que se excitara. Ese hombre que corría no podría salvarse; huiría cuanto quisiera, tal vez horas y horas, pero ellos dos estaban solos en la solitaria Puna, y él, Manuel Sicuri, no se cansaría, no tropezaría con los khulas de la pampa, no caería” (p.38).

Seguridad y determinación son las claves de su comportamiento. Y no son, de ningún modo, exclusivas de Manuel

Sicuri. Este las posee como un legado que acata y por el que se guía para actuar. Por eso, a través de su comportamiento, interpretando la intención del narrador, vislumbramos el comportamiento y los valores de su raza. Por eso el cuento alcanza una trascendencia que lo coloca muy por encima de la anécdota. Lo que presenciamos no es la vulgar persecución de un malhechor, sino la exposición de una psicología y de una moral colectiva a través de la conducta de uno de los suyos.

En “Rumbo al puerto de origen” el narrador también persigue lo mismo, aunque sea de un modo diferente. El cuento es, como salta a la vista en la lectura, una verdadera tragedia. Pero el propósito del narrador no es contárnosla, como no lo era tampoco en el anterior, aunque nos la cuente. Antes, por el contrario, la oculta. La verdadera causa de cuanto le sucede al personaje, con todo y la importancia que posee, no es aquí más que el pretexto para describimos las reacciones de un hombre que no ha podido liberarse de un profundo y desgarrador sentimiento de culpa. Toda la atención del narrador se concentra, por tanto, y de forma exclusiva, en ese único fin, entretejiendo para ello una historia llena de duplicidades y espejismos que nos transmiten de manera harto convincente el estado anímico de su atormentado personaje. El cuento empieza con la descripción de un hecho simple. Juan de la Paz se ha encontrado, en alta mar, con una paloma herida que aletea sobre el agua procurando salvarse y decide cogerla. He aquí cómo lo dice el narrador:

“Con la acostumbrada rapidez de toda su vida el solitario navegante pensó que estaría herida y que sería un buen regalo para Emilia; y sin demorar un segundo maniobró para acercarse al ave, favorecido por una suave pero sostenida brisa que soplaba desde el este. Gentilmente, la balandra viró y enderezó hacia la paloma” (p.45).

Nada hay en esta escena tan escueta que pueda hacemos pensar que no es como se dice que es. El mismo narrador se ocupa de reforzarnos esa impresión cuando más adelante, y antes de que el pescador caiga al agua, nos confirma la decisión de este:

“El terror de aquel animal de tierra y aire abandonado a su suerte en el mar era de tal naturaleza que cuando advirtió la proximidad de la balandra pretendió saltar para alejarse. Pero Juan de la Paz no se preocupó. Había dispuesto llevarle ese regalo a Emilia y ya nada podía evitar que lo hiciera. En su imaginación veía a la niña echándole los brazos al cuello en prenda de gratitud, y tal vez dándole un beso” (*Ibid.*).

Ahora, sin embargo, el lector sabe que Emilia es una niña. Es la primera información que pone al pescador en relación con su mundo, pero el narrador la abandona de inmediato para volver a lo que parece lo principal, la lucha por coger la paloma herida. En esa lucha Juan de la Paz cae al agua, un hecho del que tampoco hay por qué dudar, y menos si se tiene en cuenta que el narrador lo presenta como el inicio de la aventura que pretende contamos:

“A Juan de la Paz le habían sucedido muchos y graves contratiempos; y en la costa del Golfo y en Isla de Pinos todo el mundo sabía que había estado veinte años en presidio. Pero jamás pensó él que en un atardecer tan plácido, estando solo a bordo, le ocurriría caer al mar a causa de estar persiguiendo una paloma, animal que nada tenía de marino” (p.46).

Las líneas que acabo de citar son, pese a su aparente asepsia, fundamentales para entender el desarrollo de todo lo que viene. En ellas se dan dos informaciones nuevas, una veraz e indiscutible y otra de una intencionalidad oculta que el lector no percibe todavía, pero que resulta determinante, más que para la comprensión del cuento, para la captación de la peculiar y bien disimulada irrealidad que lo caracteriza. Una es la

de que Juan de la Paz, que había sufrido “muchos y graves contratiempos; y en la costa del Golfo y en Isla de Pinos todo el mundo sabía que había estado veinte años en presidio” (*Ibid.*). La otra, el hecho absurdo (no digo “grave” como los otros contratiempos) de caer al mar por estar persiguiendo una paloma, “un animal no marino”. La impronta aparentemente realista de la primera parte empieza así a resquebrajarse para dar paso a la propia de la narración, que irá, como ya he dicho, por un lado totalmente distinto. Lo descriptivo cede terreno ante lo estrictamente interpretativo. La circunstancia a la esencia. La historia, lo exterior, del personaje, a su más compleja intimidad. A partir de ahí el narrador concentrará su esfuerzo en tres direcciones o planos de interés, que entreteje de una manera realmente magistral. Una es la relativa a las dificultades reales con que se enfrenta el personaje, con la cual mantiene la apariencia realista del relato. Otra consiste en la exposición paulatina de la evolución interior del personaje. Otra es la revelación de la paloma como un *leitmotiv* simbólico que cumple una función semántica esencial y que tiene unas consecuencias decisivas para la comprensión de lo ocurrido.

Es imposible, desde luego, separarlas. Íntimamente relacionadas entre sí, las tres van conduciéndonos de forma paulatina hacia el meollo mismo de la narración, el blanco perseguido por el narrador, que no es otro que la descripción de la realidad emocional y mental del personaje y su identificación con un estado similar al de la locura. Así, la desgraciada situación en que se encuentra el pescador le provoca sensaciones de una lógica estricta, que no se nos ocurre poner en duda. Es natural que las dificultades reales y los peligros que imagina le den miedo y que eso lo haga actuar de una manera que genere, a su vez, nuevos temores, en una especie de encadenamiento incontrolado que procura, y consigue,

mantenemos en todo instante pendientes de lo que sucede. He aquí una muestra, tal vez la más cabal, de lo que digo:

“El miedo, sobre todo, le abrumaba. Por ejemplo, temió que la ropa le estorbara; se la quitó y la fue abandonando tras sí; pero cuando se sintió desnudo le aterrorizó la idea de que en llegando a aguas bajas una barracuda lo dejara inútil como hombre. La luna, que estaba en el horizonte al caerse de la balandra, iluminaba ya la vasta extensión de agua, y pensó que gracias a su luz algún pescador solitario podía verlo y rescatarlo; sin embargo a la vez la luna lo llenaba de pavor porque se decía que la claridad favorecía la posibilidad de que los tiburones le vieran de lejos. Hecho al mar, Juan de la Paz nadaba con economía de esfuerzos; pero no era joven ya, ni cosa parecida, y temía agotarse antes de tocar tierra” (p.47).

Pero junto a esas reacciones, digamos, naturales, que el lector siente como propias de la situación y, desde el plano narrativo, como necesarias, se producen otras que traslucen una pérdida de lucidez por parte del personaje y nos acercan a la verdad que lo define. Primero es el miedo, el miedo físico, la oleada de temores sucesivos que le provoca, como acabo de indicar. Luego es la convulsión interna, que el narrador pretende que aceptemos como la consecuencia lógica de la situación. El estado de locura en que el personaje cae de repente lo hace confundir la realidad y ver como real lo que no existe. Es la manera que tiene el narrador de distraernos para que, pendientes de ese estado lógico, natural, inevitable que lo domina, podamos ver también como lógico, natural e inevitable la obsesión con que recuerda la paloma. ¿O no fue, después de todo, el ave la causante del mal momento por el que atraviesa? La paloma termina así adquiriendo el simbolismo, la significación y la importancia que he mencionado antes. No, naturalmente, de golpe, puesto que también ella está sometida, como todo lo demás, al suspense de la narración, que

exige un determinado ritmo, una determinada gradación de los efectos, pero sí de una manera que resulta, al final, tan reveladora como indiscutible. Al principio la paloma es una presencia “objetiva” —y entrecomillo la palabra adrede—, como advertencia de lo que al respecto diré más adelante. Pero paulatinamente va perdiendo esa “objetividad” aparente, esa objetividad que no lo es, a través de un proceso en el que conviene detenerse, porque, o mucho me equivoco, o el sentido verdadero y profundo del cuento no puede ser entendido sin tenerlo presente.

En el comienzo de su aventura, y pese a la impresión que le produce haber caído al agua, Juan de la Paz no pierde de vista lo que le interesa: “Aunque estaba hecho a pensar con la rapidez del rayo quedó aturdido durante algunos segundos; eso sí, clavó mano en el ave, si bien lo hizo maquinalmente; y fue después de tenerla sujeta cuando volvió atrás los pequeños y pardos ojos” (p.46). Repárese en el verbo utilizado por el narrador para describir la forma en que Juan de la Paz se apodera de la paloma (“clavó mano en el ave”), porque tiene mucho que ver con el conjunto, es como un nexo semántico que vincula lo uno con todo lo demás. Con la paloma en la mano —que ha adquirido de pronto, por haberse clavado, los rasgos de una garra—, Juan de la Paz comprendió “que estaban solos en medio del mar”. Durante unos instantes el pescador pondera las opciones que se le presentan para escapar de aquella situación. Y entonces ocurre lo siguiente:

“Cuando pensó tomar una decisión se acordó de la paloma; entonces vio, con verdadera indiferencia, que la había apretado sin darse cuenta con dedos de hierro y que la pobre ave herida agonizaba entre temblores. Y esa fue su última sensación consciente, pues a partir de tal momento comenzó a luchar como un loco para sobreponerse al miedo y para salvar la vida” (p.47).

La “verdadera indiferencia”, la inconsciencia (“sin darse cuenta”) y la violencia del hecho (“con dedos de hierro”) son aquí claves que nos indican que la paloma ha cambiado su condición de objeto deseado por la de víctima. Pero no solo la paloma. También el personaje, que pasa del deseo de atraparla, un deseo tan fuerte y compulsivo, que lo hace incluso descuidarse de la embarcación y caer al agua, a una sensación tan confusa como, si se la pone en relación con la fuerza de su anterior deseo, inesperada. La constatación de ese contraste y de su magnitud ejerce en él un efecto inmediato que lo lleva, siempre según el narrador, de la lucidez de que ha estado haciendo gala, a la inconsciencia. Haber matado a la paloma es la “última sensación consciente” que tiene el naufrago. A partir de ella, y como presa de un espanto inesperado, no hará otra cosa que “luchar como un loco para sobreponerse al miedo y para salvar la vida” (*Ibid.*). ¿Sobreponerse a qué miedo?, ¿salvar qué vida? La respuesta a esas dos preguntas, surgirán espontáneas con posterioridad, cuando el proceso llegue a su final. De momento, digamos que, de acuerdo con lo anunciado, la imagen de la paloma ya no dejará de acompañar obsesivamente al personaje. El influjo que tiene sobre él es tan intenso que la convierte en el principal motivo de su desquiciamiento:

“A ratos se acordaba de la paloma, abandonada, muerta ya, sobre el mar; y pensaba que acaso había derivado a favor de la corriente, sin acabar de hundirse. Y era curioso que en esa lucha por salvar la vida, en medio de brincos imposibles, de gritos que se perdían en la tremenda soledad líquida, de mezcla delirante entre esperanza y pavor, surgiera de pronto, una vez y otra vez y otra más, la imagen de la paloma, flotando panza arriba bajo la luna, un ala rota y la otra extendida, las rojas patas encogidas y desordenadas las plumas de la cola. Pero he ahí que de súbito Juan de la Paz se dijo a sí mismo que estaba perdiendo el juicio, y cobró instantáneo reposo” (p.48).

Es decir que, pese a los esfuerzos del narrador por convencernos, lo que lo lleva Juan de la Paz a perder el control no son las dificultades que encuentra en su camino. No son ni el sol ni las corrientes marinas ni la desolación de las marismas, obstáculos que se las arregla para sortear de manera adecuada y valiente. No. Es el sufrimiento que le produce la imagen, la visión del ave. Es la paloma. Cada vez que le asalta su recuerdo Juan de la Paz siente que pierde el juicio y tiene que sobreponerse a sí mismo para continuar. La paloma empieza a ser, por consiguiente, algo más que un ave caída al agua accidentalmente. Empieza a tener, de cara al lector, una categoría distinta que este no puede relacionar todavía con nada. Lo hará más tarde, desde luego, al final de un crescendo en el que los obstáculos son hábil y convincentemente multiplicados por el narrador para que el lector siga ajeno a la verdad e interpretando la recurrencia de esa imagen como lo que no es, al tiempo que se reserva para el momento crucial, en que hará coincidir el desvelamiento de la verdad con el final de la historia y del tormento del personaje. Así, cuando la desesperación de este parece llegar a su límite y el asedio de la imagen se le hace insostenible, ambas cosas a la vez, se produce un primer entendimiento del papel del ave, de su significado. He aquí cómo describe el autor ese momento realmente decisivo:

“Pequeño, rojo y negro de ampollas y de petróleo, el reseco pelo pegado a la frente, agotado por el sol, pero también consumido por el sufrimiento, desnudo en medio de la noche y del mar, Juan de la Paz comprendió de pronto cuán inútil había sido todo su esfuerzo y qué duro castigo le había reservado Dios para el final de sus días, a pesar de que había sufrido ya la condena de los hombres. Del fondo de su ser empezó a crecer un amargo sentimiento de lástima consigo mismo, y a medida que tal estado de ánimo se definía metiéndose como una despaciosa invasión de agua por todos los antros de su

cuerpo, en alguna oscura parte de su conciencia iban tomando cuerpo la figura de la paloma, derivando corriente abajo, muerta pero no sumergida, y el rostro de Emilia, tan pálido y sin embargo tan sonreído. De súbito Juan de la Paz se derrumbó; cayó de rodillas en la arena, elevó los ojos y las manos al cielo y pidió perdón.

‘—¡Perdóname, Virgen de la Caridad, tú que todo lo puedes! —exclamó’ (p.52).

Este pasaje, que viene a ser como la apoteosis del relato y que resulta fundamental para su más cabal comprensión, tiene el propósito de poner al lector en disposición de despejar, por fin, algunas dudas. Ahora se le da una cierta luz acerca de la naturaleza del miedo de Juan de la Paz, que no guarda de ninguna manera una relación directa con sus presentes vicisitudes, y se le pone en camino de entender que la vida que le preocupaba salvar no es la vida que ahora tiene en peligro, sino otra más vinculada con lo trascendente que con lo estrictamente material, más con el espíritu que con la materia. Ese, y no otro, aun cuando todavía no estemos en capacidad de detectarlo, es el significado de la repentina comprensión, por parte de Juan de la Paz, de la inutilidad de “todo su esfuerzo” y del “duro castigo que le había reservado Dios para el final de sus días, a pesar de que había sufrido ya la condena de los hombres”. La habilidad del narrador para moverse en el terreno de lo ambiguo —sin por eso caer en lo confuso, valga la aclaración—, hace que el lector vincule estas frases, portadoras de una especial carga semántica, con la tragedia actual del personaje. Pero es un equívoco en el que, por serlo, se vislumbra el asomo de una significación distinta y que queda resuelto al final cuando, tras conocer la clave del conjunto, el lector la tenga también para esta búsqueda colindancia de planos. Más clara y, a mi modo de ver, más importante, resulta la relevancia que se le da a la figura de la paloma, la cual, siendo

una simple ave perdida en el mar, empieza a convertírsele en un tormento insoportable, iniciando así el camino que la conducirá a la concreción de su equivalencia real dentro del cuento.

No lo hará de inmediato, sin embargo. Porque ese primer acercamiento de la paloma y el rostro de Emilia, la niña, no es más que un anuncio de la totalidad a que se refiere, de una identificación a la que aún le falta precisión. Lo que tiene el lector en ese instante no es más que una pista, un nuevo dato, no una confirmación. Ya sabe que la paloma no es la paloma, sino otra cosa. Pero no sabe qué cosa. Lo que sí tiene es el ánimo dispuesto para saberlo. Y el narrador se lo dice casi a continuación, con estas palabras:

“Temblando de fiebre y de frío, aguijoneado por los insectos, adolorida la llagada piel, el náufrago solo acertaba a ver en su imaginación a la paloma y a la niña; y de súbito, llenándose de espanto, comprendió que de las redondas líneas que formaban la carita de Emilia surgía la de Rosalía, mustia y espantada” (p.53).

Y nada más, porque después de eso lo que queda es muy poco. Todo está planteado para que el lector, que todavía sigue sin conocer la verdad, la descubra. De momento ya sabe que Juan de la Paz no se refiere a una sola niña, sino a dos, y que ambas guardan alguna relación con la paloma. Ahora ya solo queda determinar qué tipo de relación es esa y cuál es el grado de su importancia en la configuración de la psicología del personaje, a la que es evidente que condiciona de forma categórica. Eso vendrá al final, cuando, una vez “recogido por un vivero de Batabanó que acertó a dar con él, en medio del mal tiempo, a la altura de Cayo Ávalos” (*Ibid.*), Juan de la Paz, a la pregunta de por qué se había caído de la barca respondió simplemente: “Por coger una paloma” (p.54) y a la de para qué quería coger una paloma: “Pa’ llevársela de regalo a Rosalía” (p.55). El comentario que le hace el patrón a uno de

los marineros de que Juan de la Paz estaba, con esa respuesta, “volviendo al puerto de origen” (*Ibid.*) le da pie al narrador para decirnos la terrible verdad de todo: “Y nadie más habló. Pues todos ellos conocían bien la historia de Juan de la Paz. Todos ellos sabían que había cumplido veinte años, de una condena de treinta, por haber asesinado, para violarla, a una niña de nueve años llamada Rosalía. Más exactamente Rosalía de la Paz” (*Ibid.*). Es decir, a su hija.

Esa revelación terrible impone una lectura del cuento que, coincidiendo con la que acabo de hacer, nos obliga a matizaciones más que importantes, esenciales, toda vez que se relacionan con mi afirmación anterior de que “Rumbo al puerto de origen” es un cuento lleno de espejismos y duplicidades. El narrador las utiliza adrede, consciente de que de ellas depende la eficacia de lo que pretende narramos. Toda su atención está centrada en la descripción de una anormalidad emocional y mental que no es, como se deduce de la verdad final, una consecuencia de lo que le sucede al personaje, sino que está presente desde antes mismo de que comience el relato. O dicho de otra forma, que el personaje no alucina, no cree perder la razón, debido a lo que le sucede. Es al revés: lo que le sucede es el resultado de su perturbación. Pero empecemos por el principio.

Cuando Juan de la Paz descubre la paloma herida aleteando en el agua y piensa “que sería un buen regalo para Emilia”. ¿A quién se refiere? Sabemos, porque el narrador nos lo dice después, que Emilia es una niña. Muy bien, pero ¿qué niña? Puede tratarse de una hija de Juan de la Paz, piensa el lector, o de una niña del poblado a la que el pescador le tiene un especial cariño. Pero resulta que no es ni lo uno ni lo otro. Emilia no existe. Emilia no es más que la niña con que, en su imaginación, para librarse de su propio tormento, Juan de la Paz ha sustituido a la niña verdadera, su hija, a la que primero

asesinó y después violó, por ese orden, según lo precisa el narrador, de manera inequívoca, al final del relato. Por eso la parte más reveladora y más terrible del proceso de demostración de su locura, que es el meollo del cuento, se produce cuando Juan de la Paz, “llenándose de espanto, comprendió que de las redondas líneas que formaban la carita de Emilia surgía la de Rosalía, mustia y espantada” (p.53). Por eso también, cuando, una vez a salvo, procura, sin lograrlo, ordenar sus pensamientos, ya no puede recordar a Emilia. Y no puede porque, sencillamente, ha vuelto, como dicen el patrón y el narrador, al puerto de origen, lo que significa —y este es el verdadero sentido de la expresión— que la distorsión ha sido corregida. Rosalía ha desplazado a Emilia y ha recuperado su lugar:

“Era imposible pedirle que contara detalles. Se le veía estragado, destruido; solo los rápidos y desconfiados ojuelos parecían vivir en él, y eso, a ratos. Estaba tendido en el camastro, moviéndose entre quejidos para rehuir el contacto del duro colchón con la quemada piel. Además, por dentro estaba confundido. Hacía esfuerzos por recordar a Emilia, y no podía; ni siquiera su nombre surgía a la memoria, si bien sabía que tenía una hijita y que trataba de pensar en ella. En cambio ahí estaban, como si se hallaran presentes, la paloma y Rosalía. La paloma y Rosalía habían muerto. Ninguna de las dos vivía. Y sin embargo no se iban, aunque nada tenía que ver con lo que estaba pasando. Nada le recordaban, nada le decían” (p.54).

La ambigüedad de la frase “si bien sabía que tenía una hijita y que trataba de pensar en ella” no debe confundirnos. El pescador no se refiere a Emilia, de la que no puede recordar ni siquiera el nombre. ¿Cómo hacerlo, si ha sido ya sustituida por la verdadera, por Rosalía? Juan de la Paz hace esfuerzos por recordar a Emilia porque Emilia es la imagen sustitutiva que no lo atormenta, no porque exista. En su

lugar, en cambio, la que le acude es la muerta, Rosalía, junto a la paloma, de cuyo simbolismo, que ya he anunciado, me ocuparé en seguida, como refuerzo de mis afirmaciones. Y le acude porque es la única que existe. La única que, como un fantasma, como un tormento, sigue viva para él, como lo demuestra el hecho de que, a la pregunta de para qué quería la paloma, responda: “Pa’ llevársela de regalo a Rosalía” (p.55). No dice “a Emilia”, pese a ser ésta en quien piensa al principio, cuando ve la paloma. Y no lo hace por lo que ya he dicho, porque al volver al puerto de origen las cosas se han puesto, en su interior, en su sitio. Ahora Juan de la Paz, que ha sufrido un acto de purificación y de encuentro consigo mismo —y este para mí es el corolario del cuento— podrá tal vez encontrar la paz que le faltaba.

Pero hay más. Pues la lectura a que nos obliga el conocimiento de esa verdad terrible nos conduce también a darnos cuenta de que el narrador nos la ha ido contando metafóricamente, a lo largo del relato. De manera que lo que creíamos un ocultamiento ha estado, en realidad, acompañándonos sin que lo supiéramos, y cobra, por lo tanto, retrospectivamente, significación y vida, llenando el cuento de una magia y de una seducción que lo convierten en una verdadera obra maestra del género. No en una “pequeña obra maestra”, como suelen decir los que se resisten a darle al cuento la categoría artística que le corresponde, sino, lo repito, en una verdadera obra maestra. Ningún lector atento y sensible puede no quedar cautivado por la extraordinaria habilidad y la sabiduría narrativa con que el autor ha dispuesto los elementos de su mecanismo. Pero tampoco dejar de reconocer, maravillado, la eficacia con que consigue llegar a su objetivo, proponiéndonos con su final una reconsideración del texto que, al trenzar los hilos aparentemente sueltos de la trama, nos proporciona el verdadero sentido de la pieza. Y es que, visto desde esa

perspectiva, la paloma es, sobre todo, la personificación simbólica de la virginidad y la indefensión de la niña, primero asesinada y después violada por Juan de la Paz, y la secuencia de la relación que se establece entre ambos la reproducción metafórica del crimen, que se nos va contando paso a paso, a la par que las vicisitudes del naufragio, como el motivo único del tormento que asedia al personaje.

Empecemos por la misma paloma, por el estado en que se halla cuando Juan de la Paz la ve. Dos rasgos la caracterizan. Uno es la indefensión, su incapacidad física de escapar del peligro, cualquiera que este sea. Otro es esa mezcla de inquietud y pánico que le produce la presencia de lo extraño y lo desconocido, personificado aquí en la figura del pescador. Dice el narrador:

“Con efecto, la paloma debió haber recibido un golpe en el ala izquierda, pues sobre ese lado se debatía sin cesar moviendo con loco impulso la derecha y levantando la pequeña cabeza. El terror de aquel animal de tierra y aire abandonado a su suerte en el mar era de tal naturaleza que cuando advirtió la proximidad de la balandra pretendió saltar para alejarse” (p.45).

La sugestiva red de vinculaciones que, a partir de esa primera decantación, el narrador se ocupa de tejer entre el plano simbólico y el de la realidad, enriquece todavía más ese aspecto del relato. Voy a citar, de todos modos, un caso, para ilustrar lo que digo.

Cuando Juan de la Paz se acerca a la paloma, sorprendido por la absurdidad de haber caído al mar por estar persiguiendo un animal “que nada tenía de marino”, suceden estas tres cosas: 1) entra en un repentino estado de confusión cercano a la inconsciencia (“Aunque estaba hecho a pensar con la rapidez del rayo quedó aturdido durante algunos segundos;”) 2) incapaz, sin embargo, de olvidar el motivo que lo ha llevado a esa situación absurda, cede al im-

pulso instintivo que lo domina (“eso sí, clavó mano en el ave, si bien lo hizo maquinalmente”) y 3) cometida la acción, reacciona con asombro, desorientado ante su propia conducta (“y fue después de tenerla sujeta cuando volvió atrás los pequeños y pardos ojos. En esos instantes se demudó, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. Pues moviéndose a velocidad asombrosa, la balandra se alejaba al favor de la brisa, rumbo noroeste, franca, firme y gallarda como si la tripulara el diablo” [p.46]).

El narrador se esmera en presentar esas tres etapas de forma que aparenten deberse a situaciones muy precisas: la primera, al haber caído, repentina e inesperadamente, al agua; la segunda, al deseo de llevarle un regalo a la niña y, la tercera, al alejamiento inevitable de la balandra. Pero lo hace dejando al mismo tiempo en el ánimo del lector las pistas necesarias para que comprenda *a posteriori* la relación entre el tormento interior del personaje y la obsesión por el crimen cometido. Y es que cada una de esas tres etapas se corresponden con las que, de acuerdo con la información que se nos suministra al final, tuvo que cumplir el pescador al cometer su delito. La primera, con un estado emocional y mental que lo aleja de la normalidad y lo convierte en un monstruo; la segunda, con la compulsión incontrolable a que eso lo conduce y, la tercera, con el asombro que, una vez cometido el acto, tiene que haberle producido saberse responsable. El párrafo que sigue es de hecho una ampliación especificadora de las tres etapas antedichas. Ahora tanto el escenario y la situación en él de víctima y victimario como el descontrol que lleva a este a cometer el crimen y el estado de desesperación en que cae de inmediato Juan de la Paz adquieren una mayor concreción. La embarcación de Juan de la Paz, que no está tampoco exenta de representatividad y simbolismo, se aleja de él, como ya hemos visto, no de cualquier manera, sino “como si la

tripulara el diablo”. La embarcación era para Juan de la Paz lo único que seguía atándolo a la realidad, al mundo a que pertenece. Su desaparición aquí los deja a él y a la paloma “solos en medio del mar”, como debió de dejarlos la pérdida de raciocinio, el momentáneo estado de locura de Juan de la Paz, en el momento de cometer el crimen. Los efectos de la pérdida de la embarcación (que es el equivalente de la pérdida de la cordura del pasado) lo hunden en una inconsciencia que lo conduce al crimen. Cuando reacciona o quiere reaccionar frente a esa, tal vez, fugaz demencia ya es demasiado tarde. Ya había matado la paloma de forma involuntaria e inesperada, exactamente como debió de cometer el crimen de la niña:

“Cuando pensó tomar una decisión se acordó de la paloma; entonces vio, con verdadera indiferencia, que la había apretado sin darse cuenta con dedos de hierro y que la pobre ave herida agonizaba entre temblores. Y esa fue su última sensación consciente, pues a partir de tal momento comenzó a luchar como un loco para sobreponerse al miedo y para salvar la vida” (p.47).

El último recuerdo que Juan de la Paz tiene de la paloma, que, como hemos visto, se constituye en un leitmotiv del cuento, antes de que la reconozca como lo que es, la imagen rediviva de la niña (primero Emilia, luego Rosalía) completa la equivalencia que propongo de una manera hartamente convincente. La forma en que Juan de la Paz la ve en ese momento es, sin duda, la misma en que debió de ver a su hija, a Rosalía, después de asesinarla y de violarla:

“Y era curioso que en esa lucha por salvar la vida [...] surgiera de pronto, una vez y otra vez y otra más, la imagen de la paloma, flotando panza arriba bajo la luna, un ala rota y la otra extendida, las rojas patas encogidas y desordenadas las plumas de la cola” (p.48).

Esa imagen como de muñeca rota y destrozada con violencia, tan vívidamente expuesta (“las rojas patas encogidas y desordenadas las pluma de la cola”) es la que lleva a Juan de la Paz al límite de sus fuerzas. Después de tenerla, su desesperación se torna incontenible.

“Pero he ahí que de súbito Juan de la Paz se dijo a sí mismo que estaba perdiendo el juicio, y cobró instantáneo reposo. No había tal barco; él estaba solo, del todo solo en la inmensidad del mar, y nadie más que él era responsable de su vida” (*Ibid.*).

Se da cuenta entonces de que desvaría y de que cuanto veía, o creía ver (un barco en la lejanía, al que le pide desesperadamente auxilio) no era sino el producto de su desesperación, puro espejismo. El barco que había visto no lo era y él estaba, además, solo en la inmensidad del mar, único responsable de su vida.

“Rumbo al puerto de origen” se erige así como un cuento estructurado en dos planos, uno estrictamente exterior o dramático y otro interior o psicológico. Solo que no lo hace como en “Fragata” o “Victoriano Segura” o “Luis Pié”, que son cuentos también de un solo personaje, en los que ambos planos se enfrentan y en cierto modo se complementan para poner de relieve los valores ocultos del protagonista, sino con una superposición clara del primero con respecto al segundo. Y es que, como creo haber demostrado, todo lo que se dice de Juan de la Paz no tiene aquí otra finalidad que la de servir de apoyatura para el resalte del drama interior del protagonista, que es lo único que le interesa al narrador. Tan marcada y tan clara es esa intención que señalo que se llega al extremo de confundir, adrede, el uno con el otro, y hay momentos en que el lector no sabe realmente si está en presencia de un acto real o un acto imaginario. La confusión mental del personaje, para no llamarla, directamente, locura, está tan presente en

el relato, que la misma visión de la paloma queda, en cierto modo, en entredicho. ¿Existe, realmente? ¿Juan de la Paz encuentra, de verdad, una paloma herida, un animal no marino, en el medio del mar, o se trata, también en este caso, de un espejismo, de un producto de su imaginación? Es verdad que el narrador confirma lo que nos dice que ha visto el personaje. Pero en este cuento debemos fiarnos poco del narrador, por razones obvias. Si el personaje decide coger la paloma para llevársela, no a una muerta (Rosalía) sino a una niña que solo existe en su imaginación (Emilia), ¿por qué hemos de creer que realmente la ve y no que la imagina? La misma absurdidad del hecho de caer al agua “a causa de estar persiguiendo una paloma, animal que nada tenía de marino”, contribuye a fortalecer esto que digo. También lo hace la reacción de los pescadores que lo recogen, a quienes “les pareció extraño que un pescador se cayera de su barco por coger una paloma” (p.54). La conjetura, lo sé, es arriesgada y por eso me limito a sugerirla. Pero hay que reconocer que cabe dentro de lo posible. Y es que —insisto de nuevo—, lo importante en “Rumbo al puerto de origen” no es tanto la historia en sí misma como la distorsión o el influjo que ejerce en el personaje, no el relato de un crimen espantoso como el tormento interior de quien lo ha cometido. Así que no hay razón para no interpretar la secuencia de hechos que lo llevan, desde el avistamiento de la paloma hasta su rescate, como un viaje de salvación estrictamente física, sino también, y aun más importante, como un proceso de expiación, o viaje espiritual, que lo conduce, después de pasar por el reconocimiento de la culpa y por el arrepentimiento, desde el sufrimiento permanente a la reconciliación consigo mismo. O, lo que viene a ser igual, al puerto de origen, a la paz perdida de su propio apellido.

V *Cuentos fantásticos*

La obra de Bosch se expresa de tres maneras. Una es la realista, otra la mágicorealista y otra la fantástica. La primera y la segunda las hemos visto y analizado, siempre dentro de los límites impuestos por el propósito de nuestro ensayo, de una forma exhaustiva. La tercera, es decir, la fantástica, la encontramos ahora, en el segundo conjunto y en los cuentos mencionados en el apartado correspondiente de la clasificación. Las fechas de redacción de cada uno de los cinco que componen el grupo nos revela de manera inequívoca que son, como las demás tendencias del segundo conjunto, según iremos viendo, una alternativa a la que al autor recurre de manera esporádica y, por lo tanto, sin ningún planteamiento específico previo. “Dos amigos” y “Los últimos monstruos” fueron publicados en 1940, uno en agosto⁵ y el otro en septiembre⁶, y aparecen después en *Dos pesos de agua*, de 1941. Son, en este, los dos únicos cuentos no rurales e inician, por lo tanto, la formación del conjunto a que pertenecen, contribuyendo a darle a dicho libro su ya señalado carácter de transitorio. Sin ellos, *Dos pesos de agua* seguiría siendo casi tan temáticamente uniforme como *Camino real*. Lo digo porque la presencia en él de “Un hombre virtuoso”, que, por ocuparse de un tema urbano nacional, pertenece también al segundo conjunto, mantiene con el resto el vínculo de lo regional, como ya he demostrado. “La bella alma de don Damián” pertenece al libro *La muchacha de La Guaira*, de 1955, y “La mancha indeleble”, de 1960, es el cuento que marca el final de la carrera de

⁵ *Puerto Rico Ilustrado*, Año XXVIII, N° 1589, San Juan, Puerto Rico, 31 de agosto de 1940, pp.16-17/ p.68.

⁶ *Puerto Rico Ilustrado*, Año XXVIII, N° 1589, San Juan, Puerto Rico, 14 de septiembre de 1940, pp.11/p.63. Tomo la referencia de Guillermo PIÑA-CONTRERAS (v. Bibliografía), pero observo que el número de ambas publicaciones coincide. Parece más lógico pensar que el de septiembre sea el 1590.

Bosch como cuentista.⁷ *Cuento de Navidad*, por último, fue publicado en Chile, en un solo volumen.

Conviene, con todo, señalar que, pese a carecer de una vinculación interna y a no responder a un propósito definido, todos ellos constituyen, en cierto modo, una prolongación de la vertiente no realista representada, en el primer conjunto, por los cuentos mágicorealistas y por otros, como “El funeral” y “Maravilla”, en los que el autor se deja ganar por la prosopopeya y escribe historias protagonizadas por animales. La diferencia está en que en estos el lector siente y sabe que, en el fondo, lo que se le cuenta son facetas de la vida campesina que le impiden sentir ambos relatos como exclusivamente irreales, mientras que en los citados la inverosimilitud del planteamiento se impone como consubstancial. Ahora bien, pese a que no hay entre ellos, ciertamente, ninguna relación estructural ni temática, como sucede en los de carácter social o en los de tema urbano, es innegable que, exceptuando “Los últimos monstruos”, en el que el autor se coloca más cerca de la ciencia ficción que de la narrativa fantástica propiamente dicha,⁸ a todos ellos los caracteriza, por un lado, el tono irónico del tratamiento y, por otro, las connotaciones implícitas —el “mensaje”, para emplear una palabra ya en bastante desuso,

⁷ Desconozco la publicación en que aparece por primera vez. PIÑA-CONTRERAS, en su obra citada, no da la referencia. El año que señalo, y el día, 31 de diciembre, están, en cambio, confirmados. Están en la “Cronología” preparada por él para las *Obras completas*, T. I, p.443.

⁸ El argumento del cuento es una especie de recreación imaginaria, fantástica, y muy apegada, por cierto, a los estereotipos que la tradición ha consagrado con respecto al asunto, de las enormes dificultades que debieron de padecer y superar los primeros humanos para sobrevivir. La amenaza de animales terribles y poderosos que obligaban a los primeros habitantes del planeta a vivir huyendo y escondiéndose termina cuando los últimos dos monstruos que quedaban se enfrentan en una espantosa lucha en la que ambos mueren, permitiendo que el pequeño grupo humano que había logrado salvarse —un hombre, dos mujeres y dos niños— salgan de su escondite y aseguren la presencia del hombre en la tierra.

pero propia de la época— que se desprende claramente de cada uno de ellos. No cabe duda, en efecto, de que el autor utiliza la vertiente fantástica de los temas para tomar posición frente al planteamiento de que son portadores, de donde el tono irónico y el aire de crítica y descreencia que se percibe en ellos.

En “Dos amigos” (I, pp.285-298), que se inscribe en la línea cervantina de *El coloquio de los perros*, esa actitud se ve facilitada por el hecho de la condición animal de los personajes. Uno es Duck, un perro casero a quien llevan de vacaciones, y el otro un vagabundo que, por consiguiente, carece de nombre y al que conoce durante su estancia. El diálogo entre ambos es, o pretende ser, pues la brevedad impuesta por el género no da para demasiado, una mezcla de rito de iniciación mediante el que el vagabundo le muestra a Duck la otra cara de la moneda, el mundo desconocido y no sospechado por este, y de canto a la amistad y a la parte noble del alma, tanto si animal como si humana.

“La bella Alma de don Damián” (pp.105-115) es una diatriba, en clave de humor, en contra de la hipocresía y el engaño. El alma de don Damián, que se halla ya en su lecho de muerte, decide abandonar el cuerpo del agonizante. Conseguido su propósito, se sube en la lujosa lámpara de cristal de Bohemia que pendía del centro del techo y desde allí observa lo que sucede en tomo. Descubre así que los llantos de la esposa y de la suegra del difunto son fingidos, que lo único que desean es su dinero, y llega al colmo del asombro cuando, en presencia del cura, que aparece a deshora y no puede confesar al moribundo, oye las opiniones que se emiten sobre ella. Según la criada de Don Damián, la cual llevaba cuarenta años atendiéndolo, este no necesitaba confesar. Su alma era tan bella que no lo ameritaba. Los demás, al oírla, se ven forzados a secundarla hipócritamente y entonces el alma da un salto, se mira en los espejos del baño y se ve tan horrible

que, pese a que don Damián acababa de fallecer, retorna al cuerpo y lo devuelve a la vida. Entre una cosa y otra, es decir, entre el momento en que, ahuyentada por la calentura del cuerpo, el alma sale al exterior y el momento en que regresa, el narrador ha cumplido con su objetivo, que no es poner de relieve la belleza del alma de Don Damián, como anuncia en el título, sino la fealdad de quienes han compartido la vida con él y esperan sacar tanto provecho de su muerte como antes lo habían hecho de su vida.

“Cuento de Navidad” (pp.139-218) es un relato que tiene el interés añadido de que pone a prueba la opinión del autor acerca de la extensión en el cuento. Recordemos lo que, contradiciendo a muchos, Bosch sostiene al respecto, en sus *Apuntes...*:

“Hasta ahora se ha tenido la brevedad como una de las leyes fundamentales del cuento. Pero la brevedad es una consecuencia natural de la esencia misma del género, no un requisito de la forma. El cuento es breve porque se halla limitado a relatar un hecho y nada más que uno. El cuento puede ser largo, y hasta muy largo, si se mantiene como relato de un solo hecho. No importa que un cuento esté escrito en cuarenta páginas, en sesenta, en ciento diez; siempre conservará sus características si es el relato de un solo acontecimiento, así como no las tendrá si se dedica a relatar más de uno, aunque lo haga en una sola página”.⁹

Digamos de paso que esta de la extensión es otra de las características del segundo conjunto. En él encontramos las narraciones de mayor extensión de toda la obra de Bosch. Cuentos como “El indio Manuel Sicuri”, “El cabo de la Legión” o “El dios de la selva” testimonian esta disposición suya —que debe considerarse, aunque pertenezca al aspecto técnico, como

⁹ T. V de esta edición, p.88.

un rasgo en sí misma—, a demostrar la validez de su particular punto de vista. Pero donde con más ahínco se aferra a su teoría es en el mencionado “Cuento de Navidad”, que aparece, no como parte de una colección, sino como narración independiente, con una extensión, en su primera edición, la de Chile, de 111 páginas. En él, sin abandonar la ironía, Bosch aprovecha el tema navideño, para recrear a grandes rasgos, la versión bíblica del mundo a partir de la figura del Creador, que aparece en la narración como un ser entre crítico, inconforme y severo que no comprende la locura de sus criaturas. La adopción de esa perspectiva le permite al narrador jugar con la tradición, mostrándose, en el fondo, como un ser descreído de lo adjetivo y creyente en lo substancial, al tiempo que aprovecha para poner en solfa las contradicciones propias de una sociedad que fundamenta su vida en unas creencias con las que vive en permanente contradicción. El tono cordial y amable, exigido, sin duda, por el talante esencialmente conciliador de su tema, no disminuye, sin embargo, la fuerza crítica del relato, que con esto se amolda a la tendencia general de su grupo.

El último de los cinco cuentos fantásticos de Bosch es “La mancha indeleble” (pp.515-519), que exige, por su parte, una explicación previa y relativa a su contenido. Y es que este cuento, el último de los escritos por Bosch, como ya he dicho, ha sido tradicionalmente interpretado tomando como punto de partida la confesada intención del autor. En él se da de nuevo la imposición, o el intento de imposición, al menos, de una visión única por parte de este último, que actúa en este caso como ya vimos que lo hacía, de modo general, en el de los cuentos del primer conjunto, o en el de *La Mañosa*. Si nos llevamos de Bosch, el significado último de “La mancha indeleble” es exclusivamente político, toda vez que el propósito que lo llevó a escribirlo fue desenmascarar la actitud vergonzante

de cierto amigo que, habiendo sido comunista, carecía de la entereza necesaria para reconocerlo. He aquí la manera en que se lo declara a Fernández de Olmos en la obra ya citada:

“El cuento se refiere a un amigo cuyo nombre no voy a decir porque... fue muy generoso con la causa dominicana, con la lucha contra Trujillo. Pero desde luego que hubo en él una pérdida de la integridad y eso se refleja en el cuento... En cierto sentido el cuento fue un experimento, pero también me doy cuenta de que fue una manera de expresar mi tristeza porque ese amigo le cogió miedo a lo que él había sido. Y creo que así como yo, por ejemplo, no me arrepiento de haber escrito cosas muy infantiles, porque eso fue una parte de mi vida, y así era como yo pensaba y sentía cuando escribía esos cuentos, así no me arrepiento de haber creído en la democracia, no me arrepiento de eso, ¿entiendes?; y no me explicaba por qué este amigo quería hacer tanto esfuerzo para quitarse la mancha de haber sido comunista. Si fue comunista, fue comunista; eso no es delito. Pero era un amigo al que yo quería a pesar de todo, y aunque hoy no lo quiero, sin embargo me respeto a mí mismo lo suficiente para seguirlo respetando porque lo quise”.¹⁰

Por fortuna, Bosch admite también que “en cierto sentido el cuento fue un experimento”, pasando, así, por encima de lo que ha confesado como más importante, y eso no solo atempera el radicalismo de su declaración sino que abre la posibilidad de una consideración más abierta. Cabe, pues, junto a la estrictamente ideológica, una que parta de la formulación, más que del “mensaje” implícito, como, en el fondo, deseaba Bosch. Y eso nos lleva, inevitablemente, a incluirlo entre los

¹⁰ FERNÁNDEZ OLMOS, *op. cit.*, p.168. Bosch no lo declara en la entrevista, pero me consta que la persona en que se inspira es el venezolano Rómulo Betancourt, que gobernó en Venezuela después de la dictadura de Pérez Jiménez y que colaboró grandemente, en efecto, con el exilio dominicano. Su compromiso llegó en este aspecto a tanto, que provocó las iras de Trujillo y en 1960 estuvo a punto de morir en un atentado organizado por este.

cuentos fantásticos, con más razón que entre los estrictamente urbanos o los psicológicos, donde también cabría. Lo digo porque lo que de hecho predomina en él es la configuración de una fantasía ajena completamente, salvo en el valor simbólico que se desee atribuirle, a toda realidad y a toda lógica. Si damos por buena y atendible la explicación del autor, podemos coincidir con él en que, efectivamente, ese personaje que se acerca al salón donde le piden que deje la cabeza, como los que lo han precedido y los que, detrás de él, esperan su turno, es un ser que no solo se arrepiente, sino que se avergüenza, de una decisión ya tomada y huye. Y también que lo hace de una entidad innominada, de un organismo superior que le produce un miedo cervical y que, según descubrimos al final, es el Partido. Pero a mí se me antoja que lo que hace del cuento una pieza convincente no reside de ninguna manera en esa carga conceptual que tanta importancia tiene para el autor. Me parece que la clave de su eficacia reside, más bien, en la acertada creación de una atmósfera un sí es no es kálfiana que lo vincula a cierta narrativa de lo absurdo y con la que consigue comunicarnos el desasosiego y la intranquilidad propios de una época en la que el hombre occidental se hizo consciente, tal vez con más lucidez que nunca, de la magnitud de su indefensión frente a las estructuras del poder, fuera este de la clase que fuera. Es decir, que los elementos fantásticos son, también aquí, en “La mancha indeleble”, un medio del que se vale el narrador para transmitimos un “mensaje implícito” que, trascendiéndolos, le otorga a la narración su importancia y su significado.

VI *Cuentos de aventuras*

Sorprende encontrar entre los cuentos de Bosch, dominados, en general, por intereses y preocupaciones muy distintos, una pareja como “El cabo de la Legión” (pp.395-433) y “El dios

de la selva” (pp.435-472). Tanto sus temas como la forma de desarrollarlos los sindician, dentro del universo de su obra, como piezas, a no dudar, menores. El primero de ellos, “El cabo de la Legión” es una mezcla de relato de aventura y de relato sentimental que carece, por su simplicidad, de la fuerza y del interés dramático habituales en Bosch. La historia del hijo de un famoso general francés que, después de haber sido reconocido como un héroe de guerra, se refugia en la Legión Extranjera por razones ocultas que se revelan al final, está tan sobrecargada de estereotipos que termina convirtiendo la narración en una especie de eco del modelo que le sirve de guía. La tradicional intensidad de Bosch se pierde aquí casi del todo, dejándonos al final la sensación de haber estado en presencia de un relato más próximo a la literatura (o al cine) de consumo que a la reciedumbre del autor de piezas tan extraordinarias como algunas de las que he comentado. Y lo mismo sucede en el caso de “El dios de la selva”, en el que el narrador se deja llevar de nuevo por la rutina de lo ya conocido y, en lugar de trazar caminos propios, se dedica a configurar una historia con situaciones y tipos que nada tienen de atractivos. Un tesoro oculto, unos extranjeros llenos de pasiones y motivos más o menos oscuros, el escenario de la selva brasileña y la guerra mundial como telón de fondo, un posible agente nazi y una hermosa muchacha carioca que no acaban de captar la atención del lector son los componentes de una trama que también aquí nos remite a otras tramas similares y nos alejan inopinada y bruscamente del tono general del resto de su narrativa.

Nada de eso, sin embargo, les quita ni les disminuye el indudable valor testimonial que poseen, que es lo que, para los fines este ensayo, importa de verdad. Y es que, efectivamente, así como su eficacia narrativa nos resulta comparativamente menor (lo que no quiere decir que no estén bien contados, que

eso ya es otra cosa), no cabe duda de que al mismo tiempo constituyen ejemplos muy significativos de hasta dónde se arriesgó a llegar Bosch para satisfacer la necesidad de poner distancia entre su narrativa y la obsesión temática que la domina en el primer conjunto.

LA MUCHACHA DE LA GUAIRA

LA NOCHEBUENA DE ENCARNACIÓN MENDOZA

Con su sensible ojo de prófugo Encarnación Mendoza había distinguido el perfil de un árbol a veinte pasos, razón por la cual pensó que la noche iba a decaer. Anduvo acertado en su cálculo; donde empezó a equivocarse fue al sacar conclusiones de esa observación. Pues como el día se acercaba era de rigor buscar escondite, y él se preguntaba si debía internarse en los cerros que tenía a su derecha o en el cañaveral que le quedaba a la izquierda. Para su desgracia, escogió el cañaveral. Hora y media más tarde el sol del día 24 alumbraba los campos y calentaba ligeramente a Encarnación Mendoza, que yacía bocarriba tendido sobre hojas de caña.

A las siete de la mañana los hechos parecían estar sucediéndose tal como había pensado el fugitivo; nadie había pasado por las trochas cercanas. Por otra parte la brisa era fresca y tal vez llovería, como casi todos los años en Nochebuena. Y aunque no lloviera los hombres no saldrían de la bodega, donde estarían desde temprano consumiendo ron, hablando a gritos y tratando de alegrarse como lo mandaba la costumbre. En cambio, de haber tirado hacia los cerros no podría sentirse tan seguro. Él conocía bien el lugar; las familias que vivían en las hondonadas producían leña, yuca y algún maíz. Si cualquiera de los hombres que habitaban los bohíos de por allí bajaba aquel día para vender bastimentos en la bodega del batey y acertaba a verlo, estaba perdido. En

leguas a la redonda no había quien se atreviera a silenciar el encuentro. Jamás sería perdonado el que encubriera a Encarnación Mendoza; y aunque no se hablaba del asunto todos los vecinos de la comarca sabían que aquel que le viera debía dar cuenta inmediata al puesto de guardia más cercano.

Empezaba a sentirse tranquilo Encarnación Mendoza, porque tenía la seguridad de que había escogido el mejor lugar para esconderse durante el día, cuando comenzó el destino a jugar en su contra.

Pues a esa hora la madre de Mundito pensaba igual que el prófugo: nadie pasaría por las trochas en la mañana, y si Mundito apuraba el paso haría el viaje a la bodega antes de que comenzaran a transitar los caminos los habituales borrachos del día de Nochebuena. La madre de Mundito tenía unos cuantos centavos que había ido guardando de lo poco que cobraba lavando ropa y revendiendo gallinas en el cruce de la carretera, que le quedaba al poniente, a casi medio día de marcha. Con esos centavos podía mandar a Mundito a la bodega para que comprara harina, bacalao y algo de manteca. Aunque lo hiciera pobremente, quería celebrar la Nochebuena con sus seis pequeños hijos, siquiera fuera comiendo frituras de bacalao.

El caserío donde ellos vivían —del lado de los cerros, en el camino que dividía los cañaverales de las tierras incultas— tendría catorce o quince malas viviendas, la mayor parte techadas de yaguas. Al salir de la suya, con el encargo de ir a la bodega, Mundito se detuvo un momento en medio del barro seco por donde en los días de zafra transitaban las carretas cargadas de caña. Era largo el trayecto hasta la bodega. El cielo se veía claro, radiante de luz que se esparcía sobre el horizonte de cogollos de caña; era grata la brisa y dulcemente triste el silencio. ¿Por qué ir solo, aburriéndose de caminar por trochas siempre iguales? Durante diez segundos Mundito pensó entrar al bohío vecino, donde seis semanas antes una

perra negra había parido seis cachorros. Los dueños del animal habían regalado cinco, pero quedaba uno “para amamantar a la madre”, y en él había puesto Mundito todo el interés que la falta de ternura había acumulado en su pequeña alma. Con sus nueve años cargados de precoz sabiduría, el niño era consciente de que si llevaba el cachorrillo tendría que cargarlo casi todo el tiempo, porque no podría hacer tanta distancia por sí solo. Mundito sentía que esa idea casi le autorizaba a disponer del perrito. De súbito, sin pensarlo más, corrió hacia la casucha gritando:

—¡Doña Ofelia, empréstemme a Azabache, que lo voy a llevar allí!

Oyéranle o no, ya él había pedido autorización, y eso bastaba. Entró como un torbellino, tomó el animalejo en brazos y salió corriendo, a toda marcha, hasta que se perdió a lo lejos. Y así empezó el destino a jugar en los planes de Encarnación Mendoza.

Porque ocurrió que cuando, poco antes de las nueve, el niño Mundito pasaba frente al tablón de caña donde estaba escondido el fugitivo, cansado, o simplemente movido por esa especie de indiferencia por lo actual y curiosidad por lo inmediato que es privilegio de los animales pequeños, Azabache se metió en el cañaveral. Encarnación Mendoza oyó la voz del niño ordenando al perrito que se detuviera. Durante un segundo temió que el muchacho fuera la avanzada de algún grupo. Estaba clara la mañana. Con su agudo ojo de prófugo, él podía ver hasta donde se lo permitía el barullo de tallos y hojas. Allí, al alcance de su mirada, no estaba el niño. Encarnación Mendoza no tenía pelo de tonto. Rápidamente calculó que si lo hallaban atisbando era hombre perdido; lo mejor sería hacerse el dormido, dando la espalda al lado por donde sentía el ruido. Para mayor seguridad, se cubrió la cara con el sombrero.

El negro cachorrillo correteó, jugando con las hojas de caña, pretendiendo saltar, torpe de movimientos, y cuando vio al fugitivo echado empezó a soltar diminutos y graciosos ladridos. Llamándolo a voces y gateando para avanzar, Mundito iba acercándose cuando de pronto quedó paralizado: había visto al hombre. Pero para él no era simplemente un hombre sino algo imponente y terrible; era un cadáver. De otra manera no se explicaba su presencia allí y mucho menos su postura. El terror le dejó frío. En el primer momento pensó huir, y hacerlo en silencio para que el cadáver no se diera cuenta. Pero le parecía un crimen dejar a Azabache abandonado, expuesto al peligro de que el muerto se molestara con sus ladridos y lo reventara apretándolo con las manos. Incapaz de irse sin el animalito e incapaz de quedarse allí, el niño sentía que desfallecía. Sin intervención de su voluntad levantó una mano, fijó la mirada en el difunto, temblando mientras el perrillo reculaba y lanzaba sus pequeños ladridos. Mundito estaba seguro de que el cadáver iba a levantarse de momento. En su miedo, pretendió adelantarse al muerto: pegó un salto sobre el cachorrillo, al cual agarró con nerviosa violencia por el pescuezo, y a seguidas, cabeceando contra las cañas, cortándose el rostro y las manos, impulsado por el terror, ahogándose, echó a correr hacia la bodega. Al llegar allí, a punto de desfallecer por el esfuerzo y el pavor, gritó señalando hacia el lejano lugar de su aventura:

—¡En la colonia Adela hay un hombre muerto!

A lo que un vozarrón áspero respondió gritando:

—¿Qué 'tá diciendo ese muchacho?

Y como era la voz del sargento Rey, jefe de puesto del Central, obtuvo el mayor interés de parte de los presentes así como los datos que solicitó del muchacho.

El día de Nochebuena no podía contarse con el juez de La Romana para hacer el levantamiento del cadáver, pues debía andar por la Capital disfrutando sus vacaciones de fin de año.

Pero el sargento era expeditivo; quince minutos después de haber oído a Mundito el sargento Rey iba con dos números y diez o doce curiosos hacia el sitio donde yacía el presunto cadáver. Eso no había entrado en los planes de Encarnación Mendoza.

El propósito de Encarnación Mendoza era pasar la Nochebuena con su mujer y sus hijos. Escondiéndose de día y caminando de noche había recorrido leguas y leguas, desde las primeras estribaciones de la Cordillera, en la provincia del Seybo, rehuendo todo encuentro y esquivando bohíos, corrales y cortes de árboles o quemas de tierras. En toda la región se sabía que él había dado muerte al cabo Pomares, y nadie ignoraba que era hombre condenado donde se le encontrara. No debía dejarse ver de persona alguna, excepto de Nina y de sus hijos. Y los vería sólo una hora o dos, durante la Nochebuena. Tenía ya seis meses huyendo, pues fue el día de San Juan cuando ocurrieron los hechos que le costaron la vida al cabo Pomares.

Necesariamente debía ver a su mujer y a sus hijos. Era un impulso bestial el que le empujaba a ir, una fuerza ciega a la cual no podía resistir. Con todo y ser tan limpio de sentimientos, Encarnación Mendoza comprendía que con el deseo de abrazar a su mujer y de contarles un cuento a los niños iba confundida una sombra de celos. Pero además necesitaba ver la casucha, la luz de la lámpara iluminando la habitación donde se reunían cuando él volvía del trabajo y los muchachos le rodeaban para que él los hiciera reír con sus ocurrencias. El cuerpo le pedía ver hasta el sucio camino, que se hacía lodazal en los tiempos de lluvia. Tenía que ir o se moriría de una pena tremenda.

Encarnación Mendoza estaba acostumbrado a hacer lo que deseaba; nunca deseaba nada malo y se respetaba a sí mismo. Por respeto a sí mismo sucedió lo del día de San Juan, cuando el cabo Pomares le faltó pegándole en la cara, a él, que por

no ofender no bebía y que no tenía más afán que su familia. Suciedera lo que sucediera, y aunque el mismo Diablo hiciera oposición, Encarnación Mendoza pasaría la Nochebuena en su bohío. Sólo imaginar que Nina y los muchachos estarían tristes, sin un peso para celebrar la fiesta, tal vez llorando por él, le partía el alma y le hacía maldecir de dolor.

Pero el plan se había enredado algo. Era cosa de ponerse a pensar si el muchacho hablaría o se quedaría callado. Se había ido corriendo, a lo que pudo colegir Encarnación por la rapidez de los pasos, y tal vez pensó que se trataba de un peón dormido. Acaso hubiera sido prudente alejarse de allí, meterse en otro tablón de caña. Sin embargo valía la pena pensarlo dos veces, porque si tenía la fatalidad de que alguien pasara por la trocha de ida o de vuelta, y le veía cruzando el camino y le reconocía, era hombre perdido. No debía precipitarse; ahí, por de pronto, estaba seguro. A las nueve de la noche podría salir, caminar con cautela orillando los cerros, y estaría en su casa a las once, tal vez a las once y un cuarto. Sabía lo que iba a hacer; llamaría por la ventana de la habitación en voz baja y le diría a Nina que abriera, que era él, su marido. Ya le parecía estar viendo a Nina con su negro pelo caído sobre las mejillas, los ojos oscuros y brillantes, la boca carnosa, la barbilla saliente. Ese momento de la llegada era la razón de ser de su vida; no podía arriesgarse a ser cogido antes. Cambiar de tablón en pleno día era correr riesgo. Lo mejor sería descansar, dormir...

Despertó al tropel de pasos y a la voz del niño que decía:

—“Taba ahí, sargento.

—¿Pero en cuál tablón; en ése o en el de allá?

—En ése —aseguró el niño.

“En ése” podía significar que el muchacho estaba señalando hacia el que ocupaba Encarnación, hacia uno vecino o hacia el de enfrente. Porque a juzgar por las voces el niño y el

sargento se hallaban en la trocha, tal vez en un punto intermedio entre varios tablones de caña. Dependía de hacia donde estaba señalando el niño cuando decía “ése”. La situación era realmente grave, porque de lo que no había duda era de que ya había gente localizando al fugitivo. El momento, pues, no era de dudar, sino de actuar. Rápido en la decisión, Encarnación Mendoza comenzó a gatear con suma cautela, cuidándose de que el ruido que pudiera hacer se confundiera con el de las hojas del cañaveral batidas por la brisa. Había que salir de allí pronto, sin perder un minuto. Oyó la áspera voz del sargento:

—¡Métase por ahí, Nemesio, que yo voy por aquí! ¡Usted, Sofito, quédese por aquí!

Se oían murmullos y comentarios. Mientras se alejaba, agachado, con paso felino, Encarnación podía colegir que había varios hombres en el grupo que le buscaba. Sin duda las cosas estaban poniéndose feas.

Feas para él y feas para el muchacho, quienquiera que fuese. Porque cuando el sargento Rey y el número Nemesio Arroyo recorrieron el tablón de caña en que se habían metido, maltratando los tallos más tiernos y cortándose las manos y los brazos, y no vieron cadáver alguno, empezaron a creer que era broma lo del hombre muerto en la colonia Adela.

—¿Tú ‘ta seguro que fue aquí, muchacho? —preguntó el sargento

—Sí, aquí era —afirmó Mundito, bastante asustado ya.

—Son cosa de muchacho, sargento; ahí no hay nadie —terció el número Arroyo.

El sargento clavó en el niño una mirada fija, escalofriante, que lo llenó de pavor.

—Mire, yo venía por aquí con Azabache —empezó a explicar Mundito— y lo diba corriendo asina —lo cual dijo al tiempo que ponía el perrito en el suelo—, y él cogió y se metió ahí.

Pero el número Solito Ruiz interrumpió la escenificación de Mundito preguntando:

—¿Cómo era el muerto?

—Yo no le vide la cara —dijo el niño, temblando de miedo—; solamente le vide la ropa. Tenía un sombrero en la cara. Tabá asina, de lao...

—¿De qué color era el pantalón? —inquirió el sargento.

—Azul, y la camisa como amarilla, y tenía un sombrero negro encima de la cara...

Pero el pobre Mundito apenas podía hablar; se hallaba aterrorizado, con ganas de llorar. A su infantil idea de las cosas, el muerto se había ido de allí sólo para vengarse de su denuncia y hacerlo quedar como un mentiroso. Seguramente en la noche le saldría en la casa y lo perseguiría toda la vida.

De todas maneras, supiéralo a no Mundito, en ese tablón de cañas no darían con el cadáver. Encarnación Mendoza había cruzado con sorprendente celeridad hacia otro tablón, y después hacia otro más; y ya iba atravesando la trocha para meterse en un tercero cuando el niño, despachado por el sargento, pasaba corriendo con el perrillo bajo el brazo. Su miedo lo paró en seco al ver el torso y una pierna del difunto que entraban en el cañaverál. No podía ser otro, dado que la ropa era la que había visto por la mañana.

—¡‘Tá aquí, sargento; ‘tá aquí! —gritó señalando hacia el punto por donde se había perdido el fugitivo—. ¡Dentró ahí!

Y como tenía mucho miedo siguió su carrera hacia su casa, ahogándose, lleno de lástima consigo mismo por el lío en que se había metido. El sargento, y con él los soldados y curiosos que le acompañaban, se había vuelto al oír la voz del chiquillo.

—Cosa de muchacho —dijo calmosamente Nemesio Arroyo.

Pero el sargento, viejo en su oficio, era suspicaz:

—Vea, algo hay. ¡Rodiemo ese tablón di una ve'! —gritó.

Y así empezó la cacería, sin que los cazadores supieran qué pieza perseguían.

Era poco más de media mañana. Repartidos en grupos, cada militar iba seguido de tres o cuatro peones, buscando aquí y allá, corriendo por las trochas, todos un poco bebidos y todos excitados. Lentamente, las pequeñas nubes azul oscuro que descansaban al ras del horizonte empezaron a crecer y a ascender cielo arriba. Encarnación Mendoza sabía ya que estaba más o menos cercado. Sólo que a diferencia de sus perseguidores —que ignoraban a quién buscaban—, él pensaba que el registro del cañaverál obedecía al propósito de echarle mano y cobrarle lo ocurrido el día de San Juan.

Sin saber a ciencia cierta dónde estaban los soldados, el fugitivo se atenía a su instinto y a su voluntad de escapar; y se corría de un tablón a otro, esquivando el encuentro con los soldados. Estaba ya a tanta distancia de ellos que si se hubiera quedado tranquilo hubiese podido esperar hasta el oscurecer sin peligro de ser localizado. Pero no se hallaba seguro y seguía pasando de tablón a tablón. Al cruzar una trocha fue visto de lejos, y una voz proclamó a todo pulmón:

—¡Allá va, sargento, allá va; y se parece a Encarnación Mendoza!

¡Encarnación Mendoza! De golpe todo el mundo quedó paralizado. ¡Encarnación Mendoza!

—¡Vengan! —demandó el sargento a gritos; y a seguidas echó a correr, el revólver en la mano, hacia donde señalaba el peón que había visto al prófugo.

Era ya cerca de mediodía, y aunque los crecientes nubarrones convertían en sofocante y caluroso el ambiente, los cazadores del hombre apenas lo notaban; corrían y corrían, pegando voces, zigzagueando, disparando sobre las

cañas. Encarnación se dejó ver sobre una trocha distante, sólo un momento, huyendo con la velocidad de una sombra fugaz, y no dio tiempo al número Solito Ruiz para apuntarle su fusil.

—¡Que vaya uno al batey y diga de mi parte que me manden do' número! —ordenó a gritos el sargento.

Nerviosos, excitados, respirando sonoramente y tratando de mirar hacia todos los ángulos a un tiempo, los perseguidores corrían de un lado a otro dándose voces entre sí, recomendándose prudencia cuando alguno amagaba meterse entre las cañas.

Pasó el mediodía. Llegaron no dos, sino tres números y como nueve o diez peones más; se dispersaron en grupos y la cacería se extendió a varios tablones. A la distancia se veían pasar de pronto un soldado y cuatro o cinco peones, lo cual entorpecía los movimientos, pues era arriesgado tirar si gente amiga estaba al otro extremo. Del batey iban saliendo hombres y hasta alguna mujer; y en la bodega no quedó sino el dependiente, preguntando a todo hijo de Dios que cruzaba si “ya lo habían cogido”.

Encarnación Mendoza no era hombre fácil. Pero a eso de las tres en el camino que dividía el cañaveral de los cerros, esto es, a más de dos horas del batey, un tiro certero le rompió la columna vertebral a tiempo que cruzaba para internarse en la maleza. Se revolcaba en la tierra, manando sangre, cuando recibió catorce tiros más, pues los soldados iban disparándole a medida que se acercaban. Y justamente entonces empezaban a caer las primeras gotas de la lluvia que había comenzado a insinuarse a media mañana.

Estaba muerto Encarnación Mendoza. Conservaba las líneas del rostro, aunque tenía los dientes destrozados por un balazo de Máuser. Era día de Nochebuena y él había salido de la Cordillera a pasar la Nochebuena en su casa, no en el

batey, vivo o muerto. Comenzaba a llover, si bien por entonces no con fuerza. Y el sargento estaba pensando algo. Si él sacaba el cadáver a la carretera, que estaba hacia el poniente, podía llevarlo ese mismo día a Macorís y entregarle ese regalo de Pascuas al capitán; si lo llevaba al batey tendría que coger allí un tren del ingenio para ir a La Romana, y como el tren podría tardar mucho en salir llegaría a la ciudad tarde en la noche, tal vez demasiado tarde para trasladarse a Macorís. En la carretera las cosas son distintas; pasan con frecuencia vehículos, él podría detener un automóvil, hacer bajar la gente y meter el cadáver o subirlo sobre la carga de un camión.

—¡Búsquese un caballo ya memo que vamo' a sacar ese vagabundo a la carretera! —dijo dirigiéndose al que tenía más cerca.

No apareció caballo sino burro; y eso, pasadas ya las cuatro, cuando el aguacero pesado hacía sonar sin descanso los sembrados de caña. El sargento no quería perder tiempo. Varios peones, estorbándose los unos a los otros, colocaron el cadáver atravesado sobre el asno y lo amarraron como pudieron. Seguido por dos soldados y tres curiosos a los que escogió para que arrearan el burro, el sargento ordenó la marcha bajo la lluvia.

No resultó fácil el camino. Tres veces, antes de llegar al primer caserío, el muerto resbaló y quedó colgado bajo el vientre del asno. Este resoplaba y hacía esfuerzos para trotar entre el barro, que ya empezaba a formarse. Cubiertos sólo con sus sombreros de reglamento al principio, los soldados echaron mano a pedazos de yaguas, a hojas grandes arrancadas a los árboles, o se guarecían en el cañaveral de rato en rato, cuando la lluvia arreciaba más. La lúgubre comitiva anduvo sin cesar, la mayor parte del tiempo en silencio aunque de momento la voz de un soldado comentaba:

—Vea ese sinvergüenza.

O simplemente aludía al cabo Pomares, cuya sangre había sido al fin vengada.

Oscureció del todo, sin duda más temprano que de costumbre por efectos de la lluvia; y con la oscuridad el camino se hizo más difícil, razón por la cual la marcha se tornó lenta. Serían más de las siete, y apenas llovía entonces, cuando uno de los peones dijo:

—Allá se ve una lucecita.

—Sí, del caserío —explicó el sargento; y al instante urdió un plan del que se sintió enormemente satisfecho.

Pues al sargento no le bastaba la muerte de Encarnación Mendoza. El sargento quería algo más. Así, cuando un cuarto de hora después se vio frente a la primera casucha del lugar, ordenó con su áspera voz:

—Desamarren ese muerto y tírenlo ahí adentro, que no podemos seguir mojándolo.

Decía esto cuando la lluvia era tan escasa que parecía a punto de cesar; y al hablar observaba a los hombres que se afanaban en la tarea de librar el cadáver de cuerdas. Cuando el cuerpo estuvo suelto llamó a la puerta de la casucha justo a tiempo para que la mujer que salió a abrir recibiera sobre los pies, tirado como el de un perro, el cuerpo de Encarnación Mendoza. El muerto estaba empapado en agua, sangre y lodo, y tenía los dientes destrozados por un tiro, lo que le daba a su rostro antes sereno y bondadoso la apariencia de estar haciendo una mueca horrible.

La mujer miró aquella masa inerte; sus ojos cobraron de golpe la inexpresiva fijeza de la locura; y llevándose una mano a la boca comenzó a retroceder lentamente, hasta que a tres pasos paró y corrió desolada sobre el cadáver al tiempo que gritaba:

—¡Hay m'shijo; se han quedao guérfano... han matao a Encarnación!

Espantados, atropellándose, los niños salieron de la habitación, lanzándose a las faldas de la madre.

Entonces se oyó una voz infantil en la que se confundían llanto y horror.

—¡Mama, mi mama...! ¡Ese fue el muerto que yo vide hoy en el cañaveral!

EL INDIO MANUEL SICURI

Manuel Sicuri, indio aimará, era de corazón ingenuo como un niño; y de no haber sido así no se habrían dado los hechos que le llevaron a la cárcel en La Paz. Pero además Manuel Sicuri podía seguir las huellas de un hombre hasta en las pétreas vertientes de los Andes y esa noche hubo luna llena, cosas ambas que contribuyeron al desarrollo de esos hechos. El factor más importante, desde luego, fue que el cholo Jacinto Muñiz tuviera que huir del Perú y entrara en Bolivia por el Desaguadero, lo cual le llevó a irse corriendo, como un animal asustado, por el confín del altiplano, obsesionado por la visión de un paisaje que le daba la impresión de no avanzar jamás. El cholo Jacinto Muñiz fue perseguido de manera implacable, primero en el Perú, desde más allá del Cuzco, y después por los carabineros de Bolivia que recibían de tarde en tarde noticias de su paso por las desoladas aldeas de la Puna. Jacinto Muñiz no podía liberarse de esa persecución, pues había robado las joyas de una iglesia, y eso no se lo perdonarían ni en el Perú ni en Bolivia; y para fatalidad suya era fácil de identificar porque tenía una cicatriz en la frente, desde el pelo hasta el ojo derecho. Cuando llegó a la choza del indio Manuel Sicuri, el cholo Jacinto Muñiz contó que ésa era la huella de una caída, lo cual desde luego era mentira.

Manuel Sicuri cuidaba de un rebaño de ovejas y de nueve llamas; las ovejas llevaban prendidas en la lana, a medio lomo,

cintas de color azul, lo que servía para identificarlas como de su propiedad. Esa medida sobraba, porque no era fácil que en aquella zona sus ovejas se mezclaran con otras ya que no había más en millas a la redonda; pero era la costumbre de los aimarás del altiplano y Manuel Sicuri seguía la costumbre. De seguir la costumbre en todo su rigor, sin embargo, quien debía cuidar de los animales era María Sisa, la mujer de Manuel, y además debía sembrar la papa y la quinua y la cañahua —los cereales de la Puna—, pues el hombre debía irse a trabajar a La Paz o tal vez a las minas. Pero resultaba que no sucedía así porque Manuel era huérfano de padre y madre y tenía tres hermanitos —dos de ellos hembras— y él quería a esos niños con toda la fuerza de su alma. Además María estaba embarazada. Propiamente, María tenía siete meses de embarazo.

A medida que se extiende hacia el sudoeste, en dirección a las altas cumbres de la Cordillera Occidental, el altiplano va haciéndose menos fértil. Es una vasta extensión llana como una mesa. El aire transparente y frío es limpio y seco, sin gota de humedad. Cada vez más, son escasas las viviendas, y cada vez más va acentuándose en la tierra el cambio de color; pues hacia el Norte es gris y en ocasiones amarilla y verde, mientras que hacia el Sur va tornándose parduzca. El grandioso paisaje es de una impresionante hermosura y de aplanadora soledad. Cuando comienzan las primeras estribaciones de la Cordillera hacia el sudoeste —que son sucedidas más tarde por otras eminencias peladas de nevadas cumbres, y después por otras y otras más— comienzan también las enormes arrugas en el lomo de la montaña, sin duda los canales por donde en épocas lejanas corrieron aguas despeñadas.

Pero eso es ya cayendo hacia el lado de Chile; y Manuel Sicuri tenía su choza en tierras de Bolivia. El indio podía tender la vista en redondo y durante leguas y leguas no veía vivienda alguna. Su casa estaba hecha de tierra, y su propia

madre había ayudado a levantarla. No había ventana para que no entrara el viento helado de la Cordillera, y sólo tenía una puerta que daba al Este. De noche se quemaba la boñiga de las llamas y hasta de las ovejas, que Manuel iba recogiendo sistemáticamente día tras día; y su fuego era la única luz y el único calor de la vivienda. No había habitación alguna, sino que todo el cuadrado encerrado en las paredes de la choza era usado en común. Los tres niños y el indio Manuel Sicuri y su mujer embarazada dormían juntos, sobre pieles de oveja, en el piso de tierra. En un rincón había un viejo arcón en que se guardaban ropas que habían sido del padre y de la madre de Manuel, cortos calzones de lana y faldas y chales de colores, los zarcillos de oro de María y los trajes de boda de la pareja, alguna loza de desconocido origen y un pequeño sombrero negro de fieltro que usó María en la peregrinación a Copacabana, a orillas del Titicaca. Encima del arcón se amontonaban las pieles de las ovejas que habían muerto o habían sido sacrificadas el último año. El arcón quedaba en el rincón más lejano de la izquierda, según se entraba, en el primero del mismo lado estaba amontonado el chuño, y entre el chuño y el arcón, la lana, la lana que pacientemente iba hilando María Sisa, la mayor parte de las veces mientras se hallaba sentada a la puerta de la choza. Junto a la lana dormían los perros, dos perros flacos, con los costillares a flor de piel, que no tenían función alguna y se pasaban los días recostados o caminando sin rumbo fijo por el altiplano, a veces corriendo tras las ovejas. En el primer rincón de la derecha, con el hierro contra el piso, estaba el hacha.

Esa hacha, en realidad, no tenía uso ni nadie en la familia sabía por qué estaba allí. Tal vez el padre de Manuel Sicuri, que vivió hacia el Norte, había sido leñador, aunque no era posible saber dónde ya que en la zona no había bosques; tal vez se la vendió, a cambio de una o dos parejas de llamas,

algún cholo que pasó por la región. Pero el hacha era reverentemente guardada porque cierta vez, estando Manuel recién nacido, hubo un invierno muy crudo y los pumas bajaron de la Cordillera en pos de ovejas; y en esa ocasión el hacha fue útil, pues con ella mató el padre a un puma que llegó hasta la puerta misma de su choza. Eso había sucedido, desde luego, más hacia el Nordeste. Una vez muerto el padre, al mudarse hacia el Sur, Manuel Sicuri se llevó el hacha. A menudo Manuel jugaba con ella. Ocurría que en las tardes de buen tiempo él les contaba a los *yokallas* y a María cómo había sido el combate entre la fiera y su tata; entonces él mismo hacía el papel de puma, y se acercaba rugiendo, en cuatro pies, dando brincos, hasta la misma puerta. Los niños reían alegremente, y Manuel también. De pronto él salía corriendo, cogía el hacha y hacía el papel de su padre; se plantaba en la puerta, daba gritos de cólera, blandía el arma y la dejaba caer sobre el cráneo del animal; a esa altura, Manuel volvía a hacer el papel del puma, y caía de lado, rugiendo de impotencia, agitando las manos y simulando que eran garras. Cuando el puma estaba ya muerto, tornaba Manuel a ser el padre, sin perjuicio de que hiciera también de oveja y balara y corriera dando los saltos de los corderos, imitando el miedo de los tímidos animales. Toda la familia reía a carcajadas, y Manuel reía más que todos. En realidad, Manuel reía siempre y a toda hora estaba dispuesto a jugar como un niño.

Uno de esos atardeceres, cuando la luz de julio en el altiplano era limpia y el aire cortante, los perros comenzaron a ladrar. Ladraban insistentemente, pero no a la manera en que lo hacían cuando corrían tras una oveja o cuando —lo que pasaba muy pocas veces— algún cóndor volaba sobre el lugar dejando su sombra en la tierra, sino que sus ladridos eran a la vez de sorpresa y de cólera. Entonces Manuel fue a ver lo que pasaba. Dio la vuelta a la casa y al corral, que quedaba al oeste

de la vivienda y era también de tierra. Allá, a la distancia, hacia la caída del sol, se veía avanzar un hombre.

Ese hombre era el cholo Jacinto Muñiz. Cuando se acercaba, una hora después, casi al comenzar la noche, Manuel, la mujer y los pequeños se reunieron tras el corral. Por primera vez en mucho tiempo aparecía por allí un ser humano. Evidentemente el hombre hacía grandes esfuerzos para caminar, lo cual comentaban Manuel y su mujer. Los niños callaban, asustados. De haber sido un conocido, o siquiera un indio como ellos, que usara sus ropas y tuviera su aspecto, Manuel hubiera corrido a darle encuentro y tal vez a ayudarlo. Pero era un extraño y nadie sabía qué le llevaba a tan desolado sitio a esa hora. Lo mejor sería esperar.

Cuando estuvo a cincuenta pasos, el hombre saludó en aimará, si bien se notaba que no era su lengua. Manuel se le acercó poco a poco. María espantó los perros con pedruscos y pudo oír a los dos hombres hablar; hablaban a distancia, casi a gritos. El forastero explicó que se había perdido y que se sentía muy enfermo; dijo que tenía sed y hambre y que quería dormir. Su ropa estaba cubierta de polvo y su escasa barba muy crecida. Pidió que le dejaran descansar esa noche, y antes de que su marido respondiera María dijo, también a gritos, que en la vivienda no había dónde. Aunque hablaba aimará se apreciaba a simple vista que ese hombre no era de su raza ni tenía nada en común con ellos; pero además su instinto de mujer le decía que había algo siniestro y perverso en ese duro rostro que se acercaba. Ella era muy joven y Manuel no llegaba a los veinte años, y ante el extraño, que tenía figura de hombre maduro, ella sentía que ellos eran unos yokallas, unos niños desamparados. Pero Manuel no era como su mujer; Manuel Sicuri era confiado, de corazón ingenuo, y por otra parte sabía que muchas veces Nuestro Señor se disfrazaba de caminante y salía a pedir posada; eso había ocurrido siempre,

desde que tata Dios había resucitado, y debido a ello era un gran pecado negar hospitalidad a quien la pidiera. En suma, aquella noche el cholo peruano Jacinto Muñiz, prófugo de la justicia en dos países, durmió sobre pieles de oveja en la choza de Manuel Sicuri. María Sisa se pasó la noche inquieta, sin poder pegar ojo, atenta al menor ruido que proviniera del sitio donde se había echado Jacinto Muñiz.

Pero Jacinto Muñiz durmió, y lo hizo pesadamente, con los huesos agobiados de cansancio. Había bebido pitos e infusión de coca, que la propia María le había preparado. Ni siquiera se quitó la chaqueta. Estaba durmiendo todavía cuando Manuel Sicuri salió de la vivienda. Al despertar vio a María Sisa agachada ante una vasija de barro que colgaba de tres hierros colocados en trípode, hacia el último rincón derecho de la casucha; abajo de la vasija había fuego de boñiga de llamas. María cocinaba chuflo con carne seca de carnero. Los tres niños estaban sentados junto a la puerta, charlando animadamente. María se levantó y se dobló otra vez hacia el fuego, de manera que se le vieron las corvas. Jacinto Muñiz se sentó de golpe y se pasó la mano por la cara. María Sisa se volvió, tropezó con la cicatriz sobre el ojo y sintió miedo. El párpado estaba encogido a mitad del ojo, y eso le hacía formar un ángulo; la parte interior del párpado resaltaba en el ángulo, rojiza, sanguinolenta, y debajo se veía el blanco del ojo casi hasta donde la órbita se dirigía hacia atrás. Aquello por sí solo impresionaba de manera increíble, pero resultaba además que en medio de ese ojo desnaturalizado había una pupila dura, siniestra, fija y de un brillo perverso. María Sisa se quedó como hechizada. Entonces fue cuando el extraño explicó que se había hecho esa herida al caerse, muchos años atrás. María esperó que el hombre se pusiera de pie, se despidiera y siguiera su camino. Pero él no lo hizo, sino que se quedó sentado y mirándola con una fijeza que helaba la

sangre de la mujer en las venas. Ella estaba acostumbrada a los ojos honrados de su marido y a los tímidos y tristes de las ovejas y las llamas o a los humildes y suplicantes de sus perros. Para disimular su miedo se dirigió a los niños diciéndoles trivialidades y su sonora lengua aimará no daba la menor señal de su terror. Pero por dentro el pavor la mataba.

En cambio Manuel Sicuri no sintió miedo. Ese día volvió más temprano que otras veces, y al ruido de las ovejas y al ladrido de los perros salió su mujer a decirle, con visible inquietud, que el hombre seguía en la casa y que no había hablado de irse. Manuel Sicuri dijo que ya se iría; entró, charló con Jacinto Muñiz como si se tratara de un viejo conocido y le ofreció coca. Después, sentado en cuclillas, oyó la historia que quiso contarle el peruano.

—Vengo huyendo de más allá del Desaguadero, del Perú—explicó señalando vagamente hacia el Noroeste— porque el gobierno quería matarme. Un gamonal me quitó la mujer y las tierras y yo protesté y por eso quieren matarme.

Eso podía entenderlo muy bien Manuel Sicuri; también en Bolivia, durante siglos, a ellos les habían quitado las tierras y las mujeres, y su padre le había contado que cierta vez, cuando todavía no soñaba casarse con su madre, miles de indios corrieron por la Puna, en medio de la noche, armados de piedras y palos, en busca de un presidente que huía hacia el Perú después de haber estado durante años quitándoles las tierras para dárselas a los ricos de La Paz y Cochabamba.

—Si saben que estoy aquí me buscan y me matan. Yo me voy a ir tan pronto me sienta bien otra vez. Además, yo voy a pagarte —dijo el peruano.

Manuel Sicuri no respondió palabra. No le gustó oír hablar de que le pagaría, pero se lo calló. ¿Y si resultaba que ese hombre, con su terrible aspecto, era el propio Nuestro Señor

que estaba probando si él cumplía los mandatos de Dios? De manera que se puso a hablar de otras cosas; dijo que esa noche seguramente habría helada, porque había cambio de luna de creciente a llena, y la luna llevaba siempre frío.

Con efecto, así ocurrió. Manuel oyó varias veces a las ovejas balar y se imaginaba la Puna iluminada en toda su extensión mientras el helado viento la barría. Muy tarde se quejó uno de los yokallas; Manuel se levantó a abrigar al grupo y el peruano preguntó, en las sombras, qué ocurría. A Manuel le inquietó largo rato la idea de que el peruano no estuviera dormido. Pero se abandonó al sueño y ya no despertó hasta el amanecer. El frío era duro, y hasta el horizonte se perdían los reflejos de la escarcha. Había que esperar que el sol estuviera alto para salir; y como se veía que el día iba a ser brumoso, tal vez de poco o ningún sol fuerte, Manuel empezó a llevar afuera las papas de la última cosecha para convertirlas en chuño deshidratándolas en el hielo.

En ese trabajo estaba, a eso de las siete de la mañana, cuando los perros comenzaron a ladrar mirando hacia el Norte. También Manuel miró; un hombre se veía avanzar, un hombre como él, de su raza. Manuel entró en su casa.

—Viene gente —dijo, dirigiéndose más al cholo peruano que a su mujer.

Entonces Manuel Sicuri vio a Jacinto Muñiz perder la cabeza. Su miedo fue súbito; se levantó de golpe, apoyándose en una mano, y sus negros ojos se volvieron, como los de una llama asustada, a todos los rincones de la choza.

—¡Tengo que esconderme —dijo—, tengo que esconderme, porque si me cogen me matan!

—Aquí no —respondió calmadamente, pero asombrado, Manuel Sicuri—; aquí no es Perú.

—¡Sí, yo lo sé, pero es que yo herí al gamonal y parece que murió! ¡Si me cogen me matan!

Manuel Sicuri y María Sisa se miraron como interrogándose. A partir de ese momento, María sabía que sus temores eran fundados; y también a ella le dio miedo, tanto miedo como al extraño. Manuel dudó todavía, sin embargo. Con indescriptible rapidez pensó lo que debía hacerse; corrió hacia el arcón, tiró las pieles de ovejas en tierra y separó el arcón de la pared en forma tal que entre el mueble y el rincón podía caber un hombre.

—Ven aquí —dijo.

El cholo corrió y de un salto se metió allí; con toda premura Manuel fue tirando las pieles sobre él y el arcón. Nadie podía sospechar que allí había un hombre. Luego, volviéndose a los niños, que habían visto todo aquello en silencio, les ordenó que se callaran y que a nadie dijeran nada; a seguidas volvió a su trabajo afuera, como si no hubiera visto al indio que avanzaba por la alta pampa.

Resultó que el hombre era un chasquis, esto es, un correo enviado a recorrer las distantes y perdidas viviendas de esa zona para informar que se buscaba a un cholo peruano con una cicatriz en la frente; a juicio del mallcu, es decir, del jefe indígena que había mandado al chasquis a ese recorrido, el prófugo buscaba cruzar hacia Chile, pero en vez de dirigirse hacia el Suroeste desde el último sitio en que se le había visto, caminaba en derechura al Sur, lo que indicaba que debía pasar por allí.

—No, no ha pasado por aquí —explicó Manuel.

El chasquis se había sentado en cuclillas y bebía chicha que se guardaba en una vasija de barro. María no hallaba donde poner los ojos, pero Manuel Sicuri se había vuelto impenetrable. Estaba él también en cuclillas y preguntó al visitante de dónde venía y cuánto hacía que se hallaba en camino y cómo estaban en su casa. Hablaba lentamente. Se refirió a la helada y dijo que el invierno iba a ser muy duro. Demoró mucho en esa charla antes de abordar el asunto; pero al fin lo hizo.

—¿Por qué buscan a ese peruano? —preguntó.

—Robó una iglesia allá en su tierra —dijo el chasquis—; robó la corona de la Virgen y el cáliz y el manto de tática Jesús Nazareno, que tenía oro y piedras finas.

Manuel estuvo a punto de venderse. Vio a su mujer mirarle con una fijeza de loca y él mismo sintió que la cabeza le daba vueltas. Tuvo que apoyarse en tierra con una mano. ¡De manera que el cholo Jacinto Muñiz había robado a mamita la Virgen! Pero ya él había dicho que no había pasado por ahí, y decir lo contrario era probablemente buscarse un lío con las autoridades. Con el pretexto de seguir regando las papas en la escarcha, María salió. Manuel pensaba: “Si digo ahora que está aquí van a llevarme preso por esconderlo; si no digo nada, tata Dios va a castigarme, se me morirán las ovejas y las llamas y tal vez ni nazca mi hijo”. No descubría su emoción, no denunciaba su pensamiento, pues seguía con su rostro hermético, sus ojos brillantes, sus rasgos inmóviles, cerrada la boca que era tan propensa a la risa; pero por dentro estaba sufriendo lo indecible. Entonces sucedió lo que más deseaba en tal momento: el chasquis se levantó y dijo que iba a seguir su camino. Y he aquí que sin saber por qué, aunque sin duda llevado a ello por el miedo, Manuel Sicuri se levantó también y explicó que iba a acompañarle, que iría con él hasta una pequeña comunidad de cuatro chozas que quedaba casi en las faldas de la Cordillera Real, cuyas nevadas cumbres se veían en sucesión hacia el Este y el Sur. Tendría que caminar tres horas de ida y tres de vuelta, pero Manuel Sicuri lo haría porque necesitaba saber qué pensaba el chasquis. A lo mejor el chasquis había visto algo, sorprendido una huella, un movimiento sospechoso bajo las pieles de oveja, y se iría sin dar señales de que sabía que el cholo Jacinto Muñiz se hallaba escondido en la casa de Manuel Sicuri. Así pues,

dijo que iría con él; y después de haber caminado unos cinco minutos dejó al chasquis solo y volvió al trote.

—Cuando estemos lejos, a mediodía, sacas de ahí al peruano y que se vaya. Dile que ande de prisa y derecho hacia la caída del sol; por ahí no hay casas ni va a encontrar gente.

Esto fue lo que habló con su mujer, pero como el chasquis podía estar mirando, quiso despistarle y entró en su choza. Después explicó que había vuelto a la vivienda para coger coca. Y sin más demora emprendió la marcha por la helada Puna en cuya amplitud rodaba sin cesar un viento duro y frío.

Así fue como actuó Manuel Sicuri durante esa angustiada mañana. De manera muy distinta sintió y actuó el cholo peruano Jacinto Muñiz. En el primer momento, cuando supo que llegaba un hombre, el miedo le heló las venas y le impidió hasta pensar. En verdad, sólo se le había ocurrido esconderse, sin que atinara a saber dónde; y cuando Manuel Sicuri eligió el escondite y le llevó allí, él le dejó hacer sin saber claramente lo que estaba ocurriendo. Las pieles le ahogaban, aunque de todas maneras hubiera sentido que se ahogaba aún estando a campo abierto. Él oyó al chasquis llegar y en ese momento su miedo aumentó a extremos indescriptibles; le oyó hablar de él mismo y entonces empezó a olvidar su terror y a poner toda su vida en sus oídos.

Cuánto tiempo transcurrió así, sintiéndose presa de un pavor que casi le hacía temblar, era algo que él no podía decir. Pero es el caso que cuando Manuel Sicuri dijo que no había pasado por allí sintió que empezaba a entrar en calor y cinco minutos después estaba sereno, otra vez dueño de sí y dispuesto a acometer y a luchar si alguien pretendía cogerle.

La conversación entre Manuel y el chasquis debió durar media hora, y antes de que hubiera transcurrido la mitad de ese tiempo el cholo Jacinto Muñiz se sentía seguro. Muchas

palabras se le perdían, puesto que él no hablaba aimará como un indio, sino lo necesario para entenderse con ellos; y mientras los dos hombres hablaban y él seguía a saltos la charla, comenzó a pensar en otra cosa; sería más propio decir que comenzó a sentir otra cosa. De súbito, y tal vez como reacción contra su pavor, Jacinto Muñiz recordó a la mujer de Manuel Sicuri tal como la había visto el día anterior, agachada frente al fuego. Ella le daba la espalda y su posición era tal que la ropa se le subía por detrás hasta mostrar las corvas. Jacinto Muñiz había pensado: “Tiene buenas piernas esa india”, idea que le estuvo rondando todo el día y toda la noche, al extremo de que lo tenía despierto cuando Manuel Sicuri se levantó para abrigar a los niños. Ahí, en su escondite, Jacinto Muñiz veía de nuevo las piernas de la mujer e incontenibles oleadas de calor le subían a la cabeza. Al final ya no tenía más que eso en la mente y en el cuerpo.

Pero Jacinto Muñiz no pensaba atacar a la mujer. En el fondo de sí mismo lo que le preocupaba era huir, salvarse, alejarse de allí tan pronto como pudiera, sobre todo después de saber que la mujer y su marido estaban enterados de cuál había sido su crimen. La idea de atacarla le vino más tarde, cuando, a poco de haberse ido Manuel Sicuri con el chasquis, la mujer retiró las pieles que lo cubrían y le dijo que saliera. Ella le explicó que debía irse, y por dónde y a qué hora, y cuando él preguntó por Manuel ella cometió el error de decirle que estaba acompañando al chasquis.

Con su repelente ojo de párpado cosido, Jacinto Muñiz miró fijamente a María. María tenía el negro pelo partido al medio y anudado en moño sobre la nuca; era de piel cobriza, tirando a rojo, de delgadas cejas rectas y de ojos oscuros y almendrados, de altos pómulos, de nariz arqueada, dura pero fina, y de gran boca saliente. Era una india aimará como tantas otras, como millares de indias aimarás, bajita y robusta,

pero tenía la piel limpia en los brazos y las piernas y era joven; estaba embarazada, ¿pero qué le importaba eso a él, un hombre acosado, un hombre en peligro que estaba huyendo hacía casi un mes? Sintiéndose fuera de sí y a punto de perder la razón, Jacinto Muñiz dijo que sí, que se iría, pero que le diera charqui o quinua o cañahua, algo en fin con que comer en el camino.

María Sisa también tenía miedo, como lo había tenido Jacinto Muñiz y como lo había tenido Manuel Sicuri. Pero además María sentía asco de ese hombre. ¡Por la Virgen de Copacabana, ese bandido había robado una iglesia y estaba en su casa! Lo que ella quería era que se fuera inmediatamente.

—No hay charqui y tenemos muy poca quinua y poca cañahua —dijo secamente mientras vigilaba los movimientos del cholo.

—Dame chuño entonces —pidió él.

María quería decirle que no. Tata Dios iba a castigarla si le daba comida a su enemigo. Pero tal vez si le negaba el chuño, que estaba a la vista en el rincón, el hombre diría que no se iba. Llena de repulsión se encaminó al rincón y se agachó para recoger el chuño. Para fatalidad suya los niños estaban afuera, regando papas sobre la escarcha.

El ataque fue tan súbito y los hechos se produjeron tan de prisa que María no pudo describirlos más tarde. Cuando se agachaba el hombre se lanzó sobre ella y la agarró fuertemente por los hombros, forzando estos de tal manera, hacia un lado, que María cayó de espaldas. Como era una mujer joven y fuerte se defendió con las piernas, pero al parecer aquello enfureció al peruano o sin duda lo excitó más. María levantó los brazos y no lo dejaba acercarse. No gritó propiamente, porque en ese momento perdió del todo su miedo y se sintió colérica, pero comenzó a decirle al atacante cosas en voz tan alta que los niños corrieron y uno de ellos, el mayor, agarró al hombre por la ropa. Jacinto Muñiz pegó al niño con un codo

y lo lanzó a tierra. Había ocurrido que la vasija con la chicha había sido dejada en el suelo cerca de la puerta, donde la había puesto Manuel Sicuri después de haberle servido al chasquis; el atacante la vio y la tomó en una mano. María quiso evitar el golpe porque pensó: “Va a matar a mi niño”. “Mi niño” era, desde luego, el que llevaba en el vientre. Y ese pensamiento la turbó. No tuvo, pues, serenidad bastante para defenderse, y la vasija golpeó sobre su frente, rompiéndose en innúmeros pedazos. María sintió el deslumbramiento del golpe y algo cálido que le corría a los ojos. Debió perder el conocimiento, puesto que a poco comprendió que el peruano estaba violándola. Pero su indignación y su asco eran tan grandes que ellos le dieron fuerzas, y logró, doblando la quijada del hombre, quitárselo de encima. Entonces se puso en pie de un salto y corrió; corrió como despavorida a través de la Puna, volviendo el rostro cada quince segundos para asegurarse de que él no la seguía. El hombre salió a la puerta y comenzó a correr tras ella. Pero sucedió que el llanto de los niños, las voces de María y el ruido de la lucha excitaron a los perros y ambos se lanzaron tras Jacinto Muñiz. Éste se agachó varias veces para coger piedras y tirárselas a los animales. Estaba como loco, y el rojizo párpado levantado se le veía como una brasa en medio de la noche. Comprendió al fin que no podría alcanzar a María Sisa; volvió entonces a la choza, recogió su sombrero, se llenó los bolsillos de chuño, sacó de las vasijas en que se guardaban coca y lejía y salió de nuevo. Desde lejos María le vio salir y le vio irse huyendo por detrás del corral; hacia el Oeste, a toda carrera, como espantado por algún enemigo invisible. En el día sin sol, pero sin niebla, su figura se fue alejando, tornándose cada vez más pequeña, mientras la mujer lloraba de miedo y de vergüenza sin atravesarse a volver a su choza.

Todavía le quedaban a María Sisa —y sin duda también a los niños, si bien tal vez ellos no comprendían lo sucedido a

pesar de que veían a María sangrando por la frente— unas cinco horas de angustia antes de que volviera Manuel Sicuri. Pero ocurrió que Manuel retornó antes. Llevaba dos horas de marcha junto al chasquis y estaba ya seguro de que éste no tenía sospechas de que el peruano se encontrara en su casa, cuando le dio al propio chasquis por decir que quizá sería bueno que él volviera a su vivienda.

—Tu mujer y los niños están solos, y ese mal hombre puede llegar allá. Estuvo preso en su tierra por una muerte —me dijo el mallcu, y a eso se debe que tenga una cicatriz sobre el ojo.

¿Si? Manuel Sicuri se quedó mirando al chasquis. Éste no era capaz de adivinar lo que estaba pasando en tal momento por la cabeza de Manuel Sicuri. Jacinto Muñiz estaba en su casa y seguramente había oído desde su escondite cuanto ellos hablaron. Tal vez le diera miedo a Jacinto Muñiz y por miedo de que le denunciaran matara a María y a los yokallas. Era un hijo del demonio el hombre que había robado la corona de mamita. ¿Qué no sería capaz de hacer?

—Sí —dijo Manuel Sicuri—. Hablas bien, chasquis. Yo me devuelvo.

Se devolvió, pero no podía caminar a su paso normal, algo le hacía correr a trote corto, algo que él no quería definir. Podía ser temor a tata Dios; quizá tata Dios iba a ponerse bravo con él por haber dado auxilio al cholo. Podía ser un oscuro sentimiento con respecto a María; no le había gustado el extranjero y se lo había dicho. ¿Qué hacía Jacinto Muñiz despierto a medianoche?

Por momentos el indio Manuel Sicuri aumentaba la velocidad de su trote. Iba siguiendo sus propias huellas sólo que al revés; otro acaso no las vería, pero Manuel Sicuri las distinguía bien claras, sus huellas y las del chasquis, a veces desaparecidas donde había muchas piedras, esas menudas y

abundantes piedras del altiplano, y a trechos grabadas en el polvo o en las plantas rastreras que quedaban aplastadas durante largo tiempo después de haber sido pisadas. El día iba aclarando lentamente, de manera que de vez en cuando él podía ver su sombra, una sombra vaga, y calcular la hora. Era bastante más allá del mediodía. El viento seguía fuerte y frío, pero el trote le producía calor.

Poco a poco, a fuerza de atender a la regularidad de su paso, Manuel Sicuri fue dejando de pensar. Pasada la primera hora de marcha alcanzó a ver su casa: se veía como de humo, perdida en el horizonte y muy pequeña. No había nadie cerca; no se distinguían ni las llamas ni las ovejas ni a María. Tal vez nada había sucedido. Mantuvo su paso. Lentamente la choza fue destacándose y creciendo y la Puna ampliándose, a la vez que la luz iba aumentando y los nacientes colores de la tierra, muy débiles de por sí, iban cobrando seguridad. Oyó los perros ladrar y después los vio correr hacia él.

Cuando llegó a la puerta iba a reírse contento, pues nada había ocurrido; María estaba en cuclillas, de espalda, y los niños, silenciosos, se agrupaban en un rincón. Pero entonces María volvió el rostro y Manuel Sicuri vio la herida en su frente.

—¿Cómo fue? —preguntó.

Su mujer empezó a llorar sin hacer gesto alguno.

—¿El peruano, fue el peruano?

Ella dijo que sí con la cabeza; después, secándose las lágrimas, se puso a relatar el atropello. Los niños la oían sin moverse de su rincón.

Al principio Manuel oyó a María sin decir palabra, pero el aspecto que iba cobrando su rostro denunciaba fácilmente lo que sucedía en su interior. Comenzó como si un golpe lo hubiera atontado, después los ojos se le fueron transformando y cobrando un brillo metálico que nunca antes habían tenido; la

boca se le endurecía segundo a segundo. María Sisa contaba y contaba, con sus rutilantes y cortantes palabras aimarás, sin alzar la voz, gesticulando a veces, señalando de pronto el rincón de los chuños donde había sido atacada. Llevaba todavía la palabra cuando Manuel Sicuri vio el hacha, aquella hacha con que su padre había dado muerte al puma; y dejó a María Sisa con la palabra en la boca antes de que se acercara al final del relato. De un salto Manuel Sicuri corrió al rincón y cogió el hacha.

—¿Por dónde se fue, por dónde se fue? —preguntaba el indio, con la ansiedad del perro de caza que ha olfateado en el aire la presencia de la pieza.

Entonces el mayor de los yokallas, que había estado silencioso, intervino para señalar con su bracito mientras decía que hacia allá, hacia la Cordillera Occidental. Manuel se echó el hacha al hombro y corrió; dio la vuelta a la vivienda, pasó tras el corral, se detuvo un momento para reconocer las huellas y emprendió de nuevo el trote. Ya no perdería las huellas ni durante un minuto. De nada valió que María Sisa corriera tras él y le llamara a voces. Animados como si se tratara de un juego, los perros corrieron también, soltando ladridos, pero no tardaron en regresar. Por la alta planicie, a esa hora iluminada en toda su extensión por el sol del invierno, se perdió Manuel Sicuri tras las huellas de Jacinto Muñiz.

A la caída de la tarde alcanzó a ver una figura moviéndose en la lejanía. Pronto iba a oscurecer, pero sin duda que ya estaba subiendo, tras las faldas de la Cordillera, la enorme luna llena, la clara, la casi blanca luna llena invernal. Así, aquel hombre que marchaba penosamente hacia el Oeste no se le perdería en las sombras. No tenía hacia dónde ir que él no le viera. No había una casa, no había un árbol, no había una cañada en toda la extensión, ni a derecha ni a izquierda, ni hacia atrás ni hacia adelante; no había repliegue de terreno

que pudiera ocultarlo; no había piedras grandes ni colinas y ni siquiera pajonales en la dilatada llanura; no había gente que le diera amparo ni animales entre los que ocultarse. Podía huir si le veía; pero acabaría cansándose, y él, Manuel Sicuri, no se cansaría. Un indio aimará no se cansa a la hora de hacerse justicia; puede esperar días y días, meses y meses, años y años, y no se apresura, no cambia su naturaleza, no da siquiera señales de su cólera. No descansa y no se cansa. Aquel hombre era el cholo Jacinto Muñiz, aquel hijo del demonio había muerto a otros hombres y había robado a mamita la Virgen y a tatica Dios el Nazareno; aquel salvaje había atropellado a María Sisa, su mujer, que esperaba un niño suyo, un varoncito como él. Nadie podría salvar a Jacinto Muñiz. Y a fin de evitar que mientras la luna subía y aclarara la llanura el cholo peruano aprovechara la oscuridad para cambiar de dirección, Manuel Sicuri apresuró el paso con el propósito de alcanzarle pronto.

En verdad, Jacinto Muñiz se sentía ya a salvo. Su plan era caminar toda esa noche. No se cansaría, porque llevaba buena provisión de coca para mascar, y la coca le evitaría el cansancio. Aprovecharía la luna y marcharía derecho hacia la cordillera. Allí podría haber casas, tal vez algunas comunidades aimarás, y sin duda habrían enviado a ellas también chasquis anunciando su probable llegada; y ahora tenía encima dos delitos; uno en el Perú, el otro en Bolivia. Fue afortunado, porque María Sisa no había muerto; sin embargo la había atacado y ya debía saberlo su marido y probablemente también el chasquis, si había vuelto con él. De haber casas en las cercanías de la cordillera él las alcanzaría a ver con tiempo, antes de amanecer, puesto que la luna alumbraría toda la noche; en ese caso su plan era torcer rumbo al Sur, lo más al Sur que pudiera, hasta alcanzar un paso hacia Chile. Jacinto Muñiz ignoraba que para bajar a Chile hubiera debido tomar rumbo

suroeste desde el primer momento, y que aún así no era fácil que lograra salir de Bolivia sin ser apresado. No importaba; tenía coca y chuño, luego, podía resistir mucho todavía. Tan seguro estaba de su soledad que no volvía la vista. Tal vez de haberla vuelto otro hubiera sido su destino.

Oscureció del todo y la luna no salía. Durante media hora Manuel Sicuri trotó derecho hacia el poniente. Sabía que esa era la dirección que llevaba el peruano y que no iba a cambiarla; se lo decía su instinto, se lo decía el corazón. Arreció el frío; comenzó a arreciar en el momento mismo en que el sol desapareció tras la mole de las montañas, y Manuel Sicuri se dijo que esa noche habría helada otra vez. El frío le quemaba las desnudas piernas, pero él apenas lo sentía; estaba acostumbrado y, además, esa noche no le afectaría nada. Mientras trotaba volvía la mirada hacia la Cordillera Real, que le quedaba a la espalda; sabía que la luna no tardaría en iluminar sus altos picos. Poco a poco la luna fue mostrando su radiante y dulce faz; fue elevándose como una gran ave de luz, apagando en sus cercanías las rutilantes estrellas que habían comenzado a aparecer. En diez minutos más la enorme llanura, la fría, la solitaria Puna estaba llena de luz de un confín a otro. Con gran sorpresa, Manuel Sicuri notó que había acortado la mitad, por lo menos, de la distancia entre él y Jacinto Muñiz. Un indio del altiplano como él podía distinguir al otro claramente, con su traje negro destacándose sobre el fondo de la Puna. Entonces Manuel apresuró su trote, exigió de sus duras piernas mayor velocidad. De rato en rato iba pasándose el hacha del hombro derecho al izquierdo o del izquierdo al derecho. En el mango y en el hierro del hacha destellaba la luna.

Manuel Sicuri no habría podido calcular la distancia en términos nuestros, porque no los conocía, pero a eso de las siete y media entre él y el peruano no había dos kilómetros de distancia. La solitaria cacería se aproximaba, pues, a su fin. Él lo sentía; él veía ya el final, y sin embargo su corazón no se

apresuraba. Iba natural y resueltamente a convertir su resolución en hechos, y eso no le excitaba porque él sabía que así debía suceder y así tenía que suceder.

Pero cuando la distancia se acortó más aún —lo cual era posible porque Jacinto Muñiz iba a paso normal mientras Manuel Sicuri corría al trote— el prófugo oyó las pisadas de su perseguidor; o quizá no las oyó sino que intuyó el peligro. El caso es que se detuvo y miró hacia atrás. Por el momento no debió ver nada, porque estuvo quieto, sin duda recorriendo con la vista la llanura durante algunos minutos. Pero al cabo de rato algo columbró; una mancha, de la cual salían brillos, marchaba hacia él. ¿Qué era? ¿Se trataba de alguna llama que pastaba a esa hora en la Puna? Él no era práctico, no conocía la vida del altiplano. Podía ser una llama o un hombre; podía ser incluso un animal feroz, un perro perdido o un puma. Lo que se movía avanzaba rápidamente y él lo veía sin distinguirlo. Sintió miedo.

—¿Quién es? —gritó en castellano; y al rato preguntó a voces en aimará quién era.

Pero no le contestó nadie. Su voz se perdió desolada, trágicamente sola, en aquel desierto enorme. La hermosa luz lunar hacía más patética esa voz angustiada.

—¿Quién es, quién es? —gritó de nuevo.

Manuel Sicuri avanzaba, avanzaba sin tregua. El monstruo estaba allí, parado, sin moverse; estaba esperando, tática Dios lo tenía esperando, clavado a la tierra. Nadie salvaría a ese criminal que había robado a la Virgen y que había atropellado a María Sisa, a su mujer María Sisa, que iba a tener un niño suyo. Ya estaba a quinientos metros, tal vez a menos. Y Manuel Sicuri, que se sentía seguro de que la presa no se le iría, gritó entonces, sin dejar de correr:

—¡Soy yo, Manuel Sicuri, asesino: soy yo que vengo a matarte!

Claro, a esa distancia no era posible ver el rostro de Jacinto Muñiz, pero Manuel Sicuri podía adivinar cómo se había descompuesto, pues para que sufriera le había dicho él quién era, para que padeciera sabiendo que le había llegado su hora.

Jacinto Muñiz quedó confundido. Pensó que lo que llevaba el indio sobre el hombro era un fusil, y en ese caso, ¿de qué le valía echar a correr? Pero vio que el indio seguía en su trote; distinguía ya su figura, un ente casi fantasmal, azul gracias a la luz de la luna, azul y negro; un ser terrible, una especie de demonio seguro de sí, cuyas piernas brillaban; algo indescriptible y sin embargo espantoso, de marcha igual, inexorable, mortal.

—¡No, no me mates, hermano, hermanito, no me mates!

Jacinto Muñiz dijo esto en español, y a seguidas se tiró de rodillas, las manos juntas, temblando, empavorecido. Toda esa noche era pavorosa, toda aquella inmensidad solitaria aterrorizaba, toda la dulce luz de la luna era un espanto. Él mismo oyó su voz como saliendo de otra parte.

—¡No me mates, hermanito! ¡Te doy la corona, hermanito; toma la corona!

Así, de rodillas como estaba, y con Manuel Sicuri ya a veinte metros de distancia, metió la mano en el pecho y sacó de él algo brillante, rutilante. Era la corona de la Virgen, la que había robado. La joya destelló, y cuando Jacinto Muñiz la lanzó fue como un pedazo de luna cayendo, rodando, saltando por la Puna. Pero Manuel Sicuri no se detuvo a cogerla. Entonces el peruano se puso de pie y echó a correr.

Trazando círculos, unas veces hacia el Norte y otras hacia el Este, yendo ya al Sur, ya de nuevo al poniente, ahogándose, loco de terror, Jacinto Muñiz huía. Pero he aquí que a medida que huía aumentaba su pavor; su propia sombra moviéndose ante él cuando se dirigía al Oeste, le llenaba de espanto. El helado viento zumbándole en los oídos contribuía a su

miedo. Por encima de ese zumbido oía claramente las regulares y veloces pisadas de Manuel Sicuri, cuyo tremendo silencio era el de una fiera.

—¡Hermanito, no me mates! —clamaba él, volviendo el rostro sin dejar de correr, más aterrorizado al percatarse de que el indio no llevaba fusil, sino un hacha.

Pero Manuel Sicuri no contestaba, no decía nada; sólo le seguía, le seguía infatigablemente, convertido por las sombras y la luz de la luna en un fantasma tenebroso.

Jacinto Muñiz tropezó con algunos pedruscos, resbaló y se cayó. Manuel Sicuri se acercó a diez pasos, tal vez a ocho. Jacinto Muñiz logró incorporarse, y se lanzó hacia el Sur, derecho hacia el Sur. Él delante y Manuel Sicuri atrás, corrieron en línea recta diez minutos, quince minutos, veinte minutos; y cada vez el indio estaba más cerca, cada vez sus pisadas eran más fuertes. La gran llanura esplendía, cargada de luz y de silencio. Manuel Sicuri no tenía que preocuparse; esto es, no se sentía preocupado. Era una actitud muy aimará la suya, aunque no sea fácil de comprender. El indio Manuel Sicuri iba a hacer justicia; estaba seguro de que no tardaría en hacerla. No había, pues, razón para que se excitara. Ese hombre que corría no podría salvarse; huiría cuanto quisiera, tal vez horas y horas, pero ellos dos estaban solos en la solitaria Puna, y él, Manuel Sicuri, no se cansaría, no tropezaría con los khulas de la pampa, no caería; y poco a poco iba acercándose al monstruo; pie a pie, pulgada a pulgada, iba llegando a su meta. Jacinto Muñiz podía seguir huyendo. Eso no encolerizaba a Manuel Sicuri. Lo único que tenía él que hacer era mantener su paso, su trote seguro y constante, y no perder de vista al cholo.

El cholo volvió a tropezar y cayó de nuevo. Eso le ocurría porque volvía la cara para ver a su perseguidor; le sucedía porque había sido perverso y tenía miedo. Manuel Sicuri se le

acercó a tres pasos. De no haber sido él un indio aimará, dueño de sí mismo, le hubiera tirado el hacha y tal vez le hubiera herido. Pero podía también no herirle y entonces el otro ganaría tiempo mientras él volvía a recoger el arma. No; no había por qué adelantarse. Jacinto Muñiz caería en sus manos. Todavía podía esperar; es más, podía esperar toda esa noche y todo el día siguiente y toda una semana, y un mes y un año y una vida; lo que no podía hacer era actuar sin tino y perder su oportunidad.

Pero el minuto fatal se acercaba de prisa. Jacinto Muñiz empezaba a sentir que se ahogaba, que perdía fuerzas. ¿Cuánto tiempo llevaba huyendo a locas por el iluminado altiplano? No lo sabía, y sin embargo a él le parecía una eternidad. Por momentos perdía la vista y toda aquella llanura le resultaba pequeña. Siguiendo círculos, dando vueltas, doblando de improviso, volvía a pasar por donde ya había pasado. Alcanzó a ver algo brillante ante sí y reconoció la corona. Pensó agacharse para cogerla, pero si se agachaba el indio iba a alcanzarle. Gritó entonces:

—¡La corona, mira la corona; te regalo la corona!

Y la señalaba con la mano, en un afán ridículo por distraer a Manuel Sicuri. Manuel Sicuri sí la vio; podía hacer eso, podía distinguir la corona y seguir su carrera con los ojos puestos en ella sin importarle si era una joya o no, propiamente sin pensar en ella. Porque Manuel Sicuri no pensaba en nada, ni siquiera en María, ya había pensado cuando cogió el hacha al salir de su casa. Lo que tenía que hacer ahora no era pensar, sino actuar.

De manera inapreciable la luna había ido ascendiendo por un cielo brillante que iba limpiando el aire frío. Subía y subía mientras abajo los dos hombres corrían. Al fin, a eso de las diez, Manuel Sicuri se hallaba a un paso de Jacinto Muñiz. Pero ni aún en tal momento pensó estirar los brazos y usar su

hacha. Todavía no. Era necesario estar seguro, golpear firme. Pero como el momento de actuar se acercaba se quitó el hacha del hombro y la sujetó por el hierro con la mano izquierda y por el cabo con la derecha. Jacinto Muñiz volvió una vez más la cabeza, y en ese instante comprendió que no había salvación para él. Entonces retornó a ser, de súbito, el hombre audaz y duro que había causado muertes y robado una iglesia. Lo pensó con toda rapidez, o quizá ni llegó a pensarlo porque lo llevaba en la sangre; se dijo: “Sólo luchar puede salvarme”. Y de golpe paró en seco y dio media vuelta.

Pero Manuel Sicuri había pensado que eso podía suceder o tal vez, como Jacinto Muñiz, no lo había pensado sino que lo llevaba por dentro. Es el caso que cuando el otro se detuvo él saltó de lado, con un brinco dado a dos pies, rápido como el de un bailarín. A tiempo que daba ese brinco blandió el hacha, la revolvió por debajo y la alzó. En tal momento Jacinto Muñiz se lanzó sobre él, y a la luz de la luna Manuel Sicuri vio algo que brillaba en su mano. Como un relámpago le cruzó por la cabeza la idea de que se trataba de un cuchillo, y como un relámpago también saltó hacia atrás y dejó caer el hacha. El golpe fue seco, en el hueso del antebrazo, y Jacinto Muñiz cayó sobre su costado derecho, aunque no del todo sino doblado, casi de rodillas. A seguidas el peruano avanzó a gatas y con la mano izquierda se agarró al pie derecho de Manuel Sicuri; se sujetó allí con la fuerza de un animal salvaje. Manuel Sicuri temió que iba a caerse, y para librarse de ese peligro volvió a blandir el hacha y la dejó caer en el brazo izquierdo del cholo. Lo hizo con tal fuerza que oyó el chasquido del hueso.

—¡Asesino! —gritó Jacinto Muñiz levantando la cabeza.

Manuel Sicuri le vio esforzarse por ponerse de pie, apoyándose en los codos. Estaba ahí, pegado a él, con los brazos inutilizados, y todavía su siniestro ojo resplandecía y en todo

su rostro, iluminado por la luna, podían apreciarse el odio y la maldad. Entonces Manuel Sicuri levantó de nuevo el hacha y golpeó. Esta vez lo hizo más seguro de sí; golpeó en el cuello, cerca de la cabeza, inclinando el hacha con el propósito de que por lo menos una punta penetrara algo en el pescuezo del cholo. La cabeza de Jacinto Muñiz se dobló como la de un muñeco y golpeó la tierra. Manuel Sicuri se retiró un poco y se puso a oír la sonora respiración del herido, los débiles gemidos con que iba saliendo poco a poco de la vida, el borbotear de la sangre en su lento fluir. Tres o cuatro veces el cuerpo de aquel hombre se agitó de arriba abajo; al fin extendió los brazos y se quedó quieto, levemente sacudido por los estertores de la muerte.

Al cabo de un cuarto de hora, cuando comprendió que no había peligro de que Jacinto Muñiz se levantara a luchar de nuevo, Manuel Sicuri se sentó cerca de su cabeza y se puso a oír la cada vez más apagada respiración del moribundo. Puesto que iba a morir ya, Manuel Sicuri no volvería a golpearle, pero no se movería de allí mientras no estuviera seguro de que había expirado. La gran Puna se dilataba bajo la luna y el viento frío sacudía la ropa del caído. Pero Manuel Sicuri no se movía; no se movería sino cuando supiera a ciencia cierta que su justicia estaba hecha.

Casi a medianoche el ruido de respiración cesó del todo, el cuerpo se movió ligeramente y sus piernas temblaron. Manuel Sicuri puso su mano sobre la parte del rostro de Jacinto Muñiz que daba arriba y advirtió que ese rostro estaba frío como la escarcha. Entonces, a un mismo tiempo, Manuel comenzó a preparar su aculico de coca y ceniza y a pensar en María. En toda esa noche no había pensado en ella.

Manuel Sicuri esperó todavía cosa de un cuarto de hora más, al cabo del cual, convencido de que el cholo Jacinto Muñiz jamás volvería a la vida, se levantó, se puso su hacha

en el hombro y salió en busca de la corona. “Hay que devolvérsela a mamita”, pensó. Y con la luna ya casi a medio cielo, el indio emprendió el retorno.

Su mal estuvo en que no trotó a la vuelta, porque pensaba que llegaría a su casa a la salida del sol. Cuando fue a cruzar la puerta ya eran las siete y más, y allí estaba acucillado, tomando pito, el chasquis del día anterior. El chasquis había caminado de noche para aprovechar la luna y arribó a la casa de Manuel Sicuri antes que él. El chasquis vio el hacha ensangrentada y Manuel Sicuri sabía que a un indio aimará de cuarenta años se le podía engañar una vez, pero no dos. Tuvo que contarle todo, pues; y al terminar sacó del seno la corona.

—Hay que llevársela a mamita —dijo—. Quiero llevársela yo mismo, yo y María.

Pero no pudo llevársela, porque así como él no podía engañar al chasquis, el chasquis no podía engañar a su mallcu ni su mallcu a los carabineros ni estos al juez. El juez, a causa de que la ley lo ordenaba, dijo que Manuel Sicuri debía ir a la cárcel.

En la cárcel de La Paz, un día, Manuel contaba a sus compañeros cómo su padre había muerto un puma a hachazos. Él mismo hacía el papel de puma, y después el de su padre, y los indios reían a carcajadas. Viéndoles reír, Manuel Sicuri se puso de pronto serio. Ocurrió que en su cabeza estalló una pregunta, como de una tormenta estalla un rayo; una pregunta para la cual él no hallaba respuesta. Pues sucedía que su padre había muerto un puma a hachazos y nadie le había dicho nada y todo el mundo halló muy bien que lo hubiera hecho y no lo separaron a causa de ello de su yokalla, de él, Manuel Sicuri, que entonces estaba recién nacido. Con la misma hacha él había dado muerte a una fiera peor que aquel puma, y he aquí que el juez lo había hallado mal y lo había separado de su yokalla, tan pequeñito y tan desvalido.

—¿Por qué, tatica Dios, sucedían cosas así?

Pero Manuel Sicuri no hizo la pregunta en voz alta. Se había quedado súbitamente mudo: se encaminó a una ventana, se sentó allí, junto a las rejas, extrajo de su bolsillo coca y lejía y se puso a preparar el aculico.

Sobre los techos de La Paz comenzaba a caer en tal momento una lluvia fina.

RUMBO AL PUERTO DE ORIGEN

Habiendo hecho sus cálculos con toda corrección, Juan de la Paz llegó a la altura de Punta del Este a las seis de la tarde, minutos más, minutos menos. El mar había sido un plato y probablemente seguiría siéndolo toda la noche. Así se explica que a Juan de la Paz le resultara fácil ver, a la pálida y agobiante luz de la hora, el aleteo de la paloma sobre el agua. Con la acostumbrada rapidez de toda su vida el solitario navegante pensó que estaría herida y que sería un buen regalo para Emilia; y sin demorar un segundo maniobró para acercarse al ave, favorecido por una suave pero sostenida brisa que soplaba desde el Este. Gentilmente, la balandra viró y enderezó hacia la paloma.

Con efecto, la paloma debió haber recibido un golpe en el ala izquierda, pues sobre ese lado se debatía sin cesar moviendo con loco impulso la derecha y levantando la pequeña cabeza. El terror de aquel animal de tierra y aire abandonado a su suerte en el mar era de tal naturaleza que cuando advirtió la proximidad de la balandra pretendió saltar para alejarse. Pero Juan de la Paz no se preocupó. Había dispuesto llevarle ese regalo a Emilia y ya nada podía evitar que lo hiciera. En su imaginación veía a la niña echándole los brazos al cuello en prenda de gratitud, y tal vez dándole un beso. Así, visto que el ave lograba avanzar unos pasos hacia estribor, Juan de la Paz maniobró para girar en redondo y situarse de manera que

él quedara a babor. La maniobra salió limpia, pero su resultado no pudo ser peor. Pues ocurrió que impulsada por la sostenida brisa del Este la balandra se alejó unos palmos de la paloma precisamente en el momento en que Juan de la Paz abandonaba vela y timón para inclinarse sobre el agua en pos del ave; el movimiento de la balandra le llevó a sacar todo el cuerpo fuera del casco, en absoluto ajeno a la idea de que, aprovechada en toda su extensión por la brisa, la vela resultaría batida con inesperada fuerza. Eso pasó, y Juan de la Paz se vio súbitamente lanzado al agua.

A Juan de la Paz le habían sucedido muchos y graves contratiempos; y en la costa del Golfo y en Isla de Pinos todo el mundo sabía que había estado veinte años en presidio. Pero jamás pensó él que en un atardecer tan plácido, estando solo a bordo, le ocurriría caer al mar a causa de estar persiguiendo una paloma, animal que nada tenía de marino. Aunque estaba hecho a pensar con la rapidez del rayo quedó aturdido durante algunos segundos; eso sí, clavó mano en el ave, si bien lo hizo maquinalmente; y fue después de tenerla sujeta cuando volvió atrás los pequeños y pardos ojos. En esos instantes se demudó, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. Pues moviéndose a velocidad asombrosa, la balandra se alejaba al favor de la brisa, rumbo noroeste, franca, firme y gallarda como si la tripulara el diablo.

Un segundo después de haber visto tal cosa Juan de la Paz comprendió que no podría alcanzar su embarcación y que él y la paloma estaban solos en medio del mar, al iniciarse la noche, seis horas alejados de la tierra más cercana. El cambio de luces del atardecer daba al momento una ominosa solemnidad de cementerio. En relampagueante fracción de tiempo el hombre sintió la muerte triturándole el alma y un tumulto de ideas le asaltó de improviso. Podía tratar de nadar hacia Isla de Pinos, en pos de Punta del Este; pero entonces se alejaría

más de la balandra, y ésta era su único haber en el mundo. Podía dirigirse hacia la cayería, sin embargo eso significaba exponerse al ataque de los tiburones, acaso al de los caimanes, y, desde luego, llegar a las corrientes de los canales completamente agotado. Cuando pensó tomar una decisión se acordó de la paloma; entonces vio, con verdadera indiferencia, que la había apretado sin darse cuenta con dedos de hierro y que la pobre ave herida agonizaba entre temblores. Y esa fue su última sensación consciente, pues a partir de tal momento comenzó a luchar como un loco para sobreponerse al miedo y para salvar la vida.

El miedo, sobre todo, le abrumaba. Por ejemplo, temió que la ropa le estorbara; se la quitó y la fue abandonando tras sí; pero cuando se sintió desnudo le aterrorizó la idea de que en llegando a aguas bajas una barracuda lo dejara inútil como hombre. La luna, que estaba en el horizonte al caerse de la balandra, iluminaba ya la vasta extensión de agua, y pensó que gracias a su luz algún pescador solitario podía verlo y rescatarlo; sin embargo a la vez la luna lo llenaba de pavor porque se decía que la claridad favorecía la posibilidad de que los tiburones le vieran de lejos. Hecho al mar, Juan de la Paz nadaba con economía de esfuerzos; pero no era joven ya, ni cosa parecida, y temía agotarse antes de tocar tierra.

Poco a poco —y esto es lo cierto—, a medida que pasaba el tiempo y comprobaba que ninguno de sus temores se cumplían, fue acostumbrándose a su nueva situación; acaso influyera en ello el ejercicio, tal vez la oscura idea de que mientras el mar se mantuviera tranquilo podría nadar sin alterar el lento pero seguro ritmo que había logrado imponerse a sí mismo. Mas a eso de las once, mientras al favor de la posición de la luna mantenía el rumbo hacia Cayo Largo —a sus cálculos, la tierra más cercana—, le pareció ver una luz en el horizonte. De improviso su estado de ánimo cambió. Una especie de

oleada de locura, desatada dentro de su atormentada cabeza, le invadió por dentro y trastocó del todo sus ideas. Jadeante, ansioso, quiso levantarse sobre el agua. ¡Sí, allá, a la distancia, había una luz! Fuera de sí cambió el rumbo y empezó a nadar de prisa, cada vez más de prisa, cogido por un salvaje impulso de vida. En ese instante —cosa rara— sintió acumulados todos los miedos que había ido dejando según avanzaba, y otros muchos que no sabía distinguir. De golpe comenzó a gritar, a lanzar estentóreos “¡aquí, aquí, aquí!”, con una voz que chillaba a efectos del terror y que cada vez iba siendo menos audible. Esforzándose a más no poder trataba de dar saltos para dominar más distancia. Pero le era imposible sobreponerse al horizonte y ver casco alguno de barco. Por momentos aquella luz fulgía lejos, tal vez a varias millas; y Juan de la Paz quería reconocerla a cada nueva aparición, distinguir si era de goleta, de vapor o de algún bote pescador. A ratos se acordaba de la paloma, abandonada, muerta ya, sobre el mar; y pensaba que acaso había derivado a favor de la corriente, sin acabar de hundirse. Y era curioso que en esa lucha por salvar la vida, en medio de brincos imposibles, de gritos que se perdían en la tremenda soledad líquida, de mezcla delirante entre esperanza y pavor, surgiera de pronto, una vez y otra vez y otra más, la imagen de la paloma, flotando panza arriba bajo la luna, un ala rota y la otra extendida, las rojas patas encogidas y desordenadas las plumas de la cola. Pero he ahí que de súbito Juan de la Paz se dijo a sí mismo que estaba perdiendo el juicio, y cobró instantáneo reposo. No había tal barco; él estaba solo, del todo solo en la inmensidad del mar, y nadie más que él era responsable de su vida. Sentía el corazón golpeándole desusadamente y resolvió flotar un rato bocarriba, los brazos y las piernas abiertos, para descansar un poco y observar la luna; de esa manera se recuperaría y a la vez recuperaría el rumbo. En la terrible lucha por salvar la vida su

instinto animal era capaz de sobreponerse a todo. Así, un cuarto de hora después Juan de la Paz reanudaba su marcha, nadando lenta pero firmemente hacia Cayo Largo.

A medianoche alcanzó a ver rojizos y cárdenos reflejos ante sí; a la vez un pesado olor de petróleo se imponía al yodado del mar. Hasta poco antes le había sido fácil ver, con bastante frecuencia, siluetas de peces que saltaban alrededor suyo o a cierta distancia; ahora eso había dejado de ocurrir desde hacía acaso media hora, de donde podía inferirse que había una prolongada mancha de aceite crudo o de petróleo deslizándose en el mar; y de improviso Juan de la Paz recordó que, en ruta hacia Cienfuegos, un barco había encallado días antes en los bajos del Golfo. Si el petróleo era de tal barco lo mejor sería internarse en la extensión que él cubriera y ayudarse de la corriente que lo arrastraba, pues con seguridad esa corriente iba a dar a uno de los cayos que corren en hilera irregular desde la Punta de Zapata hasta la altura de Punta del Este. Juan de la Paz conocía uno por uno todos esos cayos, los canalizos que los separaban, el que tenía agua dulce y el que no, el que era sólo diente de perro pelado o tenía arena y yerba, el que tenía mangles y cacería, el más frecuentado por los pescadores de Batabanó y el más alejado de las rutas usadas a diario.

Como lo pensó lo hizo, lo cual tuvo buenos y malos resultados. Los buenos estuvieron patentes cuando a eso de las dos de la mañana vio a distancia de una milla, o cosa así, la negruzca mancha de una tierra atravesada en medio del mar, lo que le puso al borde de repetir la desenfrenada media hora que había padecido cuando creyó ver la luz de un barco; los malos habían de verse mucho más tarde, tan pronto el calor del sol pegara en el petróleo que se había incrustado en el nacimiento de cada uno de los pelos que le cubrían el cuerpo.

Serían las tres, a juicio de Juan de la Paz, cuando en un movimiento de natación sintió que su pie derecho tocaba algo blando. Poco a poco fue dejándose descender. Aquello podía ser lodo, podía ser vegetación marina, podía ser un pulpo o simplemente el revuelo del agua que deja a su paso un pez mayor. Pero no tardó en darse cuenta de que era lodo. ¡Lodo! ¡Había llegado, por fin! Temeroso de algo inesperado fue aplicando un pie, un solo. Sí, había llegado. Ahora bien, ¿adónde? Cuando pudo responderse a esta pregunta clareaba ya el sol. Había llegado, para su mal, a las marismas de Cayo Azul, y lo que tenía por delante era una marcha agotadora sobre suelo cenagoso y en medio del agua, él que no tenía fuerzas para otra cosa que para dejarse caer en una sombra y dormir, o para beber, hasta rendirse, agua fresca.

Sin embargo había que seguir; y Juan de la Paz siguió, maltratándose los pies con los tallos de los nacientes mangles, cayéndose a ratos y levantándose con mil trabajos, nadando en los cortos canalizos, adoloridos los ojos a causa del esfuerzo hecho para ver si ante su paso pululaban los temibles piojos del mar, que se guarecen en la uretra y desgracian al hombre; buscando en la media luz del amanecer el cornudo espinazo del cocodrilo, que a menudo se refugia en esas marismas. Cuando tocó tierra, por fin, a eso de las ocho, anduvo como un ciego algunos pasos y se dejó caer sobre un arenazo. Allí abusaron de él el sol y el petróleo. Despertó varias veces, pero sin recuperar el dominio de sí mismo; se movió cuanto pudo, porque comprendía que se quemaba. Mas no le fue posible sobreponerse al agotamiento. Al mediar la tarde, el cuello, la espalda, los muslos y los hombros estaban cargados de ampollas. En los labios hinchados y adoloridos, secos de sed, su propia respiración pegaba como fuego. Necesitaba agua dulce. Pensó que escarbando en la arena podía hallar alguna. Pero de pronto su atención se volvió hacia la

orilla de la marisma que había recorrido para llegar al arenazo, pues allá se veía un madero que flotaba. ¡No, no era uno; eran tres, cuatro, varios! Entonces se levantó y aguzó los pardos ojuelos. La providencia le mandaba esos maderos para que saliera de allí. Donde se hallaba no podía tener esperanzas de rescate; rodeado de marismas, y más allá de prolongados bajíos el arenazo en que había tocado quedaba fuera de las rutas de los pescadores, y desde luego mucho más lejos aún del paso habitual de los barcos. Sin pensarlo, actuando a impulsos de una fuerza ciega, Juan de la Paz echó a andar hacia afuera para recorrer otra vez bajo la noche que se acercaba el camino que había hecho entre el amanecer y el día. Cuando retornó al arenazo iba empujando los maderos y correteando de un lado a otro para no perder ninguno. Casi anocheecía ya; a la sed y al ardor de las ampollas se sumaban las picadas de los jevenes, que con la llegada de las primeras sombras se hacían presentes en oleadas. Al borde del desfallecimiento y hostigado por el miedo a los jevenes, Juan de la Paz se echó a dormir con la mayor parte del cuerpo en el agua y la cabeza en la arena de la orilla. Antes de entregarse al sueño estuvo buen rato madurando un plan.

Ese plan descansaba, sobre todo, en conservar los maderos—cuatro piezas aserradas que serían de seis por ocho pulgadas y de cinco pies de largo—; después, en hallar algo cortante, aunque se tratara de una concha de caracol de la que pudiera sacar esquirilas con alguna pesada piedra; por último, pensaba que metiéndose de nuevo en la marisma podría cortar ramas de mangle y sacar de ellas fibra con que amarrar los maderos en forma de balsa. La sed no le preocupaba tanto, porque el aire húmedo lo refrescaba. Desde la caída de la tarde habían empezado a formarse nubes hacia el Nordeste y el viento estuvo enfriando, con ligera tendencia a soplar desde el Norte. Ello quería decir que la lluvia no andaba lejos, y ya

bebería cuando cayera. Lo que le hacía sufrir eran las quemaduras y los jejenes, más numerosos y agresivos cada vez.

Juan de la Paz despertó, evidentemente con fiebre, bastante pasada la media noche; y al levantarse se asustó, él, que apenas tenía ya fuerzas para sentir miedo. Pues era el caso que se oía el mar, cosa increíble horas antes, cuando la inmensa mole de agua se veía tranquila de un confín al otro; y además de oírse el mar, según pudo él notar tan pronto se puso de pie y dejó su húmedo lecho, se oía el viento, que soplaba frío y grueso. Debatiéndose en medio de grises y ventrudas nubes, la luna parecía moverse con gran trabajo allá arriba. Pequeño, rojo y negro de ampollas y de petróleo, el reseco pelo pegado a la frente, agotado por el sol, pero también consumido por el sufrimiento, desnudo en medio de la noche y del mar, Juan de la Paz comprendió de pronto cuán inútil había sido todo su esfuerzo y qué duro castigo le había reservado Dios para el final de sus días, a pesar de que había sufrido ya la condena de los hombres. Del fondo de su ser empezó a crecer un amargo sentimiento de lástima consigo mismo, y a medida que tal estado de ánimo se definía metiéndose como una despaciosa invasión de agua por todos los antros de su cuerpo, en alguna oscura parte de su conciencia iban tomando cuerpo la figura de la paloma, derivando corriente abajo, muerta pero no sumergida, y el rostro de Emilia, tan pálido y sin embargo tan sonreído. De súbito Juan de la Paz se derrumbó; cayó de rodillas en la arena, elevó los ojos y las manos al cielo y pidió perdón.

—¡Perdóname, Virgen de la Caridad, tú que todo lo puedes! —exclamó.

Y a seguidas se echó a llorar, con amargo llanto de infante desvalido, mientras iba doblándose sobre sí mismo hasta quedar con los codos clavados en la arena, como un musulmán en oración. Desnudo, solo bajo la oscurecida luna, rodeado por

un mar cuyas olas poco a poco se levantaban más y más, Juan de la Paz era la imagen dolorosa y ridícula, a la vez, del desamparo. Temblando de fiebre y de frío, aguijoneado por los insectos, adolorida la llagada piel, el náufrago sólo acertaba a ver en su imaginación a la paloma y a la niña; y de súbito, llenándose de espanto, comprendió que de las redondas líneas que formaban la carita de Emilia surgía la de Rosalía, mustia y espantada.

Nadie puede describir lo que pasó entonces por el alma de Juan de la Paz. Algo estalló en ella en tal momento, algo horrible y bárbaro, que le hizo ponerse de pie y comenzar a correr, con los brazos en alto y las manos crispadas allá arriba, mientras gritaba con un alarido espantoso, que más que el de un ser humano parecía el de una poderosa bestia alanceada cerca del corazón. Loco, totalmente fuera de sí, se lanzó otra vez hacia la marisma; pero cuando hubo dado unos veinte pasos dio vuelta, con tanta velocidad como si hubiera seguido en línea recta; se lanzó sobre los maderos y cogió dos, uno en cada mano. Era increíble que pudiera cargarlos, pues además del tamaño el agua de que estaban saturados los hacía pesados. Pegando saltos, chapoteando, volviendo a ratos la cabeza con una impresionante mirada de terror, Juan de la Paz se perdió en dirección al mar abierto, donde el viento norte hacía subir las olas a respetable altura. Cogido a los maderos se tiró sobre el agua. Y agarrado como un loco, con manos y pies, fue dejándose llevar por las dos piezas, sin saber adonde iba, interesado ahora oscuramente más en huir que en salvarse.

Juan de la Paz fue recogido por un vivero de Batabanó que acertó a dar con él, en medio del mal tiempo, a la altura de Cayo Ávalos, según el patrón “por la divina Gracia de Dios”, entre cuatro y media y cinco de la tarde. El náufrago fue tendido en la cámara de la tripulación, que estaba bajo cubierta, a popa. Aunque mantenía los ojos abiertos se hallaba

inconsciente y por tanto no podía hablar. A las nueve de la noche se le oyó murmurar algo así como “agua”, y se la sirvieron a cucharadas. A las once se le dio un poco de ron y a medía noche se le sirvió sopa caliente de pescado. Rodeado de marineros, todos los cuales le conocían bien, Juan de la Paz tomó su sopa con gran esfuerzo, pues tenía los labios destrozados; después suspiró y se quedó mirando hacia el patrón.

—Esto es cosa rara, Juan —dijo el patrón—, porque ayer vimos tu balandra navegando con viento de amura.

—Iba sola —explicó Juan de la Paz, con voz apenas perceptible. Y después, mientras los circunstantes se miraban entre sí, asombrados, agregó:

—Me caí.

Era imposible pedirle que contara detalles. Se le veía estragado, destruido; sólo los rápidos y desconfiados ojuelos parecían vivir en él, y eso, a ratos. Estaba tendido en el camastro, moviéndose entre quejidos para rehuir el contacto del duro colchón con la quemada piel. Además, por dentro estaba confundido. Hacía esfuerzos por recordar a Emilia, y no podía; ni siquiera su nombre surgía a la memoria, si bien sabía que tenía una hijita y que trataba de pensar en ella. En cambio ahí estaban, como si se hallaran presentes, la paloma y Rosalía. La paloma y Rosalía habían muerto. Ninguna de las dos vivía. Y sin embargo no se iban, aunque nada tenía que ver con lo que estaba pasando. Nada le recordaban, nada le decían. Entonces oyó la voz del patrón:

¿Y cómo te caíste, Juan de la Paz?

Si le oían o no, eso no importaba. El caso es que él contestó:

—Por coger una paloma.

Los que le rodeaban oyeron y les pareció extraño que un pescador se cayera de su barco por coger una paloma. Pero quién sabe. Tal vez eso ocurrió en un canalizo; acaso la paloma volaba de cayo a cayo y tropezó con el barco. De todas

maneras quizá valía la pena aclarar las cosas, porque cierta vez, muchos años atrás, Juan de la Paz había cometido un crimen espantoso; y aunque lo pagó con veinte años en Isla de Pinos, a nadie le constaba que no fuera capaz de cometer otro. Así, el patrón insistió:

—¿Por coger una paloma? ¿Y pa' qué querías tú esa paloma, Juan de la Paz?

Juan de la Paz parecía dormitar, acaso a resultas del bien que le produjo la sopa de pescado. Sin embargo se le oyó contestar, con despaciosa y clara voz:

—Pa' llevársela de regalo a Rosalía.

Un silencio total siguió a estas palabras. El patrón miró a los circunstantes, uno por uno, con impresionante lentitud; después se puso de pie y tomó la escalerilla para salir a cubierta. Sin hablar, los demás le siguieron. Afuera soplaba el norte, cada vez con más vigor.

—¿Oí mal o dijo Rosalía, Gallego? —preguntó el patrón a uno de sus hombres.

—Sí, dijo Rosalía, y bien claro —aseguró el interpelado.

—Eso quiere decir que Juan de la Paz está volviendo al puerto de origen —explicó el patrón.

Y nadie más habló. Pues todos ellos conocían bien la historia de Juan de la Paz. Todos ellos sabían que había cumplido veinte años, de una condena de treinta, por haber asesinado, para violarla, a una niña de nueve años llamada Rosalía. Más exactamente, Rosalía de la Paz.

VICTORIANO SEGURA

Todo lo malo que se había pensado de Victoriano Segura estaba sin duda justificado, pues a las pocas semanas de hallarse viviendo allí se presentaron en su puerta dos policías y se lo llevaron por delante. Aquella vez era bastante avanzada la tarde. Pero en otra ocasión los agentes del orden público llegaron muy de mañana y al parecer con mala sangre, porque cuando —al tomar la esquina— Victoriano Segura se detuvo como para hablar, uno de ellos le empujó, lo amenazó con su palo y le gritó algunas malas palabras. En la primera ocasión su mujer salió a la puerta y estuvo mirando a su marido y a los policías hasta que doblaron; la segunda ni eso pudieron ver los vecinos, pues él le dijo a voces que no le diera gusto a la gente, que se quedara adentro y no le abriera la puerta a nadie.

Victoriano era alto, probablemente de más de seis pies, muy flaco, muy callado, de ojos saltones y manchados de sangre; tenía la piel cobriza, el pelo áspero y la nariz muy fina; y tenía sobre todo un aire extraño, una expresión que no podía definirse. El contraste entre su silencio y su voz producía malísima impresión; pues sólo hablaba de tarde en tarde para llamar a la mujer y pedirle café, y entonces su voz grave y dura se expandía por gran parte de aquella pequeña calle dejando la convicción de que Victoriano era un hombre autoritario y violento. Esa sensación se agravaba debido a que

Victoriano Segura jamás se dirigía a nadie en la calle; no sonreía ni contestaba saludos. Además, su propia llegada al lugar tuvo algo de misteriosa.

El lugar era una calle todavía en esbozo, en la que tal vez no habría más de veinte casas, y de esas sólo tres podían considerarse de algún valor. Por de pronto, nada más esas tres tenían aceras; las restantes daban directamente a la hierba o al polvo, si no llovía —porque cuando llovía la calle se volvía un lodazal—. Ahora bien, según afirmaba con su graciosa tartamudez el anciano Tancredo Rojas, la gente que vivía allí era “de ... cente, de ... cente”. Con lo cual aludía a los viajes de Victoriano Segura seguido de esas escoltas policiales.

La casa que alquiló Victoriano tenía hacia el Este un solar cubierto de matorrales y arbustos, donde el vecindario tiraba latas viejas, papeles y hasta basura; hacia el Oeste vivían dos hermanas viejecitas, una de ellas sorda como una tapia y la otra casi ciega. Cuando se corrió la voz de que las dos veces Victoriano había sido llevado a la policía por robo, la gente comenzó a temer que de momento asaltaría a las viejas, de quienes se decía que guardaban algún dinero. En poco tiempo el miedo a ese asalto y la posibilidad de que se produjera —tal vez con asesinato y otros agravantes— dominó en todos los hogares, y en consecuencia, de la alta y seca figura de Victoriano comenzó a emerger un prestigio siniestro, que ponía pavor en el corazón de las mujeres y bastante preocupación en la mente de los hombres. Una noche, a eso de las nueve, se oyeron desgarradores gritos femeninos que salían de la casa de las dos ancianas. Armado de machete, el hijo de don Tancredo corrió para volver a poco diciendo que allí nada ocurría. Interrogada por él, la vieja medio ciega dijo que había oído gritos, pero hacia la casa de Victoriano Segura. La gente comentó durante varios días el valor del hijo de don

Tancredo y acabó asegurando que los gritos eran de la mujer de Victoriano, a quien ese malvado maltrataba.

Eso, en una calleja tan pequeña, donde todos se conocían y todos se llevaban bien y se trataban con cariño, aumentó la sensación de malestar que producía el hombre. Él era carretero; guardaba la carreta en el patio y soltaba el mulo en el solar vecino, donde otro mulo descansaba día por medio; salía muy temprano a trabajar y a eso de media tarde se sentaba a la puerta de la calle, con la silla arrimada en el seto de tablas. Alguna que otra tarde se oía su voz; era cuando llamaba a su mujer para pedirle café. Sólo en esas ocasiones, y cuando iba a comprar algo, se veía a la mujer, que era una criatura callada, más oscura que el marido pero muy bonita, de pocas carnes, más bien baja, de cabellos crespos, bellos ojos negros y boca muy bien dibujada.

—Pobrecita —comentaban las mujeres cuando la veían—, tener que vivir con un hombre así...

La casa en que vivían había estado vacía muchos meses; y nadie vio a Victoriano Segura llegar a verla, a nadie preguntó quién era el dueño ni cuánto cobraban por alquilarla. De buenas a primeras amaneció un día allí. Sin duda se había mudado a medianoche, usando su propia carreta. Ese solo hecho dio lugar a muchas conjeturas; agréguese a él el comportamiento del hombre, sus dos detenciones acusado de robo, según se decía en la calleja, y los gritos nocturnos bajo su techo. Todo lo malo imaginable podía pensarse de Victoriano Segura.

Por eso resultó tan sorprendente la conducta del extraño sujeto cuando la desgracia se hizo presente por vez primera en aquel naciente pedazo de calle. La noche de San Silvestre, después que las sirenas de los aserraderos, las campanas de las dos iglesias y millares de cohetes dieron la señal de que había comenzado un año nuevo, se oyeron gritos de

socorro. Inmediatamente la gente pensó: “Es José Abud”. Y era José Abud. Su acento libanés no podía confundirse.

El viejo Abud no era tan viejo; seguro que no tenía sesenta años. Su casa era la mejor del vecindario, y hablando con toda propiedad, la única de dos plantas. Abajo estaba el comercio y arriba vivía la familia; abajo era de ladrillo, arriba de madera. José Abud se había casado pocos años antes con la hija de un compatriota: tenía tres niños preciosos y, además, a su madre. La vieja Adelina Abud, que había emigrado de su lejana tierra ya de años, apenas hablaba con claridad. Anciana ya, quedó paralítica, según decían en el barrio, debido a castigo de Dios porque no era católica.

En medio de la noche se oyeron golpes de puertas que se abrían y voces que resonaban preguntando qué pasaba. De primera intención todo el mundo creyó que había muerto la madre de José Abud. Pero con incontenible estupor la gente que se asomaba a las puertas y a las ventanas vio penetrar en sus casas una extraña claridad rojiza. Entonces de todas las bocas surgió el grito:

—¡Fuego! ¡Es fuego en la casa de José Abud!

Atropelladamente vestidos a medias, hombres, mujeres y muchachos comenzaron a corretear por la calleja. Súbitas y violentas llamaradas salían, con pasmosa y siniestra agilidad, por debajo del balcón de la gran casa; se oían el chasquido del fuego y el trepidar de las puertas. Agudos lamentos de mujeres y voces de hombres íbanle dando al terrible espectáculo el tono de pavor que merecía. Allá arriba, corriendo por el balcón de un extremo al otro, como enloquecidos, se veían a José, con dos hijos bajo los brazos, y a la mujer con otro en alto.

—¡Qué bajen por la escalera antes de que se quemé; que bajen por la escalera! ¡Baja, José; bajen! —gritaban desde la calle.

Pero se notaba que el aturdido libanés y su mujer no entendían. A lo mejor ignoraban que el comercio era pasto del fuego y por eso creían que la escalera se conservaba todavía en buen estado. Después se supo que efectivamente era eso lo que pensaban José Abud y su mujer. No podía ser de otra manera, pues cuando la familia se dio cuenta del siniestro fue cuando vieron las llamas reventando, como gigantesca flor viva, por la pared de atrás de la casa, y ya había trepado y consumido en un momento parte de los altos, hacia el fondo; así que ellos ignoraban que el comercio ardía.

—¡Hay que abrir esa puerta pronto! —gritó alguien, refiriéndose a la puerta de la escalera.

En un instante apareció un hombre, con un pico y otro con una barreta; golpearon la puerta e hicieron saltar los cierres. Cálido, picante, con agrio olor, el humo salió por allí. Pero la gente no perdió tiempo, y se vio a varios hombres meterse a toda prisa escaleras arriba. Cuando retornaron llevaban a los niños en brazos y empujaban a José y a su mujer, que estaban aterrorizados. A seguidas se vio el impetuoso río de fuego abrir brecha en el lienzo de madera que dividía la escalera del comercio; se oyó el crepitar de las tablas, y tras el crepitar entraron las múltiples llamas ensanchándose y despidiendo chispas.

Victoriano Segura se había levantado. Debió vestirse muy de prisa, porque tenía la camisa abierta. Esa noche —¡por fin!— no se mantuvo apartado, si bien tampoco se mezcló con la gente. Se paró en la acera de la casa de don Julio Sánchez, que pegaba con la de José Abud y era también de ladrillos, aunque de una sola planta. Allí, los brazos cruzados sobre el pecho, atento al siniestro, callado, podía vérselo enrojeciendo y brillando, como un alto y flaco e inmóvil muñeco de cobre que resultara a ratos iluminado por el aleteo de las llamas. Al parecer no atendía más que al súbito e incesante

crecer y decrecer de las llamaradas, cuando oyó a José Abud exclamar, con voz que parecía llegada de otro mundo:

—¡Mamá, mamá está arriba! ¡Mamá se quema!

Entonces, braceando como si nadara, Victoriano Segura avanzó. La gente sintió su presencia. Aquella extraña mirada se convirtió de pronto en la de una fiera; un brillo imponente le alumbró los ojos, y su voz de piedra, esa voz que aterrorizaba al vecindario, baja, fuerte, dura, se impuso al tumulto, a los gritos y a las quejas.

—¿Dónde está la vieja? ¡Dígame dónde está la vieja! —demandó más que preguntó.

La gente se quedó muda. “Éste quiere entrar para robar”, pensaron muchos. Pero la mujer de José Abud, que era joven y estaba desesperada por la tragedia, no pensó así y gritó que estaba en su habitación.

—¡La última de allá, de allá! —explicaba entre llanto a la vez que indicaba con la mano que el sitio estaba hacia el fondo y hacia el oriente, esto es, donde más fuerte debía ser el fuego en tal momento. Victoriano Segura la miró a fondo durante diez o doce segundos. Las llamas iluminaban su rostro cobrizo y su pelo áspero; y era fácil advertir que los músculos de la cara estaban contrayéndose.

—¡No, no; usted no! —gritó José Abud al tiempo que trataba de agarrarlo para que no fuera, tal vez porque alguien acertó a decirle que ese hombre pretendía aprovechar el desconcierto para ir a robar.

Mas ya era tarde para que Victoriano Segura pudiera oírlo. Se metió de un salto por la puerta de la escalera; se le vio saltar todavía más, como un enorme gato flaco y ágil, que podía moverse sin hacer ruido y sin mostrar esfuerzo.

—¡Se va a matar ese hombre! —gritó de pronto una mujer.

—¡Sí, se va a matar, se va a asfixiar! ¡Salga de ahí, Victoriano! —gritaron varias voces a un tiempo.

A esa hora la multitud era ya grande. Gentes de las calles cercanas y hasta del centro del pueblo habían llegado de todas direcciones atraídas por el resplandor y por el escándalo. Llegaron policías que comenzaron a dar órdenes y a apartar a la multitud. Las señoras del vecindario corrían de nuevo hacia sus casas, recordando que habían dejado la puertas abiertas y que las circunstancias eran propicias para que se metieran por ellas los rateros. Por fin, en grupos dispersos comenzaron a llegar los bomberos, a pesar de que no podrían hacer nada allí debido a que no había de dónde sacar agua. Los policías, los bomberos y todos los recién llegados hacían la misma pregunta.

—¿Cómo empezó?

Y todos oían las atropelladas noticias de que allá arriba habla una vieja paralítica y un hombre que se había metido a salvarla. Por eso los que llegaban se ponían a mirar hacia “allá arriba” con tanta angustia como los vecinos de la calleja.

Las conversaciones eran como un mar; un mar en el que de pronto se levanta una ola y a poco vuelve a caer. Sobre el constante abejoneo se alzaba de improviso un clamor, un comentario quejumbroso o una observación que salía del corazón mismo de la multitud.

Cinco minutos no son nada; y nadie puede en cinco minutos, por muy de prisa que lo haga todo, subir a una casa, sacar de su lecho a una anciana paralítica y conducirla a la calle, aunque la casa no esté ardiendo. Ahora bien, el fuego es un elemento muy veloz; es inclemente, salvaje, y su entraña maligna está fuera del tiempo. De manera que una carrera entre el hombre y el fuego es muy desigual para el hombre; y así, cinco minutos, que no son nada para salvar una vida, resulta un largo tiempo para perderla. Tal vez nadie pensó eso aquella noche de San Silvestre, mientras la casa de José Abud ardía; pero es indudable que todos lo sintieron. Para el expectante vecindario, una vez transcurridos cinco minutos podían darse

por muertos a Victoriano Segura y a la vieja Adelina Abud. Es probable, sin embargo, que todavía hubiera alguien pensando que Victoriano no estaba tratando de sacar a la enferma, sino buscando el sitio donde José Abud guardaba su dinero; y para las personas que tenían esa sospecha, de momento aparecería Victoriano en el balcón y daría un salto o haría algo diabólico; desaparecería a los ojos de todos con la fortuna de Abud.

Por el extremo este, el balcón comenzó a arder. Una llamada surgió, con inteligente y demoníaca maldad, sobre el seto del alto, hacia el lado de allá; envolvió y pareció acariciar la balaustrada; la lamió y en un instante la hizo arder.

Si el balcón cogía fuego, ¿qué iba a ser de Victoriano y de la vieja? Las voces comenzaron a hacerse más altas, los ayes de las mujeres, más frecuentes. Había llegado ya el momento en que la gente lanzaba maldiciones por la lentitud del hombre en salir, lo cual indicaba que su probable muerte —la horrible muerte por el fuego— comenzaba a ganarle simpatías. Aunque no había dudas de que todos pensaban en la vieja parálitica, podía advertirse que sobre ese pensamiento iba superponiéndose, con rasgos cada vez más fuertes, la imagen de Victoriano Segura. Aquel hombre parecía llamado a promover en torno suyo una atmósfera dramática. Instintivamente la gente volvía la cabeza hacia la casa de Victoriano, en cuya puerta, tal vez muy angustiada pero de todas maneras muy dueña de sí misma, sin gritar y sin moverse, se veía a su mujer pequeña, bonita, de grandes ojos negros y de cutis oscuro que el fuego enrojecía. Los vecinos de la calle sentían deseos de acercarse a ella y hablarle sobre su marido.

De súbito se la vio abrir la boca.

—¡Victoriano! —dijo, y corrió hacia el fuego.

El hombre había salido al balcón. Lo hizo durante un instante; asomó hacia la multitud su rostro duro, y entró de nuevo a toda prisa. Ese movimiento acentuó las sospechas de

los que las tenían. El hombre había hallado el dinero y andaba buscando por dónde escapar. A seguidas volvió a salir, armado de un palo que seguramente había sido la pata de una mesa; y brutalmente, con una seguridad y una fiereza impresionantes, comenzó a golpear la balaustrada del balcón por el extremo que daba al techo de la casa de don Julio Sánchez. Entre el piso del balcón y ese techo podía haber una diferencia de vara y media, que se convertían en dos varas desde el pasamanos; además, podía haber una vara de espacio vacío de una casa a la otra. La multitud comprendió de inmediato que el plan de Victoriano consistía en romper la balaustrada para sacar por ahí a la vieja.

—¡Que suban algunos al techo de don Julio! —comenzó a pedir la gente, una voz por aquí, dos por allá, otra más lejos.

Fue admirable la prontitud con que apareció una escalera. Tal vez era de los bomberos. Pero nadie ponía atención en los bomberos ni en los policías. Es el caso que apareció una escalera, y tres o cuatro hombres la agarraron al tiempo que otros trepaban hacia el techo. Mientras tanto, allá, arriba, indiferente al fuego del balcón, que avanzaba hacia sus espaldas, Victoriano Segura iba destrozando la balaustrada. Logró romper el pasamanos y se prendió de él con terrible fuerza; lo haló, lo removió. Cuando lo hizo saltar se detuvo un poco para quitarse la camisa. Al favor de las llamas se vio entonces que a pesar de su delgadez era musculoso y fuerte como un animal joven.

Seis o siete hombres que se movían tropezando y estorbándose lograron ganar el techo de la casa de don Julio; alguien les gritó que subieran la escalera para ayudar a Victoriano. A ese tiempo éste había hecho saltar todos los balaustres y había entrado de nuevo en la casa. El humo iba saliendo por las puertas, en violentas bocanadas grises, negras que avanzaban como impetuosos remolinos. Parecía imposible librarse de su

efecto. La anciana no podría salvarse, cosa que todos aseguraban en voz baja. También estaban seguros, a tal altura, de que Victoriano iba en busca de la vieja.

Ya había sido eliminada totalmente la última sospecha. En medio de la angustia los sentimientos iban desplazándose. Mucha gente pensó que la anciana no podría salvarse, pero que el hombre sí, si no seguía arriesgándose. No se daban cuenta de que Victoriano había pasado a ser el objeto de la preocupación general. Inconscientemente, la multitud empezó a moverse hacia el sitio donde se hallaba su mujer. Después de haber gritado el nombre de su marido, ella se había quedado inmóvil, con la boca cubierta por una mano y los ojos fijos en el balcón.

A poco un enorme clamoreo subió de todas las bocas y hubo muchos que aplaudieron, aunque de manera dispersa, como con miedo. Victoriano Segura había aparecido en el balcón con la anciana en los brazos. Pero parecía muy tarde, porque, favorecidas por una ligera brisa, las llamas avanzaban y cubrían todo el sitio. El espacio que el hombre tenía que recorrer sería de tres varas solamente; más en esas tres varas dominaba ya el fuego; y además, no era cosa de salir corriendo y dejar caer a Adelina. Colocarse de espaldas al fuego, con la anciana en brazos, para bajar la escalera, o aun entregársela a alguien de los que estaban sobre el techo de la casa de don Julio, requería mucho esfuerzo y un gasto de tiempo que ya no podía hacerse. Por cierto una parte cayó, precisamente cuando Victoriano se acercaba al extremo que él mismo había roto poco antes. La gente bramó cuando vio ese pedazo de balcón, consumido por el fuego, caer entre chispas y estruendo.

Pero Victoriano no volvió la cabeza. Había llegado al borde del balcón y durante un segundo se le vio dudar. Tal vez pensaba lanzarse con la anciana en brazos, lo cual hubiera

sido una locura. Gesticulando y gritando, los seis o siete hombres que estaban en el techo de don Julio le invitaban a algo. Tranquilamente, dándoles la espalda, Victoriano se sentó; después empezó a dar una vuelta, de manera que quedó sentado con, las piernas al aire y la vieja Adelina en ellas; luego tomó a la vieja por las axilas y comenzó a bajarla. La enferma se movía igual que un péndulo, inerte, más como una gran muñeca de madera que como un ser vivo. Los de abajo tendían las manos y daban gritos.

Por momento salían huyendo, porque las llamas avanzaban sobre ellos. Era impresionante ver que esas llamas casi envolvían a la paralítica y sin embargo no la conmovían.

—¡Déjala caer, déjala caer! —gritaban los hombres agrupados bajo los pies de la anciana.

Como todo el mundo, ellos no pensaban tanto en Adelina como en Victoriano, a quien una corta dilación convertiría en víctima. Se concebía ya hasta que la vieja muriera, pero nadie podía aceptar a esa altura la idea de que muriera Victoriano.

Ahora bien, era evidente que a aquel hombre no le importaban gran cosa los demás. Las opiniones pueden cambiar en un minuto, y con ellas los sentimientos a que han dado origen; mas la naturaleza humana no varía tan de prisa. Ese Victoriano Segura que estaba jugándose la vida en el balcón era el mismo que dejaba sin contestar los saludos de sus vecinos. Estaba tan aislado allá arriba como se mantenía en su casa. Por un momento su mujer perdió la serenidad; corrió hacia el fuego y gritó:

—¡Victoriano, suéltala y tírate!

Y en medio del tumulto, del continuo estallido de las maderas que ardían, de aquel mar de voces, el marido oyó a su mujer. La oyó porque se le vio buscarla con los ojos. Ella dijo entonces:

—¡Acuérdate, Victoriano; acuérdate!

¿Que se acordara de qué? ¿Qué significaban esas palabras? ¿Había alguna razón por la cual él no debía dejarse matar o inutilizar por el fuego? La gente se miró entre sí. El misterio seguía rodeando a ese hombre flaco y alto, a ese ser impenetrable, duro y callado. Debía ser muy importante lo que decía la mujer, porque Victoriano se volvió a los hombres que se agrupaban bajo él, en el techo vecino, y dejó oír, por segunda vez en esa doliente noche, su voz metálica e impresionante.

—¡Allá va! —dijo estentóreamente.

Y soltó a la anciana, a quien los otros recibieron en tumulto. Un segundo después, con la agilidad de un enorme gato, Victoriano se tiró. A seguidas crujió el resto del balcón, y levantando sordo estrépito cayó a la calle envuelto en chorros de fulgurantes chispas. La gente se distrajo viendo esa caída y esas chispas, razón por la cual muy pocos se dieron cuenta de que Victoriano Segura había corrido por el techo de la casa de don Julio y había saltado después a la calle. Ya allí, imponiéndose con su dura mirada y su gran tamaño, pidió paso y se lo dieron. Cuando algunos quisieron buscarlo para hablar con él, era tarde. Confusamente, se había oído el golpe de su puerta.

Durante todo el día de Año Nuevo estuvieron humeando los escombros de la que había sido la mejor construcción en la pequeña calle. Hombres y muchachos, y hasta alguna mujer, hacían grupos frente al lugar del siniestro y cambiaban impresiones. De rato en rato un muchacho señalaba hacia la casa de Victoriano Segura y decía:

—Mire, él vive ahí.

Pero nadie vio a Victoriano ese día. Y como tampoco se le vio salir al siguiente, unos cuantos vecinos, encabezados por José Abud, fueron a visitarlo. A las llamadas en la puerta salió la mujer, pero no abrió del todo, sino sólo un poco.

—¿Qué desean? —preguntó.

Con su graciosa tartamudez, don Tancredo Rojas comenzó a tratar de decir que todos ellos querían saludar al “hé ... roe, hé...roe, hé ... roe de, de, de...”.

Pero la mujer no deseaba oír más. Se había puesto nerviosa y se agarraba a la hoja de la puerta como si temiera que algún espíritu maligno pudiera abrirla del todo.

—Ay, señores... Miren, él no está aquí —dijo—. Mejor váyanse. Él no quiere que venga gente a la casa. Perdónenme, señores... Pero váyanse.

El grupo cambió miradas.

—Pero ... pero ... pero... —comenzó a decir don Tancredo, mientras hacía moverse de un lado a otro la empuñadura de su bastón, cuya puntera había clavado en tierra.

—No, señor... Mire...

Evidentemente la mujer no sabía qué hacer. Entonces intervino don Julio, cuya voz era muy aguda.

—Muy bien, señora, muy bien —dijo—. Pero le dice que vinimos a verlo. Queríamos saber si estaba bien y si necesitaba algo. Adiós, señora.

El pobre José Abud, abrumado por la desgracia, no abría la boca. Caminaba junto a sus compañeros de comisión como quien marcha tras el entierro de un ser querido.

Los días fueron transcurriendo sin que volviera a verse a Victoriano Segura sentado a la puerta de su casa. La gente muy madrugadora alcanzaba a oír el ruido de su carreta. Volvía a media tarde, pero no salía más. Esa conducta, desde luego, llenaba de confusión a todo el mundo, si bien ya no causaba mala impresión. A juicio del vecindario, Victoriano era un hombre extraño, en cuya vida había algún misterio. Muy pocos mencionaban sus prisiones; la mayoría recordaba los gritos de mujer aquella noche; en cuanto al repetido “¡acuérdate!” que le lanzó la suya la noche del fuego, se pensaba que

tenía relación con ese misterio que le rodeaba; por lo demás, debía ser muy celoso, a juzgar por la recepción que se les hizo a los señores que estuvieron en su casa después del incendio. Pero el miedo de que pudiera asaltar a las ancianas del lado se había disipado del todo. Sólo persistía esa atmósfera de misterio en torno suyo. Algún día se sabría la verdad.

Todavía hoy, al cabo de los años, aquellos a quienes tanto intrigaba su conducta ignoran esa verdad; sólo ahora la sabrán, si es que alguno de ellos lee esta historia.

Pues Victoriano Segura se esfumó tan extrañamente como había llegado, si bien de manera mucho más dramática. Ocurrió que una tarde llegó a la calleja con su carreta cargada de tablas. Muchos de los vecinos le vieron meter esas tablas en la casa, y como en los días siguientes se le oyó martillar, se pensó que estaba haciendo arreglos en la vivienda; tal vez hacía una mesa para comer o remendaba una ventana rota

Por entonces el mes de febrero iba muy avanzado, lo cual quiere decir que había brisas cuaresmales y el cielo estaba brillante. El aire iba y venía cargado con los presagios del carnaval y la Semana Santa. Una adorable paz ganaba el corazón de la gente; y en aquella pequeña calle que estaba surgiendo a la orilla misma de los campos, el frecuente canto de los pájaros y el murmullo de los árboles hacían más sensibles esos rasgos de profunda esencia musical con que se embellecen los días sin importancia.

En medio de tal ambiente, dulce y limpio, ocurrió la partida de Victoriano Segura. Fue a eso de las nueve de la mañana. Algunas mujeres parloteaban desde sus puertas con las vecinas; algunos muchachos jugaban dando carreras o empinaban papalotes; algunas gallinas picoteaban las manchas de yerba que se veían aquí y allá. Inesperadamente se abrió el portón que daba al patio donde Victoriano guardaba la carreta y se oyó su dura voz arreando al mulo. Hábilmente

conducida, la carreta quedó parada junto a la puerta de la casa. Cachazudamente, Victoriano puso dos piedras junto a una de las ruedas, una para impedir que se moviera hacia adelante, la otra para impedir que se moviera hacia atrás. Después de eso entró en la casa.

¿Quién podía prever lo que sucedió inmediatamente? Algunos minutos más tarde la puerta se abrió de par en par y Victoriano Segura salió de espaldas, cargando con un extremo de ataúd; al otro extremo apareció luego la mujer. Usando toda su fuerza, que debía ser mucha, el hombre colocó la punta del féretro en el borde de la carreta; después tomó la que cargaba la mujer y comenzó a empujar. Se le veía endurecido por la tensión. No era fácil hacer rodar el ataúd. Victoriano lo removía de un lado a otro, y la lúgubre carga iba entrando lentamente en la carreta. Secándose los ojos con la mano, la mujer no cesaba de llorar. Ni siquiera movía la cabeza. Bajo aquel sol límpido era una estampa dura la de esa mujer llorando en silencio mientras su marido luchaba con el impresionante cargamento.

El hombre logró al fin llevar el ataúd a donde quería; se le vio entrar en la casa con su mujer, salir a poco, tocado de sombrero negro, y cerrar la puerta. Ella llevaba en la mano una vela encendida y al parecer había comenzado a rezar. Sin subirse en la carreta, dominando el mulo desde afuera, Victoriano Segura dio tres “¡arres!” en voz alta. Tambaleante y despaciosa, la carreta se perdió en la esquina, sin duda camino del cementerio. Tras ella, la cabeza baja, con la mano de la vela mecánicamente alzada, se perdió la mujer. Nunca más volvió la gente de la pequeña calle a verlos. Se presumió que él había vuelto de noche para llevarse los enseres y el otro mulo.

Pero yo vi a Victoriano Segura muchos años más tarde. Le conocí inmediatamente, no sólo porque había cambiado poco —si bien algo de su rostro denunciaba el paso del tiempo—,

sino porque su estancia en la calleja me había causado mucha impresión y por tanto no lo olvidé. Cuando ocurrieron los sucesos en que él fue protagonista yo era un muchacho; uno de los que oían hablar de él y de la misteriosa atmósfera que lo rodeaba, uno de los que despertaron sobresaltados la noche del siniestro en la casa de José Abud. Yo estaba junto a mi madre, viéndole luchar con el ataúd la mañana en que él se fue. Volvimos a encontrarnos en la cárcel, adonde me habían llevado mis ideas políticas. Estaba en una gran celda, junto con otros presos; labraba un pedazo de madera con una pequeña cuchilla y parecía aislado en medio de sus compañeros. Cuando se puso de pie para ir a su camastro los demás le abrieron paso en silencio.

—Usted es Victoriano Segura —le dije atravesándome en su camino.

—Sí, ¿por qué? —contestó.

Era su misma voz dura de otros tiempos, era su misma mirada metálica, impresionante y reservada. Tenía canas y algunas arrugas, y nada más.

—Yo lo conocí a usted —dije—. Vivíamos casi enfrente. Fue cuando se quemó la casa de José Abud.

A mí me pareció que algo veló el brillo de su mirada. Pero no dijo una palabra. Se fue a su camastro, y allí estuvo largas horas labrando su pedazo de madera. Retornó a su soledad, a esa áspera soledad en que viviera siempre. Fue una semana más tarde cuando yo me atreví a preguntarle por su mujer. Estuvo largo rato mirándose las manos, dándoles vueltas de las palmas a los dorsos, tocándose las una con otra. Al fin dijo:

—En el lazareto.

A poco recomendó:

—Que no lo sepa nadie.

Entonces yo tuve un vislumbre, así, relampagueante, de que su antigua soledad se había debido...

—Ahora me explico —empecé a decir, mientras él me clavaba su imperiosa mirada—... Aquel ataúd era...

—Su mamá —dijo—; la mamá de mi mujer, que murió lázara.

Al parecer halló que había hablado demasiado, porque se puso de pie y se fue a un rincón. Se sentó allí y se dedicó a contemplar el patio, donde algunos reclusos charlaban y se movían sin cesar. Ya no volví a dirigirle la palabra sino cuando un mes después se me avisó que recogiera mis pertenencias porque iban a dejarme en libertad ese mismo día. Me le acerqué para preguntarle si quería que visitara a su mujer en el leprocomio. Y he aquí lo que me dijo entonces Victoriano Segura mirándome a los ojos:

—No vaya. Su mamá perdió la nariz y tal vez ella la pierda también. Usté la conoció cuando era bonita. Si usté la ve ahora con mi consentimiento, es como si la viera yo.

Y me dio la espalda, que a mí me pareció de mármol, como la de una estatua.

LA MUERTE NO SE EQUIVOCA DOS VECES

Al ingeniero le molestó el tono que usaba el cabo para interrogarle, pues aunque dijera cosas que el cabo no podía comprender —y que el propio ingeniero no podía explicar—, mal que bien él era persona conocida en la zona, y más conocidos todavía eran Manuel Sierra y Ángel Pascual, que daban fe de su conducta. Las miradas cortantes, las preguntas capciosas, los gestos altaneros y las rápidas sonrisitas del cabo iban llenándole de cólera; y esa cólera llegó al colmo cuando comprendió que el cabo estaba tratando de conjeturar —aunque no lo dijera— la existencia de algún plan criminal entre él y Pantaleón González. ¡Señor, pero si Pantaleón González era un alma de Dios y no había en toda la región quien lo dudara! Vivía junto a la boca del río del lado oeste, en una choza destartalada que ese año había construido con ramas de palma; y si el ingeniero lo ponía por testigo de sus asertos era porque sólo él estaba en la playa el desventurado amanecer en que se presentó aquel hombre a contar su caso y a pedir ayuda.

El ingeniero había pasado la noche anterior en Hershey, velando a la hija de Manuel Sierra. Todos los que estaban allí esperaban lo peor, y como sucediera que a eso de las dos de la mañana el tiempo comenzara a ponerse bastante pesado, se habló de que sin duda iba a presentarse un norte de los que a menudo soliviantan el mar de la isla y lo lanzan sobre las

escarpas y las playas con ímpetu salvaje. Tales vientos son frecuentes desde octubre hasta febrero, y a veces desde septiembre hasta marzo. Ahora bien, es precisamente entonces, cuando la playa se queda sola y ni una sombra humana transita por ella, cuando al ingeniero le gusta el lugar. El sitio se llama Jibacoa; estará a cinco, tal vez a seis kilómetros de Santa Cruz del Norte, por la línea de la costa, y tal vez a doce del Central Hershey. En Santa Cruz vive su amigo Ángel Pascual y en Hershey, Manuel Sierra. Excepto la pequeña rada de Santa Cruz, por allí no hay abrigo para barcos pesqueros. El río que desemboca al costado izquierdo de la misma playa de Jibacoa tiene la boca ciega, debido a que el mar acumula allí arena. Por todas esas razones pensó que si se presentaba un nortazo su pequeño barco iba a correr peligro en Jibacoa; así pues decidió irse y llevarlo hasta la rada de Santa Cruz para amarrarlo en el muellecito que tiene allí Ángel Pascual. A esa hora no había ni en casa de Manuel Sierra ni en todo el central nadie que pudiera llevarle en automóvil; de manera que resolvió irse a pie.

La hija de Manuel estaba de muerte. Podía vivir algunas horas más, pero era difícil que pasara del mediodía siguiente. Eso estaba a la vista. Un pesado silencio gravitaba sobre los amigos que se habían quedado a velar esa noche. Sentado junto a la cabecera de la muchacha, el padre tenía las manos caídas entre las piernas, estrujándose las una con otra; se veía demacrado, casi verde, tumbada la cabeza, filosos los rasgos. Daba dolor verlo así, a él, hombre tan afectuoso y dicharachero. Tendida en la cama, la joven respiraba lentamente, todo el rostro socavado por la traslúcida palidez que en los enfermos graves anuncia la proximidad del final. Tendría dieciocho, tal vez diecinueve años, y poco antes había sido de una belleza impresionante, pues siendo rubia, de piel muy blanca, de ojos garzos, tenía la gracia y la dulzura de la mujer del

país; una gracia que comunicaba cierto hechizo singular a cada movimiento suyo, ya al caminar, ya al saludar, ya al bailar, y una dulzura que iluminaba su rostro con resplandores de ternura cuando hablaba o cuando sonreía. Verdaderamente, causaba dolor pensar que tal muchacha iba a morir pronto. Para no hacer patente ese sentimiento, el ingeniero no quiso despedirse de nadie. Salió quedamente, poco a poco, y se fue hacia Jibacoa.

Serían las dos y media cuando abandonó la casa de Manuel Sierra y casi las cuatro cuando los perros del poblado de Jibacoa comenzaron a ladrar en hilera, al eco de sus pasos. La fuerte brisa del norte iba engrosando, haciéndose más pastosa por momentos. Tuvo que apretar duro para no llegar tarde a la playa. La playa es un lugar indescriptible, y el ingeniero estaba seguro de que Dios ensayó varias veces, por otros rincones del mundo, antes de resolverse a crear algo tan sorprendente. Es un paisaje minúsculo y, sin embargo, de belleza total y perfecta. Desde más allá de Santa Cruz, que queda al oeste, corre junto a la orilla del mar una loma pétrea, y esa loma queda abruptamente cortada por el río. Ahí, a la orilla del río, comienza la playa, primero, en un tramo de acaso trescientos metros, de norte a sur, y después, inclinándose ligeramente hacia el norte de nuevo, en el largo de casi un kilómetro, se dirige de oeste a este. Ahora bien, el lecho del río debió ser en otros tiempos de casi medio kilómetro, pues pasada esa distancia, en dirección hacia el este, torna a levantarse, casi abruptamente también, la misma loma de piedras que con el auxilio de los siglos fue cortada por la vena de agua. Y desde el empinado firme que reemplaza a la derecha del lugar se denomina a la luz del amanecer o al sol de los atardeceres un panorama sin igual. Allá abajo, entre el paredón y el mar, la playa se estrecha, sombreada por uvas de caleta; al lado opuesto del río, hacia Santa Cruz, la erosión

dejó en pie unos pedregones gigantes, llamados El Fraile. El río ciego apenas corre, y brilla enrojecido, como un cristal fino al resplandor del crepúsculo, como brilla, agitándose, hasta perderse en el infinito, el vasto mar del Golfo. Ochenta o cien casas, totalmente deshabitadas por esos días, todas hermosas, fuertes, de piedras, ocupan aquí y allá los bordes de las rocas o las faldas del cerro.

Efectivamente, el norte estaba ya allí. Sujeto a sólo una potala, el barquito empezaba a bailar desesperadamente, al escaso abrigo de la punta de piedra en que terminaba el arenazo que ciega el río. Ese desgraciado de Pantaleón estaba en la puerta de su choza, tan tranquilo, tejiendo una red, como hacía siempre, aunque apenas pudiera ver a la poca claridad de la hora. Tuvo que gritarle tres veces por lo menos para que levantara la cabeza; entonces entró en su choza, agachándose, pues así como era él de alto era ella de pequeña; y como lo conocía bien sabía que primero doblaría con especial cuidado la red, que después se arrodillaría frente a una piedra extraña, que él había encontrado tiempo atrás en Canasí, unos kilómetros al este de Jibacoa; que mascullaría sus rezos, según él calificaba el lenguaje de su invención con que antes de emprender cualquier tarea se dirigía a los espíritus que a su juicio lo protegían, y sabía sobre todo que Pantaleón podía salir de la choza, plantarse cuan alto era frente a la portezuela, mirarle de lejos con ojos de ídolo oriental, muy echada hacia atrás la frente, y mover los dos brazos como aspas, lo cual en su costumbre quería decir que no, que no saldría, que no podía complacerle, porque sus espíritus protectores no lo autorizaban a hacer nada ese día. Si así sucedía el ingeniero tendría que gobernar el bote hasta Santa Cruz, porque nada ni nadie obtendría que Pantaleón diera un paso y ni siquiera que dijera una palabra. Aquel extraño tipo de loco, flaco, altísimo, con

los ojos iluminados bajo una enorme frente toda hueso, calvo hasta la coronilla y con largos pelos en las sienes y sobre el pescuezo, siempre medio desnudo y tan quemado por el sol que su color era el de un madero abandonado, no tenía más ley que la voluntad de esos espíritus, que por otra parte sólo él interpretaba mediante hechos que nunca explicaba. Así, esperó pacientemente. Valía la pena esperar, pues a pesar de su locura, Pantaleón era un marino completo. Él y el mar se entendían a las mil maravillas.

La situación no resultaba agradable. El ingeniero, hombre ya de cincuenta años, sin familia alguna en el mundo, necesitaba salvar el barco. Si lo perdía, ¿cómo iba a reponerlo? Y sin él se le caía el cielo sobre la cabeza. No era hombre de mar y, sin embargo, no podía vivir sin él. Durante los meses de invierno buscaba acomodo en las playas hermosas y solitarias, como esa de Jibacoa; y durante el verano, cuando las playas se llenaban de gente, se iba a las cayerías, armado de escopeta, cordeles y anzuelo y con la sola compañía de Pantaleón, cuyas manías conocía al dedillo toda la gente de la costa, desde Cojimar hasta Varadero. En cada lugar Pantaleón ponía “casa aparte”, y a menudo tal “casa” era un antiguo bote deshecho por el maltrato de los años o simplemente un hoyo grande en la arena cubierto por ramas de uvas caleta. La piedra mágica, a la que Pantaleón dirigía sus ruegos y oraciones, ocupaba siempre un lugar privilegiado en su “vivienda”, y cuando viajaban la envolvía con sumo cuidado en restos de velas y la colocaba a proa, bajo la pequeña escotilla, “para que hubiera camino”, según su propia expresión. Ese sucio y tempestuoso amanecer, el ingeniero se imaginaba al loco de rodillas ante la piedra, preguntando si debía o no hacer caso a la llamada. Realmente era para angustiarse. Una hora más, tal vez menos, y sería difícil, si no casi imposible, sacar el barquito mar afuera.

Pero Pantaleón salió y no hizo señal alguna. Con su largo andar de flamenco avanzó hacia la orilla y se metió en un pequeño bote. ¡Por fin! Dándole la espalda, Pantaleón comenzó a avanzar, con un solo remo que había fijado a popa. En eso, suaves pero rápidos, el ingeniero oyó tras sí los pasos. El drama comenzaba a producirse, y aunque él lo ignoraba presintió algo; por lo menos, tuvo miedo. No había persona alguna viviendo en la playa. ¿Quién, pues, caminaba hacia él con tal rapidez, a esa hora y en momentos tan impresionantes? Súbitamente se volvió. ¡Nadie a la vista! Durante un segundo se sintió como herido por un rayo, pero a seguidas pensó que el viento debía estar haciendo golpear entre sí dos ramas de algún uvero cercano. Con esa idea se hubiera quedado si no es porque al mover la cabeza hacia Pantaleón vio a éste parado en la popa del bote, inmóvil, gacha la cabeza y brillantes los ojos, toda su figura en actitud de quien va a lanzarse hacia un enemigo terriblemente odiado. La quilla del bote descansaba en la arena, del lado este ya; Pantaleón debió, pues, haber saltado a la playa.

Y no lo había hecho ni por lo visto pensaba hacerlo. Se mantenía tenso, no como un loco, sino como un perro de caza. De golpe, igual que si acabara de despertar de un mal sueño, el viejo pareció volver en sí y se estrujó la cara con la mano derecha.

—Ahora sí estoy seguro del color de la muerte —dijo al tiempo que saltaba a la arena.

—¿La muerte? —preguntó el ingeniero, más asustado cada vez, sintiendo que se le enfriaban las entrañas.

—Rubia, rubia —dijo Pantaleón con la cabeza baja. Y al rato repitió, y explicó—: Rubia como la hija de Manuel Sierra. Se parece a la hija de Manuel Sierra. Igualita a la hija de Manuel Sierra.

Entonces el ingeniero se alivió. La gente afirma que algunas veces, en el momento de morir, muchas personas se desdoblán, hacen acto de presencia a larga distancia. Jamás había tenido él manifestaciones de eso. Pero tal vez sí; tal vez la hija de Manuel Sierra acababa de morir y había ido a despedirse de él; quizás los pasos eran suyos y él no pudo verla porque no tenía aptitudes, en cambio, la vio Pantaleón.

Todo resultaba muy extraño y muy confuso, pero sólo admitiendo esas creencias podían explicarse las palabras de Pantaleón y el ruido de los pasos. Y en eso ¡los pasos volvieron a sonar en la arena! El ingeniero no se atrevió a moverse, tanto fue su terror, sobre todo porque en la mirada de Pantaleón, que parecía horadarlo, advirtió que alguien se acercaba a sus espaldas. Pantaleón avanzó, pero no sobre él, sino encaminándose más allá, dirigiéndose a alguna persona que debía venir hacia ellos. Cuando el loco hubo pasado a su lado, recuperando de golpe el dominio sobre sí, el ingeniero viró en redondo esperando hallar allí el fantasma de la hija de Manuel Sierra. Pero lo que vio no fue un fantasma, sino una persona de carne y hueso; un hombre raro, extranjero, sin duda, que sobresalía por entre los pequeños arbustos de uva caleta. El ingeniero se sentía todavía confundido y le hubiera sido muy difícil hablar; sin embargo, Pantaleón parecía no haber sentido nada, puesto que avanzó para encontrarse con el hombre y le dio los buenos días. El extranjero dijo algo que Pantaleón no entendió. El hombre hablaba en francés. Era pelirrojo, de ojos amarillos, de piel muy pálida y duros pelos rojos en el rostro; usaba pantalones cortos y al extremo de las desnudas piernas llevaba zapatos gruesos, altos, unos extraños zapatos sujetos encima por dos lengüetas con hebillas. Antes que nada, el ingeniero observó ese detalle pues sin duda esas piezas eran de soldado, tal vez de paracaidista, no para transitar en las arenas de una playa. El extranjero tenía una

expresión sumamente triste y aunque no se le entendía no era difícil llegar a la conclusión de que pedía ayuda. ¿Qué le había pasado? Señalaba hacia las casas de la playa, como indicando que allá estaba sucediendo algo. Habiendo entrado para entonces en calma, el ingeniero se le acercó y le habló en inglés. Súbitamente el otro se volvió hacia él.

—Oh —dijo.

Y pausadamente, para que su interlocutor pudiera entenderlo, empezó a explicar su caso. Se expresaba en inglés con bastante corrección, si bien se veía que no era su lengua. He aquí, resumido, lo que dijo: Había llegado a Cuba tres días antes; le acompañaba su mujer. Ambos eran holandeses y se habían casado en Curazao. Habían volado a Cuba en viaje de novios. Querían un lugar solitario, tranquilo y hermoso, y le recomendaron Jibacoa. En el propio hotel de La Habana le consiguieron que alquilara, por un mes, una casa en la playa; y el dueño de la casa los había llevado allí. Llegaron tarde, acaso a eso de las nueve de la noche. El casero estuvo con ellos hasta las once, más o menos, ayudándoles a distribuir las ropas y a poner en el refrigerador lo que habían comprado para los primeros días. La noche era calurosa, razón por la cual no se acostaron inmediatamente, sino que salieron a dar un paseo en la oscuridad. Más tarde comenzó a soplar el viento; se le oía ulular entre las rendijas, engrosar y fortalecerse cuando buscaba paso entre dos casas. Eso asustó a la mujer, sin duda. No había podido dormir y a esa hora estaba enferma. Él no conocía a nadie. Había llamado en algunas puertas sin que le respondieran y muy adolorido y preocupado había esperado la luz del amanecer, a cuyo amparo pudo ver de lejos el barquito que se movía en un extremo de la playa, y pensando que en ese barco hubiera gente, se encaminó hacia allá. Lo que pedía era ayuda. Su mujer, muy joven, estaba bastante enferma. ¿Podían ayudarle los señores?

Claro que iban a ayudarle. El extranjero delante, el ingeniero siguiéndole y Pantaleón atrás, se encaminaron a la casa. Desde la puerta apreciaron la tragedia; y el holandés estuvo a punto de enloquecer. Pues la mujer se veía caída de lado, con la palidez de la muerte y una herida en la frente. Se había levantado sin duda angustiada por su mal, y cuando éste le atacó a matarla cayó sobre un enorme macetero de bronce en que había plantada una palmita de fantasía. Dos sillas estaban tiradas en el piso. Esas sillas y la herida en la frente eran la causa de la suspicacia con que el cabo interrogara al ingeniero.

Pero había algo mucho más extraño que las sillas caídas y la herida, y desgraciadamente eso era lo que no podía él explicar al cabo: aquella muchacha holandesa tenía la figura de la hija de Manuel Sierra; tenía su color, su pelo, ¡y exactamente igual la cara! La confusión del ingeniero y de Pantaleón González fue tal que se quedaron sin poder hablar mientras el extranjero corría sobre el cadáver silencioso y pálido. ¿Cómo era posible que la hija de Manuel Sierra, que estaba de muerte horas antes en Hershey, se hallara allí, con un desconocido? Pantaleón miró al ingeniero con sus profundos ojos de loco, miró después al extranjero, que removía a la muerta y prorrumplía en exclamaciones, seguramente en holandés.

—Vete pronto al pueblo, Pantaleón —ordenó el ingeniero—, ¡y llama al cabo para que venga! ¡Telefona al central y que venga también Manuel Sierra! ¡Dile que su hija está aquí muerta!

¿Qué podía hacerse, mientras tanto? Pantaleón salió a toda prisa. El viento seguía ululando, y en lo que Pantaleón tardara en ir al poblado de Jibacoa y volver, el mar desharía el barco. No había, sin embargo, remedio. Pues aquel desconocido estaba allí, con el cadáver de la hija de su amigo, y él no debía moverse hasta tanto no llegara la autoridad y aclarara la situación.

—Señor, no la toque —dijo en inglés al extraño—. Es muy delicado eso aquí. Hay que esperar que venga el cabo de la Guardia Rural.

Absolutamente fuera de sí, el otro dijo que nada le importaba, que era su mujer y que se le había muerto, que él no podía explicarse aquello y que odiaba a Cuba y esa playa y todo lo demás.

“Psicosis de guerra”, pensó el ingeniero. Y de pronto, en medio del barullo que tenía en la cabeza, sospechó que el holandés estaba loco. Quizás era un loco que había llevado allí el cadáver de la hija de Manuel Sierra. Ahora bien, ¿cómo lo había sustraído de la casa de su padre? Para calmarse encendió un cigarrillo y le brindó otro al holandés. Éste tomó asiento. En completo silencio, los dos hombres esperaron.

¿Cuánto tiempo? Difícil de decir. Junto con el cabo, que llegó con aire insolente, llegaron algunos hombres más; y desde luego, Pantaleón. Pero Pantaleón dijo algo inexplicable:

—No es la hija de Manuel Sierra, ingeniero. Hablé con él, con él mismo, por teléfono, y la muchacha ‘tá allá, en su casa, mejorando mucho.

—¿Pero cómo puede ser señor? —preguntó, a punto de perder la razón, el ingeniero—. ¿Usted no ve, cabo, que ésta es la hija de Manuel Sierra? Dígame, ¿no es ella misma?

El cabo estaba mirando hacia la muerta, y uno de los que llegó con él aseguró que sí, que era ella. Pero al cabo, como a toda la gente de armas, se le había enseñado durante muchos años a no perder el tiempo en disquisiciones; a actuar rápido y a desconfiar de todo el mundo.

—Bueno, esto es muy confuso. Domingo va a quedarse aquí cuidando mientras llega el juez y el médico; y ustedes, el resto, se van conmigo al cuartel ahora mismo.

—Pero Pantaleón no puede irse con nosotros, cabo —adujo el ingeniero—; el tiempo está poniéndose muy feo y si él no saca el barco ahora para llevarlo a Santa Cruz, voy a perderlo.

El cabo volvió sus sagaces ojos hacia Pantaleón y se quedó estudiándolo.

—No señor —dijo—; Pantaleón también va al cuartel. Esto hay que aclararlo ya mismo.

Iban camino del poblado cuando comenzó a llover. El ingeniero estaba seguro de que el mar le destrozaría su querido barco. Ese pensamiento, trabajando sin cesar por debajo de todas sus ideas y sensaciones, ayudaba a irritar al ingeniero y le hacía abultar ante sus ojos cualquier gesto del cabo, confiriéndole categoría especial de fines perversos contra él. Por eso el interrogatorio estaba poniéndolo fuera de sí. Y el interrogatorio continuaría hasta que no fueran a Santa Cruz el juez y el médico a levantar el cadáver. Mientras tanto, afuera llovía y Manuel Sierra no hacía acto de presencia. A eso de las once el ingeniero empezó a sentir frío; poco después estornudaba. A la una, la cabeza estaba partiéndosele en dos de dolor. Y afuera seguía la lluvia, tremenda lluvia de los días de temporal del seno de la cual surgían ráfagas de viento cada vez más fuertes. Poco a poco la fiebre empezó a subir desde el pecho del ingeniero, ganándole el rostro; y a tal extremo subió que cuando llegaron el médico, el juez y el secretario, él no se dio cuenta. El cabo le había ordenado echarse en una de las camas del cuartelillo, y allí deliraba, a eso de las cinco, cuando entró Manuel Sierra. Pero tampoco se dio cuenta.

Al fin, retornaron el médico, el juez y el secretario; dijeron que la muchacha había muerto de síncope cardíaco y se había herido al caer, pues al parecer al momento de morir se levantó y trató de ganar la puerta. Manuel explicó que su

hija estaba en su casa, que la había dejado allí, y el cabo aseguró que iría a verla esa noche, pues quería cerciorarse de que en efecto vivía.

Se buscó un automóvil para ir a recoger el cadáver y llevarlo a Santa Cruz, en ese automóvil se fue Pantaleón. Pero el ingeniero no se dio cuenta de nada. El médico le tomó el pulso, puso un termómetro en las axilas, dijo que se hallaba bastante mal probablemente de un ataque gripal, y le dejó al cabo un frasquito de sulfas para que le administraran dos pastillas cada cuatro horas. Por lo demás, los que actuaron en el caso y los que fueron espectadores cercanos se dispersaron murmurando acerca del extraño parecido entre la extranjera muerta y la hija de Manuel Sierra.

La terrible noche cayó sobre el lugar, ululaba el viento, se desgranaba la lluvia, y Pantaleón González, metido en su covacha, alumbrado apenas por un viejo farol de marino, contemplaba en silencio su sagrada piedra, cuya superficie oscura brillaba a la pobre luz del farol. La contemplaba y a la vez pensaba y no pensaba. Pues en su anormal mente había dos ideas; la primera pasaba a veces a ser la segunda, la segunda pasaba a veces a ser la primera; en ocasiones las dos estaban juntas. Y en verdad no eran ideas, sino imágenes. Él las veía como dos figuras. Una era la Muerte. Pantaleón González conocía ya a la Muerte. Sabía que era rubia, y parecida a la hija de Manuel Sierra. Él la había visto por la mañana, cuando llegó en busca de la extranjera. La otra imagen era del barco: el barco del ingeniero iba a perderse a menos que él lo sacara de allí y se lo llevara a Santa Cruz, a la pequeña rada donde tenía un muellecito Ángel Pascual.

Afuera reinaban la lluvia y el viento; adentro estaba Pantaleón González, doblado en su covacha, enrojecido por la luz, calvo, con largos pelos en las sienes y en el pescuezo, todo frente y ojos, extraños ojos de loco. Y de

pronto levantó la cabeza, pues había comprendido. Sí, había comprendido, él, Pantaleón González. ¡No había tal misterio, no había nada! Simplemente, la Muerte se había equivocado. Era muy de mañana, tan temprano que apenas se veía bien; él mismo, de aguda mirada de marino, casi no podía remendar sus redes a esa hora, porque el mal tiempo cubría el naciente sol y todo el aire era turbio; y esa falta de luz favoreció el error de la Muerte. Es claro; ella había pasado por allí en busca de la hija de Manuel Sierra, y a lo mejor estaba cansada de trabajar toda la noche quién sabe en qué partes del mundo. Y como la extranjera se parecía tanto a la hija de Manuel Sierra...

—No era rubia; no se parece a la hija de Manuel Sierra. Lo que pasa es que se parece a la persona a quien va a matar —dijo en alta voz Pantaleón González; e instintivamente miró hacia los lados, no sabía por qué.

Del techo de la covacha comenzaron a caer gotas. Cuidadosamente, Pantaleón envolvió su sagrada piedra en un pedazo de lona, la puso luego bajo su almohada y se estiró. Pensó que aunque el tiempo siguiera malo sacaría el barco bien temprano; alzó el farol, levantó el tubo y sopló. La terrible noche estaba poblada de rugidos. Pero él se durmió como un bendito.

Mediaba el día siguiente cuando Pantaleón llegó al poblado de Jibacoa. Iba desde Santa Cruz, pasando por Hershey, medio vestido gracias a Ángel Pascual. Destocado, con su frente casi negra por el sol del mar, penetró en el cuartelillo como en su casa. El cabo estaba sentado en un pequeño escritorio tomando sorbo a sorbo una taza de café.

—¿El ingeniero? —preguntó el cabo, como si supiera a qué iba el viejo—. Ahí está acostado. Pasó mala noche. Todavía tiene fiebre alta. Si no se mejora voy a mandarlo al hospital de Hershey.

Entonces Pantaleón González se metió por la puerta que le había señalado el cabo y vio allá, en la penumbra, al ingeniero en cama. El ingeniero tenía los ojos abiertos.

—Hola, Pantaleón —dijo.

—El barco 'tá en Santa Cruz —explicó él sin preámbulo—. El viento va a amainar desde esta tarde. Dígame si necesita algo.

A seguidas se sentó en la propia camita del enfermo y comenzó a sacar muy pausadamente cigarrillos y fósforos de un bolsillo del pantalón.

—Dice el cabo que no fue la hija de Manuel Sierra —empezó a decir el ingeniero.

—No, señor. Pero la Muerte venía por ella. Lo que pasa es que se equivocó.

—¿Quién se equivocó, Pantaleón?

—Ella, la Muerte. ¿No ve que esa muchacha y la hija de Manuel Sierra eran igualitas?

—No te entiendo, Pantaleón.

—Bueno; no importa. Yo sé lo que digo. Si no mejora lo van a mandar a Hershey. Yo me voy. El barco 'tá en Santa Cruz.

A tal momento, era mucho lo que había hablado Pantaleón, razón por la que se puso de pie y se fue sin despedirse ni del ingeniero ni del cabo. Maquinalmente se encaminó hacia el Norte, para irse a la playa; pero recordó de pronto que llevaba puesta una camisa que no era suya y decidió retornar a Santa Cruz para devolvérsela a Ángel Pascual. Dio media vuelta, pues, y tomó el camino hacia Hershey. Iría a Santa Cruz y de ahí, por la costa, se iría a la playa. Mas he aquí que la lluvia empezó a arreciar, en esa forma desconsiderada en que se acrece cuando el mal tiempo va a comenzar su última etapa, y cuando llegó a Santa Cruz, caminando trabajosamente, anochecía ya. Como se

había hecho tarde pensó que mejor dormía en el barco. No le gustaba la idea de llevar la piedra en la mano desde Santa Cruz hasta la playa bajo la lluvia; no quería que se le mojara y se le podía mojar aunque la llevara envuelta en lona embreada. Al entrar en la cámara del barco corrió a ver su piedra. Sí, estaba allí, bajo el asiento de estribor, tal como la había dejado. Pantaleón salió a la toldilla y se puso a ver caer la lluvia en el agua de la rada. Poco a poco las luces del pueblo iban encendiéndose y algunas de ellas se reflejaban, despedazadas en el agua. En el hotelito de Ángel Pascual se oía una música de radio. Pantaleón se metió en la pequeña cámara y se tendió en el suelo. Siempre que dormía a bordo un brazo le servía de almohada. Esa noche fue el derecho.

A la hora en que Pantaleón se dormía hablaba el cabo con el ingeniero. La fiebre iba cediendo.

—Si sigue con esa maleza mañana lo mando al hospital de Hershey —dijo.

El ingeniero no estaba muy seguro de sus propios sentimientos. La enfermedad lo aturdió cuando más colérico iba sintiéndose con el cabo. Pero ahora resultaba que el hombre le había atendido, le había estado dando pastillas de sulfa cada cuatro horas, de día y de noche, y además quería enviarlo al hospital.

—Siento que voy mejorando, cabo. Si despierto mejor mañana me voy a Santa Cruz.

—Bueno. De todas maneras seguiré dándole la medicina esta noche.

Y así fue como a las seis de la mañana el ingeniero se sintió libre de dolores y de fiebre. Estaba saliendo el sol. Pantaleón había dicho que iba a amainar, y era cierto. Bastante débil, el ingeniero se puso de pie.

—Voy a mandarle un cafecito —dijo el cabo a eso de las siete.

El café le tonificó mucho; y más o menos a las ocho pidió al cabo que llamara a su amigo Ángel Pascual en Santa Cruz para que fuera a buscarlo en su automóvil. Ángel Pascual había madrugado también. Tras dos días infames retornaba la claridad, la estimuladora claridad del cielo cubano. En los árboles de los patios piaban los gorriones y el sol iba poco a poco evaporando el agua depositada en las charcas. Pegando rítmicamente contra los acantilados, el mar se batía con dulce son. Muy de tarde en tarde reventaba una ola llenando de espumas las rocas.

Pantaleón había despertado antes que el ingeniero, que el cabo y que Ángel Pascual. Él, viejo, feo, flaco, calvo, era el hijo del mar. Él y el mar se bastaban. Nadie mediaba entre ellos ni nadie más hacía falta al uno o al otro. De manera que Pantaleón González despertó oscuro todavía, cuando aún el cielo se conservaba encapotado, y supo que iba a salir el sol. ¿Para qué irse, entonces, a pie hasta Jibacoa, si podía pedirle su bote a algún pescador? A él no le gustaba caminar, sino navegar. Así, pues, decidió esperar; y mientras esperaba se puso a hacer café, a baldear, a recoger cordeles, a ordenar la cámara y a limpiar la toldilla.

Sin saber cómo se le fue el tiempo a Pantaleón. Vino a darse cuenta de que el sol estaba alto cuando llegó Ángel Pascual para decirle.

—Pantaleón, espera aquí al ingeniero. Yo voy a buscarlo. Me habló por teléfono y ya está bien.

Pantaleón no contestó nada, sino que se puso a ver las cuberas y los aguijones que jugueteaban al costado del pequeño barco, deslumbrados ellos también, y llenos de alegría, por el brillante sol que penetraba hasta el fondo mismo de la rada. Allí estaba él, mirando sin pensar, absolutamente en blanco su extraña mente, cuando vio venir por encima de las aguas al ingeniero. Era transparente y caminaba de prisa. Instantáneamente

comprendió; comprendió mejor cuando el ingeniero quiso mirarle con unos ojos cristalinos, sin superficie y sin profundidad. En eso oyó el automóvil y las voces. Él quería al ingeniero. No lo había dicho nunca y ni siquiera se había detenido a pensarlo. Pero en tal momento comprendió que lo quería, tal vez porque el ingeniero quería al mar. Entonces salió corriendo, saltó al pequeño muelle y trepó la escalerilla que unía al muelle con la terraza del hotel de Ángel Pascual.

Era una terraza pequeña, abierta junto a la rada, desde la cual se dominaba el paisaje de cerros que se extendían entre Santa Cruz y Hershey, un precioso lugarejo en que se volcaba el sol, con un fondo de viejas casas hacia el Sur y enfrente la mole de hierro galvanizado y la chimenea de una gigantesca destilería. Allí, sentados a una mesita blanca y roja, estaban Ángel Pascual y el ingeniero, y Ángel decía, con una botella de ron en la mano:

—Sí, hombre, sí, te va a caer muy bien. Esto te entona —entonces sirvió ron en dos vasos, uno para él, otro para el ingeniero, y proclamó—: ¡Salud!

Por última vez Pantaleón vio al ingeniero caminar sobre las aguas, y gritó:

—¡Ingeniero, cuidao! ¡Ahora viene por usted! ¡Cúidese!

Pero el ingeniero estaba bebiendo ya; de manera que tuvo que esperar que el primer trago le cruzara el gástrico para preguntar:

—¿Quién, Pantaleón?

—¡Ella, la Muerte! ¡Ahora tiene su figura!

—¿La mía? —el ingeniero palideció; mas enseguida se repuso y argumentó—: no le hagas caso, Pantaleón. Seguro que va a equivocarse también, como anteaer.

—¡No! —respondió Pantaleón—. ¡No, ingeniero; la Muerte no se equivoca dos veces!

El ingeniero sonrió a Ángel Pascual.

—Este Pantaleón. . . —comenzó a decir. Y no terminó porque cayó de bruces, volcando el vaso y la botella sobre la mesita a que se hallaba sentado.

El propio médico que le había recetado la sulfá comentó después, cuando lo llamaron para certificar la defunción:

—Pero qué locura. Se había tomado las dos últimas pastillas de sulfá a las ocho y a las nueve estaba bebiendo ron.

—Se las di yo mismo, doctor —explicó el cabo—. Quería atenderlo bien, porque yo tuve la culpa de que se pusiera malo. Figúrese, a un hombre de su edad lo hice ir al cuartel bajo la lluvia.

Pantaleón se había ido. Estaba en la cámara del barco, con la piedra desnuda en la mano, pidiéndole que protegiera el alma del muerto.

—Era un buen hombre —le explicaba a la piedra—, y le gustaba el mar. Así que ahí te lo dejo. Y vámonos, que se hace tarde. La envolvió, la cargó junto al pecho, con el brazo izquierdo, y se encaminó hacia su covacha, en la orilla del río ciego. Caminaba paralelamente a la costa. En dos o tres bohíos salieron los niños a decirle adiós. Pero él no levantaba los ojos. Tenía miedo de volver a verla, sobre todo después de haber aprendido ese día que ella no se equivoca dos veces.

MAL TIEMPO

El viento arreció a medianoche de tal manera que Eloísa empezó a temblar. Tenía miedo de que el huracán destruyera el bohío y éste los aplastara, miedo de lo que pudiera sucederle a su hijo en la soledad de la loma y miedo de que el viejo Venancio despertara y la sorprendiera sentada en el catre, llena de pavor. Así pues, estuvo a punto de gritar asustada cuando oyó la voz de Venancio:

—Tranquilícese, que no es na'. Los troncos e mangos le quitan juerza al viento.

Pero los mangos nada significaban para Eloísa. Toda la vida había sido miedosa. A pesar de sus treinta años viviendo en el lugar no había podido evitar el terror que sentía ante el mar, que estaba bien cerca; y aunque no lo decía, porque hablaba poco y porque su marido no admitía debilidades, se pasaba los días creyendo que desde que Venancio la llevó a ese lugar se hallaba sin amparo alguno en la vida. Además, su hijo andaba por la loma, solo del todo, y quién sabe lo que estaba haciendo ese viento por allá.

Súbitamente el bohío crujió movido por una racha que pasaba haciendo mugir las copas de los mangos; y Eloísa no pudo seguir callada.

—¡Virgen de La Altagracia, ampáranos! —gritó.

El viejo Venancio levantó entonces medio cuerpo en el catre y sujetó a su mujer por un brazo.

—¿Pero usted no oyó lo que le dije? ¡Acuéstese di una vé y si le parece póngase a rezar, pero no lloriquee a esta hora!

Sumisamente ella se acostó. Con los ojos cerrados podía hacerse la imagen del lugar, y ver tras el bohío los doce troncos de mango que el propio marido había sembrado mucho antes de que naciera el primer hijo. Pensar en que esos mangos servían para desviar el viento le producía cierto alivio, a pesar de que tal idea era falsa, porque lo que seguramente la tranquilizaba algo era saber que Venancio no se sentía inquieto en lo más íntimo. Por otra parte tal vez ni eso, ya que en verdad su mayor miedo no era al viento, sino a que el mar se desbordara. Siempre había sentido pavor ante esa posibilidad. El mar estaba tres millas hacia atrás, y por allí la costa caía a pico. Era muy improbable que algún día su tremenda carga de agua subiera; pero Eloísa se había asustado cuando lo vio por vez primera, y jamás se había librado de la impresión recibida entonces, que fue de soledad ante una fuerza gigantesca y ciega. A partir del momento en que empezó a tener hijos vivía segura, sin que pudiera explicarse la razón, de que alguna vez ese mar le mataría a uno de ellos. De pronto pensó en el único que le quedaba, lo vio bajo la lluvia y el viento, guarecido al pie de un árbol, solito en la compacta oscuridad del monte; y empezó a sollozar tratando de que Venancio no la oyera.

Pero Venancio sí la oyó, y en tal ocasión de lo profundo de si mismo le salió la cólera a estallidos. ¡Esa mujer, con su lloradera y sus temblores, no iba a dejarlo dormir! La agarró por un hombro, y Eloísa podía sentir, en medio de la oscuridad, los llameantes ojos del marido clavados en ella.

—¿Se va a 'tar tranquila, sí o no? —preguntó él.

Tratando de dominar su miedo, ella explicó:

—Es que vea... Julián 'tá solo con este tiempo.

—Julián 'tá seguro en la loma —sentenció él—. Lo que usted tiene que hacer es dejarse de lagrimeo y dormirse ya mesmo.

Y él se durmió al cabo de un rato, aunque no Eloísa. Ni Julián. Julián iba a esa hora río abajo, luchando con las sombras de la noche para que la corriente no le llevara el tronco de caoba con que había resuelto sorprender al viejo. Eso era algo que se salía de lo habitual, pues el muchacho tenía su tarea concreta, que consistía en cortar madera para que el padre hiciera carbón; echaba los palos al suelo, los partía en trozos manejables, los conducía poco a poco hasta la orilla del río y los tiraba al agua; luego iba hacia abajo escoltándolos en su cayuco hasta salir al prolongado arenal que el río y el mar formaban cuando el primero desembocaba en el segundo. Desde la boca hasta su casa, que quedaba a cinco o seis millas hacia el oeste, había un largo trecho desarbolado, a pesar de que al principio hubo ahí manglares que en una época sirvieron para hacer carbón. En tal trecho, unas veces más cerca del río, otras más lejos, se hacían las carboneras; y todo el lugar parecía un antiguo cementerio abandonado. Cruzando los palos debidamente astillados, y colocándolos en hoyos que después cubrían de tierra, en tal forma que a distancia semejaban túmulos, el padre y el hijo carbonizaban la madera y vigilaban el hilo de negruzco humo que día tras día salía por los respiraderos. Unos años atrás el viejo iba al monte con Julián, cada vez más lejos porque a medida que pasaba el tiempo eran menos accesibles los sitios arbolados; mas cuando Venancio empezó a quedarse corto de vista, como ya Julián era bastante fuerte, el padre resolvió que fuera él solo a los cortes. En los primeros meses Venancio se quejaba:

—Vea, Eloísa, si no se hubieran muerto to's los muchacho que tuvimos aquí no faltaría madera pa' el carbón.

—Asína sería —aprobaba Eloísa.

De tarde en tarde Venancio preguntaba de pronto:

—¿Cuántos años tendría agora Rafael, Eloísa?

—Veintiocho —respondía la mujer.

—¿Y Justino?

—Veintisiete.

El marido seguía pasando revista a los muertos, a lo mejor calculando cuánto carbón hubiera podido producir con todos vivos. No podía ser de otra manera porque Venancio no se gastaba en excesos sentimentales. Lo que a Eloísa le parecía muy raro era que recordara uno por uno los nombres de los ocho. Al final, indefectiblemente, Venancio comentaba:

—Antonce Julián tiene...

—Agora tiene casi diecinueve —le había dicho Eloísa, exactamente un mes antes de esa noche de mal tiempo.

Con efecto, esos tenía, pero desde muchacho de once o doce se comportaba como un adulto. Ya en esa época, cuando llegaba con el padre a la loma y daban con un macizo de árboles apropiados, no consultaba al viejo ni le decía una palabra; cogía su pequeño machete y trepaba silencioso a los troncos para empezar a desramarlos; y una vez terminado el desrame, tan pronto Venancio comenzaba a hachar, él se ponía a abrir trocha hacia el río, para que fuera más fácil la conducción de los maderos hasta la vía de agua. Estaba hecho a actuar por su cuenta. A lo sumo, alguna vez el viejo le decía:

—Aquí no, muchacho. Vamo' a ver si jallamos llana por ese rumbo.

Entonces Julián bajaba del tronco en que se hallaba, siempre sin hablar, y se ponía a tumbar bejucos haciendo camino hacia el corazón del monte.

Como no estaba acostumbrado a consultar, tres días antes de esa mala noche había resuelto tumbar el tronco de caoba con que de buenas a primeras se había dado. De inmediato comprendió que tal palo iba a exigirle varias jornadas de trabajo y que debía bregar duro para bajarlo hasta el río, pues si quería sacarle todo su valor tendría que llevarlo sin cortarlo en pedazos. Venancio se molestaría al verlo llegar sin más

madera, y como ya estaba casi ciego de tanto meterse en las carboneras, no podría distinguir de pronto la calidad del tronco. Quizá hasta dijera que era ojancho; y a Julián le parecía oírlo.

—Muchacho, ¿cómo cortaste ese palo tan duro en vé' de traer llana?

Entonces él diría:

—Usté 'tá medio ciego, taita. Eso no es ojancho; es un tronco de caoba que vale como cien pesos.

A lo que sin duda alguna el padre contestaría alzando la cabeza, esforzándose en mirarle la cara, y diciendo al cabo de un rato, esquivando discutir sobre su error:

—Antonce busque cómo venderlo di una vé', y si va al pueblo tráigase algo de comida y cómprele un túnico a Eloísa.

Eso tendría que suceder así y no de otra manera. Además si el padre no mencionaba el túnico de la madre, él iba a comprarlo de todos modos. La vieja tenía ya tal vez más de cincuenta años; era chiquita, delgada, canosa, sufrida, y aunque el hijo no mencionaba tal detalle, entre otras razones porque él no tenía el hábito de hacer comentarios, él notaba que a la hora de servir la comida en la cocina el primer plato era siempre el suyo. Una vez hasta sintió a la madre, tarde en la noche, tirándole arriba un saco vacío.

Durante tres días el muchacho batalló sin descanso. Tumbear el caobo fue lo más fácil; lo difícil fue conducirlo hasta el río. En ocasiones lo hacía rodar al favor de los desniveles del terreno, tras haber limpiado a machete el trayecto que debía seguir el madero; pero en otras tenía que vencer los obstáculos levantando el enorme tronco por el extremo menos pesado. Cuando la tarde caía, y el bosque se poblaba de pajarillos que llegaban aturridos por el sueño a llenar las altas ramas de los árboles, Julián se encaminaba hacia el río para dormir en su cayuco, que estaba amarrado en la orilla. El tercer día

amaneció con amagos de lluvia, y desde media mañana, una vez comenzó a llover, el muchacho tuvo que luchar con ese nuevo inconveniente, lo que aumentó mucho sus dificultades. Fueron siete u ocho terribles horas las que pasó, con el tronco resbalándole a causa del lodo y el agua, yéndosele de las manos, atravesándose en cualquier pequeño matojo de yerbas. Aun bajo la lluvia Julián sentía el sudor corriéndole por la frente. La ropa se le había endurecido a efectos del agua. Pero no cejó un minuto. A eso de las seis vio el río a escasos metros de distancia; y cuando oscureció del todo sintió que su decisión de echar sin demoras el tronco a la corriente crecía a compás con la oscuridad y con la lluvia, que iban engrosando cada vez más. Era septiembre, el temido septiembre de las islas, y no había esperanzas de que el mal tiempo se debiera a cambios de la luna. Julián sabía, pues, que no debía parar un instante.

A eso de las ocho el caobo cayó al agua. Se le oyó chasquear blandamente; y sin perder tiempo el muchacho deshizo el nudo de la cuerda que sujetaba el cayuco y se metió en él. Con gran trabajo, canaleteando con una mano y con la otra empujando el caobo, logró situarse en medio del río. A partir de ahí la tarea sería menos agobiadora, sobre todo cuando llegara la luz del día; pues mantenerse atento a que el tronco no se le atravesara frente al cayuco o a que no se le embarrancara no era cosa fácil en la compacta oscuridad de la noche. Durante largas horas pudo manejarse relativamente bien, a pesar de la fuerte lluvia. Pero de pronto, a mitad de trecho entre la medianoche y el amanecer, notó que el cayuco se mecía de atrás alante, como si el agua del río estuviera creciendo en oleadas. Por sí solo ese hecho daba que pensar; cuánto más lo daría media hora después, al comenzar el viento a dejarse sentir soplando con creciente vigor, encajonado entre los árboles de las orillas. Julián, sin embargo, no sintió temor. Sabía bien qué indicaban esos síntomas; pero él había

resuelto llevar hasta la playa de la boca el tronco de caoba, y lo llevaría sin duda alguna, pasara lo que pasara.

Endurecido por la sorda lucha que libraban dentro de él el sueño y la atención, Julián se quedó sorprendido de súbito cuando, ya al amanecer, movido inesperadamente por una fuerza de agua, el tronco giró a toda velocidad y se atravesó frente al cayuco. El muchacho corrió, haciendo tambalear la primitiva embarcación. Después que logró evitar el choque alzó la cabeza y vio cómo el viento doblaba las copas de los árboles que orillaban el río.

—Si el tiempo ‘tá malo pa’ bajo, los viejos ni habrán dormío —dijo en voz bastante alta.

Y acertaba, porque Eloísa, por lo menos, no pudo dormir. Durante más de cinco horas estuvo con los ojos abiertos, oyendo el paso cada vez más violento de las ráfagas y el caer incesante de la lluvia, que hacía sonar de manera sorda las yaguas del techo.

El viento empezó a amainar después de amanecer, pero la lluvia fue haciéndose más fuerte, y a eso de las doce era un diluvio lo que se sentía sobre la tierra. Llovió menos en la tarde, para arreciar otra vez al entrar la noche. Solos y silenciosos, dando vueltas en los pequeños límites del bohío, fumando de vez en cuando sus cachimbos, Eloísa y Venancio veían caer el agua, la veían rodar por los pequeños desniveles e ir llenando el patio de lagunatos. En dos ocasiones, una en la mañana y otra bien entrada la tarde, Eloísa comentó como para sí que tal vez su hijo Julián estaría mojándose más de la cuenta en el monte. La última vez Venancio se puso de pie al oírla, y respondió de mal modo, mirándola a los ojos:

—Usté déjese de ‘tar llamando desgracia. El muchacho se pue’ mojar lo que quiera, que no es de azúcar pa’ derretirse.

En lo cual estaba acertado. Julián no era de azúcar; y de todos modos estaba de más hablar de él. Pues había ocurrido que a eso de las diez de la mañana, quizá entre las nueve y

media y las diez, el río había empezado a bajar cada vez más cargado. Por momentos unas turbias oleadas cubrían las orillas e iban doblegando los yerbazales. Sin duda el viento que había cruzado hacia las lomas durante la noche había empujado las nubes hasta la cabecera. Y debió ser así, porque de improviso, tal vez un poco pasadas las diez, se oyó el pavoroso ronquido de la masa de agua que bajaba dominándolo todo. Julián se puso de pie en medio del cayuco y miró hacia atrás. Él no sabía lo que era eso, pero muchas veces oyó a Venancio contar historias de violentas crecidas. En medio de la lluvia podían distinguirse los ruidos de los bejucos que se doblaban chasqueando, el golpear del agua en los troncos de los árboles más cercanos y el impresionante fondo del ruido que hacía la propia agua al rodar sobre sí misma, creciéndose en oleadas de un pie de altura.

Durante una fracción de minuto Julián quedó confundido, sin saber qué hacer. Al tratar de ver el caobo advirtió que iba meciéndose, hundiendo en el río ya una punta, ya la otra, y en ocasiones girando como un rehilete. Sentándose otra vez, para no perder el equilibrio, metió el canaleta en la turbia masa líquida y pretendió avanzar lo más aprisa que pudiera, porque era necesario pegarse al palo y dominarlo, a fin de que no embarrancara o no se le atravesara. Si el río estaba arrastrando árboles descuajados, lo cual era posible, y el caobo se le enredaba en uno de ellos, no iba a poder sacarlo en medio de la corriente; le cogería la noche, y como llevaba ya una sin dormir se le haría muy difícil dominar el sueño. Así pues, avanzó cuanto pudo y se arrimó al tronco. Pero sucedió que en tal momento el caobo comenzó a girar sobre su eje longitudinal, y Julián cometió el error de querer atraparlo con un pie precisamente cuando otra ola de la crecida venía mugiendo tras él, imponiéndose en el recodo que acababa de dejar tras su espalda. Dos veces el tronco fue

y volvió, pegando contra el cayuco; y eso ocurrió con movimientos tan rápidos que Julián no pudo evitar que su pierna, caída al agua cuando perdió la sustentación del tronco, quedara atrapada entre éste y el cayuco. El primer golpe casi le hizo perder el conocimiento, tal fue el dolor que le produjo; el segundo lo aturdió largo rato, sobre todo porque había sentido el sonido del hueso al quebrarse, y de inmediato algo parecido a la feroz mordedura de un perro en lo recóndito del vientre. Llevado por el instinto el muchacho quiso acudir a cubrirse la pierna con las manos; y entonces el cayuco, atravesado ya en medio del río, se ladeó, soltó su carga, brincó un poco sobre el agua y comenzó a derivar, dando bandazos, corriente abajo. Sobre su fondo de liviana madera la lluvia sonaba con sordo golpear.

Todo aquello duró tal vez lo que un relámpago, y aunque las circunstancias eran aflictivas, Julián ni siquiera las apreció. Perdido el cayuco nadaría otra vez hasta alcanzarlo; y si no podía, porque era demasiado ligero de peso y el agua acaso lo arrastraría con velocidad, nada evitaría que él se arrimara al caobo. De ser así se abrazaría al tronco y se dejaría ir con él, aunque se embarrancara o se enredara en un árbol desarraigado por el río. El muchacho no estaba hecho a cejar, y no lo haría. No le importaba tener que pasar sujeto al caobo un día, una noche más, dos días, dos noches. Ahora ya no se trataba, como minutos antes, de calcular las dificultades que podían proporcionarle la oscuridad, el río crecido y el trasnoche; ahora se trataba de salvarse y llegar a la playa de la desembocadura con el caobo. De manera firme y poderosa Julián sentía que el caobo, y él, no él sin el caobo o el caobo sin él, tenían necesariamente que correr la suerte juntos, hasta arribar adonde el viejo pudiera dar con ellos. Ese sentimiento le comunicaba fuerzas, a despecho de la pierna, que tiraba de él hacia el fondo.

En verdad, pocos minutos después no podía con ella; un rato más tarde ni siquiera le era dable mover el muslo, y la cadera se le estaba partiendo del dolor. Llovía, estaba metido en el agua, y sin embargo sentía que algo frío, surgido de sí mismo, le empapaba el cuerpo y el rostro. Vio con toda claridad alejarse el cayuco, que discurría rápidamente al favor de la corriente; y vio el caobo moviéndose a saltos, como si alguien lo empujara desde abajo. Pensó gritarle que lo esperara, que él iba para allá. Sin parar mientes en lo que sentía, braceó enérgicamente, una, tres, cinco veces. ¡Ya tenía el tronco ahí, a su alcance! ¡Ah, si hubiera podido detenerlo un instante, un solo instante!

—¡Párate, maldito! —gritó.

Pero en tal momento un extremo del caobo saltó, como un pez que huye, y cuando pegó de nuevo en el agua había sido arrastrado casi dos varas más allá. Julián quiso bracear otra vez; mas de súbito, con un impulso brutal y despiadado, el dolor de la cadera estalló, enfriándole el vientre, y sintió los brazos paralizados. El muchacho abrió la boca, ya con la nariz y la cuenca de los ojos afilados por el color amarillo que iba transfigurando sus facciones. Ciego y sordo, trató de salir adelante, luchando por no hundirse, seguro de que iba a vencer. Hasta que no pudo más. A pesar de que no veía cuando por última vez sacó la cara a la superficie, tuvo, sin embargo, la fugaz impresión de que la lluvia pegaba duramente en el río; lo cual —aunque ya para él estaban desapareciendo la mentira y la verdad— era absolutamente cierto.

No sólo llovía allí, sobre el río, sobre el cayuco que había derivado y girado cien veces hasta quedar varado entre los matorrales de la orilla izquierda, y sobre el tronco de caoba que tan pronto se cruzaba en medio de la corriente como se dejaba arrastrar por el ímpetu de las aguas; sino que con igual intensidad estaba lloviendo en la costa, sobre el bohío

donde Eloísa y Venancio, encerrados en los setos de tablas de palma, esperaban no sabían qué.

La lluvia duró todavía dos días y dos noches más. Al tercer día el sol fue surgiendo lentamente. Había lodo y toda la naturaleza se veía cansada; pero Venancio no parecía afligido. En verdad, jamás había cambiado su manera de ser. Mientras tomaba café, bien temprano, se dirigió a la mujer.

—Usté ha estao haciendo mucha zoquetá en estos días —dijo—. Ajuera lloviendo y usté adentro mortificándome...

—Era que estaba pensando en Julián, íngrimo y solo en esa loma con un tiempo tan malo —explicó ella.

—Bueno; pero ya el tiempo pasó. Déjese de 'tar pensando en el muchacho, que a él no le hace falta. El muchacho sabe cuidarse.

Y nada más habló de eso el viejo. Unos minutos más tarde, con los ojos iluminados por alguna idea que le daba cierto aspecto de picardía juvenil, dijo, de pie en el umbral de la puerta:

—Vea, este tiempo debe haber hecho crecer el río, y tal vé' el agua haiga arrastrao algún tronco de provecho. Me voy pa' allá.

Y salió inmediatamente, rehuyendo los pozos de agua y los lodazales que cubrían el camino. Eloísa lo vio irse, triste sin saber por qué. El temporal había pasado y con él cualquier peligro. Pero lo cierto era que aquel sol que estaba sucediendo a las lluvias tenía un aspecto parecido al del hogar donde por primera vez plañe un niño cuya madre ha muerto al darlo a luz.

Sin embargo, todo ese cúmulo de sentimientos debía ser causado por sus cincuenta años. Las cosas no andaban mal, como lo probó la vuelta de Venancio, quien retornó a la caída de la tarde con la noticia de que algo bueno había ocurrido.

—Figúrese, Eloísa —dijo— que jallé en la playa un tronco de ojancho, y como tiene buen tamaño va a dar algunos sacos de carbón. Cuando el muchacho vuelva va a encontrar que su taita le tiene una sorpresa.

—Qué bueno —comentó ella, confusamente alegre de que su marido demostrara tal interés por el hijo—. Él se la merece, porque mire que Julián es buen hijo, ¿no le parece, Venancio?

Pero Venancio no la oyó bien. Estaba pensando en otras cosas; y he aquí que, sin darse cuenta, y para confundir más a su mujer, que nunca le había oído expresarse en tal forma, dijo en alta voz lo que pensaba. Que fue esto:

—Dio' no le falta al pobre, Eloísa. ¡Vea que traer este temporal pa' ayudarnos!

Y se quedó con la mirada perdida en el cuadro de cielo que se veía a través de la puerta, quizá esperanzado en que viniera otro mal tiempo tan generoso como el que acababa de pasar.

LA BELLA ALMA DE DON DAMIÁN

Don Damián entró en la inconsciencia rápidamente, a compás con la fiebre que iba subiendo por encima de treinta y nueve grados. Su alma se sentía muy incómoda, casi a punto de calcinarse, razón por la cual comenzó a irse recogiendo en el corazón. El alma tenía infinita cantidad de tentáculos, como un pulpo de innúmeros pies, cada uno metido en una vena y algunos sumamente delgados metidos en vasos. Poco a poco fue retirando esos pies, y a medida que iba haciéndolo don Damián perdía calor y empalidecía. Se le enfriaron primero las manos, luego las piernas y los brazos; la cara comenzó a ponerse atrozmente pálida, cosa que observaron las personas que rodeaban el lujoso lecho. La propia enfermera se asustó y dijo que era tiempo de llamar al médico. El alma oyó esas palabras y pensó: “Hay que apresurarse, o viene ese señor y me obliga a quedarme aquí hasta que me queme la fiebre”.

Empezaba a clarear. Por los cristales de las ventanas entraba una luz lívida, que anunciaba el próximo nacimiento del día. Asomándose a la boca de don Damián —que se conservaba semiabierta para dar paso a un poco de aire— el alma notó la claridad y se dijo que si no actuaba pronto no podría hacerlo más tarde debido a que la gente la vería salir y le impediría abandonar el cuerpo de su dueño. El alma de Don Damián era ignorante en ciertas cosas; por ejemplo, no sabía que una vez libre resultaba totalmente invisible.

Hubo un prolongado revuelo de faldas alrededor de la soberbia cama donde yacía el enfermo, y se dijeron frases atropelladas que el alma no atinó a oír, ocupada como estaba en escapar de su prisión. La enfermera entró con una jeringa hipodérmica en la mano.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío, que no sea tarde! —clamó la voz de la vieja criada.

Pero era tarde. A un mismo tiempo la aguja penetraba en un antebrazo de don Damián y el alma sacaba de la boca del moribundo sus últimos tentáculos. El alma pensó que la inyección había sido un gasto inútil. En un instante se oyeron gritos diversos y pasos apresurados, y mientras alguien —de seguro la criada, porque era imposible que se tratara de la suegra o de la mujer de don Damián— se tiraba aullando sobre el lecho, el alma se lanzaba al espacio, directamente hacia la lujosa lámpara de cristal de Bohemia que pendía del centro del techo. Allí se agarró con suprema fuerza y miró hacia abajo; don Damián era ya un despojo amarillo, de facciones casi transparentes y duras como el cristal; los huesos del rostro parecían haberle crecido y la piel tenía un brillo repelente. Junto a él se movían la suegra, la señora y la enfermera; con la cabeza hundida en el lecho sollozaba la anciana criada. El alma sabía a ciencia cierta lo que estaba sintiendo y pensando cada una, pero no quiso perder tiempo en observarlas. La luz crecía muy de prisa y ella temía ser vista allí donde se hallaba, trepada en la lámpara, agarrándose con indescriptible miedo. De pronto vio a la suegra de don Damián tomar a su hija de un brazo y llevarla al pasillo; allí le habló, con acento muy bajo. Y he aquí las palabras que oyó el alma:

—No vayas a comportarte ahora como una desvergonzada. Tienes que demostrar dolor.

—Cuando llegue gente, mamá —susurró la hija.

—No, desde ahora. Acuérdate que la enfermera puede contar luego...

En el acto la flamante viuda corrió hacia la cama como una loca diciendo:

—¡Damián, Damián mío; ay mi Damián! ¿Cómo podré yo vivir sin ti, Damián de mi vida?

Otra alma con menos mundo se hubiera asombrado, pero la de don Damián, trepada en su lámpara, admiró la buena ejecución del papel. El propio don Damián procedía así en ciertas ocasiones, sobre todo cuando le tocaba actuar en lo que él llamaba “la defensa de mis intereses”. La viuda lloraba ahora “defendiendo sus intereses”. Era bastante joven y agradada, en cambio don Damián pasaba de los sesenta. Ella tenía novio cuando él la conoció, y el alma había sufrido ratos muy desagradables a causa de los celos de su ex dueño. El alma recordaba cierta escena, hacía por cierto pocos meses, en la que la mujer dijo:

—¡No puedes prohibirme que le hable! ¡Tú sabes que me casé contigo por tu dinero!

A lo que don Damián había contestado que con ese dinero él había comprado el derecho a no ser puesto en ridículo. La escena fue muy desagradable, con intervención de la suegra y amenazas de divorcio. En suma, un mal momento, empeorado por la circunstancia de que la discusión fue cortada en seco debido a la llegada de unos muy distinguidos visitantes a quienes marido y mujer atendieron con encantadoras sonrisas y maneras tan finas que sólo ella, el alma de don Damián, apreciaba en todo su real valor.

Estaba el alma allá arriba, en la lámpara, recordando tales cosas, cuando llegó a toda prisa un sacerdote. Nadie sabía por qué se presentaba tan a tiempo, puesto que todavía no acababa de salir el sol del todo y el sacerdote había sido visita durante la noche.

—Vine porque tenía el presentimiento; vine porque temía que don Damián diera su alma sin confesar —trató de explicar.

A lo que la suegra del difunto, llena de desconfianza, preguntó:

—¿Pero no confesó anoche, padre?

Aludía a que durante cerca de una hora el ministro del Señor había estado encerrado a solas con don Damián, y todos creían que el enfermo había confesado. Pero no había sucedido eso. Trepada en su lámpara, el alma sabía que no; y sabía también por qué había llegado el cura. Aquella larga entrevista solitaria había tenido un tema más bien árido; pues el sacerdote proponía a don Damián que testara dejando una importante suma para el nuevo templo que se construía en la ciudad, y don Damián quería dejar más dinero del que se le solicitaba, pero destinado a un hospital. No se entendieron y al llegar a su casa el padre notó que no llevaba consigo su reloj. Era prodigioso lo que le sucedía al alma, una vez libre, eso de poder saber cosas que no habían ocurrido en su presencia, así como adivinar lo que la gente pensaba e iba a hacer. El alma sabía que el cura se había dicho: “Recuerdo haber sacado el reloj en casa de don Damián para ver qué hora era; seguramente lo he dejado allá”. De manera que esa visita a hora tan extraordinaria nada tenía que ver con el reino de Dios.

—No, no confesó —explicó el sacerdote mirando fijamente a la suegra de don Damián—. No llegó a confesar anoche, y quedamos en que vendría hoy a primera hora para confesar y tal vez comulgar. He llegado tarde, y es gran lástima —dijo mientras movía el rostro hacia los rincones y las doradas mesillas, sin duda con la esperanza de ver el reloj en una de ellas.

La vieja criada, que tenía más de cuarenta años atendiendo a don Damián, levantó la cabeza y mostró dos ojos enrojecidos por el llanto.

—Después de todo no le hacía falta —aseguró—, que Dios me perdone. No necesitaba confesar porque tenía una bella alma, un alma muy bella tenía don Damián.

¡Diablos, eso sí era interesante! Jamás había pensado el alma de don Damián que fuera bella. Su amo hacía ciertas cosas raras, y como era un hermoso ejemplar de hombre rico y vestía a la perfección y manejaba con notable oportunidad su libreta de banco, el alma no había tenido tiempo de pensar en algunos aspectos que podían relacionarse con su propia belleza o con su posible fealdad. Por ejemplo, recordaba que su amo le ordenaba sentirse bien cuando tras laboriosas entrevistas con el abogado don Damián hallaba la manera de quedarse con la casa de algún deudor —y a menudo ese deudor no tenía dónde ir a vivir después— o cuando a fuerza de piedras preciosas y de ayuda en metálico —para estudios, o para la salud de la madre enferma— una linda joven de los barrios obreros accedía a visitar cierto lujoso departamento que tenía don Damián. ¿Pero era ella bella o era fea?

Desde que logró desasirse de las venas de su amo hasta que fue objeto de esa mención por parte de la criada, había pasado, según cálculo del alma, muy corto tiempo; y probablemente era mucho menos todavía de lo que ella pensaba. Todo sucedió muy de prisa y además de manera muy confusa. Ella sintió que se cocinaba dentro del cuerpo del enfermo y comprendió que la fiebre seguiría subiendo. Antes de retirarse, mucho más allá de la medianoche, el médico lo había anunciado. Había dicho:

—Puede ser que la fiebre suba al amanecer; en ese caso hay que tener cuidado. Si ocurre algo llámenme.

¿Iba ella a permitir que se le horneara? Se hallaba con lo que podría denominarse su centro vital muy cerca de los intestinos de don Damián, y esos intestinos despedían fuego. Perecería como los animales horneados, lo cual no era de su

agrado. Pero en realidad, ¿cuánto tiempo había transcurrido desde que dejó el cuerpo de don Damián? Muy poco, puesto que todavía no se sentía libre del calor a pesar del ligero fresco que el día naciente esparcía y lanzaba sobre los cristales de Bohemia de que se hallaba sujeta. Pensaba que no había sido violento el cambio de clima entre las entrañas de su ex dueño y la cristalería de la lámpara, gracias a lo cual no se había resfriado. Pero con o sin cambio violento, ¿qué había de las palabras de la criada? “Bella”, había dicho la anciana sirvienta. La vieja sirvienta era una mujer veraz, que quería a su amo porque lo quería, no por su distinguida estampa ni porque él le hiciera regalos. Al alma no le pareció tan sincero lo que oyó a continuación.

—¡Claro que era una bella alma la suya! —corroboraba el cura.

—Bella era poco, señor —aseguró la suegra.

El alma se volvió a mirar y vio cómo, mientras hablaba, la señora se dirigía a su hija con los ojos. En tales ojos había a la vez una orden y una imprecación. Parecían decir: “Rompe a llorar ahora mismo, idiota, no vaya a ser que el señor cura se dé cuenta de que te ha alegrado la muerte de este miserable”. La hija comprendió en el acto el mudo y colérico lenguaje, pues a seguidas prorrumpió en dolorosas lamentaciones:

—¡Jamás, jamás hubo alma más bella que la suya! ¡Ay, Damián mío, Damián mío, luz de mi vida!

El alma no pudo más; estaba sacudida por la curiosidad y por el asco; quería asegurarse sin perder un segundo de que era bella y quería alejarse de un lugar donde cada quien trataba de engañar a los demás. Curiosa y asqueada, pues, se lanzó desde la lámpara en dirección hacia el baño, cuyas paredes estaban cubiertas por grandes espejos. Calculó bien la distancia para caer sobre la alfombra, a fin de no hacer ruido. Además de ignorar que la gente no podía verla, el alma ignoraba que ella

no tenía peso. Sintió gran alivio cuando advirtió que pasaba inadvertida, y corrió, desolada, a colocarse frente a los espejos.

¿Pero qué estaba sucediendo, gran Dios? En primer lugar, ella se había acostumbrado durante más de sesenta años a mirar a través de los ojos de don Damián; y esos ojos estaban altos, a un metro y setenta centímetros sobre el suelo; estaba acostumbrada, además, al rostro vivaz de su amo, a sus ojos claros, a su pelo brillante de tonos grises, a la arrogancia con que alzaba el pecho y levantaba la cabeza, a las costosas telas con que se vestía. Y lo que veía ahora ante sí no era nada de eso, sino una extraña figura de acaso un pie de altura, blanduzca, parda, sin contornos definidos. En primer lugar, no se parecía a nada conocido, pues lo que debían ser dos pies y dos piernas, según fue siempre cuando se hallaba en el cuerpo de don Damián, era un monstruoso y, sin embargo, pequeño racimo de tentáculos como los del pulpo, pero sin regularidad, unos más cortos que otros, unos más delgados que los demás y todos ellos como hechos de humo sucio, de un indescriptible lodo impalpable, como si fueran transparentes y no lo fueran, sin fuerza, rastreros, que se doblaban con repugnante fealdad. El alma de don Damián se sintió perdida. Sin embargo sacó coraje para mirar más hacia arriba. No tenía cintura. En realidad, no tenía cuerpo ni cuello ni nada, sino que de donde se reunían los tentáculos salía por un lado una especie de oreja caída, algo así como una corteza rugosa y purulenta, y del otro un montón de pelos sin color, ásperos, unos retorcidos, otros derechos. Pero no era eso lo peor, y ni siquiera la extraña luz grisácea y amarillenta que la envolvía, sino que su boca era un agujero informe, a la vez como de ratón y de hoyo irregular en una fruta podrida, algo horrible, nauseabundo, verdaderamente asqueroso, ¡y en el fondo de ese hoyo brillaba un ojo, su único ojo, con reflejos oscuros y expresión de terror y perfidia! ¿Cómo explicarse que todavía

siguieran esas mujeres y el cura asegurando allí, en la habitación de al lado, junto al lecho donde yacía don Damián, que la suya había sido una alma bella?

—¿Salir, salir a la calle yo así, con este aspecto, para que me vea la gente? —se preguntaba en lo que creía toda su voz, ignorante aún de que era invisible e inaudible. Estaba perdida en un negro túnel de confusión. ¿Qué haría, qué destino tomaría?

Sonó el timbre. A seguidas la enfermera dijo:

—Es el médico, señora. Voy a abrirle.

A tales palabras la esposa de don Damián comenzó a aullar de nuevo, invocando a su muerto marido y quejándose de la soledad en que la dejaba.

Paralizada ante su propia imagen el alma comprendió que estaba perdida. Se había acostumbrado a su refugio, al alto cuerpo de don Damián; se había acostumbrado incluso al insufrible olor de sus intestinos, al ardor de su estómago, a las molestias de sus resfriados. Entonces oyó el saludo del médico y la voz de la suegra que declamaba:

—¡Ay, doctor, qué desgracia, doctor, qué desgracia!

—Cálmese, señora, cálmese —respondía el médico.

El alma se asomó a la habitación del difunto. Allí, alrededor de la cama se amontonaban las mujeres; de pie en el extremo opuesto a la cabecera, con un libro abierto, el cura comenzaba a rezar. El alma midió la distancia y saltó. Saltó con facilidad que ella misma no creía tener, como si hubiera sido de aire o un extraño animal capaz de moverse sin hacer ruido y sin ser visto. Don Damián conservaba todavía la boca ligeramente abierta. La boca estaba como hielo, pero no importaba. Por allá entró raudamente el alma y a seguidas se coló laringe abajo y comenzó a meter sus tentáculos en el cuerpo, atravesando las paredes interiores sin dificultad alguna. Estaba acomodándose cuando oyó hablar al médico.

—Un momento, señora, por favor —dijo.

El alma podía ver al doctor, aunque de manera muy imprecisa. El médico se acercó al cuerpo de don Damián, le tomó una muñeca, pareció azorarse, pegó el rostro al pecho y lo dejó descansar ahí un momento. Después, despaciosamente, abrió su maletín y sacó un estetoscopio; con todo cuidado se lo colocó en ambas orejas y luego pegó el extremo suelto sobre el lugar donde debía estar el corazón. Volvió a poner expresión azorada; removió el maletín y extrajo de él una jeringa hipodérmica. Con aspecto de prestidigitador que prepara un número sensacional, dijo a la enfermera que llenara la jeringa mientras él iba amarrando un pequeño tubo de goma sobre el codo de don Damián. Al parecer, tantos preparativos alarmaron a la vieja criada.

—¿Pero para qué va a hacerle eso, si ya está muerto el pobre? —preguntó.

El médico la miró de hito en hito con aire de gran señor; y he aquí lo que dijo, si bien no para que le oyera ella, sino para que le oyeran sobre todo la esposa y la suegra de don Damián:

—Señora, la ciencia es la ciencia, y mi deber es hacer cuanto esté a mi alcance para volver a la vida a don Damián. Almas tan bellas como la suya no se ven a diario y no es posible dejarle morir sin probar hasta la última posibilidad.

Este breve discurso, dicho con noble calma, alarmó a la esposa. Fue fácil notar en sus ojos un brillo duro y en su voz cierto extraño temblor.

—¿Pero no está muerto? —preguntó.

El alma estaba ya metida del todo y sólo tres tentáculos buscaban todavía, al tacto, las venas en que habían estado años y años. La atención que ponía en situar esos tentáculos donde debían estar no le impidió, sin embargo, advertir el acento de intriga con que la mujer hizo la pregunta.

El médico no respondió. Tomó el antebrazo de don Damián y comenzó a pasar una mano por él. A ese tiempo el alma iba sintiendo que el calor de la vida iba rodeándola, penetrándola, llenando las viejas arterias que ella había abandonado para no calcinarse. Entonces, casi simultáneamente con el nacimiento de ese calor, el médico metió la aguja en la vena del brazo, soltó el ligamento de encima del codo y comenzó a empujar el émbolo de la jeringuilla. Poco a poco, en diminutas oleadas, el calor de la vida fue ascendiendo a la piel de don Damián.

—¡Milagro, Señor, milagro! —barbotó el cura.

Súbitamente, presenciando aquella resurrección, el sacerdote palideció y dio rienda suelta a su imaginación. La contribución para el templo estaba segura, ¿pues cómo podría don Damián negarle su ayuda una vez que él le refiriera, en los días de convalecencia, cómo le había visto volver a la vida segundos después de haber rogado pidiendo por ese milagro? “El Señor atendió a mis ruegos y lo sacó de la tumba, don Damián”, diría él.

Súbitamente también la esposa sintió que su cerebro quedaba en blanco. Miraba con ansiedad el rostro de su marido y se volvía hacia la madre. Una y otra se hallaban desconcertadas, mudas, casi aterradas.

Pero el médico sonreía. Se hallaba muy satisfecho, aunque trataba de no dejarlo ver.

—¡Ay, sí se ha salvado, gracias a Dios y a usted! —gritó de pronto la criada, los ojos cargados de lágrimas de emoción, tomando las manos del médico—. ¡Se ha salvado, está resucitado! ¡Ay, don Damián no va a tener con qué pagarle, señor! —aseguraba.

Y cabalmente en eso estaba pensando el médico, en que don Damián tenía de sobra con qué pagarle. Pero dijo otra cosa. Dijo:

—Aunque no tuviera con qué pagarme lo hubiera hecho, porque era mi deber salvar para la sociedad un alma tan bella como la suya.

Estaba contestándole a la criada, pero en realidad hablaba para que le oyeran los demás; sobre todo, para que le repitiesen esas palabras al enfermo unos días más tarde, cuando estuviera en condiciones de firmar.

Cansada de oír tantas mentiras el alma de don Damián resolvió dormir. Un segundo después don Damián se quejó, aunque muy débilmente, y movió la cabeza en la almohada.

—Ahora dormiré varias horas —explicó el médico— y nadie debe molestarlo.

Diciendo lo cual dio el ejemplo, y salió de la habitación en puntillas.

LA MUCHACHA DE LA GUAIRA

El primer oficial tuvo razón al pensar que un asunto de tal naturaleza debía ser comunicado al capitán, pero el capitán no la tuvo cuando dijo las estúpidas palabras con que más o menos dejó cerrado el episodio. Esas palabras no tenían sentido. Veamos los hechos tal como se produjeron, y eso nos permitirá apreciar el caso en todos sus aspectos.

El *Trondheim*, de bandera panameña, aunque en verdad era un barco noruego, entró en La Guaira ese día a las diez de la mañana; a las ocho de la noche había cuatro hombres de la tripulación perdidamente borrachos en los cafetines del puerto, uno detenido por riña y varios más bebiendo. Los venezolanos llaman “botiquines” a los bares; en uno de esos botiquines, prácticamente echada sobre una pequeña mesa, con la barbilla en los antebrazos y los oscuros ojos muy abiertos, había una joven de negro pelo, de nariz muy fina y tez dorada. Por entre las patas de la mesa podía apreciarse que tenía piernas bien hechas, pero Hans Sandhurts, segundo oficial del *Trondheim*, no estaba en condiciones de demostrar que le interesaba la dueña de esas piernas. Contó tres hombres de su barco bebiendo en ese botiquín, y él sabía que no tardaría en haber escándalo; y era a él a quien le tocaría después entenderse con el capitán del puerto, ver a los agentes de los armadores, al cónsul de Panamá y a quien sabe cuánta gente más para obtener órdenes de libertad, pagar multas o enrolar nuevos

tripulantes, si era del caso, todas las cuales podían ser consecuencias de esas bebentinas desaforadas. Hans Sandhurst, pues, prefería no fijarse en la muchacha de las bellas piernas.

Desde la ventana junto a la cual estaba sentado podía volver la vista hacia el puerto y ver allá abajo su barco, a la luz de la luna, casi perdido entre muchos más, con los amarillos mástiles brillando y la blanca línea en lo alto de las chimeneas. Enclavada entre el mar y los Andes, La Guaira apenas tendrá unos veinte metros de tierra plana natural, y desde el mar la ciudad se ve como un hacinamiento de pequeñas casas blancas trepadas una sobre la otra, destacándose sobre el fondo rojo de la montaña. El Caribe espejeaba bajo la luna, hasta perderse en una lejana línea de verde azul tan claro como el cielo de esa noche. Hans Sandhurst, que de sus cuarenta años había pasado casi diez, intermitentemente, viviendo entre Cartagena, Panamá y Jamaica, amaba ese mar, tan inestable y, sin embargo, tan cargado de vitalidad. Tres veces había fracasado en negocios y otras tantas había tenido que volver a su antigua carrera. Pero no sería extraño que probara de nuevo, quizá para dedicarse al corte de cedro en Costa Rica, o a la pesca del camarón en Honduras, en cuyas costas abundaba ese crustáceo según le asegurara en Hamburgo hacía poco el capitán de un barco italiano. Se embebió Hans Sandhurst durante un rato en la contemplación de la pulida y brillante superficie de agua, en sus tonos verdes azules y cuando alzó su vaso de ron lo halló vacío. Se volvió, pues, para pedir más, y ya no estaban allí los tripulantes del *Trondheim*. El segundo oficial los buscó con los ojos, moviendo la cabeza en todas direcciones. Entonces fue cuando la muchacha le sonrió.

Eso sucedió probablemente pasadas las nueve de la noche; a las once no había mesas vacías en el botiquín. Entre voces, gritos, música y chocar de cristales y bandejas, el lugar era la imagen misma de la atolondrada vida nocturna de un puerto

en el Caribe. Muchos hombres y mujeres estaban de pie junto al mostrador. A menudo sonaba una risa aguda o se oía alguna frase obscena. Cosa extraña, la muchacha de las bellas piernas no las oía, o si las oía las ignoraba. Parecía colgar sólo de las palabras de Hans Sandhurst, y de vez en cuando comentaba:

—Me gusta como hablas el español; hablas bonito, oficial.

O si no:

—Me gustan tus ojos; tienes ojos honrados, Hans.

Pero lo decía en voz baja, dulce y en cierto sentido triste. Había aceptado bailar algunas piezas, y era casi tan alta como Hans Sandhurst, de hombros bien hechos, de pecho alto, de cintura fina. Vestía un traje vaporoso, de brillante color naranja. Era realmente bonita y parecía muy joven. El segundo oficial del *Trondheim* advertía que casi todos los hombres y muchas de las mujeres se volvían para mirarla cuando bailaba. Con movimiento natural, ella dejaba descansar su cabeza en la de él mientras duraba el baile. Probablemente era debido a lo que había dicho una hora después de haberse sentado él a su mesa:

—Es raro, oficial; me siento bien contigo, me siento descansada.

Sin duda que resultaba muy grata compañera esa muchacha de La Guaira, de voz tan poco usual, de gestos tan armónicos, a la vez dulce y triste. Hans Sandhurst no podía sospechar que bajo esa tierna apariencia hubiera un volcán bullendo. De haberlo sospechado se habría ido antes de las doce; con mayor precisión, cuando vio su reloj de muñeca a las once y tres cuartos. A esa hora había acabado su sexto ron y prefería no beber más. Dijo:

—Tarde ya. Voy a irme porque me espera mucho trabajo mañana.

Entonces en los ojos de la muchacha apareció de pronto el brillo muerto de la desolación. Sujetó al oficial por un brazo y

puso frente a él un rostro desatinado del cual había huído de golpe la luz de la vida. En todo ese rostro, sin explicarse debido a qué, él vio un aire de terror. La muchacha habló, pero no ya con aquella voz baja y tierna. Esa voz se había trocado en metálica, dura sin ser aguda.

—¡No, no: no te vayas! —dijo.

No agregó nada más, pero Hans Sandhurst comprendió que no necesitaba agregar palabra y, además, que él no debía irse. Sustituyó, pues, su anunciada ausencia con una petición de ron. Vio al sirviente en otra mesa, le hizo señas con un dedo en alto, y mientras le observaba correr hacia el mostrador oyó que la muchacha musitaba:

—Muchas gracias, oficial.

Dicho lo cual tomó amorosamente un brazo del hombre y recostó en él su cabeza. Hans vio parejas pasar bailando y también vio que en los labios de su compañera se esbozaba una suave sonrisa. Pero en verdad no analizó la causa de cambios tan rápidos. En esas vertiginosas noches de puertos ocurría a menudo que una mujer joven se sintiera bien junto a un desconocido.

Así iban los acontecimientos, produciéndose sin importancia alguna, cuando el sirviente retornó. Traía un ron y un vaso de agua; pero traía además —cosa que él ignoraba, por supuesto— la semilla de la tragedia. Dijo, con sonrisa melosa, lo que impedía una respuesta negativa:

—No hay mesas vacías, señor, ni asientos desocupados en otras mesas. Allí están los señores que necesitan sentarse. Yo los conozco; son gente buena. Me preguntaron si usted podía dejarlos sentarse aquí. Son personas decentes, señor.

¿Por qué no? Era habitual que en esos países del Caribe que él conocía los desconocidos se trataran con naturalidad, como compañeros de tripulación. Iba a preguntarle a la muchacha, pero ella había oído al sirviente y ni siquiera movió la

cabeza; seguía recostada en su brazo, como perdida, como soñando, lo cual podía entenderse como una aprobación.

—Muy bien —dijo él—, que vengan.

Eran dos hombres de edad muy dispareja, de cerca de cincuenta años, tal vez, el mayor, y de acaso veinticinco el más joven. El primero tenía la piel muy quemada; y esto, junto con el brillante pelo negro y lacio, con los ojos, también negros y ligeramente asiáticos, y con algo duro y misterioso en sus facciones, denunciaba la presencia del indio en su ancestro. No era alto, pero tampoco bajo. Saludó con notable cortesía y tomó asiento. Hans Sandhurst comprendió de inmediato que el hombre había bebido en exceso, a pesar de lo cual le oyó ordenar al sirviente:

—Dos whiskies con soda.

Después observó el vaso de Hans, todavía lleno.

—Ah, ron —comentó—. Acéptame desde ahora el próximo trago.

El joven no había tomado asiento aún. Parecía estudiar el ambiente con mirada profunda y a la vez perspicaz. Tenía probablemente tanta estatura como Hans, si bien era mucho más delgado, y de su piel pálida, de sus ojos ligeramente claros, tal vez también de las líneas alargadas de su rostro y de su cuello —con notable nuez de Adán—, o acaso de la forma vehemente en que parecía aspirar el aire cargado de humo, se desprendía una especie de visible ansiedad, quizá una honda preocupación o esa avidez emocional que caracteriza a los temperamentos creadores. De todas maneras la pareja resultaba interesante. Hans Sandhurst observaba a ambos hombres sin que se le ocurriera relacionarlos con él ni con la muchacha que se apoyaba en su brazo. Pero como sabría más tarde, esos dos hombres llevaban consigo una mecha encendida.

Cuando el joven se sentaba, el mayor estaba preguntando:

—¿Americano?

Con lo cual en realidad quería saber si Hans Sandhurst era estadounidense.

—No, noruego, aunque casi tan latino como ustedes —respondió.

Hubo cierto cambio de frases, con más propiedad, de cumplidos entre él y los dos hombres. Pero la joven parecía no haberse enterado de que ahora había dos extraños sentados a la mesa. Seguía recostada en el brazo, y de pronto, como si hubiera estado acostumbrada a hacerlo desde hacía años, besó con exquisita suavidad el brazo del oficial. Seguía el bullicio, resonaba la música de los discos en el pequeño salón, se alzaban voces y risas y los tres hombres hablaban cortésmente, presentándose entre sí, y ella actuaba como si se hallara a solas con Hans en una remota playa iluminada por la luna o en la intimidad de una pequeña casa donde no viviera nadie más. Por vez primera en esa noche Hans se sintió algo intrigado y se volvió a mirarla. ¿Le gustaba él tanto a ella, o era que tenía una naturaleza de por sí amorosa? Cuando levantó los ojos halló que el joven tenía la cabeza caída como quien se siente muy cansado o como quien está meditando con sobrehumana fuerza mental.

—La función del hombre, ¿cuál es? Eso es lo que no has podido explicarme. Te has perdido en un bosque de palabras, pero has eludido responder —dijo de pronto, dirigiéndose al mayor.

Hans observó que, al hablar, la mirada de ese joven relampagueaba; y se observó cuán pacientemente el otro, el mayor, parecía salir de un profundo sueño mientras daba vueltas a su vaso de whisky con soda. Empezó a hablar.

—Perdone, señor... ¿Cómo dijo? Ah, sí, Trondheim; no, Sandhurst, señor Sandhurst. Mi amigo está interesado en algunas cosas que tal vez le aburran a usted. Lamento mucho que la escasez de mesas, en este hórrido lugar, le obligue a oír cosas abstractas. Pero es el caso...

Un hombrón de gran cabeza, que había estado bebiendo en la mesa contigua, fue a ponerse de pie en tal instante y cayó de bruces, golpeando el suelo con la violencia de un pilar de cemento. Al parecer se hallaba totalmente ebrio. La muchacha alargó su fino cuello para verlo. Eso, sin duda, le interesaba más que la presencia de los dos extraños en su mesa. El que hablaba calló durante un momento y volvió hacia el caído un rostro desdeñoso.

—Mi amigo —prosiguió— requiere una explicación, o mejor aún, necesita una explicación. Él quiere averiguar cuál es la función del hombre sobre la tierra, lo cual desde luego, implica saber cuál es la de la tierra en el universo. ¿No le parece a usted muy peregrina, y muy fuera de lugar, esa pretensión de mi amigo?

—¿Por qué ha de estar fuera de lugar? —inquirió, repentinamente apasionado, el segundo oficial del *Trondheim*—. Yo creo muy justo que él quiera saberlo.

De súbito comprendió que el joven iba a serle simpático y que la manera de expresarse del mayor no le estaba gustando. Comprendió además que en esa noche casi vacía, que él esperaba malgastar al lado de una muchacha bonita de cortos alcances, había aparecido de golpe algo lleno de interés. Podría oír cosas tal vez importantes, y acaso cambiar ideas que siempre le habían preocupado. Pidió, pues, otro ron, y libertó su brazo, que la muchacha había vuelto a usar como una especie de almohada. El de más edad sonrió y se volvió al joven.

—Miguel, ¿no es esto inesperado? Aquí tienes tú al señor Trondheim, digo Sandhurst, oficial de marina noruego, buscando la respuesta que tú buscas. ¡Señor Sandhurst —dijo alzando su vaso—, bebamos un trago por la búsqueda de la función del hombre!

Esto habló, y a seguidas tumbó la cabeza sobre sus brazos, como poseído de un súbito sueño incontrolable. No cabía

duda de que había bebido en exceso. ¿O era que él sí sabía cuál era esa función del hombre y jugaba con la ansiedad de su joven amigo como el ágil y seguro gato juega con el indefenso y aterrorizado ratón? Ese abandono con que se tumbaba sobre la mesa y ese léxico que parecía manejar con especial delectación, ¿no denunciaban en él al hombre profunda y sutilmente cruel, que usaba su sabiduría como una arma peligrosa para herir a los más inexpertos?

—¡No! —clamó duramente el joven—. Es inapropiado venir aquí a brindar con whisky adulterado y ron barato por un tema tan cargado de sufrimientos. No es cosa de alzar un vaso de alcohol por ello, en un lugar como éste, antro de prostitución. ¡Me voy! —aseguró levantándose.

Entonces la muchacha pareció cobrar vida y miró a ese joven. Hans advirtió el interés en todo su rostro y notó el brillo de sus ojos, del todo nuevo, por lo menos para él; no visto antes en esa noche. Comenzaba a sentirse mucho más intrigado.

—Siéntese, por favor, joven —pidió.

Era evidente que también el joven había tomado más de lo debido, porque si no, ¿a qué tanta excitación? ¿Era acaso sagrado el tema que se había planteado, o había en el alma de ese muchacho una desconocida reserva de sentimiento religioso?

—Siéntese, por favor —repitió, cogido ya en los engranajes de la tragedia, todavía no sospechada por él ni por la muchacha ni por los dos recién llegados—. Hablemos del asunto. En realidad, me preocupa tanto como a usted el destino final de la humanidad.

—¿Por qué es necesario hablar de eso, por qué?

Era la muchacha quien hacía la pregunta. ¿Qué ocurría, qué le había llamado la atención hacía un instante, pues: el tema, la palabra “prostitución” dicha por el joven, o el joven mismo? La muchacha estaba resultando rara. Lo mejor

sería ignorar su presencia. De todas maneras media hora después, una hora a lo sumo, el segundo oficial del *Trondheim* volvería a su barco. Pero en eso el mayor de los extraños irguió la cabeza.

—Ella es quien tiene la razón. ¿Por qué hablar de eso? Millones de seres viven y mueren sin hacerse la terrible pregunta. Vivir la función de la humanidad es más sabio que tratar de conocerla. ¡Hans Trondheim, brindemos por la vida, que lleva en sí misma su ignorado destino!

En eso se hizo el silencio en todo el salón; es decir, silencio de seres humanos, porque la pesada máquina que daba música seguía trabajando en su rincón y se oía el vivaz ritmo de un joropo invitando a bailar. Una pareja de policías estaba de pie en el salón, uno junto al otro, y ambos recorrieron con la vista todo el ámbito, llevando la mirada de mesa en mesa como si buscaran a alguien. Pero un parroquiano alzó su mano alegremente y los llamó; los policías sonrieron y caminaron hacia allá. Se les vio entrar en animada charla, negar uno, alegar el otro, y al fin, sin sentarse, tomaron sendos tragos y se fueron de nuevo. Uno de ellos era negro y tenía risa hermosa y natural. Hans Sandhurst pensó: “He aquí un hombre que vive la vida como lo desea este señor”. Pero no lo dijo. Temía a la susceptibilidad de esa gente, que a menudo en palabras sin intención descubría una ofensa al país. Hablar de un policía podía resultar peligroso.

—En primer lugar —dijo el joven—, seamos corteses. El señor nos ha aceptado en su mesa y tú sabes que él no se llama Trondheim. Tu error es deliberado y ofensivo.

—Oh, no importa —atajó Hans—, pueden llamarme como deseen. Probablemente ninguno de los que estamos sentados en esta mesa volveremos a vernos pasada esta noche.

La muchacha saltó como sorprendida por un ataque alevoso.

—¿Qué has dicho; por qué has dicho que no volveremos a vernos, Hans?

Mientras hablaba le sujetaba fuertemente el brazo, y en tal momento Sandhurst anotó en su mente este simple detalle: no recordaba cómo se llamaba ella. “Quizá espera que me quede con ella esta noche y le pague bien por la mañana”, pensó. Pero la ansiedad que había en sus ojos mientras hablaba no podía estar originada sólo en la esperanza de que él le pagara bien. Había algo más, algo que por el momento él no podía determinar. Trató, sin embargo, de pasar por alto cuanto se refiriera a esa muchacha, sobre todo en tal momento, porque el mayor estaba hablando.

—La función del hombre, bah... Miguel, infinito número de sabios ha pretendido conocerla. Y yo digo que por el camino que estás queriendo transitar llegarás a un solo lugar, que es el refugio de todos los débiles; llegarás a admitir un Dios, cualquier Dios.

—No —respondió el joven—. ¿Por qué he de refugiarme en la religión? Yo no temo a la verdad. Pero mire, señor... Sandhurst, mi tesis es ésta: mi tesis es que la humanidad que puebla este planeta forma parte de un todo mayor. No sé si me hago entender. Yo creo que en esos otros mundos que nos rodean hay también humanidad. No sé qué apariencia tendrán, pero son seres pensantes. Nosotros, pues, somos sólo una parte de esa humanidad universal. Siendo una parte, ignoramos qué piensa o qué siente el resto. Sólo estando todos reunidos podremos aclarar qué fin buscamos.

El joven iba alzando la voz. En el barullo del botiquín no se daba cuenta de que para hacerse oír en su propia mesa estaba hablando muy alto. En la mesa contigua alguien le oía. Había allí dos hombres y dos mujeres a simple vista muy bebidos también. Y he aquí que uno de esos hombres se puso trabajosamente de pie y se encaminó a ellos. A buen

ojo no pasaba de los treinta y cinco años, y tenía aspecto de empleado, acaso de pequeño comerciante. Era muy oscuro, rechoncho, de espejuelos y nariz muy abierta. Usaba sombrero de fieltro. Se inclinó sobre el joven y apoyó un codo en la mesa.

—¿Por qué le preocupa a usted la humanidad? —preguntó—. Yo soy venezolano, latinoamericano, y lo que deseo saber es cuál es el destino nuestro, adónde vamos.

El hombre eructó. Hablaba con esfuerzo, aunque sin disparatar. Tenía los ojos turbios debido al alcohol, pero sin duda estaba dando salida a lo que llevaba en el corazón y por eso se expresaba claramente. Hans Sandhurst tenía una vaga idea de lo que estaba ocurriendo en Venezuela, pero no lo sabía a fondo; por eso no pudo advertir cuánta crueldad había en las palabras con que el mayor de su dos recientes amigos se dirigió al intruso.

—Dígame, señor, ¿cuál es a su juicio el destino de nuestro pueblo? ¿Cree usted que Rómulo Betancourt lo sabe mejor que uno de nosotros?

El borracho miró torvamente y pareció haber recibido un golpe en la nuca.

—Señor, yo no sé si usted es un espía de la dictadura; no sé si es un sirviente de estos militares que están asesinando a lo mejor de Venezuela. Pero usted me ha preguntado y yo le contesto: Sí, Rómulo Betancourt lo sabe. Y ahora, si le parece, denúncieme.

No dijo nada más, sino que a su juicio muy dignamente —aunque apenas podía tenerse en pie—, retornó a su mesa y se dejó caer en su silla como un bulto. Hans Sandhurst notó que de sus dos compañeros, el más joven se había quedado mudo; el otro sonreía. La muchacha parecía no hallarse allí; con un codo en la mesa y la cabeza en la mano, miraba dulcemente al segundo oficial del *Trondheim*.

—No hay derecho —dijo el joven dirigiéndose al mayor—. Si alguien ha oído se ha desgraciado. Fue una provocación tuya.

Por toda respuesta el de más edad sonreía. Pero en esa sonrisa había un resplandor siniestro, cosa que notó ciertamente Hans Sandhurst. Ahora bien, Sandhurst no estaba al tanto de lo que el extraño incidente significaba. Seguía pensando en la función de la humanidad y en lo que sobre ello había dicho el joven. De ahí que hablara como si nada hubiera sucedido. Argumentó:

—Yo creo que el fin del hombre es ser feliz; la humanidad busca inconscientemente la felicidad.

Entonces la muchacha saltó. Se hubiera dicho que nada oía, que no tenía interés en el tema. Y he aquí que al oír esas palabras irrumpió diciendo:

—¡Sí, sí, la gente quiere ser feliz! Yo quiero ser feliz. Tú has dicho lo que yo siento, Hans.

En ese expresivo rostro suyo, que el segundo oficial del *Trondheim* había visto cambiar tantas veces en pocas horas, parecía haberse producido de pronto una explosión de luz; sus ojos resplandecían gozosos y la dulce sonrisa había dejado de ser triste. Los tres hombres se fijaron en ella. Era como si en ese instante hubieran descubierto que ella estaba allí, con ellos. Pero un observador sagaz —y Hans Sandhurst lo era— podía notar matices muy diferentes entre ellos; por ejemplo, el joven era tolerante, acaso complaciente, como si pensara: “Es muy femenina la reacción de esa muchacha, y por lo demás nunca podrá entender por qué nos preocupa este tema”. En cambio el otro tenía una actitud a la vez de sorpresa y de cálculo; parecía decirse: “Ah conquie te interesa ser feliz, ¿no? Pero ahora voy a matar esa alegría en germen; ahora voy a demostrarte que no eres más que un simple gusano de polvo llamado a desaparecer, mísera vendedora

de tu cuerpo”. En cuanto a él mismo, Hans Sandhurst, segundo oficial del *Trondheim* metido en esa discusión con dos desconocidos sobrecargados de whisky y soda, ¿qué pensaba de la mujer? Pues pensaba: “No es una muchacha común; se trata de una alma amorosa que de pronto, sin saber por qué, ha sentido que hay una filosofía que justifica su vida, su natural sensualidad, sus aciertos y sus errores. Si dispusiera de tiempo me gustaría saber quién es ella y por qué está aquí”. Y a seguidas, por un fenómeno de traslación mental muy frecuente en él, se encontró pensando en que debía escribirle a aquel capitán italiano para que le diera más detalles sobre los camarones de Honduras; sabía el nombre de su buque y le escribiría al cuidado de los armadores. A ese punto miró su reloj; marcaba la una y cuarenta y cinco minutos, más propiamente, la una y cuarenta y dos minutos. Pero no sentía deseos de irse. El de más edad estaba empezando a hablar de nuevo.

—Bien, bien; aquí tenemos a Miguel, el preocupado Miguel, elaborando una tesis de amplitud universal. ¡Hum! Yo supongo que tienes la esperanza, mi joven amigo, de que los platillos voladores sean realidad y de que en ellos esté acercándose a la tierra una humanidad más avanzada que la nuestra, ¿no?

—Sí, puede ser, ¿por qué no puede ser? —respondió Miguel—. Ocurrió ya, sucedió cuando los españoles llegaron a América; para los indios americanos las carabelas de los conquistadores eran tan inconcebibles como para nosotros los platillos y sus tripulantes tan extraños como los habitantes de Marte hoy.

El otro sonreía.

—Miguel —dijo tornándose súbitamente serio y sujetando al joven por un hombro—, no desbarres; una tesis filosófica no se defiende con argumentos absurdos. Estás hablando

de lo que desearías que sucediera, no de nada que está sucediendo o que pueda, científicamente, suceder mañana.

A este punto ya la muchacha no estaba recostada en el brazo de Hans, soñando o simplemente descansando; atendía a lo que se hablaba, oía con todo su ser. No besaba, no sonreía; vivía la discusión. Sus ojos se hallaban fijos en el hombre que hablaba; y así le vio volver su atención rápidamente hacia el oficial.

—En cuanto a usted, ¿sabe qué propugna? Propugna el caos, porque ¿qué es la felicidad? ¿Es o no la satisfacción de cada uno? La felicidad de los coroneles y los generales de Venezuela y de nuestra América, ¿en qué consiste si no es en derrocar gobiernos legítimos, esclavizar a sus pueblos, asesinar a sus mejores hijos, enriquecerse y tener amantes? La felicidad de un criminal está en matar, la de un comerciante, en acumular dinero.

El llamado Miguel miró hacia la mesa vecina, pero ya allí no había nadie. Aquel borracho que se había acercado a hablarles hacía rato, y al que sin duda le hubiera agradado oír a su compañero, no estaba, ni estaban las mujeres ni el señor que bebían con él.

—Señor, yo no comprendo su punto de vista tan local ni tan actual —atajó Sandhurst— y no debo juzgarlos a ustedes como pueblo. Yo creo que hay una norma de conducta general y que todos podemos llegar a conocerla y a ejercerla.

—Sí, ¿pero cuándo? Porque es el caso que ya hay en Estados Unidos una bomba de hidrógeno y, sin embargo, todavía viven indios salvajes en nuestras selvas. La felicidad es un estado distinto para los sabios que fabricaron esa bomba y para los salvajes del Orinoco. Su punto de vista no nos sirve, como no nos sirve el de Miguel. La función del hombre es menos compleja.

Eso dijo, y Hans Sandhurst comprendió que se hallaba frente a una persona inteligente y de muchos conocimientos,

pero tuvo también la sensación de que no se había equivocado cuando pensó que tenía el alma cruel. Algo en él denotaba su delectación de destruir la idea de Miguel y la suya; la suya, que era también la de esa muchacha.

—Debemos seguir hablando —dijo el hombre—, sobre todo porque sería innoble dejar a esta joven en un error. Pero por el momento yo pido que repitamos el trago.

Con efecto, los vasos estaban vacíos. Entonces la muchacha intervino:

—Yo quiero beber también —dijo.

Lo cual aumentó la intriga del segundo oficial del “Trondheim”, porque hasta ese momento ella había rechazado toda invitación; había bebido sólo dos coca-colas en las largas horas que llevaban juntos. Ahora parecía haber despertado a la vida.

Miguel pidió bebida; ella prefirió ron, como Hans. Se veían ya algunas mesas vacías, pero todavía sonaba la música y tres o cuatro parejas bailaban. Con su silla arrimada a la pared, un jovencuelo dormía. Llegó el sirviente.

—Señorita —dijo el hombre de ancestro indígena, con el aire de un cumplido caballero que honrara a una gran dama—, brindo por usted y por su deseo de ser feliz. Usted y el señor Trondheim, digo Sandhurst, tienen ideas afines. Los felicito por ello. Pero entienda usted que no hay tal cosa; no es la felicidad lo que busca la humanidad. La función de la humanidad, señorita, es simplemente vivir, dar satisfacción a su instinto vital. Nacemos, nos desarrollamos y morimos, y nada más, bella joven. Vivimos porque tenemos que vivir; para vivir matamos animales y engullimos sus cuerpos, sembramos árboles y nos comemos sus frutos, pescamos peces y los guisamos. Buscando el placer de vivir escribimos y oímos música, pintamos y admiramos cuadros. No hay en absoluto nada más que eso. Luego nos toca morir y desaparecemos

completamente. Nosotros, los seres humanos, nos perdemos todos en la muerte, en la nada. Eso es todo.

El hombre había hablado con gozosa saña; al final de sus palabras sonreía desde bien adentro; con morbosa alegría muy mal disimulada. La muchacha se quedó absorta, mirándole. Tenía en la mano su vaso de ron. Y de súbito gritó, poniéndose de pie:

—¡Mentira, mentira; usted sólo está diciendo mentiras!

Miguel y el segundo oficial del *Trondheim* no hablaron; ambos habían comprendido que ese hombre se negaba a sí mismo, pues él también buscaba la felicidad, y su felicidad en ese momento consistía en hacer sufrir, en negar que en la tierra hubiera lugar para una concepción generosa de la vida.

Hans Sandhurst vio a la muchacha beberse su ron de un solo trago; la dorada piel se le había enrojecido y respiraba con fuerza. Estaba como poseída por una sagrada cólera. Llamó a voces y pidió más ron. El hombre que había hablado seguía sonriendo. Hans no había tocado su bebida.

Pero Miguel sí bebió, y al terminar su trago empezó a palidecer, a ponerse pálido, casi verde. Pidió permiso y se paró. No pudo llegar, sin embargo, adonde iba, porque a unos pasos de la mesa se agarró a una silla y comenzó a vomitar; después trató de sentarse, se apoyó más en la silla y se dobló sobre sí mismo.

—Su amigo está enfermo —dijo Sandhurst.

A lo que el otro respondió:

—Demasiada bebida, eso es todo.

A Hans le repugnó ese comentario tan ligero. No quería seguir allí.

—Me voy —dijo al tiempo de levantarse.

Pero la muchacha le sujetó un brazo.

—No, no puedes irte ahora. Yo he pedido un trago. Además, yo quiero beber, necesito beber.

—Muy bien, pero no aquí —explicó Hans.

—No, aquí no, en otro sitio —aceptó ella.

Y fue así como a las dos y media de la mañana, todavía con una luna resplandeciente que permitía ver uno por uno los techos de La Guaira bajo ellos, Hans Sandhurst y la muchacha salieron al aire de la noche, en pos de un lugar donde no vieran la dura sonrisa de aquel hombre que había proclamado, entre grumos de alcohol, el triunfo del instinto vital sobre la tierra. Con la cabeza entre las rodillas, el joven seguía vomitando.

Todavía a esa hora nada realmente importante había sucedido, de manera que si Hans Sandhurst se hubiera ido a dormir entonces, o la tragedia no se habría producido o él la hubiera ignorado. Pero no tuvo voluntad para recogerse. Ya se hallaba atraído por la intrigante personalidad de la muchacha, por su cambiante naturaleza, que había ido revelándose tan lentamente y que sin embargo, podía entretenerse como en verdad atractiva. Eso explica que una hora más tarde estuvieran sentados a una tosca mesa en otro botiquín, un mísero saloncito situado en el camino del aeropuerto, atendido por una mestiza gorda y entrada en años, de cara adusta y perpetuo cigarrillo en la boca. Había allí tres o cuatro hombres del pueblo bebiendo cerveza, sin duda trasnochadores habituales, que miraban a la muchacha con ojos lascivos y hablaban entre risotadas. La muchacha había bebido sin parar. Hans Sandhurst temía que se emborrachara.

Pues en la mente de esta compañera de una noche estaba produciéndose una obsesión, acaso algo parecido a los huracanes tropicales que cruzaban devastadores, de tarde en tarde, por ese mismo mar Caribe que golpeaba sin cesar las orillas rocosas de La Guaira. El hombre aquel había dicho: “Nosotros, los seres humanos, nos perdemos en la muerte, en la nada”, y esas palabras giraban sin tregua en el cerebro de la

muchacha, e iban formando allí un núcleo que arrastraba poco a poco todas sus ideas y sus emociones, como el núcleo del huracán arrastra los vientos y los pone a girar en torno suyo. Y era así, según lo entendía Hans, porque a menudo —con mayor frecuencia a medida que aumentaba el número de tragos que ingería— ella le sujetaba un brazo y mirándole con angustia, y hasta con cierta expresión de terror en los ojos, preguntaba:

—¿Es verdad que nos perdemos en la muerte, Hans; que nos perdemos en la nada?

El hecho de que él respondiera negativamente no parecía hacerle efecto; volvía al tema con obstinación creciente.

—Yo tengo un lindo recuerdo, un solo recuerdo bonito en mi vida, Hans, pero va a perderse, va a desaparecer cuando me muera. ¡Mi recuerdo va a morir, Hans, va a volverse nada también!

Él comenzaba a sentirse cansado. El terrible calor del Caribe había sido durante todo el día más fuerte que nunca; refrescó algo durante la noche, cuando estaban allá arriba, en el otro botiquín, pero ahora parecía haber vuelto y en verdad le abrumaba. La idea de ese recuerdo muriendo, desapareciendo en la nada, iba por momentos convirtiéndose, en la cabeza de la muchacha, en una especie de cantinela de borracho, lo cual desagradaba a Hans. Las caras de aquellos hombres que tenían ojos tan lascivos, y sus risotadas y sus palabrotas, le causaban disgusto, como le disgustaba la torva faz de la gruesa dueña.

—¡Vámonos! —dijo angustiado.

La muchacha no le contradijo. Le miró con humildad, más propiamente, con amorosa humildad. Él se había puesto de pie y ella se paró también. Era alta, de piel juvenil, bonita, de linda boca, de nariz fina, de ojos oscuros, de brillante pelo corto y negro. Sin embargo, en tal momento parecía muy

desamparada y Hans estaba seguro de que inesperadamente se pondría a llorar. Salieron. Hasta la puerta se asomaron dos de aquellos hombres para verlos, y cuando doblaron la esquina Hans volvió el rostro; la gorda mestiza le seguía con los ojos. Las míseras callejas se veían solitarias. Uno que otro perro ladraba, tal vez al paso de ellos, y a la luz de un farol había una pareja de policías. Caminaban en silencio. Y de pronto sucedió lo que él temía; ella se agarró a su hombro derecho y comenzó a sollozar. Sufría con toda el alma, de eso no cabía duda; su cuerpo entero se conmovía a los sollozos.

—¡Hans, mi único recuerdo bonito va a perderse! —dijo.

El segundo oficial del *Trondheim* había aprendido que en el Caribe hay dos maneras de ejercer la autoridad; una muy amplia, cuando se vive democráticamente, y otra muy exigente, cuando se vive bajo dictaduras. Pensaba que si aquellos dos policías les veían y creían que ellos estaban besándose o acariciándose en plena vía pública en las calles de La Guaira, considerarían que estarían burlándose de su autoridad y nadie sabía lo que podía ocurrir. Por eso se impacientó:

—Eso es tonto —dijo—; es tonto estar llorando por un recuerdo que no ha desaparecido aún. Creo que esto debe acabarse ya. Vamos.

Entonces ella levantó la cabeza y dejó de llorar. Todavía le corrían lágrimas por las mejillas, pero no lloraba ya; al contrario, la ira y el asombro, o si se prefiere, el disgusto y la sorpresa se mezclaban en su expresión.

—¡Véte tú! —dijo. Y se plantó en la calle.

La noche comenzaba a desvanecerse. Sin duda era bastante más tarde de las cuatro y Hans sabía que a las cinco sería día claro. De la luna sólo quedaba un resplandor; las estrellas perdían brillo y su vívido amarillo iba cediendo con bastante rapidez. Hans Sandhurst debía llegar a su barco. Por lo demás, esa muchacha se había embriagado. Así que aceptó su

orden y rompió a andar. Caminó cincuenta pasos, tal vez sesenta, y de pronto sintió que ella corría tras él, que se le acercaba en carrera desenfadada, llamándole casi a gritos:

—¡Hans, Hans, Hans!

Él se detuvo. Se oían con toda limpieza los pasos de la joven en el pavimento, y resonaban en la bóveda silenciosa de la noche. Al llegar donde él se hallaba ella se tiró a su pecho, otra vez llorando, sacudida por el llanto. En ese momento él pensó preguntarle dónde vivía para llevarla a dormir, o decirle que lo dejara tranquilo porque él se encaminaba a su barco. Pero no hizo ninguna de esas dos cosas; lo que hizo fue pasarle la mano por la cabeza, alisándole su corto pelo negro, y dejarla desahogarse en lágrimas. Así pasaron tal vez diez minutos, al cabo de los cuales ella dijo:

—Hans, el hombre tenía razón; él era el que tenía razón.

Maquinalmente echaron ambos a andar; lo hacían despaciosamente y en silencio. Ya empezaba a notarse el próximo nacimiento del día, a pesar de lo cual las callejas seguían solitarias. Iban hacia los muelles. Se oía el mar, retumbando en su ir y venir, como una lejana artillería en acción. Y de pronto, al paso de la pareja se levantó una corta bandada de palomas que picoteaban en la calle. Eran seis, tal vez siete, quizás ocho. Ambos alzaron los ojos para verlas. Y una de las palomas, totalmente blanca como un ave de mármol, dejó seguir a la bandada y se posó en el alambre del alumbrado. Fue una desdichada casualidad que acertara a poner sus rojas patitas en un alambre pelado. Pero ocurrió, y de golpe, igual que abatida por un rayo, la linda ave aleteó, como si no hubiera podido desprenderse, y cayó pesadamente a tierra.

Fue un pequeño pero extraño suceso. El cielo tenía ese tinte verde amarillo de los amaneceres en el trópico, y las casas, los postes de luz, todo lo que sobresalía se veía recortado contra él. Así también se vio la paloma cuando estuvo en

el alambre. Pero abajo, al caer, era posible distinguirla en detalle, con sus párpados grises, su pico de coral, sus blancas plumas tan limpias. En el paroxismo de la muerte tembló durante unos segundos. La muchacha había corrido y la había levantado. Expiró en sus manos. De rodillas, con la paloma en las palmas, como quien ofrenda a un Dios colérico, ella estaba frente a Hans y su rostro expresaba el enorme terror de quien está frente a un verdugo.

—¡Hans, Hans, aquí está; mírala, Hans, muerta, muerta como me moriré yo, muerta como decía el hombre!

Así dijo la muchacha; y en tal momento lloraba. Hans iba a cogerla de un brazo y a decirle que caminara, que eso no tenía importancia. Pero en tal momento ella volvió los ojos hacia el mar. La calle iba en descenso, bordeada de aceras desiguales, y al final, ya dando al mar, se veía un perro que hurgaba en un latón de basura. Todo eso lo vio Hans antes de que ella actuara. Y de pronto la muchacha se incorporó, miró con ojos de loca, con ojos de un miedo cerval, irresistible, al hombre que estaba allí, frente a ella; y sin soltar la paloma, con evidente frenesí, se echó a correr en dirección al mar. A la naciente claridad del día se veía el color naranja de su traje batido por la brisa del amanecer. El segundo oficial del *Trondheim* pensó: “Se va a su casa”. De ahí el asombro con que vio a la muchacha seguir en línea recta por el muelle, y saltar. Cuando él llegó, algunos hombres y un policía daban carreras y voces, y era inútil ya tratar de lanzarse tras ella. Una sola vez vieron algo de la suicida: sus dos manos al pie de una ola. Todavía sujetaba en ellas la paloma muerta.

Hans Sandhurst se quedó allí, oyendo comentar, atolondrado. Mucho después que salió el sol se encaminó a un bar y pidió cerveza. No tenía hambre ni sueño ni sed, pero debió tomarse seis cervezas. Tardó tiempo en pensar que el asunto podía tener complicaciones, pues en dos lugares la muchacha

había sido vista con él. Por eso cuando llegó al *Trondheim*, casi a las nueve de la mañana, llamó al primer oficial y habló largamente con él. El primer oficial no le interrumpió ni una sola vez; oyó todo el relato y al final dijo:

—Será mejor que veamos al capitán, Sandhurst.

El capitán usaba lentes y su rostro aguzado y pálido no dio señal de emoción alguna mientras oía la historia. Sólo cuando su segundo oficial terminó de hablar hizo un comentario, que en su lengua nativa sonó extrañamente a los oídos de Sandhurst. Dijo:

—No veo razón para preocuparse, Sandhurst. Y en cuanto al móvil del suicidio entiendo que no fueron las palabras de aquel hombre lo que la trastornaron. Seguramente había otros motivos que usted desconoce. Para su buen gobierno debo decirle que las gentes de estos pueblos mestizos no tienen tan alta sensibilidad ante las ideas como nosotros. Vaya a hacerse cargo de su trabajo.

Sí, eso fue lo que dijo, y para Hans Sandhurst no podían ser más estúpidas esas palabras. Por eso cuando se fue a su camarote buscó entre sus papeles la tarjeta del capitán italiano y se puso a escribirle. No tenía nada de improbable que el destinatario de la carta se asombrara cuando leyera la frase final. Decía así: “Si en verdad hay camarones y usted desea participar en el negocio, hágamelo saber. Es preferible vivir en estos países, donde todavía hay gentes capaces de vivir la vida hasta la muerte, aunque sean mestizas”.

Cuando salió a la cubierta los lingadores hablaban a gritos del suceso. Uno preguntaba:

—¿Y quién era?

Otro respondía:

—No se sabe; dicen que era de Caracas.

Pero para Hans Sandhurst ella sería siempre “la muchacha de La Guaira”.

CUENTO DE NAVIDAD

I

Más arriba del cielo que ven los hombres había otro cielo; su piso era de nubes, y después, por encima y por los lados, todo era luz, una luz resplandeciente que se perdía en lo infinito. Allí vivía el Señor Dios.

El Señor Dios debía estar disgustado porque se paseaba de un extremo al otro extremo del cielo. Cada zancada suya era como de cincuenta millas y a sus pisadas temblaba el gran piso de nubes y se oían ruidos como truenos. El Señor Dios llevaba las manos a la espalda, unas veces doblaba la cabeza y otras la erguía y su gran cabeza parecía un sol deslumbrante. Por lo visto, algo preocupaba al Señor Dios.

Era que las cosas no iban como Él había pensado. Bajo sus pies tenía la Tierra, uno de los más pequeños de todos los mundos que Él había creado y en la Tierra los hombres se comportaban de manera absurda, guerreaban, se mataban entre sí, se robaban, incendiaban ciudades; los que tenían poder y riquezas y odiaban a los vecinos ricos y poderosos, formaban ejércitos y solían atacarlos. Unos se declaraban reyes, y mediante el engaño y la fuerza tomaban las tierras y los ganados ajenos, apresaban a sus enemigos y los vendían como bestias. Las guerras, las invasiones, los incendios y los crímenes comenzaban sin que nadie supiera cómo, ni debido a qué causa y todos los que iniciaban esas atrocidades decían que el Señor Dios les mandaba a hacerlas

y sucedía que las víctimas de tantas desgracias le pedían ayuda a Él que nada tenía que ver con esas locuras. El Señor Dios se quedaba asombrado.

El Señor Dios había hecho los mundos para otra cosa y especialmente había hecho la Tierra y la había poblado de hombres para que estos vivieran en paz como si fueran hermanos, disfrutando entre todos de las riquezas y las hermosuras que Él había puesto en las montañas y en los valles, en los ríos y en los bosques. El Señor Dios había dispuesto que todos trabajaran a fin de que ocuparan su tiempo en algo útil y a fin de que cada quien tuviera lo necesario para vivir y con la claridad del Sol hizo el día para que se vieran entre sí y vieran sus animales y sus sembrados y sus casas y vieran a sus hijos y a sus padres y comprendieran que los otros tenían también sembrados y animales y casas, hijos y padres a quienes querer y cuidar. Pero los hombres no se atuvieron a los deseos del Señor Dios; nadie se conformaba con lo suyo y cada quien quería lo de su vecino, las tierras, las bestias, las casas, los vestidos y hasta los hijos y los padres para hacerlos esclavos. Ocurría que el Señor Dios había hecho la noche con las tinieblas y su idea era que los hombres usaran el tiempo de la oscuridad para dormir. Pero ellos usaron esas horas de oscuridad para acecharse unos a otros, para matarse y robarse, para llevarse los animales e incendiar las viviendas de sus enemigos y destruir sus siembras.

Aunque en los cielos había siempre luz, la lejana luz de las estrellas y la que despedía de sí el propio Señor Dios, se hizo necesario crear algo que disipara de vez en cuando las tinieblas de la Tierra y el Señor Dios creó la Luna. La Luna iluminó entonces toda la inmensidad. Su dulce luz verde amarilla llenaba de claridad los espacios y el Señor Dios podía ver lo que hacían los hombres cuando se ponía el Sol. Con sus manos gigantescas, Él hacía un agujero en las nubes, se acostaba

de pechos en el gran piso gris, veía hacia abajo y distinguía nítidamente a los grupos que iban en son de guerra y de pillaje. El Señor Dios se cansó de tanta maldad, acabó disgustándose y un buen día dijo:

—Ya no es posible sufrir a los hombres.

Y desató el diluvio, esto es, ordenó a las aguas de los cielos que cayeran en la Tierra y ahogaran a todo bicho viviente, con la excepción de un anciano llamado Noé que no tomaba parte en los robos, ni en los crímenes, ni en los incendios y que predicaba la paz en vez de la guerra. Además de Noé, el Señor Dios pensó que debían salvarse su mujer, sus hijos, las mujeres de sus hijos y todos los animales que el viejo Noé y su familia metieran dentro de una arca de madera que debía flotar sobre las aguas.

Pero eso había sucedido muchos millares de años atrás. Los hijos de Noé tuvieron hijos y los nietos a su vez tuvieron hijos y después los biznietos y los tataranietos. Terminado el diluvio, cuando estuvo seguro de que Noé y los suyos se hallaban a salvo, el Señor Dios se echó a dormir. Siempre había sido Él dormilón y un sueño del Señor Dios duraba fácilmente varios siglos. Se echaba entre las nubes, se acomodaba un poco, ponía su gran cabeza sobre un brazo y comenzaba a roncar. En la tierra se oían sus ronquidos y los hombres creían que eran truenos.

El sueño que disfrutó el Señor Dios a raíz del diluvio fue largo, más largo quizá de lo que Él mismo había pensado tomarlo. Cuando despertó y miró hacia la Tierra quedó sorprendido. Aquel pequeño globo que rodaba por los espacios estaba otra vez lleno de gente, de enorme cantidad de gente, unos que vivían en grandes ciudades, otros en pequeñas aldeas, muchos en chozas perdidas por los bosques y los desiertos. Y lo mismo que antes, se mataban entre sí, se robaban, se hacían la guerra.

Por eso se veía al Señor Dios preocupado y disgustado; por eso iba de un sitio a otro, dando zancadas de cincuenta millas. El Señor Dios estaba en ese momento pensando qué cosa debía hacer para que los hombres aprendieran a quererse entre sí, a vivir en paz. El diluvio había probado que era inútil castigarlos. Por lo demás, el Señor Dios no quería acabar otra vez con ellos, al fin y al cabo eran sus hijos, Él los había creado y no iba Él a exterminarlos porque se portaran mal. Si ellos no habían comprendido sus propósitos, tal vez la culpa no era de ellos, sino del propio Señor Dios que nunca se los había explicado.

—Tengo que buscar un maestro que les enseñe a conducirse —dijo el Señor Dios para sí.

Y como el Señor Dios no pierde su tiempo, ni comete la tontería de mantenerse colérico sin buscarle solución a los problemas, dejó de dar zancadas, se quedó tranquilo y se puso a pensar. Pues ni aún Él mismo, que lo creó todo de la nada, hace algo sin antes pensar en el asunto. Una vez había habido un Noé, anciano bondadoso, a quien el Señor Dios quiso salvar del diluvio para que su descendencia aprendiera a vivir en paz y resultó que esos descendientes del buen viejo comenzaron a armar trifulcas peores que las de antes del tremendo castigo. Había sido mala idea la de esperar que la gente cambiara por medio o gracias al ejemplo de Noé; por tanto, el Señor Dios no perdería su tiempo escogiendo castigos ejemplares ni buscando entre los habitantes de la Tierra alguien a quien confiarle la regeneración del género humano. Pero entonces, ¿quién podría hacerse cargo de ese trabajo?

El Señor Dios pensó un rato, que podía ser un día, un año o un siglo pues para Él el tiempo no tiene valor porque Él mismo es el tiempo, lo cual explica que no tenga ni principio, ni fin. Pensó y de pronto halló la solución:

—El mejor maestro para esos locos sería un hijo mío.

¡Un hijo del Señor Dios! Bueno, eso era fácil de decir pero muy difícil de lograr. ¿Pues qué mujer podía ser la madre del Hijo de Dios? Sólo una Señora Diosa como Él; y resulta que no la había, ni podía haberla. Él era solo, el gran solitario y sin duda, si hubiera estado casado nunca habría podido hacer los mundos y todo lo que hay en ellos, en la forma en que los hizo, porque la mujer del Señor Dios, cualquiera que hubiera sido —aún la más dulce e inteligente— habría intervenido alguna que otra vez en su trabajo y debido a su intervención las cosas habrían sido distintas; por ejemplo, la mujer hubiera dicho: “¿pero por qué le pones esa trompa tan fea al pobrecito elefante cuando le quedaría mejor un ramo de flores?”. O quizá habría opinado que la jirafa no debía tener el cuello tan largo y ahora tendríamos una jirafa de patas larguísimas y pescuezo de seis pulgadas. Ocurrió siempre que cualquier mujer convence a su marido de que haga algo en esta forma y no en aquella y así es y tiene que ser porque ella es la compañera que sufre con el marido sus horas malas y el marido no puede ignorar su derecho a opinar y a intervenir en cuanto él haga.

Pero el Señor Dios es solitario y tal vez por eso puso mayor atención en los animales machos que en las hembras, razón por la cual el león resultó más fuerte que la leona, el gallo más inquieto y con más color que la gallina, el palomo más grande y ruidoso que la paloma. Y la verdad es que como Él no tenía necesidades como la gente, ni sentía la falta de alguien con quien cambiar ideas, no se dio cuenta de que debía casarse. No se casó y sólo en aquel momento, cuando comprendió que debía tener un hijo, pensó en su eterna soltería.

—Caramba, debería casarme —dijo.

Pero a seguidas se rió de sus palabras. ¿Con quién podía contraer matrimonio? Además, aunque hubiera con quien, Él estaba hecho a sus manías, que no iba a dejar fácilmente;

entre otras debilidades, le gustaba dormir de un tirón montones de siglos y a las mujeres no les agradan los maridos dormilones.

La situación era seria y había que hallarle una solución. Eso que sucedía en la Tierra no podía seguir así. El Señor Dios necesitaba un hijo que predicara en ese mundo de locos, la ley del amor, la del perdón, la de la paz.

—¡Ya está! —dijo el Señor Dios, pero lo dijo con tal alegría, tan vivamente que su vozarrón estalló y llenó los espacios, haciendo temblar las estrellas distantes y llenando de miedo a los hombres en la Tierra.

Hubo miedo porque los hombres, que van a la guerra como a una fiesta, son, sin embargo, temerosos de lo que no comprenden ni conocen. Y la alegría del Señor Dios fue fulgurante y produjo un resplandor que iluminó los cielos, a la vez que su tremenda voz recorrió los espacios y los puso a ondular. El Señor Dios se había puesto tan contento porque de pronto comprendió que el maestro de ese hatajo de idiotas que andaban matándose en un mundo lleno de riquezas y de hermosuras tenía que ser en apariencia igual a ellos, es decir, un hombre, y que por tanto la madre de ese maestro debía ser una mujer. Así fue como el Señor Dios decidió que Su Hijo nacería como los hijos de todos los hombres, nacería en la Tierra y su madre sería una mujer.

Alegre con su idea, el Señor Dios decidió escoger a la que debía llevar a Su Hijo en el vientre. Durante largo rato miró hacia la Tierra, observó las grandes ciudades, una que se llamaba Roma, otra que se llamaba Alejandría, otra Jerusalén y muchas más que eran más pequeñas. Su mirada, que todo lo ve, penetró por los techos de los palacios y recorrió las chozas de los pobres. Vio infinito número de mujeres, mujeres de gran belleza y ricamente ataviadas o humildes en el vestir, emperatrices, hijas de comerciantes y funcionarios, compañeras de

soldados y de pescadores, hermanas de labriegos y esclavas. Ninguna le agradó. Pues lo que el Señor Dios buscaba era un corazón puro, un alma en la que jamás hubiera albergado un mal sentimiento, una mujer tan llena de bondad y dulzura que Su Hijo pudiera crecer viendo la belleza reflejada en los ojos de la madre. El Señor Dios no hallaba mujer así y de no hallarla, toda la humanidad estaría perdida, nadie podría salvar a los hombres. De una mujer dependía entonces el género humano y sucede que de la mujer depende siempre, porque la mujer está llamada a ser madre, la madre buena da hijos buenos, y son los buenos los que hermocean la vida y la hacen llevadera.

Iba el Señor Dios cansándose de su posición ya que estaba tendido de pechos mirando por el agujero que había abierto en las nubes, cuando acertó a ver, en un camino que llevaba a una aldea llamada Nazaret, a una mujer que arreaba un asno cargado de botijos de agua. Era muy joven y acababa de casarse con un carpintero llamado José. Su voz era dulce y sus movimientos armoniosos. Llevaba sobre la cabeza un paño morado y vestía de azul. El Señor Dios, que está siempre enterado de todo, sabía que se llamaba María, que era pobre y laboriosa, que tenía el corazón lleno de amor y el alma pura. El Señor Dios tenía la costumbre de regañar consigo mismo, de manera que en ese momento dijo:

—Debo ser tonto, ¿pues por qué he estado buscando mujeres en las grandes ciudades y en los palacios, si yo sabía que María estaba en Nazaret?

Ocurre que el Señor Dios prefería admitir que era tonto antes que aceptar que de tarde en tarde su memoria le fallaba. Ya estaba algo viejo, si bien es lo cierto que Él había nacido viejo porque desde el primer momento de su vida había sido como era entonces, y desde ese primer momento lo sabía todo y tuvo sobre sí la responsabilidad de la vida, es decir, la de dar

la vida, la de poblar los espacios de mundos, y los mundos de seres, de plantas y de piedras, de montañas y de mares y de ríos. Con tantas preocupaciones encima, ¿a quién ha de extrañarle que se olvidara de la existencia de María? La había olvidado y esa era la verdad aunque Él no quisiera admitirlo. Pero he aquí que acertó a verla y de inmediato la reconoció; en el instante supo que ella debía ser la madre de Su Hijo. Gran descanso tuvo el Señor Dios en ese momento. Los hombres seguían en sus trifulcas, sus guerras y sus rapiñas y desde allá arriba el Señor Dios oía sus gritos, el tropel de sus caballerías atacándose unas a otras, veía a los reyes ordenando matanzas y celebrando grandes fiestas, a los mercaderes y a los sacerdotes de las más variadas religiones dirigiendo los cultos, cada uno diciendo que el suyo era el único verdadero, a los navíos cruzando los mares y a los pastores peleando a pedradas con los leones de los desiertos para defender sus ovejas. Y pensaba Él: “Pronto esos locos van a oír la voz de Mi Hijo”.

Para el Señor Dios decir “pronto” era como para nosotros decir “dentro de un momento”, sólo que el tiempo es para Él muy distinto de lo que es para nosotros. Todavía Su Hijo tenía que nacer, crecer y llegar a hombre. Pero si el Señor Dios había sufrido miles de años las locuras del género humano, ¿qué le importaba esperar unos años más?

Ahora bien, si se quiere que algo esté hecho dentro de un siglo, lo mejor es empezar a hacerlo ahora mismo, y así es como pensaba y piensa el Señor Dios. Además, Él no tiene la mala costumbre de soñar las cosas y dejarlas en sueño. Las mejores ideas son malas si no se convierten en hechos y el Señor Dios sabía que es preferible equivocarse haciendo algo a quedarse sin hacer nada por miedo a cometer errores. De manera que Él no debía perder tiempo, como no lo había perdido jamás cuando tenía algún quehacer por delante. Y ahora tenía uno

muy importante: el de dar un hijo suyo a los hombres para que estos oyeran por la boca de ese hijo la palabra de Dios.

Sucedía que María estaba casada desde hacía poco. Por otra parte, aunque se hallara soltera, el Señor Dios no podía bajar a la Tierra para casarse con ella. Él no era un hombre sino un ser de luz, que ni había nacido como nosotros, ni moriría jamás, a pesar de lo cual vivía y sentía y sufría. Era, como si dijéramos, una idea viva. Lo que Su Hijo traería a la vida no sería su rostro, no serían sus ojos, ni su nariz, sino parte de su luz, de su propio ser, de su esencia. Pero para que la gente lo viera y lo oyera, debería tener figura humana y para tener figura humana debía nacer de una mujer. Visto todo eso, no hacía falta que Él se casara con María, sólo era necesario que el hijo de María tuviera el espíritu del Señor Dios. Y eso había que hacerlo inmediatamente.

De vez en cuando, el Señor Dios tiene buen humor, le gusta hacer travesuras allá arriba. Esa vez hizo una. Él pudo haber soplado sobre sus manos y decir:

—Soplo, hazte un pajarillo y ve donde está María, la mujer del carpintero José, en la aldea de Nazaret y dile que va a tener un hijo mío.

Pero sucede que ese día Él estaba de buen humor y sucede además que Él conocía el corazón humano y sabía que nadie iba a creer a un pajarillo.

Por eso se arrancó un pelo de su gran barba, se lo puso en la palma de la mano y dijo:

—Tú vas a convertirte ahora en un ángel y te llamarás el Arcángel San Gabriel. ¡Pero pronto, que no estoy por perder tiempo!

Aquello pareció cuento de hadas. En un segundo el blanco pelo se transformó, creció, le salieron alas, se le formó una hermosa cabeza cubierta de rubios cabellos. Al abrir los azules ojos el Arcángel se llevó el gran susto.

—Buenos días, Señor... —empezó a decir, temblando de arriba, abajo.

—Señor Dios es mi nombre, joven —aclaró el Señor Dios—, y para lo sucesivo sepa que soy su jefe, de manera que vaya acostumbrándose a obedecerme.

—Sí, Señor Dios; se hará como Usted mande.

—Empezando por el principio, como en todas las cosas, aprenda buenos modales, salude con cortesía a sus mayores y tenga buena voluntad para cumplir mis órdenes. Atienda bien, porque ustedes los ángeles andan siempre distraídos y olvidan pronto lo que se les dice. No ponga esa cara tan seria. Es muy importante saber sonreír, sobre todo, en su caso, pues usted va a tener una función bastante delicada, como si dijéramos, una misión diplomática.

—No sé qué es eso, Señor Dios; pero en vista de que Usted lo dice, debe ser así.

—Me parece muy inteligente esa respuesta, Gabriel. Creo que vas a ser un arcángel bastante bueno. Ahora, fíjate en esa bola pequeña que va rodando allá abajo. Obsérvala bien, es la Tierra y allá vas a ir sin perder tiempo.

El Arcángel San Gabriel miró hacia abajo y vio un tropel de mundos que pasaba a gran velocidad y como él acababa de abrir los ojos, más aún, acababa de nacer, no estuvo atinado cuando señaló a uno de esos mundos mientras preguntaba:

—¿Es aquella de color rojizo que va allá?

Eso no le gustó al Señor Dios pues Él nunca había tenido paciencia para enseñar. De haberla tenido no habría pensado en un hijo para que sirviera de maestro a los hombres.

—Jovenzuelo —dijo—, haga el favor de poner atención cuando se le habla y no tendrá que oír las cosas dos veces. Le he enseñado la otra bola, la que está a la izquierda.

El Arcángel Gabriel era tímido. En verdad, no había tenido tiempo de formarse carácter. Le confundió sobremanera

que el Señor Dios le tratara unas veces de “tú” y otras de “usted” y se puso a temblar de miedo.

—¡Eso sí que no! —tronó el Señor Dios—. Estás lleno de miedo y nadie que lo tenga puede hacer obra de importancia. Tampoco hay que tener más valor de la cuenta, como les ocurre a algunos de esos locos que pueblan la Tierra y creen que el valor les ha sido concedido para hacer el mal y abusar de los débiles. Pero te advierto, hijo mío, que la serenidad y la confianza en sí mismo son indispensables para vivir conmigo, no quiero ni a los tímidos, porque todo lo echan a perder por falta de dominio, ni a los agresivos, que van por ahí causando averías, sino a los que son serenos porque la serenidad es un aspecto de bondad y la bondad es una parte de mí mismo. ¿Entiendes?

El Arcángel dijo que sí, pero la verdad es que no entendió palabra, se sentía confundido, sorprendido de lo que le estaba ocurriendo minutos después de haber salido de un pelo de barba. Sólo atinaba a ver el desfile de mundos a lo lejos y a oír el vozarrón del Señor Dios.

—Bueno —prosiguió el Señor Dios—, pues si entendiste, ya sabes que ésa que te señalo es la Tierra. Vas a irte allá sin perder tiempo, te dirigirás a una aldea llamada Nazaret, que está cerca de un lago al cual los hombres llaman de Genezaret. Aprende bien el nombre para que no cometas errores. En esa aldea de Nazaret vive una mujer llamada María. Hace un momento la vi llevando agua a su casa y tal vez, no haya llegado todavía; vestía de azul claro, llevaba un paño morado sobre la cabeza y arreaba un asno cargado de botijos de agua. Te doy todos esos detalles para que no te confundas. Podrás conocerla, además, por la voz, pues su voz es melodiosa como ninguna otra. Si sucede que al llegar tú ya ella se ha metido en su choza, pregunta a cualquiera que veas por María, la mujer del carpintero José; es seguro

que te dirán dónde vive, porque la gente de la Tierra es curiosa y amiga de novedades, razón por la cual te ayudarán para después pasarse un mes charlando sobre tu visita a la joven señora. ¿Me vas entendiendo?

—Sí, Señor Dios.

—Entonces queda poco por decirte. Al llegar allá te dirigirás a María con mucha urbanidad y le dices que Yo he dispuesto tener un hijo y que ella será la madre; que se prepare, por tanto, a ser la madre del Hijo de Dios. Eso es todo. ¡Vete en el acto, que tengo un poco de sueño y antes de dormir quiero saber cómo te irá en tu embajada!

San Gabriel iba a salir cuando se le ocurrió preguntar:

—¿Y si me pregunta cómo va a ser Su Hijo, qué nombre habrá de ponerle, qué oficio tendrá?

—Le dirás que será como todos los hijos de hombres y mujeres y que sólo ha de distinguirse de los demás por la grandeza y la luminosidad de su espíritu, que será humilde, bondadoso y puro; que le llame Jesús y que su oficio será mostrar a la humanidad el camino del amor y del perdón. Le dirás también que está llamado a sufrir para que los demás puedan medir el dolor que hay en la Tierra comparándolo con el que él padecerá y porque sólo sufriendo mucho enseñará a perdonar también mucho.

El Arcángel no esperó más. Sentía que las palabras del Señor Dios henchían su alma, la llenaban con fuerza musical, con algo cálido y hermoso. Se le olvidó despedirse, cosa que el Señor Dios no le tomó en cuenta porque pensó que no podía aprenderlo todo de golpe. Un instante después San Gabriel veía la Tierra tan cerca que casi podía tocarla.

II

Viendo las ciudades de la Tierra, los ricos palacios en lo alto de las colinas y a orillas de los mares, admirando el esplendor con que vivían los reyes y sus favoritos, los grandes mercaderes y los jefes de tropas, San Gabriel se preguntó por qué el Señor Dios había resuelto tener un hijo con una mujer pobre, que moraba en choza de barro y arreaba asnos cargados de agua por caminos polvorientos. ¿No era el Señor Dios, el verdadero rey de los mundos, el dueño del Universo, el padre de todo lo creado? ¿No debía ser su hijo pues, otro rey? Si tenía que nacer de mujer, ¿por qué Él no había escogido para madre suya a una reina, a la hija de un emperador, a la heredera de un príncipe poderoso? A juicio de San Gabriel, el Hijo de Dios, debía nacer en lecho adornado con cortinas de terciopelo y seda, entre oro y perlas, rodeado por grandes dignatarios y damas deslumbrantes y a su alrededor debía haber un ejército de esclavos listos a servirle; así, todos los pueblos le rendirían homenaje y veneración desde su nacimiento, y los grandes y los pequeños le obedecerían porque estaban acostumbrados desde hacía muchos siglos a respetar y honrar a quienes nacían en cunas de reyes. ¿Había dicho el Señor Dios que Su Hijo estaba llamado a mostrar al género humano, el camino de la paz, del amor y del perdón, o había él oído mal? De ser así, ¿no le sería más fácil imponer la paz si nacía hijo de rey y por lo mismo, obedecido por millares de soldados que harían lo que Él les ordenara?

El Arcángel San Gabriel se detuvo un momento a meditar. Pensó que tal vez él estaba equivocado, a lo mejor se había confundido y el Señor Dios no le había hablado de choza, ni de mujer pobre, ni de asno, ni de botijos de agua. Volvería allá arriba a preguntarle al Señor Dios, y hasta de ser posible discutiría con Él, el asunto.

Pero el hermoso ángel ignoraba que el Señor Dios estaba mirándolo; e ignoraba también que el Señor Dios sabía qué cosa estaba pensando él en tal momento. Podemos imaginar, pues, el susto que se llevó cuando oyó la enorme voz del Señor Dios llamándole. He aquí lo que le dijo el Señor Dios:

—Gabriel, estás pensando mal. Te dije lo que te dije, no lo que tú crees ahora que debí decirte. Mi Hijo nacerá en casa pobre, porque si no es así, ¿cómo habrá de conocer la miseria y el padecimiento de los que nada tienen que son más que los poderosos? ¿Cómo quieres tú que Mi Hijo conozca el dolor de los niños con hambre, si Él crece harto? Mi Hijo va a ofrecer a la humanidad el ejemplo de su sufrimiento, ¿y quieres tú que se lo ofrezca desde el lujo de los palacios? Gabriel, ¡no me hagas perder la paciencia, caramba! No te metas a enmendar mis ideas. Cumple tu misión y hazlo pronto, que estoy cayéndome de sueño y no me hallo dispuesto a perdonarte si me desvelo por tu culpa. ¡Ya lo sabes!

¿Qué más debía decirse? El pobre Arcángel estuvo a punto de caer de bruces en pleno lago de Genezaret, pues del susto se le olvidó usar las alas. En un segundo se dirigió a la choza del carpintero José; y tan asustado iba que pegó un cabezazo contra la pared. En el acto se le formó un chichón. Para suerte suya la choza no era uno de esos palacios de mármol donde él creyó que debía nacer el Hijo de Dios, pues de haber sido uno de ellos, el hermoso Arcángel se habría roto un hueso.

Frente a la choza había un hombre barbudo, de cara bondadosa, que aserraba un madero. “Este debe ser el carpintero José”, pensó San Gabriel. Y era José sin duda, pues cerca de él había un rústico banco de carpintero y sobre éste, madera cortada e instrumentos del oficio.

—¿Qué desea usted? —le preguntó el carpintero, a quien le pareció muy raro que el visitante, en vez de tocar a la puerta como lo hace todo el mundo, llamara golpeando con la cabeza en la pared.

—Deseo saber dónde vive el carpintero José —explicó el Arcángel.

—Aquí mismo, joven; yo soy José. Le advierto que si viene a buscarme para algún trabajo, me halla con muchos compromisos.

Esa era una manera de estimular el interés del visitante, pues la verdad es que José estaba por esos días sin trabajo. De ahí que le desconsolara mucho oír al recién llegado, que decía:

—No, señor, se trata de otra cosa. Yo vengo a hablar con María, su mujer.

—¿María? —dijo José, como un eco—. Fue a la fuente en busca de agua. Tendrá que esperarla un poco. ¿Desea sentarse?

—No, prefiero esperarla aquí.

José no perdió del todo la esperanza y se puso a hablarle al visitante de su oficio.

—A mí siempre me están buscando para trabajos de carpintería —afirmaba— porque nadie hace mesas y reclinatorios tan buenos ni tan baratos como yo. Por eso me mantengo ocupado todo el año.

José hablaba y San Gabriel pensaba en la rapidez con que se habían producido los hechos desde su aparición al conjuro del soplo del Señor Dios. Todo había sucedido tan deprisa que todavía María no había vuelto de la fuente.

El Señor Dios la había visto arreando el asno y antes de que ella retornara a su casa había nacido el arcángel, había oído las recomendaciones del Señor Dios, había viajado a la Tierra, había pensado disparates, se había casi descabezado contra la pared de la choza y había cambiado frases con José.

—Caramba —se dijo él lleno de asombro—, la verdad es que mi jefe actúa sin perder tiempo.

¿Sin perder tiempo? ¿Y qué es el tiempo para el Señor Dios, si ocurre que a la vez Él es el tiempo y está más allá del tiempo? El tiempo es algo así como la respiración de los mundos y el Señor Dios es la vida misma de los mundos, de manera que el tiempo viene a ser la respiración del Señor Dios, ideas muy complicadas desde luego para San Gabriel. Desde allá arriba el Señor Dios veía esas ideas en la cabeza de su embajador y pensaba: “A este Gabriel le valdría más recordar mis instrucciones y no meterse en honduras porque ya va llegando María”.

Así sucedía, en verdad. Con su alegre y linda cara de muchacha, María iba acercándose a la choza. De sólo verla, el Arcángel la conoció; lo cual no tuvo buenos resultados porque como estaba pensando en aquello del tiempo, se turbó y olvidó que el Señor le había recomendado usar modales urbanos para dirigirse a la joven señora. También es verdad que él nunca antes había hablado a una mujer; que en un instante había pasado de la nada a la vida y había viajado de los cielos a la Tierra, en fin, que había tenido muchas emociones y muchas experiencias en corto rato, lo cual tal vez podría explicar su turbación. Es el caso que cuando María llegó, se le puso delante y sólo atinó a decir esto:

—Si no me equivoco, usted es María, la mujer de ese señor que está ahí aserrando madera. Bueno, yo tengo que hablar con usted algo muy importante. Se lo voy a decir en presencia

de su marido, porque según me dijo el Señor Dios, la gente de esta Tierra es muy dada a charlar sobre todas las cosas y es mejor que haya testigos. Lo que tengo que decirles es que el Señor Dios va a tener un hijo y usted va a ser la mamá. Con que ya lo sabe. Si tiene algo que preguntar, hágalo ahora mismo porque el Señor Dios se siente con sueño y no quiere que yo pierda el tiempo hablando tonterías con usted.

La joven María se quedó boquiabierta, más propiamente, muda del asombro. Pero el que se asustó más fue su marido. Tan pronto oyó lo que había dicho San Gabriel, soltó la sierra y salió detrás del Arcángel, que ya se iba.

—¡Oiga, amigo! ¿Usted sabe lo que ha dicho? ¿No sabe usted que el Hijo de Dios va a tener que sufrir mucho, según dicen las Escrituras y que van a matarlo en una cruz?

San Gabriel atajó aquel torrente de palabras explicando:

—Todo lo que usted quiera, señor, pero yo he venido a cumplir una misión que me encomendó el Señor Dios. Yo lo siento mucho, pero lo que le suceda al Hijo de Dios no es asunto mío. Lo único que puedo decirle es que su papá quiere que le pongan el nombre de Jesús.

Dicho lo cual pegó un salto, extendió las alas y se perdió en el cielo, a tal velocidad que ningún ojo humano podía seguirlo.

El bueno de José cayó de rodillas, se agarró una mano con la otra, elevó las dos a lo alto y después se dobló hasta pegar la cabeza con el polvo del camino.

—¡Ay María, María! —exclamó—. ¿Cómo se te ocurre tener un hijo de Dios? ¿No sabes que todos los profetas han dicho que el Hijo de Dios tendrá que sufrir mucho entre los hombres, que será escarnecido, torturado y muerto en una cruz, como el peor de los criminales? ¿Qué va a ser de nosotros, María? ¿Por qué te has metido en tal compromiso sin hablar antes conmigo?

La pobre María oía a su marido sin lograr comprender por qué hablaba así. Pues qué tenía ella que ver con lo que dispone el Señor Dios, ¿qué sabía ella de lo que había hablado San Gabriel, a quien nunca antes había visto y cuyo nombre ignoraba?

El Señor Dios veía a la joven María confundida, a José con el rostro desfigurado por el sufrimiento y sólo atinó a intervenir diciendo:

—¡No seas tonto, José, que María no ha tenido parte en la decisión mía, y el nacimiento de Mi Hijo no es cosa suya, ni tuya, sino mía!

Lo cual era verdad, pero también es verdad que desde que los hombres comenzaron a poblar la Tierra, habían adquirido la costumbre de echar sobre sus mujeres la culpa de cuanto pasaba. El Señor Dios ignoraba esto porque Él nunca había visto de cerca cómo se comportaban los matrimonios; debido a que lo ignoraba, le habló así a José. De haber estado al tanto de pequeñeces como ésa, habría pasado por alto las palabras del marido de María, pues es lo cierto que tenía sueño y quería echar una siesta.

Una siesta del Señor Dios puede ser de días, de meses o de años. Pero la de esa ocasión no iba a ser muy larga. Porque he aquí que Él estaba en lo mejor del sueño cuando de pronto despertó diciendo:

—Caramba, si ya va a nacer Mi Hijo. Por poco lo olvido.

Desde hacía millares de siglos nacían niños en la Tierra. Nacían hijos de reyes, de labriegos, de pastores, de guerreros; nacían niños blancos, amarillos, negros; nacían hembras y varones, unos robustos, otros débiles; unos chillones y otros casi callados, unos ricos y otros pobres; unos de ojos azules y otros de ojos castaños y de ojos negros; niños de todas clases, de todas las figuras; niños que nacían en medio de las guerras, en los campamentos, entre lanzas y sables y caballos y niños

que nacían en los bosques, rodeados de árboles, de pajarillos y de mariposas; niños que nacían en los caminos, mientras sus padres viajaban, y niños que nacían en las barcas, sobre los ríos y los mares; niños que nacían en grandes casas llenas de alfombras y niños que nacían en las cuevas de los pastores, al pie de las montañas. Lo que jamás se había visto era el nacimiento de un niño que fuera el Hijo del Señor Dios. El Señor Dios no tenía experiencia en casos de nacimientos, lo cual explica que el de Su Hijo le tomara de sorpresa.

Así sucedió. El Señor Dios despertó cuando ya Su Hijo estaba a punto de nacer. Ahora bien, Él había resuelto que el niño nacería pobre y nacer pobre es tanto como nacer desconocido. Si el alumbramiento de María se hubiese dado en Nazaret, alguna gente iría a ayudarla, a ver a la criatura, no faltarían los vecinos, los parientes y los conocidos de María y de José. En ese caso, no se cumpliría la voluntad del Señor Dios. El niño, pues, no nacería en la aldea de Nazaret y a fin de que así fuera el Señor Dios hizo correr la voz de que María y José tenían que hacer un viaje a Belén porque el emperador de Roma, que gobernaba en esos lugares, había ordenado que todo el mundo debía inscribirse en el sitio de donde procedía su familia. La familia de María era de Belén de Judá, un pueblo que estaba al sur de Nazaret. En Belén había nacido, muchos cientos de años antes, un rey llamado David. En Belén debía nacer el Hijo de Dios.

Montando el asno que usaba para llevar agua de la fuente a la casa, María iba hacia Belén por caminos llenos de polvo y de piedras rojizas. El sol de los inviernos calentaba toda la llanura; casi hacía hervir el aire. María cubría su rostro con un paño de color rojo, el asno caminaba despacio y detrás iba José agitando una rama seca con la cual pegaba de vez en cuando al paciente borrico. Cada cinco o seis horas se detenían; era cuando llegaban a las cercanías de un pozo,

donde debían coger agua para el camino. Pues en las tierras donde nació el Hijo de Dios apenas hay ríos; la sed atormenta a las bestias y a las gentes; en escasos lugares se ven árboles y sólo se hallan con profusión arbustos espinosos; los vientos levantan nubes de tierras quemadas por la sequía y las ovejas se refugian a la sombra de las montañas, donde el rocío nocturno permite que crezcan los yerbajos que necesitan para sustentarse.

Con gran trabajo llegaron María y José a Belén y hallaron el poblado lleno de forasteros, visitantes de las aldeas vecinas que iban allí a inscribirse y aprovechaban el viaje para vender lo poco que tenían. Las pequeñas calles eran muy estrechas y torcidas, de manera que el borrico, cargado con María, apenas podía pasar por entre los montones de quesos, de pieles de carneros, de higos y de botijos que los vendedores extendían sobre las piedras. Mientras pasaba, José iba gritando que pagaría bien a quien le ofreciera una habitación para él y para su mujer, que llegaban de lejos y necesitaban albergue. Pero nadie pudo ofrecerles techo, ni aún por una noche. Las casas, en su mayoría pobres, estaban llenas desde hacía días con los visitantes de los contornos. Nadie ponía atención en los gritos de José, que estaba angustiado porque sabía que su mujer iba a dar a luz y quería que lo hiciera como todas las mujeres, en una habitación. José no sabía que el Señor Dios había dispuesto que Su Hijo debía nacer pobremente, tan pobremente como podría nacer un ternero o un potrillo.

Siguieron, pues, María y José cruzando las callejuelas. Veían pasar ante ellos jóvenes con corderos cruzados sobre los hombros, muchachos que llevaban palomas enjauladas o racimos de perdices muertas; pasaban ancianas con telas que ellas mismas habían tejido; de vez en cuando cruzaban grupos de asnos cargados con botijos de vino y de aceite. Todo el mundo gritaba ofreciendo algo en venta. Belén estaba lleno de mercaderes.

No habiendo hallado albergue para él y para María, José fue a dar a un establo, hacia el camino del Sur. En el establo descansaban las bestias de labor de los campesinos que iban a Belén y se veían allí mulas, bueyes, jumentos y caballos, cabras y ovejas. Como José y María llegaron tarde, casi todas las bestias dormían ya. El sitio era pobre, con el techo en ruinas, las paredes a medio caer, el piso lleno de excremento de los animales. Pero había calor, el calor que despedían las bestias, y un olor fuerte, que resultaba a la vez grato, parecía llenar el aire del lugar.

Cuando el Señor Dios despertó, ya estaba naciendo Su Hijo. Nació sin causar trastornos, muy tranquilamente; pero igual que todo niño, gritó al sentir el aire en la piel. Gritó y un viejo buey que estaba cerca, volvió los ojos para mirarle; mugió, acaso queriendo decir algo en su lengua, y su mugido hizo que una mula que estaba a su lado se volviera también para ver al recién nacido. En ese momento fue cuando el Señor Dios abrió allá arriba las nubes y dijo:

—¡Pero si ya nació Mi Hijo!

De momento el Señor Dios pareció desconcertado. Nunca había Él pasado por un caso igual, pues aunque los mundos y todo lo que en ellos hay habían sido creados por Él, jamás había tenido un hijo directo, nacido de su propia esencia. Lo primero que hizo fue preguntarse qué debía Él hacer para que la gente supiera que Su Hijo había llegado a la Tierra.

El punto no era para ser resuelto a la ligera. Pues sucedía que el Señor Dios quería que se supiera que Su Hijo había nacido, pero que sólo lo supieran aquellos escasos seres capaces de comprender lo que ello significaba; más aún, los muy contados que podían conmoverse por el nacimiento de un niño sin tener que estar enterados de que ese niño era el Hijo de Dios. Al Señor Dios le hubiera sido fácil crear de un soplo diez docenas de ángeles y enviarlos a la Tierra armados de

trompetas para que fueran por todas partes pregonando que había nacido Su Hijo, que acababa de nacer en el establo de Belén y que el Señor Dios iba a proclamarlo como su heredero. En ese caso grandes multitudes habrían corrido, atropellándose y hasta dándose muerte, cada quien empeñado en llegar antes que los otros, unos cargados de oro, otros de mirra y de perfumes, o llevando rebaños de corderos y de vacas, pajarillos y plantas raras. Porque sucede que el género humano es así, y acostumbra rendir homenaje a los poderosos y a sus hijos, a aquellos de quienes puede esperar algún bien o de quienes teme un castigo. ¿Y quién es más poderoso que el Señor Dios?

O pudo Él anunciarlo con anticipación, mediante un cataclismo, secando un gran río o mudando de lugar una montaña, pues que todo eso y mucho más podía hacer. Pudo incluso haberlo dicho con su gran vozarrón, gritando desde allá arriba:

—¡Hombres locos, ahora está naciendo Mi Hijo, que va a predicar en mi nombre entre ustedes!

Y pueblos enteros, con sus ganados y sus esclavos, habrían salido apresuradamente hacia Belén. Podemos imaginarnos a grandes multitudes trasladándose a través de los desiertos y los lugares poblados, cocinando bajo el sol, durmiendo a campo raso, enfermándose, muriendo, naciendo, dejando los pozos y los estanques sin agua y dando muerte, para alimentarse, a toda clase de animales.

El Señor Dios no aspiraba a tal movilización. Todo lo que Él quería era que unos cuantos hombres, muy pocos —los que tuvieran el alma limpia y generosa— supieran que ya había nacido Su Hijo. Quería decirlo y que sólo lo entendieran algunos habitantes de la Tierra.

Como hacía siempre que se veía en aprietos, el Señor Dios meditó; nunca hizo Él cosa alguna sin antes pensarlo dos veces, y en algunos casos hasta tres veces.

Sentado en medio del enorme piso de nubes, el Señor Dios veía los cielos llenos de estrellas que iluminaban la inmensidad. Todas esas estrellas eran soles que Él había hecho millones de años antes. Era de noche ya, pero nunca es de noche allá arriba, donde Él está, porque los espacios están bañados por un resplandor indescriptible. En medio de ese resplandor estaba el Señor Dios, sentado como un rey, cogiéndose las rodillas con las manos y contemplando las estrellas. De pronto llamó a una, un hermoso lucero de color azul claro, casi más blanco que azul. Le dijo:

—¡Ven acá, tú!

Y aunque el lucero estaba a una distancia fantástica, se le vio salir de golpe, a gran carrera, si bien era difícil apreciar que se movía; se le vio acercarse, con su luz cegadora y espléndida, y correr y correr por los cielos en derechura hacia el Señor Dios.

—Vete a la Tierra —le dijo Él cuando lo tuvo cerca— y pósate sobre un establo que hay en un pueblo llamado Belén. Hay tres establos allí, uno a la salida del camino que va a Jerusalén, que queda al norte: otro a la salida del camino del oeste y otro a la salida del camino de Hebrón, que queda al sur. En este último acaba de nacer Mi Hijo, y es sobre ese establo donde debes colocarte. Atiende bien, que no quiero equivocaciones. Ustedes los luceros son bastante alocados y no ponen la debida atención en lo que se les dice, de donde provienen luego grandes errores. Lo primero es atender para poder entender. Así es que ya lo sabes: te posas sobre el establo que está hacia el sur.

En un instante se vio al lucero alejarse; iba hacia la Tierra a tal velocidad que en pocos segundos su tamaño pasó a ser el de una naranja, y después el de una moneda, y después el de un anillo.

En un salto se hallaba sobre el establo, aunque bastante alto desde luego. Cuando se situó allí dirigió un rayo hacia el establo.

No era muy tarde, y mucha gente estaba despierta; buen número se hallaba en las pequeñas calles; algunas charlaban y en muchos sitios las gentes encendían hogueras para amortiguar el frío, que era fuerte aquella noche.

Pues bien, de toda esa gente que todavía estaba despierta en Belén, ninguna vio al lucero. Es costumbre de los hombres no ver aquellas cosas que antes no se les han anunciado, sobre todo si esas cosas son de apariencia humilde o se confunden con las que nos rodean. A pesar de su significación especial, el lucero parecía uno más, una de las tantas estrellas que llenan los cielos, y la gente que había en Belén no se detuvo a verlo.

III

Pero cuatro personas vieron el lucero y se sintieron atraídas por él, cada una, desde luego, según su manera de ser, pues no todo el mundo es igual.

Una de ellas se hallaba a gran distancia, a distancia tan enorme que sólo se explica que viera el lucero porque veía con ojos de bondad, capaces de penetrar hasta lo increíble, y con alma sencilla que adivinaba lo extraordinario por muy oculto que estuviera. Esa persona era un viejecito rechoncho, alegre, de constante buen humor, que tenía su vivienda en un lejano país donde en invierno los campos se cubrían de nieve y los árboles se quedaban sin hojas y los pajarillos tenían que huir a otros climas para no morir de frío. El viejo señor acostumbraba vestir de rojo para que los niños de las cabañas que había por allí le reconocieran en medio de la nieve cuando él iba a visitarlos; usaba adornos blancos en las mangas y en la chaqueta, gran cinturón negro y altas botas también negras; tenía copiosa barba blanca y llevaba gorro rojo con adornos blancos. Era el anciano más simpático que nadie podía ver jamás. Se reía siempre, y tanto, que la risa le había arrugado la cara. El frío del invierno le enrojecía la nariz y el viento le azotaba la barba, pero a él no le importaba. Iba de choza en choza para entretener con sus cuentos a los niños; les llevaba regalos, y todo el mundo lo quería, todos lo recibían con alegría y alborozo, todos se llenaban de animación cuando veían

su estampa rechoncha y roja luchando con la ventisca y con la nieve. Tenía varios nombres el buen viejo; unos le llamaban Nicolás y los niños muy pequeños, que no sabían pronunciar su nombre, le llamaban Colás o Claus, pero había otros que le decían Papá Noel.

Pues bien, el simpático don Nicolás fue uno de los que vieron el lucero. Iba él con un saquito de juguetes de madera, que él mismo hacía en sus ratos de ocio para regalar a los niños, cuando vio a la distancia aquella luz. A don Nicolás todo le parecía hermoso; nada le desagradaba porque pensaba que cuanto hay en la Tierra tiene algún fin, y que la gente que sólo ve el lado feo de las cosas afea la vida de los demás y se amarga la suya. Por eso le agradó ver aquella luz y se quedó con la vista fija en ella.

—Me gustaría saber qué quiere decir ese lucero —dijo en voz alta—, pues por alguna razón está alumbrando tanto. Nunca se ha visto que un lucero dé tal cantidad de luz, eso significa algo bueno.

Lo que no se imaginaba el viejo era que el Señor Dios estaba allá arriba mirándole a él, y que el Señor Dios oye a las gentes hasta cuando sólo piensan, razón por la cual Él sabe lo que hay en el corazón y en la cabeza de cada quien.

Don Nicolás contemplaba la luz y apreciaba la distancia a que se hallaba.

—Está muy lejos —dijo—, pero yo voy a ir allá. Es verdad que no tengo animal que me lleve, mas no importa; iré a pie.

El Señor Dios oyó aquello y pensó: “¡Caramba con el viejo! Si sale a pie, cuando llegue Mi Hijo tendrá barbas. Debo ayudarle a hacer ese viaje con la mayor rapidez posible”. Y como a la hora de ayudar el Señor Dios no anda dudando, sino que actúa inmediatamente, se arrancó un pelo de la ceja derecha y le gritó:

—¡Conviértete en reno ahora mismo, y además en trineo, y vete a buscar a don Nicolás, un viejo que está allá, en medio de esa llanura blanca que se ve por el Norte! Te vas sin perder tiempo y le dices que suba en el trineo, que tú lo vas a llevar a donde se halla el lucero. Fíjate bien en lo que oyes, porque ustedes los renos son muy dados a estar pensando sólo en el pasto de las primaveras y no ponen la debida atención en lo que se les dice. Recoges al viejo don Nicolás y lo llevas hasta donde está el lucero, y ahí lo dejas a la puerta del establo de Belén, y esperas que él salga para que lo transportes otra vez a su tierra. No quiero equivocaciones; observa que en Belén hay tres establos, uno a la salida de...

—Sí —le interrumpió el reno, un hermoso animal todo blanco, con la cornamenta como dos ramas nevadas—, ya oí cuando se lo decía al lucero: uno a la salida para Jerusalén, otro hacia el Oeste y otro hacia el Sur.

El Señor se quedó mudo de asombro. ¿Cómo podía explicarse que ese animal hubiera oído lo que Él le decía al lucero, si no había nacido todavía cuando Él hablaba con el lucero? Por primera vez el Señor Dios tenía un misterio que resolver.

—Es que tú olvidas que yo era ceja tuya hasta hace poco, y por eso oí lo que hablaste con la estrella —explicó el reno como si supiera lo que el Señor Dios se preguntaba en silencio.

—¿Qué es eso de tratarme de “tú”, atrevido?

El Señor Dios estaba simulando una indignación que en verdad no sentía. Buscaba confundir al reno para que éste no se diera cuenta de la turbación en que lo había dejado la inteligente observación del animal. Pero no consiguió su propósito, porque el reno seguía mirándole con la mayor frescura. Entonces el Señor Dios le gritó que no perdiera el tiempo y que se marchara en seguida, a lo que el precioso animal respondió pegando un brinco de más de cien millas,

seguido del blanco trineo que llevaba atado por blancas correas. En cosa de segundos se perdió en la inmensidad.

Mientras el reno se lanzaba a los espacios, tres personas discutían sobre el lucero. Se trataba de unos reyes del desierto, cada uno de los cuales reinaba en un oasis, los lugares donde hay agua en medio de las arenas, allí donde crecen las palmeras de dátiles y los pastores se reúnen de noche junto con los peregrinos y los mercaderes y los guerreros para descansar de los trabajos del día.

Los tres oasis eran vecinos, y eso explica que los reyes pasaran muchas horas juntos. Acostumbraban contarse historias entre sí, relatarse los acontecimientos de cada uno de los pequeños reinos, explicar cómo cobraban los impuestos y cómo administraban justicia; se entretenían jugando ajedrez, a lo que eran muy aficionados, y mientras jugaban iban comiendo dátiles, que colocaban en una gran bandeja de plata, y discutían durante horas enteras el movimiento de algunas piezas.

Entre ellos había uno de muchos años, rostro flaco y barba blanca, llamado Gaspar. Era todo un rey por el porte, la mirada de sus ojos, negros como el carbón, y la hermosa nariz aguileña. Se ponía un brillante manto azul lleno de piedras preciosas y un turbante de tela de oro y parecía más que un rey. Pero tenía mal humor y era muy tacaño, casi avaro. Nunca hubo rey que hablara menos que él, ni ninguno que amara más las monedas de oro. Le gustaba contar él mismo sus tesoros y a nadie perdonaba una dilación en pagar los impuestos, por pequeña que fuera la suma que debía pagar. Gastaba lo menos posible, y por eso era flaco, pues hasta para comer era económico. Su gran preocupación era tener más camellos que nadie, y más ovejas y más oro y piedras preciosas. A pesar de lo cual en el fondo era un buen hombre, y huía de los que sufrían porque si veía a alguien sufriendo acababa ablandándose y dándole algunos dátiles o un pedazo de queso. Se

contaba que cierta vez ordenó que le dieran a un mendigo un vaso de leche y a una vieja que ya no podía trabajar le regaló una moneda de plata. Aquello fue un acontecimiento de gran significación, y el propio rey Gaspar se disgustó por su debilidad, al extremo de que prohibió que se hablara de ello en su presencia, tan mal se sentía cada vez que recordaba que por esa causa en su tesoro había una moneda menos.

Pero eso sí, el rey Gaspar era justo; no admitía que se cometiera ninguna crueldad con sus súbditos, no aceptaba que a nadie se le cobrara de más ni un pelo de camello, y cuando sabía que alguien había procedido mal montaba en cólera y mandaba darle veinte azotes, o cincuenta, o cien, de acuerdo con el delito que hubiera cometido

Otro de los reyes era Melchor, muy distinto de Gaspar en su figura, puesto que no tenía tanta estatura pero sí más carnes, ni tanta edad aunque también llevaba barba, una barba negra muy bonita, muy bien arreglada y de no más de una pulgada de largo. Melchor era de rostro redondo y de nariz también redonda; y no tenía la mirada altanera, pues sus ojos castaños eran dulces y bondadosos; el pelo, menos oscuro que la barba, le caía sobre los hombros. Ese pelo tan largo no le quedaba tan bien como el suyo blanco al rey Gaspar, hay que reconocerlo, pero él se lo mantenía limpio y perfumado con los mejores aceites.

El rey Melchor se parecía a Gaspar en una cosa: en que hablaba poco. Pero jamás tenía mal humor. No era parlanchín porque acostumbraba decir sólo aquello que le parecía que era necesario y verdadero, razón por la cual antes de hablar se medía mucho y meditaba una por una las palabras que iba a usar. Era un rey observador y disciplinado, que se levantaba siempre a la misma hora, hacía cada día lo que había hecho el día anterior y estudiaba cuidadosamente todo problema. No había manera de que entrara en guerra con otros

reyes. Él vivía en paz con todo el mundo y afirmaba que respetando los derechos de los demás reyes jamás tendría que ir a la guerra. Eso no quiere decir que era tímido o cobarde; de ninguna manera. Cierta vez que unos guerreros atacaron a gente de su tribu y les quitaron unas cuantas ovejas y dos camellos, el rey Melchor montó a caballo —un hermoso caballo blanco que era su favorito— y se fue solo a enfrentarse con los asaltantes. Cuando estos le vieron llegar sin compañía alguna pensaron que el rey Melchor había dejado sus guerreros ocultos en algún sitio para después exterminarlos por sorpresa, y resolvieron devolverle las ovejas y los camellos. Pero la verdad es que Melchor no se había hecho acompañar de nadie. Desde ese día todas las tribus del desierto le cobraron gran respeto. Como su amigo Gaspar, Melchor era rico, pero no tenía mucha estima por sus riquezas; más que el oro amaba la paz, y más placer que llevar encima piedras preciosas le producía ver a su pueblo alegre y saludable.

Cuando el rey Gaspar y el rey Melchor estaban solos resultaba divertido oírles hablar, y sobre todo oírles discutir sobre las jugadas de ajedrez. Pues en sus discusiones no decían más que tres palabras cada uno, y pasaba tanto tiempo entre lo que uno decía y lo que le respondía el otro, que a veces los que estaban cerca no se acordaban de lo que había dicho Gaspar cuando oían lo que contestaba Melchor, o viceversa. Pero esas discusiones se animaban mucho si estaba presente el rey Baltasar. Ese sí que hablaba, y se divertía él solo, y él solo se decía y se respondía, se reía y se ponía serio. Se trataba de un personaje animado, lleno de vitalidad y alegría, que muy difícilmente dejaba a nadie terminar de hablar sin que le interrumpiera para contestarle o hacer un chiste. A un mismo tiempo jugaba ajedrez, comía dátiles y contaba una historia. Era el rey más raro del mundo, porque a la vez que se movía mucho y hablaba más, tenía majestad, sobre todo cuando

quería tenerla. Entonces, erguía la cabeza, le brillaban los ojos y abría las aletas de la nariz; se ponía altivo y hermoso y parecía crecer.

Baltasar era negro. Pero no un negro tosco, como mucha gente imagina que son todos los negros, sino más bien de bella presencia, muy bien proporcionado, más alto que bajo, más delgado que grueso. No tenía el color brillante; su piel era de un negro apagado. Tenía la frente pequeña, las cejas muy dibujadas, los ojos muy grandes, la nariz recta; no achatada como la de muchos negros, ni aguileña como la del rey Gaspar, ni redonda como la del rey Melchor. Sus labios eran gruesos y largos y sus dientes fuertes y blancos. Tenía la cara bien cortada, el cuello poderoso, los hombros llenos de músculos, y también los brazos. Hablaba a grandes voces, se reía por nada, y por nada se ponía bravo, y entonces imponía temor, porque era agresivo y muy astuto. Probablemente no había en toda la Tierra rey mejor que Baltasar. Si oía llorar a un niño mandaba sus guardias a preguntar qué ocurría; si un anciano se sentía enfermo, él mismo iba a darle las medicinas; si alguien no podía pagar sus impuestos, decía:

—No importa, otro día será.

Se contaba que una vez que fue a la guerra venció a su enemigo, el rey que había atacado su oasis, y que sus guerreros le llevaron un niño prisionero y le dijeron:

—Mira, rey Baltasar éste es el hijo de tu enemigo y su heredero. Mátalo para que te quedes con su reino y repartas sus riquezas entre nosotros.

Ésa era la costumbre de la época; así actuaban todos los reyes y por tanto nadie hubiera tomado a mal que Baltasar decapitara al niño. Pero Baltasar se indignó, dijo que lo que le pedían era un crimen, y tomando su cimitarra gritó a sus guerreros que el primero que volviera a darle consejo parecido iba a quedarse sin cabeza en el acto.

—¡En el acto! —gritaba, con los grandes ojos enrojecidos de cólera.

Baltasar vestía con lujo; le gustaba usar un blanco turbante que prendía con un rubí del tamaño de un huevo de paloma; se ponía en las muñecas y en los tobillos ajorcas de oro, se colgaba al cuello un gran collar lleno de monedas y se ponía un cinturón cuajado de piedras preciosas. Pero no usaba manto.

—El manto no les queda bien a los negros —decía riéndose.

Era un hermoso grupo el de los tres reyes; Gaspar con su manto azul tachonado de piedras y su turbante dorado; Melchor con su turbante rojo y su manto amarillo, si bien este último no llevaba piedra u oro, porque al rey no le agradaba el lujo; Baltasar con su turbante blanco y su traje verde, su collar, sus ajorcas y su cinturón.

Como los tres eran muy limpios, llevaban todo el tiempo pantalones blancos, de seda brillante, muy pegados a las piernas, y los tres usaban rojas babuchas, que son zapatos de tela de punta larga y hacia arriba. Daba gusto verlos en las noches claras, cuando se sentaban sobre una gran alfombra bajo las palmeras a jugar ajedrez. Como reyes de Oriente, no usaban sillas ni sillones, sino cojines y las propias piernas cruzadas bajo ellos.

Una de esas noches fue cuando apareció el lucero. Jugaban Gaspar y Baltasar; junto a ellos, comiendo dátiles en silencio, estaba Melchor. Baltasar iba a mover una pieza, pero se distrajo mirando algo a través de las palmeras. Estuvo un momento deslumbrado, un momento nada más, y de pronto exclamó:

—¡Majestades, algo raro está sucediendo en el mundo! ¡Miren ese lucero, vean esa luz! ¡Nunca se ha visto un lucero como ése!

Melchor se volvió para ver, pero Gaspar no. Gaspar sólo atendía al tablero y estudiaba la posible jugada de su contrincante.

—Juega, Baltasar —dijo.

Pero Baltasar no tenía intención de jugar, pues seguía mirando hacia el lucero.

—Sí, algo pasa —comentó muy calmadamente Melchor.

—Y a nosotros, ¿qué nos importa lo que pase? —preguntó con su habitual aspereza Gaspar—. Lo que tenemos que hacer es seguir jugando.

El rey negro no hizo caso; peor aún, se puso de pie y abandonó su puesto frente al tablero.

—¡No señor! —dijo—. Tú estás equivocado, rey Gaspar, lo que anuncia ese lucero debe ser algo muy grande, y yo no me lo pierdo. ¡Hay que ir ahora mismo para allá a ver qué está sucediendo!

—¿Ir?

Esa pregunta de una sola palabra sonó como un relincho, y quien la hizo fue Gaspar. Del disgusto que le causó la proposición del rey Baltasar tiró el tablero a diez varas de distancia; inmediatamente, como le sucedía cada vez que montaba en cólera, se puso a masticar el aire y la blanca barba iba y venía como el rabo de una paloma.

—Espérate, Gaspar; cálmate y atiende. Creo que vale la pena saber qué pasa.

Ese que habló fue el rey Melchor, lo cual indignó más a Gaspar, pues ¿cómo se explica que un hombre sensato, un rey tranquilo y metódico como Melchor hablara de ir a ver qué ocurría?

—¿Te has vuelto loco? —respondió Gaspar—. Ve tú, si quieres, y acompaña a este curioso entrometido. Yo no me muevo de aquí.

—Pues vas a moverte, sí señor —terció Baltasar gesticulando a diestra y siniestra—. Tienes que ir, porque si se trata de algo bueno nosotros queremos compartirlo contigo.

—¿Qué bueno ha de ser? ¿Cuándo has visto tú que ocurra nada bueno en el mundo? Además, yo no voy a dejar mi reino abandonado. ¿Qué sería de mis tesoros?

El calmoso rey Melchor puso una mano en el hombro de Gaspar, y habló:

—Algo me dice que conviene que vayamos, Gaspar. En cuanto a tus tesoros, llévatelos contigo. Yo voy a ir de todas maneras y me llevaré los míos, porque no sé qué tiempo gastaré en el viaje.

—¡No hay más que hablar! ¡Pronto, traigan dos camellos! —gritaba ya Baltasar; y casi antes de terminar, decía:

—Te quedarás aquí solo, rey Gaspar. Si te ataca alguna tribu guerrera perderás la vida y los tesoros, porque Melchor y yo vamos a ver qué significa ese lucero.

A regañadientes, sin ningún entusiasmo, el rey Gaspar admitió ir él también. Pidió un camello más, el mejor de los suyos; hizo que le colocaran sus tesoros en dos cofres y vigiló atentamente esa operación. Viéndole actuar, Baltasar y Melchor mandaron a buscar sus tesoros y en poco tiempo los tres reyes se hallaban sobre sus ricos arneses.

Los guardias reales quisieron acompañarles, pero ellos dijeron que no, que irían solos. Ya al salir, Baltasar dijo:

—Melchor, tú que eres el más juicioso, di hacia dónde alumbra el lucero.

—Es hacia Belén.

—Bien, ¡pues ya estamos andando hacia Belén! —gritó Baltasar.

Y así fue. Sus súbditos se agolparon para verlos partir en la clara noche, y les gritaban adioses. Los reyes notaron que se alejaban muy de prisa, y después observaron que los camellos no trotaban, sino que parecían saltar, y cada vez eran más grandes los saltos, mayores las distancias que recorrían en el aire. Apenas podía afirmarse que ponían las patas en tierra. Aquello era la cosa más rara que jamás le había sucedido a un grupo de reyes.

Es oportuno consignar aquí que hasta el propio rey Gaspar se impresionó, y a tal punto que se vio en el caso de confesar:

—En verdad, parece que el lucero anuncia algo extraño.

Palabras a las que el rey negro respondió con una gran risotada, lo cual le hizo tragar mucho aire, porque a esa altura volaban a tremenda velocidad.

IV

Había sucedido que el Señor Dios también se enteró a tiempo de que los tres reyes iban camino de Belén. El Señor Dios estaba esa noche lleno de curiosidad, cosa que no debe causar asombro porque se trataba de que Su Hijo acababa de nacer, y quería saber quiénes estaban dispuestos a honrar a ese niño. El Señor Dios era de esta opinión: “Los hombres son locos y por eso parecen malos, pero uno solo, o dos o tres capaces de ser cuerdos, buenos y puros, justifican todo mi trabajo, y con que haya dos o tres en la Tierra me basta para pensar que mi obra no ha sido un fracaso”. Esa noche del nacimiento de Su Hijo halló que había cuatro, esto es, el simpático don Nicolás y los tres reyes. A los cuatro los veía Él con gran ternura; y de la misma manera que pensó que don Nicolás no iba a poder hacer el viaje desde sus lejanas tierras nevadas hasta Belén a pie, y le envió el blanco reno y el trineo, asimismo pensó que si los reyes se atenían únicamente al trote de sus camellos llegarían con algunos días de retraso, trasnochados y bastante estropeados. Por eso desde allá arriba Él dijo:

—Vamos, camellitos, apuren el paso y vuelen un poco.

Ni qué decir que los propios camellos no sabían lo que les pasaba, porque a poco ya ni ponían las patas en tierra. Sobre ellos, sus jinetes se llenaban de asombro, tal vez con la excepción de Baltasar, a quien los sucesos extraños le producían alegría.

De esa manera, volando en vez de trotar, las hermosas bestias del desierto llegaron como exhalaciones a Belén; y a un tiempo, como si supieran qué hacían, doblaron sus rodillas en la puerta del establo. El primero de los tres reyes que se tiró de su camello fue Baltasar. Al asomarse a la puerta vio a una hermosa y joven mujer que envolvía a un recién nacido en blancas telas, a un hombre de negra barba que le ayudaba en su tarea, a un calmoso buey echado, que rumiaba y parecía reflexionar sobre lo que estaba a su vista, y a una mula que mordisqueaba pasto seco. Por el roto techo del establo entraba la vivísima luz del lucero, llenaba de resplandor al grupo de la mujer, el hombre y el niño, y daba tal transparencia al cuerpo del niño que éste parecía hecho en el más fino de los cristales.

El rey Baltasar, el alegre y bondadoso rey del desierto, tenía un corazón puro, un corazón de esos que reconocen la verdad y no la niegan. En un segundo había observado que a pesar de estar recién nacido, aquel niño tenía los ojos abiertos e iluminados, ojos a la vez claros y profundos, como los de los seres que han visto cuanto hay que ver en la vida. Entonces Baltasar gritó, volviéndose a Gaspar y a Melchor, que todavía estaban sentados sobre sus camellos:

—¡Majestades, aquí hay un niño que debe ser el Hijo de Dios!

Esas palabras sorprendieron a José, quien no pudo menos que preguntar:

—¿Tan pronto le llegó la noticia, señor?

Melchor se asomó a la puerta antes que Gaspar. También él miró, sólo que lo hizo con su acostumbrada calma, estudiando la escena con mucho detenimiento. Ya se sabe que Melchor no se aventuraba a dar opiniones si no estaba muy seguro de lo que diría.

—¿Es o no es ese niño el Hijo de Dios? —le preguntó, lleno de entusiasmo, el rey Baltasar.

Pero Melchor meditó todavía un poco más; alzó los ojos para cerciorarse de que la luz que alumbraba al hermoso grupo era la del lucero; contempló con verdadero interés al niño, y terminó admitiendo:

—Sí, ese niño es el Hijo de Dios.

Al oír al sereno y juicioso Melchor hablar así, el corazón del rey Baltasar se desbordó de alegría. En verdad, parecía haberse vuelto loco. Corrió hacia la puerta exclamando:

—¡Es el Hijo de Dios, rey Gaspar! ¡Tenemos que darle nuestros tesoros! ¡Ha sido una suerte traer los tesoros para que podamos ofrendárselos ahora al niño!

Oír Gaspar tales exclamaciones y saltar como si lo hubiese picado un animal venenoso, fue obra de un segundo.

—¿Qué dislates son esos, rey Baltasar? ¿Te has vuelto loco? ¿Crees tú que yo voy a darle mis tesoros al primer niño que encuentre? ¡Señor —agregó, elevando los brazos al cielo y levantando su cabeza, lo cual era un espectáculo bastante cómico, visto que todavía estaba sobre el camello y éste se hallaba arrodillado—, este desdichado rey negro ha perdido el juicio y quiere que lo pierda yo también!

Pero el rey Baltasar no ponía atención en las quejas de su amigo y compañero. Se dirigió a su camello y comenzó a descargar los tesoros. Viéndole actuar, el rey Gaspar casi enloquecía.

—¡Melchor, rey Melchor! —gritaba, apelando al buen juicio de su amigo y colega—. ¡Este loco va a darle sus tesoros a ese niño porque dice que es el Hijo de Dios!

Con su gran paciencia, Melchor le contestó:

—Sí señor, es el Hijo de Dios, y yo también voy a poner mis tesoros a sus pies.

A poco más pierde la razón el rey Gaspar. Estaba lívido. Era, en verdad, un rey de mal humor, que necesitaba de muy poca cosa para sentirse colérico, y cuando se ponía así

la barba le subía y le bajaba sin cesar, del cuello a la nariz y de la nariz al cuello. Preguntaba ahogándose:

—¿Pero cómo es posible que le den a ese niño todos sus tesoros? ¿No comprenden que van a quedarse en la miseria? ¿Y yo, qué va a ser de mí? ¿Creen ustedes que yo voy a arruinarme porque ustedes se empeñen en creer que ese recién nacido es el Hijo de Dios? ¿Quién me lo asegura?

—No charles tanto, rey Gaspar —dijo Baltasar—; nos lo asegura el corazón, que nunca se equivoca. Ve tú a verlo y después di lo que quieras.

—¡Claro que iré y ya verán ustedes que ése no es el Hijo de Dios!

Ocupado en descargar sus tesoros, Melchor no hablaba.

El rey Gaspar se lanzó de su camello, y tanta ira llevaba que se enredó los pies y cayó de narices en el polvo. Pero se levantó de prisa y entró al establo dispuesto a probar que sus dos amigos estaban equivocados. Sin embargo, he aquí que al cruzar la puerta quedó alelado, allí estaba el grupo. El hombre y la mujer se veían en actitud de adoración; el niño sonreía al viejo rey malhumorado; el buey y la mula parecían observarlo, como si dijeran: “Vamos a ver cuál es ahora tu opinión”.

Algo sintió el rey en su corazón; como una música, como una luz, como un calor suave y bienhechor. Elevó los ojos hacia el techo y creyó que hasta el lucero esperaba sus palabras. Poco a poco fue acercándose al grupo; cayó de rodillas, tomó una mano del niño y dijo:

—El Señor te bendiga, preciosa criatura.

Y entonces se puso de pie y caminó hacia su camello. El rey Baltasar y el rey Melchor iban entrando ya con sus tesoros; el primero sonrió con bastante indiscreción, casi burlándose del viejo rey Gaspar. Pues el rey negro del desierto era más franco de lo necesario y con sus ribetes de burlón.

Pero Melchor ni siquiera alzó los ojos. Ya afuera, Gaspar sacó de uno de los cofres dos monedas de oro y se las guardó en su cinturón.

—El Señor Dios me perdonará si me quedo con éstas —dijo—, pero yo no quiero exponerme a estar completamente arruinado como este par de locos. A lo mejor más tarde hacen falta estas monedas para que ellos mismos no se mueran de hambre.

Después cogió sus tesoros y los llevó hasta los pies del niño. Muy silenciosamente, los tres reyes abrieron sus cofres, y la luz del lucero sacaba brillo de los rubíes, las esmeraldas, los brillantes y el oro que había en ellos. Tanto era el brillo que el buey volvió sus pesados ojos hacia la mula, como queriendo decirle: “Fíjate cuántas cosas hermosas han traído estos tres reyes”. Con lo cual pareció estar de acuerdo la mula, porque también ella miró al buey y después fijó la vista en los abiertos cofres.

No sólo el buey y la mula, sin embargo, contemplaban aquel montón de riquezas; también el Señor Dios las veía desde arriba. Las veía y sonreía moviendo de un lado a otro la gran cabeza. Se sentía feliz el Señor Dios, no por los tesoros, sino porque su ofrenda significaba un homenaje a Su Hijo. Y como de vez en cuando al Señor Dios le gustaban las travesuras, se reía de que el colérico y viejo Gaspar hubiera guardado dos monedas de oro.

—Ese rey es un gran tipo —decía—, y por la blanca barba de Gaspar le llegó a la memoria la de don Nicolás, razón por la cual se preguntó:

—¿Pero qué será de ese otro viejo? ¿Por qué no habrá llegado todavía? ¡De seguro que el tonto del reno se ha distraído! Los renos sólo piensan en el pasto. ¿Dónde estará ahora?

Buscando con la mirada alcanzó a verlo: volaba a velocidad increíble. El brioso animal partía los aires, con las patas de atrás juntas y extendidas, las delanteras dobladas por las

rodillas y también juntas, el poderoso cuello erguido, la linda cabeza derecha y abiertas las ventanas de la nariz. Atrás, en el trineo, muy sonreído y muy tranquilo, iba don Nicolás. Llevaba sobre las piernas el saquito lleno de juguetes de madera, con el cual, echado al hombro, iba de choza en choza cuando cayó del cielo, a su lado, el reno con el trineo. El reno habló para decir:

—Me parece que tú eres don Nicolás, ¿no?

—Sí, soy yo —oyó que le respondieron.

A lo que, sin perder tiempo, replicó el reno:

—Entonces súbete aquí, porque el Señor Dios dice que si haces el viaje a pie hasta donde ves la luz, llegarás un poco cansado.

Don Nicolás no era hombre de formular muchas preguntas, ni andaba buscándoles dificultades a las cosas, de manera que le pareció lo más natural del mundo aprovechar la oportunidad que le ofrecían, y ni corto ni perezoso se acomodó en el trineo. A poco notó que iban volando, cosa que no le sorprendió porque tampoco tenía él la costumbre de sorprenderse: en esta vida todo puede suceder, hasta lo más inesperado. Pero creyó del caso hacer algún comentario; así es que le preguntó al blanco animal:

—¿Tú eres un reno o un avión?

A pesar del ruido del aire, que era mucho, el reno le oyó porque volvió la cabeza para responderle:

—No hagas preguntas, porque no puedo perder tiempo. El Señor Dios es muy estricto cuando da órdenes y yo recibí la de llevarte cuanto antes a Belén. Por esa razón vamos volando, no porque yo sea avión ni cosa parecida.

—Bueno, bueno —explicó don Nicolás—, no es mi intención causarte enojos. Si lo del avión te ha molestado, dalo por no dicho. Lo que sí desearía que me explicaras es eso de Belén. ¿Qué es Belén?

—Siento no poder decírtelo, pero ni yo mismo lo sé. Agárrate, no vayas a caerte, porque dentro de poco vamos a llegar y en Belén no hay nieve. Si te caes te rompes por lo menos una costilla.

—¿De manera que me traes volando tan lejos para que me rompa una costilla? No esperaba eso. Pero en fin, hágase la voluntad de Dios —comentó Nicolás.

—Eso mismo digo yo y eso es lo que estoy haciendo —afirmó el reno.

Fue exactamente cuando terminó de decir esas palabras cuando el Señor Dios acertó a verlos desde su altura.

Cuando el reno y su pasajero se acercaban, el lucero parecía despedir mayor luz. Era una fuente de resplandor, una creciente semilla de claridad, el más espléndido espectáculo que podía disfrutarse en la Tierra. Hasta el reno quedó deslumbrado.

—¡Qué luz tan limpia! —dijo.

Don Nicolás opinó en alta voz que mejor que ver al lucero en ese momento era ver la tierra para saber dónde iban a bajar. Estaba preocupado por la integridad de sus costillas.

—Ese es un problema mío que resolveré por mí mismo. Y no me distraigas, que ya estamos llegando —explicó el reno.

Así era. Un instante después el hermoso animal ponía sus cuatro patas a la puerta del establo, y el trineo, que había descendido con tanta suavidad como si se hallara sobre montones de algodón, chirriaba ligeramente al sentirse frenado por el suelo.

—¿Aquí es? —preguntó don Nicolás.

—Aquí —respondió el reno.

Don Nicolás descendió, con alguna dificultad porque era grueso y de bastantes años. Súbitamente el reno se deshizo en el aire, con todo y trineo. Don Nicolás lo vio deshacerse, pero tampoco eso le resultó extraño. Era costumbre suya no

asombrarse de nada. Con su saco al hombro, se dispuso a entrar en el establo.

Pero en ese momento salían de allí tres hombres vestidos lujosamente, con trajes que él jamás había visto ni imaginado. El primero en salir fue un negro de arrogante estampa, vestido de verde con turbante blanco; le seguía un anciano flaco, muy altivo, de manto azul y turbante dorado, en cuyo rostro destacaba una barba blanca; por último, iba un señor de talla mediana, también medianamente grueso, de barba negra y corta y manto amarillo y turbante rojo. Los tres salían con expresión feliz.

—¿Quiénes serán estos señores? —se preguntó don Nicolás, y se quedó mirándoles, a la vez que los tres le miraban a él, tal vez sorprendidos por su figura, su ropa tan desusada en esos parajes, su barriga saliente y su semblante alegre.

Los reyes comenzaron a hablar entre sí. El negro avanzó hacia su camello y de pronto se puso a gritar:

—¡Majestades, vengan a ver; aquí ha sucedido algo raro! ¡Los camellos están cargados de tesoros!

Melchor y Gaspar corrieron a comprobar lo que decía su compañero Baltasar, y los dos se quedaron mudos de asombro ante aquellas riquezas. Allí había muchas veces más tesoros de lo que ellos habían dejado a los pies del niño. No podían comprenderlo. Melchor, siempre sensato, estudió la situación en silencio y después dijo:

—Aquí debe haber un error, majestades. Propongo que averigüemos quiénes son las personas que olvidaron estas riquezas, y que se las devolvamos cuanto antes. Es posible que haya habido un cambio de camellos y que estos no sean los nuestros, sino otros.

¿Para qué dijo tal cosa? El rey Gaspar por poco lo fulmina. Saltó con la agilidad de un mono y quería meterle los puños por los ojos.

—¿Estás loco? —decía—. ¿Cómo se te ocurre decir eso? ¿Qué persona con dos dedos de frente va a dejar abandonados tres camellos cargados de riquezas? ¿No ves, además, que estos son nuestros camellos? ¿Estás tan ciego que no los reconoces?

Baltasar terció para decir:

—Majestades, puede ser que sea un regalo del Señor Dios en vista de que le hemos dado a Su Hijo cuanto teníamos.

El rey Gaspar no necesitaba explicación tan estimulante para estar de acuerdo con su amigo, y olvidando las muchas veces que él había criticado a Baltasar por ligero, afirmó:

—Así es, sin duda alguna. Baltasar siempre acierta porque este negro es muy inteligente. Además, ya es tarde, nosotros estamos cansados, y yo opino que lo más prudente es que volvamos a nuestros reinos y allá hagamos las averiguaciones del caso. Yo, por lo menos, me voy ahora mismo.

Dicho y hecho: se trepó en su camello y en el acto salió al trote. Baltasar dijo:

—No lo dejemos ir solo, Melchor, porque podría suceder que un grupo de bandoleros le asaltara en el camino.

Y como Melchor estuviera de acuerdo, con la salvedad de que al llegar debían investigar el origen de los tesoros, montaron y se fueron. Tuvieron que hacer trotar a las bestias para alcanzar a Gaspar, que iba ya bastante lejos, siempre murmurando:

—¡Pero qué cambio el de Melchor! ¡Ha perdido el buen juicio ese pobre rey! ¡Proponer que hiciéramos averiguaciones a esta hora!

Mientras ellos se alejaban, el bueno de don Nicolás los veía desde la puerta del establo y el Señor Dios desde su agujero en las nubes. Don Nicolás pensaba: “Son raros, pero simpáticos”. Y el Señor Dios: “La verdad es que Mi Hijo ha sido honrado debidamente por esos reyes”.

En su satisfacción, Él no sabía a cuál prefería. Le habían gustado el entusiasmo del negro y la tranquilidad de Melchor, pero le habían hecho sonreír las inquietudes y la picardía de Gaspar.

Estaba sonriéndose todavía el Señor Dios cuando don Nicolás decidió entrar al establo. Quería ver qué había en el destartalado caserón en cuyo interior entraba a raudales la luz del lucero. Se oían adentro balidos de ovejas y ruidos de animales que se movían. Don Nicolás se asomó a la puerta, ¡y qué conmovedora escena la que vieron sus ojos! Del lucero caía un rayo de luz sobre el niño; éste dormía de la manera más plácida imaginable sobre un montón de heno seco; a su lado, contemplándole con arrobó, estaba una joven y bella mujer en cuyo rostro se adivinaba la dicha maternal; cerca de ambos, un señor de negra barba preparaba pedazos de madera para encender una hoguera, porque la noche era fría. Sin embargo no era en el grupo humano, y en su honda paz, donde estaba la parte conmovedora de la escena; era en su fondo. Pues tras la mujer, el hombre y el niño se hallaban varios de los animales del establo —el buey, una vaca, un asno y una oveja—, y todos miraban fija y dulcemente hacia el niño, con ojos casi humanos, como si comprendieran que esa criatura que dormía sobre el montón de heno no era igual que todos los niños del mundo. En su candor de viejo bondadoso, a don Nicolás no se le escapó la extraña atención de los animales. Pensó: “Los animales sólo se sienten atraídos por las almas puras, y eso quiere decir que este niño ha nacido con un alma excepcional”, pero no dijo eso ni nada parecido; sólo dijo:

—Buenas noches, señores.

José levantó la cabeza y dejó de atender su hoguera. La figura de don Nicolás le causó verdadera sorpresa. ¿De dónde llegaba ese viejo gordo y bonachón? Jamás había visto él a

nadie que vistiera así ni que tuviera ese aspecto, ese cutis tan rojizo, esos ojos tan azules, esas cejas tan largas y tan blancas. El rostro del recién llegado tenía un aire fuera de lo común. Por lo demás, hablaba con voz pausada y alegre.

—Bienvenido a este lugar —dijo José.

—Creo que esto es Belén; por lo menos, eso explicó el reno —expuso don Nicolás por decir algo para empezar la conversación.

José pensó: “¿De qué reno hablará? ¿Qué será un reno?”. Pero se tranquilizó con la idea de que tal vez “reno” era el nombre de alguna persona a quien él no conocía.

—Sí, esto es Belén —explicó— y esta casa es el establo, mejor dicho, uno de los establos de Belén.

—Yo he venido aquí sin saber cómo ni por qué, señor —dijo don Nicolás—, pero lo cierto es que me alegro de haber venido porque en mi vida había visto niño tan bello, tan sano y tan tranquilo. Me parece que si Dios tiene un hijo deberá ser así.

José miró entonces a María y ambos sonrieron.

—Señor —dijo José—, usted no anda errado, porque ese niño que duerme ahí es el Hijo de Dios.

—Ah, claro. Tenía que ser. Eso es lo que me ha traído hasta aquí, el sentimiento de que algo grande había sucedido por estos lados —explicó don Nicolás como si hablara consigo mismo y como si no hubiera más gente allí.

José se puso de pie y se acercó a don Nicolás; luego, mostrándole los cofres abiertos, dijo:

—Mire lo que le han traído los reyes del desierto.

Don Nicolás contempló las joyas, las piedras preciosas, el marfil, las monedas; pero lo miró todo sin mayor interés.

—Sí, muy hermoso. También yo le traigo algo. No son tesoros porque soy pobre. Se trata de juguetes de madera que yo mismo hago, ovejas y patos y caballitos tallados en pedazos de árbol.

Con movimientos muy naturales don Nicolás se descolgó el saco del hombro, lo abrió y comenzó a sacar sus juguetes. María tomó uno de ellos y se lo llevó a la cara.

—¡Qué lindos son, señor! —dijo.

—Gracias, señora, pero yo sé que no son lindos ni ricos; sólo que se los ofrezco al niño de todo corazón.

—¿No quiere calentarse y tomar algo? —preguntó José, que se sentía conmovido y no hallaba qué decir ni qué hacer.

—No, porque el reno me espera y tenemos que hacer un viaje muy largo.

—Pero debería descansar un rato aquí con nosotros, señor —opinó María.

—No, no puedo. Debo irme. Quisiera darle un encargo, señor; quisiera que le dijera al Señor Dios de mi parte que tiene el hijo más bello y más sano del mundo, que me ha dado mucha alegría conocerlo y que si ese niño va alguna vez por mis tierras yo le guardaré muchos juguetes. Y buenas noches, señores. Muy buena suerte para usted, señora.

En diciendo esto, don Nicolás dio la espalda y salió. Se sentía feliz; había visto un niño hermoso y una escena delicada, y a él lo bello le hacía dichoso. Además siempre recordaría esa extraordinaria luz que bañaba el establo y hacía transparente el cuerpo del Hijo de Dios. Al salir vio que del aire mismo se formaba el reno.

—Vámonos, que se hace tarde y no quiero líos. Por aquí jamás han visto un reno y la gente podría asustarse si me ve —dijo el animal.

Don Nicolás trepó en el trineo, con la misma tranquilidad de antes a pesar del mal rato que pasó cuando se acercaban al establo. Instantes después iban volando a centenares de millas por minuto y a alturas que daban vértigo. En medio de su vuelo, el reno pensaba: “Me dan ganas de pasar cerca del Señor Dios para que nos vea y sepa que ya está hecho todo lo

que me pidió”. Lo cual era gran tontería del reno, porque pasara lejos o cerca, el Señor Dios estaba mirándole; le seguía a través de los espacios, desde su agujero en las nubes. Al paso del animal, el Señor Dios se puso a pensar así: “Dentro de un momento don Nicolás se hallará de nuevo en sus tierras y quizás piense que ha soñado. Pero no ha soñado. Ha ofrendado a Mi Hijo sus juguetes, le ha dado el cariño de su corazón. De acuerdo con su carácter y sus medios, ha estado a la altura de los tres reyes. Mi Hijo ha sido debidamente honrado”.

En eso bostezó. Tenía sueño el Señor Dios. El Señor Dios era un consumado dormilón, y hay personas que piensan que con ello Él ha dado mal ejemplo a algunos hombres, lo cual es señal de gran ignorancia. Pues sucede que antes, millares de siglos antes, el Señor Dios estuvo millones de años sin dormir un segundo, trabajando día y noche. Fue cuando hizo los mundos. Hay miles de millones de mundos, y Él los hizo uno a uno. Él soplabla y decía: “tú, soplo, hazte un mundo” y ya estaba. Primero hacía un sol, después varios mundos para que rodaran alrededor de ese sol. Creó millones de soles y miles de millones de mundos. Cada vez que hacía uno de estos lo lanzaba bien lejos, y le decía “tú girarás en esa dirección y de ahí no te saldrás nunca. Ten cuidado, porque ustedes los mundos son dados a no atender cuando se les habla y después se ponen a hacer disparates, y si tú haces alguno te convierto en cometa para que viajes sin cesar de un extremo a otro del firmamento. O te hago reventar”. Y de sus manos salieron soles y soles, mundos y mundos, todas esas estrellas que se ven de noche e infinito número que no pueden verse. Jamás descansaba. Cada uno de ellos le consumía por lo menos un día y una noche de trabajo, de manera que el Señor Dios estuvo millares de millones de días y de noches sin descansar y sin dormir, lo

cual explica que después sintiera sueño constantemente. Era, pues, una gran tontería de algunos hombres echarle en cara que fuera dormilón.

Pero además de todas esas razones, el Señor Dios no tenía por qué estar despierto siempre. Pues ocurre que después de haber hecho tantos mundos Él escogió la Tierra y en ella creó los animales, las aves y los peces, los insectos y los microbios, creó las plantas desde los grandes árboles hasta las rosas y las yerbas, hizo los mares, los lagos y los ríos; y al fin creó al hombre y a la mujer. Cuando estos estuvieron creados, el Señor les dijo: “Ahí tienen la Tierra para que la pueblen”. Y les dio inteligencia a fin de que la usaran en conquistar la felicidad. Hecho todo eso, ¿de qué más tenía que ocuparse? La verdad es que de nada más, y como se aburría mucho sin compañía alguna allá arriba, lo mejor que podía hacer era dormir.

Esa noche del nacimiento de Su Hijo, sin embargo, no se durmió inmediatamente porque estaba pensando en los tres reyes y en don Nicolás. Pensaba Él que algo debía hacerse para que ellos le recordaran siempre a la humanidad el nacimiento de Su Hijo. Y de pronto halló la solución; la halló y la dijo en voz alta, a pesar de que era innecesario puesto que nadie le oía. He aquí lo que dijo:

—A partir de este momento los cuatro serán inmortales y cada año irán de casa en casa repartiendo juguetes entre los niños.

Acabando de hablar, empezó a acomodarse para dormir. Mas resultó que alguna idea le bulló en la gran cabeza. Pensó: “Pero los pobres reyes van a resfriarse si recorren las tierras de las nieves, y el buen viejo don Nicolás se ahogará de calor si tiene que visitar a los niños de los países cálidos”. Y ese pensamiento le desveló un poco. Tornó a dar vueltas, se arropó con una nube, bostezó de nuevo.

—Ah, caramba —dijo de pronto, golpeándose la frente con una mano, y de nuevo en alta voz—, si la solución es tan fácil. Lo mejor es que don Nicolás visite las casas de los niños que viven en los países de nieves y los reyes las de los que viven en las tierras calurosas. Así se les evitan a los cuatro enfermedades y contratiempos.

El Señor Dios, sin embargo, olvidó que don Nicolás viajaría en trineo y llevado por un reno veloz, mientras los reyes cabalgarían en camellos, animales más lentos, razón por la cual el primero podría llegar siempre el día de la Navidad mientras que los segundos perderían tiempo y llegarían más tarde, quizás dos semanas después. Pero ese era un detalle casi sin importancia. El Señor Dios tenía demasiado sueño para detenerse en detalles. Se dispuso, pues, a dormir, y en el acto estaba roncando.

Allá abajo, en Belén, se oyeron ruidos que procedían del cielo.

—¡Va a llover, va a haber tormenta! —decía la gente mientras se apresuraba a recoger sus cosas y buscar abrigo—. ¡Ya está tronando!

Pero no había tales truenos. Lo que ellos oían eran los ronquidos del Señor Dios, que duraron toda esa noche. A la salida del sol dejaron de oírse, lo cual no significa, en manera alguna, que el Señor Dios había despertado; al contrario, dormía más profundamente. Ese sueño duró, por cierto, varios años.

V

Mientras el Señor Dios dormía, Su Hijo crecía en la Tierra, se hacía hombre y salía a predicar la palabra de Su Padre.

—Amaos los unos a los otros —decía a las multitudes—, no hagas a tu prójimo lo que no quieres que te hagan a ti, y recuerda que serás medido con la vara con que midas a los demás.

El Hijo del Señor vestía con humildad, andaba descalzo por los caminos polvorientos de Galilea, visitaba a los pobres y a los enfermos, curaba a los paralíticos y hacía hablar a los mudos; los ciegos recobraban la vista con sólo tocar sus vestiduras.

—¡Jesús cura a los enfermos y devuelve la paz a los espíritus, Jesús predica el perdón de los pecadores y la vida eterna! —decían los hombres, las mujeres y los niños, llenos de asombro—. ¡Jesús multiplica los panes y los peces: Jesús el Cristo es el Hijo de Dios!

Cubierto con sus vestiduras humildes, descalzo y quemado por el sol, el Hijo de Dios parecía, sin embargo, un rey, pues tenía el porte digno, la mirada benevolente y señorial, los gestos tranquilos, la voz dulce. Predicaba bajo los árboles, rodeado de gente, o a orillas del lago; dormía en las barcas o en las chozas de los pescadores. Les decía a los hombres que abandonaran la crueldad, que no vieran sólo lo feo y malo de los demás, sino lo bello y limpio; que no despojara a nadie

de lo suyo; que todos eran creación de Dios que había hecho la Tierra para la felicidad de todos. Jesús, el niño que había nacido en el establo de Belén aquella noche en que el lucero alumbró la ruta de don Nicolás y de los reyes, hablaba para que los hombres supieran cuál era el deseo del Señor Dios. Él era el maestro que el Señor Dios había elegido para que enseñara a la humanidad a vivir en la paz y en el amor.

—En verdad, de verdad os digo que aquellos que sean buenos y puros de corazón se sentarán conmigo a la diestra de Mi Padre —aseguraba Jesús.

En los atardeceres llegaba de las montañas una brisa que se refrescaba cuando pasaba sobre las aguas del lago; las estrellas comenzaban a parpadear a lo lejos, los pajarillos volaban torpemente, aturdidos por el sueño, hacia los nidos donde sus polluelos los esperaban, y Jesús se apartaba entonces de las multitudes, se retiraba un poco, entre las grandes piedras o entre los escasos árboles que de vez en cuando se veían cerca de los caminos, y allí oraba pidiendo a Dios que le diera fuerzas para convencer a los hombres de que cambiaran la cólera por la dulzura, la codicia por la generosidad, la crueldad por la justicia.

Pero el Señor Dios sabía que deberían pasar miles de años antes de que los hombres se dejaran guiar por las palabras de Jesús. Muchos las oirían y las seguirían, pero otros muchos lucharían para que nadie las oyera. Pues en la Tierra había gentes que vivían lujosamente gracias a que eran crueles y atemorizaban a los demás para despojarlos de sus bienes, y que eran codiciosos y querían las riquezas del mundo para ellas solas. Esas gentes tuvieron miedo de las prédicas de Jesús, lo hicieron preso y le acusaron de faltar a la ley de Dios. Así como los reyes y don Nicolás, cuando Él nació, creyeron que era el Hijo de Dios sin que necesitaran oírsele decir a nadie —porque ellos eran puros de corazón y no temían a la llegada del Hijo de Dios a la Tierra—, y así como cuando Él

fue hombre mucha gente humilde y buena creyó en Él y le siguió por los caminos y le daba albergue y pan; así los grandes señores, que eran coléricos, codiciosos y crueles, le odiaron porque Él predicaba el perdón, la bondad y la justicia, y eso era lo contrario de lo que ellos llevaban en sus almas. Rodeados de hombres con espadas y lanzas, fueron una noche al huerto donde Él oraba y le hicieron preso. Esa noche le abofetearon; el otro día le vistieron de blanco, que era el traje de los locos, le pusieron en la cabeza una corona de espinas y en el hombro una pesada cruz de madera, y a latigazos y pedradas le hicieron subir un cerro. Desfallecido de hambre y agotado por el maltrato, Jesús caía a menudo bajo la cruz, pero a golpes le obligaban a levantarse de nuevo. Cuando llegaron a la cima lo clavaron sobre la cruz, por las manos y los pies, y después metieron la cruz en un hoyo. A ambos lados pusieron en dos cruces a dos ladrones, como para que la gente creyera que Jesús era también un ladrón. En el extremo de una caña de bambú colocaron una esponja llena de hiel y vinagre, y cada vez que Jesús se desmayaba a causa del dolor le hacían beber esa mezcla. Muchos desdichados que ignoraban por qué lo hacían daban gritos de contento al pie de la cruz; otros, asustados, se escondían en las faldas del cerro; otros lloraban en silencio. Al fin le dieron una lanzada a Jesús en un costado, y entonces Él dijo, con voz de moribundo:

—Padre, padre, ¿por qué me has abandonado?

La queja de Su Hijo subió velozmente a los cielos y despertó al Señor Dios. De inmediato miró hacia la Tierra y vio allá abajo, sobre un cerro pelado, a Su Hijo que pendía de una cruz. La indignación le sacudió. ¡Los locos de la Tierra habían crucificado a Su Hijo mientras Él dormía, le habían martirizado, le habían escarnecido y torturado sólo porque predicaba la palabra de Dios! Se indignó tanto que hizo temblar aquel cerro; saltaban las piedras por los aires, cruzaban el aire

los relámpagos y en medio del día las tinieblas de la noche descendieron sobre las cabezas de los que habían crucificado a Jesús. En ese momento, Jesús expiraba. El dolor del Señor Dios era indescriptible. Y entonces se le oyó decir:

—¡Dentro de tres días resucitarás y vendrás a estar aquí conmigo; y desde aquí juzgarás a hombres y mujeres por los siglos de los siglos!

Eso dijo, y a partir de tal momento el llanto o la queja de cualquier niño de la Tierra removerían sus entrañas. Con ellas removidas se hallaba, y en vista de que su indignación era tan grande que de haber seguido despierto habría acabado con el género humano, prefirió dormir de nuevo dos días más. En el tercero estaría despierto para recibir a Su Hijo.

Llegó Jesús allá arriba, y le tocó entonces atender a los hombres, juzgar cuál de ellos había procedido mal y cuál bien, cuál cumplía la palabra de Dios y cuál no. El Señor Dios no tenía en qué ocuparse. A veces se ponía a recorrer los cielos, fijaba sus ojos en uno de los mundos, lo observaba, seguía su ruta; otras veces volvía la mirada a la Tierra y tomaba cuenta de cómo iban cambiando las cosas allá abajo. Morían los reyes, los imperios desaparecían, se formaban nuevos pueblos. Poco a poco mucha gente iba sumándose al número de los que creían en las prédicas de Jesús, y en lugares distantes se invocaba el nombre del niño que había nacido en Belén y se le llamaba Hijo de Dios. Año tras año Gaspar, Melchor y Baltasar recorrían los países cálidos dejando juguetes en las casas donde había niños, y don Nicolás iba a los países fríos para hacer lo mismo. De cuando en cuando, digamos cada doscientos o cada trescientos años, el Señor Dios se sentía cansado y se dedicaba a dormir.

Así fueron pasando los siglos. Pasaron quinientos años, pasaron mil, mil quinientos, mil novecientos. Ya estaban pobladas casi todas las tierras, hombres de diversas razas cru-

zaban los mares en barcos; algunos habían inventado máquinas con las cuales se montaban fábricas de numerosos objetos y era grande el número de ciudades que se veían aquí y allá. Pero los hombres no dejaban de matarse entre sí, construían armas para dar muerte, formaban ejércitos para hacerse la guerra, algunos señores se creían dueños del destino, sometían los pueblos al terror y se hacían adorar como jefes insustituibles. De tarde en tarde —es decir, de siglo en siglo— el Señor Dios despertaba, veía a esos desdichados y sentía pena por ellos, pues ¿a qué conducía que alguien se hiciera emperador o amo de los demás, si lo que debe procurar el hombre no es hacerse poderoso, sino bueno? El poder se acaba cuando se acaba la vida, pero la bondad perdura porque produce felicidad en los demás.

Algunas veces los hombres parecían volverse juiciosos, usaban la inteligencia en hacer buenas cosas; cortaban las montañas para ir de un mar a otro, unían las ciudades con caminos de tierra y cemento o por medio de ferrocarriles, levantaban hospitales para curar a los enfermos, inventaban medicinas, hablaban de paz entre los pueblos, de bienestar y felicidad para todos; pero a veces retornaban a sus locuras. En una ocasión el Señor Dios los vio navegando por debajo del agua y en otra oyó ruidos raros, quiso ver y le pareció que pasaban grandes pájaros de metal. Los hombres habían creado el submarino y el avión.

Tras una guerra en que murieron millones de hombres el Señor Dios observó, muy complacido, que en todos los países celebraban la paz con grandes muestras de alegría. Pero veinte años después se oyó un gran estruendo; el Señor Dios hizo su agujero en las nubes y se asomó. Su disgusto no tuvo límites porque la humanidad estaba matándose de nuevo. Las ciudades quedaban destruidas al paso de los aviones, el fondo de los mares se llenaba de barcos hundidos.

Gobernantes, filósofos y oradores de uno de los bandos afirmaban que los seres humanos de unos pueblos eran superiores a los restantes habitantes del siglo, que había razas con todos los derechos y otras destinadas a la esclavitud. El Señor Dios no cabía en sí de la indignación. ¿Cómo era posible que olvidaran que todas las razas eran obra suya, creación del Señor Dios, único rey verdadero del universo? Su Hijo, su propio Hijo, ¿no había nacido del vientre de una mujer que pertenecía a una de las razas que esos locos llamaban inferiores?

Aquella guerra llevaba años cuando se produjo un ruido inconcebible, que llamó la atención del Señor Dios. Fue una explosión que Él sólo había oído cuando algún mundo estallaba. A seguidas de la explosión se alzó a las alturas una columna de humo resplandeciente, que parecía un hongo gigantesco.

—Ya hicieron esos locos explotar el átomo —dijo el Señor Dios.

Eso le preocupó mucho, pues si los hombres no se apresuraban a dominar el átomo para ponerlo al servicio del bien, podían hacer volar la Tierra entera. A seguidas oyó otra explosión. Entonces se llenó de cólera.

—¡Paz! —gritó a toda voz—. ¡Paz en la Tierra o los hago desaparecer a todos ahora mismo!

¿Oyeron esas terribles palabras los que dirigían la matanza en la Tierra, o sin oírlas sintieron que una hecatombe amenazaba al género humano? No se sabe. El caso es que se hizo la paz. De los frentes de guerra volvieron los buques llenos de soldados; las madres abrazaron a sus hijos, las hermanas a sus hermanos, las mujeres a sus maridos. Muchos millones de jóvenes quedaron enterrados en países lejanos; otros desaparecieron en las arenas de los mares. Pero los cañones ya no tronaban ni se oía el estruendo de las bombas.

Ese mismo año, cuando en todas partes se celebraba la Navidad y en los templos se oían los cánticos de Nochebuena, el Señor Dios oyó un llanto. Era el llanto de un niño; subía desde la Tierra y sonaba en el silencio de los cielos en forma desgarradora. “Ese niño sufre”, pensó el Señor Dios lleno de amargura. Recordó el día en que su Hijo moría en la cruz, sintió que el corazón se le llenaba de dolor; miró hacia abajo, y he aquí lo que vio:

Había en la Tierra un río, y al norte de ese río un país que los hombres llamaban Estados Unidos de América; y allí caía la nieve. Al Sur había otro país; se llamaba México y estaba entre los países cálidos. El Señor Dios nunca se había preguntado por qué los hombres se agrupaban en países, los bautizaban con nombres, establecían fronteras entre ellos. Esas costumbres pertenecían a lo que Él llamaba “pequeñeces humanas”, que ningún interés tenían para Él. Ahora bien, como en muchas otras partes del globo donde sucedían cosas parecidas, en esos dos países que estaban juntos los habitantes eran distintos y hablaban lenguas diferentes.

El niño que lloraba era de México; no tenía madre y vivía con su abuela y su padre en una choza de barro, cerca de la frontera. Era una criatura de pelo negro, de negros ojos, de linda piel quemada y blancos dientes. Lloraba porque no tenía juguetes con qué celebrar la Navidad de Jesús.

¿Cómo y por qué era posible que un niño sufriera por falta de juguetes en un mundo de gentes que habían destruido en la guerra cientos de ciudades y millones de vidas? ¿Cómo podía explicarse que los hombres fabricaran cañones y bombas en vez de juguetes para los niños? ¿Por qué sufría él; qué le impedía ser feliz esa noche, a él, pequeño retoño de vida, ignorante de las maldades humanas? El Señor Dios no podía comprenderlo y se sentía abrumado por aquel llanto.

—¡Nicolás, por ahí hay un niño que llora a causa de que no tiene juguetes esta noche! —gritó Él con su gran vozarrón.

Don Nicolás, a quien la gente llamaba Santa Claus o Papá Noel, oyó al Señor Dios y juntó las manos sobre la boca para responder, lo más alto que pudo:

—¡Lo sé, Señor, pero no está en mis tierras, sino en las de los Reyes!

—¿Y a mí qué me importa que esté en tierras de los Reyes? ¡Yo no fijé fronteras como han hecho los hombres, y ese niño está cerca de donde tú te hallas! ¡Ponle remedio a eso antes de que me enoje!

Jamás había oído el bueno de Santa Claus lenguaje tan impresionante. Pero comprendió que el Señor Dios tenía razón, puesto que él se hallaba en Tejas, cerca de la frontera con México, y los Reyes Magos andaban lejos, hacia el Sur. La conclusión a que llegó Santa Claus fue ésta: “El Señor Dios está de mal humor, y vale más complacerle”. Y como él estaba acostumbrado a hacer las cosas de la mejor manera posible, se metió en una casa donde entendió, por las antenas, que había estación de radioaficionados, y comenzó a llamar a los tres Reyes. Al cabo de mucho rato oyó una voz que decía:

—ORK, ORK... Baltasar contestando, Baltasar contestando a don Nicolás, por favor, hagan cadena.

¡Por fin! Parecía que la situación iba a mejorar. Santa Claus no perdió tiempo en informar:

—Hay un niño llorando cerca de aquí, rey Baltasar, en la frontera con México, y el Señor Dios dice que es porque no tiene juguetes. Me pidió que arreglara eso y parece estar de mal humor. A mí se me acabaron ya los juguetes. ¿Crees tú que podríamos hacer algo para complacer al Señor Dios?

La voz de Baltasar cruzó en el acto los aires para explicar que también ellos, los Reyes Magos, habían oído al Señor Dios cuando se dirigía a Santa Claus, pero que no podían

hacer nada por el momento en favor del niño porque carecían de juguetes suficientes para toda la población infantil y por eso habían dejado a ese niño fuera de las listas.

—Tuvimos que racionar las entregas este año a causa de la guerra última —decía Baltasar.

El Señor Dios estaba oyendo desde allá arriba, y sin pedir permiso se metió en la conversación.

—¡No quiero explicaciones, quiero soluciones! ¡Si ese niño sigue llorando voy a hacer un escarmiento ejemplar con todos ustedes, con los Reyes y con don Nicolás! ¡Ya lo saben! —tronó.

Es inútil hablar del mal rato que pasaron Santa Claus y el rey Baltasar. Los dos se quedaron mudos; y al fin se oyó la voz de Santa Claus diciendo:

—¿Ya oíste? El Señor Dios pierde la cabeza cuando oye a un niño llorando. Piensen ustedes en alguna manera de resolver el caso, que por mi parte yo haré algo.

Para Santa Claus la situación no era fácil. Pues pasaba ya de medianoche y él había repartido todos los juguetes que había tenido. Volvía de retorno a su hogar cuando oyó hablar al Señor Dios; y he aquí que al oír aquel vozarrón el hermoso reno se había asustado. Hacía más de mil novecientos años que no lo oía. A partir de ese momento se puso nervioso, y cuando Santa Claus tomó su trineo, después de haber localizado por radio a Baltasar, estaba también en estado de nervios a causa de que no tenía práctica en el manejo de la estación de radio y la electricidad le asustaba. No ha de producir asombro, pues, que, nervioso el que le guiaba y nervioso el reno, éste se asustara en un momento dado y cayera en una zanja. En ese incidente el hermoso animal se dislocó una pata. De manera que a la hora de tener que resolver el problema del niño mexicano Santa Claus se encontraba con que no tenía juguetes y con que no podía trasladarse a otros sitios para buscarlos, porque su reno se había inutilizado.

Hay momentos muy difíciles en toda vida, aun en la vida de un inmortal como Santa Claus; y uno de ellos es cuando debe escogerse entre la forma de hacer algo y el fin con que se hace. Por ejemplo, esa noche, ¿había de pensar en la manera o en el fin? Todas las tiendas estaban cerradas; era inútil, pues, tratar de comprar algo para el niño mexicano. Sin embargo, algún juguete tenía que aparecer. El fin que perseguía era bueno, sin duda, ¿pero podía él lograrlo con métodos malos? Baltasar le había dicho que los Reyes habían dejado al niño fuera de sus listas; además, todo indicaba que estaban muy lejos de la frontera, y por otra parte el Señor Dios había sido muy categórico. “Ponle remedio a eso antes de que me enoje”, había dicho. Ese “ponle” quería decir que le pusiera remedio él, Santa Claus, y nadie más.

En verdad, el momento no era agradable. Santa Claus pensaba, con razón: “Yo no puedo meterme a escondidas en la casa de un niño para llevarme alguno de sus juguetes; eso sería robo”. Y en cuanto a solicitarlo como regalo, ¿qué diría un señor a quien Santa Claus llamara, a esa hora de la noche, para decirle que quitara a uno de sus hijos cualquier juguete y se lo diera a él para llevárselo a un niño mexicano? Santa Claus se exponía a que ese señor no le creyera, a que llamara en su auxilio a la policía pensando que se trataba de un farfante que pretendía entrar en su hogar quién sabe con qué propósitos, o en último término que llamara a un manicomio para que cargaran con él. En tantos siglos conviviendo con ellos, Santa Claus había aprendido a conocer a los hombres y sabía que muchos no creen en la existencia ni de Santa Claus ni de los Reyes Magos.

La única solución que le pareció hacedera fue la de meterse directamente en la habitación de un niño, de uno cualquiera, pues la mayoría de ellos es de alma pura y adivina la verdad donde la oyen; llegar y decirle: “Vengo a que me des uno de

esos juguetes que yo te traje hoy porque del lado mexicano, cerca de la frontera, hay un niño que no tiene con qué jugar esta noche”. Ésa le pareció la solución correcta. Pero he aquí que tratando de ponerla en práctica pasó el risueño Santa Claus malos momentos. Uno de ellos fue en la primera casa donde entró, porque el padre del niño oyó que alguien abría la ventana y comenzó a dar grandes voces.

—¡Ladrones, ladrones, socorro! —gritaba.

Los gritos eran tan desaforados que Santa Claus tuvo que desistir y buscar otro lugar. Escogió un barrio apartado; y ya estaba abriendo la verja de una de esas graciosas casitas norteamericanas de dos pisos, cuando de buenas a primeras sintió un rugido, oyó a su espalda algo como una exhalación, y se halló a seguidas con tamaño perrazo pegado a sus pantalones. No fue fácil desprenderse de aquel feroz animal. Santa Claus no pudo explicarse nunca, después del episodio, cómo se las arregló él para saltar la verja con todo y perro. Éste, muy persistente, creyó que su deber era seguir prendido, por varias cuadras, de los fondillos de Santa Claus.

Pero alguna vez tenían que terminar las tribulaciones del bondadoso anciano. Un cuarto de hora después de ese mal rato vio una casa abierta y a un matrimonio de mediana edad charlando adentro.

—Buenas noches, señores —dijo Santa Claus con su mejor voz—. Vengo en busca de algún juguete, aunque sea usado, para un niño que se ha quedado sin él.

La señora fue muy gentil y atendió a Santa Claus graciosamente.

—Aquí hay algunos de un sobrino nuestro que no ha venido a buscarlos —dijo—. Están bajo el árbol de Navidad. Escoja usted mismo el que le guste.

Santa Claus escogió un pequeño automóvil. Se despidió de prisa y salió más de prisa aún. Debía tratar de llegar a la

frontera antes de que se hiciera tarde, y además tenía que dejar al reno en lugar seguro. Puesto que la noche no había sido afortunada, esperaba nuevos contratiempos antes de dar fin a su misión.

VI

Pero no sólo el viejo Santa Claus pasó apuros esa noche. También los estaban pasando los Reyes Magos, y no hay que tener mucha imaginación para sospechar que las tribulaciones de los Reyes Magos eran mayores que las de Santa Claus, pues el hecho de que fueran tres personas de caracteres tan distintos complicaba siempre los problemas.

Los Reyes iban saliendo ya de México, en camino hacia La Habana, cuando Baltasar, que estaba dejando un juguete en la casa de un niño cuyo padre tenía estación de radioaficionados, acertó a recibir la llamada de Santa Claus. Salió a saltos en busca de sus compañeros, y dio con Melchor, que disfrutaba, sobre su camello, de un corto sueño. Baltasar le contó en el acto lo que sucedía, a lo que respondió Melchor diciendo:

—Mal se presenta la situación, Baltasar. Yo entregué ya el último de mis juguetes, a ti sólo te quedaba ése que dejaste en la casa de donde vienes; en cuanto a Gaspar, tenía tres niños a quienes visitar. Ojalá demos con él antes de que haya ido donde el último.

Baltasar no era rey que se quedara callado; echaba afuera cuanto pensaba y sentía. Por esa causa comenzó a protestar de la costumbre que habían adoptado en los años recientes, la de almacenar con anticipación en cada país los juguetes que iban a repartir en él.

—Eso se llama organización, Baltasar —explicaba Melchor—. No podemos ir contra los tiempos. Es absurdo quedarse atrasado.

—Por no quedarnos atrasados ahora nos vemos en apuros. Propongo que nos metamos en una tienda y nos llevemos cualquier juguete para ese niño.

—Sería un hermoso ejemplo para los niños del mundo que el rey Baltasar amaneciera preso por robo con fracturas.

—Que yo amanezca preso no importa; lo importante es que ese niño no siga llorando.

—A los ojos de alguna gente, puede que tengas razón. Pero hay mucha que vería el asunto por otro lado.

—¿Por qué otro lado?

—Dirían: “Claro, tenía que ser el negro el que cometiera ese robo”.

Baltasar no tardó un segundo en responder:

—Es verdad, pero eso tiene solución; métete tú en la tienda y así no dirán que fue el rey negro.

Melchor miró calmadamente a su compañero al tiempo que decía:

—Ni el negro ni Melchor, rey Baltasar. Nosotros tenemos que actuar en forma correcta. Hablemos con Gaspar y veamos entre los tres cómo resolvemos el caso.

—¡Allá lo veo! —exclamó Baltasar señalando hacia una hermosa avenida.

Y en efecto, allá se veía al rey Gaspar, iluminado por las farolas eléctricas, con su barba blanca agitada por el aire, cabalgando su camello, casi flotando tras él su brillante manto azul.

—Rey Gaspar, acércate, que tenemos que hablar —gritó Baltasar.

—No es hora de hablar, sino de apresurarnos. Se hace tarde y nos esperan en Cuba —respondió Gaspar.

—¿De qué se ríe este loco? —preguntó dirigiéndose a Melchor.

—De que tenemos que hacer un viaje a la frontera del Norte, donde hay un niño que llora porque lo dejamos sin juguetes —explicó Melchor.

—¿Cómo? ¿A esta hora y sin tener qué llevarle?

—Sí, compañero, a esta hora, y hay que buscar algo que llevarle. Es orden del Señor Dios —dijo, con muchos movimientos de brazos y manos, el rey Baltasar.

—¡Esto es un desorden, un verdadero desorden! —clamó el rey Gaspar—. Al Señor Dios le era muy fácil resolver ese asunto sin nuestra intervención.

Entonces se oyó el vozarrón del Señor Dios, que venía desde la altura:

—¡Son ustedes los que tienen que resolverlo, mentecatos, para que otra vez se guarden mucho de sacar de la lista a un niño, por pobre y olvidado que sea!

Al oír esas palabras, hasta los camellos se echaron a temblar. Ni siquiera el rey Gaspar se atrevió a insinuar una protesta. Durante buen rato los tres se quedaron mudos, mirando hacia arriba, donde sólo rutilantes estrellas se veían. Una brisa bastante fría pasaba meciendo las copas de los árboles y limpiando el cielo de nubecillas, y se oía, como un zumbido, el rumor de la ciudad.

—Majestades, ya lo han oído. Hay que buscar un juguete, por lo menos uno, y salir en el acto hacia la frontera —afirmó Baltasar.

Pero no era fácil hallar el juguete y no era fácil llegar hasta la frontera a tiempo usando los viejos camellos; puntos ambos que fueron materia de discusión entre los Reyes. Al fin Baltasar propuso algo práctico: alquilar un avión que los dejara lo más cerca posible del lugar donde vivía el niño que lloraba.

—¿Y cómo alquilarlo? ¿Dónde está el dinero? ¿No gastaron ustedes todos los tesoros que nos dio el Señor Dios comprando juguetes? ¿No me hicieron gastar también los míos? Ahora ha llegado el momento de lamentar esas locuras.

Como es claro, esto lo dijo el rey Gaspar, por cierto con voz bastante agria.

—La única solución es vender los camellos —apuntó calmosamente el rey Melchor.

—¿Qué has dicho, rey Melchor? ¿Estás perdiendo la razón? ¿Qué se ha hecho de tu antigua cordura? ¿Vender yo mi camello?

Era otra vez el rey Gaspar quien hablaba. La verdad es que al rey Gaspar le ponía fuera de sí oír alguna proposición que significara pérdida. Pero no le sucedió lo mismo al rey Baltasar. Éste era expeditivo; lo que le interesaba era resolver el problema del momento y no se detenía en consideraciones sobre lo que sucedería mañana. Baltasar se agarró a la idea de Melchor como uno que va cayéndose al mar se agarraría a un clavo ardiendo; y tanto arguyó, opinó, habló y gritó que un cuarto de hora después salía con los tres camellos en busca de un circo que había visto poco antes. Quería proponerle al dueño que le comprara los tres animales. Ya iba lejos Baltasar, y todavía oía las protestas del viejo rey Gaspar.

No se sabe cómo se las arregló el rey negro, pero es el caso que en poco tiempo volvió diciendo que ya estaba todo arreglado y que el avión esperaba por ellos. Sólo una cosa no había podido obtener, el juguete para el niño; pero según le dijeron en el circo, al llegar al aeropuerto de destino podrían hallarlo. En suma, antes de que Gaspar pusiera fin a sus protestas, los tres amigos iban volando, camino de la frontera del Norte.

Nunca pensaron los tres reyes del desierto, en más de mil novecientos años que tenían repartiendo juguetes, que algún día usarían un pájaro de metal para ir a dar un poco de

felicidad a un niño que vivía en choza de barro, a centenares de millas de distancia. Pero las sorpresas que ofrece la vida son muchas y eran incontables las vueltas que había dado el mundo desde la noche en que fueron a Belén; todo había cambiado, todo era distinto. Sólo el Señor Dios seguía siendo igual, y Él velaba por la dicha de los pequeños porque también Él había tenido un hijo y nada agrada más a su corazón que ver felices a los niños.

Los cambios habían sido grandes y los reyes del desierto lo sabían mejor que nadie, porque recorrían año tras año parte de la Tierra y veían cada vez más novedades. El hombre era audaz; usaba su inteligencia en inventar las cosas más raras. No sólo fabricó el avión, el teléfono, la radio, la televisión, máquinas que servían para todos los usos y medicinas que curaban casi todas las enfermedades, sino que además, iba extendiéndose la idea de que la verdadera comodidad no se lograba nunca si el alma del hombre se mantenía inquieta, y la manera de tranquilizarle el alma no era dando al cuerpo los mejores alimentos; la manera más adecuada era buscando la paz por medio de la bondad. Los hombres iban aprendiendo que no era teniendo más poder o más conocimiento solamente como lograrían la felicidad, sino refinando sus sentimientos y haciéndolos cada vez más firmes y puros. Con la ambición se conquista el poder, con el estudio se conquistan las ciencias; pero sólo con la bondad se conquista la dicha.

El Señor Dios persistía en un punto; y he aquí cómo Él lo decía para sí: “Los hombres tienen que aprender a quererse, porque el amor los hará bondadosos y los salvará de ser codiciosos, crueles e injustos”. El Señor Dios ponía toda su ternura en los niños porque ellos saben querer naturalmente, y se llenaba de ira cada vez que oía a un padre decir a sus hijos que para ganar buen éxito en la vida hay que ser duros de

corazón, egoístas y fríos. Pero esos padres, por suerte, eran cada vez menos. El Señor Dios veía con placer que cada día la humanidad avanzaba hacia el amor, que cada día era mayor el número de los que deseaban ser bondadosos. Por ejemplo, el dueño del circo que compró los camellos de los Reyes Magos no necesitaba para nada de esos pobres animales, pero le hizo creer a Baltasar que le hacían falta a fin de que el rey negro y sus compañeros tuvieran dinero para el viaje.

El viaje fue rápido, pero no tanto que llegaran a tiempo para hallar gente en el aeropuerto. Era muy poca la que se veía y ya estaban cerradas las pequeñas tiendas. De manera que cuando Baltasar preguntó dónde podría comprar un juguete para un niño que lloraba porque no tenía ninguno, le dijeron que ya no había comercios abiertos. En ese momento se le acercó un hombre humilde, vestido con ropa sencilla de algodón y una especie de cobertor que le cubría los hombros y el pecho. Tenía los pies calzados con pedazos de goma de automóvil. Era pálido, delgado, de pelo muy negro que le caía sobre la frente. Su estampa iba pregonando su pobreza, pero a la vez su rostro reflejaba bondad. Con mucha dulzura en la voz explicó:

—Yo fabrico juguetes de madera para venderlos en estos días. ¿Me permite ofrecerle el único que me queda? Es rústico, hecho a cuchillo y deseo regalárselo.

Al teminar de hablar echó al suelo un saco que llevaba a la espalda, y de él extrajo ropa sucia, frutas, un paquete de maíz y algunas otras cosas que llevaba a su casa. Revuelto con todo eso estaba el juguete, un precioso caballito de madera que arrastraba tras sí una diminuta carreta.

—Amigo, esto es una belleza. Dios ha de pagarle a usted su bondad —dijo efusivamente el rey Baltasar.

Melchor se acercó, miró con su habitual calma el juguete, y comentó:

—Está muy bien hecho. Gracias.

Pero Gaspar no dijo nada; esto es, no dijo nada acerca del regalo que acababan de recibir, porque habló de otra cosa. Preguntó:

—¿Y el niño? ¿Dónde vive el niño ése?

El malhumorado rey sabía que el niño vivía en la frontera del Norte, pero hacía la pregunta porque deseaba que sus dos amigos terminaran cuanto antes de hablar con el hombre que les había obsequiado el juguete. La acción del desconocido le conmovió como pocas veces, desde que vio al Hijo de Dios en el establo de Belén, se había sentido conmovido. Y al rey Gaspar no le gustaba que le sucediera eso. Recordaba con toda nitidez que por haber experimentado una emoción parecida, casi dos mil años antes, había regalado a una vieja enferma una moneda de plata, y, ¡caramba!, jamás se perdonaría él esa debilidad, aunque viviera diez mil siglos. Baltasar, que a todo esto se hallaba hablando con otra persona, había oído la pregunta de Gaspar y no tardó en contestarle.

—Este señor está explicándome que la frontera queda lejos. Parece que tendremos que alquilar un automóvil para ir allá.

Por lo visto, era la peor noche en la vida de Gaspar. No acababan de darle disgustos.

—¿Alquilar un automóvil? —preguntó—. ¿Y con qué dinero, rey Baltasar?

Y he aquí que de pronto se oyó una gran voz que caía de lo alto y decía:

—¡Con las dos monedas de oro que te guardaste la noche en que nació Mi Hijo, rey Gaspar, avaro del demonio!

Desde luego, es inútil tratar de describir la escena que se produjo allí. De los presentes, sólo los tres reyes oyeron la voz. Nunca jamás se vio un grupo real más confundido que ése. El primero en reaccionar fue Baltasar.

—Conque dos monedas de oro, ¿eh?

Tenía un tonillo que era a la vez burlón y colérico. Dejándolo a un lado, se dirigió a Melchor, como un general en jefe que da órdenes en medio de la batalla.

—¡Melchor, busca un automóvil, el primero que pase, y contrátalo sin discutir el precio, que Gaspar tiene dinero!

En verdad, Gaspar estaba tan apenado que tuvieron que empujarlo para que entrara al automóvil. Tardó mucho en hablar. A su lado, mirándole en silencio, con expresión severa, iba Melchor. Probablemente llevaban ya media hora de camino cuando el rey Gaspar dijo:

—¡Ha sido una injusticia lo que el Señor Dios ha hecho conmigo, y ha sido además una tontería obligarme a gastar el último dinero! ¡Yo guardaba esas monedas para un caso de necesidad!

—Sí, claro, las guardaste casi veinte siglos —comentó Baltasar.

Durante todo el viaje, cada diez, a veces cada ocho y hasta cada cinco minutos, se oía a Gaspar murmurar.

—¡Es una injusticia quitarme lo último que me quedaba!

Tanto lo dijo y tanto lo repitió, que oyéndole el rey Melchor acabó por dormirse como si lo arrullara una canción de cuna. Mientras tanto, el automóvil iba a toda marcha hacia la frontera y Baltasar, el rey negro, que no usaba manto, se frotaba los brazos con ambas manos porque la noche era fría. El alegre rey echaba de menos el clima de su oasis, cálido en el día y fresco en la noche. Las temperaturas heladas no se habían hecho para él.

Sin embargo había una persona que estaba pasando más frío que Baltasar, a pesar de que se hallaba acostumbrado a las nieves. Era Santa Claus. Pues el buen viejo, deseoso de llegar lo más pronto posible a la choza del niño mexicano, e imposibilitado de usar su reno, se fue a pie y decidió lanzarse al río y cruzarlo a nado. Mala idea fue ésa, porque el risueño Santa

Claus no tenía edad para andarse dando chapuzones en agua helada, y menos a las dos de la mañana. Y como su ropa era de lana, conservó la humedad y no se calentó a pesar de la caminata que tuvo que hacer por entre breñales y cerros pelados. Caminó a campo traviesa, orientándose por el llanto del niño, oyendo a ratos ladridos de perros, buscando afanosamente con la mirada, en medio de la oscuridad, la choza adonde se dirigía.

A menudo tropezaba, volvía a levantarse, se caía y gateaba como los niños. Debido a todo ello iba ensuciándose la ropa en forma lamentable. Y no cesaba de sentir frío. En una ocasión estornudó.

—Creo que me he resfriado —dijo el buen viejo en alta voz.

Y así era. Pero resfriado o no, siguió su marcha. Columbró al fin la choza. Había una ventana mal cerrada, y por ella entró Santa Claus. La vivienda era pobre, aunque limpia; su piso era de tierra y sólo tenía dos habitaciones, una que debía ser la de recibir a la gente, que hacía a la vez el papel de sala, depósito y comedor, y otra en la que estaban el niño que lloraba y su abuela. La anciana, ya muy gastada por los años, dormía sobre una estera de paja. Al oír el ruido, el niño preguntó:

—¿Quién es? ¿Son los Reyes Magos?

No tenía miedo, sino esperanza, la esperanza de que a esa hora los Reyes Magos llegaran hasta el apartado lugar donde él vivía y embellecieran su soledad con el juguete que él les había pedido.

Por primera vez desde que recorría la Tierra en su oficio de Santa Claus, don Nicolás sintió que el corazón se le contraía. Una lágrima le tembló en cada párpado; se secó la derecha con la manga, pero la izquierda cayó, rodó hasta el blanco bigote y allí se perdió. Y por primera vez también dijo una mentira.

—Sí, somos los Reyes Magos —aseguró con voz que casi no se oía.

La habitación estaba oscura, pero él adivinó una sonrisa en los labios del niño.

—Gracias, Reyes queridos —respondió el niño en tono conmovedor.

A seguidas se oyeron conversaciones afuera, algo como una discusión, una voz que murmuraba:

—¡Me han hecho gastar mis últimas monedas y ahora no tengo ni con qué pagar el viaje de retorno!

Santa Claus recordó esa voz; le pareció la de un viejo barbudo, de manto azul, que subía a un camello frente al establo de Belén en el momento en que él llegaba allí casi dos mil años atrás. Era el mismo tono inconfundible de hombre de mal humor. Santa Claus se asomó a la ventana y en tal momento volvió a estornudar. Oyó a alguien decir:

—No discutas más, rey Gaspar, que en la choza están despiertos. ¿No oíste el estornudo?

En ésa le pareció reconocer la voz del hombre que llevaba manto amarillo, aquel que le decía al rey malhumorado que debía averiguar a quién pertenecían los tesoros que hallaron en sus camellos. Sí, estaba en lo cierto, no cabía duda de que los que hablaban eran los Reyes Magos. Pero podía estar equivocado. Después de todo, habían transcurrido casi veinte siglos. De todas maneras, Santa Claus tenía que irse ya; y cuando iba a saltar de la ventana se dio de manos a boca con el rey negro. Éste le miró en esa posición inesperada, trepado en la ventana, y en el acto gritó:

—¡Majestades, déjense de discutir y vean quién está allí! ¡Es Santa Claus, el viejo que estuvo en Belén aquella noche! ¿No se acuerdan de él?

—¿Qué me importa a mí quien sea? Lo que yo digo es que el Señor Dios me ha hecho gastar mis únicas dos monedas y ahora estamos en este hoyo sin que sepamos cómo vamos a salir de él.

Está de más decir que fue el rey Gaspar quien habló. En cambio, Melchor inclinó la cabeza con mucha cortesía y se dirigió a Santa Claus con estas palabras:

—Aunque la ocasión resulte desusada, me complace saludarlo, don Nicolás.

El rey negro lo dijo en otra forma. Fue así:

—¡Venga un abrazo, compañero; porque a pesar de que hemos estado cerca de dos mil años sin vernos, usted es nuestro compañero!

De esa manera, y en tan lejano lugar, volvieron a encontrarse, veinte siglos después, los que la noche del nacimiento de Jesús le rindieron homenaje en su pobre cuna de heno. Mientras Baltasar entraba a la choza para dejar el caballito de madera y la carretita a los pies del niño —que ya en ese momento dormía como un bendito—, Melchor y Santa Claus se fueron andando por una senda llena de piedras. Con los brazos cruzados sin moverse de allí, Gaspar rezongaba sin descanso:

—¡Ha sido una injusticia del Señor Dios; ha sido una injusticia!

Así lo halló Baltasar, que prácticamente lo arrastró tras sí. Poco después los tres Reyes y Santa Claus iban dejando y trepando cerros, cayéndose, levantándose, en una marcha sólo amenizada por los estornudos de Santa Claus y las quejas de Gaspar.

Desde arriba, el Señor Dios los contemplaba. Los veía irse juntos apoyándose entre sí, buscando orientación en medio de la oscuridad.

—Voy a mandar un lucero para que les señale el camino —dijo. Y a seguidas, como casi dos mil años atrás, llamó a una estrella, una deslumbrante estrella que surcó el firmamento a velocidad increíble para acercarse al Señor Dios, de cuya boca oyó esta orden:

—Vete allá abajo, a la Tierra. Allí hay un sitio que es la frontera entre dos países llamados Estados Unidos y México; cerca de esa frontera van buscando rumbo cuatro tunantes amigos míos. Alúmbrales el camino. Pero atiende bien, porque ustedes las estrellas son tontas, no oyen lo que se les dice y después...

No quiso seguir hablando; sacudió una mano, como indicando que ya estaba dicho todo lo que tenía que decir, y volvió a colocarse de pechos sobre el piso de nubes, la cara en el agujero desde el cual veía hacia la Tierra. Mas he aquí que se durmió. Se durmió un instante nada más. Y al abrir los ojos vio esta escena:

Por las llanuras de Tejas, tirando de dos cuerdas amarradas a un trineo, iban el rey Baltasar y el rey Melchor, tras el trineo, empujando, uno alegremente, el otro con cara de disgusto, iban Santa Claus y el rey Gaspar. Echado en el trineo se veía el hermoso reno, una de cuyas patas delanteras estaba hinchada. La luz de un naciente sol de invierno iluminaba con pálidos reflejos el curioso grupo. En toda la extensión, las gentes dormían.

—Vaya, vaya, de manera que ahí tenemos juntos a los Reyes y a don Nicolás. Se reunieron para hacer feliz a un niño indio y ahora van sudando para aliviar a un reno cojo. No está mal el ejemplo. Ojalá los hombres aprendan la lección y se unan para cosas parecidas.

Eso dijo el Señor Dios. Quería hacerse el humorista porque se sentía conmovido y se daba cuenta de que si no tomaba el asunto a chanza iba a llorar de emoción. Y es el caso que si lloraba sus lágrimas iban a inundar la Tierra; caerían en ella como si se desfondaran las fuentes de los cielos, porque las lágrimas del Señor Dios, que jamás había llorado, debían ser infinitas. Si se permitía llorar, hombres y animales, valles y montañas se ahogarían, como en los tiempos del diluvio. No; el Señor Dios no lloraría. Pero como estaba emocionado debía

hacer algo. Y se puso a silbar. Silbando se incorporó y comenzó a caminar poco a poco. Sin darse cuenta empezó a danzar. Lo que silbaba era una música celestial, de una finura inconcebible; y su danza era jubilosa y tierna, la danza misma de la felicidad. Abajo, en la Tierra, se oyó aquella música. La oyeron los pajarillos, que entonces despertaban y comenzaban a volar a su ritmo; la oyeron las flores, que en los países fríos se hallaban todavía sin nacer, cubiertas por la nieve, y en los países cálidos estaban mustias. Y las flores no nacidas, y las mustias, comenzaron a cobrar vida y color, a perfumar el aire, que también danzaba y las hacía danzar. La oyeron Santa Claus y los Reyes Magos que alzaron sus rostros al cielo, sonrieron y dijeron los cuatro a un tiempo:

—Parece que el Señor Dios está contento.

Y la oyó aquel hombre humilde que había regalado a los Reyes su caballito y su carretita de madera. Él había llegado a su choza de madrugada, poco antes de que saliera el sol, y había hallado despierta a la anciana madre, una mujer envejecida por los años y por la miseria, de cuerpo mínimo, ligeramente encorvada, cuyos tristes ojos irradiaban bondad.

—Buenos días, mamacita —dijo el hombre.

—Dios me lo bendiga, mi hijo. ¿Cómo te fue?

—Vendí todos los juguetes, menos uno que regalé, y compré maíz y medicinas.

—Falta hacen las dos cosas en esta casa. Dios es bueno. Acuéstate.

—Ahora no. Quiero que le dé la medicina al niño. ¿Cómo sigue?

—Ha estado más tranquilo que anoche. Debe haber delirado algo, porque le oí hablando anoche. Tal vez estaba soñando con los Reyes Magos, el pobrecito.

Clareaba ya, y el hombre entró en la habitación donde dormía su hijo enfermo. Por el tierno rostro moreno se difun-

día una sonrisa inocente que embellecía en forma indescriptible la miserable covacha de barro. El padre sintió que su corazón aleteaba y se inclinó para besar la pequeña frente.

Pero de pronto vio algo junto al niño; algo que le paralizó. Lo veía y no podía creerlo. Allí había un autito, un regalo de reyes para su hijo, y junto al autito la misma carretita que él había dado horas antes a tres hombres estrafalariamente vestidos, de túnicas y turbantes. Sólo que ahora el caballito y la carretita fulguraban, despidiendo reflejos a la naciente luz del día.

Asustado, tomó la carretita en sus manos y se encaminó hacia la anciana, que desde la otra habitación le miraba con la serenidad soberana de sus años. Quiso llamar la atención de la madre, decir algo, explicarle que aquél era el juguete que él mismo había hecho, pero que ahora era distinto, macizo, pesado, de un metal que él conocía pero cuyo nombre no se atrevía a pronunciar en ese momento, y que brillaba porque estaba recubierto de piedras de valor incalculable.

Pero no se dirigió a la madre, sino que dijo:

—¿Qué es esto, Señor?

Alzó los ojos a la altura, como esperando una respuesta. No hubo respuesta. Lo único que oyó fue una música que bajaba de los cielos, una música que iba envolviéndolo todo, como si las nubes hubieran estado cargadas de jilgueros y estos cantaran celebrando el nacimiento del Sol.

Santa María del Rosario,
La Habana, febrero de 1956.

CUENTOS DISPERSOS
(1929-1979)

EL PRÓFUGO*

Venía pegándose a las sombras, deshaciéndose en las penumbras, cubriendo la faz cuando la luz de algún automóvil aparecía rompiéndose en las curvas lejanas.

Era un como arrastrarse de espía a lo largo blancuzco del camino. Del fondo azul de la noche, la luna surgió, lenta, afectada de amarillo palideciente, como enfermo sonriente, y se fue deslizándose poco a poco de su trono de nubes, hasta quedar flotando tristemente plateada sobre las melenas húmedas de las palmeras.

En la penumbra verdosa, la carretera escondía su lomo que parecía moverse entre los adornos salvajes de los bosques y se extendía hasta lo ignoto, retozando con las sombras espesas de los árboles grandes que doblaban, en elogio a la luna, sus perrunas cabezas.

Y resbalando, siempre en acecho, sus nervios enfermos, brillantes los ojos, iba el prófugo, hermano de la noche, respirando la atmósfera pesada de su crimen y sintiendo en el olor de las rosas, el olor de la sangre que él derramara un día, cuando era bueno, en el marco trágico de su pueblecito lejano ya.

Pensaba. Tenía miedo.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 27 de enero de 1929, p.1 / p.8.

Sentía correr un hálito frío sobre sus espaldas cuando algún perro asustado rompía con sonido estridente la paz infinita, o cuando, rauda, pasaba a su lado un automóvil, para perderse como tragado por la curva lejana.

Era tarde. Los pomares olían. La verdura emanaba una insinuación de dicha. Las lomas, a lo lejos, cortaban el paisaje. De cuando en vez, una casita blanca, como fue su casita, dormía riende entre rosas y claveles.

Su hijo... ¿qué era su hijo? ¿Qué haría ahora? Si no tenía madre por la culpa del padre, y éste vagaba bajo la noche, de brazos con la sombra, ¿cómo consolarle cuando sus ojos azules lloraban?

De su corazón subía un deseo vehemente de morir que se envolvía cálido sobre su cuerpo cansado.

¿Qué hora sería?

Una nube pasó acariciando el cuerpo pálido de la luna. En las melenas de las palmeras se hizo brumosa la plata de la luz. Un viento triste gimió por entre los árboles y los pinos se fueron recostando levemente.

Allá, lejos, las lomas parecieron deshacerse.

Se sintió somnoliento. Saltó un vallado, y en la yerba húmeda, envuelto en la sucia chaqueta, se durmió, de cara al cielo, límpidamente azul.

Las puertas de la iglesia, siempre abiertas, le dieron una optimista idea de perdón. Parecían los brazos de una madre, que nos recibe siempre.

Había penumbras en su interior. Entró. Por los cristales policromos de las ventanas se colaban los siete colores del arco-iris.

Desde una cruz, tristes los ojos, Jesús le miraba.

En el altar medio oscuro, vio la Mater-Dolorosa.

¿En qué se parecía a la muerta?

Tal vez en los ojos. O en la nariz. Pero no, no era. Tampoco en la boca.

Ni en el óvalo de la cara, ni en el corte de la frente recta.

Quizás... ¡Ah sí! ¡Era en las manos!

Ella también, como la Dolorosa, las juntó, arrodillada.

¿Por qué fue?

¿Qué le hizo sentir ese vacío en la cabeza; qué le hizo cegar; qué le impulsó a clavar tan fríamente el cuchillo en el seno rosado y oliente que acarició cuando la paz y el amor entonaban himnos en su pecho?

Ahora, triste y deshecho, llora. Crecida está su barba. Sus ojos pálidos. Raído su traje y empolvado además. Trae las manos callosas y los pies hecho trizas por el rudo contacto de la piedra del camino.

Por la puerta van desapareciendo rezadoras que dejan en el mosaico una sombra larga. El sacristán va haciendo la luz en la casa de Dios.

Hay que salir. Es necesario seguir huyendo, cada vez más lejos. ¡Si pudiera en su trotar dejar en los caminos su recuerdo!

Se levanta pausado. En la mano sostiene el sombrero de fieltro empolvado. Siente que una garra relampaguea, suspendida sobre su cabeza, y se encorva asustado. Un buen anciano le mira sorprendido.

Sale. Busca la sombra. Va pegándose a las paredes. Se deshace en las penumbras.

Ve de pronto un niño rubio que pasa llorando, secando sus ojos azules con las mangas de la blusita blanca, y se detiene hasta que el niño se pierde en la esquina cercana.

Se aleja, siempre hosco, y en acecho sus nervios enfermos.

La carretera sigue desenvolviéndose lentamente.

Tiende los brazos a su hermana la noche que le aguarda, mira otra vez hacia la esquina donde el niño lloraba, y sigue, más triste que antes, de manos con la sombra, roto su traje, doliente el alma y los pies hechos trizas por el rudo contacto de la piedra del camino.

SIN QUERERLO*

—Me voy mañana. Mejor dicho: nos vamos. ¿No te entristece pensar que me alejo?

—Sí, me entristece. Algún día volveremos a vernos. Ahora, en las montañas, pondré claveles frescos frente a tu retrato como una ofrenda a ti.

Ella quedó silenciosa.

Renacía la luna entre un desdoblamiento de grises encajes.

Se besaron con ardor y ella quiso llorar. Luego partió y su figura blanca se perdió entre las flores.

Quedó sonreído. ¡Con qué facilidad se dice un[*a*] mentira!

Vino de lejos, cargado el cerebro de la baraunda de ciudades, a vivir unos meses de paz en este pueblecito encajado en las lomas. Ella vino después, con su familia, a buscar paz también. Se encontraron, se amaron sin darse cuenta y ahora ella partía pensando que dejaba una tristeza. ¡Ironía!

Quiso ir a dormir. En el filo de la loma parecía rodar la luna.

Sus pisadas resonaban en las callejuelas empedradas.

Le azoró un silbido. Vio después una sombra que le hacía señales y fue hacia ella. Era un amigo.

Entraron a un viejo casón abandonado. Había diez o doce mozos en cuclillas, reunidos junto a una vela tímida.

* BOSCH, Juan, *Obras completas*, T. XII, Santo Domingo, Editora Corripio, 2007, pp.37-38.

En los rincones daba la sombra la sensación de cuervos aleteando.

—¡Oh mi querido! —dijo uno de ellos—. Sentiremos mucho tener que obligarlo a hacer algo que le disgustará, pero no podemos evitarlo. Ud. es necesario.

Tuvo para el que hablaba una sonrisa de modestia.

—¿De qué se trata, si se puede saber?

—¡Cómo no! Esa gente, ¿sabe? se va mañana y hemos acordado darle una despedida que esté de acuerdo con su comportamiento aquí.

Comprendió. No era necesario explicar más. Su novia y sus familiares escandalizaron a las buenas viejas del poblado con su orgullo de civilizados y sus costumbres ciudadanas. En la boca de cada una de las personas timoratas del pueblo —todas— había una maldición al pasar frente a la casa que ellos ocupaban.

—Bien —dijo resignado— ¿Qué puedo hacer por Uds.?

—Lo que todos hagamos, contestó uno.

Estuvieron media hora más hablando, discutiendo en voz baja. Él gastó, mientras, un cigarrillo. Después trajeron dos que habían salido, latas y piedras y se regaron callados en la [c]allejuela.

Primero fue una pedrada que pegó con ruido seco en una ventana. Desde dentro abrieron ésta intrigados, y entró por ella una lluvia de piedras.

Se oyeron gritos de mujeres, imprecaciones de los hombres airados y ruidos de carreras. Afuera golpearon las latas que produjeron sonos lúgrubos.

Fue todo un estrépito demoníaco y ensordecedor.

Al ir a acostarse, alegre, creyó ver a la luna dormida entre las [r]amas de un viejo pino seco.

Se levantó temprano, antes que el sol, para verla partir.

Por el camino polvoriento que alegraba el amanecer, venía la cabalgata.

En los últimos cogollos de los pinos puso diamantes el sol enamorado.

El polvo levantado por las patas de los caballos comenzó a orearse.

Ella venía en medio, algo pálida, bullosos [l]os grandes ojos blancos con la frente vendada. Al pasar le sonrió lentamente.

El sol se mostró todo.

A lo lejos, empequeñecida por la distancia, iba la cabalgata [].

Volvió triste al poblado pensando en que quizás fue su piedra la que le hirió la frente.

Y sin quererlo se fue al jardín a recoger claveles.

01-09-29

LO INSOSPECHADO*

Llovizna[ab]a [viva]vimente. La Luz par[pa]deaba.

Cuando la Pompeya —decía el viejo— entonces sí que habían hombres. Tenían la sangre re[fr]ría.

Se sentía el caer de la llovizna como un desmarañamiento de sutiles perlas grises.

Agrupados, los hijos escuchaban el milésimo relato de las hazañas del hombre encorvado que en días acro[] re[cor]rió como un torbe[lli]no, alto el machete, a lomo de caballo, los llanos sembrados de muerte.

Estaban pendientes de sus palabras y el hombrecillo, fulgurantes los ojillos negros, hacía con sus brazos, aún fuertes[,] gestos impresionantes, queriendo agrandarse al recuerdo de sus días juveniles, en la atmósfera pesada de la choza.

Jué un goipe só[lido] —según el [viejo]— y cayó dei caballo baño en sangre.

Había en sus labios mestizos el guión amarillento de una sonrisa que parecía lejana.

Y él mismo creía ver el brillo de la sangre recién salida al sol y oír el chasquido del machete deshaciendo el cráneo.

Desde los fondos que daban al camino, los perros dejaban oír sus ladridos cansados.

* BOSCH, Juan, *Obras completas*, T. XII, Santo Domingo, Editora Corripio, 2007, pp.39-41.

Se ha respetado la ortografía del original (N. del E.).

En el bohío retumbó un[:] ¡Buena noche!

Todos se volvieron.

Enmarcado en la puerta, [en]cubierta la cabeza de [ca]be[llas] [á]speros, esta[ba] un hombre oscuro en cuyos ojos negros se reflejaba todo el color rojo de la lamparilla.

Dentre —dijeron—.

Quería pasar aquí la noche.

El tono con que hablaba era suplicante casi.

Cómo no, cómo no —dijo el anciano—. No tará muy acomodao pero siquiera una sábana y un vaso e leche consigue.

Los hijos volvieron[on] a [] com[].

El hombrecillo comenzó de nuevo el relato cortado y a decir cómo en la tarde soleada, de hombre a hombre, dejó en la tierra, con el cráneo partido, al rival.

Cascada la voz, tan sólo en los gestos elocuentes, se notaba el coraje, hoy expresado en ronquera, de su[s] buenos días.

El recién llegado le miraba, le miraba, cerrada la boca, sereno los ojos negros, sintiendo sin embargo un calor [in]soportable que le [co]m[ía] [d]el pecho [a] la cabeza.

¿Y de dónde era el difunto? —preguntó, cuando ya el viejo había dado fin a su historia y el bohío se hartaba de la paz enfermiza de la noche púbera.

No sé, contestó, creo que dei Rancho.

El desconocido vibró, como una cuerda de guitarra tocada.

Ete e. Ete e —pensó—.

Luego se fueron a dormir y uno a uno, los hijos decía[n] [juntas] las voces:

La bendición papá.

*

Estuvo batallando consigo mismo en toda la noche. Hubo un momento en que se levantó de un salto y agarró nervioso el

cuchillo, atenaceado por una horrible sed de vengarse. Pero algo le dijo que no, no era justo matarlo así. Cuando él le quitó el padre fue de hombre a hombre. Y así debería hacerlo ¿Por qué [ase]sinarle?

En la [ma]ña[n]a, no pudo levantar[se]. Ardía de fiebre. Le trajeron café y le supo a hiel. Le hicieron beber una tisana.

La fiebre subió más y en la noche deliraba.

El mismo viejo venía a cuidarle, de vez en vez, y en su cuarto, el hijo más pequeño rezaba.

A los tres días estaba aniquilado, enflaquecido, hundidos los brillantes ojos negros.

Ya en las noches no se reunían a oír las historias de sangre del papá.

Andaban en puntillas, procurando no hacer ruido y se pintaba el desconsuelo en los rostros, como si el enfermo hubiese sido un buen hermano y no un extraño que llegó cinco días antes, al comenzar la noche, en busca de posada.

Una vela alumbraba con su luz triste el cuarto.

El desconocido dormía con fatigosa respiración, sumido en [u]na i[nc]onsciencia.

Ete no se saiva —[di]jo el viejo—.

Vino [a] [u]nta[rle] sebo en la cabeza. El enfermo despertó. Tuvo un instante de lucimiento. En la pared, junto a un estante, había un machete. Hizo un esfuerzo por incorporarse y llevarse a la tumba la satisfacción de haber vengado al padre.

El viejo, dulcemente, húmedas las pupilas, quiso volverlo a acostar. Le enterneció tanta bondad y lloró como un niño. Desde el fondo de su alma le nació un asco inmenso, un reproche por el deseo de asesinar a este hombre que habiendo suprimido a su padre lo cuidaba aho[ra] com[o] [n]o lo hubiese [hecho el] muerto [].

Cayó otra vez. Las lágrimas le borraron los ojos y un temblor fatal agitó su cuerpo.

En el rincón oscuro, junto a la cabecera, una mujer del vecindario rezaba lentamente:

Padre nuestro que está en los cielos...

04-09-29

LO INÚTIL*

La iglesia accesaba a la sombra de los laur[ele]s.

En las aceras filosofaba, junto a la sombra, el sol.

Dentro había un florecimiento de luces titilando en las puntas de los cirios.

Se podían contar las rezadoras, hincadas frente a imágenes, orando todas con ligeros murmullos y en un débil sonar de vidrio roto en los rosarios movidos con suprema lentitud.

[El] sacristán [lim]piaba el piso con esa c[osa] a [que] [acos]tumbra la inf[init]a mansedumbre de la iglesia.

El mismo sol se vestía de gris para entrar en ella.

Se fue arrastrando con agilidad de tigre, alertas los ojos y oídos, volviendo con prontitud la cabeza, con el temor soliviándole[] el alma, de que lo acechaban.

Ni siquiera tuvo tiempo de verlo.

Extendió su brazo y lo sujetó con mano fuerte. Lo escondió como pudo bajo la camisa sudada.

Era un candelabro de plata de dos b[razo]s donde [ard]ían eternamente cir[ios] a San [Jo]sé.

Se dispus[o] a salir sintiendo que la cara le ardía.

De pronto, sin que él lo sospechara, algo cayó con fuerza sobre su espalda al tiempo que una voz exclamaba:

* BOSCH, Juan, *Obras completas*, T. XII, Santo Domingo, Editora Corripio, 2007, pp.43-46.

Se ha respetado la ortografía del original (N. del E.).

—¡Ah ladrón!

Hubo murmullos de bancos empujados que produjeron chirridos alargados y un corretear silencioso de sombra de mujeres.

Lo sujetaron como si se tratara de un criminal peligroso.

{Las} feligresas tocaban los {cirios} para pr{en}d[e]rse {unas} a las otras y de{ci}rlo con voz y grito de misterio:

¡Un hereje! ¡Seguramente un protestante!

El cura vino apresurado. Alguien le fue a avisar.

Entró como una avalancha, ondulada por el viento la sotana y colgando del brazo izquierdo un paraguas.

Primero se mordió los labios como asombrado, luego dejó sobre un banco el paraguas y el sombrero y después cruzó los brazos cortos sobre el vientre hinchado y se quedó mirando al suelo.

El muchacho seguía llorando, c{ubier}tos los ojos {por} las manos.

{Rez}ó enton{ces} la voz grave, {tron}ante y mística del sacerdote:

¿Por qué has hecho esto, hijito?

Los murmullos de las feligresas se apagaron.

La iglesia se iba llenando poco a poco de gentes que venían a enterarse. La voz corrió por el poblado, agrandándose el hecho cada vez más y se hablaba de un perro protestante que quiso robar la virgen.

El padre preguntó de nuevo:

¿Por qué hiciste eso?

Por toda contestación el ladrón prorrump{ió} en sollozos.

{—Déj}enle —or{den}ó el cura a los {qu}e lo sujeta{b}an.

Ven acá, ven acá, —dijo cariñoso—. Cuéntame.

El muchacho seguía llorando, cubiertos los ojos por las manos, baja la cabeza.

El sacristán fue hacia un grupo. Se vio rodeado de gentes, y contó con orgullo su hazaña. Lo había acechado desde que entró porque le fue sospechoso. Lo vio tomar el candelabro y le echó mano cuando salía.

Los oyentes dejaban escapar epítetos de admiración por el héroe.

[Des]de un rin[cón,] serena pero [imponente] resonó la voz del ministro:

—En la casa de [Dios] no se vie[ne] a hablar ni murmurar.

Algunos pensaron en que el cura no era tan religioso como parecía. ¿Cómo trataba así a un hereje?

Muchos salieron a contar a su gusto lo sucedido.

¡Un protestante! ¡Un hereje! ¡Debería Dios confundirlos a todos!

Las feligresas no volvieron a rezar. Se agrupaban a comentar el hecho y alguna dijo que quizás ese ladrón fuera el enemigo malo.

Al pronunciar estas últimas palabras todas hicieron con los dedos [pul]gar e índice la se[ñ]al de la cruz:

¡Jesús!

El sacerdote se había retirado a un rincón con el ladrón.

Una rezadora se atrevió a hablar de un temor por el cura.

El sacristán comenzó a notar faltas de las que antes no se había dado cuenta.

Comenzaba a oblicuarse el sol y alargaba las manchas de luz de las puertas.

Las sombras de los árboles se estiraban también.

El muchacho había dejado de llorar. Había agotado s[us] lágrimas pero [s]eguía co[n] [los] ojos cubie[rto]s y la faz enroj[ec]ida.

—¿Por qué lo hiciste, mi hijo?

—Por nada —contestó con una voz que le salió a pedazos.

El cura volvió a preguntar, creyendo adivinar la obra de los enemigos de la religión...

¿Cómo por nada? ¿Qué ibas a hacer con ese candelabro?

—Nada.

¿Quién te mandó a robarlo?

—Nadie.

Se acercó el sacristán:

—Padre —dijo con humildad— ahí está la [po]licía.

—D[iga] a la p[olici]a —contestó se[re]namente el s[ac]erdote— que no la he mandado a buscar.

Volvió a sollozar. Suplicó al cura que no lo hiciera ir a la cárcel.

—Nada te pasará si me dices la verdad, hijo mío.

El sacristán se alejó contrito. Iba pensando, mientras llegaba a la puerta, como hablar con los guardias, ya que él les había contado en menos de cinco minutos, con lujo de detalles, su enorme proeza.

—Dime la verdad, dime la verdad y Dios te perdonará.

[E]l tono era tie[rno] y acariciante.

—Era para mamá —respondió entre sollozos.

¿Para tu mamá? ¿Te mandó ella?

¿Mi mamá? —dijo de pronto levantando la cabeza con orgullo—. No. Nunca. Es que está enferma.

—¿Y qué?

—Que necesitaba dinero: Hubiera vendido el candelabro.

—¿Y tu papá? ¿No trabaja él?

—Mi papá murió. Bebía mucho y la bebida lo mató.

Un gato blanco saltó ronroneante al [rega]zo del sacerdote. Este se puso a [aca]riciarlo.

—¿Y por qué no trabajas? Eso no se hace. Está muy mal hecho.

—Sí, padre; yo trabajo, pero gano muy poco.

No lloraba. Al hablar lo hacía con un vago estremecimiento y sus ojos azules se llenaban de sombras.

—¿Está muy mala tu mamá?

Sí, padre, muy mala. No tiene quien la cuide porque mi hermana se dio una perdida y hace tiempo que huyó. Yo fuí a ver un médico. Me dijo que si no tenía dinero no podía curarla.

[El cu]ra se pus[o] de pie y rodeó con su brazo izquierdo el hombro del muchacho.

—¿Quieres que vayamos a verla? —preguntó.

El otro no contestó. Lo siguió en silencio.

Tomó de sobre el banco sus paraguas y sombrero.

Las rezadoras le veían con ojos de asombros.

¿Cómo, no lo llevarán preso?

El sacristán estaba callado. Le había humillado porque él mismo mandó a buscar la policía.

Salieron ambos sin hablar. Algunos transeúntes se detuvieron para [ver] el he[cho].

E[l] hubiese querido esconder la cara en algun[a] [pa]rte.

El sol declinaba con rapidez. La brisa alzaba la sotana.

Con lentitud de hoja de árbol caído, sonaron en la iglesia seis campanadas.

A la sombra de los laureles quedó la iglesia conciliando un sueño.

Iban por la callejuela caminando de prisa.

El padre creyó oír que el muchacho decía:

Aquí.

[Er]a un bohío miserable. En el suelo, so[bre] sa[c]os, la vieja agonizaba.

09-1929

LA TRAGEDIA *

En la tarde quieta, el campo irradiaba de sol. Los árboles eran de luz. Sólo en el pinar lejano la tierra se encojía bajo el frío de la sombra.

Estaban en el bohío que se echó a la orilla del camino. Él había entrado a saludar la comadre, darle la bendición al niño y beber café.

Rebosaba optimismo por el presentimiento de la buena cosecha.

El sopló fresco doblaba los maizales lozanos que comenzaban a dorarse. A ras de suelo se secaba la vaina del fríjol. En los cafetales se empurpuraba el grano y hasta las vacas paseaban sus ubres llenas en el potrero húmedo.

El compadre hizo irrupción en el bohío. Apenas si musitó roncamente un saludo. Vio en sus ojos la sombra de algo grandioso.

Sorbo a sorbo tomó el café. Por el camino silbando volvía al fundo. A tres cuartos de marcha el sol oblicuo acariciaba con mano de mujer amante las cosas de la tierra.

En las palmeras piaban las aves y parecía que por sus hojas rodara espelma derretida.

* BOSCH, Juan, *Obras completas*, T. XII, Santo Domingo, Editora Corripio, 2007, pp.47-49.

Se ha respetado la ortografía del original (N. del E.).

Fue como un presentimiento. Quizás si en la grama la pisada del asesino hizo algún ruido que el destino llevó multiplicado a sus oídos. Al volverse con rapidez, la visión del hombre con las pupilas enrojecidas de coraje y el brillante machete en alto, le hizo palidecer.

Tuvo el tiempo escaso para inquirir asombrado:

—Compadre ¿qué ejeso?

El otro contestó con un mandoble. El sol benigno acrecentaba su brillo en el filo del arma.

Comprendió entonces, mientras retrocedía y se esforzaba en sacar de la vaina su machete: Ese hombre estaba celoso.

Emprendió una carrera corta. Se apretó con la mano izquierda el “ensalmo” y haciendo un esguince rápido lo encontró de frente.

El otro resoplaba como toro furioso. Los machetes se entrechocaban con un ruido siniestro entre rayos de sol que ponían en ellos la sensación de miles de diamantes.

Estaban silenciosos. Retrocedían y avanzaban, lanzando golpes terribles que no hacían blanco.

Delante, detrás y a sus lados, la naturaleza multiplicaba los granos y se adornaba de luz, agena a todo.

Uno fue a matar. El otro comprendió que sólo suprimiendo se salvaba.

Un machete rodó y de un brazo saltó, en una bella manifestación la sangre, que la tierra absorbió.

Y ya fue una lucha de titanes. Apretados los dientes, encojidos los corazones, sacando casi los músculos de los brazos, brillando con bellísimos fulgores de leopardos que acechan los ojos, los compadres se lanzaron el uno sobre el otro en la desesperación de acabar pronto.

Su machete entró en el cráneo del hombre que quiso asesinarle.

El herido se desplomó, con un gemido de furor. Luego trató de incorporarse y en la fiebre de la lucha volvió a herirle, una vez más y otra vez y otra vez, hasta que lo dejó, en un montón informe de huesos y de carne humedecidos en sangre, atravesado en el camino como los árboles jóvenes que troncha el vendabal.

Vio allá a lo lejos hombres que se acercaban dando voces estentóreas y huyó entonces, por instinto de conservación. Tras su cuerpo fujitivo los troncos de los árboles cerraron una cortina.

*

En la raíz de un viejo caobo descansó. Sacó del pecho el “ensalmo” y rezó. Él lo había salvado. Tenía la creencia de que con un ensalmo nadie le heriría ni moriría trágicamente.

Estaba arrepentido de haber matado. De seguro los celos obligaron al compadre a querer asesinarle. Las circunstancias le hicieron criminal.

¿Pero por qué quiso el otro matarle? Si él sentía por su compadre no más que un inmenso cariño fraternal. Además, aunque le hubiese gustado como mujer, su alma noble de campesino ignaro pero honrado, se hubiese rebelado al deseo de engañar a su compadre.

¡Jesús! ¡Cualquier cosa antes que eso!

Sintió los gritos de sus perseguidores. Eran los hermanos del muerto. Se habían tirado entre el bosque como una jauría hambrienta y furiosa a beber la sangre del criminal.

Cerca, muy cerca, pasaron dos.

En la sombra de los algarrobos se notaba el aletear gris del sol cansado. No tenía miedo. Con el “ensalmo” [*ninguno de los*] hombres le harían daño.

Se hincó. Abierto los brazos, elevó sus ojos al cielo y en una reconvención dolorosa a Dios dijo sollozante:

¿Poi qué lo permitite, Señor?

Las pisadas de otro grupo turbaron la quietud de la tarde.

Desgarró entonces la fundita que guardaba el ensalmo y deshizo éste. Sujetó con mano fuerte el machete y salió al camino.

Fueron cuatro. Si no hubiesen sido cuatro tal vez no lo hubieran acabado tan pronto. No pudo herir más que a uno.

En el pie de un viejo níspero, dejaron un guiñapo de hombre.

Y las moscas se regaron sobre la sangre coagulada.

(09-1929)

ORGULLO*

El silencio temblaba. En el techo la lluvia bailoteaba y abría goteras. La luz de gas se proyectaba en todas las paredes de la habitación con igual fuerza y una mariposa negra y grande pegaba enloquecida en los rincones.

—Mal agüero —dijo el hombre.

Estaban cabizbajos como si alguien los sermoneara. Afuera, la noche se destrenzaba con pereza sobre las copas de los árboles y los techos de las casas.

Adentro, tres sillas viejas, un catre recostado en la pared del fondo, un baúl cerrado y dos personas que se esforzaban en no hacer ruido.

La mujer se incorporó con lentitud y se perdió tras una puerta entrejunta. Él, silenciosamente, la siguió y esperó, apoyadas las manos en el marco, a que volviera.

Se adivinaba un cirio en el que temblaba una corona luminosa. Una luz se retorció prendida en el techo y arañando los rincones.

—¿Cómo sigue?

La mujer, toda pálida, se abrazó a él y apoyó la cabeza en su hombro, tras él que cayó en tibia caricia un montón de cabellos ingenuamente rubios como un chorro de agua limpia.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 4 de agosto de 1929, p.1.

—Se muere —dijo ella en una voz que se oyó lejana y que estaba preñada de dolor y de resignación.

En los ojos del compañero hubo un brillo fugaz.

La lluvia seguía bailoteando sobre el techo y lavando las paredes.

Él, cariñoso, la volvió a la silla. En el cuarto de la pequeña renovó el cirio gastado. El insomnio, hijo de muchas noches “en vela”, se amontonó con tranquilidad en sus ojos y se durmió junto a la niña agonizante.

La lluvia había cesado hacía seguramente horas. La luna se destacaba sobre los árboles y cabrilleaba en algunos charcos que el chaparrón dejó en la tierra.

Estaba como ebrio. Tenía la misma inseguridad que algunas noches de borrachera: asco de todo y sincero deseo de morir.

La luz temblona del cirio seguía prendida en las paredes.

Abrió una puerta que daba al patio y recibió un soplo de brisa oliente a flores. Llevaba en la mano algo parecido a un hierro.

Durante dos horas se oyó un golpear húmedo, constante, de la misma intensidad y a veces una sensación de rasgadura.

El Oriente, muy alto, comenzaba a blanquearse, tal si una mano invisible retirara seda azul.

La puerta volvió a abrirse y el hombre entró, desnudo de medio cuerpo arriba, mojado por el sudor el torso que parecía tallado en caoba. Lentamente cruzó la habitación, atravesó el dintel del cuarto mortuorio, cargó con mimosidad la niña muerta, la besó en la frente y tornó al patio.

El día se insinuaba con humildad por las rendijas cuando entró de nuevo; atravesó dando tumbos y se dejó caer en una silla desvencijada. Sus lágrimas mojaron el suelo de tierra y se sintió dormir.

De pronto, un grito agudo lo despertó. Era la compañera que llamaba a la hija con ayes sordos y dolientes.

Se fue a ella, circundó con su brazo izquierdo la cadera y la arrastró con ternura hasta el patio.

Sin decir nada, con la mano derecha señaló una cruz, una cruz rústica prendida como un lirio de tierra recién movida sobre la que había él pegado azucenas y rosas.

—Cómo, ¿ahí? —inquirió ella, apagadamente alarmada.

—Sí, yo no podía permitir que la enterraran de misericordia.

EL SACRIFICIO*

Amaneció plumizo el día. Parecía que alguien hubiese pasado por los cielos una gran brocha embadurnada en gris.

A ras de mar los encajes amarillentos de la niebla ponían su nota de demacración.

Se perseguían las olas, furiosa cada una por alcanzar la otra, con una soberbia que aullaba.

En la tierra, un poco adentradas, viejas barcas cansadas ofrecían a los cielos sus vientres hinchados que la carcoma hoyó.

Y dormían de lado las embarcaciones jóvenes recibiendo caricias saladas.

Tendidas en la playa, como alas tronchadas de algún ave gigantesca, dos velas se arrugaban con la misma brisa que en días de calma las preñaba...

No había luz de sol y era el vacío brumoso como el agua sucia.

Hablaban varios hombres, sentados algunos en la borda de un viejo cascarón:

—¡Muy mal día!

—Y van cuatro así.

Allá en el horizonte un cuchillo de sol rasgó las nubes y plateó las aguas.

* *Listín Diario*, Santo Domingo, 21 de junio de 1931.

Y los hombres de mar, esperanzados, clavaron en el girón de cielo recién iluminado sus ojos que las tempestades habían serenado.

El sol volvió a esconderse.

El grupo se fue deshaciendo, desparramándose los hombres, y el día seguía plomizo.

Cuando quedaron solos, dirigiéndose al hijo, lleno de mansedumbre dijo:

—Apareja muchacho porque necesitamos trabajar.

El rapaz le miró hondamente, casi con ternura, y él, comprendiendo, inquirió:

—¿Tienes miedo?

—No papá, eso no —contestó— pero... es una imprudencia.

Tenía razón el hijo. Era una locura tirarse al mar un día como éste, pero los demás tenían hambre...

El muchacho se alejó con paso tardo.

Le vio inclinarse a recoger la vela y poner luego en la barquita las redes, un remo, unas cuerdas, una vasija y el arpón.

Estaba haroneando, deseoso de que el padre se arrepintiese.

Era fuerte, tanto como cualquier hombre hecho; estaba curtido en los trabajos del mar; no temía nunca y las tempestades lo entusiasmaban. ¿Por qué hoy estaba tan miedoso?

Se le acercó y como lo viera distraído lo amonestó:

—Anda muchacho, anda. Es muy tarde ya.

Empujaron los dos la barca hasta el agua. El hijo entró primero y él le dio, los pies mojados en las últimas greñas de las olas, el impulso.

A pesar de ser esperado el huracán les asombró. Cayeron de improviso rachas de lluvia que parecían trapos grises tremolados al viento.

Las olas comenzaron a agrandarse y rugían corno truenos. La barquita se doblaba y los golpes de agua la hacían crujir.

El muchacho, hábil, tumbó la vela y comenzó a vaciar el barquichuelo que recibía pedazos de olas.

El temporal arreció. Se alzaba la embarcación como si mil manos hercúleas la levantaran. El padre estaba pegado del timón, paralizadas por el esfuerzo las manos férreas y acerados los ojos que ni la sal del mar lograba hacer pestañear:

—¡Ánimo, mi hijo, ánimo!

La lluvia llenaba el bote. El hijo, pálido de terror y mareado, se dejaba caer en cada golpe de ola, revolcado entre la estrechez de la barquita.

—¡Recoge las redes, muchacho!

Él mismo las haló, abandonando el timón.

Por la proa asomó una ola gigantesca cuyas espumas daban la impresión de dientes trituradores de algún monstruo ignorado. Enfiló y la recibió de frente. El barquito se zaranzó y gimió como animal herido.

—¡Achica, que éste pasa; ánimo!

El rapaz no oía las exhortaciones. Pálido hasta parecer verde, enloquecido por el mareo y el miedo, nada importaba para él una volcadura. Las voces del viejo marino se perdían entre el estrépito del mar enfurecido.

El bote bailada cada vez que alguno se movía.

Y el mismo viejo comenzaba a flaquear. Como producto del instinto, su garganta modulaba roncamente:

—¡Ánimo, mi hijo, ánimo!

El barquito era muy pequeño. Los dos no podían manio-
brar; sus bordas se pegaban al mar como la boca de un animal sediento que busca agua.

De súbito el viejo se paró tambaleando. Se le contrajeron las manos en un gesto de impotencia la boca en una muesca de locura. Quiso apartar, desesperado, con sus dedos fuertes de lobo de mar, la cortina de la lluvia.

El hijo también se incorporó. En medio del estruendo trágico de la tempestad el viejo creyó oír:

—Yo soy un estorbo, papá...

Y luego, como una sombra de fantasma, el hijo saltó.

Medio idiotizado y casi ciego, enloquecido de terror el padre quiso atajarle, en una suprema elasticidad, extendidas las manos implorantes, y apenas pudo ver en la cresta de una ola, azotada por el vendaval como una bandera de tragedia, la chaqueta del suicida.

Barcelona, 1930.

CHENCHO*

Arminda se sintió complacida cuando oyó la voz que le dejó caer la galantería:

—Por graciosa me gustas y si contigo no me caso hasta el río se secará.

El ginete la vio colorearse y seguido comenzaron a hacerse más rápidos los pasos del caballo. En el camino quedó la visión de las ancas sudadas.

Esa noche Chéncho pensó mucho en la flor que la muchacha llevaba prendida en el cabello.

*

“Ello no hay una gallera
como la de la Sabana
donde baila la soltera,
la jamona y la casada”.

El hombre que canta tiene dulce la voz. Precisa, grave, va llenando con un mismo espesor cada rincón. Y él, como si a sí mismo se acunara, entrecierra los ojos. El acordeón, estira y encoje, encoje y estira, envuelve el bolero con su música pastosa:

“Ello no hay una gallera
como la de la Sabana...”.

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N° 60, Santo Domingo, 3 de octubre de 1931, p.13.

Se ha respetado la ortografía del original (N. del E.).

Le agrada a Arminda su “parejo”. Chencho baila; baila y habla. Dice al oído, muy bajo. Hoy lleva camisa blanca y pantalón azul. Su revólver oscila pegado a la cadera, y le ha ofrecido su bohío a la hembra.

—Te juro que no veré otra mujer en mi vida.

Los pechos de Arminda, pegados al pecho del hombre, se van llenando de calor. Los ojos negros se le hacen blandos, dúctiles.

*

Cuando Chencho se lo proponga se va con él. Seguro.

*

A todos sorprendió el ruido; porque no parecía que viniese un bruto nada más. Era como la llegada de un tropel. Algún grupo del pueblo, o Dios sabe de qué lugar.

Cuando Roselio se dejó caer desde su montura hasta la puerta del baile, los hombres se replegaron buscando el arma. A nadie saludó. Se plantó en medio de la sala y corriendo la vista sobre los bailadores, dijo:

—En el pueblo hay unos blancos. Van a quitar los revólveres y nosotros no mandaremos más.

Sobre la silla que ocupaba su dueño quedó cerrado el acordeón; y cuando Anselmo volvió con las “medias” que había ido a buscar se asombró de ver la gente en grupo.

Roselio explicó las cosas lo mejor que pudo. Dijo que eran hombres con ojos azules y vestidos de amarillo. Parecían simpáticos porque él mismo los había visto acariciando a un niño; pero su compadre José Miguel, persona seria y “sabia”, le aseguró que mataban por puro entretenimiento. Y el asunto del desarme sí que podía jurarlo. A él le quitaron su “quince” legítimo y el puñalito que le regaló su hermano el difunto.

*

Amaneciendo se levantó Chencho. Pidió la bendición a su “mama” y se fue al patio. No tenía voluntad. Esperó a que saliera el sol para calentar su giro; pero olvidó que debía echar maíz a las gallinas.

Acostó el pilón y se sentó. Piensa que piensa, parecía que las cejas se le habían anudado.

No quiso beber la leche que trajo la vieja y se fue por el conuco sin decir palabra.

“Solimán” daba saltos, ladraba bajito y movía la cola sin conseguir una caricia.

Volvió cuando se abrían las “florecitas de puerco”.

—Pedrito, dile a mi compadre que me mande “media”.

Y sentado en el pilón se la fue bebiendo a pico de botella. Eran tragos largos que le quemaban la garganta.

La vieja se asombraba: Chencho no bebía más que en las bachatas; pero no dijo palabra temiendo un disgusto. De nuevo llamó a Pedrito. Su voz sabía a acero:

—Ensilla el “melao”.

Con la misma ropa de trabajo, sólo que en vez de sombrero se amarró a la cabeza un pañuelo a cuadros negros, y el revólver a la cintura, saltó sobre el animal, brincó la tranca y se marchó sin decir adiós.

*

Toda ella hecha un temblor, la madre comenzó el Padrenuestro frente a La Altagracia.

Chencho está vestido de “gato”, tiene un compañero. Al sol, que parece latigear, arreglan la carretera.

“Guayubín, cumangá,
ni palante ni patrás...”.

Y picando; picando siempre aunque no haya motivo: a diez pasos, sombreada por un naranjo, está el centinela: alto, ancho, rubio; no dice una palabra y suda por las axilas.

“Eso es, oh la lá
Guayubín, cumangá...”.

Y picando, picando. Los brazos de Chenko son lazadas de nervios y músculos. El sol le ha quemado y parece negro. Una vez le clavaron tachuelas cerca del tobillo porque riñó con su compañero.

Sonó una bocina. El automóvil perfiló la curva entre una nube de polvo y los presos se hicieron a un lado.

Chenko vio sólo los ojos: fue como un mazazo. También le miraron aquellos ojos. El presidiario la reconoció a pesar de la pintura.

Enloqueció. Caminó hasta dos pasos. Fue entonces cuando notó la presencia del centinela.

Su voz debió oírse en los montes vecinos. Gesticulaba como un loco y caminaba sobre el soldado.

—¡Fuera ustedes, malditos! ¡Ustedes la corrompieron, malditos, malditos!

Levantó el pico fuera de sí y el paisaje desapareció. Al soldado rubio le impresionó. Además de la medalla que adornaba el lado izquierdo de su camisa, tenía en su maleta dos trofeos de plata. Por eso la emoción fue tan corta.

James F. Russell, al cabo de un minuto, estaba pensando cómo describirle a su novia, en la próxima carta, un asunto tan original.

TIERRA DE HOMBRES*

—Lico, me voy cansando.

—Y yo, Pancho.

No se dijeron más; pero los ojos entrecerrados se fueron alejando por la llanura y no se volvieron para verse uno a otro. La sirena del aserradero acuchilló al silencio y Pancho se puso en pie. Fue despacio hasta los troncos de pino: uno, dos, tres, cuatro... cuarentiseis en total. ¡Buen día les esperaba!

Lico se acercó.

—Mira, Pancho, qué maravilla —y señaló la luna.

Se veía a través del cañafístolo y parecía posada entre las ramas.

—Cuarentiseis, Lico. Mañana hay pega. No parece que sea tan tarde, ¿verdad?

Todo esto lo dijo sin saber por qué; pero lo cierto es que no le interesaba el trabajo. Lo importante ahora era desprenderse de ese afán de pensar en lo otro. ¿Para qué diablos se fijó Lico en la luna? Él sabía que esta noche estaba como nunca. Veía su sombra alargándose sobre los maderos; sin embargo, no levantó la cabeza para mirarla.

—Lo mejor será irnos. Hay que madrugar.

Otra vez la sirena.

—¿A qué viene tanto ruido, Pancho?

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N° 61, Santo Domingo, 10 de octubre de 1931, p.10 / p.21.

—Pedirán agua.

Manuel de Jesús encendió un cigarrillo. Se le vio la cara enrojecer al reflejo del fuego. También él debía estar pensando en algo. Tenía entre las cejas como una zanja honda.

—Vamos.

Pancho, mientras camina, lleva los ojos fijos en su sombra. A veces quisiera pisarle la cabeza. Es un deseo pueril que no se quiere ir. Podría muy bien dar un salto. Entonces es seguro que la alcanzaría; pero también puede que ella salte, mejor dicho: es indudable que saltará al tiempo que él lo haga. Ahora recuerda que en su infancia tuvo mil veces la misma idea y nunca pudo conseguirlo. De día ya es distinto: aguardas, aguardas hasta las once y lo haces. En la mañana, o después que la tarde comienza a caer, no lo lograrías. Le viene a la memoria un caso curioso: al atardecer (claro que de ello hace muchos años) se plantó medio a medio del camino y su sombra llegó a alargarse tanto que no pudo verse la cabeza.

—Se perdió en la cuestecita —dice en alta voz.

—¿Qué cuestecita?

Es Lico el que pregunta. Le suena tan extraño lo que ha oído que los ojos agujerean.

Nota entonces que Pancho parece venir de muy lejos.

—Nada, nada, una tontería.

Pero lo dice muy aprisa y vuelve a tornarse grave.

Cuando llegaron a su habitación Pancho, que abría siempre la puerta se detuvo un rato, volvió la faz y se le llenaron de luna las pupilas.

*

Ahora que se ve solo, andando sin saber por qué, comienza a razonar. ¿Por qué dejó a Lico? ¿No se sentía bien en el aserradero?

Está algo cansado y decide echarse en la orilla. La luna ha volcado toda su luz y pronto marchará. Apostaría a que su escondite es por ahí, a mano izquierda, detrás de aquellas lomas. De niño tenía la creencia de que doña Natividad la guardaba en un baúl grandote que dormía en un rincón de su aposento. Recuerda bien las palabras de ella:

—Pancho, esta noche suelto la luna.

Y Pancho esperaba, esperaba. Tardaba cada día más en apuntar y siempre aparecía por un mismo lado; pero al fin alumbraba. Cuando dejaba de verla se llegaba hasta la vieja:

—Madrina, ¿por qué no sueltas la luna?

—Está descansando, hijito.

Indefectiblemente esa era la contestación.

Bien, a qué vienen tantas divagaciones. El caso es bien sencillo: va camino de su casa y tiene miedo de llegar. Lo sucedido no puede haberse olvidado a pesar del tiempo. Es muy cierto que él mató como hombre: de frente y peleando duro.

Joaquín no debió haberle hecho a mi hermana semejante cosa —piensa.

Comprende que ya es tarde para tratar de remediar. Él no tiene, además, remordimiento. Lo que fue convenía, no hay duda. Siente la satisfacción de haber cumplido su condena; pero es probable que los hermanos del muerto no se conformarán hasta hacer justicia con su mano.

Se acordó del “resguardo”. Un negro, compañero de cárcel, se lo entregó:

—No morirás de hierro —dijo él al tiempo de pasárselo.

Lo conservaba, pendiente de un cordoncillo grasiento, amarrado al cuello, entre una fundita de tela que un día fue roja.

Quiso alejar esos mil pensamientos que le taladraban la cabeza y se incorporó. Anda que anda, anda que anda, casi ni notó cuando la luna se trajeó de negro.

Aquí fue —se dijo—, Oyó un ladrido y volvió la cara. A marcha forzada se acercaba Ramón. La mirada que se cruzaron fue un cambio de relámpagos. Pancho se sintió palidecer y le pareció que sus pies eran de plomo. Si había llegado la hora moriría como hombre. No se dirá mañana que un hijo del viejo Raimundo huyó.

—¡Espérate, maldito! ¿Me vas a asesinar?

Ramón tenía ya el machete en alto y quebraba el sol con su filo.

—¡Concho, prepárate!

La providencia ayudó a Pancho. Clavado hasta la mitad en la palizada había un “media cinta”. Rápido como la luz, lo arrancó de un solo tirón. De pronto tuvo remordimiento.

—No morirás de hierro —había dicho el negro.

¿Era noble pelear con un hombre cuando se tenía la seguridad de que el otro no haría daño?

Ramón avanzó a la carrera y tiró el primer golpe. Su machete entró en el tronco de mamón. Pancho tenía, mientras el otro forcejeaba por sacar el arma, la oportunidad de “ladearlo”. Un “viaje” al pescuezo y estaba listo. Pero ese tiempo lo aprovechó en otra cosa: metió su mano izquierda entre la chaqueta y la carne, engarfió los dedos en el cordón y tiró fuerte. Lanzó con tal violencia su “resguardo” que cayó en el potrero de la derecha.

—¡Echa palante, asesino! —tronó.

La lucha no fue larga. Ramón, más bien que un hombre era el mismo diablo. El perro llegó, olfateó al muerto y comenzó a lamer la sangre.

Eso sí que no pudo él consentirlo. Cierto que Pancho era su enemigo; pero se portó como un “macho” entero. Y rabioso por la profanación tiró un mandoble que partió en dos la cabeza de “Boca Negra” lo mismo que si se hubiera tratado de una patilla.

UN CASO RARO DE FIDELIDAD*

Mi norma de ser veraz no se quiebra con el relato que hago hoy; pero si alguna persona dudare de mi sinceridad, puede muy bien dirigirse a mi amigo Edward Rose. Sus heridas y sus palabras disiparán toda incredulidad. Deseando hacer fáciles las gestiones a quien le interesare, doy a continuación la dirección del mencionado amigo: calle ochentitrés, entre ciento doce y ciento catorce. La casa está marcada con la placa 538. Hasta conservo en la memoria su teléfono: A 18542.

Antes de entrar en materia deseo dejar hecha una aclaración: no pretendo decir nada nuevo en lo que leeréis, ya que yo mismo he visto descripciones de casos, sino del todo iguales, muy parecidos; pero como en estos últimos tiempos hay furor por los experimentos de índole espiritista, me parece bien dejar constancia de algo excepcional, en lo que tomé parte como actor de segundo orden, si se quiere.

He aquí el asunto escueto:

“León” me fue regalado a principios de año por un viejo amigo de mi padre, sabedor de que me agradaban los perros de raza. El nombre se le otorgó por su parecido, en el color, con el rey de las selvas. Era mezcla de mastín y policía, o lobo, como quiera llamársele.

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N° 67, Santo Domingo, 21 de noviembre de 1931, pp.6 / 20.

Desde muy pequeño, “León” se acostumbró a dormir en mi propio dormitorio, en el ángulo formado por la puerta y la pared que da al oeste. Nunca tuve miedo de algún contagio, ya que él se mantenía cuidadosamente limpio.

En la semana próxima pasada noté que mi perro no se encontraba sano. Tenía una tristeza en los ojos y apenas probaba alimento; pero demasiado ocupado con mis negocios, no le presté la atención debida. Cuando acudí, dos días después, al veterinario para hacerle examinar, éste me dijo, al cabo de media hora de auscultarle y mirarle:

—No hay salvación posible. Le aconsejo dejarle aquí hasta su muerte.

Tuve remordimiento. Quizá si lo hubiese llevado al experto el mismo día que me pareció enfermo, el pobre animal se hubiera salvado. Por eso me negué a dejarlo en casa del veterinario y cargué con él hacia casa.

Pude conseguirle, en el pasillo que conduce hacia mi biblioteca, un lugar regularmente solo, y convenientemente encadenado, me dispuse a cuidarle personalmente hasta que llegara la hora de llevarlo al “Cementerio de Perros”.

Hasta aquí los preliminares de este caso, que tanto me ha hecho pensar.

Anteayer vine a recogerme un poco tarde. Edward se empeñó en que le acompañara al teatro y no tuve otro remedio que complacerle. Llegué a casa un poco somnoliento y la premura me impidió girarle una visita a “León” antes de acostarme, según mi costumbre desde que cayó enfermo.

A eso de las tres de la mañana despertáronme unos ladridos furiosos. Sonaban en mi habitación y se alternaban con gruñidos exactamente iguales a los que lanzan los perros cuando están mordiendo. Medio dormido todavía volví la cara hacia la puerta y me heló el espanto: “León”, envuelto en una clara luz azulosa, acometía a una persona, pero esa

persona no era de carne y hueso. Me atrevería a jurar que lo que ví era una especie de humo, o algo así, dibujado como un hombre.

Mi primer movimiento fue el de extraer la pistola de la mesa de noche. En este momento “León” se dividió. No parecía sino que había mil perros, todos envueltos en aquella luz. Me enloquecían los ladridos y los quejidos de lo que yo creía un hombre. Jamás en mi vida sentí nada igual a lo que por mí pasó. Estoy seguro de que eso no duró más de un segundo; tal vez ni tanto. A pesar de ello, yo conozco que no dormía, y sé, además, que soy un hombre completamente normal. No puede decirse que fuera alucinación, ya que no pensé un momento en “León”, ni al acostarme, ni después. Envolviendo esa normalidad mía está el hecho de que nunca fui un creyente, de que jamás presencié un experimento de índole parecida. Medio loco de miedo apreté el conmutador-pera de mi cama. Creo que de haber operado de acuerdo con mis nervios hubiese descargado mi pistola, lo que habría acarreado un escándalo en la vecindad.

Una vez echa la luz, toda esa maldita visión desapareció como por encanto. Sin embargo, esperé bastante tiempo antes de apagarla de nuevo. Sabía bien que lo visto no era una cosa común ni una exaltación, debida, tal vez, a la función que acababa de presenciar junto con mi amigo Edward, la que por cierto había removido mi dormida sensibilidad.

Tuve, sí, una especie de inspiración antes de volver a acostarme: me dirijí al pasillo donde tenía al perro desde su desahucio. “León” estaba perfectamente muerto. Guardaba la misma posición que si hubiera tratado de atacar a alguien, en su último momento. Por su frialdad colegí que llevaba cerca de una hora sin vida. El caso, tal como se aparecía ahora, era para volver loco a cualquiera; pero haciendo un gran esfuerzo de voluntad, quité importancia al asunto y

volví a mi cama preocupado con la idea de levantarme temprano para atender a una cita que tenía con Mortimer a las nueve de la mañana.

A las siete y media, en el momento en que salía del baño, sonó el teléfono. Era Edward quien hablaba. La voz me parecía algo débil.

—Necesito que vengas inmediatamente. Me acaba de suceder algo muy extraño.

Tratándose de un buen amigo, no podía negar mi presencia, aun en la posibilidad de no atender debidamente a Mortimer.

Tenía, pues, hora y media, durante la cual era necesario vestirme, ir a la calle ochentitrés, ayudar a Rose en lo que me fuera posible y encaminarme hasta la oficina del periódico para cumplir con la cita.

En el camino traté de adivinar qué cosa preocupaba a Edward hasta el extremo de necesitar mi ayuda. No encontré en nuestros comunes asuntos, nada que pudiera llegar hasta la gravedad. Sin embargo, acepto que me asustó sobremanera hallar a Edward tendido en una cama y vendado en los brazos, en las piernas, en el pecho, y en qué se yo cuántas partes más. Sobre una mesilla blanca había algodón, gasa, mercurio cromo y otras diabluras de esas utilizables en una primera cura. El doctor, un hombrecillo con gafas, viejo, delgado y enfundado en ropa negra, parecía muy extraño. Mi amigo debió leerme el asombro en los ojos, porque antes de que hiciera la consabida pregunta, me dijo, medio sonreído:

—Tu perro, querido. Si cuento éste me creerán loco: anoche soñé que iba a buscarte. Al llegar a tu puerta fui atacado por un can y luego por cientos de ellos. Creí que era una pesadilla. Desperté dando gritos y al hacer luz noté que estaba mordido: se aprovecharon bien los condenados. Mira: trentiséis dentelladas en todo el cuerpo.

Aquel medicucho insignificante pensaba en que Edward estaba loco. Se le estaba viendo en la cara el asombro. Yo, al contrario, estaba seguro de la verdad que hablaba ese endiablado de Edward Lose, quien a pesar de sus heridas, tuvo humor para darme una palmadita en el hombro, al tiempo de darme:

—No puedes quejarte. Tienes unos guardianes admirables, querido.

BOBIÉ*

Está como una estatua. Tiene los ojos desparramados por toda la faz. Quiere ver, quiere ver. En la gran llanura, pintada de verde una figura pequeñita. Va separando la yerba alta. Y siempre de espaldas, como si estuviera empeñado en no mirar atrás.

Hay trechos en que aquella mancha blanquecina se hunde entre arbustos. Reaparece luego, cada vez más pequeña. Alguien está vaciando cántaros de sol sobre el paisaje. Vive en cada hoja y se rompe en esas piedras descomunales, puestas allí Dios sabe desde cuándo.

Papito siente una rara emoción. No son ganas de llorar, no. Es como si Bobié se llevara algo suyo. Tal vez esté caminando con sus propios pies. Y Bobié debe suponer que Papito está aquí como una estatua, con los ojos regados en toda la cara, viéndole marchar, viéndole dejar atrás tierra. ¿Por qué entonces no se vuelve y agita una mano para decirle adiós, a él, sólo a él?

Y aquellas manos sólo se mueven para separar las altas yerbas. No se levanta una, que peine el sol, que marque un signo cualquiera.

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N° 68, Santo Domingo, 28 de noviembre de 1931, p.11.

La mancha blanquecina se hace cada vez más menuda, hasta que se disuelve por completo en el fondo, Bobié se ha perdido. Bobié se llevó los pies de Papito. Bobié se desprendió de la tierra negra y pronto hollará caminos desconocidos. Sólo Dios sabe cuándo volverá Bobié.

Papito está como una estatua, de brazos cruzados en la misma cima del cerro, bañado en sol. Algo suyo se llevó el hermano. A él le pareció que eran los pies.

*

Este día es una copia de aquel: sol, sol. Las piedras duermen todavía. Hubo sequía, mas, han reverdecido los árboles ya. Es el tono verde de entonces éste que ahora se ve en la llanura. Y la misma mano vacía luz sobre el paisaje.

Apareció una mancha gris que se movía. Venía separando con los brazos las altas yerbas. Ayer no volvió la cara; tampoco hoy. Sólo el cerro se acurruca en los ojos de esa mancha gris. Papito no está sobre el cerro para verlo volver. Hay cosas que no han cambiado; otras sí. Por ejemplo, el día es igual y es igual el paisaje. El ansia de volver es aquella de alejarse. Pero Papito falta. Debiera estar ahora sobre la cima, bañado en sol, con los brazos cruzados, como un viejo ídolo.

Tampoco estaban estos árboles altos. Peinan el cielo azul, antes de que se combe para pegarse a tierra. Son pinceles que destiñen. Parece menos azul el cielo, junto a sus cuerpos oscuros. Eran sí; pero han crecido demasiado y se ven distintos.

La mancha gris se acerca. Por las curvas de la vereda avanza. No vuelve la cara porque no quiere ver qué cantidad de tierra deja.

El cerro va. Menester es doblar el cuerpo. Trae sobre la espalda un fardo de sol y la cima acurruada en el fondo de los ojos.

Se cansa. Es afanosa la respiración. Se mete en los pulmones toda la llanura: el pino, el pomo, el guayabo; y hasta el olor de esterilla de un mulo retozón que viene. También huele el hombre que le sigue. Es como a enramada, al atardecer, cuando se van descargando los caballos.

—Aburito...

—Abur...

¿Quién será? Es probable que naciera cerca de su casa; quizá si ahijado de su "taita". ¡Pero, tamaña memoria se necesita para recordar a los tantos años caras que han cambiado!

Ahora, con el cerro detrás y cobijado de magueyes, no hay tanta rotura de sol. Debe estar descansando debajo de las hojas.

Todo esto es muy distinto a lo otro. En la ciudad no había tierra negra, tierra húmeda. ¡Aquel mar, en cambio! ¡Siempre tan intranquilo, con un modo de ser nuevo cada día!

¡A devolverle los pies a Papito! Se va azorar cuando le cuenta lo que ha visto.

—¡Qué abrazo le daré! —se dice.

Tiene la cabeza llena de paisajes, de ratos alegres. En éste no recuerda los momentos de hambre. Ni aquellos meses de lucha, descargando vapores, con mala paga. ¿Y quién diablos le hace coger un machete ahora? Un hombre que ha visto mundo no se encierra así como así, en estos campos aburridos. ¡Qué la potranca tiene gusanos! ¡Quiera Dios que caiga "manque" sea una "moñinita" a ver si sembramos el maíz! ¡No hombre, no! Ya él ha corrido mucho. Si hubiera luz eléctrica, siquiera...

Aquí le coje de sorpresa el techo de un bohío. Son unas aguas negras. ¡Caramba, pero si es el de su hermano! Toda su emoción se traduce en una sonrisa lenta y en que apura un poquitín el paso. Vuelta a torcer del camino; pero la había visto ya. Parecía que cantaba el bosque. Por allí cerca

bailaban muchachas acompañándose con gritos alegres. ¡Se baila en todas partes cuando lo quiere el alma!

¡La casa, la casa! Una carrerita y adentro. Cerca, el humo de alguna hoguera se espiralizaba. Ascendía tan azul que parecía un chorro de cielo cayendo por alguna brecha.

¡La casa, la casa!

Fue volteando para encontrarla de frente. ¿Cerrada? Estaba cerrada como de muchos años. ¿Y esto? Miró mejor y entonces encontró la explicación: había una cruz, ennegrecida por la lluvia. Por eso no estaba Papito sobre el cerro, esperando la vuelta, bañado en sol.

Sonó un fute, y a poco, pisadas de caballos o de mulos. Pasó el dorso de su mano derecha por los ojos para secarse unas gotitas de aguas saladas que le mojaban las mejillas, y dijo en alta voz, al tiempo de romper a andar:

—Vale más que no me vean.

POR QUÉ ENLOQUECIÓ EL PROFESOR LESBEIN*

El hombre debe tener talento hasta para saber despreocuparse a tiempo. Yo, por ejemplo, después de lo sucedido al Profesor Lesbein, no soy capaz de mortificarme por las cosas que no tienen remedio. Tampoco me atrevería a tratar, de golpe y porrazo, de desentrañar ningún misterio, como el de la creación, pongo por caso. Si Lesbein se hubiese sacudido, saliendo del círculo vicioso que él mismo se trazó, y hubiera olvidado a su partenaire, importándole poco el lugar del espacio que ella escogió para permanecer, no habría enloquecido. Y él no tenía motivos para interesarse tanto por la horrible mujer esa. Todos sabemos que nunca la quiso. Regularmente le pegaba antes de comida y después de comida, antes de trabajar y después de trabajar.

—Es un pobre animal de Dios —respondía cuando le echábamos en cara su crueldad. Y no le faltaba razón, porque Mary era de lo más insulso que pueda encontrarse en la tierra. Además, cuando reía, como lo hacía de un modo mecánico y su boca no tenía medida posible, por lo grande, producía la impresión de que se había fugado de alguna tumba. Sí, eso es: un cadáver con sólo la piel. Ni más ni menos.

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N° 75, Santo Domingo, 16 de enero de 1932, pp.8-9.

Entre muchas que se presentaron, alguna media hora después de haberse publicado el aviso, Lesbein escogió a Mary porque era delgadita y podía “desaparecer” sin temor de que rompiera las cajas. Claro, que eso le decía él. Yo he creído siempre otra cosa: Lesbein: hombre vivo, vio en ella la más fácil de explotar. Con poco trabajo haría las veces de partenaire y de mujer sin cobrar un centavo, al fin de cuentas. Y nadie me hará dejar de seguir creyéndolo.

Los dueños del parque estaban satisfechísimos con el Profesor. Su espectáculo, denominado pomposamente “El Palacio del Misterio”, atraía una considerable cantidad de público. Él trabajaba a las mil maravillas, tanto, que muchas veces, empresarios teatrales hicieronle buenas ofertas por una o dos funciones; pero Prombair, el gerente de aquel conjunto de atracciones, dándose cuenta del beneficio que le significaba, habíale enredado con un contrato a larguísimo tiempo. Prombair y Caller cobraban el cincuenta por ciento de las entradas brutas que se hicieran en “El Palacio del Misterio”.

Lesbein tenía cinco números: El Suplicio Indio, La Decapitación, La Levitación Hipnótica, El Gabinete Chino y uno que él decía ser de su creación, La Cremación Humana. Agréguese a esto, una grandísima cantidad de juegos de manos, todos limpiamente ejecutados, con los cuales entretenía y atraía al público a la vez.

Lesbein gritaba, quemaba fuegos de artificio, decía retruécanos acertados y lograba meter público en su apartado.

En cada plaza nueva, el prestidigitador obligaba a la empresa de gastos a fabricarle casi un edificio. Argumentaba para ello que sus trabajos no debían ser vistos desde fuera, ya que si notaban sus trampas todo el parque quedaba desacreditado desde el primer día. Y como quien no desea hacer gastar mucho, explicaba como se consigue, con hojas de cinc, cerrar completamente el recinto, sin dejar resquicio para curiosos.

Lo terrible del asunto sucedía cuando, una vez, al parecer, terminado el cuadro, suplicaba, lloraba, y en último caso exigía un techo para su ostentoso palacio.

—Un poco de aire que entre, y se dañó mi espectáculo —decía; bueno, hay que convenir en que Lesbein era un perfecto cínico. No he tratado en mi vida un hombre tan descarado. A pesar de lo simpático, instruido y chistoso, tenía un no se qué duro en el rostro. Caller, cuando se encontraba de buen humor, lo cual no era habitual, le decía “cara de cemento armado”. “Portugal face”, según sus propias palabras.

Todo parecía sonreírle al Profesor: ganaba mucho dinero, las mujeres más o menos livianas se volvían locas por él, estaba en salud; en fin, se consideraba un hombre feliz. Pero hete aquí, que de buenas a primeras se le presenta la tragedia:

El domingo Lesbein se empeñó en pegar a Mary más que de costumbre. Cuando llegaron al lugar donde estaba emplazado el parque, ella iba compungida; él, en cambio, sonreía como siempre. Nosotros notamos los cardenales en los brazos de la pobre mujer y Prombair, borracho desde la tarde, dijo en alta voz, a un grupo de empleados:

—Mary tiene hoy un ojo a la funerala.

Habiéndolo dicho el jefe, el único camino era reír. Hubo quien sufriera dolores de vientre como resultado de tanta hilaridad. Yo me sentí un poco molesto, y antes de que comenzara su trabajo, llamé la atención de la muchacha.

—Ese canalla me ha pegado otra vez; pero le pesará —me dijo.

Por vez primera, al cabo de tanto tiempo de trabajar a su lado, noté que tenía firmeza en los ojos. El cabello, algo rubio, le brillaba de modo especial. Desde entonces tengo la costumbre de mirar la cabeza de una persona, cuando ella esté de malhumor. Pero volviendo a Mary, lo más chocante para mí, fue su sonrisa, una sonrisa maligna.

A pesar de que el Profesor se merecía bien cualquier cosa, me pareció prudente llamarle la atención:

—Esa mujer puede jugarte una trastada. Cuídate —le previne.

Me contestó lo que esperaba:

—No es más que un pobre animalito de Dios.

—¡Cinco grandes espectáculos por veinte centavos! —gritaba— ¡Cincoooo!

La gente se fue agrupando.

—Queremos, por ejemplo, convertir este as de oros en caballo de copas, ¿no es eso? —decía Lesbein—. Pues con toda sencillez, tenemos que comenzar borrando el as de naipes. ¿Lo ven? Ahora pasamos a escribir o imprimir el caballo de copas en ese fondo blanco. Así, rápidamente. ¡Eso es!

—¡Cinco grandes espectáculos! ¡Cincoooo!! ¡Única oportunidad en su vida! ¡Cincoooo...!

Yo no tenía que hacer hasta una media hora después, y aunque estaba aburrido de ver a Lesbein engañar la gente, pasé a hacer tiempo en la primera tanda.

El público se maravillaba con esas ilusiones tan limpiamente ejecutadas. Ya había presentado El Suplicio Indio, La Decapitación Hipnótica y El Gabinete Chino. Faltaba nada más La Cremación Humana, el número cumbre del espectáculo. Y efectivamente, lo hacía de un modo magistral. Consistía dicho número en subir a Mary a una mesa, la cual tenía cinco patas. Una vez sobre el tablado, el Profesor tiraba de un cordón y la mujer quedaba envuelta por un cartucho de tela. Se veía fuego dentro de la cortina, se dejaba caer ésta, y la mujer no estaba. Aquello asombraba a las buenas gentes del pueblo. Lo que no sabían ellos, es que de las dos últimas patas hasta la del centro, había dos cristales, los cuales encubrían el cajón en el que se escondía Mary. Esta incertidumbre del público aprovechaba Lesbein para decir:

—Si alguien de los aquí presentes tiene una suegra no muy amable, por poco dinero me comprometo a hacerla desaparecer.

Palabras que provocaban hilaridad en el respetable.

Pero esa noche, cuando el mago levantó de nuevo su cartucho de tela y lo dejó caer, seguro de que Mary aparecería, como de costumbre, acabando de asombrar a los circunstantes, tuvo un momento de rabia: al bajar la envoltura, su partenaire no apareció.

—Cien patadas se gana esta noche la burra esa —juró entre dientes.

—Pueden ustedes salir. Ha quedado terminado el espectáculo.

El último no había atravesado la puerta y ya Lesbein estaba sobre la mesa.

—¡Pedazo de animal! ¡Si me corto me echas a perder la noche!

De súbito el Profesor se volvió a mí. Tenía los ojos enormemente abiertos y parecía de piedra.

—¡Mary no está aquí!

—Se habrá quemado de veras —argüí por decir algo.

Dio un salto de gimnasta consumado. Corrió como la luz y sujetó al portero por las solapas.

—¿Cuándo salió Mary? —preguntóle.

Yo di la vuelta por ver si tras la cortina que envolvía la mesa estaba la mujer.

—Quizá se mareó con el humo, al quemar la pólvora —pensé.

Pero Mary no estaba allí.

El portero parecía atontado.

—¡Le juro que no ha pasado por esta puerta, Lesbein!

Aquello ya se ponía serio. Como un loco, el Profesor corrió por entre sus aparatos. Parecía un perro de presa.

—¿Qué quiere decir esto? ¡Si sólo tú y yo estábamos aquí!
Por toda contestación, me encogí de hombros.

—¡Vete, corre a la salida y pregunta si se ha ido!

En la salida me dijeron que no. Sentí un especial placer al comunicárselo así. No sé por qué diablos me alegraba de que Mary hubiese desaparecido.

Una hora justa buscando a la dichosa mujer. Lesbein corría de un lado a otro. Ya no era en “El Palacio del Misterio”; preguntábamos a todos los aparatos. Tal vez estuviera en la “Chicago Weel” dando alguna vuelta. Pero no hubo modo de localizarla.

Caller llegó hasta Lesbein.

—El público se va y Ud. no trabaja —regañó.

—¡Si se me ha desaparecido la mujer! —gemía él como un niño.

Caller comenzó a sonreír de un modo escéptico.

Prombair apareció haciendo eses. Tenía todo el pelo, por debajo del sombrero, caído sobre la frente y los labios abultados. Se notaba de lejos que llevaba en el cuerpo más de dos litros de whisky.

—Prombair, Mary desapareció —le notificó el Profesor.

Y el jefe, en su borrachera, contestó:

—Dale parte a la policía.

Aquello pareció ser una idea genial. Quince minutos después, la policía andaba a la búsqueda de una mujer delgada, rubia y de estatura mediana.

En el parque no se tomó el asunto en serio. Los muchachos reían con amplia incredulidad; pero cuando dos de ellos, acompañados de Dorothy, fueron hasta “El Palacio del Misterio”, casi no pudieron entrar: se respiraba allí un olor a carne quemada, asfixiante.

Esa fue la causa por la cual tuvimos que desprendernos de Lesbein y dejarlo en la próxima plaza. Aun tuvo suerte

porque se quedó interno en un manicomio. A mí, por ejemplo, no me preocupará tanto una desaparición, después de tan triste experiencia.

NOCHE BUENA*

Hay algo peor que el sol en esta llanura tostada; algo más atosigante que la arenilla candente; algo más torturador que las espinas de las aromas. La sed es menos recia que aquello; y aquello es el silencio.

A mediodía duelen los ojos de sol. Nadie se plantaría en indeterminado sitio con ellos abiertos. El cielo es tan sólo un infinito lleno de luz blanca. Y sin embargo, es peor aún estar dentro el bohío, vivir tres hombres entre unas paredes de barro y mirarse como enemigos.

Chú no puede sufrirlo. Le pesa el silencio de un modo abrumador. No cambian una sonrisa, ni una palabra, ni un gesto fraternal. El sol ha muerto la alegría en estos hombres. Al principio charlaban y blasfemaban cuando se les pegaban las camisas a la piel; después el sudor los puso hediondos y de mal humor.

En este mismo momento no se mueve una paja. Toda la llanura ansía aire y el aire nunca llega. Chú adivina el entrecejo rudo que tiene Sebastián. Va y viene, se tira en una silla, torna a levantarse. Clava los ojos en la tierra y no los alza en todo un día. Habla nada más que para decir:

—¡Tamaña maldición!

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N° 74, Santo Domingo, enero, 1932, pp.19-21.

Esque en aquella tierra ávida de agua y se prende del calabazo como un becerro. Antes procuraba beber menos con el fin de que alcanzara para todos; pero ahora sólo piensa en él.

Cheché también es callado; pero Cheché no carga tanto. Muy dulce, muy conforme. Cuando viene de la loma trae tabaco y al anochecer dice algo, por ejemplo:

—Chú, los frijoles no se darán. Ya los plátanos están crecilitos.

Y se acuerda del agua.

—Aquí está este calabazo. Procuremos que dure hasta el lunes.

Luego se tiende en la hamaca, enciende el cachimbo de barro y se duerme del mismo modo que si estuviera en tierra suya.

Chú piensa en todas estas cosas y en el lugar donde naciera, tan distinto. Hoy estarían ellos mismos arreglando la gallera para el baile de Noche Buena. Sebastián charlaría, tomaría tragos y estaría gritando:

—Yo quiero una pierna entera del puerco. ¡“Cuidao” con hacerme coca, que a mí me “jié” un ojo!

¡Ah! ¡Qué cara les cuesta esta Línea! ¡Qué cara! ¡Si debieron haberse muerto el día que pensaron venir! ¡Esos condenados del gobierno tuvieron la culpa! ¡Engañando a hombres trabajadores con el cuento de que regalaban las tierras y de que los frutos se daban mejores! ¿Adónde están las rigolas mentadas, adónde están?

Aquí va ahogarse de desesperación, va ahogarse. Mañana mismo lo deja todo y vuelve a lo suyo, a lo conocido.

¡El sol! ¡El sol! ¡Días y días caminando leguas y leguas por una tierra abrasada, del rancho a las lomas y de las lomas al rancho! ¿Por qué no les permitieron poner sus bohíos en los conucos?

¡Y esto es una Noche Buena! ¡Esto! La casa está llena de luz y de silencio. Sebastián no habla. Sebastián no levanta los ojos de la tierra. Cheché no habla. Cheché duerme en su hamaca. ¡Sol y silencio! ¡Silencio y sol!

Chú tiene rabia, deseos de matar. Cojerá el machete y asesinará a Sebastián y a Cheché. Así no le mirarán a los pies, coléricos y callados. Así no tendrá la desesperación de horas y horas sin oír una palabra.

Ahí tienen esa carretera, ahí, a la puerta del bohío. ¿Y qué? ¿Para qué sirve este camino ancho, polvoriento?

—¡Yo me voy! ¡Me voy! —grita enloquecido.

Sebastián ha vuelto la cara para mirarle; pero ni media palabra. Sólo aquellos ojos cargados con el entrecejo.

Toma el machete, cuyo hierro arde, de junto a la puerta y sale a la carretera. Allá, muy lejos, muy lejos, hay unas palmas quietas. Devuelven luz las pencas que no conocen el aire.

Toma la ruta de la loma. Los pies descalzos se queman con la tierra. Deja caer los párpados porque le deslumbra el sol. Mediodía y lo mismo que el amanecer y el anochecer. Venticuatro de diciembre y lo mismo que cualquier veinticuatro del año. El sol tendido sobre toda la tierra y ésta quebrándose. ¡Y en la llanura el silencio! Daría media vida por oír un acordeón o ver pasar una mujer con flores en el pelo. ¡Ah, si topara con una hembra! ¡Sobre el camino ardiente la forzaba!

Chú debe tener los ojos hinchados de rabia. Ha llegado hasta la quebrada, una especie de canal eternamente seco, sin lodo, siquiera. Comenzó a bajar. Quiso detenerse un momento, algo calmado, porque aquel canal estaba orillado con algunos arbustos espinosos; y parece que se enredó con sus propios pies. Fue rodando hasta el fondo y sintió un dolor enloquecedor en la pierna derecha. Trató de levantarse y lanzó un grito horrible. ¡Oh, la mueca de una cara acostumbrada

a sufrir! Retumbó el grito por toda la quebrada, tal vez subió a la llanura. Por allí se quedó esa voz fuerte, dolorosa, sin llegar a oídos de animal o persona. Un hombre, como un punto insignificante, perdido bajo el sol y sobre la arena, gritó toda su vida y nadie contestó. Nadie. Nadie...

Chú vio como las cosas perdieron su color y como una fuga de tierra, de cambronales, de piedras, hacia el sol, hacia lo alto; y sintió que se le quemaba la piel al contacto de la tierra árida. Al atardecer fue volviendo en sí. La pierna estaba rota y no podía andar. Sobre su cabeza revoloteaban a distancia, algunos cuervos. Quiso arrastrarse, procuró agarrarse a los hierbajos; pero la pierna quebrada era un lastre imposible. Allí, solo, abandonado, iba a morir, sin duda. Recordó su casa, la alegría de los hombres en este día. Las lágrimas iban mojando el suelo. Dobló la cabeza, nada más, resignado. Arriba rondaban los cuervos. Iba a ponerse el sol y comenzaría la humanidad a celebrar la Noche Buena...

COSAS DE MAR*

—¡Demonios! ¿No queréis creerme? ¡A mí me han salido estos (y se golpeó los dientes con el índice derecho) bregando con ese maldito mar! —tronó.

Andrés pensó que el viejo tenía razón y lo hubiese expresado así, pero tuvo miedo de Salgert que lo miraba con aquellos ojos tan claros y tan burlones.

Salgert es extranjero. Nadie sabe de qué lejana tierra ha venido. Habla con acento nórdico, tiene anchas espaldas y unas manazas, unas manazas...

Ahora está tendido boca abajo, con la barbilla apoyada en el antebrazo izquierdo. De pronto hace un movimiento de lado y se sienta. Del bolsillo de la camisa, con mucha lentitud, extrae la vejiga del tabaco y la pipa. También esta última es de otra tierra. Ya está cubierta de costra, hedionda; pero Vittorio recuerda bien el día que la vio por vez primera, porque él miró antes que al dueño, la pipa; luego aquellos dientes parejos, amarillos, dientes de hombre enérgico y descuidado. Después, Salgert hizo su barraca, trajo redes y bote y se quedó en la playa como si toda su vida hubiera transcurrido en ella.

Va llenando su pipa. Lo hace con cariño, lentamente. Como es zurdo atraca el tabaco con ese pulgar.

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N° 97, Santo Domingo, 18 de junio de 1932, p.17.

—¿Me prestas tu mechero, Miguel?

El aludido casi no hace movimientos para dárselo. Acostado boca arriba, con los ojos entrecerrados, piensa en aquella muchacha rubia y esbelta que vino a la playa un día. Vestía de blanco y el terral le peinaba el traje y los cabellos cortos, como hace ahora el norte con el viejo árbol. Entonces era el verano y la playa estaba tan azul como sus ojos.

—¿Cómo se llamaría, cómo...?

La voz del viejo, colérica, lo saca de su ensimismamiento:

—¡Os lo digo yo! —¡Diablos!— ¿De qué me sirven estas canas? —Y al quitarse la gorra para que todos vean una vez más su cabeza blanca, lo hace como, si estando clavada, quisiera arrancarla de un tirón. Después apoya la espalda en el casco junto al cual está sentado y se queda mirando al mar que sigue bramando, bramando.

Los ojos del abuelo son pequeñitos y de un azul fuerte. Apenas si tiene cejas y las pocas son tan rubias que no se ven.

—Oídmeme: esto que os voy a contar lo he visto yo, ¿sabéis?

Y a la vez que habla mueve las manos, mueve los pies, mueve la cabeza.

A Salgert, que está ahora sentado, le ríen los ojos por entre el humo de la pipa.

Miguel mira hacia el cielo para ver si aparece un resquicio para el sol; pero el cielo está tan nublado que se diría pintado de gris.

Andrés, Vittorio y Miguelín están oyendo la historia del abuelo, cosas sucedidas en otro país, que también él ha visto extrañas tierras. Cuando éste acaba, Vittorio, acariciándose la barbilla, alega:

—Tal vez tengas razón, viejo; pero no seré yo el idiota.

—Sin embargo —formula el abuelo en voz baja— van cuatro días sin provecho.

Miguelín tiene los ojos perdidos. Parece que mira hacia adentro. Se está muy callado, muy callado y hace rayas en la arena con el pie desnudo.

Salgert se levanta. Dice algo como para sí. Acaso una de aquellas burlas que hacen rabiar tanto a Andrés. Se va, mecendo el cuerpo, la pipa entre los dientes.

Miguel se incorpora también. El último en el grupo es el abuelo, que de seguro está rumiando todavía sus recuerdos.

Al volver a las barracas van todos con ese paso tardo de los hombres de mar cuando hay mal tiempo.

*

En las casuchas hay tan poca luz, que no se explica como Ana, la suegra de Vittorio, puede coser siendo, como es, medio ciega.

Salgert se ha quedado a la entrada de la suya llenando todo el vano de la puerta con su cuerpo gigante.

Está viendo ahora, como si no le viera, al viejo árbol que el norte inclina arrancándole hojas.

En la última barraca, hacia el camino, el viejo está sentado sobre una caja y tamborilea en ella con los dedos. Miguelín, en cuclillas, en el rincón opuesto. Es mucho ver si acaso se le ve el blanco de los ojos.

—¿Es decir, abuelo —pregunta—, que el mar estará así hasta que se trague a uno?

El viejo se siente alegre de encontrar ocasión para reanudar su tema; pero Miguelín, de súbito, se pone en pie; va hacia la puerta y se apoya en el marco. Se diría que está preocupado, por lo bajo de la cabeza y la tranquilidad de las manos embolsilladas. Camina luego hacia fuera y no va tirando la arena con sus pies desnudos, como antes.

*

El primero en darse cuenta fue Salgert. Había salido para sentarse en la roca, él no sabía por qué.

Y se impresionó. Se impresionó tanto, que al agarrar la pipa la trituró entre los dedos.

—¡Miguel! ¡Miguelín! —gritó.

Pero el niño no hizo caso. Estaba de pie, en medio del bote, con los brazos abiertos como si tratara de agarrarse a las olas.

Salgert quiso tirarse al mar, quiso correr hacia las barracas y con una voz terrible, hinchada de emoción, gritaba:

—¡Abuelo! ¡Andrés! ¡Vittorio! ¡Miguel! ¡Una cuerda! ¡Una cuerda! ¡Miguelín se ahoga!

Era tarde, muy tarde ya.

Cuando los hombres vinieron y llegaron las mujeres, pálidas y nerviosas, apenas si pudieron ver el vientre del bote que se hundía y una mano de Miguelín agarrotada de miedo.

Agrupados sobre la peña, lloraban. Solo el viejo, emocionado pero tranquilo, ve con aquellos ojos pequeñitos hacia el cielo, por donde mañana deberá salir el sol.

LOS VENCIDOS*

Todas estas casas, dormidas y de pie, alineadas una junto a la otra como si se estuviesen sujetando, asombran a Sayito. Es lo mismo que si el pueblo hubiese muerto y el alma volado. El cascarón de él sigue ahí. A Sayito le recuerda los cráneos pelados que algunas veces se encuentran en los cementerios: están diseminados, horriblemente olvidados de sí mismos. Y así el pueblo; sólo que estas casas parecen dormidas y duele mucho más saberlas de pie, sujetándose unas a otras, ahitas de silencio y polvo, tratando de empinarse para otear el alma que se les ha escapado.

Al principio, como quien no tiene orientación, Sayito anduvo, anduvo. Iba de una calle a otra, sin explicarse por qué lo hacía. Tenía liviandad. Trataba de decirse algo y no le surgían ideas. Después comenzó a pensar en que habría con seguridad muchas telas de arañas dentro de las casas. Empezó a figurarse una mosca presa, perseguida por esos bichos silenciosos y encrespados. La mosca agitaba las alitas, pataleaba, brillábanle los ojos dolorosamente; podría decirse que la mosca gritaba, con unos impresionantes gritos callados. Sayito, abrumado, buscó una acera y sentóse. Allí

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N° 77, Santo Domingo, 30 de enero de 1932, p.16. Es a partir de este cuento que Bosch suprime, por sugerencia de Pedro Henríquez Ureña, la E. de Emilio en su firma.

también. La red, maravillosamente bien hecha, se balanceaba. Él la veía con absoluta claridad. El arácnido caminaba sin prisa. Todas sus patas arqueadas apoyábanse en un solo hilo. Los ojillos se reían y también la boca. Era roja y ancha la risa de la boca. ¡Oh...!

Sayito tornó a caminar. Las calles también estaban dormidas. Ya podía él taconear fuerte, que no despertarían. Sobre el corazón sentía un peso, un peso recio y dispuesto a no írsele. ¡Todas estas casas, una detrás de otra, y detrás de aquella, otra más, hasta perderse, y enfrente igual hilera! De noche las casas hablarán, o tal vez no; preferirán estarse quietas, mudas. ¿Para qué hablar? Es una sola la tragedia. Mejor decirla de un golpe: miseria.

Cuando Sayito volvía a su pueblo traía gran alegría. En el camino tuvo miedo de llorar de emoción. Se figuraba los abrazos, el contento de sus compañeros de escuela. Su vida eterna, demasiado vacía de satisfacción y muy llena de desconuelos, iba a colmarse de un tirón. Pensaba en estarse horas enteras recorriendo sus lugares de juego. Iría a visitar sus profesores. Casi todos estarían cansosos ya; para siempre lo recordarían. Él no olvida una sola cara. Por mucho que desfiguren los años, el afecto adivina algún rasgo perdurable: los ojos, la boca, el modo de caminar. Pero he aquí que sólo encuentra una ciudad muerta. No hay un ruido en toda ella. De vez en vez hay puertas abiertas. Generalmente, junto a esas puertas se ven montones de leña, racimos de guineos colgando del techo, y cajitas abiertas con tela metálica en las que se endurecen dulces de leche, coco y piña.

De todo esto, lo más abrumador es no escuchar llantos o risas de niños. Parece que todos los niños del pueblo están preocupados en esconderse. Ahora es cuando Sayito comprende por qué son necesarias las criaturitas. Cuando cae la tarde, un grupo de ellos jugando animadamente, llenan

todo un capítulo de vida. “Dejad que los niños vengan a mí”, dijo el Maestro. Y tenía razón. Pero se ve que por aquí no está el Cristo.

—Habrán envejecido antes de tiempo —piensa Sayito.

Allá, al final de la calle, estaba el río. Él se iba con unos cuantos compañeros a nadar, alborotar, zambullir. Hacían un escándalo padre. Alguno se atrevía a tirarse de diez o doce metros de alto y le miraban como el héroe de la pandilla.

Hasta el río se fue Sayito. Estaba dormido también. Habíase cristalizado el agua y no corría. Más que río semejaba un espejo largo. No era ilusión; Sayito juraba que el agua no corría. En la orilla opuesta se veía una palma. Tenía las pencas derribadas sobre el tronco y el cogollo se caía hacia el Este. Recordó la caza de sigüitas, con escopetas de elásticos. Cortaban una horqueta de guayabo, pequeña, y en cada punta amarraban un pedazo de caucho, unido en sus otros extremos por un trozo de cuero en el que se colocaba la piedra. Los elásticos se extendían con la mano derecha, la horqueta sujetábase con la izquierda, y al soltar, la piedra salía disparada. Aquí, en esta misma palma, solió tumbar docenas deavecillas que venían a picotear el fruto.

Y recordando Sayito aquello, se rodea de un momento en el que le parece vivir. Sonrió al río y a la palma. No ve en ésta el dolor de sus pencas caídas ni recuerda las redes de arañas que probablemente haya en las casas dormidas. Es un vacío, un vacío en el tiempo. Se han detenido las agujas de todos los relojes, asombradas de que Sayito sonreía lo mismo que de niño. Pero sin notarlo, los ojos le han ido resbalando hasta detenerse en una piedra blanca, brillante, como pulida, que se moja los pies en el río.

—Aquí lavaba Efigenia su ropa —se dice.

Y de pronto se retorna a toda la tragedia de su pueblo. Toda una tragedia que puede definirse con esta palabra: miseria.

Y otra vez a deambular. Un letrero apagado, casi ilegible, se balancea bajo un alero. “El porvenir”, reza. Sayito piensa en la ironía de este pedazo de zinc, pintado de un rojo desmayado, con letras azules cubiertas de polvo. El sol le toca en un extremo y es un sol sin pretensiones de vida, quizá sí cansado de alumbrar un cementerio tan grande. Porque la población es eso: un gran cementerio sin zacatecas.

Lejos, pasó una mujer. Daba la impresión de que sus pies no tocaban el suelo. Debía ser una mujer sin brillo en los ojos, sin erección en el cuerpo. Una mujer de la que tenía que haber volado el alma, como en las casas, como en las calles.

Tomó otra dirección. Vio los árboles de la plaza. Estaban crecidos y sombreaban todo el recinto. En su tiempo siempre había alguien en la plaza; quizá ahora también. Y comenzó a pasearla. De pronto, de espaldas, le pareció ver un conocido. No sintió emoción alguna; era un cansado, un gran cansado. Más, aquel hombre volvió el rostro, a las pisadas, y Sayito reconoció a Evelino, compañero de aula. Se detuvo un segundo, sintiendo cómo la sangre le golpeaba en las sienes. Iba a abrir los brazos y salir corriendo para estrecharle; pero Evelino, desde donde estaba, con una voz muerta, le saludó:

—Hola, Sayito.

Y Sayito se quedó clavado en el pavimento de la plaza, deseoso de huir y de llorar.

LOS SACRIFICADOS*

Sólo se oye la respiración del niño. Es un afanoso ventear, una enloquecedora ansia de vida y de oxígeno. Álzase el pecho menudito, cortado de huesos. La naricita, toda afilada... ¡Fiebre de vivir! Los ojos son como dos charcas: quietos, brillantes, esperando allí lo que venga; ojos sin ambiciones, ojos mansos. Son como dos charcas los ojos viejos de este niño.

En el bohío no hay más luz que la de una vela. La cera va entregándose a la llama, frente a las litografías de El Corazón de Jesús y La Altagracia.

Fefa tiene las rodillas en tierra, los brazos alargados en súplica, el cabello despeinado, el cuerpo perdido en un traje rojo, desteñido.

Daniel está en la otra habitación. Toda su vida descansa ahora en la mano, sobre la que apoya su cabeza. Es un sentirse miserable y pequeñito, escondido en la sombra, acurrucado en su dolor. Afuera se bañan las cosas con luz de luna.

Fefa implora:

—¡Sálmelo, virgencita. Sálmelo...!

Ñeñe se da cuenta de que se va. Quisiera poder hablar, decir a la mamá que no tenga pena. ¡La muerte! Todo es dormir y que lo dejen respirar bien. Aquí es imposible, como si

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N° 78, Santo Domingo, 6 de febrero de 1932, p.4.

faltara aire. Siente entrarle por la nariz un calor insufrible, una bocanada de fuego exactamente igual al que se levantaba de las hogueras que formaba con el papá, cuando hacían la “tumba” en la loma.

De pronto la mujer irrumpe en la habitación donde Daniel se diseca, mirando y mirando, mudo frente al dolor, toda la vida echada en la palma de la mano.

—¡Daniel!, ¡Daniel! ¡Ñeñe se está muriendo! ¡Ñeñe, Ñeñe...!

Es esa mujer, enfundada en un traje rojo desteñido, desmelenada, toda huesos, con ojos hundidos y brillantes, quien grita. Se tira de rodillas, abrazada a Daniel por la cintura, y apoyando la cabeza en sus piernas comienza a llorar.

Daniel va pasando la manaza anudada por la frente de su compañera. Siente una congoja, lo mismo que si le apretaran el corazón.

—No llores, Fefa. Lo vas a despertar.

—Pero si se muere... —dice ella muy queda.

Solloza apagadamente, no atreviéndose a gritar. Teme hacer ruido y que la vida, asustada, huya del niño, de Ñeñe, el de los ojos mansos y viejos.

—Búscate un médico —pide con una voz que es sople.

Y clava en el marido la mirada ansiosa, honda, con un sedimento de desesperación callada.

Un médico, sí. ¿Y adónde? Esto no es más que un lugar desolado, a millas de población. El bohío está aquí lo mismo que una nubecilla sola en un cielo todo azul, con la diferencia de que la tierra es amarga y el cielo dulce. Ñeñe está muy mal, agonizando quizá; pero no hay más camino que dejarlo morir.

—Espérate, Fefa.

Daniel camina en puntillas, aún conociendo que en el suelo apáganse las pisadas. Se va como asustándose de sí mismo.

En la habitación está el niño queriendo respirar, abriendo la boca en busca de aire, retozándole en la cara la luz de aquella vela que se deja consumir chisporroteando.

—Atiéndele —dice a la mujer cuando vuelve.

Luego sale del bohío. La luna le enseña toda la llanura. Daniel sabe que nadie podrá salvar a Ñeñe.

*

Está desnudo de medio cuerpo arriba. Los golpes se pierden jadeando por la planicie. Se le ve el torso duro, bravo al amor de la luna.

¡Dum! ¡Dum! ¡Dum!

La tierra es dura y reseca. Daniel tiene cansancio. O no, no es cansancio: algo así como deseos de dormir mucho, de acostarse junto a Ñeñe, abrazarlo y quedarse durmiendo con él.

Allá arriba, la luna va volando olvidada de que Ñeñe, el niño que la quería mucho, vive sus últimos momentos.

Daniel cava. Todo lo que no sea este hoyo no existe para él. Puede ver distintamente cualquier cosa, porque la noche es clara; pero sólo desea mirar la tierra que corta a golpes de pico. Oye un rumor confuso y lejano. Algún auto se está acercando por la carretera, algún auto que pasará por allí y no se detendrá.

Brillante le ha vuelto el cuerpo tanto sudar. A distancia debe parecer un fantasma empeñado en maltratar la tierra. Frente a él pasará pronto el automóvil. Nadie podrá suponer que Daniel cava un hoyo para enterrar a Ñeñe, su hijito.

Las lágrimas, unidas al sudor, le caen por la nariz y se pierden en la tierra; pero Daniel no llora por cobardía, sino de desolación. ¡Qué vacía le parecerá la casa sin Ñeñe!

Ya está ahí el automóvil. Se escuchan risas. Dan vivas a los mismos a quienes mañana darán muertas. Álzase una nube de polvo que parece neblina y la carretera se siente trepidar.

Daniel ha dejado el pico descansar un momento. Piensa en esa gente feliz que ha pasado; y de pronto, antes de perderse la marcha del auto, un grito agudo rompió la noche, desde el bohío, como si todo él hubiese gritado. Se fue elevando, elevando, hasta perderse.

Daniel oyó el ruido sordo de un cuerpo que caía dentro del rancho. Sin verlo se figuró claramente al niño muerto, pálido. Fefa parecería que mancha sobre el piso. Y hubo un instante en el que Daniel se sintió no vivir.

*

Vuelta a picar. Arrastrándose hasta anularse, van esos golpes por la llanura.

¡Dum! ¡Dum! ¡Dum!

La tierra sedienta se va tragando el sudor y las lágrimas de Daniel.

JIBIJOA*

Jibijoa se dobló en rapidísimo movimiento y tomó entre sus manos una piedra; sin que la línea del cuerpo se quebrara un segundo, levantó la mano, mas no tiró la piedra. Tenía el brazo en alto y como el sol le desdibujara los perfiles parecía pintura moderna. Se vieron los bombachos esfumarse.

Quizá hubo uno de los muchachos capaz de asomar la cabeza tras la esquina para esconderla inmediatamente; pero no gritaron más:

—¡Jibijoa! ¡Jibijoa!

Y así, como lo hacían, con un doble tonillo que exasperaba a un Santo. Encima batían palmas, acompañándose.

Jibijoa tuvo ganas de marcharse, pero sentía miedo de las voces. Prefirió esperar un momento, porque él estaba seguro de que no se habían dispersado todavía. Luego, cuando estuvo cansado de acechar, dejó caer la piedra y siguió su camino. Se lo tragaron la calle y el sol...

*

En toda persona los ojos se dirigen a un solo punto, en Jibijoa no. Los ojos de Jibijoa tienden paralelas. Se les ve apartados,

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N° 81, Santo Domingo, 27 de febrero de 1932, pp.12-13.

cada uno buscando algo distante de lo que busca el otro, pero a distancia igual a la de sus órbitas. Además, parece como si eternamente temblaran.

Hay otra cosa impresionante en Jibijoa: su risa. Empieza a reír y lo hace con tal sonoridad que de pronto tiene uno la idea de que las paredes van a caerse como siga pegándoles esa risa agresiva. Es como si se engrosara en sí mismo. Nos va a aplastar la risa gruesa de Jibijoa. Llegará un instante en el que, vuelta una catarata, desbordada, nos ahogará. Vale más huir, huir... porque ahí están los ojos de Jibijoa enterrados en nuestra frente como clavos y la risa de Jibijoa que tumbará sobre nosotros las paredes...

¡Oh!

Jibijoa está sentado y se esfuerza en meter los dedos por entre sus enmarañados cabellos. Quisiera patalear, dar voces, saltar. Indudablemente, este camino es el a seguir: meterse a guardia. De un salto se pone en pie, pega un manotón en la mesa y dice:

—¡Contra! ¡Yo voy a ver si me siguen!

La mamá le envuelve en una mirada lenta y suave. Es negra, vieja, enjuta. Parece la cabeza un copo de algodón manchado con agua de tabaco. Reposa en sus ojos una manse-dumbre sin roturas. Habla:

—¿Pero quién te embroma, Jijo? ¿Quién?

—¡Esos malditos! —contesta señalando a cualquier parte.

La madre hace un gesto de perdón; es sencillo, pero tan amplio como el de Jesús al decir las siete palabras. Chasquea los labios, encoje de hombros, y aventura:

—Déjalos. Es por jugar...

—¡No, mamá; no es por jugar! ¡Na má viven diciéndome Jijiboa!

Se ha vuelto a sentar y arruga el entrecejo. Está masticando sus propias palabras. Los músculos de la cara se han

endurecido y siente unos deseos locos de patear la cara de una persona, de ver sangre, mucha sangre que le manche las manos, la ropa. ¡Sangre! ¡Mucha sangre! ¡Mucha...!

—¡Pó por eso, por eso mismo! —revienta.

La mamá estaba zurciendo una camisa y levantó la vista. Preguntó luego:

—¿Qué tienes, Jijo?

—¡Que me voy a enganchar en la guardia! Yo voy a ver si me siguen diciendo Jijiboa! ¿No son amarillas las jibijoas? ¡Pó por eso...!

Se fue a grandes zancadas, como temeroso de no llegar a tiempo. Pero la vieja estaba segura de que volvería a cenar.

*

Jibijoa se sentía a gusto; el cuartel gozaba siempre de limpieza y sobre todo, de una luz cernida, medio húmeda y medio seca, que invitaba a dormir. No necesitó de papeles ni de recomendaciones para enganchar. Hasta con otro nombre le hubieran recibido.

Aquella tarde estaba tendido en la cama, boca abajo, con la barbilla apoyada en los brazos. No se puede decir que estuviera pensando en algo, aunque es cierto que al principio se hallaba inquieto; comenzó a abismarse sin saber en qué, y tanto pensó que acabó perdiéndose en una claridad que impedía ver las cosas. Era como si el sol hubiera fundido las figuras colocadas en un llano. Quero, el compañero, lo sacó de ese sopor al decir:

—Échale creolina a esas jormigas. Dipué no te dejan dormir.

Él se incorporó para verlas. Efectivamente: había una infinidad de hormiguitas, amarillas como su uniforme, caminando apresuradamente hacia una de las patas de su

cama. Estuvo largo rato con la cabeza descolgada viéndolas ir y venir, y al fin dijo:

—No hacen ná; son boba.

—No lo creas —contestó Quero—. Esa son jibijoa.

Como si tuviera un resorte en el pescuezo, levantó de golpe la cabeza y clavó en Quero aquella terrible mirada paralela. Comenzaron a temblarle los ojos y parecía que estos, huídos de las órbitas, se habían situado en un punto cualquiera de esas líneas que ellos mismos trazaron. Quero no se dio cuenta porque seguía con atención las hormigas. Al cabo señalándolas, confirmó:

—Pican como el diablo. Fíjate que tienen la cabecita colorá. Esa son jibijoa...

Entonces fue cuando volvieron los ojos a su sitio. Jibijoa comprendió que Quero ignoraba el mote. Y se incorporó para buscar creolina.

*

Todos sabían que aquello sucedería. El mismo aire parecía quemante y del silencio salían voces, graves voces que lo iban pregonando. El sol de medio día calcina las cosas y nosotros oímos claramente el chisporrotear a pesar de no ver humo ni llama. Eso mismo sucedía ahora; por ello no impresionó a Jibijoa, ni a nadie.

El motín crecía y movía los músculos, porque no cabe duda de que el motín era un monstruo. Llevaban banderas y los ¡muera! asustaban las piedras y las nubes. Del cielo a la tierra todo trepidaba cuando pasaban esas voces llenas, vibrantes. No sabía Jibijoa qué pensar. Lo cierto era que tenía en las manos un fusil, bayoneta calada, y que apretaba los dedos contra la culata. Allí estaba él plantado como un muñeco de plomo o madera. Sus dos ojos veían dos cosas distintas: una

muchacha que vociferaba y un hombre abanderado; y en el cerebro tenía estas palabras: “Tirar en último caso, pero golpear fuerte con la culata”.

Jibijoa no sintió pena. Vio un instante la cabellera rubia de la muchacha que vociferaba; el viento la desgajaba y despejaba su frente blanca. Fue un golpe dado con mil voluntades. El cráneo hizo: ¡craac!, y la frente se manchó de rojo púrpura.

¿Cómo sucedió? Algo así como un demonio se apoderó de Jibijoa. Un fuego quemaba la piel del rostro. Sentía los pies ligeros y el fusil era liviano, igual que una pajita. Movía los brazos con una agilidad diabólica y le hacía feliz el ruido de los cráneos: ¡crraac! ¡crraac!

Los ojos de Jibijoa veían hombres y mujeres pavoridos, buscando salidas. Algunos se enredaban con banderas caídas y él aprovechaba ese momento para dejar caer sobre ellos su furia. Luego, cuando no hubo a quien golpear, comenzó a poseerle un asco hondo por esas figuritas ridículas que iban pegando los talones a las nalgas. ¿Para qué se sentían antes tan valientes, pues?

Empezó por una sonrisa. No tenía él muchas ganas de reír, pero esa sonrisa se fue engrosando en sí misma, engrosando, engrosando, hasta que acabó llenando sonoramente toda la calle. Hacía temblar la luz del sol, medio rojo, sin duda por la sangre derramada. Entraba por las puertas y llenaba de pavor las casas cerradas. ¡Risa, risa...!

Quero fue quien terminó con ella. Plantándose a su lado dijo:

—Te has portado bien, Pancho. Te ascienden, segurito...

Él se quedó un momento silencioso. Antes no pensó en ascensos; pero ahora, con absoluta claridad vio su vida larga, recta, amarilla. Dos rayas: cabo; tres rayas: sargento; quizá General, y después... ¡quién sabe! Pero inmediatamente volvió a Quero, y contestó.

—Oye, Quero, dime Jibijoa. Así me decía mamá y me gusta má.

En ese instante ordenó una voz:

—¡Firmes!

A poco se oyeron otras órdenes, y se alejaron con pasos iguales, de espaldas al sol...

BUMBO*

—Si no lo hubiera pechao; pero lo peché y ahora no hay remedio...

Cruzó las piernas, dio un “chupón” a su “túbano” y se golpeó la rodilla con la palma de la mano.

Creíamos que Bumbo no hablaría más. Tenía cara de cansancio, ojos lánguidos, labios caídos. Bumbo, el más alegre de todos nosotros, soltaba hoy las palabras como si se las “jalaran”.

—Pero tranquilícese, compai —dijo Tiola.

Bumbo nos miró. Tiola despertó en él al Bumbo malicioso, perspicaz. Fue una especie de inspección la que nos hicieron sus ojos. A poco apuntó en la comisura derecha de los labios una tentativa de sonrisa.

—¡Jum! —rezongó.

Finfo estaba tirado en el suelo a todo largo. Parece que le interesó la actitud de Bumbo y se sentó, es decir: puso las nalgas en el suelo. Como es tan “cuajao”, para no dejarse caer otra vez, se agarraba las rodillas con ambos brazos.

—Dipué de tó, uté no ha jecho mal, viejo. En no robando...

Dijo y clavó la mirada en mí, como preguntándome si tenía razón.

* Incluido en *Camino real* (1933) y suprimido en la 2ª edición de 1937. *Baboruco, semanario ilustrado*. Año II, N° 90, Santo Domingo, 30 de abril de 1932, pp.11-21.

Bumbo estaba triste, muy triste. No teníamos luz en la habitación, pero se le notaba la tristeza: se hacían cada vez más largos los espacios entre una y otra chupada. La candela del túbano nos iluminaba intermitentemente, con resplandores rojizos.

En la calle había un arrastrarse de luz eléctrica. Por la ventana, en cambio, se nos colaba la oscuridad a todo cuadro.

*

Finfo ronca, Tiola debe dormir también. Yo no puedo hacerlo, no puedo. Es la primera vez en tantos años que veo pesaroso a Bumbo. Hay aquí poco aire. Si no es poco aire, se trata de algo parecido, porque me siento sofocado. El pecho se me hace muy pequeño; quizá sea que ha crecido esta noche mi corazón.

Bumbo se ha levantado. Le oigo trajinar. Tengo la sensación de que recoge algo.

—¿Qué pasa, Bumbo? —Pregunto.

—Nada, Mano. Toy recogiendo mi tereque.

Esas palabras, dichas con voz suave, me han envuelto, me arropan, me asfixian. Es decir que Bumbo se va. No quiere esperar más; y está triste por eso...

—Oye Bumbo —digo—. Déjalo. Mañana hay tiempo.

—Pero yo quiero dar un cruce y pué ser que venga tarde —contesta.

Hay ahora un rato de silencio. Yo sé que Bumbo está pensando en lo mismo que yo: mañana estaremos alejados. Esta cuerda fraternal, tensa a fuerza de trabajos y alegrías repartidos, se romperá dentro de unas horas. Bumbo no quiere decir adiós y se va esta noche. Dice que volverá. Él y yo lo sabemos que no.

—Mira Bumbo —propongo—, tengo aquí unos clavaos. Larguémonos unos palos.

Me molesta mucho hablar así, sin verle la cara. Tal vez sea mejor, pero quiero saber qué siente Bumbo, qué piensa. ¡Bien que le conocería la idea en los ojos!

Pasa un largo rato antes de que responda. Yo estoy medio incorporado en el catre, acechando su voz, como si quisiera atraparla en el trayecto.

—Bueno... —contesta con voz ronca.

Inmediatamente dice:

—Prende la vela.

La luz comienza a bailar en su extremo. De vez en vez aleja la sombra del rincón donde duerme Finfo. Se le ve la cara brillante, como aceitada.

Finfo es un buen muchacho: sufrido como burro, compañero cordial y fiel. Tiene con él a Tiola, la mamá, una viejecita tranquila que nos lava la ropa y nos cuida cuando enfermamos.

Bumbo se vestía lentamente y estaba apretándose el cinturón cuando se fijó en Finfo. Entrecerró los ojos y dijo:

—Ñamemo a Finfo.

Yo asiento con un movimiento de cabeza. Me voy a la puerta. Al abrirla entra un aire frío.

Esta noche se ha portado bien la sanidad del cielo.

*

Media botella de nuestro ron favorito, no logra sacarnos el buen humor a flor de piel. Por ejemplo, Bumbo se entretiene en arrancar la etiqueta a pedacitos, Finfo en morderse las uñas y yo en ver la bombilla.

Bebemos como si nos obligaran a hacerlo. Juraría que hoy pica el ron más que nunca.

Al volver el rostro sorprendo en los ojos de Bumbo un asombro de contento; pero bien sé que debe ser lejano, casi perdido.

Algún recuerdo que salta neuronas y le envuelve muy lentamente hasta hacerle sonreír. Aprovecho el instante y aventuro:

—Bumbo, ¿cuántos galones de ron nos habremos bebido entre los dos?

Y a Bumbo le surgió el alma a los dientes blancos y grandes y se le arrugaron las comisuras de los ojos al hacer un amplio gesto de satisfacción.

—¡Traiga otra media! —ordenó en alta voz.

Bumbo entonces como si nos hablara de muy lejos, con palabras lentas y metal sonoro, dice:

—Me taba acordando del banilejo. ¡Pobre Joyobita! ¡Tuvo que largarse aburrío!

Y los tres nos vamos por el mismo camino, hasta encontrarnos en los días felices y en las brillantes ideas traducidas en maldades para Joyobita.

—Me dijeron que tá en San Pedro cortando caña —ilustró Finfo.

Bumbo se metió en la garganta un trago de tres dedos y dejó huir los ojos hacia la puerta. Llamó con un gesto de la mano derecha. Yo estaba sirviendo más ron y sentí posarse en mi hombro un brazo. Era trigueño.

Fue la primera vez en alegrarme de tener entre nosotros una mujerzuela.

*

Tengo los párpados pesados y me hace daño la claridad. La luz es cernida, lejana y dispersa; pero me hace daño. Cien veces hemos amanecido así, acodados a una mesa mugrosa en estos cafetines de alturas, sin molestarme. Pero hoy tengo dos borracheras: la del ron y la partida de Bumbo.

Finfo tartamudea. Se le enredan las palabras y no sale de esto:

—¡Qué va, viejo! ¡Si uté se va no largamo lo tré!

Yo siento esa voz como si viniera de otra parte que no fuera cercana. Me parece que Finfo está detrás de la pared: suenan sordamente sus palabras. Tal vez tenga en la garganta algo más que alcohol.

—No pué ser, compadre —explica Bumbo—. El viejo me mandó a una deligencia y me fui donde Mongo. Uté sabe que taba grave ayer.

—¿Y por qué no le explicaste la verdad? —argumentó encolerizado.

—No hubo tiempo, Mano. Dende que me vio me ñamó. Me dio un boche y eso no se lo aguanto yo ni a Jesucrito.

—¡Pero fue muy poco! —vocifera Finfo acompañándose de fuertes puñetazos en la mesa—. ¡Yo no toy conforme! ¡Si uté le rompió la boca yo le abro la cabeza!

—Asina son la cosa —dice Bumbo calmosamente— ... Si no lo hubiera pechao... —termina con cierta pesadumbre.

Mientras habla acaricia el seno oscuro de la mujerzuela. Ya la luz viene en pequeñas oleadas. Pienso en los “tereques” de Bumbo, amontonados en un rincón; pienso en el patrón grosero, que rompe sin dolor alguno una cuerda fraternal, tensa a fuerza de sufrimientos y alegrías repartidos. No recuerdo mi faena de hoy. La cabeza me da vueltas y la garganta se me llena de algo que sabe a humo.

La mujer sonrío estúpidamente, sin comprender por qué estamos aquí y por qué la mano de Bumbo le acaricia maquinalmente el seno izquierdo, oscuro y carnoso.

Bumbo dice con una voz honda, salida a borbotones:

—Manito, no hay remedio...

Por primera vez en mi vida se me queman los ojos con lágrimas. Son abundantes, hasta mojar la mesa...

El sirviente creerá que se ha derramado el ron.

LOS VENGADORES*

—¡Ese viejo es un gran sinvergüenza, y tó el que saque la cara por él, un lambón! ¡Como lo oye!

Los ojos de Casimiro se pegaron a su interlocutor. Tan claros estaban con la luz de mediodía, que parecían cristales y no ojos.

—¡Últimamente! ¡Aquí no me mientan más a ese degraciao!

Dijo, extendiendo el brazo derecho, como quien señala el camino.

Después, rumiando algo, entró al bohío y se acomodó en una silla cuyo fondo era piel de cabra.

El cachimbo de Casimiro tenía curiosos adornos. Regularmente, un cachimbo de barro no dura arriba de tres meses, pero éste contaba dos años ya. Más de cinco veces habíale puesto nueva raíz. Cuidadosamente, por lo mismo de sentirse tan fuera de sí, lo llenó de legítimo andullo; y para encenderlo púsolo boca abajo, de modo tal, que la llama del fósforo, sin necesidad de esforzarse chupando, cubriera toda la picadura. Luego escupió, pasó un pie sobre el salibazo y cruzó las piernas.

—¡Anda al caráá! —dijo en alta voz, a poco—. Dique ese viejo ladrón metiéndose con un hombre de mi sangre. ¡Concho!

Y se puso en pie.

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N° 87, Santo Domingo, 9 de abril de 1932, p.6 / p.20.

Se ha respetado la ortografía del original (N. del E.).

*

Casimiro trabajaba con el viejo Mendo. Desyerbaba, talaba, ordeñaba, llevaba las vacas al abrevadero. Él mismo, después de cortar la leña en el fondo de los potreros, casi dos kilómetros distanciados, venía por los burros y tornaba con ellos cargados de trozos. Cuando el viejo Mendo consideraba tener demasiada leña para su consumo, mandaba a Casimiro venderla en el pueblo.

—Hay que aprovecharlo todo —decía el patrón.

Y Casimiro partía a pie, precedido por una fila de doce burros viejos, flacos, empeñados en mordisquear cada yerbajo que hubiera en las orillas de la carretera. Al sonar una bocina, Casimiro increpaba a su recua:

—¡Tú, Prieto! ¡Ajílate, condena!

Y siempre, a la ida o a la vuelta, tenía el alma como de pie en una tembladera. ¡Ay, si por desgracia un auto maltrataba alguno de esos mañosos!

Algunas veces partía de mañana. Era una fiesta entonces. Gustábale ver las “jembras”; con sus flores entre el pelo, montando airosamente en cualquier viejo y gastado animal, tan orondas como si fueran el rucio de don Mendo. ¡Pero la vuelta! ¡La vuelta! ¡Toda una maldición de sol, metido en la carretera como el agua en una zanja! ¡Y los burros, por cansados, empeñados en no caminar sino a pulgadas!

La vida de Casimiro era eso: un eterno trabajar y un eterno temer. ¡Tenía muy malas pulgas el “diache” de viejo Mendo! Por cualquier “caballaíta” armaba unos pleitos padres. Insultaba, gritaba, manoteaba. Una buena condición, en cambio, adornaba a don Mendo: cada quince días, llegaba la noche, llamaba a Casimiro, le entregaba los tres pesos de la quincena y lo retiraba diciendo:

—A las tres de la mañana aquí. Hay que ordeñar.

Jamás pudo Casimiro explicarse tal constancia en recordarle el ordeño. En cuatro años de trabajo, sin faltar un solo día, casi siempre antes de la hora, estaba él al pie de la vaca exprimiendo la ubre, de modo que a las cinco saliera el muchacho con la leche hacia el pueblo. Y en todo el día no cesaba un minuto. En arrimándose la prima, a eso de las ocho, pasaba frente a la puerta y se despedía del viejo, lector incansable:

—Jata mañana, don Mendo.

Ponía las trancas del portón, atravesaba la carretera, y sin oír los cuentos de su mujer se echaba en el catre, incorporándose al rato para lavarse los pies y desnudarse.

*

Esta mañana, cuando descargaba la leña en la enramada, sin explicarse cómo, rompió una angarilla. Cayó sobre ella la otra, y ambas tenían preñez de trozos de pomos. Casimiro se apresuró en terminar para arreglarla; mas el diablo con la persona de don Mendo se metió en la enramada, sin hacer ruido, con aquellas sus malditas pantuflas marrones, con aquel grasiento sombrero negro y con aquellos terribles insultos escondidos ahí mismo, detrás de los labios.

—¡Óigame, óigame! ¿Se cree usted que estoy trabajando día y noche para que venga usted, por puro gusto, a mermar mi hacienda?

—Pero si ha sido sin querer, don Mendo.

—¡A mí no se me contesta, grosero! ¡A mí no se me contesta, negro indecente!

Casimiro sintió que una mano gigantesca le agarró por la cintura y le zarandeó rápidamente. Fue como si le hubiese dado vueltas, pero tan violentas que Casimiro no pudo ver sino un vacío. No estaban allí la enramada, los burros,

don Mendo: nada estaba. Y entonces parecióle que la misma mano arrancó su cabeza y la lanzó en un pozo cuyo fondo jamás tocaría.

—¡Indecente es su madre, degraciao!

Y tendió todos los músculos, maravillado de no haber ahorcado al viejo. Pero luego vio el sombrero negro, las pantuflas marrones y una camisa blanca, subiendo los escalones de la casa. Por la ventana, a poco, alguien tiró cinco monedas de medio peso; y la mano de don Mendo, ella sola, como si la hubieran arrancado del cuerpo y clavado en el marco de la ventana, señalaba el portón. Luego sonó una voz:

—Esa es su cuenta. ¡No me pise más aquí!

Casimiro estuvo largo rato de pie, lo mismo que los postes marcadores de kilómetros en la carretera. Al marcharse recojió [*sic*] las monedas, en las que se redondeaba la luz. Ardían...

*

Ya caminaba, ya se sentaba. Tenía en el pecho un fuego quemándole poco a poco. Debían estar calcinadas las costillas. Ponía el cachimbo sobre la mesita y apretábase las manos hasta parecer una de diez dedos. Ahora también iba su cabeza cayendo en un pozo. Y se empeñó en mirar cada una figurita de su cachimbo. Pero he aquí que estando nervioso mete entre los dientes la raíz, casi doce pulgadas larga, comienza a lanzar bocanadas de negruzco humo, aprieta las quijadas, y al quebrarse la raíz cayó el cachimbo. Cien pedacitos de barro calcinado regáronse en el piso. Casimiro, de un salto, empuñó el cuchillo de cocina que dormía en la mesa; corrió hasta la puerta, sintió una llamada como del alma y vio por última vez los pedazos de su cachimbo, entre los que reía la cara del viejo Mendo, con risa de loco.

No fue hombre, no. Una sombra sí; una sombra que cruzó, a medio metro de altura, la carretera. Aquello que corrió no puso pies en tierra. Saltó la talanquera del portón, precisamente cuando el sol hacía caer la proyección de cada uno de los troncos sobre el inmediato inferior. Una mano brillábale lo mismo que si llevara en ella algún dedo de acero. Y luego, aquella sombra saltando con una impresionante agilidad los escalones.

Don Mendo leía y sintió agarrotársele la vista.

—¿Pero me vas a matar tú, Casimiro?

—¡Sí, yo! ¡Yo! ¿Y quién ha de sei, si no yo?

Don Mendo vio un hilo levantarse. Era fino como los de las telarañas. Luego Casimiro escupió:

—¡Toma, maldito! ¡Toma!

Un chorro de sangre, al saltar, manchóle la camisa. Los ojos del patrón comenzaron una huída. Fue como cuando se hiela el agua: pero no hubo en el tiempo una medida capaz de marcar la saciedad del otro. La mano siguió hasta siempre, inexorable...

LOS ENCADENADOS*

Basilio es labriego; pero está reñido con la tierra. Vio, años atrás, unos extranjeros trabajándola y desde entonces la odia. Aquellos extraños tenían tractores para volverla polvo, un húmedo y negro polvo que se apilaba en surcos. ¿Por qué no podía él hacer lo mismo?

Por aquellos días parecía dormido mirando su machete. Vagaba en sus tierras, siempre con ojos alejados y entrecerrados. Soñaba volver tierra limpia toda esa alegría de floresta, verde rabioso, empeñada en poner un matorral por encima de otro. Así cruzado de brazos, se libertaba del sol su recia figura bronceada y parecía roca el perfil.

Basilio era alto, musculoso. Tenía mirada honda y dulce, mirada de castaño claro. Los ojos parecían rasgados de oro. Se veía la luz entrar por esas ranuritas, descansar en el fondo, suave, tranquila. Pero la mirada de Basilio se tornó negra, como si se hubiera negado el sol a entrar por las ventanitas doradas. Habló desde entonces con raras palabras y empleaba sus brazos nervudos en poca cosa: érale corto el tiempo para ver el bohío, contar como haría una casita limpia, techada de zinc, con piso de cemento; y faltábanle horas para plantarse bajo el sol a dejar correr la vista sobre la tierra abandonada que él convertiría en productiva.

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N° 93, Santo Domingo, 21 de mayo de 1932, p.6 / p.20.

Esa tierra, esa misma (porque debe ser igual en todas partes) había proporcionado a los extranjeros el modo de hacerla limpia, enhilada en surcos, desmoronadita y húmeda. ¿Por qué a él no?

Por ello Basilio siente disgusto. Es como si se hubiese criado con privaciones y amor un hijo. Luego, al tiempo de recoger el fruto, el hijo se nos vuelve agrio y se marcha. Se va por los caminos de Dios, con la alforja que nosotros le dimos. A gente desconocida él da pan; sin embargo, tenemos necesidad de pan y el hijo no vuelve sus pasos para tendérselo.

Basilio comprende que algo le sujeta a la mala vida. Va a los conucos y torna al bohío. Sentado, empieza a pensar, pensar... Nota, como si lo viera con meridiana claridad, que su vida está sujeta a una gran pared. Esa pared ha sido formada por sus padres, abuelos, tíos. La carne de muchas generaciones se amontonó para formar una mole. Forcejea para librarse; quiere romper esas argollas de hierro que le aprietan los brazos. Las romperá para echar a correr por la llanura amplia, llena de clara luz. Es una batalla sorda, a muerte. Acabará rompiendo en pedazos la gran mole que le sujeta. Tal vez reviente él. Siente los ojos inyectados, como si agolpara en ellos la sangre. Ahora está toda la naturaleza pendiente de la lucha, en que la misma piedra parece apretar la quijada rabiosamente. Sí, esa piedra tiene vida y aprieta la quijada. Se ha detenido el aire; se ha detenido el sol. Hay mil ojos viendo como Basilio se baña en sudor y como se dibujan los bíceps poderosos.

En la amplia llanura llena de luz sucede entonces algo raro: unas figuritas, dobladas bajo grandes pesos, van pasando lentamente, lentamente. Son cientos, miles, millones. Cada uno se dobla dolorido, empeñado en llevar el gran fardo que le balancea en la espalda. Están lejos, demasiado lejos, como al final de la llanura donde se vacía el sol. No ven sus rostros, ni claramente se distinguen los contornos.

Sin embargo, se nota que un gran dolor les desespera, tanto hasta parecer resignados.

Basilio creyó que las figuritas le llamaban y en un esfuerzo máximo reventó sus brazos. El dolor fue insufrible y Basilio gritó. Se vieron aquellos hombrecitos detenerse. Levantaron las manos al sol y parecieron más doloridos aún. Estuvieron así un instante, con las manos levantadas, doblados bajo esos fardos que debían pesar abrumadoramente.

Basilio, en un arranque nervioso, se puso en pie. Era una pesadilla todo aquello, sin duda. Mas, lo cierto es que le parecía haberlo vivido. Sentía dolor en los brazos y recordaba los extranjeros que labraban su tierra con tractores.

Basilio llegó hasta su habitación: cuatro paredes, sucias, ennegrecidas, hechas con tablas de palma. Hacia un lado estaba el catre, descansando las cuatro patas en la misma tierra. Por el techo de yaguas, cuando llovía, se cernía el agua. Toda su ropa consistía en los dos pantalones de fuerte azul y las dos camisas de listado que colgaban de clavos, amén de la que llevaba puesta. ¡Ah! Y un sombrero de fieltro, roto, comprado una decena de años antes. ¡Y trabajaba a diario como un animal, sin embargo!

Desde ese día, Basilio comenzó a odiar la tierra. Después fue extendiendo su odio hasta los hombres. Parecía dormido cuando se detenía a ver su único instrumento de trabajo: el machete.

A veces sentía opresión en los brazos. Sin poder evitarlo se palpaba porque le parecía que le apretaban cadenas.

De mañana su figura recia se libraba del sol, pedidos los ojos por la heredad, saltándole la vista de matorral en matorral. Entonces el perfil parecía de roca y en los ojos no había aquella mirada dorada, saliéndose por las ranuritas de oro, mansa, buena, como de niño enfermo.

Basilio es labriego; pero está reñido con la tierra.

UN CAMPESINO INGENIOSO*
(CUENTO INFANTIL)

I

Al cabo de tres o cuatro horas de penosa marcha bajo un sol de fuego, a través de pastizales que cubrían a los caballos casi junto hasta la cruz, en ocasiones, y caminando sobre una tierra endurecida por una prolongada sequía, en que resbalaban los cascos de nuestras cabalgaduras, como si éstas pisaran pedernales, la fatiga, el hambre y la sed habían llegado a hacérsenos verdaderamente intolerables.

Por encontrar en nuestro zarandeado camino una habitación humana cualquiera, aunque fuese una humilde choza, el más animoso y despreocupado de nosotros habría dado, de buena gana, su palabra de honor de no volver a meterse en aventuras como la que nos había llevado por aquellos vericuetos, que parecían dejados de la mano de Dios y de los hombres.

—¿Era ésta la diversión que nos proponías? —preguntóme de repente el capitán Morales que a la vez que nuestro jefe inmediato, era también el más atrevido y decididor de todos nosotros—. Para esto no valía la pena de haberse separado de las filas aunque sólo fuese por pocas horas. ¿Dónde están la espumosa leche y todo lo que nos habías prometido?

* A pesar de que aparece sin firmar, por el estilo, este texto se le atribuye a Juan Bosch. *Baboruco, semanario ilustrado*, Año II, N^o 62, Santo Domingo, 17 de octubre de 1932, pp.16-17.

Algo mohino por este sarcasmo, que no creía merecer, puesto que yo me sentía tan víctima como los demás de la fatalidad que parecía perseguirnos, repliqué malhumorado:

—Yo no he prometido nada; fuisteis vosotros los que os quejasteis de la monotonía del campamento, y entonces, creyendo haceros un favor, dije que, por estos contornos, había visitado, hace algún tiempo, una alegre casita, que parecía pertenecer a gente bien acomodada, y en la cual después de un penoso camino como el que llevamos, encontré reposo en un blando lecho, leche fresca y espumosa que me confortó, y dos muchachas lindísimas que, con su gracejo y simpática charla, dejaron en mí recuerdos imperecederos...

—¡La casa! ¡Allá, lejos, aparece la casita! —gritó, de pronto, una voz alegremente.

Como bajo el simultáneo impulso de un resorte, todos levantamos la cabeza al oír esta exclamación y al ver que, en efecto, divisábase en la llanura la anhelada casa a poco más de un kilómetro de distancia, aflojamos las riendas y partimos en dirección a ella a galope tendido.

II

Los cuatro éramos jóvenes por aquella época y pertenecíamos al mismo regimiento de caballería.

Después de correr días y más días, noches y más noches por la desierta llanura, nos sentíamos, más que cansados, aburridos de aquella marcha que parecía no tener fin ni había dado, hasta entonces, resultado alguno, a pesar de todos nuestros esfuerzos, parecía que la tierra se había tragado a los enemigos.

Aquella mañana el fastidio llegó a su periodo álgido, y yo, con el propósito de proporcionarme y de proporcionar a la vez a mis dos amigos íntimos los tenientes Cabrera y González alguna distracción, les hablé, como he dicho antes, de una casa que debía haber por aquellos contornos en la cual había

estado yo no hacía mucho tiempo, y en la que fui objeto de una hospitalidad verdaderamente bíblica.

Mis dos compañeros, sin dejarme apenas concluir mi narración, obligáronme a que los llevara a la casa consabida y deseando formar también parte de la excursión, se unió a nosotros el capitán Morales, jefe del escuadrón a que los tres pertenecíamos y que nos aventajaba a todos en ingenio, travesura y buen humor, siendo por otra parte, de la misma edad, con muy corta diferencia.

He aquí pues, explicado el motivo de que nos encontráramos, poco menos que extraviados, cuatro oficiales del ejército aquella mañana de julio, bajo un sol que abrasaba y galopando como verdaderos diablos en dirección a la casa de mi cuento, ansiosos de refrescar en ella y encontrar algún reposo.

Antes de diez minutos nos apeábamos a la puerta del rústico edificio y llamábamos a grandes voces a sus moradores. Pero, con gran desencanto por nuestra parte, nadie respondió a nuestro llamamiento. Y este desencanto se aumentó más aún cuando, al penetrar en el interior, explicamos la causa de aquel silencio.

La casa estaba vacía.

III

—¡Aseguro a ustedes —gritó casi colérico el teniente González—, que de aquí no me muevo hasta que venga alguien que nos dé con qué refrescar, primero, y después aliamente nuestros defallecidos estómagos!

—Lo mismo digo —repuse yo, comprendiendo que después, era eso lo más sensato que podíamos hacer.

—Este edificio no está deshabitado, a juzgar por las apariencias —añadió el capitán Morales, echando una ojeada circular al mobiliario tosco, pero limpio y relativamente confortable que nos rodeaba.

—¡Leche! ¡Aquí hay un enorme jarro de leche! —gritó alegremente el teniente González que, mientras nosotros charlábamos, aprovechaba el tiempo más prácticamente, según su costumbre, husmeando por los rincones en busca de algo con que calmar el hambre y la sed que le devoraban.

Al oír las palabras que acababan de pronunciar, todos nos lanzamos hacia él, como verdaderos tántalos, decididos a disputarnos la codiciada leche. Pero, afortunadamente, la vasija o jarro, como por eufemismo, acaso, la había llamado González, era bastante grande y estaba llena hasta el borde. En consecuencia todos pudimos apagar nuestra sed y mitigar, aunque sólo en parte, los calambres que la necesidad de alimento hacía sufrir a nuestros estómagos.

Después de haber apurado hasta la última gota, apareció en la puerta de la casa la figura de un anciano venerable, seguido de dos muchachas lindísimas, aunque vestidas como se acostumbra en el campo.

Una sola ojeada me bastó para convencerme de que aquellas dos muchachas eran mis antiguas conocidas y, aunque nunca había visto al anciano, supuse desde el primer momento que debía ser su padre.

Pasado el primer instante de sorpresa y dadas las convenientes explicaciones por ambas partes, tuvo lugar la presentación, y vi que no me había engañado.

El anciano en cuestión era un viejecillo sumamente alegre y de una amabilidad exquisita. Pero sin saber por qué, causábame un extraño malestar la mirada chispeante y llena de malicia que a veces clavaba en nosotros, como si se burlase o pensara en reservarnos alguna desagradable sorpresa.

Al fin, las dos muchachas nos prepararon la comida en pocos minutos, y en el momento en que comenzábamos a hacerle los honores con todo el entusiasmo de unos estómagos famélicos, el viejecillo, encarándose con el capitán

Morales, como el más caracterizado de nosotros, díjole pausadamente y con la mayor naturalidad del mundo:

—Lamento de todas veras, señores oficiales, no tener algo más agradable que ofrecerles, pues mis recursos no son muchos, y, por otra parte, esta casa está tan aislada, que resulta muy difícil proveernos de golosinas. Ni siquiera puedo brindarles con un vaso de leche, pues aunque otros días la suelo tener en abundancia...

Todos enrojecimos de vergüenza al oír hablar al anciano en esta forma, pues la conciencia nos remordía por haber saqueado con tanta frescura la escuálida despensa de aquella pobre gente. El capitán Morales trató de interrumpir al anciano para justificar nuestra conducta. Pero éste, sin dejarle que hiciera uso de la palabra, prosiguió con una calma imperturbable:

—Pues sí: otros días tengo leche en abundancia, y aun hoy mismo no carecía de ella. Pero las ratas parece que han decidido enseñorearse de esta casa, y para exterminarlas, a los menos en parte, dejé, antes de salir a dar el cotidiano paseo en compañía de mis dos nietas, el jarro en que suelo poner la leche con una buena porción de ésta y en sitio adonde pudieran alcanzarlo los malditos roedores. Ya he podido convencerme de que está vacío y...

—¿Y qué? —preguntamos a una voz, presintiendo la espantosa tragedia y poniéndose de pie simultáneamente.

—Nada —replicó el condenado viejecillo con su calma desesperante—. Que como había echado en ella previamente un activo veneno, estoy seguro de que van a reventar a centenares.

Pintar la escena que sucedió a estas terribles palabras, sería completamente imposible. Lívidos, temblorosos, figurándonos sentir ya en los intestinos los horribles dolores de la ponzoña, salimos atropelladamente de aquella casa infernal, y nos arrojamos de un salto sobre nuestros caballos.

Dos horas después nos entregábamos en manos del médico del regimiento, el cual, luego de reconocernos detenidamente, comenzó a reírse a carcajadas, y terminó diciendo.

—El veneno no existe más que en la imaginación de ustedes. Ese astuto anciano, al verles en su casa temió por sus nietas, y para ahuyentarles, echó mano de una tretita que no carece de ingenio.

Al oír estas palabras, los cuatro nos miramos llenos de asombro, y al fin rompimos a reír a carcajadas. Pero, a pesar de todo, creo que aun hoy, no obstante los años transcurridos, hay alguno que se lleve la mano al vientre para convencerse de que no está envenenado.

El ingenio, o, como suele decirse, la maña, vale en ocasiones más que la fuerza, y quien no posee medios para evitar los obstáculos que se le presentan en la vida, debe apelar al ingenio para desembarazarse de ellos.

AL PIE DE LA HORCA*

Supé que este hombrón endemoniado respondía al nombre de Will porque oí a un compañero llamarle. Cuando se dibujó en la puerta tuve la sana intención de saltarle al pescuezo y ahogarle. Me di cuenta de que con semejantes impulsos no iba a sacar más que una cosa: enloquecer o acabar confesando un crimen no cometido. Por eso me contuve.

—¡Hola, estimado amigo! —rezongó.

Era su táctica. Comenzaba tratándome con un afecto sólo posible en un gran actor. De momento, cuando menos lo esperaba, me espetaba una sarta de gritos e insultos. ¡Y cómo gritaba el muy grosero señor!

Así, esa tarde empezó por darme palmaditas, acariciarme la barbilla y aconsejarme de un modo paternal.

—Lo mejor es que confieses, ¿sabes? Te puedes evitar la horca. Total: unos veinte o treinta años que pasan corriendo. De allí saldrás un hombre nuevo.

Yo hacía un esfuerzo sobrehumano para no contestar a gritos o para no abofetearle. En un caso igual, lo preferible siempre es tener oídos tapiados. Me hacía el distraído tratando de ver los rincones de la celda. La humedad se me agarraba al pecho y comencé a toser.

* BOSCH, Juan, *Obras completas*, T. XII, Santo Domingo, Editora Corripio, 2007, pp.109-112.

—¿Ves? Eso sólo conseguirás aquí. Saldrás tísico, muchacho. Decídete a confesar.

Inesperadamente rompió en gritos.

—¡Anda, animal! ¡Desembucha! ¡Voy a estrangularte! ¡Desembucha!

Y extrayendo de un bolsillo del pantalón un pito de alarma se dio con toda su alma a soplarle. Me taladraba el oído ese ruido infernal. Quería cubrirme las orejas con las manos y lo único que conseguía era meterme el hierro de las esposas hasta los huesos de las muñecas.

Un cuarto de hora duró la original tortura. No comprendo cómo logré conservar mi serenidad. Ni una palabra solté. Me daba perfecta cuenta de que no debía hablar ni siquiera para justificarme. Will, al parecer cansado, decidió marcharse. Ya en la puerta, volvió la cara, se quedó mirándome de hito en hito y dirigiéndose al guardia:

—No es el primero. Ya lo ablandaré.

Dijo y se marchó.

Me he quedado solo en una habitación oscura y húmeda, de dos metros cuadrados, más o menos. Siento la columna vertebral como partida. Horas, horas y horas sentado en un cajón, en el mismo centro de la celda, sin poder apoyar la espalda en parte alguna. Estos hierros cortándome las manos. La esperanza de salir de aquí para la horca. ¡Y con la tranquilidad de saber que yo no asesiné!

—Por alguna parte debe comprobarse mi inocencia —me digo.

Además, he llegado a pensar en la muerte con cierta serenidad. Será mi liberación. Lo que por nada del mundo haré es confesar. No debo, bajo ninguna circunstancia, echarme el estigma de criminal, sobre todo, cuando no se trata de evitarle eso a ninguna persona querida. Si salgo, tendré más cuidado en escoger amigos y casas de huéspedes. Si no, pues a

morir con resignación. A fin de cuentas, no hemos venido a este mundo asqueroso más que de visita. Ahora o después nos despedimos y, ¡hasta nunca!

Tales ideas me están bullendo en el cerebro y se me aplacan con el chirriar de la puerta. Quien viene ahora es el otro. No conozco su nombre. Parece más razonable que Will y no se qué agradable hay en su rostro. Viste muy bien, tiene maneras corteses y un porte magnífico. Su plan de ataque, según he podido deducir por mí mismo, es el de ganarse la confianza del acusado. Su modo de persuadir, sencillamente, admirable. Estaría mejor en una embajada que en el Departamento de Investigaciones.

—¿Qué hay de nuevo, muchacho, cómo te sientes? ¿Has razonado bastante sobre lo que te espera? Tú debieras seguir mi consejo. La experiencia vale mucho y aún eres joven. Puede que llegues a ser útil a tus semejantes todavía.

Con este sí que me animo a contestar:

—No puedo confesar un crimen que no he cometido, señor. Me creo con suficiente responsabilidad para, si tengo la desgracia de matar o robar, cargar con las consecuencias.

Esto lo dije con una calma absoluta. No levanté la voz ni supliqué. Lo hice con la mayor sencillez posible.

—Lo creo, muchacho. Lo creo. —replicó vivaz—. Pero probablemente se te haya olvidado. Es un caso corriente. Voy a tratar de rehacer el cuadro y veremos si estás de acuerdo.

Salió y entró a los pocos minutos con una banqueta. Tomó asiento a mi lado y comenzó:

—El miércoles a media tarde tú y Pickman salieron en dirección de los muelles. Tu sabías que él llevaba trescientos pesos y estabas necesitando ese dinero. Como oscureció temprano y comenzó a lloviznar, se encontraron en San Beltrán solos. Aprovechaste ese momento para golpearle en la cabeza, sacarle el dinero y tirarle al agua. Después de cometido

el asesinato te arrepentiste y cerraste tu habitación, sin recordarte de comer. ¿No fue así el asunto, muchacho?

—No, señor. Ni robé a Pickman, ni le tiré al agua. ¿Cómo podía hacerlo si el miércoles no salí con él? Él padecía de manía persecutoria y salió cuando me estaba afeitando. Como mi deber de amigo era cuidarle, salí tras sus pasos y no encontrándole marché al cine. Volví preocupado a mi cuarto, pero preocupado por no hallarle en casa a mi vuelta, como esperaba. Esa fue la causa que me obligó a no comer. Le juro a Ud. que ésa y nada más que ésa, es la verdad absoluta.

—Bien. Ya ves que el portero del “Odion” dice no recordarte. Nada más que probando tu estancia en el cine, estás salvado. Me alegraría conseguirlo. Me has sido simpático, muchacho. ¿No recuerdas alguna cara conocida? ¿La música que se tocó, tal vez? ¿Y las películas?

De todo le di detalles, menos de cara conocida. No teniendo amigos, es difícil conseguir tal cosa.

—Perfectamente, muchacho. Hasta mañana.

A la media hora estaba otra vez a mi lado.

—Vas a venir conmigo al Depósito Judicial de Cadáveres.

El detective marchaba a mi lado y recorrimos más de trescientos metros de pasillos antes de llegar a la oficina del jefe. Hicieron unas anotaciones, preguntaron mi nombre y salimos. Tomamos el ascensor para bajar. Ya en la calle mi acompañante detuvo un taxi y dio la dirección.

Me reanimó el aire de la calle, el aspecto de los árboles, a pesar de su desnudez (era en noviembre) y la prisa de la gente en despacharse.

Subimos por una escalera monumental y nos metieron en una habitación llena de ataúdes. Estaban en hileras, pintados de negro, muy solemnes en su sencillez.

—¿Reconoces a Pickman? —inquirió el policía destapando uno de los cajones.

Efectivamente, era él. Estaba amoratado y con el vientre crecido; pero la cara conservaba sus líneas. El diente superior de oro, más que nada, me llevó a la convicción de que se trataba del infortunado Pickman.

Debí poner faz de abrumado. El acompañante me tiró de un brazo y también se contrarió.

—Te ha vendido la cara. Créeme que me duele tener que acusarte.

—Me es igual —contesté.

Otra vez el taxi. Los árboles parecían paraguas sin tela. En el ambiente había como una pesadez.

En la esquina de la calle 15, creí volverme loco. Poco faltó para que me tirara por entre el caporete y la puerta. Pickman estaba allí. Iba con un abrigo marrón y parecía muy ocupado en marchar de prisa.

—¡Pickman! ¡Pickman! —gritaba.

Él volvió la cara y el detective se quedó inmóvil. Yo estaba llorando de alegría.

En la oficina, después de llenar papelotes de declaraciones, mi amigo dijo:

—Ha sido un milagro. Debí embarcar ayer para Sudamérica y me dejó el vapor por descuidado.

Will fumaba, con toda tranquilidad, un habano legítimo.

1932

TIERRA ALTA *

Aquí está la tierra alta, huraña y sola. De nada vale que se apriete el viento y muja entre los troncos. De nada vale que tenga un camino, zanjudo y rojo. De nada vale que retoce el río cercano: esta es la tierra alta, llena de soledad vasta y de cansancio.

*

Cuando ya parece imposible que siga, se hace ancho el paisaje y adivina uno el camino trepando. Así, por ejemplo, Chucho. Comprende bien que el animal se ha cansado, pero no cesa ni le atrae la sombra húmeda del mamey: tiene sólo dos ojos desorbitados por la ansiedad, buenos para buscar la pared de cualquier casa.

Encima suda un sol recio. Las piedras son como niños tri-gueños apelotonados desde tiempo inmemorial. Una luz cruel se empuja contra la frente. Vuelta la cabeza, se desbocará la vista por la tierra llana; mejor: por la lejanía azul y despoblada que debe ser la tierra llana.

Aquí va él, Chucho, delgado y amarillo. Vino buscando precisamente soledad; es decir: vino huyendo de la gente. Mas he aquí que este olvido de la tierra pesa más de lo posible.

* *Alma Dominicana*, Año I, N° 1, Santo Domingo, julio-agosto de 1934, s.f.

Y al levantar la mirada, como si fuera capaz ya de un nuevo desaliento, abre cansadamente la boca, adormece la mirada febril, y oye sin inquietud como su propio ser dice, sordamente:

—Maté a Yeyo.

*

Ya. En los huesos duros y poco cubiertos, alienta un fuego que calcina. No quiere ver. Casi no puede ver. Siente como la montura se desgaja bajo su peso, como abandona todo deseo de seguir.

Allá abajo, precisamente donde termina esta cuesta, hay un hombre. Debe ser un hombre.

—¡Ey, don!

Pero aquella figura carcomida por el atardecer, no se vuelve. Va ahora a atravesar el camino, este maldito camino rojo tan interminable.

—¡Hey, don! ¡Don! —grita.

El hombre atraviesa el camino. Los gritos de Chucho son ahora ahogados como vagidos de niño.

—¡Don! ¡Don!

Y cuando comprende que aquel no le escucha, siente deseos de tirarse, de dejarse caer sobre el pescuezo de la montura y llorar largamente este abandono duro y largo; de ser como los bagazos que el río lleva, corriente abajo.

*

Hace largo rato que se apelotonó la noche sobre la tierra. Venía rodando, de cuesta en cuesta, de loma en loma. En los firmes sólidos y pelados alumbraba todavía el sol, al principio, con una luz azul muy pálida que gateó por los pinares y ascendió lentamente al alto cielo.

La noche es una cosa tenebrosa y como dura, aquí, todo en rededor de Chucho.

Un aire fresco y retozón tropieza con los troncos. Nadie sabe qué de malo hay en él.

Chucho piensa. Le parece sentir ahora menos miedo que hace dos días, cuando saliera; la cárcel debe ser mejor que esto de vagar así, huyendo de algo que puede aparecer lo mismo allá atrás que sobre estas lomas ingratas: la justicia. La mujer de Yeyo estará rezando por el alma del difunto. Debe haber sido un golpe duro para ella. Y aquí, aquí que está tan solo, tan abatido y tan dolorido: aquí, donde puede tocarse él mismo el corazón, como si estuviera fuera de su pecho, ¿por qué le gustaba la mujer de Yeyo? ¿Por qué?

—El Enemigo Malo —se responde a sí mismo.

Insensiblemente ha detenido al animal. El viento hace crujir los pinos, a su espalda. Siente miedo, un miedo horrible y loco. Podrían venir.

Los ojos despavoridos tratan de hacer caminos, de taladrar esta noche espesa e indiferente. Hasta que de pronto le grita la necesidad de hallar gente, de ver mujeres, flores, potreros. La montura empieza a subir de nuevo la cuesta que no ha terminado de bajar. Encima lleva un hombre obseso, de quien no se desprende la idea de que Yeyo se pudre en la tierra negra y voraz de Río Verde. Y sus patas estuvieron entreteniéndolo y engañándolo al cansancio hasta que la madrugada se desbocó, toda alegre, por la tierra sola, roja, alta.

*

La primera impresión fue en la tarde, cuando pasó una muchacha, con traje de prusiana morada. Iba descalza, movida de caderas, y llevaba a la cabeza, sobre el “babonuco”, un “jigüero”. Aquí eran las cosas como en su casa: acogedoras,

frescas. Un poco más allá vio un jardinillo, y tras él el bohío limpio, agachadito bajo la copa llameante de un flamboyán. Ojeaba con recelo cada recodo. Cuando pasó el hombre aquel grueso y oscuro, tuvo ganas de huir, porque el hombre le miraba, le miraba. Chucho creyó que le llamaría, que le iría arriba, machete en mano. Pero el hombre sólo tuvo para él la mirada asombrada que tenía para todo extranjero.

Pasos más adelante, y cuando el cielo se iba manchando de oscuro, se detuvo en la bifurcación del camino: el ancho seguía a Río Verde, pero Río Verde era la muerte o la cárcel; y, francamente, valía más vivir. El recuerdo de los cuatro días pasados en aquellas lomas que se adivinaban a la derecha, desde aquí, le ponía como un peso en el pecho, probablemente en el corazón.

Este otro camino debía llevar a Mataceniza. ¿Por qué no tomarlo?

Todo esto que veía, que oía, que sentía: el jardín, el canto del gallo, la mujer, la brisa fresca: todo vivía, vibraba, cantaba. Si lograra escapar...

Tiró de la rienda y entró en el camino estrecho. A corto trote topó un hombre, maduro y de aspecto manso. Estaba recostado contra las trancas que abrían paso a su bohío y olía a sudor de mulo, a esterilla, a trabajo.

—Saludo —sopló deteniéndose.

El hombre dijo algo y se acercó. Sobre el camino venía rodando el anochecer y no tardaría.

—Quisiera posá —explicó Chucho.

El otro casi no contestó. Se dobló, lentamente, y empezó a tirar los maderos. Cuando terminó alzó la cabeza, le acarició con unos ojos dulces y señaló la veredita que llevaba al bohío.

—No va a dormir muy bien —explicó— poro...

—Mejor que en el monte —terminó Chucho sonriendo.

E inmediatamente se asombró de que pudiera sonreír, él, un hombre que traía los huesos quemados y que quiso llorar allá arriba, bajo aquel sol de indignación.

*

Sobre la cena y en ella, el silencio. Grita como loco el anhelito rojo de la “jumiadora” y se esconde tras cada ojo. La brisa engruesa junto al bohío. El hombre maduro que topó Chucho mira a la vieja, encorvada, perdida en la amplia falda de listado.

—¿Qué habrá Mingo...? —dice, como si se preguntara a sí mismo. Y entonces, siempre entre la mano fuerte la cara, explica sin alzar los ojos:

—Salió dende la madrugá con la guardia, dique atrás di uno e Río Verde.

Chucho oye esas palabras. Suenan, a pesar de lo descuidadamente que lo ha dicho el hombre, como tiros cercanos, demasiado cercanos.

—¿Atráj'e...? —pregunta con voz rota.

El otro le mira, bajo la ceja. Chucho abre la boca y parece idiota. Este bohío debe estar danto vueltas, vueltas. La “jumiadora” se le enreda, como “bejuco” bravo, en todo el cuerpo. Y el hombre ha vuelto a decir:

—Di uno e Río Verde.

Seguía todo derrumbándose. El catre y la cena estaban allí, quietos, y la muchacha que vio esta tarde. Pero lo demás giraba locamente, sobre su cabeza, bajo sus pies. Sabía solamente que el hombre seguía mirándole tranquilamente, con dulzura, casi. Mas los ojos eran tenaces y demasiado serenos. Hasta que los pasos recios, en la arenilla de la vereda, tranquilizaron y serenaron todo aquello que saltaba alrededor del cadáver de Yeyo. Y la última figura que se alejó fue la mujer del difunto, vestida de negro, doblada junto a una cruz, llorando.

Pero a pesar de esa serenidad violenta, se apretó las manos y rehuyó la mirada de aquel hombre oscuro y alto, que apareció en la puerta trajeado de amarillo, cuadrado y sólido hasta en la voz que estranguló aquellas palabras del saludo.

Los pasos habían cesado y Chucho adivinó más gente tras el soldado que llenaba el vano de la puerta. Entraron caminando como cansados.

—Ese condena o ta dando trabajo —explicó el soldado pequeño. Chucho comprendía perfectamente que no podría hablar: le saldría la voz pedregosa, asustada.

Ellos siguieron comentando con palabras gruesas. El hombre maduro preguntó por su hijo y contestaron que atendía a las monturas.

Ahora la noche se estrujaba contra el bohío. Chucho tenía un gritito en el corazón, algo que le quería decir:

—Vale más entregarse.

Pero sucedía que aquí no había tanto sol, ni tanta soledad como en la tierra de pesadilla de hace días. ¿No podría escapar? Tal vez le fuera posible vivir como todos, tener un conuco, mujer, hijos. La cárcel...

Instintivamente le subió una escalerita de arrugas, desde el pecho hasta la boca. Ahora sí miró a los dos soldados silenciosos. Su mirada era valiente, serena: él mismo no comprendía lo que hacía.

—¿Cómo ej' el hombre? —preguntó.

Le ardían las sienes y las mejillas. Tenía todos los músculos endurecidos, como quien espera un ataque.

—Dique ecolerío y flaco.

Entonces el hijo del hombre maduro entró por la puerta que daba al patio. En su rostro había tal expresión de inconformidad, que hasta la luz se gastaba y ennegrecía sobre él.

—Se parese un chín a uté —dijo.

—¿A mí? —Chucho se señalaba el pecho con el índice de la diestra.

El soldado grande y sólido estiró el pescuezo, tragó más luz con los ojos bermejos y como borrachos, y esperó. Ahora le subía desde los pies, a Chucho, el deseo de gritar roncamente:

—¡Yo no juí!

Su mirada bailaba, hasta que la clavó en los ojos dulces del hombre maduro.

—Se parese a uté —explicó éste— pero no se apure... Yo lo conoco.

—¿A él? —interrogó Chucho angustiado.

El viejo aprobó moviendo la cabeza de arriba abajo. El hijo seguía de pie, masticando un silencio amenazador bajo el raído sombrero de cana.

El soldado grande se incorporó con una lentitud que le estrujó el corazón a Chucho; y la luz roja parecía girar en cada pómullo, en cada ángulo, en cada ojo.

—¿Uté lo ha vito? —preguntó, con una voz tan serena, tan templada y tan segura, que no se le veía la malicia.

Chucho se sintió desamparado. La vida estaba aquí, en todo, fuerte y llamativa.

—Yo... Yo no.

—¿Qué no...?

—Poro... Poro en la loma vide uno asina.

El soldado le apretaba el brazo, arriba, cerca del hombro.

—¿Paresío a uté? —insistió.

—Sí. Mucho.

Pero como se le viera en la cara al militar la duda. Chucho se inquietó. En este horrible vértigo que le emborrachaba, sólo una cosa había alentadora: la mirada del hombre maduro.

—Vea —terció éste—. Ete hombre e de la loma...

—Sí —apoyó Chucho.

Y señaló vagamente hacia el lugar donde aquellas se acostaban.

—Pu allá jué que lo vide —explicó.

El soldado dejó de apretarle el brazo.

—Mañana sale con nojotro p'allá —dijo.

Y a Chucho se le desbocaron estas inexplicables palabras:

—Yo no pueo porque voy al pueblo a buscar medesina.

Se fijó en la cara terrosa y preocupada del muchachón.

—Mi jijo sabe —dijo el viejo señalándole—. Que vaya con utede.

Entonces el militar masticó la aprobación:

—Bueno.

Y se fue pesadamente hasta la puerta.

*

Antes de las primeras luces, sintió trajín en el patio. Oyó después conversaciones y pisadas de caballos. Uno de ellos relinchó alegremente. Tenía el pensamiento suspenso, como si fuera un punto entre cielo y tierra. Los sintió irse, pero no estaba seguro.

Ratos después entró el viejo. Andaba como quien no quiere hacer ruido.

—Ya su caballo tiene el aparejo pueto, amigo —explicó.

Y como Chucho le mirara con ojos azorados, dijo:

—E pa que se vaya. Coja la primera dentrá a la derecha y progunte por Toribio Rosario.

La interrogación atravesaba los rayitos de sol que se metieron por las hendijas. Pero Chucho se tiró del catre y le tendió la mano al viejo.

En el patio estaba el “penco”, alazano, flaco. Montó. Todavía quiso el viejo ser más paternal.

—Y si jalla un padrino, entriéguese. E mejor que tar huyendo.

Pero él no comprendía el abandono de las cosas sino allá, en la tierra alta, a la que de nada le vale el viento mugidor, ni el camino zanjudo y rojo, ni el río retozón, porque estaba muy aplastada por la soledad y el cansancio que parecían descender del claro cielo.

Arreó la montura y se fue, con una alegría que era a la vez un susto...

EL NEGOCIO DE DOÑA HORMIGA*

Desde que llegó el invierno, doña Hormiga y sus hijas se metieron en su casa, a comer, a engordar y a pensar en qué harían cuando llegase la Primavera.

Resolvieron poner una zapatería. Cuando empezaron los días buenos, alquilaron una tienda en la calle del Conde, y todo el mundo se quedó asombrado cuando abrieron su comercio. La tienda estaba llena de zapatos desde el piso hasta el techo. Eran zapatos criollos, mejores que todos los zapatos extranjeros que se vendían en las otras tiendas de la calle.

Pero el negocio no iba bien. Doña Hormiga se desesperaba. Sólo cada dos o tres días se vendía un par de zapatos. Cuando pasaron dos meses, pensó que el material se pudriría, lo que habría ocurrido ya, si los zapatos no hubieran sido criollos, y lloró muchísimo. Al tercer mes, apenada porque sus hijas, jovencitas de lucir, no podían comprar ropa, y porque el casero, que era un perro al que las pulgas le tenían siempre de mal humor, la amenazó con botarla, lloró tanto que parecía que se había roto una cañería del Acueducto. Sus hijas lloraron también. ¿Perderían su preciosa zapatería, fruto de un año de laboriosidad y de ahorro y única esperanza de toda la familia?

* Firmado con el seudónimo de Juanito Niní, *Alma Dominicana*, Año I, Santo Domingo, agosto de 1934, p.51.

Pero hete aquí que cuando más lloraban, llegó la señora doña Ciempiés con cinco hijas y dos hijos pequeños a comprar zapatos. Y doña Hormiga vendió la tienda entera. Cada una de sus inesperadas clientes necesitaba cien zapatos.

Este fue el negocio de doña Hormiga, que se hizo rica en una hora como premio a toda una vida de trabajo y de confianza en el porvenir. Y todos los demás comerciantes de la Calle del Conde —turcos, españoles e italianos— se murieron de envidia. Los que hay ahora, vinieron después.

EL GENERAL DON GALLO*

Por muchas cosas grandes que se hagan, no se tiene derecho a ser vanidoso; pero el General don Gallo no lo creía así. Verdad que era muy gallardo, con sus plumas brillantes, sus barbas y su cresta roja y su cola de mil colores, pero esto no bastaba para que se creyera, como se creía, lo mejor del mundo.

El General don Gallo era del Seybo, y por eso andaba siempre con su gran machete a un lado, además de las dos finas espuelas que usaba constantemente contra sus compañeros.

Un día, mejor dicho, un amanecer, el General don Gallo se plantó en una cerca, batió las alas sonoramente, y cantó con todas sus fuerzas:

—¡Yo soy el más guapo!

Y como nadie le contestó, se fue a hacer la rueda a la señorita Polla, una gallina blanca y jovencita, que era, por aquellos días, su más grande preocupación.

—Me voy del pueblo, lindura —le dijo— porque aquí me ahogo; nadie me comprende.

—¿Y por qué no le comprende nadie? —preguntó ella muy azorada.

* Con el seudónimo de Juan Niní, *Alma Dominicana*, Año I, N° 2, Santo Domingo, septiembre-octubre, 1934, p.48.

—Porque yo soy para la lucha, y en toda la provincia no hay compañero mío que se me pare por delante. Y como no tengo con quien luchar, me voy, aunque con mucha pena.

—¿Pena...? —preguntó la señorita Polla.

—¡Oh, sí...! Tengo que dejarla a Ud., y eso me entristece mucho.

Entonces, la sentimental señorita levantó una pata y se secó una lágrima, que ya le corría por el pico.

—Yo también lo siento mucho —dijo entre sollozos.

El General don Gallo dio otra vuelta con un ala bajita, murmuró no sé qué cosa, y aseguró con voz sonora:

—Volveré pronto, querida. En un momento acabaré con los guapos que haya en el país, y entonces vendré a ofrecerte mis triunfos.

Y se fue, levantando mucho las patas, con su gran machete seybano arrastrándole por el camino.

A poco, dejó éste para tomar la carretera, que, según él, era la única vía digna de su grandeza; y al caer la tarde, cansado, buscó un árbol donde subirse para pasar tranquilamente la noche y soñar con la señorita Polla.

Pero precisamente aquella noche decidieron los dueños de las gallinas que dormían en el mismo árbol hacer un sancocho, y como cojieron las aves en la oscuridad, le tocó al General don Gallo ser de las destinadas al fogón.

—¡Cómo...! —gritó indignado, cuando vio el fin de sus compañeros.

Y trató de sacar su gran machete seybano, pero no pudo, porque, a pesar de todo, tenía mucho sueño. Pero cuando se vio irremisiblemente perdido, tuvo que pensar en huir, aunque ello no era, por supuesto, la solución más digna de un General tan valiente como él.

Con todo, lo hizo; pero se dejó su hermosa cola entre las manos del dueño de la casa, y como a huir se empieza pero no

se acaba y, además, huyendo el miedo crece, don Gallo no se paró hasta que se vio otra vez en el Seybo. Entonces fue cuando se dio cuenta de que le faltaba su más hermoso adorno; pero se consoló pensando que valía más haber perdido la cola que su vida.

Al otro día, preguntó por la señorita Polla; pero he aquí que como, pelón como estaba, nadie le reconocía, no le hicieron caso y se fueron a charlar con otro gallo joven.

—¡Ándense con cuidado, sinvergüenzas...! —tronó—. ¡Yo soy el más guapo!

Pero todos se le rieron, y como él no podía pelear con tantos, aunque pretendió desenvainar el machete, tuvo que acabar por irse, muy apenado, y resolvió esperar en el monte a que le creciera la cola.

—¡Miren que “bolo” tan feo...! —decían las señoras gallinas.

El dueño le tiró un palo, no reconociéndole, y el General don Gallo tuvo que huir por segunda vez en un día.

Cuando volvió al pueblo, era ya tan viejo que no podía con el machete y en sí no veía, a pesar de haberse comprado unos espejuelos muy buenos en la tienda de doña Pata. Entonces se quedó asombrado, al comprobar que ya la señorita Polla era una madre de familia, con pollitos de los más graciosos, que ni siquiera quiso oírle.

Don Gallo —pues ya no quería ser General— colgó su viejo machete de un clavo, en un palo del patio, y decidió hacerse maestro de escuela. Y lo que enseñaba, sobre todo, a sus discípulos, que eran jóvenes gallitos muy emperifollados, era esto:

—Si no dejan de ser vanidosos, pueden fácilmente perder la cola cuando menos. La vanidad, amiguitos, conduce, infaliblemente a la olla o al ridículo.

DON GATO Y DON RATÓN*

Don Gato estaba una vez paseándose sobre una pared, y al mirar hacia abajo observó que una cosa se movía dentro de una barrica. Ésta contenía un poco de ron y cuando don Gato se acercó se relamió de gusto al ver que quien estaba ahogándose en el licor era nada menos que su tormentoso enemigo el joven Ratón.

—Compadre Gato —clamó el infeliz— me estoy asfixiando aquí. Haga un favor, siquiera sea una vez.

—Yo lo siento, compadre Ratón —contestó sin piedad alguna don Gato.

—Oiga —insistió el moribundo— le prometo engordar, cuando salga de aquí y volver donde usted, para que me coma.

Al oír tan agradable proposición, don Gato se detuvo, se llevó la patita a la barbilla, como quien piensa, y contestó:

—Yo no creo en palabra suya, amigo Ratón; pero si usted me promete engordar y volver, trataré de ayudarle.

Al joven e impertinente don Ratón le brillaron los ojitos, porque a decir verdad no se sentía muy bien en el ron, que le estaba quemando las peladuras, que se había hecho tratando de conseguir queso.

* Con el seudónimo de Juan Niní, *Alma Dominicana*, Año I, N° 2, Santo Domingo, septiembre-octubre, 1934, pp.48-49.

—Le juro a usted, compadre Gato, que cumplo mi promesa —afirmó.

Entonces don Gato buscó una tablita, la colocó de modo que tocara el fondo y el borde de la barrica, y por ella salió el entripado don Ratón. Cuando estuvo afuera volvió la cara y se ausentó lo más de prisa posible, por si acaso.

Pasaron los días, las semanas, y hasta medio año. Un día don Gato se paseaba tranquilamente por el patio de su casa y vio unos ojitos brillar en el fondo de una cueva.

—¡Hola, compadre don Ratón!

—¿Qué tal, amigo don Gato? —respondió aquél cínicamente.

—¡Cómo! ¿Ya usted no se acuerda de lo prometido?

—¿Prometido? —preguntó don Ratón.

Entonces don Gato, con las mejores palabras de su léxico, explicó el caso, tal como sucediera.

—¡Ah sí! —dijo don Ratón—. Lo recuerdo muy bien.

—¿Y no va usted a cumplir ahora su promesa? —preguntó el Gato, relamiéndose al pensar en el próximo banquete.

—¿Yo cumplirla? ¿Qué era lo que había en la barrica, compadre Gato?

—Ron, si no me equivoco —respondió éste.

El joven don Ratón se echó a reír estrepitosamente y cuando hubo terminado explicó:

—Si era ron, es indudable que yo estaba borracho, y usted estará de acuerdo conmigo, compadre Gato, que nadie le hace caso a las palabras de un borracho.

Y el “compadre” Gato no supo que contestar.

LA IGNORANCIA DE DOÑA GALLINA PINTA*

El sencillo hecho de no haber querido asistir a la escuela durante su niñez costó la vida a doña Gallina Pinta, señora muy apreciada por su bondad y por su honorabilidad.

El caso sucedió así:

A los veintiún días de estar doña Gallina Pinta en el nidal, casi sin salir a comer, por lo que se puso tan flaca que era sólo plumas, empezaron sus hijitos a picar los cascarones. Hubo tres que no nacieron, y entre los que tuvieron la envidiable dicha de conocer esta dulce tierra, estaban algunos que, por curioso suceso, a pesar de estar empollados por ella, no eran hijos de doña Gallina Pinta. Se trataba de tres herederos de su prima, la bondadosa doña Pata Blanca, señora que gozaba fama de callada a limpia. Es decir que, entre los pollitos, había tres patos.

Doña Gallina Pinta era una santa persona, a decir verdad; pero en su juventud no había atendido debidamente los consejos de su padre, el malogrado y valeroso don Gallo Pinto. Mucho luchó este abnegado señor para que su hija asistiera a la escuela. Mas ella le engañaba y, simulando que iba, se metía donde su primita, y allí pasaba las horas hablando de modas y de cine, cosas estas muy peligrosas para las jovencitas, porque olvidan sus deberes.

* Con el seudónimo de Juan Niní, *Baboruco, semanario ilustrado*, Año V, N° 226, Santo Domingo, 22 de diciembre de 1934, p.37.

Volvamos a lo importante. Decíamos que habían nacido tres patitos entre los hijos de doña Gallina Pinta. Todos sabemos que estos animalitos procuran el agua desde pequeños; y así lo hicieron también estos tres desde que abrieron los ojos a la luz del sol.

Todos aquellos días había estado lloviendo fuertemente, así es que el patio tenía una charca de agua bastante sucia, pero de gran hondura. Ver los patitos aquellas charcas y ver un cura la gloria, son alegrías iguales. De modo que cuando doña Gallina Pinta salió llena de orgullo, con las plumas paradas, a mostrar su prole, dispuesta a pelear con todo el que se acercara, los patitos echaron a correr hacia el agua.

¡Ave María Purísima! Lo que sucedió entonces no tiene explicación posible; porque cuando la santa señora vio a esos angelitos de Dios en el agua, pensó que se ahogarían sin remedio, y empezó a dar unos chillidos que partían el alma.

—¡Ay que se ahogan! ¡Ay que se ahogan! —gritaba.

Pero los muy desvergonzados patitos no le hacían caso. Entonces doña Gallina echó a correr como una loca, alrededor de la charca, y gritó para que la ayudaran.

—¡Socorro! ¡Socorro! —chillaba.

Pero aquello estaba tan desolado, que sólo los pollitos la oían y estos mismos estaban tan nerviosos, porque su mamá creía que llevados por el mal ejemplo se iban a tirar también al agua, que apenas se daban cuenta de lo que sucedía. Entonces ella, convencida de que nadie vendría a ayudarla, decidió echarse a la charca. ¡Pobre doña Gallina Pinta! Se olvidó de que no sabía nadar; no recordó su odio al agua, la que sólo usaba para beber. Pataleando y dando aletazos fue tras los patitos; estos buscaron el sitio más hondo. Al llegar a él le faltó pie a la señora, se hundió, sacó la cabeza, gritó más alto. Los patitos, asustados, salieron tranquilamente de la charca, pero doña Gallina Pinta se quedó en ella, sencillamente porque se había ahogado.

Sus hijitos lloraron desconsolados. Vinieron unos cuantos gallos barbudos, con cascos de cobre en la cabeza, una gran escalera y dos camiones: eran los bomberos. Sacaron el cuerpo de la pobre señora, y entre los gritos de dolor de sus familiares lo llevaron al nidal que había abandonado esa misma mañana. En la noche le hicieron un gran velorio, con mucho café, muchas velas y mil rezos. Todas las gallinas respetables del lugar acudieron a él, así como casi todos los gallos y pollos que tenían barbita.

El entierro fue uno de los más concurridos que se recuerdan en el país y en el discurso que pronunció doña Guinea Voladora en el momento de dar sepultura a sus restos, explicó que su prima doña Gallina Pinta no hubiera muerto tan trágicamente si en su juventud hubiera ido a la escuela, porque en ella le hubieran enseñado que los patos por pequeños que sean, no se ahogan. Eso más o menos entendió la atribulada concurrencia, porque doña Guinea Voladora no expresaba sus ideas con claridad, ya que, a pesar de expresarse con voz alta, hablaba demasiado de prisa, lo que denunciaba su nerviosidad.

Los desconsolados hijitos de doña Gallina, muy impresionados por el discurso de su tía, aprovecharon la vuelta del cementerio para llegarse a la escuela, en donde dijeron que se querían inscribir para volver después que hubieran pasado los nueve días de duelo de su querida y llorada madre.

LAS ENVIDIOSAS CIGUAS*

Un día por la mañana, muy temprano, se reunieron todas las hermanas Ciguas, señoritas que gozan fama de ser muy parlanchinas y hasta muy murmuradoras. Se juntaron en las ramas de una palmera, y tenían un escándalo del otro mundo; una chillaba, otra saltaba, la de allá volaba, la de aquí cantaba. . .

En eso sintieron que alguien había llegado al tronco de la palma y vieron que se trataba de don Carpintero, un señor tan serio, tan trabajador y tan buen padre de familia, que no se le podían poner defectos. Verdad es que se decían muchas cosas de él, entre ellas que ni para dormir se quitaba el gorro rojo y que hacía un daño tremendo a la Agricultura; pero eso estaba en discusión, porque con respecto al gorro, unos opinaban que le estaba muy bien y que era una distinción especial de don Carpintero; y en lo que se refiere al daño que hacía en las plantaciones, principalmente al cacao, alguien entendía que él lo que hacía era matar todos los insectos dañinos que acababan con los frutos.

Aparte de todo eso y de nuestro relato, la historia de don Carpintero era bastante larga y bastante azarosa; todos recuerdan que en cierto tiempo se llegó a poner precio a la cabeza de uno de su familia y los campesinos iban al pueblo con sargas de

* Con el seudónimo de Juan Niní, *Baboruco, semanario ilustrado*, Año V, N° 227, Santo Domingo, 29 de diciembre de 1934, p.6.

lenguas de Carpinteros. No eran, francamente, bandoleros, pero la gente lo creía así. Ahora se les ha dejado tranquilos, y ellos se ocupan tranquilamente en trabajar, sin hacer daño a nadie.

Bien. Íbamos por la llegada de don Carpintero, con todo y gorro rojo, al tronco de la palmera. Como tenía unas uñas muy fuertes, se sujetó al tronco y empezó a picar con su lengua la madera. Los desacreditadores dicen que don Carpintero tiene lengua de hierro. Cuando don Carpintero había hecho un hoyito bastante redondo, empezaron las señoritas Ciguas a murmurar:

—¡Miren el impertinente! ¡Ya está de dañino!

—¡Guay! ¡Con el dolor de cabeza que tengo yo y ese mal educado haciendo tanto ruido! —gritaba una.

Y como querían hablar todas a un mismo tiempo, se armó un escándalo tan grande en las ramas de la palmera, que don Carpintero se alarmó creyendo que había sucedido alguna desgracia, y como tiene muy buen corazón, dio dos aletazos y se fue a ver qué pasaba donde las señoritas Ciguas.

—Aquí lo que pasa —contestó una con voz muy alta— es que estamos cansadas de oírle a usted golpear el tronco. Ya tenemos todas dolor de cabeza.

—Y francamente —dijo otra— no nos explicamos qué empeño tiene usted en fabricar con tanto trabajo, porque al fin y al cabo, molesta a sus vecinos y no consigue nada.

Don Carpintero quería explicarles el motivo de que él encontrara mejor su casa que la de ellas, a pesar de que la de las señoritas era más grande, más fresca, y tenía balcones; pero la algarabía era tan grande que decidió irse. Se despidió muy gentilmente, como hace toda persona decente, quitándose el gorro e inclinándose, y volvió a su tronco.

—Miren al infeliz, tan mal padre —murmuraban las ciguas cuando se hubo ido—; criando sus hijos sin ventilación, en una casa que parece una cueva, sin luz y sin agua.

Y siguieron charlando y murmurando hasta que llegó la tarde y el sueño las obligó a callarse.

Pero sucedió que encontraron al levantarse, que el cielo estaba muy nublado y soplabá una brisa fuerte. Entonces las señoritas pensaron que no valía la pena levantarse en un día tan feo, y siguieron acostadas. A poco empezó a llover, y empezaron a caer unos goterones de agua tan pesados que casi tumbaban la casa de las jóvenes. El viento arreció, y las niñas vieron con asombro que la galería se estaba cayendo, y se miraron muy asustadas.

—El horrible don Carpintero sí está bien ahora —dijo una.

Y la más fresca opinó que deberían pedirle albergue a su molesto vecino. Pero ellas protestaron con gritos terribles, que no se oían porque el viento hacía mucho ruido.

En eso vieron que una de sus primas, doña Cigua Calandria, llegaba a toda prisa, sin paraguas, sin capote, hecha una sopa de tan mojada:

—Primitas —dijo—: sálganse pronto de aquí, que lo que viene es un ciclón más grande que San Zenón. Por mi pueblo no ha quedado nada en pie.

Y nada más hizo doña Cigua Calandria terminar, cuando ya estaban las señoritas Ciguas, unas huyendo, otras con ataques, y la vieja que les cocinaba chillaba como si la hubieran estado desplumando. Su primera intención fue ir donde don Carpintero, pero como tenían mucho orgullo, tardaron en ponerse de acuerdo. Al fin enviaron una comisión, formada por las tres más bellas y más inteligentes, a ver si ablandaban el corazón del horrible viejo, pero cuando se asomaron a la puerta, don Carpintero salió a recibirlas muy cortésmente, como era su costumbre.

—Don Carpintero —dijeron— como está anunciado un ciclón muy fuerte, venimos a pedirle que nos deje pasar aquí el peligro, porque su casa es muy segura.

Don Carpintero sonrió un poquito, se puso una patita en la barbilla, como quien piensa, y replicó:

—Siento mucho, mis queridas vecinas, decirles que no me es posible porque todavía no he terminado mi construcción debido a que ustedes protestaban porque yo las estaba molestando, y como a mí no me gusta molestar...

—¡Pero si usted nunca nos ha causado la menor molestia, don Carpintero! —dijeron las tres a un tiempo.

—Ahora, me dicen que no, pero antes me dijeron que sí —contestó él—; que apenas hay espacio para mí solo —agregó con toda cortesía.

Y las señoritas Ciguas comprobaron la verdad de lo dicho por su vecino. Entonces se fueron llorando a su casa, pero cuando llegaron encontraron que aquello era casi un montón de ruinas, y entre ellas había unas cuantas de sus hermanas muertas por los escombros.

—Lo que nos ha pasado por estar de egoístas —dijo una, con mucha tristeza.

Y decidieron buscar refugio en otra parte. Y cuando iban volando, se acercaron las tres y dijeron, casi a un mismo tiempo:

—No volvamos a criticar a nadie, que una no sabe quién le hará un favor cuando esté necesitada.

Y efectivamente, murieron de viejas sin sentir envidia y aconsejándose a las más jóvenes.

CÓMO NACIÓ LA LUNA*

En tiempos muy lejanos, tan lejanos que no puede recordarlos el abuelo, ni los viejos más viejos que haya en el pueblo, vivían en esta tierra unas gentes que no usaban ropa, ni comían en platos, ni tenían camas; que no montaban a caballo, ni conocían carreteras: esos eran los indios muertos por los españoles.

Algún día ustedes sabrán qué les sucedió a los indios con los españoles, y cómo eran ellos, y qué idioma hablaban. Pero yo sólo voy a contarles la historia de la luna, tal como aparece escrita en una piedra muy grande, tanto que de lejos parece una loma, y que un viejo me leyó y explicó, porque yo no conozco el lenguaje ni la escritura que está en la loma.

En aquellos lejanos tiempos había un indiecito extremadamente bueno y obediente que se llamaba Niguayona. Tenía el cabello muy negro y lacio, y tan largo que le llegaba a los hombros. Sus ojos eran claros, como las hojas de cacao secas, y así mismo era el color de su cara y su cuerpo.

Niguayona era un indiecito muy servicial y enamorado de la naturaleza, hasta el extremo de que se mantenía andando por los bosques, recorriendo los arroyos, conversando con las higuacas, que así se llamaban entonces las cotorras. Todas las aves le tenían gran cariño, y también los

* *Baboruco, semanario ilustrado*, Santo Domingo, 12 de enero de 1935, pp.24-25.

hombres. Las madres aconsejaban a sus hijos que fueran con Niguayona, los padres le llamaban para que jugara con sus niños y todo el mundo sentía placer en tener a Niguayona en su casa.

Sucedió un día que Atariba, la hijita de un jefe de los indios, muy querida también porque era bonita, obediente y dulce, se enfermó de cuidado y estuvo largos días sin comer y sin que logaran reanimarla las tisanas ni las otras medicinas que recomendaban los sacerdotes, que eran los que curaban después de haber hablado con los dioses. Niguayona estaba muy triste con la enfermedad de su amiguita, y cuando Atariba se dormía salía en silencio y se iba a recorrer los bosques, muy apenado. Una mañana de esas, estando en el arroyo, bajó una higuaca cerca de él y le dijo:

—Vete en dirección de la salida del sol y busca caimoní. Con esa fruta se curará Atariba.

Niguayona creyó volverse loco de contento; corrió como desesperado y entró en la casa de la enfermita. Contó a sus padres lo que le había dicho la cotorra, y explicó que saldría inmediatamente. Toda la gente del lugar se reunió alrededor de Niguayona, para oír la historia de sus propios labios, y una gran comitiva le acompañó hasta la entrada del bosque, donde entró él rebotante de alegría.

Pero el indiecito anduvo todo el día, toda la tarde, y llegó al anochecer. Una gran sombra se fue apoderando del bosque, y Niguayona no pudo seguir buscando caimoní.

Así pasó un día, y pasaron dos y pasaron tres. Nunca, hasta entonces, se había visto la luna. Ni una sola noche recordaron los viejos haber visto luz en el cielo. De manera que el indiecito no tenía esperanzas de conseguir lo que buscaba, porque probablemente cuando volviera, si lo hallaba, tendría que tardar por no poder caminar de noche, y Atariba se moriría antes de él volver.

Además, el hambre empezaba hacerle daño. Se sentía cansado y sin fuerzas. Una noche durmió en el tronco de una baitoa y al despertar, cuando los pájaros rompieron en cantos, se encontró cerca de un mango.

El árbol estaba lleno de frutas amarillas, redondas, como nunca las había visto Niguayona, pero era muy alto y por mucho que el indiecito trató de tumbar, con piedras los magos, sólo consiguió uno.

—Lo voy a guardar —pensó—. Si no encuentro caimoní, le llevo esta fruta a Atariba, y tal vez se cure con ella.

Y así lo hizo. Siguió camino hacia el sol, hacia el sol, hasta el atardecer. Entonces, viendo que volvía la noche y no conseguía lo que buscaba, se sentó en una gran piedra, cerca de un río y empezó a llorar.

Todo el bosque se estaba llenando de sombras y los pájaros venían a dormir en sus nidos. El río sonaba como vidrio tirado entre piedras. Niguayona estaba con la cara entre las manos y el mango amarillo, redondo, a su lado. Entonces las avejillas que venían a sus nidos empezaron a detenerse, a juntarse alrededor del indiecito, y a lamentarse. Casi era de noche ya. Niguayona no podía soportar el hambre, la fatiga y el dolor de saber que no podría seguir andando. Y cuando explicó esto a los pajaritos que le rodeaban y le cantaban tratando de animarle, oyeron una voz muy baja que decía:

—Yo subiré al cielo para alumbrarte de noche, Niguayona.

Volvieron los ojos, asombrados, y vieron que era el mango el que así hablaba.

—¿Cómo? —preguntó Niguayona.

—Sí, ahora lo verás —respondió el mango. Y dirigiéndose a uno de los pajaritos, le ordenó:

—Cójeme entre tus deditos, y vuela conmigo hacia el cielo.

La avecilla así lo hizo, y empezaron a asombrarse más cuando vieron que el mango subía, subía, subía, y cada vez estaba más grande y más amarillo. Una claridad azul y agradable iba cayendo sobre el bosque. Ya el mango parecía una torta de casabe de tan grande, y cuanto más crecía más alumbrada.

Niguayona lloró de alegría. Dijo adiós a las avecillas, pidió permiso al río para pasar y el río le preguntó qué quería.

—Ando buscando caimoní para la niña Atariba que se muere si no lo llevo —dijo Niguayona.

El río le respondió con un vozarrón que asustaba:

—En mis orillas hay caimoní. Súbete en mi lomo que yo te llevaré donde está.

El indiecito creía estar soñando. Iba sobre las aguas, como una hojita seca y corría por chorreras, por charcas hondas, por recodos y revueltas. Allá arriba estaba el mango inmensamente grande, echando luz sobre el río. Hasta que éste se detuvo y dijo, también con fuerte voz:

—Mira el caimoní de la niña Atariba.

El pobre Niguayona no sabía lo que hacía. Correteó por la orilla, deshojó el arbolito y arrancaba los racimos de caimoní, rojos como la sangre. Parecía que estaba loco.

—¡Ahora me voy! ¡Ahora me voy! —gritaba.

—No —dijo el río—. Yo doy muchas vueltas y te dejaré cerca.

Y así lo hizo, efectivamente. Al amanecer había dado un rodeo al bosque y parecía que estaban cerca del poblado. Pero el buen indiecito se moría de hambre.

Cuando estaba cayendo la tarde, el río le dijo que él seguía otro camino y que debía quedarse allí. Niguayona se entristeció mucho, porque no podría caminar esa noche. No hubiera podido hacerlo, aunque hubiera estado el mango alumbrando, por que se sentía desfallecer de hambre.

Se sentó pues a la orilla del río, dijo a este adiós, y se dispuso, lleno de pena a dormir. Pero, ¡cual no sería el asombro de Niguayona cuando vio venir rodando el mango que se había subido a los cielos!

—¡Mango querido! —dijo—. ¿No vas a alumbrar esta noche?

—Sí —respondió la fruta—. Pero he venido a que tú comas un poco de mí, para que puedas seguir tu camino.

Niguayona no quería hacer tal cosa. Mas tanto habló el mango que le dio dos mordiscos. Esa noche, la gente que miraba llena de asombro cómo se alumbraba el cielo con ese disco amarillo, vieron que le faltaba un pedazo.

Cada noche se repetía el hecho. Niguayona comía otro pedazo del mango, y éste salía más pequeño. Y así estuvo sucediendo hasta que Niguayona llegó al poblado.

Toda la gente del lugar, bailando y cantando, salieron a recibirle. Niguayona no quiso perder el tiempo y entró en la casa de Atariba, que estaba delgada, amarilla como la cera, y con los ojos sin brillo. Pero a la vista del caimoní se reanimó un poco y trató de sonreír. Entonces Niguayona le puso uno en los labios, lo comió y pidió más. Ya no hizo falta otra cosa. A los pocos días, Atariba reía y hablaba como una cotorra.

La higuaca que le ordenó a Niguayona a buscar el caimoní, acechó que el indiecito volviera al río, para explicarle por qué había curado Atariba.

—El caimoní es hecho con sangre de dioses —dijo, y se fue dando aletazos.

Pasaron los días, las semanas, y al mes fueron Atariba y Niguayona a pasear, cuando la tarde caía. A la entrada de una cueva que había cerca estaba el mango, viejo amigo del indiecito.

—Hola querido mango —dijo el indiecito.

Le contó entonces la historia de la fruta a Atariba, y ésta, muy contenta, le dio gracias al mango.

Entonces la fruta dijo:

—En honor de ustedes, voy otra vez a alumbrar desde el cielo. Me gustó verlos contentos, pero quisiera que primero me comieran un pedazo.

Los indios vieron esa noche, llenos de asombro, que aparecía de nuevo el mango, pero muy pequeño y con la forma de una fruta a la que han comido un pedazo.

Cada día el pedazo fue creciendo creciendo, y el mango alumbrando la vida tranquila y dulce del lugar. Hasta que volvió a ser grande y pidió otra vez a Atariba y a Niguayona que lo comieran.

Así pasaron meses, y años. Después, cuando Niguayona y Atariba tuvieron hijos y olvidaron ir a la cueva en busca de la fruta, se dieron cuenta de que en ella se había hecho costumbre tal cosa.

Por eso la luna aparece siempre pequeña para ir creciendo. Y cuando está grande, muy grande y muy redonda, tiene pintada la cara de Atariba, a la que tanto quiso.

Ustedes pueden verla, cuando quieran y siempre que sepan ser tan dulces, tan abnegados y tan buenos, como el indiecito Niguayona.

EL ABUELO*

I

Mi abuelo era un hombre adusto, hecho al silencio majestuoso del campo. Alto y flaco; calvo; amplia la cara; tostado el color, tenía una expresión ruda, que le imponía donde quiera. Le disgustaba afeitarse, y cuando lo hacía era para deshacerse de una barba ya abundante y espesa. No tenía un solo pelo negro, ni en la cabeza ni en el rostro. Sus ojos eran oscuros y los párpados caían sobre ellos cerrándolos, de tal manera, que tenía que usar esparadrapos para mantenerlos abiertos. Se le habían relajado los músculos, decían los médicos.

La nariz roma, alta y grande, cobijaba una boca ancha, fina, generalmente encogida por cierto gestecillo agrio, que le hacía antipático. Unas arrugas profundas le hundían la cara desde cerca de los ojos hasta el filo de la quijada. Las orejas, negras por el sol, demasiado grandes, producían impresión de agresividad y de desamparo, junto al cráneo pelado y brillante.

La cara del abuelo denunciaba la intensa vida interior de aquel silencioso. Después del rostro, lo más expresivo eran

* *Baboruco, semanario ilustrado*, I. Año VI, N° 278, Santo Domingo, 21 de diciembre de 1935, p.17. II. Año VI, N° 279, Santo Domingo, 28 de diciembre de 1935, p.4. III. Año VI, N° 280, Santo Domingo, 4 de enero de 1936, p.11. IV. Año VI, N° 281, Santo Domingo, 11 de enero de 1936, p.4. V. Año VI, N° 282, Santo Domingo, 18 de enero de 1936, p.16. VI. Año VI, N° 283, Santo Domingo, 25 de enero de 1936, p.4.

sus manos, manos magras, huesudas y largas. Las movía siempre, siempre; ya golpeando con los rudos dedos el brazo de la mecedora, y estrujándose las manos con ellas, como quien exprime para extraer algún pensamiento doloroso.

Doblado por los años, pero alentado por una arrogancia que le ardía bajo el cráneo y en el corazón, se ponía en pie poco a poco, se erguía; tiraba los brazos como cosas muertas, y sólo vivían en él la mirada, más fogosa cuanto más cerrados los párpados, y las manos, que aun quietas parecían ensayar vuelos, como pájaros presos.

Abuelo caminaba de manera pesada, arrastrando los pies, eternamente calzados por finas pantuflas de piel. Uno recibía la impresión de que se iba agarrando, sujetando, tirando de sí mismo; pero no era así. La voluntad de aquel hombre le halaba, le obligaba caminar cuando ya el cuerpo se negaba a hacerlo, cuando los huesos, secos por los años, le chirriaban la piel encogida.

Hijo de marinos, nació a bordo de una fragata en las aguas del Miño. La orfandad le desgajó del tronco, estando todavía con media vara de carne; pero su memoria robusta alcanzaba hasta su padre, que debió ser hombre de horizontes desparrramados y ancha voz de mando, a juzgar por el hijo.

Mi abuelo no encontró consuelo nunca, ni alegría, ni entretenimiento en nada que estuviera fuera de sí mismo. —Hombre sin gusto— le decían las hijas y los amigos. Ignoraban que se alimentaba con sus propias entrañas, y que para arder le bastaba con la inmensa hoguera que tenía en el pecho. Sólo sonreía al recordar. Le gustaba desenroscar historias, y tenía para contarlas una voz honda, gruesa, que parecía surgir de algo perdido en tiempos muy lejanos. Hablaba sin moverse levantando apenas la mano para subrayar una frase. Sonreía a los nietos, con sonrisa que en él tenía muy poco de grato y mucho de mueca.

—Papá Juan —le decíamos.

Y él se inclinaba tratando de ser suave; nos acariciaba; parecía dormir mientras lo hacía, observándose a sí mismo, insatisfecho siempre, siempre consumido por aquella sensación de horizonte distante que le venía del marinero soterrado en lo hondo del ser.

Madrugaba mucho. Con los primeros cantos del sol resonaba su voz pidiendo café. En su casa, en la nuestra o en la de otra hija, donde quiera que durmiera cuando las exigencias de sus intereses le hacían pernoctar en la ciudad, exigía habitación apartada, a ser posible distante de la casa. Era que no podía dormir a menos que fuera en un silencio absolutamente muerto, en una oscuridad cerrada y total. La luz de un solo fósforo que se le asomara a una rendija le ponía en pie. No parecía sino que aquel hombre de vida tensa no dormía, sino que se encerraba en el silencio para estar más cerca de sí mismo, que solicitaba la oscuridad para verse mejor.

II

Papá Juan procreó hijos que después legitimó, y al casarse los llevó consigo al nuevo hogar. Su esposa era mujer pequeña, tonta y buena; se llamaba Vicenta, y aunque apenas tenía carne, la abundancia de las arrugas, así como la suavidad del cutis mareado, indicaban que debió ser gruesa. Un retrato de su matrimonio la representaba llena, pero no se podía confiar en las modas de entonces para juzgar la medida de una persona.

Al tal retrato se refería el abuelo en forma irónica, a veces despectiva. No era raro oírle decir, señalándolo:

—Así me engañaron: todo estaba por fuera, pero aquí, en la cabeza —golpeándose la suya—. . . nada.

Estaba la dichosa fotografía en la esquina media de un espejo dorado, Luis XV o algo así, de esos atravesados hacia la mitad por madera ornada de florecillas en relieve. Aparecían

en ella, en primer plano, la tía Vicenta, con una cara plácida, vestida con más tela de la necesaria: blusa abombada, de anchas mangas, cubiertas éstas de arandelas de encajes desde el codo hasta la muñeca; más encajes en el cuello y sobre el pecho y al pie de la garganta, un prendedor que conservó hasta su muerte. La falda era enorme y redonda, plisada, recargada de velos; el peinado culminaba en moño aplastado sobre la coronilla y algunos gajos de cabello artísticamente sueltos sobre las sienes y la frente. La pose no podía ser más cursi: la mano zurda abandonada en el seno de ese lado y la derecha en ángulo recto, sosteniendo un pañolito también de encajes. A su izquierda estaba papá Juan, con una cara grave, austera y hasta preocupada. Ya para esa época era calvo, y su calvicie contrastaba con la ropa, juvenil y bien llevada. Vestía traje de paño negro, larga levita, chaleco del mismo color, alto cuello, chalina en lazo, fina como cordón de zapato; una leontina gruesa le atravesaba el pecho. Sostenía erguida la cabeza y la mano torpe en el bolsillo del pantalón, lo que le daba cierta apariencia elegante, de gran señor. El fondo de la fotografía lo componían una cortina pesada, que simulaba estar batida por la brisa, y una mesilla de juncos.

De las muchas cosas antiguas, llenas de seriedad y con no sé qué de sabor tradicional que adornaban la sala, lo que más me atraía era aquel retrato. Se destacaba en él la quijada cuadrada y voluntariosa del abuelo, la mirada fija y escrutadora y sobre todo, aquel gestecillo agrio, desdeñoso, cínico, si se quiere, que tenía en la boca y que le daba aires de insolente; aquel gestecillo que le hacía aparecer como un protector de la mujer que estaba a su lado, pequeña y cursi.

Tía Vicenta era lo que su retrato decía; y lo peor no es que lo fuera, sino que se proponía ardientemente hacer que los demás pensaran y procedieran como ella. Aunque debió ser

bella, ya que los ojos conservaban un color raro y atrayente, y el perfil no se borró del todo con el tiempo, su belleza debió estar exenta de sazón, de esa gracia y agilidad que presta el pensamiento andariego y que determina el entusiasmo. Era buena hasta la exageración, pero no a sabiendas; sencillamente, ignoraba el placer de ser mala, o el dolor, o el contento amargo y hondo de saberse una bendita. Para ella la vida no era sino una prueba de la que debía salir ilesa para entrar en la mansión celestial; y el modo de ganarse el gran premio consistía en rezar día y noche, santiguarse al levantarse, mascullar padre nuestros mientras barría; avemarías antes de comer, Dios te salve a media tarde, el rosario a la hora en que la noche se deja caer sobre la tierra como pájaro herido, y acostarse rezando para dormirse con el santo nombre de María entre los labios.

A principios de casada trató de ganar al abuelo para su causa, empleando medios dulces y lógicos en una luna de miel, pero después se fue agriando en sus argumentos y amenazaba a papá Juan con las llamas eternas del infierno por ateo, por blasfemo y por hereje. Poco a poco aquel espíritu combatiente de mártir se fue haciendo en ella una segunda naturaleza: regañaba y maldecía. Sólo al abuelo le temía, le iba cobrando un terror que no disimulaba, un miedo enorme que le subía desde su pobrecito corazón cristiano; miedo espoleado por las palabras duras o las chanzas hirientes de papá Juan.

La tía vivía entre temores celestiales, segura de que todo terminaría mal en aquella casa habitada por un espíritu malo, como el de su marido. Una amargura sin límites, que ella nunca hubiera sentido a no ser por su celo religioso, le hizo áspero el carácter, chillona la voz y los razonamientos cortantes. Convencida de que papá Juan era intratable, empezó a ejercer su influencia entre las hijastras y los servidores de la casa.

Día a día, cuando la noche llenaba el mundo, recorría los rincones llamando con acento irritante a cuanta gente hubiera, las reunía en círculo en la cocina o en su habitación, y empezaba sus rezos haciéndose corear los kirieleyson y las avemarías.

Abuelo, mientras tanto, metido bajo una radiante luz de gas, cruzadas las piernas, los codos en los brazos de la mecedora, tendidas las manos sobre un gran libro cuyas hojas acariciaba con exquisita ternura, calados los espejuelos, tocado con negro sombrero de fieltro, respirando con visible trabajo, humedeciéndose las puntas de los dedos con la lengua, pegada casi la cabeza a las letras y resplandeciendo por todo el rostro un contento verdaderamente animal, leía y releía la historia de España, *Las aventuras del Ingenioso Hidalgo* o los versos eternos de *La Divina Comedia*.

III

Don Juan Gaviño vivía en el Este, a donde llegó desde más allá del mar para crear una finca de caña. Un día atravesó la cordillera, buscó tierras fértiles y fundó casa en Río Verde. Era entonces hombre sereno, de absoluta serenidad, pero vivaz en el pensamiento y en la exigencia. Trajo a su mujer, Vicenta, que nunca le llamaba por su nombre, sino que le decía Gaviño a secas, con la mujer vino la hija del matrimonio y otras dos que había legitimado. La mayor de las tres, tenía apenas doce años, se llamaba Rosa, y era agraciada de rostro. El padre decía que no tenía buen juicio; la trataba con recelo de domador que no está seguro del animal que cría; pero como tenía bonita cara, bonitos ojos, cutis de rosa, según la expresión más socorrida, y además, una simpatía insensata, de ésas que no aprovechan, le cayó en gracia a la escasa gente de Río Verde, que empezó a quererla de inmediato. La segunda de las niñas fue bautizada por Ángela. Desde que pudo expresarse denunció un carácter intransigente, obcecado y

laborioso. Muy apegada al padre, la palabra de don Juan la sostenía en vilo y era para ella cosa sagrada. Tenía una ilimitada ansia de aprender a trabajar; lo aprendía todo, desde el guiso hecho con el consentimiento de la cocinera y a espaldas de la madrastra hasta la simple costura ensayada en máquina de cadeneta. No era agraciada como la hermana, pero a medida que crecía le iba reventando el cuerpo en líneas macizas, esbeltas y llenas de noble gallardía. A los catorce años era una mujer, no sólo por la sazón del cuerpo, sino que también por la madurez del juicio, por la serenidad en el pensamiento y por su incansable laboriosidad. Sólo se le descomponía el buen tono cuando defendía sus conceptos sobre cualquier cosa, que eran primitivos, torpes y profundamente arraigados en ella. La madrastra, mujer buena y tonta, que nada sabía y sobre todo montaba cátedra, la hacía trabajar de la mañana a la noche. La muchacha lloraba en silencio los regaños y los golpes; pero aquella señora era quien ordenaba y todo había de suceder según una disciplina establecida que, a su juicio, nunca debía quebrarse. Por eso no se quejaba.

La hermana Rosa tenía tendencias contrarias a las de Ángela; desfallecía por un traje de vivos colores, por un peinado atrayente, por esencia de turbador olor. Le gustaba el baile, desdeñaba el trabajo, y aunque tenía mejor disposición para aprender la lectura y las lecciones de salón que su hermana, se descuidaba en el estudio y a veces en medio de una conversación le sorprendían lagunas de silencio que ella poblaba con ensueños de amados gallardos. A simple vista, Rosa, parecía, más comprensiva y más moderna; en realidad, lo que sucedía es que no tenía convicciones arraigadas.

Don Juan vivía observando, estudiando y acechando. Miraba a Rosa con el blanco del ojo y acariciaba a Ángela con el hueco de la mano. Las dos muchachas crecían bajo su celo; la hija legítima era apenas un montoncito de carne sin carácter

definido. Él se sentía más inclinado hacia la segunda de las niñas, porque le escuchaba con más atención, porque no manifestaba ternura, como no la manifestaba él; porque se expresaba con palabras escasas y medulares, y porque le atendía con un cariño ciego y animal, constante, brusco y sincero. Poco a poco, todo su amor se fue concentrando en aquella muchacha tosca, un poco salvaje en sus ideas y muy dura al exponerlas; le fue molestando cada vez más la esposa, que tenía un aire vago de cosa no humana, que hablaba tonterías, chillaba mucho, rezaba más y que no podía fijar el pensamiento en lo que don Juan más amaba: los cuidados domésticos, el amor al hogar y la conservación de las tradiciones. Allí empezó él a tornarse más reservado, a salir en las primas noches, a expresarse casi siempre por monosílabos o comentando cada cosa con un refrán de añejo sabor o una frase célebre. A medida que pasaban los días, los comentarios si bien eran iguales, tomaron un aspecto de burla sangrienta. Era como la herida que rezuma los malos humores del cuerpo. Así, por ejemplo, doña Vicenta, que tenía letra enredada y mala, le dio cierta vez una carta para que él, que iba a la ciudad, le pusiera sobre y la echara al correo. El esposo escribió bajo la firma: “¿Entiendes, Fabio lo que voy diciendo? Mientes, que yo soy quien lo digo y no lo entiendo”. Ese estado de ánimo fue siendo cada vez más visible, más descarado. La mujer, que no entendía aquello ni le hallaba justificación a tal proceder, le iba cobrando un miedo ridículo; y llegó el día en que no se atrevió a dirigirle la palabra sino a distancia y con voz asustada.

La pobre mujer estaba segura de que el demonio había hecho presa en Gaviño. Su desdén por la iglesia, los curas y los santos; aquella risa desencajada y tenebrosa con que parecía comentar su afán religioso; la expresión hosca con que recibía sus relatos de milagros: todo contribuía a aumentar la desazón de Vicenta.

En uno de los frecuentes viajes al pueblo, don Juan compró barajas y dominó. Cerca, a una voz de su casa, estaba la pulpería de Calderón. Allí empezó el marido a ir con las fichas en busca de compañero que jugara. Al principio regresaba temprano, a prima noche; cuando tardaba media hora más de lo regular, la mujer se desesperaba y presentía alguna desgracia. A poco ladraban los perros del lugar, roncaba la voz autoritaria de don Juan, y entraba silencioso, sin dar explicaciones y con cara de pocos amigos. Vicenta acabó por acostumbrarse a sus salidas.

Una noche, con la llegada del marido le pareció sentir olor desagradable, algo así como mezcla de sudor y orina. Muda, los ojos desorbitados, las manos crispadas y la quijada prieta, doña Vicenta se acercó al marido y le olió el pecho, lo más alto que podía alcanzar. El marido inició una risa desenfadada y molesta, medio insegura y medio involuntaria.

—¡Tú has estado bebiendo, Gaviño! —gritó la mujer tratando de ahogar la voz mientras retrocedía asustada.

La fisonomía del esposo, que había estado abierta, humana y fácil, se fue contrayendo, cobrando filos, mostrándose inflexible; y cuando habló lo hizo con voz apagada, pero llena de mal veladas iras.

—¿Qué te importa que haya bebido? ¿Lo hago acaso a escondidas o con tu dinero?

La mujer, tragándose las lágrimas, gemía, sollozaba y murmuraba:

—Madre de Dios, madre de Dios, madre de Dios...

—¡Acuéstese! —rugía don Juan, señalando la cama.

Comenzó a desvestirse. En un rincón, frente a la imagen de la Virgen de los Ángeles, agonizaba una luz de aceite. El marido caminó lentamente, con la boca apretada; sopló, y una oscuridad definitiva se desplomó sobre ellos.

IV

A partir de aquella noche, don Juan tomó la costumbre de beber. No lo hacía en exceso, que nunca se emborrachó; pero se alegraba a menudo, llegaba a la casa reído, aunque dueño de sí, se burlaba de la mujer, inventaba chistes; o entraba mudo, reconcentrado, ajeno. Un día comprendió que el alcohol no le sentaba bien; desde entonces se abstuvo de beber tanto, aunque no le perdió el gusto. Conservaba siempre una botella del mejor ron, que mandaba buscar al pueblo, y a medio día se servía uno o dos dedos. Pretendía que aquello le tonificaba, y hasta aconsejaba a la mujer que hiciera lo mismo. La mujer rechazaba tales insinuaciones como procedentes del diablo. Don Juan reía con aparente gozo.

En verdad, la vida era aburrida por demás en aquel campo olvidado. Cuando la noche entraba, un silencio de piedras se adueñaba de toda la comarca. Acaso cantaba un gallo, quizá ladraba un perro. Con largos trechos de tiempo entre sí, silbaba un campesino que volvía de casa de la novia o del juego de dados; campaneaban hierros de caballo enjaezado, sobre el que jineteaba un viajero retrasado... Aburrido y silencioso era aquel campo de Río Verde.

Los peones de la casa se reunían en la enramada o en la cocina. Contaban historias de aparecidos y de revoluciones. En el patio revoloteaban las hogueras y el resplandor del fuego en que hacían café iluminaba el respaldo de la vivienda, recortándola ante el camino en sombras.

Sentado a la luz de gas, las hijas cosían, la vieja rezaba y don Juan leía. Estaba suscrito a una revista española y a otra de agricultura. Pero don Juan se cansaba. Le tentaba el deseo de ir a la pulpería de Calderón, donde había hombres con quienes hablar de esas cosas que no pueden decirse entre mujeres, y menos si son hijas; aquel sitio le atraía hasta hacerle poner

en pie. Sin embargo, ya en la galería, mirando la noche cerrada de Río Verde, recapacitaba y se detenía. Apoyaba entonces ambas manos en el pasamano, aspiraba con deleite el aire oloroso, fresco y vivificante, se doblaba, plantaba los codos en la madera, metía la cabeza entre los dedos y pensaba. Pensaba en el pasado, porque él era, sobre todo, hombre de recuerdos. Le parecía que había cometido errores imperdonables, y que ellos le tenían ahora allí, abrumado por una vida monótona, imbécil y sin finalidad. Le ardió en el cerebro el ansia de ser hombre grande; se inclinaba a las letras; le gustaba la pintura... Pero...

Don Juan odiaba a los curas y a los santos. Era un odio que nunca procuró analizar, cuya procedencia ignoraba y además le tenía sin cuidado. Sin embargo, la verdad es que en aquellas noches don Juan se sentía capaz de haber sido un apóstol, un místico abrasado por extrahumana pasión. Le parecía que su vocación hubiera estado en el sayal, en el crucifijo y en el púlpito. Cerraba los ojos y se veía seguido por una multitud harapienta y delirante, que padecía sed, hambre y enfermedades. Él iba entre ellos, así, alto, flaco, la cabeza descubierta y levantada. Alzaba la mano, y la turba caía de rodillas, murmurando y clamando. Atrás, el sol enrojecido, delante, el camino pelado.

Don Juan se apretaba las sienes con los puños cerrados. De pronto, se figuraba caballero en fogoso corcel, la espada en la diestra, con la punta hacia la tierra. Arengaba a los soldados, entre el humo del combate, soliviantado por épicos ardores. Su voz tronaba con ronquido de cañonazos. Sin transición posible, imaginaba la escena muchos cientos de años atrás, en épocas de Constantino el Grande, combatiendo por un ideal desorbitado. En esos momentos veía claramente, como si la tuviera ante los ojos, la lámina que reproducía el momento en que el Emperador advierte la cruz de

estrellas en el cielo y, formada con astros, la célebre leyenda: “Con esta cruz vencerás”.

La vida de don Juan debió transcurrir en grandes escenarios. Dos vidas le hubieran abierto las puertas de la inmortalidad: el silencio y la palabra. Escogió la primera, se acostumbró a dejar sus ideas en la oscuridad y...

De súbito Juan volvía el rostro. Estaba allí, en Río Verde, dueño de una finca pequeña. Se comía los días y los días sin gloria alguna. Sí; aquello era Río Verde; y la mujer de cabellos grises que dormitaba en la mecedora, Vicenta; y las muchachas que cosían en silencio bajo la luz de gas, sus hijas, y el ruido de conversaciones que provenía del patio, lo producían sus peones que, agachados ante las hogueras, relataban historias de aparecidos y cuentos de revolucionarios.

Deshecho, sintiendo que el dolor le nacía entre los propios huesos, retornaba lentamente a la sala, haciendo sonar las pantuflas en el piso. Una amargura sin límite le ahuecaba el pecho. Pensaba, para consolarse:

—Si al menos hubiera escogido una tierra más rica donde vivir, un país más grande.

Tomaba de nuevo asiento en la mecedora, recogía las revistas que había dejado en una silla y tornaba a leer. La lectura le hacía sentirse en otro mundo; en parajes poblados por gentes distintas que pensaban y actuaban con fuerza atrayente.

A veces las revistas traían poca cosa. Entonces desesperaba aguardando el próximo correo, y enviaba recados al pueblo para cerciorarse de que no estaban olvidadas en un rincón de la administración.

Durante el día se distraía en sus trabajos; pero las noches le agobiaban. No se quejaba, no regañaba; estaba acostumbrado a tragarse alegrías y dolores. Caminaba por la casa con gesto huraño y egoísta, lo que producía desasosiego en la

mujer, que era incapaz de comprenderle. Alguna que otra vez, cuando ya no podía más, llamaba a las hijas, las sentaba en las piernas y les contaba historias.

“...Y el Cid Campeador, que había vencido a todos los generales moros, y que tenía fuerzas descomunales, arrancó con su caballo hacia las murallas”.

Se detenía, explicaba lo que era la muralla; describía el físico de doña Urraca... Cuando se cansaba decía, palmoteando:

—Vamos; a dormir ya, que es tarde.

En uno de aquellos momentos, don Juan recordó que en su escritorio tenía barajas; las había traído del pueblo, junto con el dominó. Se levantó, presintiendo que con ellas podría entretenerse y tratando de recordar los solitarios que había aprendido de la madre. Tomó el paquete entre los dedos, no muy seguro todavía. Al principio estuvo viendo las cartas, como si no las conociera; se detenía complacido en cada figura, contaba los colores, observaba las combinaciones de tonos. Estuvo así una hora larga; al cabo se fue al comedor y empezó a regarlas en la mesa. Cuando se levantó cantaban su desvelo los gallos; pero había descubierto que el solitario era juego interesante.

A partir de aquella noche no volvió a salir. Cierta vez envió a la pulpería por cigarrillo; la cajilla le duró una semana; la segunda dos días. A los dos meses consumía hasta tres de sol a sol.

En las barajas y en el tabaco ahogó su tormento. Cuando la noche asomaba por las puertas sus negras cabezas, tomaba una luz y se sentaba frente a la mesa.

Sólo se le veía mover las manos, que mecía con incansable afán y que se teñían de rojo con el reflejo de la lámpara. Encendía cigarrillo tras cigarrillo. Alguna vez se acostó porque ya no podía con el sueño, y aun en la cama, mientras se arrebujaba bajo las sábanas, calculaba que el solitario no le había salido porque había levantado primero el as de bastos, cuando le

hubiera convenido levantar el as de copas. Le bailaban los números bajo la frente, y pensando en ellos se dormía.

Había vencido el tedio.

V

La cuadrilla estaba formada por seis o siete hombres que charlaban entre sí y se quejaban del frío. Don Juan Gaviño, flojas las riendas, dejaba caminar el caballo a su antojo para observar más a sus anchas cómo las mazorcas iban emergiendo en los troncos de los cacaoteros.

Había llovido mucho. La tierra se conservaba blanda, guarecida por las hojas caídas que ahogaban el ruido de los pasos. Con las aguas se hizo grueso el río, arrastró troncos y cieno; llenó los barrancos y roncó en los declives. Como una lengua voraz estuvo lamiendo las orillas de la finca y en tres días provocó tales derrumbes que trozos enteros de alambradas se quedaron al aire, colgando sobre los lodazales que dejó el río al retirarse.

Cuando el sol se asomó otra vez al mundo, luciendo entre nubes plomizas bajas, don Juan se fue a ver los destrozos y al amanecer del otro día reunió los peones y dispuso el remiendo.

Mientras miraba hacia los troncos y hacia los racimos de cafeto, don Juan pensaba en algo que le había sucedido la noche anterior. Le parecía haber soñado algo insólito y a la vez tonto. Recordaba sí, que el sueño se interrumpió varias veces y otras tantas empezó. Le molestaba no lograr encontrar aquello en su mente; le enfadaba sentir tal inseguridad. Pero a poco tiempo puso su voluntad allí donde había duda y concentró su pensamiento en el trabajo que le esperaba.

Los peones llevaban horquetas y alambre de púas, coas y martillos, clavos y grapas. A la zaga, meciéndose en las carreras y ladrando a menudo, iba Duque, el perro de la casa.

La sombra se hacía renuente bajo los árboles, y aunque el trino de algún pajarillo se caía desde los altos amapolos, un

silencio agradable y liviano se escondía entre las hojas. A trechos, un rayo de sol lograba meterse por los escasos agujeros que le abría la vegetación y se posaba en el suelo con una gracia ingenua y pura de mariposa gigante.

Al final de las plantaciones entraron en una explanada. La yerba moza era allí vigorosa aunque corta, y algunos troncos quemados indicaban que habían hecho tumbas antes de las lluvias.

Conversando de cosas inútiles, comentando la fuerza de los aguaceros o la suerte de alguno en el juego, friolentos y reídos, los peones caminaban agrupados, con pasos cortos y seguros. Por lo general llevaban los brazos cruzados. Uno que otro fumaba, y uno que otro salía del trillo para arrancar yerbajos que se metían en la boca.

Don Juan llevaba en la imaginación el trozo de finca derrumbado. Veía el medio arco que el río había formado en su propiedad; las raíces desnudas, llenas de terrones que se iban desmoronando; las piedras que rodaron hasta el centro del cauce; el lodazal allá abajo. Pensaba en qué haría para evitar esas incursiones fatales y se alegraba de no haber sembrado en el sitio hasta entonces.

Pero de repente, don Juan, que había olvidado la preocupación del sueño, tiró a toda muñeca de la rienda. El caballo alzó la cabeza, entre ruidos de hierros, la meció a ambos lados y clavó las pezuñas en tierra.

—¡Andrés! ¡Andrés! —llamaba el abuelo.

Todos los peones se detuvieron y volvieron la mirada. Andrés se desprendió lentamente del grupo.

—Vuelve, ensilla un animal y vete al pueblo —ordenó don Juan.

Había recobrado con absoluta claridad lo que soñara la noche anterior. El recuerdo le asaltó de pronto, cuando menos pensaba en ello. Tenía el cerebro completamente despejado,

lúcido, cuando vio de nuevo la carta. Sí; eso era: una carta. Allí estaba el sello extranjero, azul y pequeño; la dirección, escrita en letra cursiva y cuidada.

Podía ser estupidez y hasta muchachada; pero don Juan estaba seguro de que la tal carta existía, y que, además, estaba en el pueblo. No cabía duda. Era tan cierto como que el río se había llevado la alambrada. ¿De dónde le venía al abuelo tal seguridad? No lo sabía. He ahí la única respuesta: no lo sabía.

El peón estaba silencioso a su vera.

—Llégate al correo y procura una carta para mí —dijo don Juan.

El hombre nada respondió, sino que entregó el martillo que llevaba a un compañero, y rompió a andar.

Don Juan arreó un animal. Se sentía contento. Era una alegría suave, inexplicable, infantil, que probablemente procedía del hecho de haber recordado el sueño.

Ya se oía el roncar del río. Tras los últimos árboles estaba el trozo de tierra comido. Don Juan hizo que el caballo apresurara el paso, ordenó alguna cosa a los peones y se engolfó en el trabajo.

El sol subía poco a poco y quemaba ya las espaldas de los hombres. A medida que se iba completando el remiendo, el abuelo iba pensando en la carta. Por primera vez en su vida había obrado a impulsos de un instinto ciego y desconocido. Le parecía a ratos que se acababa de comportar como un chiquillo o como ignorante, pero reaccionaba y se decía:

—Sin embargo, estoy seguro de que algún acontecimiento trascendental me espera.

Oscilaba entre este y aquel pensamiento, ajeno a la tarea, sin darse cuenta de que el tiempo se iba y se iba. La voz de los peones, anunciando el final, le sorprendió bajo la sombra de un memizo, preocupado en lo suyo.

Camino de la casa, mientras dejaba al caballo ramonear a las orillas de la vereda, oía, como cosa remota, la charla de su

peonada. Venían sudados y conversaban como en la mañana. La brisa húmeda del cacaotal refrescaba aquellos pechos desnudos y robustos.

El abuelo estuvo tentado de hablar con la mujer. Le contaría su desazón, le explicaría su incertidumbre y a la vez su convicción. Pero temió que ella no le comprendiera, y hasta le pareció oír las palabras con que comentaría tan inusitado asunto:

—Gaviño... Gaviño... ¿No serán esas cosas del Enemigo Malo?

Don Juan sonreía levemente mientras comía. Las hijas observaban aquella desusada beatitud del padre. Él pensaba: “Dentro de un rato llegará Andrés diciendo que no estaba la carta. Aquí me preguntarán todos qué carta es ésa. ¿Cómo les contestaré?” Y optó, si sucedía así, por guardar silencio o decir que esperaba noticias de un comprador de cacao que vivía lejos.

El comedor daba al patio y el patio estrecho terminaba allí donde el cacaotal empezaba. Por la ventana que tenía delante veía don Juan el sol y el limonero. El limonero era un árbol de copa cerrada, cuyas hojas, pequeñas y brillantes, tenían un color verde demasiado subido. La luz del día caía de hoja en hoja; de fruto en fruto. Hacía poco tiempo que él mismo había estado matando las hormigas que anidaban en el tronco.

—Pronto florecerá —dijo el abuelo en voz alta.

Las muchachas dirigieron los ojos hacia lo que hacía hablar al padre.

—Sí, pronto florecerá —repetieron.

El perro estaba allí, a su vera, sentado sobre las patas traseras, con la cabeza empinada, los ojos vivos y la boca entreabierta. Don Juan cortó un pedazo de carne y lo dejó caer entre los dientes blancos y puntiagudos.

Cuando hubo terminado de comer, siempre perseguido por la idea de que era un chiquillo, se puso en pie y tomó el camino del aposento. Don Juan dormía la siesta. Era una costumbre que nadie cortaba. En tiempos de lluvias y en tiempos de secas, con trabajo o sin él, con huéspedes o solo, jamás pudo sustraerse a ella. Su siesta consistía en un sueño corto; pero profundo. La hora que seguía a la comida era sagrada en la casa. Nadie hablaba, ni una sola voz se oía; se caminaba en puntillas, sellando los labios con el índice, recomendándose cuidados unos a otros. Hasta los perros olvidaban sus ladridos cuando don Juan descansaba.

Pero aquel día, mientras el silencio se adueñaba de toda la casa, y mientras don Juan pugnaba por dormir, el pensamiento tenaz, loco, burlón, le asediaba, le dominaba y le mortificaba. Estaba tirado en la cama, boca arriba, entrecerrados los ojos y las manos muertas, cuando oyó las pisadas del caballo. De un salto se puso en pie. Allí, en la galería, donde el sol ardido e inclemente calcinaba las tablas, esperó a Andrés, que se esforzaba en abrir la puerta de campo. Don Juan sujetaba las columnas de madera, entreabría la boca y miraba. Al fin, cuando el peón estuvo cerca, preguntó, en voz bastante baja:

—¿La traes?

Andrés, por toda respuesta, desabotonó la camisa, metió la mano en el seno y extrajo una carta.

Al extender el brazo, los dedos del abuelo se movían sin gobierno, como las hojas del árbol que el viento castiga.

VI

Cuando se volvió, pasado un rato, tenía todavía la mirada vaga y el pecho prieto. En el fondo de la sala, secándose las manos con un paño que llevaba envuelto en la cintura, la mujer le contemplaba, inexpresiva y asustada.

—¿Qué es, Gaviño? —preguntó.

Él tuvo deseos de mostrarle el sobre y decirle cualquier cosa; pero le anduvo por el cerebro la idea de que su mujer no era de este mundo. De súbito sintió, de manera palpable, casi como fenómeno físico, que se recogía otra vez en sí mismo, que se metía en un repliegue pequeño y cálido de su corazón, de ese mismo corazón que le golpeaba el pecho hacía un momento, igual que lo hubiera hecho un ave enjaulada con los barrotes de su prisión. De nuevo se le incendiaron de vida los ojos; sentía que acababa de tomar posesión de algo que se le estaba alejando.

Vicenta aventuró un paso corto como hacia don Juan. Él observó la cara desabrida, las manos mojadas, el paño sucio en la cintura. Sonrió con desdén, cubrió el sobre tras su espalda y se fue.

Allí, frente a su cama, había una mecedora. En el comedor hablaban las muchachas y se oía la charla de Andrés, que desensillaba el caballo en la enramada.

Se sentó. Inesperadamente sintió que se espaciaba, que todo dentro de él se hacía ancho y a la vez débil, transparente. Apretó la boca. Por allá adentro le correteaban ideas descabe-lladas, fantasmas informes, imágenes de imposible expresión. En medio de ese caos, la carta permanecía fija, igual. Ahí estaba la infancia, cobijada por el padre, hombre fuerte, de barba, que nunca tuvo inquietudes. De pronto se sintió golpeado en la cabeza. Su madre le acariciaba y él lloraba sobre la falda, que era negra. Había también una fragata de palos y velas altos; y una agua ancha, ancha.

A don Juan le parecía que se le arrugaba el pecho y que el llanto le subía poco a poco, invadiéndolo todo, adueñándose de él.

Se puso en pie. Tenía la carta en la mano; la levantó, la miró al trasluz; la sopesó. Acodado en la ventana luchó

por serenarse, por ahuyentar la angustia que le nacía. El paisaje se hacía escuálido bajo el sol.

—¿De quién será? —pensaba.

No se esforzaba en buscarle explicación a su emoción ni a su debilidad. Sabía que había soñado la noche anterior con aquel momento, y que desde entonces lo esperaba y le intimidaba su llegada. Sabía, además, que tenía que esconder su desasosiego, porque nadie debía verle así. Él era don Juan Gaviño, don Juan, hombre austero, grave y seco. No se debía saber que él era capaz de emocionarse de tal manera.

En las ramas del limonero se acaba de posar un palomo. Venía desde la casa de Alonso, que vivía al otro lado del río. Aquel tenía el cuello grueso y la cola color parda. Don Juan le estuvo observando y lo siguió con la vista cuando voló al caballete de la cocina. Lleno de admirable discreción, el canto del palomo empezó suavemente, para irse haciendo precipitado poco a poco. Él le escuchaba, la frente puesta en la mano grande y descarnada. Cuando quiso cambiar de brazo se dio con la carta en los dedos de ese lado. Ni siquiera le sorprendió sentirse otro, una persona distinta, nueva; casi ni dueño de sí. La onda de emoción había pasado de prisa, removiéndole los más soterrados sentimientos, y se había ido tal como viniera.

Tornó a la mecedora, puso los pies en la cama y encendió un cigarrillo. Despacio, como si no se preocupara, empezó a cortar las orillas del sobre. Iba desprendiendo el papel con la uña del pulgar. Cuando hubo terminado metió los dedos y sujetó el pliego; pero al quedarle ante los ojos el lado escrito, se detuvo a releer la dirección. La mano que había trazado aquellas letras pertenecía a un hombre refinado, cuidadoso y limpio. Altos, finos, los signos se enfilaban en orden, a igual distancia unos de otros, en líneas rectas y paralelas a perfección.

En ese momento don Juan sólo tenía la curiosidad intelectual, puramente mental que sentía en general por todas las cosas. Se preguntaba a quién pertenecería tal letra, y hurgaba en su memoria tratando de buscar el dueño. En realidad, era empeño vano, porque desde que vivía en Río Verde sólo había recibido cartas de su hermana, que permanecía a orillas del Niño, en la misma casa donde nacieron ambos y donde murieran el padre y la madre. Por supuesto, comerciales sí había tenido muchas, infinidad; pero ésta no era de éstas. Se sentía, se podía hasta tocar la tibieza familiar o amistosa de la que tenía entre sus dedos. Además, había soñado con ella, y tenía la certeza absoluta de que aquel papel iba a tener importancia decisiva en su vida.

No sospechaba que nadie pudiera escribirle. Había echado ancla, como hubiera dicho su padre, en dos o tres corazones. Fueron muy escasas sus amistades, aunque seguras. Un hombre necesitaba muchas condiciones firmes para él brindarle su afecto, que siempre era eterno. Había querido entrañablemente al viejo Paco Méndez, un zapatero de mal carácter, que vivía en pugna con la humanidad entera. El viejo murió, y él mismo estuvo en su entierro. Era una persona rara, pero llena de virtudes. Don Juan le recordaba, pequeño, flacucho, barbudo y desdentado, echando maldiciones y salivazos mientras, doblado sobre el zapato, iba arrancando tirillas de cuero con la fina zambeta. Tuvo también otro amigo, hombre conversador, animado, vehemente, emprendedor y audaz. Se fue a Australia, y desde allí le escribió cierta vez una carta abultada, llena de párrafos entusiastas y calurosos. “He hecho dinero a montones” —le decía. Seguía un relato largo, lleno de autobombos, en los que se llamaba a sí mismo atrevido, afortunado e inteligente. Le recordaba como al viejo Paco, y le veía tal como era antes de alejarse: alto, grueso, rabio; eternamente reído y eternamente sudado.

La letra del sobre no era la del australiano; no. De eso estaba seguro. Súbitamente recordó a Antonio. Se le abrió la boca en una sonrisa infantil, ingenua, amplia. Extrajo la carta; extendió el pliego, corrió una hoja, otra, otra. Allí, al final, envuelta en rúbricas y garabatos, estaba la firma: Antonio. Le temblaban de nuevo los dedos; sintió pasos.

En la puerta, con los espejuelos sobre la frente y secándose todavía las manos, está Vicenta, la eterna, la dichosa Vicenta.

EL ASTRÓLOGO*

Metida en el Atlántico, como una piedra caída de la isla, San Juan de Puerto Rico muestra sus viejas murallas españolas y sus estrechas calles del siglo XVI. Por esas calles va y viene la gente atareada. Hay un bullicio de colmena. Las tiendas ofrecen sus vitrinas atrayentes. Por donde quiera salta, azucarado el decir español.

Una muchacha alta, fuerte, muy bien trajeada, cruza la acera y abre la puerta de un automóvil. Tiene cierta tristeza en los ojos negros y las líneas de su rostro son serenas, majestuosas.

—Aquí —dice.

Entra a un beauty-parlor y entrega sus manos a la manicurista, sin decir palabra. En el espejo luce su rostro levemente trigueño, dulce y triste. Una muchacha se dispone a arreglarle las cejas.

María del Pilar tiene baile esa noche en su casa. En el Condamado, batido por las brisas del Atlántico, entre palmeras y flores, el lindo bungalow tipo español colonial, espera a los invitados.

Toda la tarde estuvo María del Pilar atendiendo las llamadas telefónicas, trajinando, disponiendo arreglos. A las diez empezaron a llegar las primeras parejas. Junto con su madre, una señora digna, de cabeza plateada, María del Pilar

* Con el seudónimo de Stephen Hillcock, *Alma Latina*, San Juan, Puerto Rico, 11 de junio de 1938, pp.6-7.

recibía a sus amigos. Sonreía encantadoramente. Los hombres se inclinaban respetuosos a saludarla.

Algunas amigas comentaban entre sí.

—María del Pilar debe estar enamorada.

—Sí, la veo distraída.

La anfitriona, majestuosa y amable, hacía por entusiasmar a sus amigos:

—¡A bailar, a bailar!

—Pero si tú no bailas, María del Pilar —se quejó una.

—Es que estoy cansada, Juanita; y además, tengo que atender a los invitados.

Otra dijo que era muy duro el atareo de preparar una fiesta, y le dio la razón a María del Pilar.

—Sí, hijita, debes estar deshecha.

Con las horas crecía la alegría. Las orquestas producían música tropical, sensual y amarga a la vez. Se oía, estridente, el quejido del cornetín, y, como un condenado, bramaba el timbal.

Del mar cercano llegaba un atenuado rugir. La brisa mecía los cocoteros. Más allá de media noche, un joven alto, atlético, vino a buscar a María del Pilar. Con suave elegancia se deslizaban por el salón de baile. Era una pareja magnífica. Las muchachas que descansaban, y hasta los jóvenes, estaban de acuerdo con una señora que aseguraba:

—Es la más bella pareja de todo Puerto Rico.

Con su largo traje blanco, escotado y adornado discretamente con piedras, María del Pilar iba y venía, llevada en brazos por su galán, y la brisa no tenía más gentileza que su cuerpo, que se mecía leve, delicioso.

—¿Y por qué no aceptará novio María del Pilar? —preguntó un joven.

Una de las muchachas habló sobre amores desgraciados. María del Pilar estuvo comprometida con un paisano, en New

York. Él era de Ponce, y estudiaba en Columbia. Tenían fijada ya la fecha de matrimonio cuando apareció entre ellos una corista del “Chico” y enloqueció al muchacho. María del Pilar era orgullosa y no quiso disputar su amor con una mujer que consideraba inferior en varios conceptos. Le pidió a su papá que la trajera otra vez a Puerto Rico. Hacía ya tres años de eso. Ella no había vuelto a saber de su antiguo novio ni admitía que se lo mencionaran; pero todos sus amigos sabían que su inagotable tristeza partía de su tragedia de amor.

María del Pilar seguía bailando. Enloquecido, el cornetín se trepaba a los cocoteros y se iba a cantar sobre la mar ancha.

—Mañana, si aceptas, eres mi esposa —decía en voz baja su compañero.

Con la cara vuelta, maravillosa en su desdén, María del Pilar casi suplicaba:

—No me hables de esas cosas, Manuel; yo no puedo querer a ningún hombre.

—¿Recuerdas todavía a Eddy?

Mortificada por la indiscreción, ella le miró con ojos fríos, pero su compañero no se desconcertó.

—Oye, María del Pilar —dijo—, yo te ruego que no te molestes. Tú sabes que yo fui siempre un hermano para Eddy y que lo estimo como a nadie. Hasta cierto punto, y aunque yo haya pensado alguna vez en que yo podría brindarte una felicidad que no encuentras, te agradezco profundamente ese amor que guardas al recuerdo de mi amigo.

La música se iba ahogando.

—Ya sabes que no me agrada hablar sobre el pasado —aseguró María del Pilar.

La muchacha, de encantadora, se había tornado fría. Manuel la tomó del brazo. Había cesado la pieza. Las muchachas empezaron a festejarles.

—Hacen ustedes una pareja encantadora —decían.

María del Pilar sonreía amargada. Comprendía la alusión y eso le molestaba. Manuel la llevó al bar; mientras tomaban un refresco, le dijo:

—Te quiero suplicar una cosa: que seas mi amiga y confíes en mí, María del Pilar.

Ella levantó sus tristes ojos negros y le miró agradecida. Manuel sonrió. Empezó a hablar de cosas alegres.

—Si tú quisieras, iríamos mañana a ver al Profesor Heinlen. Es una cosa maravillosa. Yo estuve con mi hermana. Te dice el pasado, el presente y el porvenir. ¿Por qué no vamos?

María del Pilar se animó. Una luz infantil alumbró en sus ojos.

—Hombre sí; me gustaría probar eso.

—¿Mañana, entonces?

—No, mañana voy a estar muy cansada; pasado mañana.

—Vendré a buscarte a las tres ¿quieres?

—Sí, a las tres.

El lunes fue Manuel, pero a las tres resultaba muy temprano para María del Pilar. Estuvo arreglada casi una hora después. En Miramar, en un hotel elegante, vivía el Profesor Heinlen. Manuel condujo a su amiga por un pasillo, y después entraron a una habitación adornada de negras cortinas de terciopelo. Todo estaba oscuro allí. En el fondo se adivinaban unos almohadones y una bola de cristal. María del Pilar casi no veía.

Esperaron sobre un cuarto de hora. Al fin apareció un negro gigantesco, vestido con calzón corto y desnudo de cintura arriba. Tenía un turbante blanco y los brazos cruzados.

—Un minuto —dijo en inglés, inclinándose hasta el suelo— El profesor viene ya, señora.

María del Pilar se sentía sobrecogida. Miraba asustada a Manuel, que sonreía a su lado.

El negro tomó a la muchacha de la mano y la condujo hacia el fondo. Una cortina se levantó. María del Pilar apenas veía. Una sombra alta, envuelta en una manta, con turbante, surgió del fondo y avanzó. Ya más cerca, ella notó que tenía barba. El negro se inclinó otra vez e inició un canto profundamente impresionante. El mago echó polvos en un brasero, cerca de la bola de cristal, y el humo azulino llenaba la habitación. En frases ininteligibles, el Profesor Heinlen empezó a rezar. Después se adelantó y dijo, con voz grave: —¡Sus manos!

Llena de miedo, María del Pilar quería huir. Temblaba. El mago puso esas manos largas y finas sobre la bola, le ordenó que se sentara y tomó asiento a su vez. Estuvo viendo la bola, silencioso, y después empezó a decir:

—Veo aquí una playa lejana; en ella hay un joven que habla a una mujer. Esa mujer es usted. Ambos parecen muy felices.

María del Pilar se asombra. La playa de que habla el mago debe ser la de Atlantic City y el hombre, Eddy. Rápidamente, el mago va evocando su vida pasada. Un hálito de felicidad suprema invade a la muchacha. Quiere ver a Eddy, desea verlo. Es necesario que lo vea.

—Enséñemelo, Profesor. Yo quiero volver a ver su rostro —suplica.

Su voz ha cobrado un tono caluroso y un timbre vibrante.

—Usted lo verá —asegura gravemente el profesor—. Usted lo verá pronto.

María del Pilar cree que se ahoga.

—¿Verdad? —grita— ¿Verdad?

—Sí. Pronto.

El profesor sigue hablando. Dice que ve otra mujer, abandonada. En el corazón del joven hay desprecio por aquella mujer a quien acusa de haberle alejado su felicidad.

—¿Cómo es ella? —pregunta angustiada María del Pilar.

—Rubia. La veo aquí en un cabaret. Baila.

María del Pilar respira. Quiere morirse de felicidad.

—¿Y el porvenir? —pregunta.

—El porvenir es claro. La veo a usted con ese joven, pero muy pronto. La veo en brazos de él, feliz.

—¡Manuel! ¡Manuel! —grita María del Pilar— ¡Dice que me ve en brazos de Eddy!

Está tan nerviosa, que se denuncia.

—Usted lo quiere mucho —asegura el mago—; pero él la quiere más a usted y los veo muy felices a los dos.

—¿Usted cree que él me quiere?

El profesor no contesta. Mueve una mano hacia las cortinas y de pronto la habitación se llena de luz. Rápidamente, ante la asustada María del Pilar, el Profesor Heinlen se despoja de la manta, se quita la barba y el turbante.

—¡Eddy! —grita María del Pilar.

Manuel acude pronto, antes de que caiga al suelo. Poco a poco abre ella los ojos.

—¿Y esto? —pregunta.

Manuel explica.

—La idea fue mía. El me anunció que estaba en San Juan y me dijo que quería verte, y como yo sabía que tú no lo ibas a aceptar, dispuse esta comedia.

—Que ha terminado felizmente, como todas las comedias —agrega Eddy.

María del Pilar, sin levantarse, abre los brazos y gime:

—¡Eddy mío!

El negro medio desnudo empieza a recoger las cortinas de terciopelo, y el sol del trópico entra a raudales por las ventanas.

Allá lejos, el mar azul bambolea incansable.

UNA JÍBARA EN NEW YORK*

—Amigo mío, usted ni siquiera puede pronunciar esa palabra. Diga “jíbara”. ¿Ve usted? Nosotros, los sajones, no podemos adquirir esa gracia, esa ligereza de tono y sonido que distingue a los americanos de sangre española. Ni podemos tampoco —esto mucho menos, desde luego—, mantener esa fogosidad espiritual del latino, de ese hombre a quien llamamos aquí “hispano”. Nosotros no lograremos comprender a esa gente. Se lo digo yo, que he vivido toda mi vida, desde niño, en los países del sur. Ahora verá usted, deje que se apague un poco el escándalo del jazz. A mí se me hace difícil hablar entre tanto ruido, en esta baraúnda. Estoy ya acostumbrado al grave silencio de la selva, del mar y de las ciudades hispanas. Espere, ahora voy a contarle. Pruebe este tabaco, mientras tanto; es cubano, vueltabajero, que es como decir tabaco de reyes. Bien, fume y óigame, que quizá pueda serle útil alguna vez esta conversación; por lo menos, si cae usted algún día en uno de esos países del sur, ya tiene usted unas líneas generales para comprender a su gente.

—Yo era un niño cuando la guerra contra España. Debo decirle, para empezar, que aquello no fue tal guerra. España estaba ya militarmente desvinculada de sus posesiones en

* Con el seudónimo de Stephen Hillcock, *Alma Latina*, San Juan, Puerto Rico, 25 de junio de 1938, p.15 y p.26.

América y en Filipinas, y sólo el indoblegable espíritu del soldado español pudo mantener esa hostilidad *sui generis* que tuvimos en Filipinas, en Cuba y en Puerto Rico. ¿No ha oído usted hablar de Vara del Rey? ¿No? Pues bien, ése es un episodio impresionante, pero no le hablaré de él ahora, porque perderíamos el hilo de la historia. Le decía que yo era un niño cuando estalló la tal guerra. A poco de establecerse la dominación americana en Puerto Rico, mi familia se trasladó allá; mi padre era oficial de reserva y valido de esa condición, y de ciertas influencias, consiguió una contrata de obras públicas. Así, yo, insensiblemente, me fui formando en aquel ambiente, donde la gente es un tanto primitiva, impulsiva y generosa y ahora viene, amigo, mi verdadera historia.

—Nosotros vivíamos en las cercanías de Ponce y cerca de nuestra casa tenía una distinguida familia puertorriqueña una vivienda que utilizaba en ciertas épocas del año. Yo visitaba la casa. Me sentía un tanto enamorado de la hija, una muchacha pálida, tímida, de ojos y cabellos negros, pero nunca le dije palabra, porque no estaba yo entonces para cumplir promesas, sino para labrarme un porvenir, y no era justo, a mi juicio, que ya era medio hispano, entretener una mujer y llenarla de ilusiones para después decepcionarla. Una muchacha hispana no tiene del amor ese concepto pasajero y frívolo que tenemos nosotros. Si llega a quererlo y usted la abandona después, ha amargado usted toda su vida y hasta puede ser que ocurra una tragedia.

—Pues bien, en aquella casa había una cocinera criolla, una jíbara. No sonría. Esa palabra expresa una condición de criollismo, de persona natural del campo puertorriqueño, y también de la psicología especial de tal gente, un tanto hurañá, conservadora y maliciosa, con alto sentido del humor y gran capacidad de sufrimiento. La “jíbara” tenía una hijita,

de no más de seis años. Como todas las mujeres de aquella isla, la jíbara era de líneas finas, de ojos brillantes y sensuales, de andar lento; y la hija anunciaba que iba a ser bella también. Se trataba de una niña vivaz, graciosa, pero triste. Impresionaba profundamente verla cuando ella creía estar sola. Entonces se quedaba inmóvil, con los ojos perdidos en una lejanía insospechada, con las manos en la cara y la boca caída. Ayudaba a su madre, y trabajaba como lo podría hacer una persona de años. A mí me entristecía ver a Juanita. Aquella serenidad no estaba bien en una niña. Pero dejé de verla. La familia se trasladó a la ciudad, como todos los años, y yo me fui a la capital de la isla. Después me tocó hacer un viaje a México, y tardé más de siete años en volver. A mi retorno encontré a la familia de temporada en la casa. La señorita se había casado ya y vivía en San Juan; pero la jíbara cocinera seguía allí. Muchas veces evoqué con cierta amargura los días, cuando, en la galería sombreada de enredaderas, veía el rostro pálido y dulce de la señorita, con su mirada lánguida; y oía su voz cadenciosa, que decía agradable cualquier tontería que dijera. En la sala había un retrato suyo, del día del matrimonio. Estaba bella, sonreída, y sin embargo, como triste. Yo encontraba en aquella vieja casa un placer único, y me parecía ver la sombra de la mujer, medio amada en un tiempo, vagar pacientemente, silenciosa, por los pasillos y por la galería, o bajar a recoger sangrientas rosas, como hacía a menudo. Un día, súbitamente, recordé a Juanita.

—¿Qué es de Juanita? —pregunté a la jíbara.

Con su gracia peculiar, la cocinera me dijo que Juanita estaba con “la niña”, es decir, la señorita a quien yo amara a tiempo atrás, que vivía en San Juan, y que “la niña” la tenía a la escuela, donde estaba aprendiendo muchas cosas.

—Ya habla inglés, míster —dijo la jíbara, satisfecha del progreso de su hija. Si usted la ve no la conoce.

Y efectivamente, no la conocía cuando la vi. Juanita tendría quince años, a lo sumo, cuando me di con ella en San Juan. Yo había ido a la capital, en ciertas diligencias relacionadas con mi trabajo, y en la capital, que es una pequeña ciudad llena de animación y de color, de luz viva y de gracia española, encontré a “la niña”. Ella andaba de compras y se conservaba pálida y tímida. Aunque habían pasado varios años, no la hallé cambiada. Desde luego, no era exactamente la misma. Me reconoció. Francamente, amigo mío, yo tuve una impresión muy rara al verla, exactamente como si me hubieran sorprendido haciendo algo incorrecto. Sentí que palidecía y que se me iba la voz. ¿Nunca le ha pasado a usted cosa igual? Bien, pues entonces le es difícil comprender eso. Tampoco yo lo hubiera comprendido antes de ocurrirme, antes de tener esa experiencia.

—Pero espere un momento. Usted no fuma y yo tengo sed; además, me molesta este escándalo. ¿Quiere usted que bebamos algo más? ¿Sí? ¡Mozo! Pida usted para los dos, amigo mío. Me zumba la cabeza con tanto estrépito. Sí, eso es; algo fresco. Muy bien. Thanks.

—¿Qué le decía? Ah, sí; que habían encontrado a “la niña”. Después de la primera impresión, la oí invitarme a que la visitara. Y fui. Allí estaba Juanita, siempre triste, muy bonita, flor en botón. Cuando llegué a la casa estudiaba un texto escolar y, aunque lo disimulaba muy bien, conservaba en el fondo de los ojos aquel temor del jíbaro a lo externo, a lo civilizado. Era un tipo raro, como una flor extraña en su propia tierra. Por generaciones enteras, sus antepasados habían sido trabajadores del campo, dueños de pequeñas propiedades, huraños y maliciosos, fuertes y festejadores. Una psicología complicada, amigo mío, que usted nunca comprendería, porque usted no ha nacido ni ha vivido su infancia en el trópico, entre hombres escépticos

y sin embargo cristianos, es decir, católicos, dueños de una tradición racial muy sugestiva.

—Seguí visitando la casa de tarde en tarde. “La niña” tenía ya dos hijos, parecidos a ella y con esa vaguedad brillante en los negros ojos que habían iluminado mi juventud. Aquella mujer, amigo mío, era en mi vida como un fondo discreto de bondad, como un lucero pálido en un atardecer tropical, claro y lento. Le decía que seguí visitando la casa, y apenas veía a Juanita. Un día vi un médico en la casa. Poco a poco me fui enterando, a medida que la enfermedad iba marcándose en su rostro, de que “la niña” estaba tuberculosa. Después vino la vida, con su tolvana y sus complicaciones, y me sacó de allí sin que pudiera ver morir a “la niña”. A veces he pensado que fue mejor así: conservo la ilusión de que vive. No sonría, amigo mío, usted considera que yo soy romántico y no comprende que usted y yo no podemos pensar y sentir de igual manera, porque nos hemos formado en mundos distintos, usted en el negocio —business world—; yo en el de los sentimientos, en un ambiente donde es común que la gente renuncie a la comodidad por no aceptar imposiciones ajenas a su conciencia. ¡Qué escándalo el de esta música! Desearía ahora el silencio de una playa, con un palmar solitario y, acaso, aunque sería mucho pedir, una luna del trópico, roja y enorme, sobre el agua.

—Usted dirá: ¿Y Juanita, la jibarita? Pues ahora viene; espere un momento. Un día, de vuelta del Perú, desembarcaba yo en New York. Era junio, con su sol tórrido. Yo traía las pupilas llenas de esos tonos cálidos y a la vez apacibles que enseñorean el paisaje peruano, la altiplanicie, la Puna. Traía también esa serenidad majestuosa del indio, que ningún acontecimiento turba, ni aun el máximo de la muerte. Yo llegaba a New York enteramente distinto al medio en que me iba a desenvolver. A la salida de los muelles la encontré y su presencia sacudió un poco mi espíritu.

—¡Juanita, muchacha!

Siempre con su tristeza jíbara, y sonriendo para agradarme, Juanita me tendía la mano.

—Mamá murió —explicó a mis preguntas—; murió también la Doña (se refería a “la niña”) y yo he venido a New York a buscar trabajo.

Me asombró el valor de aquella jibarita. Pero después empecé a dudar si sería efectivamente valor o si sería influencia de nuestra desintegrante civilización, que presentaba New York, a los ojos ariscos de la gente de la isla, como la tierra de promisión, donde habían de encontrar un porvenir brillante y fácil. Las películas, las revistas, el inglés de las escuelas, los libritos melodramáticos que producimos a millares... ¡Qué sé yo! Desde afuera nos ven como nosotros queríamos ser, y no como somos. ¿No está esta urbe, esta Babilonia altiva, llena de mugre, de miseria moral y física, de hambre y de gangsters? Amigo mío, le confieso que sentí pena por Juanita, por la jibarita puertorriqueña a quien yo había conocido de niña, triste y muy bien encajada en el ambiente lento del trópico. Y como yo conocía esto, y era, después de todo, de aquí, quise ayudarla.

—Al cabo de días, bregando sin descanso, conseguí trabajo para la jibarita. La llevé a un boarding respetable y la dejé vivir su propia vida, siempre vigilada por mi ojo fraterno. Pero esto no es aquello, amigo mío, y nosotros no sabemos comprender el espíritu de la gente que está al sur de la gran república de Washington y de Lincoln. De esa incompreensión hay una víctima más, una más entre las miles diarias, y es Juanita, la jibarita de Puerto Rico. Jíbara, amigo mío. ¿Ve usted como hasta difícil se le hace la palabra? Pues más difícil se le haría su alma, si se asomara a ella.

—¿Que por qué se enamoró Juanita de aquel muchacho compañero de trabajo? Pues porque todas las mujeres tienen

que enamorarse un día y porque nosotros nos hemos esforzado en propagar por el mundo que el joven americano es respetuoso y correcto, y que además, una vez casado, es el mejor y más amable de los maridos. Por eso la jibarita no sospechó que cuando el muchacho la invitaba a pasear y la llevaba a los dancing y la hacía beber, tenía un propósito vil y no un deseo de halagar a su novia.

—Bien. Usted dirá que el hecho de que una muchacha amanezca “deshonrada”, como se dice en esas tierras del Sur, no tiene importancia, y que aquí lo raro sería lo otro; pero para ellos, y hasta he estado al decir: “para nosotros”, no es así. La mujer debe llegar pura a los brazos del esposo, y de no hacerlo, está deshonrada. ¿Entiende usted ahora, amigo mío? Le advierto, desde luego, que no todas las mujeres que aquí llamamos “hispanas” piensan hoy así; pero Juanita era una jíbara; conservaba toda la esencia de su tradición familiar y con ella se hubiera enfrentado al mundo entero. Una vez burlada, se sintió desamparada y le parecía que toda sonrisa de la calle era un escarnio para ella, que todo ojo que la miraba, estaba en conocimiento de lo que ella consideraba su desgracia. Por eso su vida se despeñó, por eso huyó del boarding y cuando yo fui a buscarla, un sábado en la tarde, para hablar de Puerto Rico y para recordar, viéndola, a “la niña”, no di con la “jíbara”.

—Lo demás ya lo sabe usted. Y si no lo sabe, lea ese periódico. Mírela. ¿No es verdad que era bella? ¿No es verdad que sus ojos tenían una profundidad de siglos? Era la tradición, la raza, el trópico. Era el espíritu, el inmortal espíritu español, que usted no entiende y que nuestras máquinas destrozan. ¿Qué cree usted que le dio valor para esperar, serena, el paso del subway? Fue ese espíritu, amigo mío. ¡Fue el pasado, amigo mío, el fiero pasado hispano, el que volvió por sus fueros y mandó a Juanita al suicidio!

—Y ahora, ya usted ve. Nos estamos tomando unas copas aquí, tontamente. Pues bien, si bebo más es posible que despierte sobre un barco. ¡Y aunque no beba más! ¡Me voy, amigo mío, porque no puedo resistir esta murga escandalosa, ese trombón en boca de tal negrazo, y porque necesito reposar mi alma atormentada en las pupilas tristes de una jíbara, sí, jíbara, y no se esfuerce en pronunciarla, porque usted no puede hacerlo ni podrá hacerlo nunca nadie que no haya formado su juventud en aquel trópico, bajo el sol tórrido y la luna sangrienta, donde la luz parece hecha por Dios nada más que para alumbrar los ojos tristes de una Juanita.

—Y ahora, amigo mío, bebamos por el recuerdo de la jíbara. Y por el de la “niña”, que todavía flora en mi vida, amorosamente, plácidamente.

EL CABO DE LA LEGIÓN*

La noche anterior, 14 de mayo, habíamos rechazado un ataque al fortín de El-Kej-Abí. Hubo luna creciente, y en el desierto se podían alcanzar las más leves figuras hasta distancias enormes. Por culpa de esa luna nos descuidamos. Así cuando, a eso de las dos de la mañana, oímos los primeros disparos, nos lanzamos enloquecidos hacia las troneras, sin saber a ciencia cierta qué hacíamos. Alguno de nosotros pensó en la luna, pero ya estaba perdida en el horizonte lejano. ¡Negra noche la de aquel 14 de mayo!

Como quiso el diablo, estuvimos resistiendo hasta que el sol empezó a clarear la inmensa llanura de arena. Con las primeras luces se inició la retirada de la gente de Ben-el-Sulij, y nosotros podíamos ver los albornoces flotando al viento, lejísimos. Una línea interminable de caballos iba surgiendo del arenal.

—Esto es serio, Bill —dijo el italiano Giacomo.

Mudos e inmóviles, nosotros contemplábamos la retirada.

—¿Quién se apuesta conmigo un paquete de cigarrillos a que esta noche nadie duerme aquí? —gritó Jules.

* Con el seudónimo de Stephen Hillcock, *Alma Latina*, San Juan, Puerto Rico, 9 de julio de 1938, p.15 y pp.26-27; 16 de julio de 1938, p.13 y p.48; 23 de julio de 1938, p.12 y pp.34-24; 30 de julio de 1938, p.14 y pp.26-42; 6 de agosto de 1938, p.12 y p.23.

—Sí, esos dormirán —gruñó Bill señalando a los muertos.

Nos volvimos a ver los compañeros caídos. Eran cuatro, y dos heridos, uno de ellos malamente, estaban recibiendo atención abajo.

—¡Perra vital! —se quejó Giacomo.

En realidad, a mí no me importaba el ataque. Habían muerto unos, pero yo no. Lo grave no estaba en lo que ya había pasado, sino en lo que podía ocurrir luego. Me olía que la gente de Ben-el-Sulij —¡Buenos soldados aquellos moros de a caballo, que peleaban por puro placer!— no se lanzó al ataque a la loca. ¿Y si tenían la seguridad de que no llegarían refuerzos? ¿No era eso lo más posible? Nosotros estábamos a sesentidos kilómetros, según mis cálculos, del puesto de Aje-don, el más cercano. Allí había seiscientos hombres de la Legión; pero llegar hasta ellos, abriéndose paso por entre montones de moros montados, no era empresa que pudieran realizar treinta legionarios de a pie.

El sol ascendía ya sobre el desierto. A lo lejos podíamos ver rápidos esguinces de albornoces.

—Nos están vigilando, Bill —dije.

Bill, un inglés calmoso, fumador impenitente, se echó el rifle sobre las piernas.

—¿Vigilando? No importa. Es igual morir aquí que en Inglaterra.

Bill había sufrido asedios como aquel en varias ocasiones. Su calma era fatalista, y siempre esperaba la salvación en último término. De ahí su tranquilidad.

—¡Couchons! ¡Esos negros salvajes no saben que estamos amparados por la bandera gloriosa de Francia! —tronó Jules.

Cansado de oírles, me fui abajo. Me dolían los ojos y tenía sed. Además, estaba convencido de que no correríamos peligro mientras no cayera la noche. En el sotanillo se quejaba uno de los heridos y hacía un calor insoportable.

—¡Bah! —lamentó el cabo—. Lo peor de todo esto no está en caer herido o muerto, sino en lo difícil que se hace dormir.

Yo estuve contemplando al cabo unos minutos. Era un muchacho, o lo parecía. Muy joven, de rostro moreno por el sol africano; medio triste y con un aire muy distinguido, aquel cabo resultaba atrayente. Hablaba muy poco. A menudo lo sorprendía mirando hacia el norte, con los ojos perdidos en la lejanía. De noche se tendía boca arriba y parecía entretenerse viendo las estrellas.

—¿Y los muertos? —pregunté.

El cabo pareció acordarse de ellos.

—¡Oh! ¿Vio usted a Renard? Tiene la frente destrozada. ¡Dieu! Pero escoja usted seis hombres, ocho, si le parece, y entiérrelos. Arena. ¿Sabe? Después ya veremos. ¡Adieu!

Los hombres descansaban tendidos a la sombra de las paredes. Todos estaban a medio vestir, con las armas al lado. Se miraban unos a otros y callaban. Bill gritó allá arriba:

—Moro es como cuervo, Giacomo. Nunca teme cuando huele víctima.

—Y tú eres como chacal, Bill —chisteó el italiano.

—¡Oh! No importa. Prefiero ser chacal. Malo tú, que eres cerdo.

Arriba resonaron las carcajadas del inglés. Después dijo:

—Todo muy bueno. Algo pasará después.

Y otra vez volvió el hostil silencio del desierto a reinar en el fortín. Por orden superior, el rancho y el descenso de la bandera se realizaron en silencio. Mal proceder para mí, porque eso haría suponer a Ben-el-Sulij que no había quedado soldado vivo en el fortín. Pero el teniente tenía su manera de pensar y ya sabría él por qué lo hacía. Al anoecer se colocaron dos ametralladoras en la puerta y una arriba. Hasta que la oscuridad cayó completamente sobre la arena, estuvimos viendo el flotar de los albornoces. Ben-el-Sulij vigilaba.

Los hombres estábamos con los ojos hinchados de sueño. Bill renegaba. Estaba terminantemente prohibido fumar y eso le hacía sufrir. A eso de la medianoche empezamos a sentir el ruido ahogado de los caballos en el arenal. Resonaron dos o tres relinchos, pero ni un tiro. Nos estaban sitiando y no tardarían en tratar de quemar la puerta o de escalar las paredes. Sentíamos al enemigo cerca. El sargento venía en cuatro pies.

—Todos a un tiempo, cuando se ordene —decía en voz baja.

De golpe tronó la voz: “¡Fuego!”. Y nosotros empezamos a vomitar plomo. Gritos horrendos sonaron cerca. Durante más de una hora, estuvimos sosteniendo el fuego, sin un minuto de descanso. Me dolían las manos.

—¡Oh! Malo —rugió Bill.

Había recibido una bala en el hombro y estaba tratando de restañarse la sangre. Al fin se cansó.

—Ahora yo tiro con lado izquierdo —dijo, resignado.

Se volvió trabajosamente y empezó a soltar tiros. Oímos uno caer cerca. Gimió algo, como llamando a una mujer. Nosotros seguimos impasibles. El sargento daba vueltas andando a gatas.

Cuando los disparos enemigos empezaron a espaciarse, estábamos materialmente a la orilla de un colapso. Media hora más y Ben-el-Sulij entra, con su pequeño caballo blanco y su brillante barba en el fortín de El-Kej-Abí. Un poco más tarde, cuando ya se iniciaba el amanecer, volvieron a la carga, pero esta vez era un grupo poco numeroso. La ametralladora tendió seis hombres y cuatro caballos. Los demás volvieron grupas. Los podíamos ver, con sus carabinas en alto, galopando hacia el sur.

Temprano recibí orden de pasar a donde el teniente. Era un hombre avejentado, muy serio y muy amable. Estaban allí el cabo y el sargento. Me cuadré militarmente.

—Bonjour —musitó el teniente.

Y después de algunas recomendaciones, empezó a exponer más o menos lo siguiente: se había pedido auxilio por radio, y desde Aj-e-don habían contestado que enviaban cincuenta hombres. Él consideraba que cincuenta legionarios no bastaban para hacerle frente a miles de moros. A su juicio, Ben-el-Sulij había reunido tres o cuatro mil moros, con el propósito de tomar un lugar cualquiera que restaurara su prestigio, descalabrado desde la derrota de Arbe-si-Alben. Además, Ben-el-Sulij no era un jefe tan imbécil como para soltar su presa. La columna que viniera sería deshecha, sino se le avisaba el peligro que corría. A juzgar por la distancia, debería estar ya a más de la mitad del camino: en el trayecto no había lugar protegido que pudiera albergar a la columna, en caso de sorpresa.

El teniente hablaba en voz contenida. De pronto preguntó:

—¿Cuántos hombres contamos, sargento?

—Diecisiete, teniente —contestó rápidamente.

El teniente se puso en pie.

—Francia necesita el sacrificio de ustedes —aseguró con voz patética.

Como si hubiera estado acechando esa oportunidad, el cabo se cuadró, rígido, saludó militarmente y pronunció con aplomo estas palabras:

—He estado esperando esta oportunidad. Ruego al teniente Honfroy concederme la honra de morir por Francia.

Yo miré al teniente. Los ojos le brillaron y palideció. A mí se me habían erizado los vellos de los brazos. Estaba emocionado. Nunca pensé en que un hombre hablara así. En novelas se escribe eso, pero la novela... ¡Bah! —como hubiera dicho Bill.

—¡Cabo Duchesne! ¡La Francia inmortal se sentirá dichosa cuando sepa que sus hijos tienen a honor morir por ella!

El sargento lloraba. Se había cuadrado militarmente también. Tenía la cara desfigurada por cicatrices, una de ellas sobre el ojo, lo que le hacía de aspecto bestial. Estaba llorando. Las lágrimas le caían por los bigotes. Afuera se veía ondear la bandera tricolor.

El teniente, erguido y medio encanecido, avanzó con firmeza, abrió los brazos y apretó al cabo contra su pecho. Después lo besó en ambas mejillas. Y como ya no podía resistir más, dio la espalda y se puso a ver hacia el cielo, por la ventanilla enrejada. Allí arriba flotaba el pabellón, bajo el sol del desierto.

De pronto el teniente se volvió y me clavó sus ojos grises: —¿Usted? —preguntó.

Yo me sentía emocionado, pero no heroico. Además, siempre me había parecido que a un hombre grueso y grande, como yo, sin ningún aire marcial, no le venían bien las posturas inmortales.

—Yo haré cuanto se me ordene —dije calmosamente.

—De usted lo espero todo —dijo el oficial, volviéndose al sargento.

Un minuto después, recibíamos esta orden:

—Al anoecer, aquí.

Y cada uno se fue a su sitio, impedido de contar lo que había pasado, para no alarmar a los compañeros.

Cuando el oficial empezó a exponernos su plan, yo me sentí, lo confieso, bastante inquieto. A alguna señorita —sobre todo si es jamona— le gustaría pensar que yo me incorporé a la Legión debido a un desengaño amoroso, o a una decisión encaminada a salvar la honra de una mujer, de un amigo o simplemente de mí mismo; pero lo cierto es que yo caí en la Legión por puro espíritu deportivo, por probar aventuras. No creí que fuera tan dura la vida del legionario, aunque se hubieran escrito cientos de novelones y de cuentos

relatándola. El día que me cansara, desertaría, lo cual sería una aventura más. Pero me estaba temiendo que esta vez no tendría más camino que desertar hacia el cielo. ¿Me iba a recibir San Pedro, a mí, a un legionario, miembro de una tropa de tan mala fama? Tal vez sí. Quizá el buen portero se condoliera de mi destino: “Muerto combatiendo a los infieles” —le diría yo a San Pedro. Y él se inclinaría, respetuoso, al tiempo que gritaría: “¡Que resuenen las trompetas celestiales! ¡Está entrando un mártir de la santa causa!”.

El oficial quería una simpleza: esperaríamos el ataque. Él llevaba siempre ropa nativa. Los tres nos vestiríamos de moro y en lo mejor de la lucha debíamos arreglárnosla para caer en las filas enemigas y hacernos de caballos. Después galoparíamos hacia el norte. El sargento conocía la ruta. Debíamos ir tres, por si alguno caía. Era necesario dar aviso a tiempo.

—¡Francia os pagará vuestro sacrificio! —aseguró.

Las sombras de la noche iban cayendo sobre el desierto cuando salimos. Allá arriba estaba Bill bregando con su hombre herido. Giacomo, pequeño y delgado, entonaba a media voz la romanza de Verdi: “Di Provenza il mar e il suo...”.

Y todo el fortín amodorrado, ennegreciéndose rápidamente, a medida que la noche venía cubriendo el pardo e inmenso arenal.

El cabo Duchesne me llamó. Me hizo un guiño imperceptible, tirado en su camastro. Todos sus movimientos eran elegantes y tristes a la vez. Su voz era cuidada y su pronunciación académica.

—¿Está usted en condición de oírme una confesión? —preguntó.

Aquí estaba mi oportunidad. Este cabo, delgado y distinguido, a quien todo el mundo respetaba inconscientemente, que nunca se emborrachaba, que nunca andaba tras las mujeres nativas, que nunca dio lugar a una queja, me iba a contar

algo íntimo. ¿Por qué? ¿Acaso la razón de su presencia entre nosotros? ¿Era que él comprendía la gravedad del momento?

Él interrumpió mis pensamientos:

—Me ha parecido siempre usted un hombre raro, inteligente. Entre nosotros es ofensa preguntar por qué se está aquí. ¿Se ofendería usted si yo se lo preguntara a usted...? Estamos tan cerca del último momento...

—Oh, no. Cabo. Además, yo no tengo secretos. He caminado medio mundo. Ponga usted el mundo entero, si le parece. De haber nacido hace dos siglos, hubiera sido pirata. Ahora he hecho de todo, absolutamente de todo. Cacé leones en el sur de África, serpientes en el Amazonas; he sido misionero en China. Jamás he tenido un amor serio ni una contrariedad que valga la pena. Estoy aquí por probar esto. ¿Entiende? Ganas de conocer esta vida, nada más. Desertaré cuando me canse.

—Entonces ¿usted no ama a Francia?

—Sí, claro que la amo. Es la patria de la revolución, de la libertad. Además, yo amo a todas las patrias, hasta a estos moros a quienes ahora mato.

El cabo movió la cabeza. No comprendía.

—Muy raro —dijo, y se quedó silencioso, como calculando si merecía un ser tan raro como yo que él le confesara una intimidad.

—¿Cree usted que será esta nuestra última noche? —preguntó de improviso.

—Quizás. No estoy seguro de salir vivo. Como dice Bill, algo ocurrirá después. ¡Quién sabe!

El cabo Duchesne se sentó. Tenía los ojos acerados y duras las facciones.

—Yo tengo la convicción de que no saldré vivo de esta aventura. Moriré contento. Yo no tengo nada que hacer sobre la tierra, fuera de servir a mi patria. Pero quiero confiar en

usted un encargo sagrado. Temo al ridículo, por eso me he dirigido a usted. Yo sé que usted sabrá comprenderme, porque usted hace estas cosas sin un motivo, por pasión aventurera, y eso denuncia su corazón. Pero yo tengo la convicción de que voy a morir esta noche, y deseo que usted lleve a mi padre mis últimas palabras.

—¿Y si yo caigo también?

—Entonces no se las llevará nadie —aseguró resueltamente.

—¿Y dónde puedo yo ver a su padre?

—En París. Es el general Duhamy.

Salté incrédulo. Debía tener los ojos abiertos como dos puertas.

—¿El general Duhamy? —pregunté lleno de duda.

—Oui. El general Duhamy o el vizconde de Duhamy. Llámeme como quiera, usted le dirá las siguientes palabras...

¿Quiere atenderme?

¡Qué iba yo a atenderle! ¿Cómo era posible que aquel jovenzuelo fuera el hijo de un hombre de fama internacional, que tenía a su cargo nada menos que el cuidado militar de las colonias de África del Norte? ¿No estaría tomándome el pelo a última hora, para hacerse importante a mis ojos?

—¿Tendría la bondad de atenderme, monsieur?

Me volví impresionado: esa voz tan gentil, tan suave; esa pronunciación tan correcta, esas formas... Podía ser. ¡Se ven tantas cosas! Me quedé mirándole.

—Usted le dirá esto: "Su hijo, Albert Luis de Duhamy, me encarga decirle que ha muerto al servicio de la gloriosa bandera de Francia y que su último pensamiento ha sido para usted y su postrera voluntad que sea usted feliz y que su caída no empañe una felicidad a la que tenían derecho usted y ella".

Me quedé atontado. ¿Qué diablos quería decir todo eso? Pero cuando iba a contestar asomó el sargento su ojo desfigurado.

Sobre el fortín, la noche del desierto cerraba todo horizonte.

*

Casi por mitad, la luna creciente se destacaba en el cielo azulísimo del arenal. Un silencio de mal augurio se había posesionado del fortín. Yo veía el patizuelo de extraño color violáceo, y pensaba en todas las maneras posibles de evitar nuestra salida. ¿Por qué el oficial no radiografiaba advirtiéndole a la gente del puesto de Aj-e-don sus sospechas? Tenía yo mismo que contestarme. “Será tarde ya para enviar socorros a la columna”, me dije. Había también otra posibilidad de evitar la catástrofe: pedir aviación. Pero ¿contra quién iban a combatir los aviones? Más de dos veces ya, las escuadrillas habían salido al menor signo de revuelta y habían recorrido todo el territorio, sin ninguna ventaja. ¿O es que un hombre tan astuto como Ben-el-Sulij se iba a dejar cazar como rata? Mientras hubiera aviones o tropas en las cercanías nadie daría con el paradero de esos tres o cuatro mil jinetes que corrían como demonios por las arenas, y que de noche parecían surgir de la misma sombra para atacarnos e irnos destruyendo poco a poco.

Pensaba en esto, pero también por momentos pensaba en otras cosas. St. Louis Missouri quedaba muy lejos, a muchos millares de millas del fortín de El-Kej-Abí. Sin quererlo, mis ojos interiores vagaban por St. Louis, y por la granja donde naciera y me criara. ¡Ah, mi padre! Era un bello ejemplar de colono, tan alto, tan macizo, tan cariñoso y tan luchador. ¿Qué hubiera dicho mi padre si de pronto se hubiera levantado de la tumba y dado de manos a boca con el cuento de que su Jones, su querido y pequeño Jones andaba por rumbos desconocidos, metiéndose en toda clase de aventuras?

Al conjuro de la luna, mi imaginación hacía brotar trigales inmensos, vastos pastizales en el desierto. Las dunas que se movían como animales, llenas de sombras, semejaban reses despaciosas y caballos adormilados. A veces, cuando plateaban las arenas, me imaginaba que veía pasar el majestuoso río, camino del Sur.

—¡Dieu! —sonó una voz—. ¿Iremos a estar esperando hasta por la mañana?

El sargento hablaba roncamente. Se echó en el suelo, al lado mío, se apretó las rodillas con las manos y no dijo más.

—Opino —aventuré— que lo mejor sería dormir hasta que la luna se fuera.

Y de pronto me di a pensar en la locura que estábamos preparando. Realmente, mucho dudaba yo de que hubiéramos de salir con vida de aquel trance. Otra vez la nostalgia de mi tierra y de mi niñez.

—¿Cree usted que tendremos suerte? —pregunté.

El sargento me miró con su ojo desfigurado y, bajando la voz, dijo estas tremendas palabras:

—¿Sabe usted qué es tener suerte en la Legión? Morir. He ahí la suerte.

No contesté. Comprendí de pronto que aquel hombre estaba disgustado por algo o que la noche, el asedio, la proximidad de nuestra loca aventura y quizá otras cosas, precipitaban en él un pesimismo atroz. No parecía ser así antes, cuando saludaba militarmente al teniente y lloraba de emoción, como un niño.

—¿Y el cabo? —pregunté por rehuir un tema escabroso.

No contestó. De inmediato recordé aquellas palabras: “Dígale que su hijo ha muerto al servicio de la gloriosa bandera de Francia y que su último pensamiento ha sido para usted y su postrera voluntad que sea usted feliz y que su caída no empañe una felicidad a la que tenían derecho usted y ella”.

¿Qué misterio había en ese “usted y ella”? ¿Qué drama familiar oscuro y doloroso había separado al general Duhamy de su hijo, ese que ahora se llamaba, en la Legión, el cabo Duchesne?

Pensando en esas cosas, fui sintiendo sueño. Cuando el sargento me despertó bruscamente, había vivido una deliciosa aventura en París y en St. Louis. Era tarde. Las sombras gobernaban el desierto y se presentía el próximo ataque. Tres hombres esperábamos ese ataque con los nervios endurecidos.

Sonó al fin una descarga. El fortín de El-Kej-Abí pareció temblar de pavor bajo la ola terrible de los gritos.

II

Entre el sordo rumor del tropel, se entreabrió la pesada puerta. Casqueó la ametralladora, situada en ángulo hacia la izquierda, mientras nosotros le metíamos el pecho a la gran aventura. Fue un tiempo tan corto el transcurrido entre el silencio de la ametralladora, que indicaba, según instrucciones, nuestra oportunidad de movernos hacia la izquierda para dar tiempo a que la otra ametralladora barriese el lado opuesto, que sólo nuestra tensión y seguridad de morir en caso de perder la oportunidad, hizo posible que notásemos la pequeñísima tregua. Aunque estaba oscuro, yo adivinaba quiénes eran mis compañeros. De pronto nos viramos hacia el fortín y disparamos. Era la señal. La puerta se cerró pesadamente y los briosos caballos se estrellaron contra ella, mientras arriba reventaban los fogonazos.

“Bien se está portando Bill”, pensé. Y corrí por entre el tumulto y los albornoces, buscando a tientas una bestia.

Debió ser el cabo Duchesne aquel que me dio una palmada en la espalda, mientras yo trataba de subir a caballo, apoyándome en un moro muerto. De golpe sentí que se alejaba. Uno alto y sombrío se me acercó, haciendo caracolear su animal, con el rifle en alto.

—¡Siga! —roncó.

Poco a poco, la morisma iba retrocediendo, para cargar de nuevo. Unos alaridos horribles subían hasta el oscuro cielo. Los tiros resonaban como cohetes. Puse frente al Norte. Sentía mi albornoz batiendo a la escasa brisa. A poco, el sargento me alcanzó y me pasó.

—¡No pierda mi dirección! —ordenó.

Allá atrás seguían tronando los tiros.

El amanecer del desierto es algo impresionante. Antes de que salga el sol, el cielo se hace blanco como la leche, lívido, mate. Aparecen después grandes manchas rojas, como si la sangre de todos los que han muerto allí, desde los días de Cartago hasta ahora, se mostrara allá arriba a los ojos de los desesperados caminantes.

Frente a nuestros caballos incansables, las arenas iban cobrando un color amarillento. No corríamos, volábamos. Debía faltar todavía una hora para la salida del sol; teníamos cerca de dos en la marcha, y todavía no habíamos cambiado una palabra. El sargento detuvo de pronto su cabalgadura y yo hice lo mismo. Él se levantó sobre los estribos y miró hacia el Sur.

—Nada —aseguró—. No se han dado cuenta. Hemos tenido una suerte loca.

—¿Y el cabo? —pregunté.

—Debe ir adelante. Nos precedió en casi un cuarto de hora.

—¿Sabía él el camino?

—Sí.

—¡Oh! Creo que nos hemos escapado de una grande —aventuré sonriendo.

—No tanto —explicó el sargento—. Hacia aquí —dijo señalando a su derecha—, están por lo menos dos oasis donde debe tener Ben-el-Sulij avanzadas de observación. Quizá tengamos todavía un disgusto.

Los animales resoplaban, sudados, y tascaban los frenos. El sargento acarició el cuello del suyo.

—Caballo de jefe —aseguró—. No había acabado de caer su dueño cuando yo lo monté. Tuve que empujarlo.

Sonrió, desfigurando la cara llena de cicatrices.

—¿Sospecha usted por dónde vendrá la columna?

—Sí. Debe estar ahora entre Sub-Atec y Lunert.

—¿Y si hubiera pasado ya hacia el fortín, por otra vía?

—No lo creo. Si ha ocurrido así, nos presentaremos en Ajedon, simplemente. ¡Vamos!

Una hora después, en el confín del horizonte, culminando una duna, vimos un jinete.

—¡El cabo! —grité.

Difícilmente podíamos darle alcance. Sólo nuestros ojos ansiosos podían alcanzar aquella figurita lejana, que se perdió de pronto en el declive de la duna. El desierto entero se mecía bajo el sol, como un mar inquieto. El sargento recorría con la vista, a trechos, todo el horizonte. Parecía inquieto, mientras montaba erguido, como si hubiera nacido sobre un caballo. El sol calentaba la llanura arenosa, y quemaba nuestros rostros. Infatigables, nuestros potros de pura raza parecían beberse las distancias.

—¡Allá! —gritó de pronto el sargento señalando con la mano una mancha confusa, que se perdía y reaparecía.

Apretamos los talones sobre las bestias. Vimos cuatro o cinco hombres, tan lejanos que no parecían sino sombras.

—¡Persiguen al cabo! —aseguró el sargento.

Corrimos más. Ya no era posible ir más de prisa. Oímos, debilitado por la distancia, un disparo y después otro y otro. Teníamos el corazón en la boca. ¿Nos habrían descubierto? El sargento enderezó hacia la mano diestra. Íbamos tan veloces como el propio viento. De pronto vi al cabo en un descenso. No lo perseguían. Nadie podía sospechar qué éramos ni en qué andábamos.

—¡El cabo está allá, sargento! —grité.

El sargento, que me llevaba alguna distancia, gritó en un francés horrible, de muelle marsellés:

—¡No se trata del cabo, es que están tratando de atraer la columna o la están paqueando! —ya era más grave el asunto. Si la columna estaba tan cerca, no veíamos cómo podíamos detenerla en medio del desierto, en lugar sin defensas posibles, y tener tiempo de enviar correos a Aj-e-don para que mandaran refuerzos. Si los moros vigilaban la columna, nada nos salvaría. Esa noche iba a ser fiesta para la gente de Ben-el-Sulij.

No veíamos al cabo, pero de pronto surgió el caballo sobre una eminencia arenosa. Estaba solo y se veía pequeño, erguido con el cielo claro del desierto por fondo.

—¡Han muerto al cabo! —exclamé.

Sin decir palabra, el sargento torció y siguió marcha. Nos acercábamos a todo correr. Ya veíamos distintamente la montura, ya iba cobrando su tamaño natural. Necesitábamos andar mucho todavía para alcanzarla. Corríamos, corríamos. La mañana del desierto nos vendía a cualquier avanzadilla mora. De pronto vimos al cabo rodar por la ligera pendiente.

—¡Cabo Duchesne! —tronó el sargento.

Nos tiramos al suelo. Allí estaba el cabo, con la faz contraída de dolor, la mano sobre el pecho, lívido. Cerca estaba el caballo, como esperando a su jinete.

Con la cabeza del compañero entre sus piernas, el sargento empezó a machacar no sé qué raras palabras.

—Herido —dijo alzando los ojos.

Se puso en pie. Veíamos sobre nuestras cabezas el cielo claro y teníamos por delante todavía lo peor de nuestro deber. Poco a poco, el cabo abrió los ojos.

—No es nada —musitó—. Estoy herido desde anoche. Sigan.

El sargento me hizo una señal. Entre los dos lo cogimos y nos fuimos moviendo penosamente por la arena con aquel cuerpo a plomo. El sargento pidió que le permitiera llevarlo. No puedo explicar cómo resistió aquel caballo la carga, después de una caminata tan larga. Así, a paso moderado, fuimos caminando mientras ojeábamos la distancia. El herido se quejaba de vez en cuando y suplicaba que le dejáramos morir en el desierto. Realmente impresionados, el sargento y yo nos veíamos y en esa mirada había un pacto de caballeros: moriríamos los tres o salvaríamos al cabo.

Pero también era nuestro deber salvar a la columna.

Caminábamos entristecidos, tratando de ganar tiempo y de no malograr al herido, cuando nos sorprendió de súbito el aullido horrendo de la morisma. Dejamos, rápidamente la hondonada y arriba vimos el tropel de moros feroces avanzar a todo el galope de sus caballos. Allá lejos, una docena de legionarios se echaban en tierra, buscando defensas imposibles.

—¡Avanzada de la columna! —gritó el sargento—. ¡Estamos perdidos!

Entonces el cabo levantó un poco la cabeza. Parecía un moribundo.

—Cumplid con vuestro deber —dijo—. Id al lado de los nuestros. Yo trataré de llegar hasta el grueso de la columna.

Del arenal salían olas y olas de moros. Aullaban de alegría y de salvaje ira.

—Nos juntaremos con los nuestros todos —afirmó el sargento—. Usted sabe todo, cabo. Valdrá más morir entre franceses que morir solos en el desierto.

Y antes de que los atacantes lograsen cerrar el asedio que iban tratando de realizar, corriendo en medios arcos gigantescos, nos deshicimos de nuestros albornoces y corrimos a todo galope. Sorprendidos, los hombres de la Legión cesaron de disparar.

—¡Vive la France! —tronó el sargento desde encima de su caballo.

Una bala mora, certera, le desplomó el animal entre las piernas, al tiempo que pisábamos el terreno defendido por nuestros compañeros.

*

Nunca podré explicarme claramente qué pasó allí, ni sabré decir jamás por qué estaban en tal sitio quince o veinte legionarios, ni cómo caímos nosotros entre ellos ni cómo nos salvamos. Desde luego, esto sí lo sé: nos salvó la Legión. Pero ¿cómo llegó el cabo Duchesne, o Duhamy, o como se llamara, hasta el grueso de la columna? ¿Qué estrella le acompañó y qué protección divina lo hizo pasar por entre los moros desapercibido? ¿Cuándo se fue, herido malamente como estaba? Lo ignoro. Entre mis recuerdos de aquel día, la bruma llena gran parte y el delirio en que me postró aquel balazo en la cara sólo me conduce al instante en que oía gritar al sargento, como un endemoniado:

—¡Couchons! ¡Hijos de...!

Veo, como si estuviera sucediendo ahora, al soldado de ametralladora, sonreído, con un brillo diabólico en los ojos, repasando moros con su arma mortífera. Recuerdo el ensordecedor y acongojante griterío, los caballos cayendo entre el polvo y el estrépito, la sangre, embarrando de rojo aquel cuadro fantástico del desierto.

Y no puedo decir nada más. Gritaba el sargento, se llevó una mano al hombro izquierdo, frenético, como loco; sentí el rostro quemado, se me huyó el horizonte y una luz azul vivísima me cegó. Al caer, me parecía ir por una sima interminable.

Muchos días después, cuando pregunté por el sargento, me contestaron así como:

—¡Oh! ¡Une brave! ¡Une brave!

Y no entendía nada, porque recordé aquella tarde, cuando en el fortín desamparado, en la inmensidad del desierto, frente al horrible pensamiento de una muerte segura, aquel hombre rudo, feo, vulgar, se había erguido como un héroe y lloraba lágrimas candentes, mientras el cabo Duchesne saludaba militarmente el pabellón tricolor.

Oí una voz:

—No importa, Giacomo. Siempre pasa algo, algo siempre. Lo digo yo, Giacomo.

—Ma non para il caporal, Bill —respondió la voz chillona del italiano. Y como yo estaba débil, y me sentía solo y triste, huérfano de afectos, sentí deseos de saludar la muerte del sargento con una lágrima que me iba brotando del corazón. Y para que no lo notaran los compañeros, me tapé el rostro con la sábana.

En el patio clamaba la corneta, heroica, vibrante.

Lo que voy a contar ahora no lo supe entonces, sino dos años más tarde, en París. Tardé todo ese tiempo para lograr hilvanar la historia cuya tragedia central tuve oportunidad de entrever en el fortín del desierto, una noche lóbrega.

Albert Luis Duhamy era hijo único. El general Duhamy era un simple oficial del ejército colonial cuando empezó su romance con la madre de Albert Luis, romance que interrumpió la guerra de Indochina y que no tuvo culminación sino diez años después, cuando el oficial volvió a la vieja mansión que la familia tenía en los Pirineos franceses. Apasionada y débil de constitución, como sería su hijo, Blanca Bearveauis (y otros apellidos que no recuerdo) esperó a su prometido sin salir un día de sus habitaciones. El matrimonio se hizo a la manera de los días del Imperio, con toda pompa y celebración popular. Blanca vivió escasamente diez meses: murió al dar a luz a Albert Luis.

Para criar el vástago se llevó una nodriza, una joven de familia distinguida venida a menos, cuyo esposo estaba enfermo. Tanto quiso y tan bien trató a Albert Luis, que lo tuvo a su cuidado hasta los ocho años, cuando ella murió, dejando una nena de año y medio. El desconsuelo de Albert Luis fue inenarrable. Lo mismo que su madre, él era apasionado y débil. Para compensar en algo el afecto que la joven nodriza había tenido para su hijo, el coronel Duhamy decidió encargarse de la crianza de la hija. Así, los dos muchachos fueron creciendo, ella protegida por él, él sintiendo desde niño que aquel ser gracioso, inquieto, que hablaba con ceceos y con palabras cortadas, necesitaba de su cuidado y de su afecto.

Tendría cinco años la niña cuando el coronel pasó a París, a un puesto en el Estado Mayor. Se llevó a su hijo y a Jeanette. Albert Luis empezó sus estudios en un liceo juvenil y, ya jovencito de bigote naciente, se inclinó a estudiar Derecho.

Inconsciente de la belleza que iba despertando en Jeanette, él la seguía tratando como a una hermanita, y así hubiera continuado, de no estallar entonces la guerra europea, en la que se fue a defender su patria antes de que el padre le reclamara siquiera la necesidad de que procediera como un Duhamy de sangre.

Herido dos veces, pidió que no lo mandaran a París, sino que lo trataran en los hospitales de las segundas líneas. Fue citado en tres ocasiones en la orden del día y se pidió su ascenso a cabo. Año y medio tendría de campaña cuando se le notificó que podía tomar una licencia de quince días. Y fue a París.

Cuando tocó en su casa, sin anunciar que iba, y le abrió la puerta una vieja criada ya medio ciega, sintió de pronto que renacía en él el niño de la montaña pirenaica, que extraños efluvios le sacudían y que la vida lo solicitaba de nuevo, con sus encantos y con sus dolores. Entró. Fue entonces cuando se

dio cuenta de que no podía andar como antes, de que no era el hombre aturdido de la trinchera, de que había algo más que el sentimiento del deber y el de la patria en la vida: tenía a su frente una sonrisa maravillosa de mujer, unos ojos negros vivaces, fulgentes y asombrados. De pronto aquel rostro encantador se abrió en una mueca de indecisión y oyó una voz dulce, aguda, única, que contenía todas las músicas celestiales, gritar con indecible entusiasmo:

—¡Albert Luis, mi vida!

Y al estrecharla, al sentir aquel cuerpo perfecto entre sus brazos, y su perfume discreto y gentil, y su cabello color de cobre, y su frente, y todas esas cosas que notó en un segundo, comprendió que Jeanette había dejado de ser su hermana para ser otra cosa: la mujer amada.

Y sintió vergüenza de sí mismo, pero al mismo tiempo, la grandeza del amor. Mientras duró la licencia, fue feliz. Pasearon por París, uno del brazo del otro, y los transeúntes se volvían regocijados para verles, comentando entre sonrisas pícaras. Iban y venían, entraban en los cafés, en los cines; paseaban por los bulevares. Un día él la vio enrojecer porque una mujer de barrio, entusiasmada, gritó a su vera:

—¡Bello soldado! ¡Dios lo proteja para que vea la paz!

Pero jamás se dijeron nada. Se temían. Había entre ellos el temor que impone el prejuicio. Ella consideraba que debía quererlo como un hermano, él también. De noche, Albert Luis no dormía. “Mañana se lo diré”, pensaba. Pero al otro día no se sentía con fuerzas suficientes para hablar. ¡Ah! ¡Si se hubiera tratado de un nido de ametralladoras! No podía. Era más fácil un asalto a media noche que mirar a los ojos de Jeanette y decir:

—Te amo, Jeanette.

Tenía miedo de lo que ella pensara; tenía miedo de que ella no viera en él otra cosa que un hermano. Y con ese miedo

le sorprendió la hora de partir. Al ir a las trincheras, no tenía igual valor que la vez anterior. Escribía, escribía, semanalmente, a veces hasta dos veces en una semana. Herido de nuevo, en una pierna, lo calló para no hacerla sufrir. Sus cartas eran tiernas, pero fraternales. Tenía miedo de que aquella boca se frunciera de asombro si él le confesaba su sentimiento, de que aquellos ojos no le vieran más.

Pidió licencia otra vez, un año más tarde, y le fue negada. No pensaba en otra cosa que en el fin de la guerra. ¡La guerra! ¿Por qué aquella maldición inacabable? ¿Por qué tenían los hombres que matarse como perros, si atrás estaba el amor, esencia de la vida? ¿Por qué había de estar él herido en trincheras llenas de lodo, disparando, si en París estaba Jeanette, con sus ojos negros adorables, con su sonrisa maravillosa?

Vino la marcha hacia el Este. Cañones, soldados, tanques, aviones. Era interminable aquello. Día y noche, noche y día, los caminos crujían al peso de tantos y de tantos hierros. Marchas, marchas y marchas. No se descansaba. Los alemanes perdían terreno, después de la segunda batalla del Marne, y entre la locura del avance, entre el embrutecimiento de tres años de guerra, el soldado no pensaba en otra cosa, ni podía pensar: de noche, cuando caía rendido en un jergón, tras un asalto corto y mortífero, tras un bombardeo crudelísimo, solía soñar. Y quizá cuando el ya sargento Albert Luis Duhamy, molido, barbudo, sucio, amargado, empezaba a soñar con unos ojos negros, con un cabello dorado, estallaba cerca el obús o sonaba la voz del oficial:

—¡Alors, garçons!

Y la guerra, ¡la guerra! Ya era imposible que aquello durara. Supo un día, por una carta y por unos periódicos enviados por el padre y por Jeanette, que el coronel Duhamy había sido promovido a un cargo de mayor cuidado y que le habían encargado de una misión militar en el departamento colonial.

Se alegró, pero compadeció a su padre, que había nacido entre soldados, había vivido entre campañas y no había conocido otro amor que el santo de la muerta. En la vida del coronel Blanca de Bearveauis sería como una sombra iluminada, llena de candor, de dulzura.

Al final de la carta, su padre le decía: “Es posible que cuando vengas te demos Jeanette y yo una sorpresa. Todavía no puedo asegurarte nada; pero sé que te agradará lo que sea y que probablemente te hará feliz, por el amor que profesas a Jeanette y a tu padre”.

La carta de Jeanette terminaba así: “Quiero que la guerra termine para darte una noticia que no sé cómo te caerá. Es algo que necesito de ti, de tu aprobación, de tu calor fraternal”.

Pensando y pensando, apenas pudo esa noche dormir. Creyó entrever en aquellas líneas una velada alusión a que el padre sabía o suponía algo, a que pensaría en darle la sorpresa de entregarle la mano de Jeanette. Fue feliz con sólo imaginárselo. “Ella se lo ha dicho” —pensaba.

Y la guerra no duró mucho. La comida americana, las municiones americanas, los cañones americanos; todo lo que la gente del otro mundo llevó, en millares y millares de piezas, en millones y millones de frascos de medicinas, de ropas, de dineros: todo eso aplastó el germano como si se hubiera tratado de una ofensiva formidable, hecha con inagotables reservas de soldados y de cañones.

Un día alguien gritó en la trinchera: “¡Paz! ¡Paz! ¡Hay armisticio!”. Y la tropa enloqueció de alegría, saltó, se tiró afuera, tiró los fusiles. Roncos, frenéticos, borrachos de emoción, los soldados empezaron a cantar himnos, canciones inmorales, y algunos daban aullidos feroces, clamando por sus hijos, por sus padres, como si no les hubieran de ver más, como si no hubieran vivido aquella horrible pesadilla

de la guerra y logrado salvarse para ver a los seres queridos. “¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!”.

Y vinieron entonces los días más duros, los más largos, los más dolorosos, los inacabables: los días de la desmovilización. Cada quien creía que jamás retornaría. Los hombres del campo, los que habían abandonado sus siembras y sus casitas pequeñas y bien puestas para acudir a la defensa de la patria y de la democracia, lloraban como niños cuando pasaban cerca de una huerta o de una hortaliza, de las pocas que se conservaban a retaguardia. Era el círculo más doliente de todo aquel infierno sobredantesco. Al cabo de la hecatombe de cuatro años, los que sobrevivían lloraban porque no creían lo que sus ojos veían, y la espera final les parecía más larga que los días de sangre.

Así, cuando al cabo de dos semanas de espera en cuarteles, de cambio de trenes, de estaciones para conseguir documentos, de detenciones, el sargento Albert Luis Duhamy, condecorado con la Cruz del Mérito y mencionado tres veces en las órdenes del día, llegaba a París, enjuto y duro, anegado, con los ojos brillantes y metálicos, creyó, al entrar el tren en los suburbios, que tenía que atravesar otra vez un camino tan largo como el de los cuatro años que habían transcurrido. Banderas, músicas, vivas. El pueblo alcanzaba a los vencedores que retornaban. Albert Luis miraba con ojos ansiosos. ¡París! ¡París!

En la estación le esperaban su padre y Jeanette. No supo qué hizo. Se lanzó como un loco entre la bandada de la gente, de la tropa, abrazó a la muchacha, hasta hacerla gritar, y se volvió después al padre, que le estrechó emocionado, mientras parte del público rompía en atronadores aplausos, señalando la condecoración del soldado.

Fue camino de su casa, en el taxi, cuando preguntó por la sorpresa.

—Te la diré en casa —respondió el coronel, paternal y benévolo.

En la casa, tras el baño, el cambio de ropas, que no le sentaban bien y con las cuales no se sentía a gusto, tras la cena opípara, la charla y el rápido contar de algunos episodios, vino la confidencia.

El coronel llevó a su hijo a su despacho, le miró gravemente, mientras él sonreía a Jeanette, que mostraba su rostro gracioso por la puerta, en el fondo del pasillo.

—Hijo mío —resonó la voz paternal—, tengo que confiarte un secreto sagrado. Pon parte de tu afecto, serenidad y buen juicio antes de juzgar lo que te voy a decir.

Albert Luis se asustó. Presintió algo trágico, tremendo, inexplicable. Y oyó decir a su padre:

—Quiero casarme con Jeanette.

El hijo quiso hablar y no pudo. Se sujetó de pronto a una mesa, miró fijamente al padre, se mordió los labios y sonrió.

—¿Te quiere ella? —preguntó.

—Creo que sí, pero no puedo asegurarlo.

Albert Luis se volvió, haciendo que veía un cuadro, se pasó la manga de la americana por los ojos y dio el rostro reído a su padre.

—Muy bien, papá —dijo.

Y le tendió su dura mano de soldado, de héroe de la patria, que ardía esa noche, como una llama inextinguible.

Albert Luis creyó que se moría. Las luces, los muebles, los cuadros: todas las cosas giraban vertiginosamente a su alrededor. Entonces se sorprendió oyéndose a sí mismo decir:

—Yo también tengo algo parecido que comunicarte, papá.

El viejo militar reía complacido. Estaba orgulloso de su hijo y de su amor.

—¿Estás enamorado?

—Sí —respondió—; pero tendrás que perdonarme que no te diga de quién. Lo sabrás dentro de una semana.

Se sentó. El padre lo miró pícaramente.

—Estoy cansado, papá —dijo.

Afuera tronaba París; tronaba de taxis, de autobuses, de tranvías; tronaba de gritos y de músicas. Padre e hijo se miraban adentro. De pronto Albert Luis se puso en pie y en voz melosa empezó a decir:

—Papá, tengo un hambre loca de divertirme. Voy a salir. Hace cuatro años que no veo París del todo; hace cuatro años que no he hecho otra cosa que matar y evitar que me mataran.

—¡Por la patria! —casi gritó el viejo soldado.

—Por la patria, sí; pero ahora es justo que la patria me dé un poco de aturdimiento.

—Vete hijo. Pero espera; quiero que nada te falte. Aguárdame un momento.

Cuando el padre salió, Albert Luis se metió la cabeza entre las manos y sintió que se le estaba despedazando el corazón.

—¡Ella! ¡Ella! —murmuraba—. ¡Jeanette, mi Jeanette!

Nunca, en cuatro años de horror, de trincheras, de muerte cruel, había sufrido tanto. De haber sido menos fuerte, hubiera llorado lágrimas de sangre.

Oyó pasos e irguió la frente. El padre sonreía.

—Dos billetes de a mil. ¡Gástalo todo, hijo, que más merece quien ha dado su juventud a la patria!

Albert le abrazó y se tiró a la calle. Anduvo como sonámbulo, hasta que encontró un antiguo compañero de armas. Estaban en *Batillerie*. La gente iba y venía, jubilosa.

—¿Cuánto tiempo hace que no tomas buen vino, Henri? —preguntó Albert Luis.

El otro conservaba su uniforme gris. Sonó los labios.

—¡Oh! ¿Buen vino? He perdido la memoria, camarada.

Rieron ambos. Henri era panadero, un pobre muchacho, un buen compañero, tímido, discreto, con cierto aire infantil que lo hacía amable.

—Buscaremos una taberna, Henri, bien escondida. ¡Tengo unas ganas locas de emborracharme!

—Como en Soissons, ¿recuerdas? ¡Ah, la petite Annie!

Y recordaron. En Soissons, mejor dicho, en los suburbios de Soissons, su escuadra fue destinada a un puesto de avanzada, dentro de los límites urbanos. Lograron entrar en un granero, a cubierto de la artillería, que iba derribando casa por casa la castigada región. En una lucha horrible, a pura bayoneta, peleando hombre a hombre, los boches tuvieron que dejarles el sitio a los suavos. Acababan de instalarse cuando notaron ruido en un rincón. Uno de los soldados se lanzó con la bayoneta calada.

—¡Hey! —gritó una voz femenina.

Y cuando salió del heno aquella figurita graciosa, esbelta, pálida de terror, todos se sintieron conmovidos.

—Estaban aquí desde por la mañana —explicó—; y yo no he comido por temor a que me vieran. ¡Nunca hubiera consentido en que me besara una bestia de aquellas!

Ellos trataron de consolarla.

—¡No! ¡Sí ya estoy bien! Ahora los voy a besar a todos, para que vean cómo los quiero.

Los soldados reían a más no poder. Al cabo, un romance delicioso se estableció entre el sargento Duhamy y Annie “la del granero”, como le llamaron siempre. Pero aquel romance terminó un día: había que seguir, que seguir, que seguir. De vuelta, tiempo después, el sargento y Henri preguntaron por Annie.

—Me la llevaré a París —aseguraba Albert Luis.

Y por las explicaciones que les dieron, sacaron en limpio que la muchacha se había ido con un oficial de enlace, hacia la retaguardia.

Ellos rieron. Era la guerra.

—Oh, Henri. ¡Cómo se aprovechaban los emboscados de su tiempo!

Y para celebrar la birlada que les diera el emboscado, gastaron las economías bebiendo un vino horrible, hasta que, ya borrachos, sintieron el roncar de un avión que iba desgranando bombas arriba. Cuando se levantaron, apenas quedaban dos paredes en pie.

—No me acostumbro —explicó Henri—. Oigo un autobús y miro temeroso hacia arriba. Ayer estaban maniobrando los aviones. Todavía me asustan. Todos los días me asombro de despertar en una cama, aquí en este París.

—Aquí —dijo Albert Luis señalando una puerta.

Entraron. El humo, los chistes gruesos de las mujeres descaradas que bebían aguardiente; la música de una vieja pianola: todo indicaba que aquello era de lo peor. Pero los dos veteranos no querían otra cosa. Y entre humo, mujerzuelas y vino, pasaron dos horas, tres horas, enloqueciéndose y gritando. Al fin salieron. Iban cantando a plena voz coplas indecentes de trincheras, abrazados, contentos como niños.

Albert Luis despertó en una habitación oscura, con una mujer al lado. Al pie de la cama roncaba Henri. Duhamy se levantó, asqueado, dio un puntapié a su compañero y le gritó:

—¡A las armas!

El otro se incorporó asustado. Salieron. El sol de invierno se insinuaba sobre los tejados de la vieja ciudad. Desayunaron en un restaurant de mala muerte. Después Henri tuvo que irse y Albert Luis se quedó solo y con su martirio. Al fin pensó súbitamente.

—¡La Legión!

Y sin esperar a meditarlo, tomó un taxi y dio la dirección de la Rue Dominique. Un hombrecito de ojo zahorí, calvo, le preguntaba:

—¿Qué dirección quiere?

—Luis Duchesne.

—¿Desea conservar su incógnita?

—Desde luego. Que nadie sepa quién se ha inscrito aquí.

—¿Instrucción militar?

—Sargento, cuatro años de campaña en el frente central.

El hombrecito sonrió satisfecho.

Otros reclutas esperaban turno. A Albert Luis le dieron unos papeles y le rogaron que volviera en la tarde. Hizo hora, entreteniéndose por los bulevares. Cuando retornó le hicieron entrar en una habitación llena de aparatos de observación. Un médico silencioso, viejo ya, le hizo un examen completo, desde los pies hasta la cabeza. Media hora más tarde tenía la enhorabuena del hombrecito calvo. Sonreía mucho.

—Tendrá que servir como recluta siete meses, a pesar de su instrucción militar. Será enviado a Indochina.

—Hubiera preferido África —lamentó él.

Pero no fue ni a Indochina ni a África, sino a Siria. Un año estuvo allí, en campos de entrenamiento y en servicio de patrullaje por el desierto. Un año sin la menor aventura, sin la menor noticia del mundo, ignorando la suerte de Jeanette y de su padre, la suerte de Francia y de sus amigos.

Al atardecer, cuando el sol del desierto descendía como una bola de fuego inmensa, y el arenal empezaba a despedir ese calor de llamarada que quemaba la piel, el recluta Duchesne, silencioso y retraído recordaba el pelo bronceado de Jeanette, su perfume, su risa, sus ojos maravillosos.

—¡Diez años! —se decía—. Cuando retorne, si vivo para entonces, ella me habrá olvidado del todo, tendrá hijos, que serán mis hermanos; mi padre estará blanco de canas y vivirá feliz, como un viejo de cuentos.

Un dolor inexplicable le iba llenando el pecho. Le fastidiaba el calor, le fastidiaba la inacción, le cansaba la vida muerta

de la Legión. Pero un día por fin fue llamado con otros compañeros y se le ordenó que se preparara a salir. Estaba destinado a África. Dos compañías enteras pasaban a la tierra bravía de Algeria. Hasta su retiro del desierto asiático, llegaban noticias de la rebelión mora, que se recrudecía cada año, como planta que crece invariablemente en primavera, no importa que la corten.

El primer acto heroico del soldado Duchesne, el que le conquistó la admiración de “les enfants terribles” de la tropa colonial, fue el siguiente: una columna abastecedora se dirigía hacia las faldas de Atlas. Llevaba municiones, medicinas y comida. Fue asaltada inesperadamente, sin paqueo previo, por unos doscientos moros de a caballo. El soldado Duchesne estaba todavía sin foguear. De manera que no hubo indisciplina, según alegó el oficial, sino entusiasmo de combatiente o desorbitación del sistema nervioso, cuando, lanzándose con ímpetu salvaje sobre un montón de moros, aquel soldado silencioso arrebató un alfange a un enemigo y se encontró a caballo entre los propios atacantes, combatiendo como una fiera. Nada hubiera podido sorprender más al moro que la agresividad de aquel legionario, y nada podía entusiasmar más a los compañeros que el valor inconcebible de aquel hombre. El lema de la Legión era “ir todos a donde vaya uno”. De manera que los legionarios cumplieron su deber cuando se lanzaron, aullando como perros rabiosos, sobre los moros asombrados. Y el rápido ataque, el inesperado sistema de combate, asustó a la morisma, que volvió grupas. Los demás imitaron a los primeros en huir. La certera puntería de la Legión fue sembrando el lugar de cadáveres. Nunca recordaba un oficial un ataque tan velozmente deshecho ni con tan pocas bajas. De manera que estaba realmente entusiasmado cuando pidió una mención especial para el raso Duchesne y, a ser posible, un ascenso.

El ascenso tardó mucho en llegar. Lo concedieron después de varias acciones, entre las cuales la más destacada fue la de evacuar una comisión secreta que suponía un gran riesgo. Yo estaba ya en la Legión y recuerdo el caso:

Se hablaba de una próxima revuelta. Teníamos más de tres meses de calma y la Legión empezaba a desesperar. El legionario no estima la paz, entre otras cosas, porque no hay oportunidad para el pillaje ni para el ascenso. El ascenso significa mejor sueldo y hasta posibilidad de pasar a distintos cuerpos del gran ejército colonial. Estábamos así, maldiciendo de la paz, cuando llegaron los rumores. Un día fueron llamados varios soldados, de los más destacados por su valor y discreción. A Duchesne se le confió un encargo que consistía en recorrer determinada parte del territorio vestido de moro, con objeto de conseguir informes que parecían muy importantes para el Estado Mayor. Y Duchesne se fue; estuvo un mes afuera, sin que se tuvieran noticias suyas, al mes retornó, no con los secretos, sino con un prisionero que era nada menos que Rain-Bej-í, ¡Rain-Bej-í! ¡Ningún legionario lo hubiera sospechado nunca! Rain-Bej-í era francés.

Durante cerca de tres años, Rain-Bej-í estuvo dándoles que hacer a las autoridades coloniales. Comandaba una partida que operaba con una velocidad y un acierto asombrosos. No tendría arriba de cincuenta moros, eso sí, aguerridos todos y todos bien montados; y, perseguido hoy en un punto, atacaba mañana por sorpresa cuarenta millas distante. Jamás se pudo saber dónde se escondía ni cómo se las arreglaba para mantener intacta su partida. Todo eso lo averiguó y lo arregló el soldado Duchesne. Según se nos explicó después, ocurrió así:

Predicando la guerra santa contra el invasor, un árabe desconocido fue recorriendo kábilas, zocos, oasis, sin que nadie supiera de dónde venía ni a dónde iba. Un día aquel árabe fue

invitado a ver a Rain-Bej-í. No quería él otra cosa. Durante cerca de veinticinco días obtuvo informes, noticias que iba recogiendo con celo y guardando en notas que escribía de noche y que escondía entre la ropa.

Para ver a Rain-Bej-í tuvo que viajar día y medio, con sólo un compañero, eludiendo las rutas frecuentadas. Llegó de noche a la falda de la cordillera, se le hizo subir cerca de cuatro horas por vericuetos y barrancos. Iba sereno. Sabía que al menor descuido, si sospechaban su superchería, le darían una muerte cruel. Pero ¿qué otra cosa mejor, que morir en la oscuridad de la montaña, podía esperar un hombre que había recibido de manos de su propio padre el golpe que había recibido él?

Mientras caminaba veía las estrellas arriba, titilando y enviando su luz al lóbrego desierto. Ascendía y pensaba. Una tristeza enorme iba descendiendo desde las estrellas y adueñándose del bravío mundo que le rodeaba. Silencioso, el moro caminaba a su lado, infatigable. Sería media noche cuando el moro señaló el fondo de un barranco y dijo:

—De aquí sigue solo. Allá abajo le espera una persona que lo conducirá a la tienda de Rain-Bej-í.

Duchesne miró fijamente al moro.

—Saben quien soy —pensó—; me matarán sin remedio. He caído tontamente en una emboscada.

De inmediato recordó los informes que tenía y que debía entregar. Si moría en tal momento, el Estado Mayor carecería de noticias preciosas, que podían evitar muchas desgracias. Pero decidió afrontar el peligro y descendió lentamente, procurando no desbarrancarse por aquella senda infernal. Allá abajo, nadie. Sintió el ruido que hace el caballo al patear en la roca. Debía haber gente. Anduvo. La noche cerrada no le dejaba ver. Llevó la mano al puñal. La sombra se le acercó y dijo algo. Echó a andar. La sombra levantó de pronto una

cortina y mostró la entrada de una cueva. Una lucecita parpadeaba en el fondo. Nadie. Se volvió intrigado. Entonces oyó que la sombra, inclinada, decía:

—Sed bienvenido a la casa de Rain-Bej-í.

—¿Y el huésped? —preguntó.

El moro, alto, mostrando unos dientes blanquísimos a la débil luz, respondió lentamente.

—¡Oh viajero del desierto, que predicas la guerra santa y no la practicas! Rain-Bej-í es quien tiene el honor de hablarte.

Como picado por un animal, Duchesne se volvió impresionado. Él conocía esa voz. Él había oído esa voz en algún sitio. Recordó de súbito un día, en los primeros de la guerra: un mocetón de la Picardía había dicho: “Yo peleo por la libertad de Francia y también pelearía contra Francia por la libertad de otros pueblos”. Sintió que le abandonaba su serenidad. Habló sin embargo:

—Nunca creí alcanzar la honra de hablar con Rain-Bej-í, el caudillo invencible, que ha heredado de Mahoma la fe y la sabiduría —dijo.

Pero siguió recordando al mocetón de la Picardía, y evocó el disgusto que tuviera un día con un sargento, y como supo más tarde que el sargento había sido muerto y el matador había desertado. Por eso, cuando el moro tornó a hablar, él preguntó, intrigado:

—¿Puede saberse por qué el magnánimo Rain-Bej-í vive tan solo y tan apartado de sus valientes soldados?

—Porque Rain-Bej-í conoce mucho al francés y sabe de qué son capaces, y sabe también que el dinero de los blancos corrompe todas las almas.

—Allah es grande y él da sabiduría a sus elegidos —respondió Duchesne.

El otro sonrió con malicia.

—Sí—dijo con una sonrisa cortante—. Allah me ha dado tanta sabiduría, que conozco a los impostores y sé traerlos a mi guarida.

Duchesne sintió el frío de la muerte helarle la espalda. Pero habló con voz metálica.

—También yo conozco a los impostores, gracias a la sabiduría de Allah, y sobre todo a los que olvidando sus deberes combaten contra la bandera que cobijó su infancia.

Rain-Bej-í tuvo un brillo relampagueante en los ojos. Se levantó sereno. De pronto dijo en francés:

—Lo siento; pero me has descubierto y vas a morir.

Duchesne se puso en pie:

—Yo también lo siento; pero me has descubierto y vas a morir.

Como dos leones que se miden en el desierto, aquellos hombres se miraron y se estudiaron.

De pronto habló Duchesne:

—En nombre de Francia, yo te prometo garantía de tu vida al precio de la mía. ¡No mates hijos de madres francesas para encubrir tu crimen! Francia olvidará ese crimen si sabes ser francés, y todavía es tiempo. ¡No mancilles la gloria de tu patria!

Sonreído, el otro le dejaba hablar. De pronto se sentó y dijo:

—Te mandé buscar, porque sabía quién eras. Estoy cansado. Hace más de un mes que sueño con mis hijos. El recuerdo de los míos me atormenta.

Con las sombras de la noche, dos hombres abandonaron la sombría montaña y tomaron la ruta de la costa.

*

Debido a todas esas hazañas, a su simpatía personal y a la distinción que emergía de todo su ser, de todos sus actos, el cabo Duchesne tenía el afecto de toda la Legión. Un viejo

soldado maldiciente, a quien le decíamos El Húngaro, que parecía un oso por la torpeza de sus movimientos, aseguraba sacarle un diente al primero que dijera algo desagradable de su admirado compañero. “El Húngaro”, que no bebía pero que actuaba siempre como quien está borracho, erizaba un copioso bigote gris que parecía de estopa más que de pelo, y ponía ojos paternos al hablar del cabo.

Cuando llegó al fortín la noticia de que se le había concedido a Duchesne la Gran Cruz del Mérito Militar y cuando el oficial, con voz turbia de emoción, aseguraba que era gloria de toda la Legión el hecho de que se le concediera tal condecoración a uno de los suyos, y cuando afirmó, lleno de orgullo, que desde los días trágicos de la guerra europea, ningún hombre había obtenido honor tan alto, los “enfants terribles” del desierto rompieron en gritos y en ¡vivas! atronadores y el mastodóntico Bill quería ahorcar a Giacomo que, con la lengua afuera y los ojos saltones, pedía misericordia “per la madonna” y echaba pestes contra el brutal americano.

¡Qué día aquel! Todavía sentido de mi herida, yo asistí, alegre y un poco emocionado, a la cálida demostración de cariño que quisieron darle los legionarios a su cabo. Cada uno llevó un regalo; la mayor parte consistió en cigarrillos, y como la ración era bien corta, ninguno estaba en condiciones de dar más de uno, legionarios hubo que concurren al obsequio colectivo con un fósforo; y quien, con un vaso roto, quien con un par de medias usadas. Era regocijante aquello, porque se había establecido como obligatorio que cada uno pronunciara un discurso y que se preparara una velada para la noche. El cabo hizo esfuerzos por no aceptar el homenaje, hasta llegó a encolerizarse. Yo le veía triste, alejado, y le compadecía, porque yo sabía que algo muy doloroso estaba clamando entonces en el fondo de su corazón. ¿No

eran tuyas las palabras de la noche horrible: “y que tengan la felicidad a que son acreedores ella y él”?

Pero el cabo tuvo que aceptar. Bill se plantó el primero frente al homenajeado, se llevó una mano al pecho, escupió, se volvió con ojos de becerro y enseguida se puso furioso.

—¡Perro sarnoso! —bramó dirigiéndose a Giacomo—. ¿Por qué no me dices cómo empieza el discurso? ¿No ves que lo he olvidado?

El concurso rompió en carcajadas atronadoras. El propio cabo tuvo que sonreír. Giacomo, chiquito y cabezón como era, con aquellos ojos negrísimos y vivaces, empujó al americano y se plantó en su lugar. Inmediatamente empezó a gesticular como una diva de ópera.

—¡Caporale glorioso de la invicta Legione! —empezó.

Pero ahí terminó el discurso, porque El Húngaro bramó como una fiera:

—¿Cómo te atreves a decirle esa palabra al cabo?

A seguidas erizó los bigotes, sopló como un oso, cogió al italiano por la cintura y lo tiró contra un rincón. Empujándose y gritando de júbilo, todos los muchachos iban cumpliendo su parte. Cuando terminó el acto, había a los pies de Duchesne un montón de cigarrillos.

En la noche por poco no matan a Bill, porque alguien descubrió que el cabo no fumaba y que él había usufructuado la mejor parte del obsequio. Fue entonces cuando los muchachos comprendieron por qué tenía Bill tanto empeño en que el regalo consistiera en tabaco.

*

Para el acto solemne de la condecoración se escogió el fortín de Aj-e-dón, no sólo porque estaba en una región que siempre había sido rebelde, sino además porque era amplio y era el más cercano al lugar de la acción por la cual se honraba al cabo.

Recuerdo el acto como ahora. Y lo recuerdo porque yo también, y perdóneseme esta mención que tenía pensado ocultar, fui distinguido con una cinta azul y roja y porque yo estuve toda la mañana al lado de Duchesne, bajo aquel endemoniado sol africano y porque, en fin, aquel es uno de los días más intensos de mi vida. Ahora diré por qué.

En toda la Legión se hablaba de que venían funcionarios y militares de Francia a imponer las distinciones. Se aprovechaba el día, 14 de julio, nada menos, para premiar a todos los anónimos héroes de la patria de la libertad. Nos tuvieron una semana entera repasando ejercicios, revisando rifles, arreglando ropa. El sol del desierto fulgía implacable. Nos asábamos. En todos los ámbitos del fortín, rumoraban las voces de los legionarios que hacían chistes o decían maldiciones.

El día grande, el día esperado, llegó al fin. Nunca floreció tan airosa la bandera francesa, como aquella mañana roja, cuando, entre el sangriento amanecer africano, sus tres colores heroicos y armónicos iban ascendiendo lentamente, al ronco son de los tambores y al metálico cantar de la corneta. Una cinta negra iba con ella, en recuerdo de los que habían caído defendiéndola.

A las diez, con nuestros uniformes rojos, azules y blancos, con nuestros rifles brillantes, con nuestros corazones rebosantes de orgullo, formamos en cuadro frente a la bandera y oímos el canto único de La Marsellesa, que iba extendiéndose por todo el arenal, por el espacio pardo, bajo el cielo diáfano y duro, y parecía llevar con él el espíritu inmortal de la Francia. Confieso que me sentí emocionado, y confieso que dejé vagar la imaginación un rato, y que recordé los días sangrientos del 1889 y del 1891 y que casi estuve al borde de abandonar mi proyecto de fuga, tan pronto como me cansara de la Legión.

A las diez y media estallaron las órdenes. Aparecieron de pronto los automóviles de la comitiva, entre una nube de polvo, y ya no pudimos ver más, porque debimos atender a la voz de mando que gritaba, estentórea:

—¡Firmes!

Cuando la corneta tornó a dejarse oír, doliente, en memoria de los caídos, traté de ver a un lado: allí estaba el cabo, silencioso y pálido. Otra vez la corneta. Esta vez oí mi nombre y oí el de mi compañero. Se nos ordenaba avanzar.

El silencio era tan grande, que se podía oír el paso del sol. La comitiva venía hacia nosotros. De pronto un anciano general se plantó a nuestro frente, abrió los ojos, como asombrado y murmuró con voz ronca:

—¡Mi hijo; hijo mío!

De golpe comprendí la situación. Había visto retratos del general Duhamy, además, estaba medio en el secreto. Por eso me volví para ver al cabo. Había palidecido más de la cuenta y apenas musitó:

—Papá.

Pero ambos se rehicieron de pronto. Cuando, con una mano temblorosa, el viejo soldado le colocó la condecoración, le vi las lágrimas asomadas a los ojos. Después se dirigió a la comitiva:

—Es mi hijo —dijo—, mi hijo, el que había perdido.

Aquellos engolados señores no comprendieron. Entonces el general abrazó al cabo. Fue un abrazo doble, de Francia a su legionario, y del padre al hijo.

—Albert; cuánto hemos sufrido, Jeanette te espera todavía, y te ama como ninguna mujer puede amar.

Velada por la moción, oí la voz del cabo:

—¡Oh, papá! Espero que ambos habrán sido felices.

—¿Felices? Felices seremos ahora, hijo —sonrió.

Al rato agregó:

—Ella me confesó que te amaba y que por lo mismo no podía aceptarme. Te espera.

No sé qué otras cosas se dijeron. Un coronel pronunciaba un discurso patriótico. Hablaba con el puño cerrado, con voz autoritaria y cortada. Recuerdo que dijo, al final:

—Igual que a los soldados de Napoleón los contemplaban cuarenta siglos desde las Pirámides, a vosotros, legionarios de Francia, os contemplan siglo y medio de gloria desde lo alto de ese mástil donde ondea el pabellón tricolor.

Hubo después charangas, brindis, fiestas para la tropa, sol para nosotros y para los señores de la comitiva, polvo, historias, y al final, la noche cansada y pesada del desierto.

*

Este final lo escribo aquí, en París, dos años después de aquel día memorable de la condecoración. Soy un desertor de la Legión. Lo hice como hago todas las cosas en mi vida. Quizá vuelva a China. Me gustaría tumbar aviones japoneses. Es probable que lo haga, si consigo hacer aquí un curso de aviación.

Estoy en París, Rue de la Madeleine abajo, en un hotelillo modesto. Acabo de venir de la casa del teniente Albert Luis Duhamy. De la boca admirable de Jeanette, que muestra unos labios tan finos y tan bien dibujados como nunca los soñaría hombre alguno, y unos dientes tan brillantes, tan blancos y tan parejos, como jamás los ha tenido mujer; de la boca de Jeanette he oído la historia de sus amores, y de la de Albert Luis la de su odisea después de la noche terrible en que su padre le habló de las probables bodas entre él y Jeanette.

Ambos ríen. El teniente, conmovido, asegura:

—No me gusta hablar de esto; pero le juro que no sentía el menor dolor en sacrificarme con tal de que mi padre fuera feliz.

Muy mimosa, ella interviene:

—Pero es que también me sacrificaba yo, y no había derecho a tanto.

Yo intento decir algo, pero siento pisadas y una voz amable y callo. El viejo general entra estallando en risas.

—Vengan ustedes; vengan ustedes —invita muy orondo.

Cuando nos acercamos a la nursery él, como quien está mostrando un campo de batalla, extiende el dedo. Su nieto está apuñando briosamente un raído kepis.

El viejo sonrío lleno de orgullo

—Va a ser un Duhamy —asegura muy serio.

Los jóvenes padres sonrían también, envueltos en grata dulzura. Por la ventana veo la tarde parisina, que va cayendo lentamente. Después digo adiós, y tomo el camino de mi hotel, pensando en St. Louis, en mi infancia, en que también yo debería estar jugando con un nenito rubio.

Pero ahora, al terminar esta historia, mientras evoco la risa cristalina de Jeanette, la mirada leal de Albert Luis, la voz cariñosa del general abuelo, los gritos agudos del niño, pienso en la China abatida, en el Japón queriendo extenderse por Manchurria, y decido empezar mañana a hacer mis maletas.

Después, si no me conviene desierto otra vez. Y estaré desiertando hasta que lo haga de la propia vida.

EL DIOS DE LA SELVA*

El *Star* cabeceaba cortando las aguas del vasto Atlántico, en ruta hacia Río. Habíamos dejado atrás la línea ecuatorial, y con ella el espíritu carnavalesco que nos poseyó a todos esa noche, y nos quedaba, del grato momento, un recuerdo amable y único: la voz melodiosa de Amelia, que cantaba una “zamba” llena de exóticos tonos y de insinuantes ritmos, entre los que parecía surgir todo el trópico impetuoso, el trópico de pájaros multicolores, de selvas impresionantes, de ríos portentosos, de mágicas leyendas.

—Y bien, amigos míos —aseguraba el alemán cuellicorto y festivo explayándose en su silla de extensión— de estas fiestas de abordó huyo siempre, porque la alegría exagerada deja un fondo de tristeza que a veces logra conducirnos a extremos trágicos.

Me admiró la justa sentencia del teutón. Nunca creí que hubiera un alemán tan elegantemente, tan discretamente epicúreo.

—Amigo mío —interviene— ruego disculparme este exabrupto; pero me atrevería a jurar que usted no es alemán puro, por lo menos de esos arianos del momento, tan enemigos del medio tono grato a su espíritu.

* Con el seudónimo de Stephen Hillcock, *Alma Latina*, San Juan, Puerto Rico, 13 de agosto de 1938, p.8, pp. 20-21 y p.61; 20 de agosto de 1938, p.12, pp.21-22; 27 de agosto de 1938, p.11, p.23; 3 de septiembre de 1938, p.15, pp.43-44; 10 de septiembre de 1938, p.11, pp.25-26.

—¡Oh! —se dolió, al tiempo que encendía un habano de penetrante olor—; yo soy alemán puro, pero soy también, o mejor todavía, soy sobre todo, un hijo de la selva y por tanto un extranjero en el Tercer Reich.

Los circunstantes no pudimos evitar una mirada en redondo, de asombro, de ojo en ojo, como si nos estuviéramos todos estudiando. Mi viejo amigo Rambao, con sus bigotes negros de guías enhiestas y sus brillantes de puras aguas en ambas manos, hizo un gesto de marcado desdén y dijo, en voz tan baja que sólo yo le oí:

—El alemán que habla así es más peligroso que el otro.

—El trópico tampoco es discreto, señor mío —advirtió tímidamente alguien.

—Sin duda —sentenció el germano—. Nada tan impetuoso, tan violento, como el trópico en todas sus manifestaciones.

—Entonces, ¿por qué dice usted que por ser hijo de la selva es tan comedido?

Rió glotonamente el alemán.

—¡Ah! Porque yo soy europeo y de Europa traje ese secreto del equilibrio entre la pasión y el cerebro, entre el disfrute y el ejercicio del placer; y tal equilibrio, que es producto de las civilizaciones cansadas y por tanto refinadas, puede también aplicarse al trópico si el sujeto que lo mantiene sabe mantenerse vigilante frente a las incitaciones de esta furiosa demanda vital de la zona.

—Se diría que usted habla como quien ha dominado a la naturaleza externa mediante el dominio de la propia interna naturaleza.

Sonrió muy sabiamente el germano. A tumbo y tumbo, el *Star* iba ganando distancia. A trechos el océano inmenso despedía reflejos vigorosos y fugaces. Toda la vida urgente del trópico parecía bullir en el vientre del mar inagotable.

Rambao se puso en pie. Era alto y elegante, con su piel cetrina, sus dientes de lobo, sus ojos brillantes. Fumaba con gesto de quien ama el tabaco y le appena verlo en lenta con-sunción. Anduvo hasta la barandilla, contempló el mar escasos segundos y volvió el rostro al grupo, como con una súbita determinación. Así caminó con paso altivo y violento a un tiempo, se encaró al alemán, que sonreía como un niño, y con voz metálica, visiblemente anormal, pronunció estas inesperadas palabras:

—Nosotros, los hombres de estas tierras, amamos a nuestra naturaleza con la misma fiereza con que amamos a nuestras mujeres. A mí me parece una burla indigna engañar, como usted lo hace, a la vida profunda de este mundo imperioso e imponente. Jamás penetraría yo en la catedral de Colonia sin el respeto que exige aquella obra de arte inigualable. Desprecio me merece el turista que anda con una Kodak a caza de motivos pintorescos para hablar después en su pueblo del Middlewest, de un mundo que no ha podido penetrar; pero más desprecio tengo para aquellos que, como nuevos conquistadores, más desalmados que los españoles, vienen a pedir a esta tierra la satisfacción de un sensualismo morboso, que se alimenta en filosofías decadentes.

Entonces se sentó Rambao, mientras el alemán miraba entre azorado e indignado.

—¡Qué sabe usted —gritó de pronto el europeo, levantándose de un salto— quién soy yo ni en qué ando! ¡Qué sabe usted de mi amor religioso por este mundo que está a medio descubrir todavía! Usted podrá sentir esto, este efluvio de la tierra; podrá tener el sentimiento de su fuerza y la intuición de su destino; podrá percibir, por una especie de emanación telúrica, el mensaje de América, pero usted no puede leer en los signos de su pasado, en los signos de su presente: en sus piedras, en sus ríos y en sus selvas, en sus hombres y en

sus animales, lo que yo leo y lo que yo sé; y mi amor, templado por el conocimiento, tiene que ser, debe ser más imperecedero, más constructivo y más intenso que el suyo, que es casi un amor todavía animal, primario, intuitivo y adquirido por el mero contagio con la naturaleza.

Tanto se movía el alemán mientras agotaba tan largo párrafo, que el cigarrillo se le descenizó. Se echó en su silla agotado, y movió los ojos como en señal de que ya no hablaría más, de que se sentía disgustado. ¡Y si él hubiera sabido lo que había crecido a nuestros ojos! El propio Rambao dejó ver su admiración. Nadie dijo nada porque todos nos sentíamos molestos. Yo me puse a ver el incesante y amplio meneo del mar, que a ratos despedía reflejos, como si mostrara imprevistos flancos de bronce o como si mantuviera millares de estrellas en el seno de las aguas y las dejara asomarse de vez en cuando a la superficie, para que pudieran ver las que allá arriba, en el profundo cielo del litoral brasileño, mostraban su inacabable parpadeo.

*

A la hora de dormir me di a pensar en el alemán. No sólo tenía la certeza de que era un hombre interesante por más de un aspecto, sino que algo me decía, insistentemente, que mi vida y la de ese hombre iban a juntarse en alguna gran ocasión. Me levanté temprano. Recorrí el barco, de extremo a extremo, sin dar con él. A veces me acudía el pensamiento apuntado inteligentemente por Rambao. Tal hombre podía ser un agente nazi. Tenía muchas condiciones para desempeñar con éxito comisiones secretas. Cruzando un pasillo me pareció oír una voz conocida y dulce. Pero Amelia, que yo supiera, no hablaba alemán. De pronto me detuve. ¿Quién era Amelia? ¿De dónde venía? ¿Por qué viajaba sola? Dos horas más tarde, mi

imaginación torturada tenía una explicación: Amelia era hija del alemán; su madre sería una mestiza; quizá una india, acaso una negra, su padre la envió a estudiar en Alemania, y los arios se valían ahora de su política de protección a los descendientes de los alemanes para justificar el uso, en misión secreta, de una brasilero- alemana que a todas luces no era ariana.

Al atardecer la ví. Venía de la dirección de la costa lejana una brisa envolvente, suave y gentil. Amelia cruzaba el paseo de cubierta, al aire el pañolón multicolor que cubría su cabeza, al aire sus dientes maravillosos y como iluminados sus bellos ojos glaucos.

—*Good afternoon, mister* —cantó en un inglés zalamero.

—Buenas tardes, señorita —respondí agresivo.

—¡Uy! ¿Por qué está triste hoy el americano? —chanceó.

Tuve que disimular:

—Es que estoy preocupado —inventé.

—¡Bah! No se preocupe usted por nada mientras no llegue a Río.

—Cierto —asentí—, pero es que he estado acordándome hoy de un amigo judío a quien han metido en un campo de concentración en Alemania.

Velozmente, vi la cara de Amelia cambiar.

—Está cogida —pensé. Y me satisfizo mi perspicacia.

—Es sensible —dijo ella simplemente. Y se alejó por el pasillo, con paso lento y al parecer cansado.

—Bien —me dije, he aquí una causa noble y justa para que yo deje de pensar en Amelia.

Me sentía puerilmente satisfecho de mi astucia, pero en el fondo sentía un gran dolor porque lo que yo creía haber descubierto me distanciaba para siempre de aquella voz melodiosa, que cantaba con tan entrañable y extraña entonación la “zamba” de origen negro, la “zamba” del trópico, sensual, impetuosa y triste como la tierra donde naciera.

Y en verdad, yo nunca hubiera puesto los ojos, a sabiendas, en una mujer que sirviera causas tan poco humanas como la que, a mi juicio, servía “la hija del agente nazi”.

*

¡Río de Janeiro! Coronando la ciudad que se desparrama llena de vida y de gracias, y que parece ir rodando hasta hundirse en el mar azul y móvil, el Pilón de Azúcar, atalaya infatigable, el paisaje más bello que soñó hombre alguno. La ciudad, blanca, luminosa, asciende y desciende, curva, se pierde, torna. Rostros cetrinos y vivaces llenan las avenidas. La vegetación revienta casi entre los techos de los edificios de mármol. Se oye a todas horas el dulce acunar del idioma, en el cual parece estarse cantando más que hablando.

Entre muelle y hotel consumí acaso dos horas escasas. Después me dirigí precipitadamente a mi obligado destino. Iba a pie para gozar el paseo, para llenarme de luz y de aire. De pronto, un hombre altísimo, flaco, narigudo y de dientes largos, salió corriendo de un café que estaba en la acera de enfrente.

—¡Hey, Lewis! ¡Lewis! —gritaba. Me volví asombrado. El larguilucho se me tiró arriba y poco faltó para que me besara. Tenía que doblarse para hacerme carrantoñas.

—¡John, diablos! ¿Me quieres decir qué haces en Río?

El interminable John empezó a rascarse la cabeza y a cerrar un ojo. Después dejó quieta la cabeza y la emprendió con la barba.

—Bueno, Lewis, ocurre que yo nunca he hablado una mentira, ¿sabes?, y no quiero hablarla ahora.

La gente se nos tiraba arriba, atropellándonos.

—Oye, explícame, ¿sigues tan imbécil como cuando estábamos en la escuela? ¿Quieres explicarme qué es esto de la mentira o de la verdad?

Con una expresión muy acongojada, John me suplicó:

—Oh, no empieces. Es algo verdaderamente grave para mí. Y créeme que ando buscando cómo desembuchar este secreto. No sirvo para secretos. Júralo.

Yo me quedé atónito y miré bien a mi compañero. ¿Alguna droga? Porque me han hablado de drogas de estos países que quitan la memoria y la razón en un santiamén. Le apreté el brazo.

—Empieza por decirme si estás en tus cabales —dije haciéndome el incrédulo.

John sonrió vagamente.

¿Quieres que hablemos con calma? ¿Un whisky, allí?

Pero nos tomamos uno, dos, tres, cuatro. John no decía palabra. Se pasaba el tiempo buscando con los ojos, como quien acecha. Me puse en pie.

—Oye, siento no conocer tu historia. Yo tengo que presentarme hoy mismo en la oficina de la Sao Paulo Oil. No puedo perder tiempo. Adiós.

—No seas imbécil, Lewis. Siempre has sido así: que si de prisa, que si no hay tiempo. Aquí hay tiempo para todo. Esto es distinto. Además, te vas a ir ahora, cuando estoy listo a confiarte el gran secreto.

—Pero, ¿en qué puede interesarme un secreto tuyo, John?

El largo amigo abrió un palmo de boca y dos de ojos.

—¿Interesarte? ¿Sabes tú lo que dices, animal?

—Pues empieza o me marchó. ¡Pronto!

Mi inacabable amigo, que tenía que enredarse para estar cómodo, se arregló como pudo en su silla, miró tristemente el mármol de la mesita, ojeó con mirada cansada a la avenida llena de gente, y empezó:

—Estoy aquí desde hace dos meses. Vine...

—¡Lewis! —estalló una voz.

John el largo brincó asustado. Yo me hubiera sentido molesto si tras la voz no hubiera aparecido la sonrisa blanca y dura de mi amigo Rambao.

Pedimos otros whiskies. Alegremente, empezamos a hablar de lances de amor, de la mujer carioca, de Río, de la travesía.

—¿No ha visto a su alemán? —preguntó Rambao.

—No —confesé.

John me tiró encima su manaza estúpida. Parecía muy asombrado.

—¿Venía con ustedes un alemán? —preguntó demudado.

Y al decirle que sí le miré fijamente, mientras Rambao, un poco de lado, sonreía a una mujer de ojos negros y de brazos lentos que le miraba con visible simpatía.

—¡No hables! —le ordené a John en voz baja.

Tenía, no sabía por qué, la seguridad de que sus palabras iban a iniciar una serie de acontecimientos en los que el destino me reservaba parte importante.

Él comprendió. Rambao se volvió a nosotros.

Y para que nada vislumbraran ni él ni John, haciéndome el frívolo, pedí más whisky, más, más. Hasta que ambos se sintieron flaquear y empezaba a flaquear también la tarde carioca, que sangraba en los flancos del Pilón de Azúcar y en la bahía inmóvil.

*

El desgarbado John sudaba frío.

—¿Nos vamos? —dijo poniéndose en pie.

Me quedé mirándole fijamente. ¿Qué diablos tenía que decirme aquel tonto?

—John, lo siento; yo debo ir a la oficina.

—Explícame, primero, ¿tú has venido aquí tras aquello, no?

—¿Aquello?

John miró significativamente a Rambao. Yo estaba incómodo. ¿Por qué tal interés y qué era “aquello”?

—Oye, John, yo he venido aquí, simple y llanamente, a tratar de vender a la Sao Paulo Oil una instalación refinadora, o dos, o diez, todas las que pueda. Nada más. No sé qué cosa es “aquello” ni me interesa.

—¡Ah! Perdona. A mí sí me interesa.

—Y ahora —expliqué— tengo que irme, porque sé que hay aquí dos vendedores más, un inglés y un holandés, que están tratando de dañarme el negocio.

Aquí el largo John abrió su boca y le relumbraron los ojos.

—¡Ja, ja, Lewis! Ya lo sabía yo. Es curioso. ¿Por qué vienen todos con el mismo cuento de la planta refinadora? ¿no les parece que eso infunde sospechas?

—Mira —dije poniéndome en pie—, ¿quieres hacerme el favor de hablar claro?

—¿Claro? Eso querrías tú. Yo no soy tan tonto como parezco, Lewis.

—Sí, ya lo veo —respondí amoscado—, no tanto: eres más.

Y me puse en pie. Rambao, que estaba charlando con una joven en la mesa cercana, vino corriendo a suplicarme que no me fuera.

—Tiene usted que comer conmigo y, además, tengo algunas sorpresas para usted —dijo.

—¡Oh!, lo siento, Rambao. No tengo tiempo que perder. ¿Por qué no vernos más tarde?

—Justo. ¿Le parece bien a las ocho? Iré a su hotel. ¿Cuál?

Di el nombre. Con su sonrisa blanca y arrogante, con su bigote de caballero y su andar gentil, Rambao se fue a recibir el saludo de otra dama que le hacía señas desde un rincón del café.

—Bien, John —dije—, hasta luego. Espero que nos veamos otra vez.

John se paró de un salto.

—Oye, Lewis —parecía muy apenado—, te lo suplico por lo que más quieras: no me malogres el negocio. Yo sé que tú eres inteligente y resuelto. Oye, me he defendido de esos bandidos como una fiera. No me malogres tú el negocio, porque es la gran ambición de mi vida. Me suplicaba, con los ojos grises de tanta tristeza. Yo moví la cabeza apenado.

—¡Pobre muchacho! —me decía mientras iba hacia el hotel—. Está loco de remate. ¿Alguna droga?

Insistentemente, la idea de la droga me daba vueltas por la cabeza. Cuando salía de New York compré muchas revistas distintas y todas, sin exceptuar una, daban gran extensión a los artículos, informes y estudios de las drogas que se habían introducido en las universidades americanas. Recordaba, sobre todo, la marihuana. Sabía que en toda Sur América se cultiva, así como la coca de la altiplanicie peruana. Durante todo el viaje estuve pensando en ello, y al darme con John, con sus palabras sin sentido, con su aspecto desordenado y su mirada alucinada, pensé de inmediato en la droga. No podía evitarlo. Ignoraba que también la ambición es una droga, que hace soñar más, mucho más que la peligrosa marihuana o la coca del Perú.

Fui a la Sao Paulo. Durante cerca de dos horas estuve hablando con uno de los gerentes del Departamento de producción. Efectivamente, la casa matriz, que estaba en Holanda, tenía interés en construir en territorio brasileño plantas de refinación. Así, el petróleo crudo iría en barcos petroleros desde Venezuela, hasta que pudieran ponerse en explotación los yacimientos que se estaban investigando en las Guayanas. Mi oferta era valiosa. La casa que representaba había simplificado de tal manera el trabajo de la refinación, y hacía ésta a un costo tan bajo y en un tiempo tan corto, que no era posible, a mi juicio, tener competidores.

Durante dos horas hablamos. En principio, simpatizamos mucho y el hombre encontró mi oferta muy sugestiva. Debía volver para hacer cuantas explicaciones parecieran necesarias.

—¿Puede usted traer los planos? —preguntó muy amable.

Yo se los llevaría ¡claro! Se moriría pensando si creía que iba a encontrar nada aprovechable.

Quedamos en vernos dos días más tarde. Él quería tener tiempo de hablar con los consejeros. Yo me fui optimista, y bajaba silbando las escaleras cuando me pareció oír pasos rápidos, como de alguien que procuraba ocultarse. Me asaltó súbitamente una sospecha imprecisa. No creía que se me acechara, pero podía tratarse de un ladrón o de algo peor. Quizá alguien robaba en la casa. Me lancé rápidamente hacia el lugar de donde partían los ruidos. Al alcanzar la puerta de una habitación de espera vi un pie de mujer que huía. Su dueña ganaba ya otra habitación. De golpe se cerró la puerta, justamente cuando yo iba a cruzarla. Me quedé confuso. Recordé fijamente, con los ojos cerrados, a fin de no olvidarlo más, aquel pie calzado por un bello zapato blanco con ribetes negros y el color de tabaco de la media. Durante varios minutos estuve pensando bastante mortificado en aquello. De súbito justifiqué a la mujer, a la que fuera: quizá estaba en una cita violenta. Tal vez fuera empleada de la casa... Sacudí la cabeza y salí.

En el hotel encontré a John. Estaba sentado en mi cuarto, como dueño. Había llenado la alfombra de colillas. Desde que me vio llegar se levantó de un salto.

—Te voy hablar con franqueza, Lewis —dijo.

Me asombró notar que parecía en ese momento un hombre juicioso. ¿Qué diablos le ocurrirá a este muchacho? —me dije. Y me dispuse a oírlo pacientemente.

—Teníamos noticias —empezó— de que llegaba hoy un hombre con ideas precisas de dónde está el templo. El holandés creyó que eras tú. Te vigilarán. Has hablado algo de

los planos. No seas tonto, Lewis; confía en mí. Yo dispongo de los hombres necesarios para hacer el viaje, y tengo un mestizo viejo que nos servirá de práctico.

—¿Me quieres decir —le interrumpí—, de qué locuras me estás hablando, John?

Tristemente movió la cabeza.

—Es lástima —aseguró—, es lástima. Yo creí encontrar en ti un amigo. Lo lamento. Yo lucharé; estoy dispuesto a luchar. Hace ya más de un año que vengo perdiendo energía tras ese plano, dos años trabajando como un condenado. Y ahora, tú...

Yo creí que me estaba volviendo loco. Lo tomé por los hombros, con todo el afecto que soy capaz de sentir.

—Explícate, John. Es necesario que me expliques qué te pasa, de qué planos me hablas y qué es todo este lío, por fin.

—Te oyeron, Lewis —aseguró—. Hablaste de los planos.

Se puso en pie, con cara de mal humor.

—Volveré mañana o esta noche. No salgas. No debes salir. Te haces el desentendido, pero sabes bien a qué me refiero. Acabarás teniendo fe en mí, porque eres mi amigo de la infancia, porque me conoces y sabes que yo soy incapaz de una infamia y porque, además nadie está en condiciones de servirte como yo.

Dijo, y se fue. Yo me quedé haciéndome cruces.

*

Acababa de bañarme y había ya olvidado a John cuando entró en mi cuarto el jovial Rambao, impetuoso y alegre como un chiquillo

—Oh, Lewis, vamos a pasar una noche encantadora. He encontrado a Luisa aquí. Luisa es un encanto, un tesoro. Usted va a comer conmigo, y después lo llevaré a dar una vuelta por Río y pasaremos por ciertos lugares que usted no olvidará jamás.

Mientras me vestía, Rambao se puso a hojear periódicos y a tararear un aire del país. Después bajamos al hall y yo me sentía realmente alegre.

—¡Oh Río, Río, ciudad encantadora, de sol, de color, de placer!

Íbamos por aquellas pintorescas y a la vez monumentales rúas de nombres pomposos, y veíamos pasar en oleadas a la maravillosa mujer del Brasil, tan gentil y tan señora. La suma de todas las voces de los paseos, el tono atristado de los vendedores de periódicos, el timbre de los tranvías, las bocinas de los autos: todos aquellos ruidos peculiares, que en Río no son ruidos, formaban una especie de armonía total, de canto doloroso que se iba extendiendo bajo el limpio cielo brasileño.

Me sentía a gusto y como si allí hubiera nacido y vivido siempre.

—¿Vamos a tomar un auto? —preguntó Rambao.

Yo prefería seguir a pie. El aire fresco del mar batía la ciudad; además, me encantaban aquellas calles congestionadas, los paseos pavimentados de multicolores mosaicos, las palmeras enhiestas y solemnes.

—Es que tenemos que ir lejos —explicó Rambao.

Ante tal razón, me dejé llevar. Anduvimos. Rambao me iba mostrando la ciudad, señalándome los edificios más atractivos. De rato en rato saludaba a un conocido o gritaba una palabra graciosa. Era admirable aquel Rambao tan comedido y tan jovial a un tiempo.

Atardecido ya, me sorprendí en un paseo amplio y lleno de jardines. Rambao detuvo el auto. Una vegetación bravía, como descuidada ex profeso, que a mí se me antojó resumen de la amazónica, escondía una quinta de líneas andaluzas, muy pequeña y muy tranquila. Saltó un anciano negro a recibirnos. Dos perros jugaron largamente con Rambao.

—¡Oh, mi señor, mi señor —saludaba emocionado el viejo.

Era muy anciano, casi tembloroso de tantos años. No tenía dientes. Mientras tomábamos café, en la coqueta salita, me explicó Rambao que el pobre negro hasta ignoraba que él estaba en el exterior, porque nunca le decía cuando se iba. Los suyos eran viajes rápidos. Por otra parte, esa quinta no la utilizaba él sino para pasar noches amenas con dos o tres amigos y amigas. El viejo había nacido en su casa, por los mismos días que el padre de Rambao, y era hijo de esclavos. Creció con el amito, y lo enterró a su tiempo, y ahora decrecía con el hijo del amito.

—Es un negro admirable, un tesoro de tradiciones, de leyenda, de supersticiones —explicaba Rambao—. De haber tenido tiempo para escribir, hubiera anotado las experiencias de tal hombre. Es una historia viva. Puede sentarse ahora aquí, a su lado, y estar quince días corridos hablando sobre cualquier hecho de la vida brasileña. ¿Quiere usted oírle algo interesante?

Yo dije que sí, más por encontrar distracción que por interés en lo que pudiera decirme. El viejo entró muy sonreído, con su boca vacía, su sombrero en las manos, tan flaco y tan curvado que ya apenas parecía hombre.

—Te quiero presentar un amigo —le dijo Rambao, cariñoso— que tiene deseos de oírte hablar sobre la ciudad perdida y sobre el templo de los tesoros y el dios de la selva.

Miré asombrado a Rambao. Él no lo notó. El viejo sí; el viejo rió a carcajadas roncadas y comentó:

—Su merced parece que está muy interesado.

¿Qué diablos era aquello? En unas horas en Río había caído en cierta especie de conjuración que empezaba no sabía dónde y que terminaba en aquella “ciudad del tesoro”. Me parecía estar empezando a tomar los hilos de una novela de aventuras.

—Sí, hable —le pedí al viejo.

—Mucho antes de que mis padres fueran hechos presos en África, ya se sabía allá lo de la ciudad perdida aquí —dijo—. Es muy extraño que ustedes no lo sepan.

Entre el murmullo de su gastada voz, entre sus palabras llenas de africanismos y arcaísmos, entre sus novedosos giros, se me perdió a mí buena parte de la historia. Pero en síntesis era ésta: a todo lo largo de la esclavitud, los negros traídos al Brasil vivieron siempre maquinando una rebelión en la que murieran todos los blancos y encontraron en sus ideas el apoyo de muchas tribus y poblaciones indias cansadas también del yugo portugués. Según decía el viejo negro, los negros fueron poco a poco, por docenas y docenas de años, acumulando en cierto bosque todo aquello que podía serles útil para sus fines. Era una lucha de paciencia y de valor. Cuando un negro recibía un castigo injusto, los otros le consolaban diciéndole:

—No te aflijas que pronto terminará esto.

Pero no terminaba aquello. Un día, por fin, un negro se alzó con toda la dotación de la finca en que trabajaba, y se fue a vivir con ella en la selva. Le persiguieron con hombres, caballos y perros, pero jamás dieron con él. Pasaron muchos años, hasta que empezó a decirse entre los esclavos que sus hermanos huidos vivían libres en una ciudad que se habían construido especialmente para ellos, y que tenían el favor del cielo obtenido para su raza por un dios fiero que les amparaba. Un indio era el único que conocía el camino de la ciudad negra, y estaba dispuesto a llevar a aquellos que quisieran irse, pero a condición de que cada uno se fuera con el objeto más valioso que hubiera en la casa de sus amos. Poco a poco empezaron a desaparecer negros, negras, viejos, jóvenes, y a perderse objetos de valor. Se perseguían a los fugitivos sin dar con ellos. Cierta vez, el indio conocedor del camino se ahogó y no se supo más de él. Poco a poco empezó a olvidarse la existencia de la ciudad negra, hasta que, mucho más de

quince años más tarde, un negro esclavo que había pertenecido a los vecinos del padre de Rambao, donde trabajaban los padres del anciano negro que contaba la historia; un negro esclavo que había desaparecido mucho tiempo atrás, se presentó en la finca desnudo, demacrado, flaco, aterrorizado, muriéndose de pavor. Cuando acudieron a recogerlo vieron que tenía los pies y las manos llenos de ajorcas de pesado oro cubiertas de piedras preciosas. El asombro de ver que retornaba de esa manera fue tan grande, que de todos los sitios vecinos llegaron gentes, blancas y negras, a verle. El negro explicó que había vivido en la ciudad negra de la selva.

—Fue entonces —explica el viejo— cuando yo supe todo lo que le estoy contando a su merced.

Aquel esclavo libre que retornaba a la esclavitud, no podía referirse a la remota ciudad sin un estremecimiento de pavor. Pidió que le dieran amparo y que no lo castigaran por su larga fuga. Dadas las especiales circunstancias de su retorno, y dada la noticia tan importante con que tenía a todo el mundo en revuelo, se le perdonó. Y él fue quien dio fe de que era cierta la conseja que se contaban al oído los negros del norte brasileño.

*

—Un día contaba mi padre —y las palabras del viejo negro eran tan lentas como la sonrisa de Rambao— que el escapado de la ciudad perdida le llamó para rogarle que no lo abandonara un minuto. Tenía miedo a una venganza secreta e inesperada.

Yo oía cada vez con más interés al anciano; y no era sólo porque en su relato empezara a ver ligazones con las misteriosas actitudes de John, sino porque era interesante desde el punto de vista meramente intelectual, y la leyenda tenía una sugestión, una hechicería realmente atrayente.

El negro escapado contó, en secreto, a su amigo, que fue padre de quien nos lo relataba en esa mi primera y agitada tarde brasileña, todos los pormenores de la ciudad perdida. Era inmensa, de chozas de paja, cercada de sólida muralla de troncos. Justamente en el centro estaba una construcción más grande que las otras, con guardianes permanentes que la rodeaban en un cerco apretado. Era la casa del Dios terrible. Sólo una vez en su vida podía verlo cada persona: el día que llegaba allí a jurar, en presencia de los sacerdotes, no traicionar jamás el secreto de la existencia de la ciudad. El Dios era grande como un toro, con patas de mulo, dos brazos humanos, tres cabezas, una de hombre, una de tigre, otra de caimán: la primera significaba la sabiduría, la segunda la fiereza, la tercera el dominio de las aguas. En más de la mitad de su perímetro, la ciudad estaba rodeada por un río fangoso, lleno de saurios.

Nadie podía llegar hasta el templo otro día que el de su juramento, y éste no podía hacerse hasta que no se tuviera el primer hijo. Al otro día de nacido el niño, empezaban a resonar los tambores del sacrificio desde antes del amanecer. Con la salida del sol, llegaban a la choza del padre los dignatarios de la ciudad, precedidos de los sacerdotes. Era una procesión macabra, silenciosa. La abrían doce guardadores del templo, desnudos, con las cabezas llenas de cintajos, quién de buey, quién de venado, quién de águila, quién de perro. La gente se alineaba silenciosa para ver pasar la procesión. Desde mucho antes de medianoche empezaban hombres y mujeres viejas, que fueran viudas o casadas, a ocupar sus puestos en el camino de la casa.

Detrás de los guardadores del templo iban los atabaleros, ocho conduciendo atabales largos, ocho conduciendo tamboriles. A medida que sonaban los tambores, monótonamente, saltaban los acompañantes con saltos furiosos y contorsionados. Rodeando a los atabaleros, con sus lanzas

amenazantes, iban los soldados, que gritaban hasta enronquecer mientras batían sus armas sin cesar. Detrás de estos marchaban los hijos de los sacerdotes, también con máscaras, danzando en silencio a seguidas, los dos supremos brujos, uno vestido con una larga vestidura llena de desgarrones y de mil colores, dos cuernos brillantes en las sienas, la frente pintada de rojo, la nariz de azul, la boca de blanco y las manos de amarillo. Ambos andaban con majestad y lentitud. El otro no tenía más ropa que un collar de dientes de cocodrilo, ajorcas de huesos de niño, en las manos y en los pies, y una cabeza de onza disecada sobre la suya. El vestido representaba la sabiduría, el desnudo la verdad.

Seguían a los sacerdotes, con mucha distancia de por medio, cuatro forzudos jóvenes conduciendo un sillón tosco en el cual estaba sentado el monarca de la ciudad, un negro de aspecto feroz, de ojos brillantes, de cruel expresión. Era de edad madura y ancho de hombros. Seguía a éste su hijo, un niño de no más de doce años, que iba en hombros de un mozo a quien le faltaban ambas orejas.

Nuestro relatante hablaba como si no hubiera estado viéndonos. Su mirada vagaba perdida en la noche naciente que se veía desde la ventana. Un aire religioso era el suyo, y el lento moverse de sus manos llenas de venas nos impresionaba tanto como aquello que tan vivamente, como si lo hubiera presenciado, nos estaba describiendo.

—Buena memoria —comentó Rambao—. Le he oído esta fantasía mil veces, y jamás ha dicho una palabra distinta a las que dice ahora.

—¿Y no fue cierto lo que cuenta? —pregunté yo, intrigado por lo de “fantasía”.

—Vaya usted a saberlo. Algo debe haber de verdad en el fondo de esta fábula. Por lo menos, lo de la ideada rebelión de los negros y la desaparición lenta pero numerosa de los esclavos.

—Sí; pero ¿lo otro? ¿Eso de la ciudad y del Dios?

El viejo nos escuchaba sonriendo.

—Mi niño —aseguró—, como la luz que alumbra el día es lo que cuento. Mucha gente lo sabe, mi niño.

—Sí —dijo Rambao mirándome con cierta condescendencia, mientras arreglaba las guías de su bigote—; mucha gente lo cree, y mucha ha muerto en la selva en pos de la ciudad negra. Cierta vez se encontró en una antigua biblioteca de convento un librito de instrucciones, con mapa y rutas trazadas, de un misionero francés que llegó hasta las mismas orillas de la ciudad, según sus palabras. Ese librito ha enloquecido y enviado a la muerte a muchos aventureros.

El negro oía a Rambao y sonreía como con cierto desdén.

—Tenga la bondad de proseguir —le supliqué.

Pero cuando parecía que iba a hablar nos sorprendió una risa sonora en el balcón de la quinta, y oímos el nombre de mi amigo pronunciado por una voz divina. Rambao saltó, alegre de súbito.

—¡Luisa! —casi gritó—. ¡Luisita! ¡Qué oportuna, muchacha! Venga, Lewis, para que aprenda a apreciar la belleza de la mujer carioca.

Cuando me puse de pie para recibir a la celebrada visitante, ya el viejo había desaparecido.

Efectivamente, la mujer que entró, con su cabeza endrina, sus ojos tan negros que azuleaban, su risa perfecta, su piel blanca, su cuerpo mediano y armonioso, era una belleza; pero una belleza rara, singular, picante. En un instante lo revolvió todo. Se sentó en un sofá, en una silla, sobre una mesita. Tenía una voz deliciosa como un jilguero.

—Me encantan los americanos —dijo—. Me encantan. ¡Oh New York! Estoy loca por tener unos meses libres para ir a New York.

Mientras hablaba sacó de su cartera una cajilla de cigarrillos, una fundita de confites, polvos, rouge... ¡Qué mujer más dinámica!

—¿Y usted? ¿Le gusta a usted Río? Río es bella, verdad. Y con hombres como su amigo...

Miraba con ojos pícaros a Rambao.

—Pero muchacha ¿qué buen viento te echó por aquí?

—Pasaba, hijo; venía de la playa, vi un auto parado ahí, y pensé: “Este bandido tiene alguna cita”. Porque ha de saber usted —dijo dirigiéndose amablemente a mí— que este buen señor no tiene horas para atender a las citas.

—Lo supongo —aprobé, asombrado con su actividad. Ya se había comido dos confites, había arreglado unas flores sobre la mesa, enderezado una silla, empezado a fumar un cigarrillo, arreglado el pelo y los polvos, y no tenía allí todavía un minuto.

Aquella mujer no me daba tiempo para otra cosa que para verla. Me sugestionaban sus ojos, vivaces, alegres, y por momentos velados de una rara sombra como de una saudade implacable.

La raza —pensaba yo—; es esta raza hispana, de tan alto y sostenido sentido trágico. Quiere ser alegre y está físicamente preparada para serlo; pero no puede.

—De manera —ironizó Rambao— que si yo hubiera ido ahora a buscarte, tal como quedé de hacerlo, porque es bueno que sepas que todavía no había acabado de desembarcar y ya te estaba telefoneando: si yo hubiera ido a buscarte, no te encuentro.

—¿Cómo no me ibas a encontrar, pícaro? ¿No ves que entonces no me hubiera detenido aquí? ¿No te he dicho que he entrado porque supuse que estabas, y quería darte la sorpresa?

—Buena razón —concluí yo—; queda usted absuelta Luisita.

—Pero no libre —advirtió Rambao—. Ahora va ella a cenar con nosotros.

—¡Ay no, hijo mío! —lamentó ella con una gracia extraordinaria—. ¡No! ¿Cómo quieres que me presente a cenar con ustedes en esta facha, querido?

Fue entonces cuando yo me fijé en su traje y en... sus zapatos: eran blancos, ribeteados de negro. Me asaltó una idea, y un temor empezó a obrar en mí.

—¿Y la playa? —pregunté como quien no tiene interés en lo que habla—. ¿Qué tal la playa? ¿Mucha gente?

—Algunas. Yo llegué tarde, ¿sabe? No la encontré muy animada. Lo que sí estaba admirable era el agua. ¡Qué agua tan deliciosa!

Al hablar parecía que estuviera sintiendo todavía la caricia del mar en su piel rosada; y yo la veía moverse, la oía, con sus bruscos y acariciantes cambios de voz, y pensaba: he aquí una mujer capaz de espiar. Hablaba, y yo me decía: luego, hoy, cuando vi esos zapatos, u otros iguales, ella estaba en la ciudad. Quise llegar más lejos.

—¿Vamos a irnos ahora, Rambao, cuando está la historia del negro en lo mejor?

—La oirás mañana u otro día. Es una fábula, Lewis.

—Quizá, pero me interesa.

—¿Cómo? —atajó ella—. ¿Es que también a usted le ha embaucado el negro con el cuento de su ciudad perdida?

—No sabía que usted lo supiera —advertí.

Me pareció verla un poco turbada.

—Desde luego que sí. Le he oído esa historieta, como muchas otras, infinidad de ellas; pero no me atraen sus cuentos.

Lo dijo así, pero la verdad fue que a partir de ese momento, como yo me quedara viéndola fijamente, dejó de ser tan impetuosamente alegre como antes era.

—¿Nos vamos? —preguntó al rato como quien se siente a disgusto donde está.

Y nos fuimos. Ella alegaba que no debía ir a cenar como estaba: Rambao opinaba lo contrario. La convenció al fin. Consintió en dejarse llevar a un sitio poco frecuentado. No sonaba su voz tan grata como cuando la conocí.

—No me siento muy bien —me dijo de buenas a primeras, mientras el auto cruzaba velozmente las pobladas calles de Río.

—¿Algún resfrío? —pregunté por parecer amable.

—Quizá. Puede ser.

Era la noche, la profunda y llena de vida noche americana. Aun en medio de la ciudad convulsa, parecía emerger de la propia tierra un perfume enervante y delicado.

Las calles congestionadas resonaban de voces y de claxons.

—Aquí —dijo Rambao.

Descendimos en un sitio al parecer discreto. No había señales de nada, simplemente un letrerito rojo, muy modesto: "Cintra". Entramos por un pasillo y al abrir una puerta giratoria, nos dimos de pronto en un saloncito no muy grande, pero admirablemente bien compuesto, que simulaba un jardín tropical, con palmas auténticas y monos y cacatúas en los árboles. Una orquesta dejaba oír suavemente música del país.

—Esto es admirable —dije.

Luisa sonrió. Parecía tornar poco a poco a su antiguo espíritu. Chanceó algo sobre la decoración amanerada y la mala influencia de las películas americanas en esas decoraciones. Yo la oí con gusto. Hubiera querido hacerme amigo de ella y lograr saber qué había en el fondo de aquella historia de la ciudad, y por qué ella —si había sido ella— había estado espiando, y por qué la fábula del viejo negro, y si algo había de común entre eso y las locuras de John.

Y a propósito de John: me había dejado entender que tenía interés en decirme algo sobre el alemán. ¿Qué sería?

Pero no tuve tiempo de terminar de hacerme la pregunta. Una mujer entró, entre la admiración jubilosa de todos los presentes; una mujer marcial, imperial, que saludó con una mano, como emperatriz auténtica, y que me dijo, en viéndome, con aquella deliciosa voz musical:

—*¡Hello! ¡Good evening, dear!*

Y cuando quise verla mejor, cuando quise contemplar a mi antojo a la presunta espía nazista, vi, con asombro, que sus zapatos, los zapatos de Amelia eran también blancos con ribetes negros. Luisa me sorprendió mirándolos. Y como avergonzada, ella escondió los suyos bajo la mesita que nos recibía generosamente a los tres.

*

No creo que estuviéramos una hora en el “Cintra”. Cierta tirantez se estableció entre nosotros. Rambao atendía a solicitudes de conocidos y entre Luisa y yo había una especie de sombra, una interposición que no podíamos definir, pero que ambos sentíamos y a ambos nos abrumaba. Yo hice toda clase de esfuerzos por romper el hielo; pero ella adivinaba la cortesía, la fórmula, y mis palabras no pasaban de ser falsas.

Cuando salíamos tuvimos un encuentro: por poco nos lleva John de encuentro. Parecía fatigado.

—*¡Hola, Lewis!* —saludó. Y volviéndose a mis compañeros, sombrero en mano, con una gentileza que no le sospechaba:

—Dios guarde tanta belleza, señorita.

De inmediato empezó Luisa a sonreír. Me pareció en ese momento sumamente coqueta. No sé qué se estuvieron diciendo. A poco John pidió permiso para decirme algo.

—Lewis, ha sido una suerte que estuvieras aquí. Dime, ¿es aquella muchacha la que vino contigo?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

Aunque disimulábamos bastante, me pareció notar que Amelia nos observaba.

—No te preocupe eso, Lewis. Tengo mi sistema también. Otra cosa: ¿está aquí el alemán que venía con ella?

—No sé a quién te refieres.

—Un alemán de estatura más bien baja, grueso, un tanto calvo.

—Oye —le interrumpí— ¿por quién me has tomado? ¿Debido a qué tengo que estar dándote informes?

—No seas necio, Lewis —se volvió a Luisa muy galante—. Perdone un minuto, señorita; sea usted amable.

—Anda, Lewis, no seas necio. ¿Está aquí?

—No; no le he visto.

—Bien, me quedo. ¡*Goodbye!*

Camino de su casa, adonde la llevaba Rambao, Luisa me estuvo hablando de la simpatía de mi paisano.

—¡Oh! Me encantan los americanos; no puedo remediarlo.

Yo no pude menos de sonreír con tristeza y de ironizar un poco a costa de la desgarbada figura de mi amigo.

—¿Aun un americano tan poco estatuuario como John?

Todavía un tanto tibia conmigo, como si adivinara que mi pensamiento la iba desnudando, Luisa quiso ser amable y afirmó:

—Aun. Siempre es americano.

*

Estaba realmente cansado, abrumado, si no parece exagerada la palabra. ¡Diablo de día tan agitado! Y al fin, ¿qué pasaba? ¿Qué demonios tenía yo que ver con los planos de John, con el alemán que al decir de mi ex condiscípulo me seguía y vigilaba, con...? “El libro del aventurero francés le ha costado la vida a muchos...”. ¿No estaría ahí...? No, no era

posible. No podía ser que todavía, en pleno siglo veinte, alguien se lanzara a creer realidad una fábula de tal naturaleza. Ciertamente el negro hablaba con una seguridad absoluta; pero ¿no hablaban también así los españoles de la conquista del Dorado y de la Ciudad de los Césares?

—¿Qué hay en el fondo de todo esto, Dios? —exclamé angustiado, molido por el trajín del día y por aquel cúmulo de extrañas coincidencias.

—Sin duda —me decía— yo sé a lo que vienen el alemán y Amelia. Me dio a entender Rambao muy finamente, y Rambao debe saber más de la cuenta y porque hombres como él tienen sus relaciones políticas importantes. Además, yo había oído en New York algún leve runrún sobre política alemana en el Brasil...

Tenía un sueño de animal y sin embargo no me sentía inclinado a dormirme. Cualquiera otro hubiera estado en su derecho al tratar de investigar qué oscuras maniobras le envolvían. Cualquiera otro... Yo no, porque aunque me intranquilizaban, no me preocupaban tan intensamente como era de suponer.

Antes de dormir abrí la ventana y salí al balcón. ¡Qué cielo tan alto, tan limpio, tan fino! Innumerables estrellas latían allá arriba. La brisa me acariciaba la frente con una maternal levedad. Encendí un cigarrillo. Me proponía pensar en los sucesos del día, pero no podía. Era dormir lo que deseaba, nada más.

—Voy a interrogar seriamente mañana a John —me dije. Y me quedé plácidamente dormido, como un niño que no tiene motivo de desvelo. Siempre he tenido un sueño ligero, pero en esa mi primera noche brasilera sentí que no iba a despertar con facilidad. Por eso yo mismo me interrogué asombrado, medio adormilado todavía, si era en mi habitación el ruido que me despertaba. Oí con atención. Nada. De vez en cuando subía de la calle algún trepidar de auto, alguna voz

trasnochadora. No me movía. Estaba atento con esa atención absoluta de todos los sentidos que se tiene cuando algo anormal siente uno a su vera. De pronto vi un rayo de luz recorrer mi habitación y, como una bala, me lancé de la cama. Una sombra giró con pasmosa rapidez, cruzó la puerta y la cerró de golpe. Si no hubiera sido por aquel golpe, habría yo creído que soñaba. Me quedé temblando de cólera. Hice luz. ¿Qué era aquello? Todas mis maletas estaban desordenadas, abiertas, vueltas un maremagnum. Apreté el timbre, y como creyera que tardaban en llegar, llamé por teléfono. Para mí pasó casi un siglo antes de que el manager nocturno tocara en mi puerta.

—¿Le ocurre algo, señor?

—Ya lo creo, amigo mío. Mire esto.

El buen hombre abrió los ojos de par en par. El que no me pareció tan asombrado, aunque sí un tanto asustado, fue el sirviente que subió con él y que asomaba por detrás de su hombro unos azorados ojos de mestizo.

—¿Le han robado algo?

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? No me voy a poner ahora a hacer inventario, amigo mío.

—¿Podría usted explicarme cómo se dio cuenta del robo?

—Del robo o de la tentativa. Me di cuenta porque desperté mientras el ladrón o el presunto ladrón estaba revolviendo mi equipaje.

Parecía muy apenado el manager nocturno. Movía la cabeza y chasqueaba los labios.

—Es algo inexplicable, señor. Nunca había pasado aquí cosa igual. Avisaremos al detective privado del hotel. No me explico. Aquí tenemos un buen servicio de vigilancia. Es...

—No, no prosiga, amigo mío. Si nunca ha pasado cosa igual, y si aquí, según usted afirma, hay tan buen servicio privado de vigilancia, yo me mudaré tan pronto como salga el sol.

—No. De ninguna manera. Nos desacreditaría. Es necesario que usted nos ayude a aclarar. . .

Yo estaba realmente colérico. Me sentía arder.

—No hay que aclarar nada, amigo. Usted mismo me ha dado la clave.

—¿Clave? —aquel buen hombre estaba volviéndose loco; lo proclamaban sus ojos.

—Sí señor. El ladrón vive en el hotel o está en el servicio.

Entonces fue cuando saltó como si lo hubiera picado un bicho, y fue entonces cuando sus ojos dejaron de caber en sus órbitas.

—¡Oh, imposible, imposible! ¡No diga usted tal cosa!

—Bien. ¿Qué hora tiene?

El pobre hombre ni siquiera sabía en qué muñeca llevaba el reloj. Estaba tremendamente asustado, no sé si por miedo al escándalo o por miedo a que hubiera algún misterioso asesino escondido entre los muebles.

Eran ya más de las tres. Estaba tentado de despedir acremente al inútil manager, pero él se adelantó a mi intención:

—El señor velará en la puerta hasta que amanezca —dijo.

Y el pobre sirviente, tan asustado como puede estarlo un señor nervioso, me hizo guardia hasta que me levanté, por cierto bien tarde, porque ya acostado estuve cavilando sobre aquella extraña circunstancia que venía a colmar un día lleno de inconexas y al parecer conectadas aventuras.

Acababa de desayunar —por cierto un desayuno de frutas tropicales que me agradó sobremanera y que desearía repetir ahora— y me disponía a encender un cigarrillo para pensar con calma sobre los sucesos pasados y sobre mis negocios futuros, cuando se me acercó un señor elegantemente vestido, solícito, verdaderamente amable.

—Desearía, señor mío —me dijo en un inglés correctísimo— poder hablar con usted sobre la infeliz circunstancia

de anoche. He sido comisionado por la dirección del hotel para atenderle debidamente.

Me inspiró confianza el hombre. Era, a todas luces, el detective de la empresa, o el jefe del servicio de vigilancia, si es que contaba con más de una persona.

—¿Quiere pasar al salón contiguo? —invitó él muy cortés.

Allí, cómodamente arrellanado en un sillón amplísimo, mientras veía ascender el humo de mi cigarrillo, le fui explicando al detective lo ocurrido durante la noche. Me miraba con unos ojos inmóviles que molestaban. Me preguntaba cien veces a qué hora me dormí, si estaba seguro de no tener prenda alguna, documento o cosa de importancia, algo que pudiera interesar a un ladrón; si no tenía sospechas, si mi misión en Río no implicaba algún negocio secreto. Con una cara de zángano —que supongo que ésa sería la que yo tenía en tales momentos— le iba diciendo que no. El hombre se aseguró bien de la probable estatura del ladrón, de las escasas señas que yo le pude dar, y al fin me dijo finamente adiós, tan finamente como me había saludado.

—Confíe en que encontraremos al ladrón. Nos interesa más que por nada, por averiguar qué móviles le llevaron a su habitación. Porque está patente que él perseguía algo especialísimo.

—Pero no es para tanto —advertí—. Si bien no niego que estoy profundamente disgustado, confieso que quien fuera el que estuvo allí no se llevó nada.

—No importa —sonrió el detective, y se fue haciéndome una reverencia muy llena de gracia.

Pero estaba visto que yo había de tener en aquella hermosa tierra del Sur unas experiencias muy raras. Todavía no logro explicarme cómo no me volví loco.

Esperaba que una ligera llovizna cesara, para lanzarme a la calle, deseoso de pasear a mis anchas por las amables rúas, y serían sobre las once de la mañana, cuando se me acercó muy

solícito el manager diurno del hotel para preguntarme mi nombre y averiguar si era yo el del caso de la noche anterior. Todo cuanto preguntó fue en voz tan baja que apenas le oía. Estaba interesado en que nadie se enterara.

Cuando le dije que sí, me pidió que lo acompañara. Fuimos a dar precisamente al salón donde había hablado con el detective por la mañana. Me esperaba allí un señor de alguna edad, bajito, humilde de aspecto, con la cabeza encanecida y unos abundantes bigotes enrojecidos por el tabaco.

—El señor —me explicó el manager—, es el encargado jefe de la vigilancia del hotel. Sírvase exponerle su caso, si no lo tiene a mal.

Aquella gente debió pensar que yo no estaba en mis cabales. El señor humilde, sobre todo, me miraba con profunda atención. Yo tenía la boca abierta y no podía hablar. Al fin estallé:

—¡Pero si ya le expliqué el caso al detective!

El manager saltó, no así el otro. Se quedó frío.

—El que vino esta mañana a interrogarme —expliqué.

El viejo sonrió muy levemente.

—¿Podría decirme qué tipo era?

Confuso, atolondrado, di las señas del hombre, pero me negué a seguir hablando sobre el robo ni sobre el engaño de que había sido víctima. Estaba corrido y avergonzado. Quería que me tragara la tierra.

—Me voy esta misma semana —me decía mientras ellos parecían pensar en quién era el usurpador—; me voy tan pronto consiga el contrato de la Sao Paulo.

—Señor mío —el viejo triste tenía una voz muy dulce—, a su alrededor se está moviendo algo que todavía desconozco. No tengo la menor idea, pero el robo de anoche, o la tentativa de robo, el engaño de hoy y alguna otra cosa que debe haberle sucedido de tan escasa importancia que usted

no lo haya notado, son piezas de una sola máquina. Averiguaremos ahora de qué se trata.

El viejo se sentó y extendió las piernas. Parecía un empleado que hubiera ganado su retiro; un buen padre de familia pobre.

—¿No ha notado usted nada raro desde que está en Río?
—preguntó mientras daba candela a su tabaco.

—Desde luego —aseguré.

Él me atajó:

—Muy bien, señor mío. No diga una palabra, que las palabras inoportunas son tan peligrosas como las balas perdidas.

*

Habían pasado diez días encantadores. Me iba enamorando cada vez más de Río; hacía relaciones, visitaba sitios encantadores... ¿Cómo se explica que diez días basten para olvidar ratos desagradables? Yo no había vuelto a ver a Rambao ni a John ni a Amelia, y como si jamás me hubiera ocurrido nada, iba olvidando los disgustos que me proporcionó mi primer contacto con Río.

Una tarde plácida recibí un cable de mi casa de New York. Se me ordenaba pasar con urgencia a Montevideo. En la noche estaba ya a bordo de uno de los innumerables barcos que hacen la socorrida travesía Río-Montevideo-Buenos Aires. Parpadeaban las luces de la ciudad, a trechos ocultas tras los picachos que cierran la bahía. Un pasaje numeroso y vocinglero contemplaba el raro espectáculo. Yo pensaba en el negocio que estaba concluyendo en Río y que sin duda marchaba viento en popa y a ratos, como hacía siempre que me hallaba solo, pasaba revista a mis años idos. Me decía, con una insistencia tenaz, que toda una vida encaminada a producir dinero para vivir mejor o peor no

era cosa realmente halagüeña. Cuando llegara a viejo, ¿qué iba a ser de mí, sin un afecto sobre la tierra, sin saber en qué emplear los dólares que guardaría sin duda en algún banco newyorkino? ¿Cómo iban a discurrir mis últimos días, perdido en la ciudad imperial? ¿Qué había sido de tantos amigos como tuve, de tantos calurosos corazones fraternales que fueron desapareciendo en la voracidad de la urbe, perdidos para mi cariño?

Más de seis veces, tantas como la vida me lanzó a las tierras del Sur, tuve iguales tormentos. Sentía que en ellas los hombres eran distintos de nosotros; que perseguían más la satisfacción espiritual que nosotros. Y siempre tuve miedo de estar enamorándome. Yo comprendía que éramos tan distintos como seres de mundos opuestos. Un pesimismo disociador se apoderaba de mí. El paisaje sensual; el mar que tiene una feliz gracia de mujer; la música doliente, el mestizo triste; el negro sufrido: todo aquel ambiente opresivo y de doloroso fondo humano me dominaba en el lado Sur, así como la alegría de vivir, el ansia de disfrutar, la locura infantil de la raza me dominaba en el Norte.

Estaba acodado en la barandilla, viendo y no viendo el confuso horizonte, oyendo y no oyendo los comentarios del pasaje cuando una mano pesada cayó sobre mi hombro y una voz familiar tronó:

—¡Lewis, *my dear!*

Me volví impresionado.

—¿Qué diablos haces aquí, John?

Pero me asombró verlo tan sonriente, tan sereno, y como tan despreocupado por ser más alto de la cuenta. Me miraba con un aire mortificante de superioridad y de suficiencia.

—Primero, pedirte que me acompañes a un whisky; después, llevarte a saludar a mi mujer.

—¿Mujer? ¿Pero te has casado, John?

John puso ojos tiernos y se acodó en la barandilla. Su voz parecía grave de felicidad.

—Casado, Lewis, no como tú, que andas a la ceca y la meca sin el apoyo de un cariño.

No supe qué contestarle. Al mucho rato argumenté:

—Hace diez días tú no tenías novia.

—La tenía siempre, Lewis; desde hace años. Sólo que no la había encontrado. Reposaba en mi corazón. Era la esperada.

La noche estaba tan propicia a confidencias de ese género, y era tal mi sentimiento de soledad, que no encontré desentendadas las palabras de mi desgarbado ex condiscípulo.

—Querría que te explicaras mejor, John ¿Te has sacado un premio, el pool del Derby, la lotería irlandesa?

—Me he sacado la vida, Lewis, el amor, la paz y la seguridad.

Nunca sospeché así a John. Me quedé mirándole fijamente.

—Se ve que amas. ¡Cómo te has transformado en diez días!

—El amor suele transformar en un segundo, porque él es la razón suprema del hombre.

Me hallaba abrumado. Quise salvar la situación.

—¿Vamos al whisky?

—Vamos. Antes me hacía falta, ahora lo gozo como un subordinado de mi amor.

Tomamos una copa. John se veía tan distinto, tan sereno, tan seguro, que me vi forzado a ser indiscreto.

—¿Cómo caíste por estas tierras, John?

—No sé, quizá el destino. Hemos de creer en el destino, Lewis. De estudiante me atraía todo lo del Sur; leía sin cesar. Después conseguí un puesto de importancia en una sociedad geográfica. Se organizó una expedición y no me explico cómo entré en ella. El caso es que del Pacífico salimos al Atlántico. ¡Figúrate, Lewis! Aquello fue algo inolvidable: desde el Momotombo hasta Pará... ¿Sabes lo que es verse de golpe

transportado a los primeros días de la creación, juguete infeliz de las fuerzas de la naturaleza desatadas por doquier? Es algo inolvidable, Lewis... ¡Qué lástima que nosotros allá seamos como somos! ¿Colorado? ¿Middlewest? ¿Rocallosas? ¡Bobberías, Lewis! Es aquí donde se comprende a Dios. La misma tierra parece vivir: créelo Lewis. La misma...

—Explícame —le interrumpí— ¿Y no andabas tú atrás de una mina, de algo secreto? ¿Qué planos eran esos que mentabas tanto?

—¡Ah! —John pareció despertar de pronto. Estuvo un rato alelado. Después se sirvió más whisky—. ¡Ah! Sería muy largo de explicar. En la selva nada te parece difícil ni real. Oí hablar allá a unos negros. Contaban de un pueblo perdido y del Dios de la Selva. Después consulté papeles. Hubiera jurado que existía y todavía no dudo del todo. Nada puede dudarse en estas tierras.

—Bien; yo también he tenido noticias de tal Dios, pero tú ¿por qué te empeñaste en que yo tenía los papeles? ¿Qué papeles eran esos?

—Es largo de explicar. Un periódico inglés anunció que salía para el Brasil un investigador alemán a esclarecer el sitio donde podía hallarse al Dios de la Selva, y que llevaba consigo documentos precisos. En Río había cinco o seis grupos tratando de conseguir lo que aquel alemán perseguía. Uno de ellos envió un hombre a New York, nadie logró averiguar quién, y ese hombre avisó desde Sao Paulo que los documentos venían en manos de un viajante americano. Supusimos que eras tú.

No pude menos de sonreír.

—¿Y qué diablos tenía yo que ver con ese Dios, John?

—¿Qué sabía yo? Podías tener cuanto quisieras. Pero no hablemos de eso. Nadie conseguirá ya al Dios: es mío. Yo lo tengo.

Me quedé mirándole fijamente.

—¿Qué tú lo tienes? ¿Es posible, John?

—Sí —aseguró seriamente—; lo llevo a Montevideo. Ven y lo verás.

—Pero ¿cómo va a ser posible, John? ¿No dicen que es enorme? ¿Cómo ibas a poder sacar tal tesoro del Brasil?

Bajamos a la segunda cubierta. Él iba con paso ágil.

—Pues saqué ese tesoro con toda facilidad, Lewis, frente a las mismas narices de los vistas de Aduana. Todavía yo mismo no me explico cómo lo permitieron. Ven, por aquí.

Confieso que yo empezaba a sudar. Estaba nervioso y precipitado. John parecía muy sereno. De pronto empujó una puerta y señaló:

—He ahí el tesoro, Lewis. Míralo a tu gusto.

Corrí casi enloquecido. Materialmente me tiré en el camarote. Y me detuve de pronto, anonadado: allí estaba el tesoro: Luisita. Sonreía con esa gracia de la raza que me había intrigado once días antes en la casa de Rambao.

—¡Pero Luisita, John! ¿Y esto?

Ella se levantó en un momento, me ofreció asiento, fue a buscar cigarrillos, se arregló el pelo.

—Usted es el autor indirecto, amigo mío, puesto que fue quien nos presentó a la salida del “Cintra”. ¿Lo ha olvidado?

—No, pero...

Estuve cerca de una hora con ellos. Parecían realmente felices. John me explicó que trabajaría en Montevideo. El viaje, además, era de luna de miel. Cuando me despedía estuve tentado de llamarle y preguntarle si no había él tenido que ver con el intento de robo que se me quiso hacer. Quizá andaba buscando los papeles que se suponía iban conmigo. Además, mi antigua amistad me autorizaba a eso. Pero no quise turbar su felicidad.

Me fui a dormir temprano. Todavía el pasaje charlaba en cubierta.

*

Los dos o tres días siguientes a la noche en que tuve el raro encuentro con John, los pasé con cierta depresión espiritual. Me había impresionado el espectáculo de felicidad de mi antiguo discípulo; tornaba a sentirme abandonado. Pensaba en sus aventuras por la selva, en la locura de andar persiguiendo a un dios fantástico, producto de la imaginación ardiente del negro, de la misma fastuosidad del ambiente americano.

Después, con la preocupación de los negocios, con la observación del nuevo escenario en que me movía, lo fui olvidando. Un día, el mismo en que gestionaba mi vuelta, volví a verle. Me confirmó su absoluta felicidad, se tomó dos whiskies conmigo, y me dijo que se iba al interior, a hacerse cargo de una empresa de carnes.

Torné a Río. Acababa de llegar al hotel, y apenas salía del baño, media hora después de haber dejado el barco, cuando fui solicitado por el manager. Entró haciendo mil reverencias. Se reía muy orondo.

—Con toda probabilidad el señor creyó que nosotros habíamos olvidado el disgusto de que fue víctima en esta misma habitación. La empresa ha movido todos sus resortes y dentro de un momento estará en presencia del autor. . .

—No —le atajé—; muchas gracias. Yo sé ya quién es el autor. Debe haber habido un error. Mil gracias, de todas maneras.

Mientras el hombre me miraba asombrado yo pensaba en John y en Luisa, camino de los llanos del Paraná, jubilosos, dichosos por haber encontrado oportunidad de iniciar una vida nueva.

—Gracias —repetí—. No fue más que una broma de un amigo.

El hombre puso cara triste.

—Lo sentimos, señor; sentimos que sea su amigo. De todas maneras, ya no hay escapatoria. Están acusados un hombre y una mujer y se hallan ahora aquí, esperando que usted los vea para ser entregados a la justicia.

—¿Cómo? ¿A la justicia? ¿Pero los van a entregar? ¿Y a ella también?

—No hay más remedio.

Acabé de vestirme con toda prisa y me lancé abajo. ¿qué derecho tenía el hotel ni qué derecho tenía nadie en tronchar la felicidad de aquellos dos muchachos enamorados? ¿Pero cómo era posible que los hubieran traído tan de prisa? ¿Por avión, quizá?

—No les voy a acusar —pensé de camino—. Diré que nadie ha intentado robarme nunca. Haré quedar mal a esta gente. ¿Cómo voy yo a justificar ese mal al pobre John, que parecía tan feliz?

—Por aquí señor —indicó el manager.

Estaba nervioso; me sentía incómodo. El manager me señalaba un salón gris, de mediano tamaño.

—¿Quiere usted esperar?

Tomé asiento y encendí un cigarrillo. Nadie me haría desistir de mi propósito: diría que no era cierto.

Un hombre entró: era el viejo detective con quien había hablado sobre el presunto robo.

—Saludo, señor. Ya vienen —dijo al tiempo que se sentaba. Y en efecto, venían. Entraron un hombre y una mujer seguidos de dos señores hoscos. Al pronto no los distinguí. No quería alzar la cabeza. ¡Me avergonzaba verlos ante mí, acusados de tentativa de robo, él sobre todo, que no había estado buscando más que papeles inexistentes! Pero los vi. Y eran...

¡Eran Rambao y Amelia!

Quise caer de espaldas. A él le sujeté por los brazos.

—¡Pero amigo Rambao! —casi grité.

Él me miró despectivamente, con una sonrisa desdeñosa.

—Coger a un hombre como yo por una tontería como ésa —lamentó sin verme.

Estalló una voz de vendedor de periódico:

—¡*O Journal!* ¡Apresado el dios de la Selva!

Me volví rápido:

—¿El Dios de la Selva? —pregunté.

—Sí —sonrió el viejo detective—, y algo más que Dios de la Selva. Este hombre es el más audaz de todos los ladrones que ha dado el continente. Y he aquí a su bella cómplice. ¿Qué le parece? ¿Bella, eh? Pues salga y mire. Necesitamos más de doscientos policías para custodiarlos.

Pero dos horas después, cuando me encontré suficientemente sereno para leer *O Journal* encontré que no era Rambao el llamado Dios de la Selva. Su prisión se comentaba en otro sitio, con todos los honores debidos. Lo que decía el suelto sobre el Dios de la Selva era otra cosa. Lo recuerdo bien:

El gran naturalista alemán, Dr. Hans Spietchit, ha logrado apresar al Dios de la Selva. Se considera que quizá no puede conseguirse otro ejemplar vivo. Este tiene seis pulgadas de largo, y se cree sea una degeneración del plesiosaurio americano. Su nombre le viene del extraño parecido con un ídolo indio de la civilización agustina.

Se están tomando todas las precauciones debidas para embarcar hacia Europa al extraño y valioso ejemplar.

*

Sin mayores precauciones, yo tomé, dos días después, pasaje para el Norte.

Todavía recuerdo la sonrisa afilada de Rambao, la voz de Amelia y el bonachón aspecto del presunto agente nazi.

LA MULA*

Cuando hice mi penúltimo viaje a la loma encontré que mi compadre estaba por San Juan. Fue una noticia desagradable, porque mi compadre Higinio era un encanto de hombre y nadie en el lugar sabía entretener como él al forastero. Yo había llevado dos amigos. Nos acomodamos como pudimos en casas de familia, en lo que retornaba el compadre, y empezamos a dejar pasar los tres, los cinco, los siete días que duró su ausencia. Una tarde, estando en la pulpería, llegó no sé quién a decir que por el paso del río venía Higinio. Igual que si nos hubiera tocado la lotería, nos alegramos todos. Combinamos ir a esperarlo a la salida del lugar, camino de Pino Viejo, y allá nos fuimos con las medias botellas indispensables. Cuando nos alcanzó a ver, mucho antes de que pudiéramos oírlo, empezó a remover los brazos, a pararse en los estribos y a tirar el sombrero al aire. Después, ya más cerca, distinguimos su voz cordial y enorme:

—¡Dos e vagabundos! ¡Ajilen, condenaos! ¡No se beban to el ron, borrachones! ¡No se beban to el ron, borrachones!

Y ya frente al grupo se fue inclinando para abrazarnos a todos. A mí me levantó como a una pluma. Cuando le

* *Puerto Rico Ilustrado*, N° 1509, San Juan, Puerto Rico, 18 de febrero de 1939, p.4, p.65 y p.72.

presenté a los amigos, con esa cortesía tan noble y tan franca que le era peculiar, se descubrió, ladeó la cabeza, y lamentó:

—Mi compadre siempre hace las cosas sin tino, porque si va y me manda un papelito, yo no voy a parte. Pa mí es más placer atender a las visitas que andar dando tropezones por ahí.

Se echó a reír con su gran boca de dientes macizos y, como si hablara con mulos, gritó:

—¡Ajilen! ¡Ajilen! Que ya como quien dice tamos matando un puerquito pa atender a los nuevos amigos. Pero primero hay que pagarme la alcabala...

Yo, que conocía la jeringonza, le tendí una botella. Por poco se la bebe de un solo trago.

*

¡Ah hombre amable y tarde y tierra amables! Había empezado aquel pertinaz viento lomero a pulir cielo y distancias. ¡Frío endemoniado! La casa estaba llena de algazara, y se oían los comentarios de los vecinos que se habían acercado a presenciar el sacrificio del cerdito. Llameaba la hoguera en el patio. Nosotros consumíamos ron adentro y reíamos con las ocurrencias de mi compadre. Contaba incidentes del viaje y una aventura picante en que fue actor. Entre cuentos se asomaba a la ventana y decía chistes sobre la tardanza del lechón. Comía sin descanso. Nos contaba que nunca un caballo le había resistido el viaje al pueblo; usaba dos: cuando tenía que hacer el camino mandaba un peón con una montura al paso de Pedregal; tres o cuatro días después salía él, cambiaba bestia allí, dejaba la suya y de retorno tornaba a montar la primera. Después volvía a mandar un peón en busca de la que había dejado.

—Un tormento, compadre, créamelo. Yo daría lo que no tengo por ser flaco, pero resulta que la boca no entra en negocio. ¡No se cansa la condená de tar mascando!

—Ni bebiendo, Higinio —aseguraba viejo Mon, de ojos adormilados y bigote cano.

—Ahora creerá usted, viejo Mon, que ha dicho algo grande. Búsqüeme uno que trague seco. Por querer tragar seco le pasó a Fidencio lo que le pasó.

A seguidas Higinio contó el caso de Fidencio: una noche de San José se juntaron diez o doce amigos del lugar y dispusieron un sancocho. A Fidencio, medio bebido, se le atragantó una pieza de pollo, y cuando le recomendaron que bebiera agua dijo que de ser así mejor se ahogaba, porque él no bebía más que ron. El ron se había agotado, y en lo que traían más, se asfixiaba el hombre. Estaba morado ya. Le quisieron meter agua a la brava, y se negó. Un mentado Genaro, que estaba bastante bebido, dijo que él lo curaba, y se puso a darle golpes en la nuca, pero, ya cansado, se le ocurrió ir a la palizada y desprender un tronco. Nadie pudo evitar que le diera, y parece que Genaro no midió bien su fuerza. Es verdad que Fidencio expulsó la pieza de pollo, que saltó como una bala y fue a darle en la cara a Higinio; pero también es verdad que el remedio resultó peor que el mal, porque a poco estuvo de no dejarlo loco.

La historia, un poco estrambótica, lo era más contada por mi padre. Borbotaba su gran risa, que le hacía temblar los carrillos rellenos y el vientre voluminoso.

Celebrándola estábamos cuando le llamó a gritos un peón. Se levantó ágilmente, y le oímos ordenar algo. Después, cuando volvió, nos contó que ya había llegado Lulo con el animalito.

—Es una mulita que compré en el camino —explicó—. Se le murió la mamá y como es una pichoncita, me la dieron por ocho pesos. Yo sé mucho de animales. Na más hice verle el ojo y le saqué la raza. Horitica, como quien dice, ta ésa dando beneficio.

Alguien quiso ver la mulita. Un poco oscuro ya, tuvimos que sacar luz para distinguirla. Estaba cubierta de un pelo lanudo, pardo, y, como una muchacha pudorosa, temblaba asustada bajo el ojo de tantos curiosos. Me le acerqué para acariciarla: la mulita, desconfiada, saltó veloz y graciosa.

—¡Compadre, no se le acerque, que ésa tiene gasolina!
—gritó Higinio.

Coreados por su risa, nos fuimos a hacerle honores al puerquito.

*

Salido del lugar, no pude ir en mucho tiempo. Casi pasaron dos años antes de que volviera a ver a mi compadre. Se me presentó en casa una prima noche, fiestero y hablador. Fue realmente un gran contento tenerlo a mi mesa y oír su animada manera de decir. Ya tarde, quejándose de que él no estaba acostumbrado a velar tanto, se me ocurrió preguntarle qué había sido de aquella mulita. Por poco me tumba de la silla: me pegó un manotazo brutal en la rodilla; carcajeó un principio de risa...

—¡Diache e compadre! ¿Po usté no sabía el cuento del animalito? ¡No me diga, compadre, tan leído como dicen que es usted...!

—No, compadre: estoy en ayunas. Cuénteme.

—Y pa qué le voy a contar. ¡El animal que se ha dao! Si no fuera porque el cariño sólo debe probarse a la gente, jata en mesa comiera y en cama durmiera esa mulita... Si yo no me equivocaba, compadre. ¡Un paso! ¡Un tren! La pué montar un niño; le pué poner un vaso de agua en la silla, que no se le cai ni gota. Bueno, con decirle que agora hago el camino corrío, sin sesteo...

Aquello sí me convenció, porque la verdad es que mi compadre tenía tamaño para cansar a la mejor montura.

—Espérese, hombre, que no rompo a hablarle cosas de esa mulita, porque me ando cayendo del sueño y lo que toy es loco por tirarme en el catre; pero la tengo aquí en el pueblo, en el potrero de Juan Boliche, y mañana la vé usted. Dispués me dice qué le parece; pero agora señáleme onde me voy a echar.

Con las primeras luces del amanecer, me despertó a gritos. Desde ese momento no soltó la mula de la boca. Parecía un joven enamorado. Y después, convencido por él de que yo debía volver a la loma, y decidido el viaje para el fin de semana, comprendí con qué pasión quería mi compadre a su bestia, porque en todo el camino, largo, abrumado de lomas y de pasos de ríos, angostado por el sol quemante, Higinio me tuvo al garette recomendándome que me fijara en el andar de su mulita, en su estampa, que era realmente atractiva:

—¡Mírele esas orejas, compadre! ¡Véala agora, que la voy a clavar! ¡Aguaita cómo repecha esa loma, compadre!

Ni más ni menos que un enamorado. Enternecía ver el orgullo en aquel rostro mofletudo.

*

Al lugar llegó días más tarde una cabalgata. De lejos me parecieron gentes de tropa, porque vestían de pardo. Entre gritos y vivas llegaron a las primeras casas. Uno de los del grupo sacó su revólver y disparó al aire.

—¡Viva el Mayor! —gritaban

—¡Viva el Mayor!

El lugar enloqueció. El Mayor, hermano del Presidente, fue objeto de mil atenciones. La gente salió a recibirlo y las muchachas se metían a toda prisa en los bohíos a cambiarse

de ropa. Acudieron curiosos de todos los rincones. En la noche, una hora después, se estaba bailando. Higinio era, como siempre, el anfitrión. Y yo, como siempre en esos casos, inventé un dolor de muelas insufrible y me fui a dormir desde las siete.

Temprano se decía que el Mayor iba a pasar una semana allí; y temprano me tomé el trabajo de convencer a mi compadre de lo urgente que era mi viaje al pueblo para “ponerme en manos del dentista”.

—Con ron, compadre, se curan esas condenás. ¡Cómo va usted a dirse si agora empieza la corría!

No cabía duda de que veía por los ojos de su mula: a pesar del afecto entrañable que me tenía, no se le ocurrió ofrecérmela.

Y que nadie vaya a pensar que yo lo pretendía. Lo que yo buscaba era salir pronto, para curarme aquel “dolor de muelas”.

*

Juro que uno de los más amargos momentos de mi vida lo pasé aquella noche en que oí a mi amigo tratar de convencer a Higinio de que había hecho mal. Fue una discusión estúpida, porque mi amigo, con sus estudios universitarios, con su inteligencia despierta, con su dialéctica, con todas esas boberías no podía elevarse a la altura en que campeaba aquel campesino tosco. El muy animal era incapaz de comprender que todavía hay gente que pone sus sentimientos por encima del dinero.

Higinio había llegado a la hora de cena. Me sorprendió, porque no hacía quince días que lo había dejado en el campo, atendiendo a su Mayor, gran señor a su manera, disponiendo fiestas y convites, alegre y acogedor como lo había sido toda su vida. De improviso, aquella prima noche, entró silencioso y me abrazó sin efusión. No dije nada, porque no

quería impresionarlo; pero me imaginé que andaría enfermo; que tal vez había venido en busca del médico.

Hablamos muy poco.

—¡Anímese, compadre! —llegué a decirle—. Mire esa botella, ahí, sí; ésa; sírvasela entera, si le parece; pero le advierto que es candela.

—Cómo voy a animarme, compadre, si hoy he venío a traer la mulita...

—¿A traerla?

Dijo que sí sin hablar. Tenía colgado un brazo en el espaldar de la silla y la cabeza medio doblada.

—Sí, tuve que regalársela al Mayor.

No pude responder. Mi amigo —¿para qué decir el nombre, si todos son iguales?— llegaba en ese instante. Me levanté a recibirlo. Después, cuando hube hecho la presentación, le pregunté a Higinio:

—¿Regalársela? ¿Por qué?

Se enamoró de ella. Toy con el corazón partío, compadre.

—El Mayor, que se enamoró de su mula —expliqué yo al amigo—. Era un encanto de animal. Parecía una muchacha.

—Y dígalo.

Higinio pareció animarse. Golpeó con su mano en el muslo del otro.

—Oiga, como no la hay en parte. Figúrese, cuando el Mayor me ofreció quinientos pesos por ella...

—¿Quinientos pesos?

Mi amigo no disimulaba su asombro. Abría los ojos y la boca.

—Unjú. Y le dije que no, que no había cuarto pa comprármela. Entonces me ofreció setecientos. Volví y le dije que no. Sacó mil pesos en papeletas de a cien, y le dije que mejor se la regalaba. Hoy la traje. Toy como si fuera a enterrar un hijo.

—Pero ¿mil pesos? ¿Y cómo los rechazó usted?

Higinio le miró gravemente, como si de pronto hubiera visto en él un animal raro. El otro no callaba su asombro:

—¡Mil pesos! Pero usted hizo muy mal, amigo; con mil pesos compraba usted diez mulas buenas...

Entonces Higinio mostró una mirada que jamás le había sospechado yo: todo el ojo se enturbió, se le hizo pesado. Parecía que se le estaban cayendo las pupilas. Habló muy despacio, como quien masca las palabras:

—Yo creía que usted taba jugando, don. ¡Jata vergüenza debía darle hablar asina!

—¿Por qué? —preguntó hecho el ingenuo aquel imbécil.
—¿No era un negocio?

Higinio no pudo sufrir más.

—Perdone, amigo —dijo, y se puso en pie—. Perdone. Yo no sabía que había gente como usted.

—Pero una mula...

—Mire amigo —Higinio le puso la mano en el hombro—, lo que se quiere no se cambia por cuartos. Los cuartos sólo sirven pa gastarse, don. Pa mí es como si se me hubiera muerto; pero yo no podía cambiar mi mulita por dinero. Yo soy del campo, amigo, y pallá somos brutos.

—Pues no se la hubiera dado.

—Era el Mayor, el hermano del Presidente —dije, yo.

—¡Ah! Verdad.

—Me dolía menos regalarla que perderla —explicó Higinio.

—Que perderla... —agregué.

—Sí, pero mil pesos.

—¡Animal! —grité sin poder contenerme. —¡Tú no entiendes eso! ¡Qué vas tú a entender eso!

Higinio habló lentamente:

—Jata escrúpulo me da que usté se ajunte con gente asina, compadre.

Caminó con paso tardo hasta la puerta, y sin volver el rostro se despidió:

—Buena noche, compadre...

Yo estaba rojo de vergüenza. Ni decirle adiós pude.

ANARQUISTAS*

El camarada Felipe golpeaba la mesa con los dedos, se levantaba, entre ratos, y se acercaba a la puerta. Era bajito y oscuro aquel cuchitril. La bombilla apenas alumbraba los rincones. A las once y veinte, cansado de esperar, habló:

—Es hora de que empecemos.

Un hombre pálido, de mirada encendida, comentó con voz dulce:

—Deberíamos esperar al Chiquet.

Había allí uno grueso, rubio y de muy pocos pelos, que tenía rostro de cura. Nadie lo hubiera notado, porque no se movía.

—¡Oh, el Chiquet, el Chiquet! —dijo con voz meliflua.

Y como chasqueara la lengua, un tipo alto y ancho, de cerrada barba y pelo chorreoso, increpó:

—¡A ver qué dices tú del Chiquet! ¡A ver!

Con una sonrisilla llena de ironía, mientras encendía un puro barato, el gordo pareció complacerse en cada letra al decir:

—No digo nada; por lo menos nada malo...

El barbudo se incorporó atropellando la silla.

—Pues algo querías decir. Siempre eres así, poco claro.

* *Puerto Rico Ilustrado*, N° 1544, San Juan, Puerto Rico, 21 de octubre de 1939, p.5 y pp.57-58.

—Sí—respondió la voz meliflua—; soy así, es cierto. Nadie me puede acusar de violento; eso es todo. Pero digo aquí que no hay que esperar al Chiquet.

—Ah... Comprendo.

Mientras él miraba con ojos tristes, entraron silenciosamente cuatro, cinco, seis compañeros. Uno de ellos tiró sobre la mesa una pistola.

—No sirve—dijo—. Se cerró a los cuatro tiros.

El camarada Felipe, como quien acaricia una mano de mujer, estuvo tentando el arma. Después quiso ver si realmente no funcionaba.

—Se buscará otra—afirmó—. Pero ahora debemos hablar. Ayer se decidió aquí algo sobre Font, el patrono de la panadería del Paralelo.

Con la mano extendida en un gesto cordial, el que había tirado la pistola interrumpió.

—Ya dije que se cerró a los cuatro tiros. ¿A qué hablar más, compañero?

Felipe se sintió abochornado y apenas pudo mirar a su interlocutor.

—Bien, camarada; no pretendí molestar. Ignoraba que... ¿Sabéis lo del Chiquet?

Los hombres parecieron masticar algo desagradable. Nadie pretendió hablar. Ahogados por el duro silencio, se miraban entre sí con dolor. Algunos fumaban y la escasa bombilla se debatía entre el humo. Al cabo de un rato, esforzándose por quebrar la angustia que oprimía, el grueso de voz meliflua empezó a contar que había enseñado a su perro a orinar en las piernas de los guardias.

—He logrado convencerlo de que sus botas son troncos—dijo.

Contaba que precisamente esa noche el animalito había ejecutado por primera vez lo aprendido. Reía él con su risilla

mortificante, y los demás parecían recelar de su risa. Le interrumpió Felipe:

—Permíteme, compañero. Hablamos también anoche de ciertas diferencias en el sindicato de...

—¡Un momento, un momento, compañeros! —latigueó una voz metálica y alta.

El que hablaba era un hombre joven y fino, de ojos relumbrantes, que usaba gorra. Parecía imperioso; y movía las manos como quien corta algo en el aire.

—Un momento —repitió—. Llamo la atención sobre el hecho de que el compañero olvida que quien hablaba anoche, cuando tuvimos que salir, era yo.

—Sí, es cierto —admitió Felipe.

—Entonces ¿por qué no dejarme hablar? ¿Es que no te agrada oírme?

—Al contrario, compañero: me gusta oírte.

El grupo apenas se movía. Tosió el barbudo, como indicando que ya bastaba de discusiones. El joven fino e imperioso le miró torvamente.

—Discutíamos anoche sobre el derecho de los animales —dijo—. No pude terminar por lo de Pepet; ¿no es así?

—Así —aprobó alguien.

—Y bien: aprovecho para informar a los camaradas que Pepet está todavía en el depósito de cadáveres.

El grueso de voz meliflua comentó:

—Mal sitio. He estado allí y huele muy mal.

El orador no hizo caso.

—Compañero —empezó—: estábamos anoche en que hay un derecho natural que ampara a los animales. Expuse todas las fases de ese derecho y tuve que interrumpirme cuando estudiaba su constante violación por parte de la sociedad. Preguntaba, precisamente, con qué autoridad un hombre se erige en propietario de un animal; y ponía el ejemplo del gallo.

Igual que todos los seres a quienes el hombre, arbitrariamente, desconoce razón, el gallo expresa una virtud eminente. El perro es leal, el gato es desconfiado, el gallo es valiente. Pero aparte de esa virtud, el gallo es entre todos los seres vivos de la creación el que más se complace en la ley básica de la vida; en el amor. Ninguna criatura lo disfruta como él. Parece hecho expresamente para alcanzar el mayor deleite que puede concebirse en el cumplimiento de un mandato de la naturaleza. Sin embargo, compañeros, el hombre lo priva de ese deleite; el hombre lo castra para engordarlo y beneficiarse de su crimen. Fijaos bien en ello, porque tal hecho demuestra hasta la saciedad que toda la creación es víctima del inicuo sistema social que nos oprime. Algún día expondré también la sistemática destrucción que ejerce el hombre en el reino vegetal, violando todas las disposiciones naturales y haciéndose una moral para su uso que le permite quedar en paz con su conciencia, si no glorificado cuando ejecuta uno de esos actos monstruosos de destrucción.

El pálido de mirada encendida parecía no atender; Felipe fumaba como al descuido. Cortando con los ojos, el orador advirtió, al tiempo que daba puñetazos en la mesa:

—¿No atendéis? ¿Hablo yo, o qué?

—Te atiendo, aunque no lo parezca —dijo Felipe.

—¿Tú, compañero y hermano? ¡Tú jamás atiendes a nadie más que a ti mismo! Es bueno que sepas que actúas siempre como un egoísta, ¿entiendes?

—Es posible, camarada; pero te aseguro que ahora te atendía con mucho gusto. Me complace tu manera de hablar y es interesante la tesis.

—¡Ja! Con que la tesis, ¿eh? ¡El señor licenciado!

—¿Hemos venido aquí a discutir o a acordar? —preguntó muy hosco el barbudo.

—Se acuerda mediante la discusión —terció el grueso.

El orador llameaba por los ojos: miró lentamente a cada circunstancia. Parecía realmente muy disgustado.

—¡Se ha venido a lo que se ha venido! —bramó—. Por lo demás, ahí está la puerta. Eso, aparte de que todos vosotros podéis exponer lo que os plazca cuando yo termine.

El camarada Felipe cerró el entrecejo, descruzó las piernas y esperó en silencio.

—Compañeros, acabemos de una vez. Hay muchas cosas pendientes y no podemos perder tiempo.

Aquí rió con maligno estrépito el joven orador.

—¿Has dicho tiempo? ¿Y a ti qué te importa el tiempo? ¿Qué nos importa el tiempo? ¡Pero si estás hablando como un burgués! Véle ahora con el cuento del tiempo al Chiquet, anda, véle.

—Es cierto; perdona.

—Sí, lo de siempre: “perdona”. ¡Pero aquí no hay perdón! Hablo yo, y hablo del derecho de los animales, del derecho que tienen a una vida mejor, a la que dispuso para ellos la naturaleza; tú te muestras impertinente y después pides perdón. ¿Por qué, camarada? No es para perdonarte por lo que te digo lo que mereces, sino para que te corrijas. Y bien: hablaba, repito, de los animales. He de deciros que estoy profundamente indignado. Esta mañana, cuando salía de casa, pensando precisamente en los diversos aspectos de este asunto que había empezado a explicar anoche, vi a un niño —un despreciable burguesito, compañeros— tirar del rabo de un perro. El pobre animal miraba al niño con ojos suplicantes y creo no mentir si digo que se quejaba. Lo más horrible de la escena era la expresión de satánico gozo que tenía el rostro de aquel retoño de la maldad social. ¡Creedme, compañeros; estuve tentado de reventar a esa perversa criatura...! Pero no acaba todo ahí: salía esta tarde a resolver cierto asunto y me doy de pechos con otra dura escena: un hombre le pegaba en

el belfo a un caballo, y le pegaba con un palo. ¡Sí, camaradas y hermanos míos! ¡Le pegaba con un palo! Encabritándose de dolor, la bestia indefensa trataba de huir de su verdugo. Sangraba y relinchaba. Cuando le vi aquellos ojos grandes llenos de terror...

El camarada Felipe se volvió lentamente a los circunstancias. Había callado el orador, y parecía sumergido en un doloroso éxtasis.

—¿Sabéis —estalló de pronto— qué crueldad es criar un ser con todas las presiones encaminadas a impedir que pueda algún día rebelarse contra sus explotadores? Porque eso, amigos míos, es lo que hace esa despreciable sociedad que nos circunda: educa desde el primer día de nacido al hombre y a la bestia con tal esmero que acaban sirviendo siempre sus ruines propósitos. ¡Sociedad criminal, explotadora y cínica, que mata por todos los medios y es absolutamente incapaz de crear aquello que asesina! ¡Matar! ¿Pero os dáis cuenta de lo que significaba matar, camaradas? Todos los días mueren sacrificados millares y millares de aves, de cerdos, de reses. ¿Y para qué? Pues para alimentar a una sociedad que se ha erigido a sí misma en dueña absoluta de la vida que pulula por toda la creación. Destruir la vida de un animal indefenso es un crimen atroz. Fijaos bien en que la vida es el resultado de leyes naturales que sólo se produce una sola vez en cada caso. Invalidar ese resultado equivale a privarlo para siempre, porque él no volverá a darse sino en otro ser; y como nadie puede vivir ni apreciar la vida sino a través de sí mismo, cuando se muere es como si se acabara para siempre la vida en el planeta. ¿Qué importa que los demás sigan viviendo? ¿Va el muerto a darse cuenta de ello? Responded: ¿Se da cuenta? ¿No? ¡Pues yo acuso a la sociedad de suprimir la vida sin razón, sin derecho, sin autoridad, y pido que se estudie un método para librar a los pobres animales indefensos de su monstruosa tiranía!

Visiblemente emocionado, el orador tomó asiento. Veía el gordo, con sus ojillos irónicos, la cara angulosa, fina y enérgica del que había hablado. Flotaba el humo en el cuchitril y apenas movía alguien un brazo. Cuando hubo transcurrido un prolongado silencio, el camarada Felipe habló, con voz pausada y sonora:

—Compañero, si tienes tiempo para verme una hora cada día en esta semana, escribiremos eso que has dicho: es notable tu proposición. Yo pido que no se eche en olvido.

El orador le miró fijamente, como buscando la sinceridad que parecía trascender de tales palabras.

—Bien —aprobó— así se hará.

Tras otro silencio, el camarada Felipe empezó:

—Hablamos anoche del asunto pendiente con el sindicato de construcción.

Con ademanes violentos y voz metálica, el orador terció:

—¿Insistes? ¿No te dije que yo lo arreglaba? Es que una palabra mía...

—No he querido molestarte, compañero... ¿Cuándo?

—Esta tarde, cuando empezaba a anochecer. Lo hallé entrando a su casa.

Entre el humo que se espesaba por momentos, apenas se notó la leve sonrisa del gordo.

—¿Difícil? —preguntó.

—No mucho: dos tiros rápidos. Quedó atravesado en la puerta, y no había guardias por allí.

El camarada Felipe le miró desde hondo.

—Empezaremos mañana —dijo.

—Sí, mañana.

Lentamente, el barbudo empezó a subir los escalones.

—Ya es tarde —aseguró.

Y volviéndose al orador:

—También a mí me gustó tu proposición. Hasta mañana.

KAZÁN*

Por décima vez, haciendo uso de un hábito común en las gentes sin carácter, la señora dijo que la culpa había sido de Kazán y que por lo tanto no deseaba verlo ni un minuto más allí. José María inclinó un poco la frente, lo cual le pareció al señor signo de que la situación iba haciéndose muy tirante.

—¡Me lo echan de aquí ahora mismo; no resisto la idea de que duerma esta noche en la finca! —gritó la señora, casi al borde de un ataque de histerismo.

Y a la verdad, entre las personas que en una o en otra forma tuvieron parte en el suceso, nadie ignoraba que la culpa no era de Kazán. Muchos pequeños detalles se habían conjugado esa tarde para que las cosas ocurrieran como pasaron; y algunos detalles resultaban ser la culminación de medidas tomadas tiempo antes, unas por razones claras, otras por causas ocultas. A ojos vistas, la señora estaba hablando caprichosamente, lo cual por lo demás no era raro en ella.

Por ejemplo, ahí estaba el caso de Malacara. El señor sabía cómo era Malacara, puesto que durante dos años ejerció de padrote en la finca vecina y su fama se había hecho pública en los contornos. Era un animal al cual debía mantenerse siempre bien seguro. Demasiado poderoso y alto, sus dos mil libras de

* *Bohemia*, Año 44, N° 2, La Habana, 13 de enero de 1952, pp.24-25 y pp.108-109.

peso demandaban un uso escueto de sus funciones reproductivas; y acaso el exceso de energías en reserva lo mantenía de mal humor. Hubiera resultado difícil explicar por qué un toro que al decir de su criador era Holstein puro resultaba tan agresivo. Tenía mirada torva y, sin exagerar, muy a menudo lindando con lo siniestro. José María observaba el largo del animal entre las patas delanteras y las traseras y lo ahuesado de sus ancas; pero el señor se oponía a sus sospechas alegando que ningún criador de toros finos adultera los pedigrees. De todas maneras había algo raro en Malacara, y José María no podía explicarse por qué el señor lo había comprado.

El señor no lo confesaba, pero él sí sabía que había adquirido a Malacara debido a su ignorancia en el negocio. Para la fecha del caso había aprendido mucho sobre ganadería, porque el señor era inteligente; mas cuando compró a Malacara sólo le vio el tamaño y el aire de bestia imponente. Le sobraba dinero; quería montar una buena lechería; alcanzó a ver un día al hermoso animal y su estampa le hechizó. Así fue, y no de otra manera. También a la señora le gustó entonces el poderoso ejemplar, aunque la tarde de los hechos afirmara a gritos, repetidas veces, que ella había aconsejado a su marido la venta de Malacara.

Así pues, tenemos que si hubo culpas sin duda parte de ellas le caían al señor por haberse hecho de Malacara y sobre todo por haberlo mantenido en la finca debido a que temía confesar su fracaso como conocedor de toros. Siempre le había discutido a José María acerca de la legitimidad de Malacara; y siempre, después que aprendió a distinguir los Holstein con sólo verlos, mantuvo las mismas sospechas que su empleado. Pero él era un hombre así, capaz de mantener pequeños errores por no dar su brazo a torcer.

El otro caso era el del niño de José María. Cuando su padre se hizo cargo de la finca el niño era una preciosidad de criatura,

rubio, parlanchín, de ojos muy vivos, estampa carnal de la alegría. Tenía entonces cinco años. Ocurrió que a los dos meses de estar allí le dijo una noche a la tía que le dolía la cabeza, por la parte del cuello. La tía le sintió fiebre y lo acostó; y esa noche el niño estuvo inquieto y quejándose mucho. Le subió la fiebre. Por la mañana apenas podía mover una pierna. José María fue muy temprano al pueblo en busca del médico, pero el médico no pudo ir a la finca sino ya al caer la noche. De todas maneras, nada hubiera podido hacer. Al niño se le fueron secando las piernecitas, como dos ramas que no recibieran savia, y durante largos meses hubo que mantenerlo acostado o había que llevarlo cargado hasta una silla donde, pálido, con sus grandes ojos casi inmóviles, incapaz de sonreír como antes, veía a los peones trajinar, a los terneros saltar, a los cerditos corretear tras las tetas de alguna cerda gruñona. No decía nada. Mas alguna que otra vez se animaba tanto con el ejemplo de los animalitos que empezaba a sacudir el cuerpo, a mover los brazos, pretendiendo sin duda transitar libremente, como aquellas bestezuelas de Dios. Y en ocasiones se animaba tanto que perdía el equilibrio y caía al suelo.

Pues bien, ese niño, que era huérfano de madre, recibía muy de tarde en tarde caricias de su padre, probablemente menos muestras de amor que Sabichoso. Y sin embargo, ni dando la vida en una bandeja podía demostrar José María hasta qué punto lo quería. A veces ocurría que en medio del trabajo, mientras cabalgaba en pos del ganado, a solas bajo el vasto silencio del campo, se acordaba del hijo y le dolía el corazón. De tarde en tarde José María pensaba que por mucho que su hermana quisiera al tullidito, le hacía falta la madre. Y era entonces tan tremenda su angustia que debía esforzarse en recordar sus obligaciones en la finca para seguir trabajando. Y puesto que el niño se había encariñado tanto con Kazán, era casi un crimen quitárselo de buenas a primeras.

Uno de los veterinarios que visitaban la finca se refirió cierta vez a Sabichoso diciendo que era fino. Pero Sabichoso nunca despertó las simpatías del niño. Carecía de rabo, lo cual quizá le restaba alegría; y era pequeño, blanco, con tres manchas negras, una que le cubría media cara y la oreja izquierda, otra que le pasaba del lomo a la barriga y otra situada en el tronco del rabo. Parsimonioso, lento, de tristes ojos oscuros, sólo se ponía en actividad cuando un perro desconocido se metía en la finca o cruzaba a su vista. Entonces tomaba posesión de él una especie de demonio; erizaba los cortos pelos del pescuezo, desnudaba los dientes y agredía con la velocidad y la ferocidad de una fiera. En tales momentos se le oía roncar con siniestro arrastre de garganta. Los ojos le echaban fuego; las pequeñas patas se le llenaban de loca energía. Atacaba casi parado en sus patas traseras, tirándose al lomo del intruso. Terminada la pelea volvía a su soledad, a vivir echado en un rincón, lejano y silencioso. Sólo se levantaba cuando oía la voz de José María llamándole. Entonces se dirigía hacia su amo, jamás aprisa, y se echaba junto a su asiento, de donde no volvía a moverse en horas. El veterinario dijo que en otro país los de la raza de Sabichoso se llamaban “perros de un solo hombre”. De uno o de dos, el caso era que aquel animal parecía vivir sólo para José María; y éste le pagaba en buena moneda, pues cuando retornaba a la casa y no veía a Sabichoso le parecía que le faltaba algo necesario en su vida.

Mucha gente cree que no, pero la vida tiene misterios. Uno de ellos fue la inexplicable amistad de Sabichoso con Kazán. Evidentemente, Kazán era un cachorro de pocos meses cuando cierta mañana hizo acto de presencia a la orilla de la casa en que vivía José María. Se trataba del bicho más feo que era dable imaginar. Se veía huesudo, de lomo alto y patas largas, de orejas enormes y un tremendo rabo casi tan grande como él. Era también blanco, aunque desde luego ese día

estaba tan sucio de barro que no lo parecía; pero tenía tres manchas, y resultaba curioso que una le cubría medio rostro y la oreja izquierda, otra la pasaba del lomo a la barriga y otra le tapaba el nacimiento del rabo. Ahora bien, esas manchas no eran negras, sino rojizas. Tal vez de haber sido negras un psicólogo tocado de la cabeza hubiera explicado el súbito cariño de Sabichoso por razones de paternidad.

Pero la verdad es que a menos que se tratara de que en él operaba el oscuro recuerdo de algún hermanito cuyas manchas fueran iguales a las suyas —aunque, es claro, negras y no amarillas—, lo cual hubiera podido suceder porque esos condenados perros finos nacen todos igualitos, nada podía explicar la reacción de Sabichoso cuando vio al feo animalito. Con mirada de asombro y sin ningún aspecto de cólera, se levantó de donde estaba y trotó hacia allá. El otro lo imitó y avanzó, también trotando; al mismo tiempo, comenzó a blandir alegremente el enorme rabo. Por cierto que dio con él contra las tablas de la casa y el golpe sonó como una pedrada. Aquello era un molinete cómico y loco. Pegaba en tierra, lo alzaba, lo sacudía contra sus patas. Jamás perro alguno tuvo rabo tan expresivo. Como la ignorancia es atrevida, y él era ignorante, se echó en tierra metiéndose bajo Sabichoso. Y con la mayor naturalidad, Sabichoso comenzó a jugar con él. El niño apenas creía cuanto estaba viendo.

La vitalidad de los perros es inagotable, lo cual explica que aquella primera mañana los recién conocidos jugaran más de dos horas; tanto, que cuando José María llegó a la casa estaban revolcándose en tierra con la mayor intimidad.

—Mira, papá un perrito nuevo y Sabichoso no pelea con él —decía el niño batiendo palmas.

Al oírlo, el único amigo que se le había conocido a Sabichoso alzó la cabeza, dejó de jugar, blandió tres o cuatro veces el rabo y corrió a saltos sobre el niño, en cuyas secas rodillitas

colocó con impresionante dulzura la cabeza; después lo miró fijamente, sin un movimiento. Tenía los ojos claros, como de ser humano. El padre presenció esa escena. Y he ahí por qué él estaba tan adolorido mientras oía a la señora. Pues él sabía que desde meses atrás ni él mismo representaba para su hijo tanto como el perrito, a quien un peón bautizó con el extraño nombre de Kazán.

—¡Se lo llevan ahora mismo! —insistía la señora.

Estaba poniéndose pálida de cólera; y sin duda era de miedo tardío a lo que pudo suceder. Se negaba en absoluto a recordar que fue su marido quien compró a Malacara y que sin la presencia de Malacara nada hubiera pasado.

Malacara estaba suelto en un pequeño corral que había al fondo de la casa donde se alojaban los señores cuando iban a la finca. Era domingo a media tarde. La señora y su hijita se hallaban allí desde por la mañana. La hijita tendría seis años; y era muy linda, de rizado pelo oscuro, sonrisa alegre y rostro gordito. Después de haber comido la señora se adormiló al fresco y descuidó a la niña, la cual se fue al patio. Malacara la vio. Su siniestra mirada dominaba el lugar desde encima de las bardas del corral. Pero no bramó ni hizo gesto alguno que asustara a la niña. Era un animal maligno, calculador, lleno de mala fe; y sin duda esperaba que la niña se acercara. Había calor. Con pesada lentitud, arriba iba el viento reuniendo nubes; y ese extraño silencio con que se anuncian las tragedias cuajó de pronto hasta hacerse sensible.

¿Qué le pasó entonces a Kazán?

¿Por qué aquel perrito juguetón, hecho a entretenerse callado con Sabichoso o con el tullidito, apareció de súbito en el patio lanzando agudos ladridos a la niña? Acaso estaba dejando de ser cachorro y ensayaba su naciente adultez, acaso le sorprendió dar de buenas a primeras con una criatura que no era tullida como su amiguito; una personita brillantemente

vestida que podía caminar. Nadie puede decir por qué Kazán se excitó tanto. Pero es el caso que el padre de la niña estaba llegando al patio, después de recorrer los establos, cuando vio a la pequeña correr, dando gritos, perseguida por Kazán, ¡y buscar refugio precisamente en dirección del lugar donde, con su turbia mirada imponente, estaba Malacara!

Fue entonces cuando se oyó el bramido del toro. Su negro instinto saltó de lo profundo de su ser con la violencia de un torrente. Y con el poderío de sus dos mil libras de carne arremetió contra la pequeña puerta de madera que daba paso al corral. El padre vio aquello y gritó. Gritó y corrió, enloquecido de ira y a la vez aterrorizado. A su voz la señora se lanzó hacia el patio... José María oyó el tumulto de alaridos, los gritos desesperados. Tomó el revólver y se precipitó hacia allá. Vio de paso al niño, que había empaldecido, y le pareció que movía la boca como queriendo llamarlo; y a poco más tropieza con Kazán, que se dirigía a toda marcha, el rabo entre las piernas y con aspecto de pavor, hacia su guarida en la casa. A treinta pasos, al salir al patio, José María se dio de bruces con la tremenda escena: mientras, ya a punto de ganar la puerta de la vivienda, el padre lanzaba a la hija hacia los brazos de la madre, Malacara embestía, baja la testuz, inclinado el lomo, recto el rabo. Era la estampa de la fuerza ciega. José María había sido soldado, por lo cual no temió errar. Apuntó y disparó. Súbitamente el animal pegó un salto; sacudió la cabeza hacia su costado derecho, giró y atacó de frente. José María volvió a disparar. Le pareció que el señor iba levantándose, aunque apenas era una sombra a sus ojos. Todo aquello sucedía demasiado aprisa y él no tenía mirada si no para Malacara. Por un instante pensó que la bestia seguía impertérrita. Pensó: "Aquí voy a morir". Cosa perfectamente posible, porque la enorme mole de carne avanzaba y era difícil acertarle en un lugar sensible. José María disparó de nuevo. De golpe Malacara

paró en seco, levantó el hocico, empezó a dejarse caer lentamente, doblando de lado ambas patas traseras; un chorro de sangre le salió de la boca. A poco, como si hubiera estado acostándose, inclinó el enorme cuerpo, dobló el pescuezo y pegó con un cuerno en tierra. El señor fue valiente, pues aunque estaba muy pálido corrió sobre José María, aunque éste ignoraba por qué. Después se supo que Malacara le había roto dos costillas.

Pero esa escena había pasado hacía tal vez media hora; y la señora seguía gritando que se llevaran a Kazán, que no quería verlo más. José María oía aquello y pensaba sin cesar en su hijo, en su hermana, en su tremenda necesidad de seguir allí, en la finca, ganando los sesenta pesos mensuales que tanta falta le hacían. Aguantó todo el chaparrón sin hablar. Hubiera podido decir que tanta culpa como Kazán tenía quien dejó sola a la niña o quien, sin provecho alguno, mantuvo a Malacara en ese débil corral del patio. Se contestaba a sí mismo que el toro no podía estar entre las reses, porque derrengaba a las vacas y agredía a los sementales. Buscaba en lo profundo de su pensamiento toda suerte de razones para tranquilizarse. Lo que no podía hacer era abandonar el trabajo que tan difícilmente había conseguido, ni dejar a su tullidito sin el compañero de juegos que había hallado en Kazán. Al fin inclinó la frente, pálido de angustia; y fue eso lo que agobió al señor, el cual comprendió que José María estaba sufriendo.

Al cabo José María se mordió los labios y se marchó. Iba hacia su casa así, lleno de amargura, oyendo todavía la voz de la señora cuando dio con Kazán y con su hijito. Estaba a la sombra de un mango, el niño en su silla y Kazán saltando a su alrededor. Sin duda no tenían conciencia de lo que había ocurrido. El enorme rabo de Kazán pegaba en la silla y el niño reía a carcajadas. Gravemente, contemplando la escena, el padre se quedó parado, inmóvil, mudo. Su hermana salió a la puerta.

—¿Pero tú ves? —empezó a decir, sin duda para seguir comentando el suceso, en lo cual seguramente sería infatigable durante muchos días.

—Mira, Ana —dijo José María como si se hallara a muchas leguas de allí—, ve preparando las cosas, que nos vamos pa onde mamá.

—¿Qué nos vamos? ¿Y cuándo? —preguntó ella muy asombrada.

—Hoy, de ser posible. Y oye: amarra bien a Kazán. No quiero que el muchacho vaya a echarlo de menos.

—Bueno; lo amarraré con Sabichoso pa llevarlos juntos —indicó la hermana. Y José María, entrando en la oscuridad de las habitaciones interiores:

—No, a Sabichoso hay que dejarlo. Tú sabes que allá no vamos a tener comida pa dos perros.

Al decirlo lo hizo bajando la voz, tal vez para que no lo oyera el “perro de un solo hombre”.

EL HOMBRE QUE LLORÓ*

A la escasa luz del tablero el teniente Ontiveros vio las lágrimas cayendo por el rostro del distinguido Juvenal Gómez, y se asombró de verlas. El distinguido Juvenal Gómez iba supuestamente destinado a San Cristóbal, y el teniente Ontiveros sabía que hasta unas horas antes Juvenal Gómez había sido, según afirmaba su cédula, el ciudadano Alirio Rodríguez, comerciante y natural de Maracaibo; y sabía además que Juvenal Gómez y Alirio Rodríguez eran en verdad Régulo Llamozas, un hombre de corazón firme y nervios duros, de quien nadie podía esperar reacción tan insólita. El teniente Ontiveros no hizo el menor comentario. Las lágrimas corrían por el rostro cetrino, de pómulos anchos, con tanta abundancia y en forma tan impetuosa que sin duda el distinguido Juvenal Gómez no se daba cuenta de que estaban atravesando Maracay.

Las lágrimas, en realidad, habían empezado a acumularse ese día a las cuatro de la tarde, pero ni el propio Régulo Llamozas pudo sospecharlo entonces. A las cuatro de la tarde Régulo Llamozas se había asomado a la veneciana, levantando una de las hojillas metálicas, para distraerse mirando hacia el pedazo de calle en que se hallaba. Esto sucedía en Caracas,

* En *Cuentos escritos en el exilio y Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, Santo Domingo, Ediciones de la Librería Dominicana, 1962, pp.93-105.

Urbanización Los Chaguaramos, a dos cuadras del sudeste de la Avenida Facultad. La quinta estaba sola a esa hora. Se oían afuera el canto metálico de algunas chicharras y adentro el discurrir del agua que se escapaba en la taza del servicio. Y ningún otro ruido. La calle, corta, era tranquila como si se hallara en un pueblo abandonado de los Llanos.

Mediaba julio y no llovía. Tampoco había llovido el año anterior. Los araguaneyes, las acacias, los caobos de calles y paseos se veían mustios, velados y sucios por el polvo que la brisa levantaba en los cerros desmontados por urbanizadores y en los tramos de avenidas que iban removiendo cuadrillas de trabajadores. El calor era insufrible; un sol de fuego caía sobre Caracas, tostándola desde Petare hasta Catia.

Régulo Llamozas había entreabierto la hojilla de la veneciana a tiempo que de la quinta de enfrente salía un niño en bicicleta; tras él, dando saltos, visiblemente alegre, correteaba un cachorro pardo, sin duda con mezcla de perro pastor alemán. Régulo miró al niño y le sorprendió su expresión de vitalidad. Sus pequeños ojos aindiados, negrísimos y vivaces, brillaban con apasionada alegría cuando comenzó a maniobrar en su bicicleta, huyendo al cachorro que se lanzaba sobre él ladrando. La quinta de la que había salido el niño no era nada del otro mundo; estaba pintada de azul claro y tenía bien destacado en letras metálicas el nombre de Mercedes. “Mercedes”, se dijo Régulo. “La mamá debe llamarse Mercedes”. De pronto cayó en la cuenta de que en toda su familia no había una mujer con ese nombre. Laura sí, y Julia; su propia mujer se llamaba Aurora; la abuela había tenido un nombre muy bonito: Adela. Todo el mundo la llamaba Misia Adela. Pronto no habría quien dijera “micias” a las señoras, por lo menos en Caracas. Caracas crecía por horas; había traspuesto ya el millón de habitantes, se llenaba de edificios altos, tipo Miami, y también de italianos, portugueses, canarios.

Una criada salió de la Quinta Mercedes. Por el color y por la estampa debía ser de Barlovento. Gritó, dirigiéndose al niño:

—¡Pon cuidao a lo' carro, que horita llega el dotó pa' ve a tu agüelo!

Pero el niño ni siquiera levantó la cabeza para oírlo. Estaba disfrutando de manera tan intensa su bicicleta y su juego con el cachorro, que no podía haber nada importante para él en ese momento. Pedaleaba con sorprendente rapidez; se inclinaba, giraba en forma vertiginosa. "Ese va a ser un campeón", pensó Régulo. La muchacha gritó más:

—¡Muchacho el carrizo, atiende a lo que te digo! ¡Ten cuidao con el carro del dotó!

El pequeño ciclista pasó como una exhalación frente a la ventana de Régulo, pegado a la acera de su lado. Régulo le vio el perfil naciente pero expresivo, coronado con un mechón de negro pelo lacio que le caía sobre las cejas. Aun de lado se le notaba la sonrisa que llevaba. Era la estampa de la alegría.

Para Régulo Llamozas, un hombre que se jugaba la vida a conciencia, ver el espectáculo de ese niño entregado con tal pasión a su juego era un deslumbramiento. Por primera vez en tres meses tenía una emoción desligada de su tarea. A través del niño la vida se le presentaba en su aspecto más común y constante, tal como era ella para la generalidad de las gentes; y eso le producía sensaciones extrañas, un tanto perturbadoras. Todavía, sin embargo, no se daba cuenta de la fuerza con que esa imagen iba a remover su alma.

La barloventeña volvió a entrar en la Quinta Mercedes. Estaba ella cerrando la puerta tras sí cuando a las espaldas de Régulo, sonó el teléfono. No esperaba llamada alguna. Se sorprendió, pues, desagradablemente, pero acudió al teléfono.

—¿Es ahí donde alquilan una habitación? —dijo una voz de hombre tan pronto Régulo había descolgado.

—Sí —respondió.

En el acto comprendió que ese simple “sí”, tan breve y tan fácil de decir, había sido tembloroso. Él era un hombre duro, y además con idea clara de su función y de los peligros que se desprendían de ella. Nadie sabía eso mejor que él mismo. Pero ahora estaba frente a la realidad; había llegado al punto que había estado esperando desde hacía tres meses.

—Entonces voy a verla dentro de una hora —dijo la voz.

—Está bien; lo espero —contestó Régulo, tratando de dominarse.

Colgó, y en ese momento sintió que le faltaba aire. Luego, habían dado con su escondite. Probablemente cuando sus compañeros llegaran ya habrían estado allí los hombres de la Seguridad Nacional. Durante una fracción de minuto hizo esfuerzos por serenarse; después, con movimientos rápidos, se dirigió a la habitación y del cajón de la mesa de noche sacó su pistola. Era una Luger que le había regalado en Panamá un amigo dominicano. Se metió en el bolsillo izquierdo del pantalón dos peines cargados y se colocó el arma en la cintura, sobre la parte derecha del vientre, sujetándola con el cinturón. A esa altura tuvo la impresión de que su energía se había duplicado; todo su cuerpo se hallaba tenso y la conciencia del peligro lo hacía más receptivo. Oyó con mayor claridad el ruido del agua que caía en la taza del servicio, las chicharras de la calle, los ladridos juguetones del cachorro, que debía estar correteando todavía tras el pequeño ciclista. Pero su atención estaba puesta en los automóviles. Esperaba oír de momento la marcha veloz y el frenazo potente de un auto de la Seguridad Nacional. Si eso sucedía y el niño se hallaba todavía en la calle, correría peligro, porque él, Régulo Llamozas, no se dejaría coger fácilmente. La sola idea de que el niño pudiera ser herido le atormentó fieramente y le produjo cólera. Se sintió encolerizado con la negra, que no se llevaba al

muchacho, y con la señora Mercedes, sin saber quién era ella. De la cintura arriba le subió un golpe de sangre cálida; llegaba en sustitución de la que había huido a los ignorados antros del cuerpo cuando oyó a través del teléfono la pregunta sobre la habitación que se alquilaba. En escasos minutos su organismo había sido sacudido y llevado a extremos opuestos.

A causa del niño estaba olvidando cosas importantes. “Guá, las bichas”, se dijo de pronto; y se dirigió al clóset; lo abrió y de la tabla de abajo sacó una gran cartera negra. Haló el zíper. Allí estaban “las bichas” —tres granadas de piña, pintadas de amarillo—, los papeles y su única remuda de interiores y medias, todas piezas de nylon. Colocó la cartera sobre la cama, descolgó su paltó y fue a coger su corbata, que estaba en el espaldar de una silla, sin embargo no la cogió, porque alguna fuerza oscura le llevó a sacar de la cartera una granada, que sopesó cuidadosamente en la mano mientras clavaba la mirada con creciente intensidad en el peligroso artefacto. De ese amarillo y pesado huevo metálico, cuya cáscara estaba formada por cuadros, fue emanando una sensación de seguridad que en escaso tiempo devolvió a Régulo Llamozas el dominio de sus nervios. “Esos vergajos van a saber lo que es un hombre”, pensó. A seguidas volvió a colocar la granada en la cartera; después se puso la corbata y el paltó. Sin duda alguna se sentía mejor.

Faltaba casi toda la hora para que llegaran sus amigos, pero nadie podía saber cuánto faltaba para que llegara la Seguridad Nacional. Desconfiado de sus propios oídos, Régulo entreabrió de nuevo una hojilla de la veneciana, pues muy bien podía haber gente a pie vigilándole ya. Enfrente sólo se veía al muchacho felizmente entregado a su incansable pedalear. El cachorro se había rendido, por lo visto; estaba sentado en la acera de la Quinta Mercedes, muy erguido, mirando a su amito con ojos alegres y húmedos de ternura, la lengua colgándole

por un lado de la boca, una oreja enhiesta y la otra caída. Régulo abandonó el sitio y se fue a la sala.

La quinta en que se hallaba tenía sólo dos dormitorios. Los inquilinos eran un matrimonio sin hijos, ella maestra y él vendedor de licores; salían temprano y no volvían hasta las siete y media o las ocho de la noche. Régulo había hablado poco con ellos, entre otras razones porque hacía sólo dos días que lo habían llevado a esa nueva "concha". En la sala había muebles pesados, algunos retratos familiares, un Corazón de Jesús de buen tamaño, un florero con rosas de papel sobre la mesita del centro y dos grupos de loza imitación de porcelana en dos rinconeras. Régulo halló que esa sala se parecía a muchas. "A Aurora le gustarían estos muebles", se dijo. "Si tengo que defenderme aquí, estos corotos van a quedar inservibles", pensó. De inmediato se halló recordando otra vez a su mujer. Si lo mataban o si lograba huir, la Seguridad iría a su casa, detendría a Aurora, tal vez la torturarían, y Aurora no podría decir una palabra porque él no había querido ni siquiera enviarle un recado. "La primera sorprendida sería ella si le dijeran que yo estoy en Venezuela", se dijo. De inmediato, sin saber por qué, recordó que en la casa del pequeño ciclista estaban esperando al doctor para ver al abuelo. "Esos doctores se tardan a veces cuatro y cinco horas", pensó.

Ahora sí sonaba un auto en la calle. Otra vez, de manera súbita, sintió la paralización total de su ser. La impresión fue clara: que todo lo que bullía en su cuerpo se había detenido de golpe. Reaccionó con toda el alma, imponiéndose a sí mismo valor. "La bicha, primero la bicha", dijo; y en un instante se halló en el dormitorio, con una granada de nuevo en la mano derecha. Cautamente tornó a entreabrir la persiana. Un Buick verde venía pegándose a su acera. Había dos hombres dentro; uno al timón, otro atrás. En una fracción de segundo Régulo reconoció al de atrás. A seguidas metió la granada

en la cartera, sujetó ésta, corrió a la sala, salió a la calle, cerró la puerta tras sí y en dos pasos estuvo en el automóvil.

—Qué hay, compañero —dijo.

El que hacía de chofer puso el carro en movimiento, tal vez un poco más de prisa de lo que convenía. Régulo volvió el rostro. No se veía otro auto en la calle. La negra salía corriendo en pos del niño y el perro saltaba tras ella.

—Cayeron Muñoz y Guaramato —dijo el de atrás.

—¿Muñoz y Guaramato? —preguntó Régulo.

Mala cosa. Los dos habían estado con él en una reunión, tres noches atrás.

—Yo creo que es mejor ir por las Colinas de Bello Monte —opinó el que manejaba.

—Sí —aseguró el otro.

Régulo Llamozas no pudo opinar. Iban con él y por él, pero él no podía decir qué vía le parecía más segura. Durante tres meses no había podido decir una sola vez que quería ir a tal sitio; otros le llevaban y le traían. Tres meses, desde mediados de abril hasta ese día de julio, había semivivido en Caracas, saliendo sólo de noche; tres meses en las tinieblas metido en el corazón de una ciudad que ya no era su Caracas, una ciudad que estaba dejando de ser lo que había sido sin que nadie supiera decir qué sería en el porvenir; tres meses jugándose la vida, viendo compañeros de paso en reuniones subrepticias, cambiando impresiones a media voz, transmitiendo órdenes que había recibido en Costa Rica, instruyendo a hombres y mujeres de la resistencia. No había podido ver el Ávila a la luz del sol ni había podido salir a comerse unas caraotas en un restorán criollo. Todo el mundo podía hacerlo, millones de venezolanos podían hacerlo; él no. “Colinas de Bello Monte”, pensó. De pronto recordó que había estado en esa urbanización dos semanas atrás, en la casa de un ingeniero, y que desde una ventana había estado mirando a

sus pies las luces vivas y ordenadas de la Autopista del Este y de la Avenida Miranda, que se perdían hacia Petare, y los huecos iluminados de docenas de altos edificios, que se levantaban en dirección de Sabana Grande y de Chacao con apariencia de cerros cargados de fogatas en cuadro.

—Entra por la calle Edison y trata de pegarte al cerro —dijo el de atrás hablando con el que guiaba.

—¿Habrán hablado Muñoz y Guaramato? —preguntó Régulo.

—Esos compañeros no hablan, vale. Pero ya tú sabes: el tigre come por lo ligero. Esta misma noche estás raspando. Lo que venga que te coja afuera.

—¿Por dónde me voy?

—Por Colombia, vale. Ya no está ahí Rojas Pinilla. Ese camino está ahora despejado.

Por Colombia... Rojas Pinilla había caído hacía dos meses... Desde luego, para ir a Colombia había que pasar por Valencia, y de paso, ¿sería una locura ver a Aurora? Pero claro que sería una locura. Si la Seguridad Nacional sabía que él estaba en Venezuela, la casa de su familia tenía vigilancia día y noche.

—Oye, vale, el camino de aquí a la frontera es largo —dijo.

—Bueno, pero eso está arreglado. Tú vas a viajar seguro. Figúrate que vas a ser soldado, el distinguido Juvenal Gómez, y que te va a llevar un teniente en su propio auto. Hay que trasladar el retrato de tu cédula a otro papel, nada más.

Un automóvil negro pasó rozando el Buick; de los cuatro hombres que iban en él, uno se quedó mirando a Régulo. Durante un instante Régulo temió que el auto negro se atravesaría delante del Buick y que los cuatro hombres saltarían a tierra armados de ametralladoras. No pasó nada, sin embargo. Su compañero comentó:

—Pavoso el hombre.

Régulo sonrió. De manera que el otro se había dado cuenta... Era gente muy alerta la que le rodeaba.

—¿Un teniente? —preguntó, llevando la conversación al punto en que había quedado—. ¿Pero de verdad o como yo?

—De verdad, vale... El teniente Ontiveros.

El teniente Ontiveros llegó manejando una ranchera justo a la hora acordada, y habló poco pero actuó con seguridad. Régulo Llamozas, convertido ahora en el distinguido Juvenal Gómez —con todo y uniforme— comenzó a sentirse más confiado cuando dejó atrás la alcabala de Los Teques; en la de La Victoria, ni él ni el teniente tuvieron siquiera que bajar del vehículo.

Camino hacia Macaroy, silenciosos él y el compañero, Régulo Llamozas se dejaba ganar por la extraña sensación de que ahora, en medio de la oscuridad de la carretera, iba consustanciándose con su tierra, volviendo a su ser real, que no terminaba en su piel porque se integraba con Venezuela. Mientras la ranchera rodaba en la noche, él saboreaba lentamente una emoción a la vez intensa y amarga. Esos campos, ese aire, eran Venezuela, y él sabía que eran Venezuela aunque no pudiera verlos. Sin embargo, tenía conciencia de otra sensación; la de una grieta que se abría lentamente en su alma, como si la rajara, y la de gotas amargas que destilaban a lo largo de la grieta.

En verdad, sólo ahora, cuando se encaminaba de nuevo al destierro, encontraba a su Venezuela. ¿Quién puede dar un corte seco, que separe al hombre de su pasado? Esa patria por la cual estaba jugándose la vida no era un mero hecho geográfico, simple tierra con casas, calles y autopistas encima. Había algo que brotaba de ella, algo que siempre había envuelto a Régulo, antes del exilio y en el exilio mismo; una especie de corriente intensa; cierto tono, un sonido especial que conmovía el corazón.

—Vamos a parar en Turmero —dijo de pronto el teniente—. Va a subir ahí un compañero. Creo que usted lo conoce, pero no se haga el enterado mientras no salgamos de Turmero.

Cruzaban los valles de Aragua. Serían las once de la noche, más o menos, y la brisa disipaba el calor que el sol sembraba durante doce horas en una tierra sedienta de agua. Régulo no respondió palabra. Cada vez se concentraba más en sí mismo; cada vez más parecía clavado, no en el asiento, sino en las duras sombras que cubrían los campos. Iba pensando que había estado tres meses viviendo en un estado de tensión, con toda el alma puesta en su tarea; que en ese tiempo había sido un extraño para sí mismo, y que sólo al final, esa misma tarde, minutos antes de que sonara el teléfono, había dado con una emoción que era personalmente suya, que no procedía de nada ligado a su misión, sino a la simple imagen de un niño que jugaba en bicicleta al sol de la tarde.

—Turmero —dijo el teniente cuando las luces del poblado parpadearon por entre ramas de árboles.

En un movimiento rápido, el teniente Ontiveros guió la ranchera hacia el centro de la especie de plazoleta que separa a los dos comercios más importantes del lugar. Había a los lados maquinaria de la empleada en la construcción de la autopista, camiones de carga y numerosos hombres chachareando afuera mientras otros se movían dentro de los botiquines.

—Quédese aquí. El compañero viene conmigo dentro de un momento —explicó Ontiveros.

—Está bien —aceptó Régulo.

Trató de no llamar la atención. No debía hacerse el misterioso. Lo mejor era mirar a todos los lados. “Hasta Turmero cambia”, pensó. Vio al teniente que bebía algo frente al mostrador y que volvía la cabeza a un sitio y a otro, sin duda tratando de dar con el compañero que viajaría con ellos. “El teniente éste está jugándose la vida por mí. No, por mí no; por Venezuela”,

se dijo. En realidad, eso no le causaba asombro, él sabía que había muchos militares dispuestos a sacrificarse.

La brisa movía las hojas de un árbol que quedaba cerca, a su izquierda, y de alguna llave que él no podía ver caía agua. Agua, agua como la que sonaba sin cesar en la taza del servicio, allá en Caracas; sí, en Caracas, en el pedazo de calle de Los Chaguaramos, solitario como la calle de un pueblo abandonado; allí donde el pequeño ciclista pedaleaba sin cesar, seguido por el cachorro.

No estando el teniente con él, se sentía intranquilo; de manera que lo mejor era tener una granada en la mano, por lo que pudiera suceder. La sacó de la cartera y empezó a palparla. En ese instante oyó pasos. Alguien se acercaba a la ranchera. Miró de refilón, tratando de no dar el rostro; eran el teniente y el compañero. Hablaban con toda naturalidad, y en una de las voces reconoció a un amigo. Pero se hizo el desinteresado.

—Podemos ir los tres delante —dijo el teniente Ontiveros—. Córrase un poco, distinguido Gómez.

El distinguido Gómez, todavía con la granada en la mano, se corrió hacia el centro; el teniente dio la vuelta y entró por el lado izquierdo al tiempo que el otro tomaba asiento en el extremo derecho. Súbitamente liberado de su reciente inquietud, Régulo Llamozas sentía necesidad de decir un chiste, de saludar con efusión al amigo que le había salido al camino en momento tan difícil. El teniente Ontiveros encendió el motor, puso la luz y la ranchera echó a andar. En un instante Turmero quedó atrás. Régulo Llamozas se volvió al recién llegado y le echó un brazo por el hombro.

—¡Vale Luis, qué alegría! Nunca pensé que te vería en este viaje.

—Pues ya lo ves, Régulo. Aquí estoy, siempre en la línea. Me dijeron que debía acompañarte hasta Barquisimeto y he venido a hacerlo; de Barquisimeto en adelante te acompañará otro.

Hablaron un poco más de las tareas clandestinas, de los desterrados, de los caídos.

—Yo tenía reunión con Leonardo la noche de su muerte —dijo Luis.

El teniente mencionó a Omaña, contó cosas suyas. Los faros iban destacando uno por uno los árboles de la carretera; y de pronto hubo silencio, porque estaban llegando a la alcabala de Maracay.

Fue después que les dieron paso cuando Luis inició un tema nuevo. Movi6 el cuerpo hacia su izquierda, como para ver mejor a Régulo, y preguntó de pronto:

—¿Cómo está Aurora? ¿Hallaste grande a Regulito?

—No los he visto —explicó Régulo—. Yo entré por Puerto la Cruz y todavía no he estado en Valencia. Estoy pensando que si pasamos por Valencia después de la una podría llegar un momento a la casa, pero tengo sospechas de que la Seguridad esté vigilando los alrededores.

—¿En Valencia? —preguntó Luis, con acento de sorpresa—. Pero si Aurora no vive en Valencia. Vive en Caracas.

Régulo Llamozas sintió que le daban un latigazo en el centro del alma.

—¿Cómo en Caracas? ¿Desde cuándo? —inquirió casi a gritos.

—Desde que su papá se puso grave.

Régulo no pudo hacer otra pregunta. Se sentía castigado por olas de calor que le quemaban el rostro. Comenzó a pasarse una mano por la barbilla y sus negros ojos se endurecían por momentos.

—¿Pero tú no lo sabías? —preguntó el amigo.

Régulo trató de dominar su voz, temeroso de hacer un papel ridículo.

—No, vale —dijo—. Tengo tres meses aquí y hace cuatro que salí de Costa Rica.

—Pues sí —explicó Luis—... Ella vive en la calle Madariaga, en Los Chaguaramos, en una quinta que se llama Mercedes.

No se oyeron más palabras. Ya estaban en Maracay. Debía ser media noche, y la brisa de las calles llegaba fresca después de su paso por los samanes de la llanura. El teniente Ontiveros volvió el rostro y a la luz del tablero vio, con asombro, las lágrimas cayendo por las mejillas del distinguido Juvenal Gómez.

LA MANCHA INDELEBLE*

Todos los que habían cruzado la puerta antes que yo habían entregado sus cabezas, y yo las veía colocadas en una larga hilera de vitrinas que estaban adosadas a la pared de enfrente. Seguramente en esas vitrinas no entraba aire contaminado, pues las cabezas se conservaban en forma admirable, casi como si estuvieran vivas, aunque les faltaba el flujo de la sangre bajo la piel. Debo confesar que el espectáculo me produjo un miedo súbito e intenso. Durante cierto tiempo me sentí paralizado por el terror.

Pero era el caso que aún incapacitado para pensar y para actuar, yo estaba allí: había pasado el umbral y tenía que entregar mi cabeza. Nadie podría evitarme esa macabra experiencia. La situación era en verdad aterradora.

Parecía que no había distancia entre la vida que había dejado atrás, del otro lado de la puerta, y la que iba a iniciar en ese momento. Físicamente, la distancia sería de tres metros, tal vez de cuatro. Sin embargo lo que veía indicaba que la separación entre lo que fui y lo que sería no podía medirse en términos humanos.

—Entregue su cabeza —dijo una voz suave.

* Publicado por primera vez en la antología personal de Juan Bosch: *Cuentos escritos en el exilio y Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, Santo Domingo, Editorial Librería Dominicana, 1962, pp.125-128.

—¿La mía? —pregunté, con tanto miedo que a duras penas me oía a mí mismo.

—Claro... ¿Cuál va a ser?

A pesar de que no era autoritaria, la voz llenaba todo el salón y resonaba entre las paredes, que se cubrían con lujosos tapices. Yo no podía saber de dónde salía. Tenía la impresión de que todo lo que veía estaba hablando a un tiempo: el piso de mármol negro y blanco, la alfombra roja que iba de la escalinata a la gran mesa del recibidor, y la alfombra similar que cruzaba a todo lo largo por el centro; las grandes columnas de mayólica, las cornisas de cubos dorados, las dos enormes lámparas colgantes de cristal de Bohemia. Sólo sabía a ciencia cierta que ninguna de las innumerables cabezas de las vitrinas había emitido el menor sonido.

Tal vez con el deseo inconsciente de ganar tiempo, pregunté:

—¿Y cómo me la quito?

—Sujétela fuertemente con las dos manos, apoyando los pulgares en las curvas de la quijada; tire hacia arriba y verá con qué facilidad sale. Colóquela después sobre la mesa.

Si se hubiera tratado de una pesadilla me habría explicado la orden y mi situación. Pero no era una pesadilla. Eso estaba sucediéndome en pleno estado de lucidez, mientras me hallaba de pie y solitario en medio de un lujoso salón. No se veía una silla, y como temblaba de arriba abajo debido al frío mortal que se había desatado en mis venas, necesitaba sentarme o agarrarme a algo. Al fin apoyé las dos manos en la mesa.

—¿No ha oído o no ha comprendido? —dijo la voz.

Ya dije que la voz no era autoritaria sino suave. Tal vez por eso me parecía tan terrible. Resulta aterrador oír la orden de quitarse la cabeza dicha con tono normal, más bien tranquilo. Estaba seguro de que el dueño de esa voz había

repetido la orden tantas veces que ya no le daba la menor importancia a lo que decía.

Al fin logré hablar.

—Sí, he oído y he comprendido —dije—. Pero no puedo despojarme de mi cabeza así como así. Déme algún tiempo para pensarlo. Comprenda que ella está llena de mis ideas, de mis recuerdos. Es el resumen de mi propia vida. Además, si me quedo sin ella, ¿con qué voy a pensar?

La parrafada no me salió de golpe. Me ahogaba. Dos veces tuve que parar para tomar aire. Callé, y me pareció que la voz emitía un ligero gruñido, como de risa burlona.

—Aquí no tiene que pensar. Pensaremos por usted. En cuanto a sus recuerdos, no va a necesitarlos más: va a empezar una vida nueva.

—¿Vida sin relación conmigo mismo, sin mis ideas, sin emociones propias? —pregunté.

Instintivamente miré hacia la puerta por donde había entrado. Estaba cerrada. Volví los ojos a los dos extremos del gran salón. Había también puertas en esos extremos, pero ninguna estaba abierta.

El espacio era largo y de techo alto, lo cual me hizo sentirme tan desamparado como un niño perdido en una gran ciudad. No había la menor señal de vida. Solo yo me hallaba en ese salón imponente. Peor aún: estábamos la voz y yo. Pero la voz no era humana; no podía relacionarse con un ser de carne y hueso. Me hallaba bajo la impresión de que miles de ojos malignos, también sin vida, estaban mirándome desde las paredes, y de que millones de seres minúsculos e invisibles acechaban mi pensamiento.

—Por favor, no nos haga perder tiempo, que hay otros en turno —dijo la voz.

No es fácil explicar lo que esas palabras significaron para mí. Sentí que alguien iba a entrar, que ya no estaría más

tiempo solo, y volví la cara hacia la puerta. No me había equivocado; una mano sujetaba el borde de la gran hoja de madera brillante y la empujaba hacia adentro, y un pie se posaba en el umbral. Por la abertura de la puerta se advertía que afuera había poca luz. Sin duda era la hora indecisa entre el día que muere y la noche que todavía no ha cerrado.

En medio de mi terror actué como un autómatas. Me lancé impetuosamente hacia la puerta, empujé al que entraba y salté a la calle. Me di cuenta de que alguna gente se alarmó al verme correr; tal vez pensaron que había robado o había sido sorprendido en el momento de robar. Comprendía que llevaba el rostro pálido y los ojos desorbitados, y de haber habido por allí un policía, me hubiera perseguido. De todas maneras, no me importaba. Mi necesidad de huir era imperiosa, y huía como loco.

Durante una semana no me atreví a salir de casa. Oía día y noche la voz y veía en todas partes los millares de ojos sin vida y los centenares de cabezas sin cuerpo. Pero en la octava noche, aliviado de mi miedo, me arriesgué a ir a la esquina, a un cafetucho de mala muerte, visitado siempre por gente extraña. Al lado de la mesa que ocupé había otra vacía. A poco, dos hombres se sentaron a ella. Uno tenía los ojos sombríos; me miró con intensidad y luego dijo al otro:

—Ese fue el que huyó después que ya estaba...

Yo tomaba en ese momento una taza de café. Me temblaron las manos con tanta violencia que un poco de la bebida se me derramó en la camisa.

Ahora estoy en casa, tratando de lavar la camisa. He usado jabón, cepillo y un producto químico especial para el caso que hallé en el baño. La mancha no se va. Está ahí, indeleble. Al contrario, me parece que a cada esfuerzo por borrarla se destaca más.

Mi mal es que no tengo otra camisa ni manera de adquirir una nueva. Mientras me esfuerzo en hacer desaparecer la mancha oigo sin cesar las últimas palabras del hombre de los ojos sombríos:

—...después que ya estaba inscrito...

El miedo me hace sudar frío. Y yo sé que no podré librarme de este miedo; que lo sentiré ante cualquier desconocido. Pues en verdad ignoro si los dos hombres eran miembros o eran enemigos del Partido.

EL CULPABLE*

Con todo y su rango de tío, que era casi como el de coronel del ejército, y sus canas que lo hacían tan respetable como un arzobispo, don Julio Ernesto no pudo impresionar a Charlito, que le daba por el ombligo y tenía cuarentiocho años menos que él. Charlito no sabía ni siquiera qué quería decir su propio nombre. Un nombre era para él una cara y nada más. Pero cuando su tío le preguntó si no creía en la inteligencia de Marcané, un nombre que Charlito no podía relacionar con ninguna cara conocida, el condenado muchacho hizo un comentario que dejó a don Julio Ernesto tan disgustado como si una avispa le hubiera picado en la punta de la nariz. “Muchacho del diablo”, dijo, “véte a fuñir a tu mamá”; y se paró y se fue caminando tan de prisa que parecía que algún animal invisible, pero más poderoso que un tractor, le había dado un empujón que lo hacía caminar a saltos.

Lo que molestó a don Julio Ernesto fue que todo el mundo le celebraba su don de inventar cuentos en los que sucedían

* *Isla Abierta*, Año II, N° 100, Santo Domingo, Suplemento literario de *Hoy*, 16 de julio de 1983, p.21.

“Este cuento”, escribe Juan Bosch, “fue escrito 18 años después de ‘La mancha indeleble’ con el cual había dado fin a mi carrera de cuentista; y lo escribí a petición del poeta Manuel Rueda que se proponía reunir material destinado a un libro de cuentos para niños. ‘El culpable’ no fue recogido en ninguna de las colecciones de cuentos míos y por esa razón figura en *Textos culturales y literarios* [Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1988, pp.226-229].”

cosas absurdas, que nadie podía creer, y esa fama se le vino abajo de golpe cuanto Charlito le contestó como no podía esperarlo, a la pregunta de qué le parecía lo que estaba contándole: “¿Verdad que no hay en el mundo quien sepa tanto como el brujo Marcané?”

El brujo Marcané era la última invención de don Julio Ernesto. Lo había inventado segundos antes, casi en el instante mismo en que el sobrino le pidió que le contara un cuento; y a medida que iba inventando a Marcané y su historia, don Julio Ernesto iba sintiéndose orgulloso de lo que se le estaba ocurriendo. Era verdad, pues, lo que le decía su mujer: “Julio Ernesto, no seas así, que a tus años no te luce”.

Don Julio Ernesto tenía a Charlito entre las piernas y le hablaba de esta manera:

“Ese Marcané era el diablo, sobrino. Un día salieron de Jimaní dos guardias para llevárselo preso, pero Marcané tenía el poder de ver lo que sucedía aunque fuera a cincuenta kilómetros y además de saber qué pensaba la gente por lejos que estuviera. Ese día, desde que vio a los guardias, dijo: vienen a buscarme, pero no van a encontrarme porque voy a volverme becerro para que no me conozcan’. Sin embargo, acabando de decir eso pensó: ¿Y si tienen hambre y me matan para comerme? No, mejor me vuelvo mata de mangos. Y ya iba a hacerlo cuando recordó que esos días eran de cosecha de mangos y los guardias podían tirarle piedras y palos para tumbarle los mangos y él iba a quedar apedreado y apaleado”.

Hasta ahí llegó Julio Ernesto, y al dejar de hablar bajó la cabeza para mirarle la cara al sobrino, que seguramente estaba embobado oyendo esa historia tan bonita, esa invención maravillosa de su tío. Pero Charlito estaba como si tal cosa y no daba señales de que le interesara el cuento. Por lo visto, su sobrino no tenía la capacidad que hacía falta para comprender lo que él le decía.

“¿No te parece que Marcané sabía mucho, Charlito?”, preguntó:

“¿Mucho? ¿Y por qué, tío?”

El tío pensó que su sobrino era medio bobo y que él estaba perdiendo su tiempo al ponerse a inventar a Marcané para divertirlo, y que no valía la pena seguir inventando cuentos como ése. Pero de todos modos tenía que responder a la pregunta de Charlito, y lo hizo de esta manera:

“Oh, porque fíjate, no quiso volverse becerro para que no se lo comieran ni quiso volverse mata de mango para que no le tiraran piedras y palos. ¿No te parece que eso indica que era muy inteligente?”

Entonces Charlito se viró y miró a su tío de frente, a los mismos ojos, y habló así:

“Pero tío, eso lo hubiera hecho cualquiera, hasta yo que no sé nada. Inteligente es Supermán. Si hubiera sido Supermán, levanta los brazos, sale volando y va a parar a Nueva York, adonde no podían ir los guardias.”

Don Julio Ernesto se sintió como si le hubieran dado una galleta que le calentó la cara; se paró, puso a Charlito a un lado, y entonces fue cuando dijo: “Muchacho del diablo, vete a fuñir a tu mamá”, y en el acto se fue, cruzó el comedor, se metió en la sala y ya iba saliendo hacia la calle cuando alcanzó a ver el televisor. Ah, el televisor... Y de golpe se dio cuenta de que el mundo había cambiado mucho en veinte años; había cambiado tanto que ya no eran el papá, el maestro o el tío los que educaban a los niños. Eran esos cajones con vidrio, y en ninguno de ellos había salido ese brujo haitiano llamado Marcané que él, Julio Ernesto Cuevas, había inventado hacía unos minutos a base de las historias de bacaces y galipotes que oyó contar cincuenta años atrás.

“El televisor es el culpable”, dijo como si el televisor hubiera aparecido en esas regiones fronterizas llevado por el poder

mágico que él le atribuía al brujo Marcané, que por cierto ya había desaparecido de su mente como si lo hubiera borrado una mano invisible.

Dos horas después, Charlito le respondía a su madre, que le había preguntado por el tío Julio Ernesto:

“Mamá, tío está pasado de moda. Vino a contarme un cuento de un haitiano que se llamaba Yonosé, que se volvía becerro y mata de mangos, y yo le menté a Supermán y se puso bravo y se fue”.

La madre lo miró largamente, con ojos sin expresión; después se levantó, le dio a un botón del televisor, manipuló otros botones para que las figuras no se vieran borrosas, y cuando en la pantalla se formó la cara Chapulín Colorado dijo con voz que parecía salir de una cinta grabada:

“Entreténte con esto, Charlito, mientras yo hago una diligencia”.

Charlito no la vio salir porque había pasado a vivir con toda el alma una aventura nueva, de las muchas que llevaba a cabo su querido Chapulín Colorado.

EL TOMO II (NARRATIVA), DE LAS *OBRAS COMPLETAS* DE
JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE DOS
MIL NUEVE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF,
S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.